TESTIMONIOS PARA LA IGLESIA, TOMO 5

Elena G. de White

La época del tomo quinto

Los Testimonios no 31-33, que comprenden el tomo 5, abarcan poco menos de una década. El primero fue publicado en 1882 pero incluye mensajes dados desde 1881 en adelante. El no 32 fue publicado en 1885, y el no 33 salió de las prensas en 1889. Ese mismo año, los tres fueron unificados y pasaron a ser un solo libro, el tomo 5.

El período mencionado presenta rasgos de profundo interés en el rápido desarrollo de la obra de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. En Norteamérica, dos nuevas escuelas superiores comenzaron a funcionar en el año 1882, una en South Lancaster (Massachusetts), y la otra en Healdsburg (California). De este modo, la obra educacional comenzada en Battle Creek se empezaba a extender hacia los fines de la tierra. Nuestra primera escuela se había abierto diez años antes en Battle Creek, y dos años más tarde se habían dedicado sus nuevos edificios. Durante esos diez años hubo que afrontar muchos problemas relativos a esa nueva e importante línea de trabajo.

A veces los temas eran amplios, y en no pocas ocasiones el espíritu de profecía proveyó consejos especiales para guiar y proteger esta obra naciente. Esos mensajes, que enfocaban variados problemas, desde la disciplina hasta el contenido de los cursos de estudio, forman parte de este libro.

Los nueve años que abarca este tomo fueron también un período de extensa actividad para Elena G. De White, en lo que se refiere a sus escritos y publicaciones. En 1882 se hicieron arreglos para reimprimir A Sketch of the Christian Experience and Views of Ellen G. White [Esbozo de la experiencia cristiana y creencias de Elena G. de White] y el tomo 1 de Spiritual Gifs [Dones espirituales]. El mismo año ambos libros fueron unidos para que formaran un solo volumen, y titulados Primeros escritos. Para suplir la constante demanda de los Testimonios, se reeditaron los primeros treinta, compilados en cuatro libros, los tomos 1-4 que conocemos hoy. Sketches From the Life of Paul [Esbozos de la vida de Pablo], el antecesor de Los hechos de los apóstoles, fue publicado en 1883. En 1884, la Sra. de White

completó su Spirit of Prophecy Volume Four --The Great Controversy [Espíritu de profecía, tomo 4 -- El conflicto de los siglos], y fue publicado en seguida. Pronto halló entrada a millares de hogares a través del colportaje, y en tres cortos años habían salido de las prensas diez impresiones. En 1888 se publicó, ampliado, El conflicto de los siglos, el libro que tan bien conocemos hoy, que tomó el lugar de la obra anterior, más breve.

En la sede de la denominación, ubicada en Battle Creek, se experimentaba constante crecimiento. Nuevos equipos se agregaban a la casa publicadora. El sanatorio y el colegio prosperaban notablemente y seguían creciendo. Este desarrollo hizo que a la ciudad afluyeran los adventistas en gran número. En la primera parte de este tomo se señala el peligro inherente en la concentración excesiva de tantos adventistas en un centro común, con la inevitable tendencia a sentir menos responsabilidad individual y rebajar las normas. Estas tendencias institucionales también implicaban el peligro de que la obra se convirtiera en algo mecánico y perdiera su sencillez original.

Esta clase de peligro surgió especialmente en la casa publicadora. Los testimonios de este tomo hacen énfasis en la economía, la industria y la necesidad de estar alerta, y proveen instrucción guiadora para que los gerentes y capataces puedan cumplir sus responsabilidades. En esa misma época en que en la sede de la organización se afrontaban problemas en las fases ya establecidas de la obra, en los estados costeros del noroeste se desarrollaban nuevos campos, y muchos aceptaban el mensaje. Al abrirse esas regiones fronterizas surgieron muchos problemas nuevos. La misma Sra. de White hizo dos visitas a dicha región, y en conexión con el último viaje escribió muchos consejos a los obreros que trabajaban allí, acerca de temas prácticos de vital importancia para el beneficio de la obra y de los pastores que trabajaban con los hombres y mujeres enérgicos e independientes que habían colonizado esas vastas regiones y habían establecido en ellas sus hogares. Eran individualistas atrevidos, capaces y autosuficientes; muchos de ellos gente de convicciones profundas, que aceptaban el llamado del mensaje adventista. Esos vigorosos pioneros

necesitaban la poderosa y modeladora influencia del Espíritu de Dios para desarrollar caracteres cristianos. Necesitaban ser amonestados contra el amor al dinero y las ambiciones terrenales.

A los ministros se les enviaron fervientes consejos señalando el peligro de que sus mensajes se amoldaran a las opiniones demasiado vehementes o extremas de ciertos miembros de iglesia. También se dieron consejos de no ser descuidados en la construcción de los edificios de iglesia, lo cual se había visto en ciertos casos. Otras amonestaciones aconsejaban no tomar livianamente las promesas de hacer donaciones para la causa de Dios. Todos esos consejos, y otros que tratan de numerosos problemas adicionales conectados con la obra en esos nuevos territorios ocupan un lugar prominente en este volumen.

Las miradas de los adventistas se dirigían cada vez más hacia el campo mundial. Por diez años habíamos mantenido obra en Europa. Ahora, en 1885, los pastores S. N. Haskell y J. O. Corliss, en compañía de otros obreros fueron enviados a

Australia, para abrir obra en ese continente del hemisferio sur. Dos años más tarde los pastores D. A. Robinson y C. L. Boyd entraron en África, y el mismo año un laico, el Hno. Abraham La Rue llevó el mensaje a Hong Kong. Luego, en 1889, algunos colportores comenzaron la obra en Sudamérica. La misma Hna. White fue llamada al exterior, y viajó a Europa en 1885. Allí pasó dos años y medio viajando, aconsejando, hablando y escribiendo. En junio de 1887 asistió en Moss (Noruega) al primer campamento adventista celebrado fuera de los Estados Unidos. Su ministerio en el extranjero fue altamente apreciado.

Durante la época que abarca el tomo 5 se levantó también considerable oposición de parte de un pequeño grupo de individuos que años antes habían abandonado nuestras filas. Sus ataques se dirigían primariamente contra la poseedora del don profético, y contra sus escritos, los cuales han fortalecido y edificado la iglesia a través de los años. También durante la década de este tomo, uno de nuestros principales evangelistas erró el camino y pronto se hallaba dedicado a destruir la obra que

antes se había esforzado por establecer. Dos comunicaciones escritas por Elena G. de White con el fin de sujetar a este hombre para que no se lanzara al abismo que le atraía, se hallan en este libro. Una comienza en la página 539 y la otra en la 585. El intento de salvarlo fue infructuoso. Se transformó en un amargo enemigo de Elena de White y el don profético, contra los cuales dirigió acerbos ataques. Si bien éstos, desde luego, no impidieron el avance de la obra adventista, es de todos modos claro que fueron reconocidos como elementos de distracción que debían ser contrarrestados.

No es de extrañar, entonces, que en ese período se hayan escrito varios artículos de vital importancia acerca del don profético. Uno de ellos forma la base de la Introducción de El conflicto de los siglos, edición inglesa de 1888. Otros se hallan en este volumen. En ese tiempo también, la Sra. de White reunió elementos de todos los Testimonios publicados, referentes a la naturaleza e influencia de los Testimonios para la Iglesia, compilándolos en un artículo de 38 páginas que se encuentra cerca

del fin de esta obra. En el otoño de 1888, se celebró en Minneápolis (Minnesota) una importante sesión de la Asociación General. En esa ocasión llegó hasta los allí reunidos un concepto más amplio y profundo de las grandes verdades relacionadas con la justificación por la fe. El hecho de que algunos se negaran a abrir sus corazones a la luz que Dios hiciera brillar allí con tanto poder, animó a la Hna. White a exhortar a los miembros al diligente estudio de la Biblia, y a derribar las barreras que les impedían avanzar en la percepción de la verdad. En la sesión de la Asociación General del siguiente año (1889), tanto los obreros como los laicos informaban en sus reuniones sociales que “el año pasado” había sido “el mejor de su vida; la luz que surge brillante de la Palabra de Dios ha sido clara y distinta --la justificación por la fe, Cristo nuestra justicia... El testimonio universal de quienes se han expresado ha sido que este mensaje de luz y verdad que ha llegado a nuestro pueblo es justamente la verdad para este tiempo, y dondequiera que van por las iglesias, es cosa segura que se manifiestan la luz, el alivio y las bendiciones del Señor”. (Manuscrito no 10 de Elena G. de White, 1889,

citado en The Fruitage of Spiritual Gifts [El fruto de los dones espirituales], pág. 234). El mensaje de Dios a su pueblo transformó en gloriosa victoria la marea que amenazaba traer la derrota.

Cuando el proceso de escribir el tomo 5 se acercaba a su fin, se perfiló en los Estados Unidos una crisis que tomó la forma de un proyecto nacional de ley dominical. En conexión con esto se le presentaron a la Sra. White visiones del conflicto inminente y las situaciones que tendría que afrontar la iglesia cuando el protestantis mo apóstata se uniera con el catolicismo para hacer cumplir medidas opresoras. Se le describió claramente el patético letargo de quienes comprendían la situación, y se le dio un llamado a la acción.

En el tomo 5 hay una mayor diversidad de temas que en cualquier otro de los nueve tomos de los Testimonios. Este es el último de los tomos que contiene testimonios personales dirigidos a diversos individuos. Once años transcurrieron antes de que se publicara el tomo 6 de los Testimonios.

El tomo 5 tiene gran valor para la iglesia de hoy, debido a la naturaleza práctica de sus amonestaciones y consejos. En diversos lugares se enfatizan solemnes declaraciones que nos recuerdan la cercanía del fin, y la preparación que se necesita ante el conflicto inminente. A los pastores se los llama a una mayor consagración. Se amonesta a los dirigentes y se aconseja a los médicos. Se advierte a los maestros contra la adopción de principios mundanos, y se los alienta a que guíen a sus alumnos en dirección a la ganancia de almas. A los colportores evangelistas se los urge a lograr niveles más altos de preparación. Se instruye a los padres acerca de la vida de hogar y la conducción de los hijos. Se reprueba a los que dicen tener nueva luz, pero cuyo mensaje es contrario a las doctrinas fundamentales. Se llama a los miembros en general al reavivamiento y la reforma.

Las instrucciones y amonestaciones de este volumen ejercieron una influencia estabilizadora y calmante sobre los adventistas del séptimo día, que se afanaban por expandir la obra en direcciones

más amplias de labor. En nuestros días continúan haciendo su obra bienhechora.

Los Fideicomisarios Del Patrimonio White.

Capítulo 2

Discurso para un congreso campestre

Boulder, Colorado, 25 de Septiembre de 1881 Estimados hermanos y hermanas que se congregarán en el congreso campestre de Míchigan:[1]

Siento mayor interés por esta reunión que por cualquiera otra que se haya celebrado durante esta temporada. En Míchigan no se ha realizado el trabajo que ese lugar merece. Dios ha establecido instituciones importantes entre vosotros, lo cual os impone mayores responsabilidades que cualquiera otra asociación en todo el campo. Se os ha otorgado gran luz, y pocos han respondido a ella; sin embargo, siento una tierna y cordial solicitud por nuestro amado pueblo de Míchigan. La advertencia de que el Hijo de Dios viene pronto en las nubes del cielo, se ha convertido para muchos en un cuento. Han dejado de esperar y velar. El

espíritu egoísta y mundano que se manifiesta en la vida delata el sentir del corazón; “Mi Señor tarda en venir”. (Mateo 24:48) Algunos están envueltos por una oscuridad tan grande que expresan abiertamente su incredulidad, a pesar de que nuestro Salvador declaró que los tales son siervos infieles y que su parte será con los hipócritas y los incrédulos.

Nuestros ministros no están cumpliendo cabalmente con su deber. Debe llamarse la atención del pueblo al evento trascendental que está tan cercano. Las señales de los tiempos deben mantenerse frescas ante sus mentes. Las visiones proféticas de Daniel y de Juan predicen un período de oscuridad y decadencia moral; pero en el tiempo del fin, tiempo en el que estamos viviendo actualmente, la visión hablaría y no mentiría. Al cumplirse las señales predichas, se pide de los que esperan y velan que alcen la vista, levanten sus cabezas y se regocijen, porque su redención está cercana.

Cuando se presentan estas cosas como se debe,

surgen burladores que andan conforme a sus propias concupiscencias, los cuales dicen: “¿Dónde está la promesa de su venida? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen como estaban desde el principio de la creación”. (2 Pedro 3:4) Pero “cuando estén diciendo: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina”. (1 Tesalonicenses 5:3) “Mas vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como un ladrón”. (Vers. 4) Gracias a Dios que no todos serán arrullados en la cuna de la seguridad carnal. Habrá fieles que discernirán las señales de los tiempos. Aunque un gran número de los que profesan la verdad presente negarán su fe por sus obras, habrá algunos que perseverarán hasta el fin.

El mismo espíritu de egoísmo y conformidad con las costumbres del mundo que existió en los días de Noé, existe también en nuestros días. Muchos que profesan ser hijos de Dios persiguen sus intereses mundanales con una intensidad que desmiente su profesión. Estarán plantando y edificando, comprando, comiendo y bebiendo,

casándose y dándose en casamiento hasta el último momento de prueba. Esta es la condición de gran número de miembros de nuestro pueblo. Debido a que abunda la iniquidad, el amor de muchos se enfría. A muy pocos se les puede decir: “Porque sois... hijos del día: no somos de la noche ni de las tinieblas”. (1 Tesalonicenses 5:5)

Siento un peso en el alma al ver cuánto escasea la espiritualidad entre nosotros. Las modas y las costumbres del mundo, el orgullo, el amor por la diversión, el amor por la ostentación, la extravagancia en el vestido, en casas y terrenos... estas cosas roban la tesorería del Señor, desviando hacia la gratificación del yo los recursos que deben ser usados para enviar al mundo la luz de la verdad. A los propósitos egoístas se les otorga la mayor consideración. Se da más importancia a los negocios mundanales que a la labor de capacitar a hombres para la salvación de la gente. La gente perece por falta de conocimiento. Aquellos que han recibido la luz de la verdad presente y que sin embargo no sienten la necesidad de esforzarse para amonestar a sus semejantes acerca del juicio

venidero, tendrán que rendir cuenta a Dios por su descuido del deber. La sangre de las almas recaerá sobre sus vestimentas.

Los viejos portaestandartes están desfalleciendo y cayendo. No se ha educado a los jóvenes para sentir que son responsables ante Dios; poco se ha hecho para inducirlos a trabajar en la causa, por lo que ellos se dedican a las profesiones que merecen mayor paga y requieren el menor esfuerzo y responsabilidad. Como pueblo no estamos progresando en espiritualidad a medida que nos acercamos al fin. No nos damos cuenta de la magnitud e importancia de la obra que tenemos por delante. Por lo tanto, nuestros planes no se hacen más amplios y abarcantes. Hay una lamentable falta de hombres y mujeres preparados para llevar adelante la creciente obra para este tiempo.

No estamos haciendo ni la vigésima parte de lo que Dios requiere que hagamos. Ha habido un abandono de la sencillez de la obra, y se la ha hecho intrincada, difícil de ejecutar. Demasiado a

menudo la han dirigido y controlado el criterio y la sabiduría humanos y no de Dios. Muchos sienten que no disponen de tiempo para velar por las almas como quienes tienen que rendir cuenta. ¿Y qué excusas darán por esta negligencia en cumplir la importante obra que les correspondía hacer?

En nuestro colegio se debe educar a los jóvenes de la manera más completa y cuidadosa posible, a fin de que estén capacitados para trabajar para Dios. Este fue el propósito por el cual se creó la institución. Nuestros hermanos en todas partes debieran sentir interés, no sólo por sostener, sino además por velar para que el colegio no se aparte de su propósito ni se deje amoldar a la semejanza de otras instituciones de su clase. El interés religioso debe ser constantemente protegido. El tiempo se acaba. La eternidad se aproxima. La gran cosecha debe recogerse. ¿Qué estamos haciendo para prepararnos para esta obra?

Los administradores que dirigen nuestro colegio deben ser hombres piadosos y fervientes. Deben hacer de la Biblia la regla y guía de la vida

y estar atentos a la segura palabra profética “como a una lámpara que alumbra en lugar oscuro”. (2 Pedro 1:19) Ninguno de nosotros debiera atreverse a estar desprevenido ni por un momento “porque el Hijo del Hombre vendrá a la hora que no pensáis”. (Mateo 24:44) Solamente los que sigan fieles en el bien hacer recibirán la recompensa. Se da lugar entre nosotros a muchas cosas que no tienen parte con Cristo. Ministros, profesores, y maestros no conDiscurso sagrados ayudan a Satanás a levantar bandera dentro de nuestros propios baluartes.

Aunque el propósito de nuestro colegio ha sido expresado repetidamente, muchos están de tal manera cegados por el dios de este mundo, que pierden de vista su verdadero objetivo. Dios tenía el propósito de que en esta institución los jóvenes fueran atraídos hacia él a fin de prepararse para predicar el Evangelio de Cristo, y extraer del inagotable tesoro de la Palabra de Dios cosas nuevas y viejas para la instrucción y edificación de la gente. Los maestros y profesores debieran percibir claramente los peligros de esta época y la obra que ha de realizarse para preparar a un pueblo

que puede estar en pie en el día del Señor.

Algunos de los maestros han estado esparciendo lejos de Cristo en lugar de recoger con él. Por su propio ejemplo inducen a los que están bajo su cargo a adoptar las costumbres y los hábitos de las personas mundanas. Unen las manos de los estudiantes con los incrédulos que siguen las modas en boga y aman las diversiones, y así los acercan un paso más al mundo y los alejan de Cristo. Y hacen eso a pesar de las amonestaciones del cielo, no solamente las que se han dado al pueblo en general, sino también las que han sido dirigidas a ellos mismos. La ira del Señor se enciende por causa de estas cosas.

Dios probará la fidelidad de su pueblo. Muchos de los errores que cometen los que profesan ser servidores de Dios son consecuencia de su amor propio, su deseo de aprobación, su sed de popularidad. Así cegados, no se dan cuenta de que son elementos de oscuridad en vez de luz. “Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os acogeré, y seré a

vosotros por Padre, y vosotros me seréis por hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso". (2 Corintios 6:17, 18) Estas son las condiciones que permitirán que se nos reconozca como hijos de Dios: la separación del mundo y el renunciamiento a las cosas que engañan, fascinan y entrampan.

El apóstol Pablo declara que es imposible que los hijos de Dios se vinculen con los mundanos. "No os juntéis en yugo desigual con los incrédulos". (2 Corintios 6:14) Esto no se refiere solamente al matrimonio; cualquier relación de confianza y coparticipación con los que no aman a Dios y la verdad, constituye una trampa.

Sigue diciendo el apóstol: "Porque ¿qué asociación tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas? ¿Y qué armonía Cristo con Belial? ¿ó qué parte el creyente con el incrédulo? ¿Y qué concordia entre el santuario de Dios y los ídolos? Porque vosotros sois el santuario del Dios viviente, como Dios dijo: 'Habitaré y andaré entre ellos, y seré sin Dios, y ellos serán mi pueblo'". (2 Corintios 6:14-16) A la luz de estos

hechos, declara el apóstol: “Por lo cual, salid de en medio de ellos, y apartaos”. (Vers. 17) “Así que, amados, puesto que tenemos estas promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios”. (2 Corintios 7:1)

Si cumplimos con estas condiciones, el Señor cumplirá las promesas que nos ha hecho. Pero hay una obra que debemos hacer, y que de ninguna manera debemos descuidar. Con el poder de Cristo la podemos llevar a cabo en forma adecuada. Podemos proseguir siempre hacia adelante y hacia arriba, creciendo constantemente en gracia y en el conocimiento de la verdad.

Los hijos de la luz y del día no han de reunir en torno suyo las sombras de la noche ni la oscuridad que circundan a los obradores de iniquidad. Al contrario, han de mantenerse fielmente en su puesto de responsabilidad como portadores de luz, obteniendo luz de Dios para alumbrar a los que están en tinieblas. El Señor quiere que su pueblo mantenga su integridad no tocando, es decir no

imitando, las prácticas de los impíos.

Los cristianos han de estar en el mundo como “nación santa, pueblo adquirido para posesión de Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pedro 2:9) Esta luz no ha de opacarse, sino que alumbrará con más claridad hasta que el día sea perfecto. Los portaestandartes de Cristo nunca estarán fuera de servicio. Tienen un adversario que espera y vela para apoderarse del baluarte. Algunos de los que profesan ser guardas de Cristo han convidado al enemigo a sus fortificaciones, se han asociado con él y en sus esfuerzos por complacer, han derribado la distinción entre los hijos de Dios y los hijos de Satanás.

Nunca fue el designio de Dios que nuestro colegio imitase a otras instituciones de enseñanza. El elemento religioso debe ser el poder controlador. Si los no creyentes escogen esta influencia, sea por bien; si los que están en tinieblas escogen venir a la luz, es lo que Dios quiere. Pero relajar nuestra vigilancia y permitir

que el elemento mundano tome la delantera, para conseguir más estudiantes, es contrario a la voluntad de Dios. La fuerza de nuestro colegio estriba en mantener el predominio del elemento religioso. Cuando maestros y profesores sacrifiquen los principios religiosos para complacer a una clase mundana y amadora de los placeres, deben ser considerados como infieles a su cometido y ser despedidos.

La emocionante verdad que ha estado sonando en nuestros oídos por muchos años, “el Señor está cerca; estad preparados”, no es menos cierta hoy que cuando primero oímos el mensaje. Están en juego en esto los intereses más preciados de la iglesia y del pueblo de Dios, y el destino de un mundo impenitente e impío, para este tiempo y la eternidad. Todos vamos encaminados hacia el juicio. “El Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivamos, los que hayamos quedado hasta la venida del Señor, seremos arrebatados juntamente con

ellos en las nubes para salir al encuentro del Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. (1 Tesalonicenses 4:15-17) Entonces Cristo se manifestará en el cielo “para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo”. (2 Tesalonicenses 1:8)

Estos eventos trascendentales están cercanos, pero muchos de los que profesan la verdad están dormidos. Si permanecen en su posición actual de amistad con el mundo, seguramente serán contados con el siervo infiel que dijo en su corazón, “Mi Señor se tarda en venir”. Sólo para los que aguardan con esperanza y fe Cristo aparecerá sin pecado para salvación. Muchos poseen la teoría de la verdad pero no conocen el poder de la santidad. Si la palabra de Dios morara en el corazón, controlaría la vida. La fe, la pureza y la conformidad con la voluntad de Dios darían testimonio de su poder santificador.

Responsabilidad de los ministros

Una solemne responsabilidad descansa sobre los atalayas. ¡Cuán cuidadosos debieran ser para entender y explicar la palabra de Dios! “Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas escritas en ella...” (Apocalipsis 1:3) Dice el profeta Ezequiel: “Vino a mí palabra de Jehová, diciendo: Hijo de hombre, habla a los hijos de tu pueblo, y diles: Cuando traiga yo la espada sobre la tierra, y el pueblo de la tierra tome un hombre de entre ellos y lo ponga por atalaya, si, cuando él vea venir la espada sobre la tierra, toca trompeta y avisa al pueblo, entonces cualquiera que oiga el sonido de la trompeta y no se aperciba, si la espada llega y lo quita de en medio, su sangre será sobre su propia cabeza. Oyó el sonido de la trompeta, y no se apercibió; su sangre será sobre él; mientras que si se hubiese apercibido, habría librado su vida. Pero si el atalaya ve venir la espada y no toca la trompeta, y el pueblo no se apercibe, y viniendo la espada quita a alguien de en medio de ellos, éste es quitado de en medio por causa de su pecado, pero

demandaré su sangre de mano del atalaya. A ti pues, hijo de hombre, te he puesto por atalaya a la casa de Israel; cuando oigas la palabra de mi boca, los amonestarás de mi parte. Cuando yo diga al malvado: Oh malvado, de cierto morirás, si tú no hablas para apercibir al malvado de su mal camino, el malvado morirá por su pecado, pero su sangre yo la demandaré de tu mano. Pero si tú avisas al malvado de su camino para que se aparte de él, y él no se aparta de su camino, él morirá por su pecado, pero tú habrás librado tu vida". (Ezequiel 33:1-9)

La responsabilidad de los atalayas de hoy es tanto mayor que en los días del profeta, como nuestra luz es más clara y nuestros privilegios y oportunidades mayores que en sus días. Es el deber del ministro amonestar y enseñar a todo hombre, con toda humildad y sabiduría. No se ha de conformar a las costumbres del mundo, sino que como siervo de Dios contenderá por la fe que ha sido transmitida a los santos. Satanás está obrando constantemente para derribar los baluartes que le impiden el libre acceso a las almas; y mientras nuestros ministros no son más espirituales en sus

pensamientos, mientras no establecen una conexión estrecha con Dios, el enemigo tiene gran ventaja y el Señor considera al atalaya responsable por su éxito.

Me permito, en esta ocasión, dar una advertencia a los que se congregarán para nuestro congreso campestre. El fin de todas las cosas se acerca. Mis hermanos, ministros y laicos, se me ha mostrado que debéis trabajar de una manera diferente a la que habéis estado acostumbrados. El orgullo, la envidia, la importancia propia e indeDiscurso pendencia no santificada, han mancillado vuestras labores. Cuando los hombres se dejan lisonjear y exaltar por Satanás, el Señor puede hacer poco por ellos o a través de ellos. ¡A qué humillación sin medida descendió el Hijo del hombre para elevar a la humanidad! Los obreros de Dios, y no solamente los ministros sino también el pueblo, necesitan la mansedumbre y sumisión de Cristo si han de beneficiar a sus semejantes. Siendo Dios, nuestro Salvador se humilló al asumir la naturaleza humana. Pero se rebajó aún más. “Como hombre, se humilló a sí mismo, al hacerse

obediente hasta la muerte, y muerte de cruz". (Filipenses 2:8) ¡Cómo quisiera hallar palabras para presentar estos pensamientos ante vosotros! Ojalá que el velo se rasgara y pudierais ver la causa de vuestra debilidad espiritual. Ojalá que os fuera posible concebir las abundantes provisiones de gracia y poder que aguardan que vosotros las pidáis. Aquellos que tienen hambre y sed de justicia serán saciados. Debemos ejercer una fe mayor al clamar a Dios por las bendiciones necesarias. Hay que esforzarse, agonizar, para entrar por la puerta estrecha.

Dice Cristo: "Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas". (Mateo 11:28, 29) Testifico ante vosotros, mis queridos hermanos, ministros y pueblo, de que no habéis aprendido esta lección. Cristo sufrió vergüenza, agonía y muerte por nosotros. "Haya, pues entre vosotros, este sentir que hubo también en Cristo Jesús". (Filipenses 2:5) Soportad el reproche y vituperio

sin represalias, sin espíritu de venganza. Jesús murió, no sólo para hacer expiación por nosotros sino también para ser nuestro modelo. Oh, ¡qué maravillosa condescendencia! ¡Amor incomparable! Al contemplar al Príncipe de Paz sobre la cruz, ¿podéis albergar el egoísmo? ¿Podéis ceder ante el odio o la venganza?

Que el espíritu altivo se doblegue en humildad. Que el corazón endurecido sea quebrantado. Que el yo no se consienta, compadezca ni exalte más. ¡Mirad, oh, mirad a Aquel que fue traspasado por nuestros pecados! Vedle subiendo paso a paso el sendero de la humillación para levantarnos, rebajándose a sí mismo hasta ya no poder más, y todo para salvar a los que caímos por causa del pecado. ¿Por qué seremos tan indiferentes, tan fríos, tan formales, tan orgullosos, tan autosuficientes?

¿Quién de nosotros está siguiendo fielmente al Modelo? ¿Quién de nosotros ha emprendido y continuado la lucha contra el orgullo del corazón? ¿Quién de nosotros, con toda seriedad, se ha puesto

a luchar contra el egoísmo hasta que éste abandone su morada en el corazón y deje de manifestarse en la vida? Al contemplar la cruz de Cristo y ver cumplirse las señales que nos acercan más al juicio, quiera Dios que las lecciones que se nos han dado puedan quedar grabadas de tal manera en nuestros corazones que nos hagan más humildes, más abnegados, más bondadosos el uno para con el otro, menos preocupados por nosotros mismos, menos criticadores, y más dispuestos a llevar las cargas los unos de los otros, que lo que estamos ahora.

Se me ha mostrado que, como pueblo, nos estamos apartando de la sencillez de la fe y de la pureza del Evangelio. Muchos corren grave peligro. A menos que cambien su comportamiento, serán separados de la Vid verdadera, como ramas inservibles. Hermanos y hermanas, se me ha mostrado que estamos al borde del mundo eterno. Es preciso que ahora ganemos victorias a cada paso. Cada acto de bondad es una semilla que se siembra, la cual dará fruto para vida eterna. Todo éxito logrado nos coloca en un peldaño más

elevado de la escala del progreso y nos proporciona mayor fuerza espiritual para alcanzar nuevas victorias. Cada acto correcto prepara el camino para la repetición del mismo.

El tiempo de prueba se está terminando para algunos; y ¿podrá decirse que andan bien, que se han hecho aptos para la vida futura? ¿No revelará su registro oportunidades desperdiciadas, privilegios descuidados, una vida de egoísmo y mundanalidad que no ha llevado fruto para la gloria de Dios? ¿Y cuánto de la labor que el Maestro nos dejó para hacer ha quedado sin hacer? En todo nuestro alrededor hay almas que amonestar; pero con frecuencia hemos ocupado el tiempo en servirnos a nosotros mismos, y ante Dios ha subido un registro de almas que han bajado al sepulcro perdidas, sin haber sido amonestadas.

El Señor todavía tiene propósitos de misericordia para con nosotros. Hay lugar para el arrepentimiento. Podemos convertirnos en los amados de Dios. Ruego a los que han tenido por muy lejana la venida de nuestro Señor que

comiencen ahora la labor de redimir el tiempo. Estudiad la Palabra de Dios. Que todos los que estén en esta reunión hagan un pacto con Dios para abandonar las conversaciones triviales y frívolas y la lectura vana; y el año entrante leed la Palabra de Dios con diligencia y oración para que podáis dar, a todo el que os la pida, una razón de la esperanza que hay en vosotros. ¿No humillaréis sin demora vuestros corazones ante Dios y os arrepentiréis de vuestra inactividad?

No piense nadie que lamento o quiero retractar ningún testimonio claro que haya dirigido a individuos o al pueblo. Si en alguna cosa he fallado, ha sido en no reprender el pecado más decididamente y con mayor firmeza. Algunos de los hermanos han asumido la responsabilidad de criticar mi obra y de proponer una manera más fácil de corregir los errores. Yo diría a las tales personas: Yo sigo el camino de Dios y no el vuestro. Lo que he dicho o escrito en forma de testimonio o reprensión no ha sido expresado con exceso de claridad.

Dios me ha dado mi obra, y tengo que enfrentarla en el día del juicio. Los que han escogido su propio camino, que se han sublevado en contra de los claros testimonios que les fueron dados y que han procurado debilitar la fe de otros en ellos, han de arreglar sus cuentas con Dios. Yo no retracto nada. No suavizo nada para acomodarme a sus ideas o excusar sus defectos de carácter. No he hablado con la claridad que el caso merecía. Quienes de alguna manera le roben fuerza a las agudas reprensiones que Dios me ha pedido que comunique, tendrán que hacer frente a su obra en el juicio.

Hace algunas semanas, viéndome cara a cara con la muerte, contemplé de cerca la eternidad. Si el Señor tiene a bien levantarme de mi estado actual de debilidad, espero, mediante la gracia y fuerza que viene de arriba, poder comunicar fielmente las palabras que él me dé. Durante toda mi vida, al tener que comunicar los testimonios que Dios me ha dado, se me ha hecho terriblemente difícil herirle los sentimientos a nadie, o perturbar su autoengaño. Es algo contrario a mi naturaleza.

Me ocasiona gran dolor y me cuesta muchas noches de desvelo. Vuelvo a decir a los que han asumido la responsabilidad de reprenderme y, en su juicio finito, proponer un camino que a ellos les parece más sabio: No acepto vuestros esfuerzos. Dejadme con Dios, y permitid que él me enseñe. Tomaré las palabras del Señor y las hablaré al pueblo. No espero que todos acepten la reprensión y reformen sus vidas, pero debo cumplir mi deber de todas maneras. Caminaré en humildad ante Dios, llevando a cabo mi obra para este tiempo y la eternidad.

Dios no ha dado a mis hermanos la obra que me ha encomendado a mí. Se ha insistido en que mi manera de reprender en público ha hecho que otros se vuelvan cortantes, criticadores y severos. Si es así, tendrán que arreglar el asunto con el Señor. Si otros asumen una responsabilidad que Dios no les ha impuesto; si hacen caso omiso de las instrucciones que él les ha dado vez tras vez a través del humilde instrumento que él ha escogido, para que sean bondadosos, pacientes y longánimes, ellos solos tendrán que responder por los

resultados. Con corazón abrumado por la tristeza, he cumplido mi desagradable deber para con mis amigos más queridos, no atreviéndome a complacerme a mí misma retrayendo la reprensión, ni aun de mi propio esposo; y no seré menos fiel en amonestar a otros, oigan o no oigan. Cuando hablo al pueblo, digo muchas cosas que no he premeditado. A menudo el Espíritu del Señor desciende sobre mí. Parece ser que soy transportada fuera y lejos de mí misma; la vida y el carácter de diferentes personas son presentados con claridad ante mi mente. Veo sus errores y peligros, y me siento compelida a hablar acerca de lo que de esa manera se me ha presentado. No me atrevo a resistir al Espíritu de Dios.

Sé que algunos están desconformes con mi testimonio. No se acomoda a sus corazones orgullosos y no consagrados. Siento cada vez más profundamente la pérdida que nuestro pueblo ha sufrido por no haber aceptado y obedecido la luz que Dios me ha dado. Mis hermanos más jóvenes en el ministerio, os ruego que reflexionéis más acerca de vuestra solemne responsabilidad.

Consagrados al Señor, podréis ejercer una poderosa influencia en favor del bien en la iglesia y en el mundo; pero carecéis de una piedra sincera y de devoción. Dios os ha enviado para que seáis una luz en el mundo por medio de vuestras buenas obras tanto como por vuestras palabras y teorías. Pero muchos de vosotros podéis ser representados por las vírgenes insensatas que no tenían aceite en sus lámparas.

Mis hermanos, haced caso al testimonio y consejo del Testigo fiel y Dios obrará por vosotros y en vosotros. Vuestros enemigos podrán ser fuertes y determinados, pero Uno más fuerte que ellos será vuestro ayudador. Permitid que la luz brille y ella hará su obra. El Señor de los ejércitos está con nosotros; nuestro refugio es el Dios de Jacob.

Nota:

1. Esta exhortación fue escrita para el congreso campestre del Estado de Míchigan, pero como fue olvidada entonces, se leyó ante la

Asociación General en Diciembre de 1881.

Capítulo 3

Nuestro colegio[1]

Existe el peligro de que nuestro colegio se desvíe de su propósito original. El propósito de Dios se ha dado a conocer, que nuestro pueblo tenga la oportunidad de estudiar las ciencias y al mismo tiempo aprender los requerimientos de su palabra. Se deben dar disertaciones bíblicas; el estudio de las Escrituras debe ocupar el primer lugar en nuestro sistema de educación.

Los estudiantes son enviados desde bien lejos para asistir a nuestro colegio de Battle Creek, precisamente para recibir instrucción por medio de las disertaciones sobre temas bíblicos. Pero desde hace uno o dos años, se han hecho esfuerzos por amoldar nuestro colegio a la semejanza de otros colegios. Cuando se hace esto, no podemos animar a los padres a que envíen a sus hijos al colegio de Battle Creek. Las influencias morales y religiosas no deben quedar relegadas a un segundo plano. En tiempos pasados, Dios ha obrado por medio de los

esfuerzos de los profesores, y muchas almas, como resultado de su conexión con el colegio, se han dado cuenta de la verdad y la han aceptado regresando luego a sus hogares para vivir de ahí en adelante para Dios. Al ver que el estudio de la Biblia formaba parte de su educación, se vieron precisados a considerarlo como un asunto del mayor interés e importancia.

Se ha hecho muy poco caso de la educación de hombres jóvenes para el ministerio. Este fue el primer objetivo que se intentó lograr al establecerse el colegio. Bajo ninguna circunstancia debería esto pasarse por alto ni considerarse como un asunto de menor importancia. Sin embargo, desde hace varios años, sólo unos pocos han egresado de esa institución preparados para enseñar la verdad a otros. Algunos de los que ingresaron a gran costo, con miras al ministerio, han sido alentados por los maestros a seguir cursos que demorarían años en completar y, para poder llevar a cabo sus planes, han entrado en el campo del colportaje y abandonado toda idea de predicar. Esto es enteramente incorrecto. No nos quedan muchos

años más para trabajar, por lo que profesores y rectores debieran estar llenos del Espíritu de Dios y trabajar en armonía con su voluntad en vez de realizar sus propios planes. Cada año perdemos mucho porque no acatamos lo que Dios ha dicho acerca de estas cosas.

Nuestro colegio ha sido establecido por Dios para suplir las necesidades cada vez mayores de estos tiempos de peligro y desmoralización. El estudio libresco solo no puede proporcionar la disciplina necesaria para los estudiantes. Ha de echarse un cimiento más sólido. El colegio no fue fundado para que lleve la estampa de la mente de un solo hombre. Los maestros y el rector deben trabajar juntos como hermanos. Deben consultarse entre sí, y también pedir el consejo de ministros y hombres responsables y, sobre todo, pedir sabiduría de lo alto, de manera que todas sus decisiones con respecto a la institución sean las que Dios apruebe.

No es el propósito de la institución impartir a los alumnos un mero conocimiento libresco. Dicha

educación puede obtenerse en cualquier colegio del país. Se me ha mostrado que es el propósito de Satanás evitar que se logre el verdadero objetivo para el cual se fundó el colegio. Entorpecidos por sus artimañas, sus dirigentes razonan a la manera del mundo, copian sus planes e imitan sus costumbres. Pero al hacer esto, no están en armonía con el pensar del Espíritu de Dios.

Se necesita una educación más amplia, una que exija de los maestros y del rector un pensamiento y un esfuerzo de una calidad que la simple instrucción en las ciencias no puede requerir. El carácter ha de recibir la disciplina necesaria para que alcance su más elevado y noble desarrollo. En el colegio, los estudiantes deben recibir una preparación que los capacite para mantener una reputación virtuosa ante la sociedad, contraria a las influencias desmoralizadoras que corrompen a la juventud.

Sería recomendable que hubiera junto al colegio terreno para el cultivo y también talleres a cargo de hombres competentes para instruir a los

alumnos en los diversos aspectos de la labor física. Se pierde mucho cuando se olvida unir el esfuerzo físico con el mental. Las horas de ocio de los estudiantes a menudo se emplean en placeres frívolos que minan las fuerzas físicas y mentales. Bajo el poder degradante de la complacencia sensual, o del entusiasmo prematuro o provocado por el noviazgo y el matrimonio, muchos estudiantes no alcanzan el nivel de desarrollo mental que de otra manera hubieran podido obtener.

A los jóvenes se les debiera inculcar a diario un sentido de obligación hacia Dios. Su ley es violada continuamente, aun por los hijos de padres religiosos. Algunos de estos jóvenes frecuentan lugares de disipación y como consecuencia, las facultades de la mente y el cuerpo quedan afectadas. Esta clase induce a otros a seguir su comportamiento perjudicial. De esta manera, mientras el rector y los maestros imparten instrucción en las ciencias, Satanás, con astucia infernal, trabaja con gran tesón para obtener el control de las mentes de los alumnos y conducirlos

hacia la ruina.

Hablando en términos generales, la juventud tiene poca fuerza moral. Esto es el resultado de una educación descuidada durante la niñez. El conocimiento del carácter de Dios y de nuestros deberes hacia él no deben ser considerados como un asunto de poca importancia. La religión de la Biblia es la única salvaguardia para los jóvenes. La moralidad y la religión deben recibir atención especial en nuestras instituciones educativas.

La Biblia como libro de texto

Ningún otro estudio podrá ennoblecer los pensamientos, sentimientos y aspiraciones como el estudio de las Escrituras. Esta Sagrada Palabra es la voluntad de Dios revelada a los hombres. En ella podemos aprender lo que Dios espera de seres creados a su imagen. En ella aprendemos cómo mejorar la vida presente y cómo asegurarnos la vida futura. Ningún otro libro puede satisfacer los interrogantes de la mente y los anhelos del corazón. Al obtener conocimiento de la Palabra de Dios y al

obedecerla, la gente podrá elevarse de las más abyectas profundidades de la ignorancia y degradación y convertirse en hijos de Dios, compañeros de ángeles sin pecado.

Un concepto claro de lo que Dios es, y lo que requiere que seamos, nos dará una opinión humilde de nosotros mismos. El que estudia correctamente la Sagrada Palabra aprenderá que el intelecto humano no es omnipotente; que sin el auxilio que nadie fuera de Dios puede darnos, la sabiduría y el poder humanos no son más que flaqueza e ignorancia.

La influencia educativa de la Biblia no tiene rival. Nada impartirá tanto vigor a todas las facultades como requerir que los estudiantes capten las estupendas verdades de la revelación. La mente gradualmente se adapta a los temas en los que se le permite concentrarse. Si se ocupa sólo de asuntos comunes, excluyendo los temas importantes y elevados, se empequeñece y debilita. Si nunca se le exige luchar con problemas difíciles o dilatarse para comprender verdades importantes, perderá,

después de un tiempo, su capacidad de desarrollo.

La Biblia es la historia más abarcante e instructiva que los seres humanos poseen. Vino fresca de la fuente de verdad eterna, y una mano divina ha conservado su pureza a través de todas las edades. Sus resplandecientes rayos alcanzan a iluminar el pasado más remoto, donde la investigación humana procura en vano penetrar. Solamente en la Palabra de Dios encontramos una auténtica narrativa de la creación. En ella contemplamos el poder que asentó el cimiento de la tierra y desplegó los cielos. Sólo aquí podemos encontrar una historia de nuestra raza, libre de la mancha del prejuicio y orgullo humano.

En la Palabra de Dios la mente encuentra material para el pensamiento más profundo, las aspiraciones más elevadas. En ella nos podemos relacionar con patriarcas y profetas, y escuchar la voz del Eterno que habla con los hombres. En ella contemplamos cómo la Majestad celestial se humilló y se convirtió en nuestro sustituto y garantía para vérselas a solas con las potencias de

las tinieblas y ganar la victoria en nuestro favor. Una meditación reverente sobre temas como éstos no podrá menos que ablandar, purificar y ennoblecer el corazón y, a la vez, impartir a la mente nuevo poder y vigor.

Si la moralidad y la religión han de morar en un colegio, ha de ser por medio del conocimiento de la palabra de Dios. Algunos aseveran que si se da un lugar prominente a la instrucción religiosa, nuestro colegio perderá su popularidad; que los que no son de nuestra fe no patrocinarán nuestro colegio. Bien, pues, dejad que se vayan a otros colegios donde encuentren un sistema de educación que les acomode. Nuestro colegio fue establecido, no sólo para enseñar las ciencias, sino con el fin de impartir instrucción acerca de los grandes principios de la palabra de Dios y de los deberes prácticos de la vida cotidiana.

Esta es la educación que tanto se necesita en el tiempo presente. Si la influencia mundana ha de reinar en nuestro colegio, entonces vendédselo a los mundanos y permitid que ellos asuman el

control total; los que han invertido sus recursos en esa institución, establecerán otro colegio que se rija, no según el plan de las escuelas populares ni de acuerdo con los deseos del rector y los maestros, sino conforme al plan que Dios ha especificado.

En el nombre de mi Maestro, ruego a todos los que están en puestos de responsabilidad en ese colegio que sean hombres de Dios. ¿Cómo podemos apetecer la popularidad o procurar imitar las costumbres y prácticas del mundo, cuando Dios requiere que seamos distintos y peculiares? Es el propósito declarado de Dios tener un colegio en el país donde se le dé a la Biblia su debido lugar en la educación de la juventud. ¿No haremos nuestra parte para llevar a cabo ese propósito?

Tal vez nos parezca que la enseñanza de la Palabra de Dios tiene poco efecto sobre las mentes y los corazones de muchos estudiantes; pero, si el trabajo de los profesores ha sido hecho en el Señor, algunas lecciones de la verdad divina quedarán grabadas en la memoria de los más descuidados. El Espíritu Santo regará la semilla que se sembró, y a

menudo brotará después de muchos días y llevará fruto para la gloria de Dios.

Constantemente, Satanás procura apartar de la Biblia la atención del pueblo. Las palabras de Dios a los hombres, que debieran recibir nuestra atención prioritaria, son despreciadas por las declaraciones de la sabiduría humana. ¡Cómo podrá Aquel que es infinito en poder y sabiduría soportar así la presunción e insolencia de los hombres!

Por intermedio de la prensa, se ponen al alcance de todo el mundo conocimientos de todas clases; y, sin embargo, cuántos hay en toda comunidad que son depravados en su moral y superficiales en sus logros mentales. Si la gente tan sólo se convirtiera a la lectura y el estudio de la Biblia, veríamos un estado de cosas diferente.

En una época como la nuestra en que abunda la iniquidad, y el carácter de Dios y su ley son considerados con desprecio, se debiera tener cuidado especial para enseñar a la juventud a

estudiar, reverenciar y obedecer la voluntad divina como ha sido revelada al hombre. El temor de Dios se está desvaneciendo de la mente de nuestra juventud por causa del descuido del estudio de la Biblia.

El rector y el personal docente debieran tener una conexión vital con Dios y mantenerse con firmeza y valentía en pie como testigos suyos. Jamás permitáis que la cobardía o las costumbres del mundo os lleven a colocar la Palabra de Dios en un plano inferior. Al estudiarla, los alumnos se beneficiarán intelectualmente, como también moral y espiritualmente.

El propósito del colegio

Nuestro colegio ocupa hoy una posición que Dios no aprueba. Se me han mostrado los peligros que amenazan a esta importante institución. Si sus dirigentes procuran alcanzar la norma del mundo, si copian los planes y métodos de otros planteles, el reproche de Dios recaerá sobre él.

Ha llegado el momento cuando debo hablar resueltamente. El propósito de Dios para el establecimiento de nuestro colegio ha sido expresado claramente. Existe una demanda urgente de obreros en el campo evangélico. Hombres jóvenes que se proponen ingresar en el ministerio no pueden pasar muchos años adquiriendo una educación. Los profesores debieran haber comprendido la situación y adaptado su enseñanza a las necesidades de este grupo. A estos alumnos debió habérseles otorgado ventajas especiales para un estudio breve pero amplio de los ramos más necesarios que los capaciten para su trabajo. Pero se me ha mostrado que esto no se ha logrado.

El Hno. _____ pudo haber hecho un trabajo mejor que el que ha hecho en favor de los alumnos que se preparaban para el ministerio. Dios no está complacido con su proceder respecto a este asunto. No se ha adaptado a la situación. Hombres que con grandes sacrificios han dejado sus campos de labor para aprender en poco tiempo todo lo posible, no siempre han recibido la ayuda y el ánimo que debieron haber recibido. Hombres que han llegado

a una edad madura, al mismo apogeo de su vida, y que tienen familia propia, han sido sometidos a pasar una vergüenza innecesaria. El mismo Hno. ___-__

es extremadamente sensible, pero no se da cuenta que también hay otros que pueden sentir el aguijón del ridículo, el sarcasmo o la censura tan agudamente como él. En esto él ha lastimado a sus hermanos y no ha agradado a Dios.

Los profesores dentro del colegio

Hay una labor que hacer en favor de cada profesor en nuestro colegio. Nadie está exento del egoísmo. Si el carácter moral y religioso de los maestros fuera lo que debe ser, se ejercería una mejor influencia sobre los alumnos. Los profesores no procuran individualmente hacer su trabajo con el único propósito de glorificar a Dios. En lugar de contemplar a Jesús e imitar su vida y carácter, se miran a sí mismos y apuntan demasiado hacia el logro de una norma humana. Ojalá que me fuera posible impresionar a cada profesor para que

apreciara plenamente su responsabilidad por la influencia que ejerce sobre los jóvenes. Satanás es infatigable en sus esfuerzos para asegurarse el servicio de nuestra juventud. Con gran cautela tiende la red para los pies inexpertos. El pueblo de Dios debiera protegerse celosamente contra sus artimañas.

Dios es la personificación de la benevolencia, la misericordia y el amor. Los que verdaderamente están conectados con él no pueden estar en desavenencia unos con otros. La presencia del Espíritu engendra la armonía, el amor y la unidad en el corazón. Se ve lo contrario entre los hijos de Satanás. Su obra consiste en incitar la envidia, la contienda, y los celos. En el nombre de mi Maestro, pido a los que profesan ser seguidores de Cristo: ¿Qué fruto lleváis?

En el sistema de instrucción empleado en las “escuelas comunes” se descuida la parte más esencial de la educación, a saber, la religión de la Biblia. La educación no sólo afecta en gran medida la vida del estudiante en este mundo, sino que su

influencia se extiende hasta la eternidad. ¡Cuán importante es, pues, que los profesores sean personas capaces de ejercer una influencia correcta! Deben ser hombres y mujeres de experiencia religiosa, que reciben a diario luz divina para impartirla a sus alumnos. Pero no se debe esperar que el profesor haga el trabajo de los padres. Entre muchos padres ha habido un temible descuido del deber. Al igual que Elí, dejan de ejercer la disciplina debida; y luego mandan a sus hijos indisciplinados al colegio para recibir la enseñanza que los padres debieron haberles dado en el hogar. A los profesores les toca una tarea que sólo unos pocos saben apreciar. Si logran reformar a los jóvenes descarriados, no reciben el crédito merecido. Si los jóvenes escogen la compañía de los que se inclinan al mal y proceden de mal en peor, entonces se censura a los profesores y se condena al colegio.

En muchos casos la censura justamente debe recaer sobre los padres. Fueron ellos los que tuvieron la oportunidad más favorable para controlar a sus hijos, mientras el espíritu de ellos

era dócil y su mente y corazón fáciles de impresionar. Pero, por causa de la desidia de los padres, a los hijos se les permite seguir su propia voluntad hasta que se cauterizan en un mal proceder.

Que los padres estudien menos del mundo y más de Cristo; que se esfuercen menos por imitar las costumbres y modas del mundo y dediquen más tiempo y esfuerzo a amoldar las mentes y el carácter de sus hijos conforme al Modelo divino. Entonces podrán enviar a sus hijos e hijas fortalecidos por una moral pura y nobles propósitos, a que reciban una educación que los prepare para ocupar puestos de utilidad y confianza. Los maestros que son controlados por el amor y el temor de Dios podrán conducir a tales jóvenes aún más adelante y hacia arriba, preparándolos para que sean una bendición para el mundo y un honor para su Creador.

Vinculado con Dios, cada instructor ejercerá una influencia que conduzca a sus alumnos a estudiar la Palabra de Dios y a obedecer su ley.

Guiará sus mentes hacia la contemplación de intereses eternos, abriendo ante ellos vastos campos para el pensamiento, temas grandiosos y ennoblecedores para cuya comprensión el intelecto más vigoroso podrá ejercitar todas sus fuerzas y todavía sentir que más allá queda una infinitud.

Los males del orgullo personal y de la independencia no santificada, que son los que más perjudican nuestra utilidad y que ocasionarán nuestra ruina si no los vencemos, nacen del egoísmo. “Consultaos los unos a los otros” es el mensaje que vez tras vez el ángel del Señor me ha repetido. Al influir sobre el criterio de un solo hombre, Satanás intenta controlar los asuntos para su propia conveniencia. Pudiera tener éxito en desviar las mentes de dos personas, pero, cuando varios se consultan entre sí, hay más seguridad. Cada plan se someterá a un escrutinio más cuidadoso; cada movimiento de progreso será más cuidadosamente estudiado. Así habrá menos peligro de hacer decisiones precipitadas y desatinadas que pudieran causar confusión, perplejidad y derrota. En la unión está la fuerza. En

la división hay flaqueza y derrota. Dios está guiando a su pueblo y preparándolo para ser trasladado. ¿Estamos nosotros, los que tomamos parte en este trabajo, emplazados como centinelas para Dios? ¿Procuramos trabajar unidos? ¿Estamos dispuestos a ser siervos de todos? ¿Estamos siguiendo a nuestro gran Ejemplo?

Hermanos colaboradores, cada uno de nosotros está sembrando semillas en los campos de la vida. De tal semilla, tal cosecha. Si sembramos la desconfianza, la envidia, los celos, el amor propio, la amargura de pensamiento y de sentimiento, segaremos amargura para nuestras propias almas. Si manifestamos bondad, amor, una tierna apreciación por los sentimientos de los demás, recibiremos lo mismo de vuelta.

El profesor que es severo, criticador, dominante, que no hace caso de los sentimientos de los demás, debe esperar que el mismo espíritu se manifieste hacia él. Aquel que desea conservar su dignidad y respeto propios debe cuidarse de no herir indebidamente el respeto propio de los demás.

Esta regla debe ser religiosamente observada en la relación con los alumnos más torpes, más jóvenes y más errantes. No sabéis lo que Dios va a hacer con estos jóvenes aparentemente apáticos. En el pasado él ha aceptado a personas poco prometedoras y sin atractivo para que hicieran una gran obra para él. Su Espíritu, obrando en sus corazones, ha despertado y puesto en vigorosa acción todas sus facultades. El Señor vio en esas toscas piedras sin labrar un precioso material que pasaría la prueba de la tormenta, el calor y la presión. Dios no ve como el hombre. No juzga por la apariencia, sino que escudriña los corazones y juzga rectamente.

El maestro debería en todo momento comportarse como un caballero cristiano. Siempre ha de mantener la actitud de amigo y consejero hacia sus alumnos. Si nuestro pueblo entero --maestros, ministros y miembros laicos--, cultivara el espíritu de la cortesía cristiana, tendría acceso mucho más fácil a los corazones de la gente; muchas personas más se verían inducidas a examinar y a recibir la verdad. Cuando los profesores se olviden de sí mismos y sientan un

profundo interés por el éxito y la prosperidad de sus alumnos, dándose cuenta de que son propiedad de Dios y que ellos tienen que rendir cuenta por su influencia sobre sus mentes y carácter, entonces tendremos un colegio en el que los ángeles permanecerán con placer. Jesús mirará con aprobación la labor de los maestros y colmará de su gracia el corazón de los alumnos.

Nuestro Colegio de Battle Creek es un lugar donde los miembros más jóvenes de la familia del Señor han de ser preparados conforme al plan de crecimiento y desarrollo de Dios. Que se les inculque la idea de que han sido creados a la imagen del Hacedor y que Cristo es el modelo que han de seguir. Nuestros hermanos permiten que sus mentes se encaminen hacia un blanco demasiado bajo y estrecho. No mantienen siempre a la vista el plan divino, sino que fijan sus ojos sobre modelos mundanos. Mirad hacia arriba adonde Cristo está sentado a la diestra de Dios, y luego trabajad para que vuestros alumnos se conformen a ese carácter perfecto.

Si rebajáis las normas para aseguraros de la popularidad y el aumento en número, y luego os regocijáis por este incremento, manifestáis una gran ceguera. Si los Números fueran evidencia del éxito, Satanás podría reclamar la preeminencia, porque en este mundo sus seguidores constituyen la mayoría. Es el grado de fuerza moral que infiltra el colegio lo que constituye una prueba de su prosperidad. Es la virtud, la inteligencia y la devoción de la gente que integra nuestras iglesias, y no sus Números, lo que debiera ser causa de gozo y de gratitud.

Sin la influencia de la gracia divina, la educación no resultará ventajosa; el aprendiz se hace orgulloso, vano e intolerante. Pero aquella educación que se recibe bajo la influencia ennoblecedora y refinadora del Gran Maestro, le dará al hombre un valor moral más elevado ante la vista de Dios. Lo capacitará para subyugar el orgullo y la pasión y para andar humildemente ante Dios, como si dependiera de él para cada aptitud, cada oportunidad y cada privilegio.

Me dirijo a los obreros de nuestro colegio: Debéis no solamente profesar que sois cristianos, sino que habéis de ejemplificar el carácter de Cristo. Que la sabiduría de lo alto colme toda vuestra instrucción. En un mundo de tinieblas y de corrupción, que se vea que el espíritu que os mueve a la acción es de lo alto, y no de abajo. Al depender enteramente de vuestra propia fuerza y sabiduría, vuestros mejores esfuerzos lograrán poco. Si os impulsa el amor de Dios y su ley es vuestro fundamento, vuestra labor perdurará. Al ser consumida la paja, la leña y el rastrojo, vuestra labor pasará la prueba. Los jóvenes que han sido puestos bajo vuestro cuidado los veréis otra vez en torno al gran trono blanco. Si permitís que vuestros modales y temperamentos descontrolados os dominen y dejáis de ejercer sobre estos jóvenes una influencia que sea para su bien eterno, tendréis que hacer frente a las graves consecuencias en aquel día. Por medio del conocimiento de la ley divina, y la obediencia a sus preceptos, los hombres pueden convertirse en hijos de Dios. Si violan esa ley, se convierten en servidores de Satanás. Por un lado pueden ascender a cualquier altura de excelencia

moral, o por otro descender a cualquier profundidad de iniquidad y degradación. Los obreros de nuestro colegio deben manifestar un celo y un empeño proporcionales al valor del premio que está en juego --las almas de los alumnos, la aprobación de Dios, la vida eterna, y los deleites de los redimidos.

Como colaboradores de Cristo, con tantas oportunidades favorables para impartir el conocimiento de Dios, nuestros profesores deben obrar como quienes han sido inspirados de lo alto. Los corazones de la juventud no están endurecidos, ni sus ideas y opiniones estereotipadas, como lo están los adultos. Pueden ser ganados para Cristo por vuestro comportamiento piadoso, vuestra devoción y vuestra imitación de Cristo. Sería mucho mejor no sobrecargarlos tanto con el estudio de las ciencias y darles más tiempo para sus deberes religiosos. En esto se ha cometido un grave error.

Se ha perdido de vista el propósito de Dios al traer a la existencia nuestro colegio. Hasta ahora,

los ministros del Evangelio han mostrado su falta de sabiduría de lo alto al vincular un elemento mundano con el colegio; se han unido a los enemigos de Dios y de la verdad al proveer diversiones para los estudiantes. Al descarriar de esta manera a la juventud, han hecho una obra en favor de Satanás. Esa obra, con todos sus resultados, la tendrán que enfrentar otra vez ante el tribunal de Dios. Los que siguen ese camino muestran que no se puede confiar en ellos. Después de hecha la mala obra, podrán confesar su error; ¿pero acaso podrán con la misma facilidad retraer la influencia que han ejercido? ¿Se pronunciará el "bien hecho" sobre aquellos que han faltado a su cometido? Estos hombres infieles no han edificado sobre la Roca eterna. Su fundamento resultará ser arena movediza. "¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye en enemigo de Dios". (Santiago 4:4)

No se puede poner límite a nuestra influencia. Un solo acto de descuido puede ocasionar la ruina de muchas almas. El comportamiento de cada

obrero en nuestro colegio está causando impresiones en las mentes de los jóvenes, las cuales son llevadas y reproducidas en otros. Que sea el objetivo de cada maestro preparar a todo joven bajo su cuidado para que sea una bendición para el mundo. Este propósito no se debiera perder de vista jamás. Hay algunos que profesan estar trabajando por Cristo, pero de vez en cuando se pasan al lado de Satanás para hacer su obra. ¿Puede el Salvador declarar que son siervos buenos y fieles? ¿Son ellos como atalayas que dan a la trompeta un sonido claro?

En el juicio se pagará a todo hombre conforme a las obras hechas en la carne, sean buenas o malas. Nuestro Salvador nos implora: “Velad y orad, para que no entréis en tentación”. (Mateo 26:41) Si encaramos dificultades y con el poder de Cristo las vencemos; si encaramos enemigos y con el poder de Cristo los hacemos huir; si aceptamos responsabilidades y con el poder de Cristo las cumplimos fielmente, estamos adquiriendo una preciosa experiencia. Aprendemos, como no lo hubiéramos podido aprender de ninguna otra

manera, que nuestro Salvador es un pronto auxilio en las tribulaciones.

Hay una gran obra que hacer en nuestro colegio, una obra que requiere la cooperación de todo maestro; y no agrada a Dios que uno desanime al otro. Pero casi todos parecen olvidar que Satanás es el acusador de los hermanos, y se unen con el enemigo en su obra. Mientras los cristianos profesos riñen, Satanás tiende sus redes para los pies inexpertos de niños y jóvenes. Aquellos que han tenido una experiencia religiosa deben procurar proteger a los jóvenes contra sus artificios. No deben jamás olvidar que en un tiempo ellos mismos estaban embelesados por los placeres pecaminosos. Necesitamos la misericordia y paciencia de Dios a cada hora, y cuán indecoroso es que nosotros nos mostremos impacientes por los errores de la juventud inexperta. Mientras Dios los soporte, ¿nos atrevemos nosotros, pecadores como ellos, a desecharlos?

Debemos siempre considerar que la juventud fue comprada por la sangre de Jesús. Como tales,

merecen nuestro amor, paciencia y simpatía. Si hemos de seguir a Jesús, no podemos limitar nuestro interés y afecto a nosotros mismos y a nuestras familias; no podemos dar nuestro tiempo y atención a los asuntos temporales y olvidar los intereses eternos de aquellos que nos rodean. Se me ha mostrado que es resultado de nuestro propio egoísmo que no haya cien hombres jóvenes donde ahora hay sólo uno empeñado con abnegación en la obra de salvar al prójimo. “Que os améis los unos a los otros; como yo os he amado” (Juan 13:34), es el mandato de Jesús. Contemplad su abnegación; mirad cuál amor nos ha dado; y luego procurad imitar al Modelo.

Ha habido muchas cosas que han desagradado a Dios en los hombres y mujeres jóvenes que han actuado como profesores de nuestro colegio. Habéis estado tan ensimismados y tan desprovistos de espiritualidad, que no podéis conducir a la juventud hacia la santidad y hacia el cielo. Muchos han regresado a sus hogares más empecinados en su impenitencia debido a vuestra falta de amor por Dios y por Cristo. Al andar sin el espíritu de Cristo,

habéis fomentado la irreligiosidad, la liviandad, y la falta de bondad en el sentido que vosotros mismos habéis albergado estos males. No os dais cuenta del resultado de este comportamiento: se pierden las almas que pudieron haber sido salvas.

Muchos manifiestan fuertes sentimientos contra el Hno _____--Lo acusan de falta de bondad, de dureza y severidad. Pero algunos de entre los mismos que lo quieren condenar, no son menos culpables. “El que de vosotros esté sin pecado, sea el primero en arrojar la piedra” (Juan 8:7) El Hno _____ no siempre ha procedido con sabiduría, y ha sido difícil convencerlo del punto donde no ha seguido el camino apropiado. No ha estado muy dispuesto a recibir consejo ni a modificar sus métodos de enseñanza y su manera de tratar a sus alumnos, como pudo haberlo estado. Pero aquellos que le condenarían por causa de sus defectos, podrían a su vez también ser ellos mismos condenados. Todo hombre tiene sus defectos de carácter particulares. Uno puede estar libre de la debilidad que ve en su hermano, pero a la vez puede tener faltas que son más gravosas ante la

vista de Dios.

Esta crítica mutua insensata es totalmente satánica. Se me mostró que el Hno. _____ merece respeto por el bien que ha hecho. Trátesele con ternura. El ha hecho el trabajo que debió haber sido repartido entre tres hombres. Calculen los que con tanta insistencia le buscan faltas cuánto han hecho ellos en comparación con él. El se afanó cuando otros buscaban el reposo y el placer. Está gastado; Dios quisiera que por un tiempo se aliviase de algunas de las cargas que tiene de más. Tiene tantas cosas a que dedicar su tiempo y atención, que no puede hacerle justicia a ninguna de ellas.

El Hno._____ no debe permitir que su espíritu combativo se subleve y lo lleve a la justificación propia. Ha dado lugar al descontento. Esto el Señor lo ha presentado ante él por medio de un testimonio.

No se estimule la crítica entre los alumnos. Este espíritu de queja se acrecentará si se alienta, y los alumnos se sentirán libres para criticar a los

profesores que no son de su agrado, y el espíritu de descontento y de contienda aumentará rápidamente. Esto se debe desaprobar hasta que se extinga. ¿No ha de corregirse este mal? ¿No pondrán a un lado los maestros su anhelo de supremacía? ¿No trabajarán con humildad, amor y armonía? El tiempo lo dirá.

Nota:

1. Mensaje leído en College Hall, diciembre de 1881, ante delegados de la Asociación, y de obreros dirigentes de la casa editora Review and Herald, del Sanatorio y del Colegio de Battle Creek.

Capítulo 4

Los padres y la disciplina

Se me ha mostrado que muchos de los padres que profesan creer el solemne mensaje para este tiempo no han educado a sus hijos para Dios. No han ejercido control sobre sí mismos y se han irritado contra cualquiera que procurase refrenar a sus hijos. No han sujetado a sus hijos sobre el altar del Señor diariamente por medio de una fe viva. A muchos de estos jóvenes se les ha permitido transgredir el cuarto mandamiento buscando sus propios deleites en el día santo de Dios. No han experimentado ninguna compunción de conciencia al rondar por las calles el día sábado en busca de diversión. Muchos van a donde les place y hacen lo que les viene en gana y sus padres temen tanto disgustarlos que imitando la conducta de Elí, no les imponen exigencias de ninguna clase.

Estos jóvenes finalmente pierden todo respeto por el sábado, como también su gusto por las reuniones religiosas o por las cosas de carácter

sagrado y eterno. Si sus padres los reprenden, aunque sea ligeramente, ellos se protegen relatando las faltas de algunos miembros de iglesia. En lugar de acallar la primera tentativa de esta índole, los padres más bien piensan tal como sus hijos; si éste o aquél fueran perfectos, sus hijos serían buenos. En lugar de esto, deberían enseñarles que los pecados de otros no son excusa para ellos. Cristo es el único modelo. Las faltas de muchos no excusarán ni una de sus faltas ni aminorarán su culpabilidad. Dios les ha dado una norma que es perfecta, noble y elevada. Esta la tienen que alcanzar, sin importarles el comportamiento de los demás. Pero muchos padres parecen perder su juicio y criterio por causa de su apego a sus hijos y, a través de esta juventud engreída, egoísta y mal gobernada, Satanás obra eficazmente para arruinar a los padres. Se me llamó la atención a la ira de Dios que descendió sobre los incrédulos y desobedientes del Israel antiguo. Claramente se les había encomendado el deber de instruir a sus hijos. Este encargo es igualmente obligatorio para los padres en esta generación. “Escucha, pueblo mío, mi enseñanza; inclinad vuestro oído a las palabras

de mi boca. Abriré mi boca en parábolas; evocaré los arcanos del pasado, las cosas que hemos oído y entendido; que nuestros padres nos las contaron. No las ocultaremos a nuestros hijos, contando a la generación venidera las alabanzas de Jehová, y su potencia y las maravillas que hizo". (Salmos 78:1-4)

Los hijos son lo que los padres hacen de ellos por medio de su instrucción, disciplina y ejemplo. De ahí la tremenda importancia de que los padres sean fieles en preparar a los jóvenes para el servicio de Dios. A temprana edad se debería señalar a los hijos la santidad de las obligaciones religiosas. Esta es una parte muy importante de su educación. Nuestro deber para con Dios debe cumplirse antes que cualquier otro. La estricta observancia de la ley de Dios, como cosa de principio, debe ser enseñada y exigida. "El estableció un testimonio en Jacob, y puso una ley en Israel, la cual mandó a nuestros padres que la comunicasen a sus hijos; para que lo sepa la generación venidera, y los hijos que nacerán; y los que se levantarán lo cuenten a sus hijos, a fin de

que pongan en Dios su confianza, y no se olviden de las obras de Dios; que guarden sus mandamientos, y no sean como sus padres, generación contumaz y rebelde; generación que no dispuso su corazón, ni fue fiel para con Dios su espíritu". (Salmos 78:5-8)

Aquí se ve la gran responsabilidad que recae sobre los padres. Aquellos hijos a quienes se les permite llegar a ser hombres y mujeres de voluntad indisciplinada y pasiones descontroladas, generalmente en el futuro seguirán un comportamiento que Dios condena. Estos están ansiosos por los placeres frívolos y los compañeros irreligiosos. Se les ha permitido descuidar los deberes religiosos y acariciar las inclinaciones de un corazón carnal y, como consecuencia, Satanás controla la mente y los principios. En _____ los padres han dado amplio lugar para obrar de esta manera. La mayor parte del descarrío que ha ocurrido en ese lugar ha venido como resultado del descuido de los padres en instruir a sus hijos a vivir una vida recta y religiosa. La condición de estos hijos es lamentable. Profesan ser cristianos; pero

sus padres no han asumido el peso de la responsabilidad de enseñarles cómo ser cristianos; cómo narrar las misericordias de Dios; cómo rendirle culto; cómo reflejar en sus propias vidas la vida de Cristo.

Cuando estos niños ingresan en la escuela y se asocian con otros estudiantes, los que realmente han estado procurando ser cristianos se avergüenzan de vivir su fe en presencia de aquellos que han recibido tanta luz. Se avergüenzan de dar la impresión de que son únicos y que no ceden a sus inclinaciones, descartando así su armadura precisamente en el tiempo cuando más la necesitan, cuando los poderes de las tinieblas obran por medio de estos compañeros profanos para apartarlos lejos de Cristo. Entran por un sendero lleno de peligro sin la protección y el apoyo de los principios religiosos, porque piensan que sería difícil o desagradable llevar su religión consigo al aula de clase, al patio de recreo, y en todas sus asociaciones. Desnudan su alma haciéndola susceptible a los dardos de Satanás. ¿Dónde están los guardianes de estos jóvenes? ¿Quiénes se han

asido firmemente del trono de Dios con una mano mientras abrazan a estos jóvenes con la otra para atraerlos a Cristo? Es precisamente ahí que estos jovencitos necesitan conocer el poder de la religión y ser restringidos con mano firme.

Muchos de aquellos que por tanto tiempo han rechazado la dirección y la tutela divina, marchan apresurados por la senda de la liviandad y del placer egoísta y, más aún, hacia los actos más viles y la profanación del cuerpo. Como consecuencia, sus mentes están contaminadas y la religión les disgusta. Algunos han ido tan lejos en este curso decadente, y seguido con tanto empeño la senda de los sodomitas, que hoy día están próximos a la condenación y la voz de la reprensión y de la amonestación no tiene efecto sobre ellos. Nunca serán redimidos y sus padres son los culpables de su ruina. Los placeres degradantes por los cuales han sacrificado su salud, paz mental y vida eterna, al final resultan una amargura.

Padres, por amor a Cristo, no erréis en vuestra más importante labor, la cual es amoldar los

caracteres de vuestros hijos para el tiempo presente y para la eternidad. Un error de vuestra parte en descuidar la fiel instrucción, o en albergar ese afecto imprudente que ciega vuestros ojos hacia sus defectos y os impide refrenarlos debidamente, resultará en la ruina de ellos. El curso que seguís puede encauzarlos por un rumbo equivocado durante toda su carrera futura. Vosotros sois los que determináis por ellos lo que han de ser y lo que han de hacer por Cristo, por los hombres, y por sus propias almas.

Tratad a vuestros hijos honesta y fielmente. Trabajad con valor y paciencia. No temáis llevar ninguna cruz, no escatiméis tiempo ni trabajo, carga o sufrimiento. El futuro de vuestros hijos dará testimonio de la calidad de vuestra labor. Vuestra fidelidad a Cristo hallará mejor expresión en el carácter simétrico de vuestros hijos que de cualquiera otra manera. Ellos son la propiedad de Cristo, comprados con su propia sangre. Si su influencia es enteramente por Cristo, son colaboradores suyos y ayudan a otros a encontrar el camino de la vida. Si descuidáis la obra que Dios

os ha encomendado, vuestro comportamiento disciplinario imprudente los coloca entre la clase que esparce lejos de Cristo y fortalece el reino de las tinieblas.

Yo hablo lo que es de mi conocimiento; cuando os digo que hay entre nuestros jóvenes, entre nuestros jóvenes educados cuyos padres son cristianos profesos, una penosa ofensa ante la vista de Dios, tan común que constituye una de las señales de los últimos días, os estoy dando testimonio de cosas que yo he visto. Es algo tan repleto de tendencias pecaminosas que merece ser sacado a luz y denunciado. Es el pecado de considerar livianamente o con desprecio los primeros votos de consagración a Dios. En medio de un interés religioso, el Espíritu Santo los conmovió a colocarse enteramente bajo la bandera ensangrentada del Príncipe Emanuel. Pero los mismos padres estaban tan lejos de Dios, tan ocupados con los negocios del mundo, o tan llenos de dudas e insatisfacción respecto a su propia experiencia religiosa, que estaban descalificados del todo para impartirles instrucción. Estos

jóvenes, en su inexperiencia necesitaban una mano sabia y firme que les señalase el camino correcto y les obstruyese el camino del mal mediante el consejo y el refrenamiento.

Una vida religiosa debe dar evidencia de ser marcadamente opuesta a una vida de mundanalidad y búsqueda del placer. Aquel que anhela ser un discípulo de Cristo ha de llevar su cruz en pos de Jesús. Nuestro Salvador no vivió para complacerse a sí mismo, y nosotros tampoco debiéramos hacerlo. Los logros espirituales elevados requerirán una consagración completa a Dios. Pero esta instrucción no ha sido impartida a la juventud porque contradiría la vida de los padres. Por lo tanto se ha dejado que los niños adquieran un conocimiento de la vida cristiana por sí solos. Al verse tentados a buscar la compañía de los mundanos y a participar de las diversiones mundanales, los padres encaprichados, no queriendo negarles ningún halago --si es que siquiera hayan tomado medida alguna--han adoptado una postura tan indefinida e indecisa que los hijos han juzgado por sí mismos que el curso de

acción que deseaban seguir estaba en consonancia con la vida y carácter cristianos.

Una vez iniciados de esta forma, por lo general continúan así hasta que el elemento mundano prevalece y se burlan de sus antiguas convicciones. Desprecian la sencillez que manifestaban cuando sus corazones estaban tiernos, y buscan excusas para evadir las exigencias sagradas de la iglesia y del Redentor crucificado. Los que son de esta índole nunca alcanzarán a ser lo que pudieran haber sido, por haber ahogado la conciencia y embotado las más sagradas y tiernas emociones. Si después de años se convierten en seguidores de Jesús, todavía llevarán en sus almas las cicatrices causadas por su irreverencia hacia las cosas sagradas.

Los padres no ven estas cosas. No anticipan el resultado de su proceder. No sienten que sus hijos necesitan el cuidado más tierno, la disciplina más cuidadosa en lo que respecta a la vida divina. No los ven como lo que son en un sentido especial: la propiedad de Cristo, comprados por su sangre,

trofeos de su gracia, instrumentos útiles en las manos de Dios para ser usados en el adelanto de su reino. Satanás en todo momento procura arrebatar a estos jóvenes de las manos de Cristo, y los padres no disciernen que el gran adversario está implantando sus estandartes infernales a su mismo lado. Están tan ciegos que creen que es el estandarte de Cristo.

Por medio de la indolencia, el escepticismo o autogratificación, Satanás seduce a los jóvenes y los aparta de la senda estrecha de santidad preparada para que los redimidos del Señor transiten por ella. Por lo general no abandonan repentinamente este camino. Se los gana poco a poco. Al dar un mal paso, pierden el testimonio que el Espíritu da de que son aceptados por Dios. Por consiguiente, caen en un estado de desánimo y desconfianza. No les agradan los servicios religiosos porque la conciencia los condena. Han caído en la red de Satanás y hay sólo una vía de escape. Deben retraerse y con humildad de alma confesar y desechar su proceder indiferente. Que renueven su primera experiencia de la cual hicieron

caso omiso, que muestren aprecio por cada aliento divino y permitan que aquellas santas emociones, que sólo el Espíritu de Dios puede inspirar, reinen en su corazón. La fe en el poder de Cristo impartirá fuerza sostenedora y luz guiadora.

Esta instrucción práctica en la experiencia religiosa es lo que los padres cristianos deben estar preparados para impartir a sus hijos. Dios lo requiere de vosotros y menospreciáis vuestro deber si dejáis de hacer esta obra. Instruid a vuestros hijos en lo concerniente a los métodos de disciplina escogidos por Dios y las condiciones para el éxito en la vida cristiana. Enseñadles que no pueden servir a Dios mientras sus mentes están sobrecargadas con los cuidados de la vida; pero no les permitáis abrigar el pensamiento de que no tienen que trabajar y que pueden emplear sus momentos libres ociosamente. La Palabra de Dios es clara respecto a este punto. Jesús, la Majestad del cielo, ha dejado un ejemplo para la juventud. El trabajó arduamente en el taller de Nazaret para ganarse el pan cotidiano. Se sometía a sus padres y no pretendía ejercer control sobre su propio tiempo

ni hacer su propia voluntad. Siguiendo una vida de fácil complacencia un joven nunca logrará alcanzar la verdadera excelencia como hombre o como cristiano. Dios no nos promete una vida de holgura, honor o riqueza en servicio suyo. Pero nos asegura que todas las bendiciones necesarias serán nuestras, “con persecuciones”, y en el mundo venidero la “vida eterna”. Cristo no acepta nada menos que una consagración completa al servicio suyo. Esta es la lección que todos tenemos que aprender.

Aquellos que estudian la Biblia, buscan el consejo de Dios y dependen de Cristo serán habilitados para actuar sabiamente en todo tiempo y bajo toda circunstancia. Los buenos principios relucirán en la vida de manera real. Permítase solamente que la verdad para este tiempo sea recibida de corazón y que se convierta en el fundamento del carácter, y ella producirá una firmeza de propósito incapaz de ser debilitada por las atracciones del placer, la veleidosidad de las costumbres, el desprecio de los que aman al mundo, y los clamores del corazón por la complacencia propia. Primero ha de esclarecerse la

conciencia y ponerse la voluntad bajo sujeción. El amor por la verdad y la justicia ha de reinar en el alma, para que reluzca el carácter que el cielo puede aprobar.

Tenemos ejemplos notables del poder sustentador de los firmes propósitos religiosos. Ni siquiera el temor a la muerte pudo obligar al exánime David a beber del agua de Belén, la cual hombres valientes habían arriesgado sus vidas para obtener. La profunda fosa de los leones no le impidió a Daniel hacer sus oraciones diarias, como tampoco pudo el horno ardiente inducir a Sadrac y sus compañeros a postrarse ante el ídolo erigido por Nabucodonosor. Los jóvenes de principios firmes se abstendrán de los placeres, desafiarán el dolor, y afrontarán aún la fosa de los leones y el ardiente horno de fuego antes que ser hallados desleales a Dios. Fijaos en el carácter de José. Su virtud fue severamente probada, pero el triunfo de la misma fue completo. Sobre cada punto el joven noble resistió la prueba. Manifestó los idénticos principios inconmovibles en cada prueba. El Señor estaba con él y su palabra era ley.

Tal firmeza y principios intachables brillan con más esplendor en contraste con la debilidad e ineptitud de los jóvenes de este tiempo. Con muy pocas excepciones, ellos son vacilantes, variables conforme al cambio de circunstancias y de ambiente, una cosa hoy y otra mañana. Al verse confrontados con las atracciones del placer o la gratificación egoísta, sacrifican la conciencia por lograr el deleite codiciado. ¿Podrá confiarse en tal persona? ¡Nunca! En ausencia de la tentación, se comportará con tal decoro que vuestras dudas y sospechas parecerán injustas; pero al presentársele la oportunidad traicionará vuestra confianza. Hay defecto en el corazón. En el preciso momento cuando más se requiere la firmeza y los principios, encontraréis que cede y, si no se convierte en un Arnold[1] o en un Judas, es porque le falta la debida oportunidad.

Padres, debe ser vuestra primera preocupación obedecer el llamado del deber y emprender de alma y corazón la obra que Dios os ha encomendado. Si fracasáis en todo lo demás, sed minuciosos, sed

eficientes en esto. Si vuestros hijos surgen puros y virtuosos de la disciplina del hogar, si ocupan aunque sea el lugar más pequeño y humilde en el plan de Dios para el bienestar del mundo, vuestra vida jamás podrá considerarse como un fracaso o repasarse con remordimiento alguno.

La idea de que hay que ceder a las maneras de niños perversos es un error. Eliseo, al mismo comienzo de su obra, fue ridiculizado y escarnecido por la juventud de Betel. Era un hombre de gran mansedumbre, pero el Espíritu de Dios lo impelió a pronunciar una maldición sobre sus detractores. Habían escuchado acerca de la ascensión de Elías e hicieron de este evento solemne el objeto de sus burlas. Eliseo dio a entender que ni mayores ni menores habían de burlarse de él con respecto a su llamado sagrado. Cuando le dijeron que ascendiera, así como lo había hecho Elías anteriormente, los maldijo en el nombre del Señor. El terrible juicio que recayó sobre ellos provenía del Señor. Después de esto, Eliseo no tuvo más problemas en su misión. Por espacio de cincuenta años entró y salió por el

portón de Betel e iba y venía de ciudad en ciudad paseando entre muchedumbres de lo peor y más ordinario, de jóvenes ociosos y disolutos, pero nadie volvió a mofarse de él o tener en menos sus calificaciones como profeta del Altísimo. Este solo instante de terrible severidad al comienzo de su carrera bastó para que lo respetaran durante el resto de su vida. Si hubiera dejado pasar inadvertida la mofa, lo hubiesen ridiculizado, vilipendiado y aún lo hubiese asesinado la chusma, y su misión de instruir y salvar la nación de su gran peligro hubiera quedado frustrada.

Aun la bondad debe tener sus límites. La autoridad debe ser sostenida mediante una severidad firme, de lo contrario será recibida por muchos con burla y desdén. La supuesta ternura, el halago y el engreimiento que algunos padres manifiestan hacia sus hijos, es el peor mal que puede sobrevenirles. La firmeza, la decisión, los requerimientos claros, son esenciales en toda familia. Padres, reanudad vuestras responsabilidades descuidadas; educad a vuestros hijos en conformidad con el plan de Dios “para que

anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable”. (1 Pedro 2:9)

Nota:

1. Mensaje leído en College Hall, diciembre de 1881, ante delegados de la Asociación, y de obreros dirigentes de la casa editora Review and Herald, del Sanatorio y del Colegio de Battle Creek.

Capítulo 5

Un testimonio importante

Healdsburg, California, 28 de marzo de 1882.

Estimado hermano _____,

Recibí su carta a su debido tiempo. Aunque me alegra oír de Ud., me entristecí al leer su contenido. Había recibido cartas parecidas de parte de la Hna. _____ y del Hno. _____ Pero no he recibido ninguna comunicación de parte del Hno. _____ ni de nadie que esté de parte de él. Es por intermedio de las cartas de usted que he sabido de su comportamiento en relación con el proceso contra el Hno. _____. No me sorprende que tal estado de cosas exista en Battle Creek, pero, mi muy estimado hermano, me duele hallarlo a usted envuelto en el lado equivocado de este asunto, junto con aquellos a quienes estoy segura que Dios no está dirigiendo. Algunas de estas personas son honradas, pero están engañadas. Han recibido sus impresiones de una fuente que no es el Espíritu

Santo.

Me he cuidado de no expresar a nadie mi opinión acerca de asuntos importantes, porque a menudo se aprovechan injustamente de lo que digo, aunque sea de la manera más confidencial. Las personas se ponen a obrar para extraer de mí comentarios acerca de diferentes puntos, que luego distorsionan y falsifican para que mis palabras expresen ideas y opiniones totalmente diferentes a las que yo sostengo. Pero tendrán que hacer frente a esto en el tribunal divino.

Cuando le sobrevinieron sus dificultades presentes, decidí mantenerme callada; pensé que sería mejor dejar que los asuntos siguieran su curso, para que los que habían estado tan dispuestos a censurar a mi marido pudieran darse cuenta de que el espíritu de murmuración existía en sus propios corazones, y que aún se mantenía activo, ya que el hombre acerca de quien se quejaban dormía en silencio en la tumba.

Yo sabía que la crisis sobrevendría. Dios le ha

dado a su pueblo claros y directos testimonios para evitar este estado de cosas. Si hubieran obedecido la voz del Espíritu Santo que amonestaba, aconsejaba e imploraba, disfrutarían hoy de unidad y paz. Pero los que profesaban creerlos no hicieron caso de estos testimonios, y como resultado se ha producido un gran alejamiento de Dios, y él ha retirado su bendición.

Para obrar la salvación de los hombres, Dios emplea distintos métodos. Les habla por medio de su palabra y de sus ministros y a través del Espíritu Santo les envía mensajes de amonestación, reprensión e instrucción. Estos medios fueron designados para esclarecer el entendimiento del pueblo, para revelarles su deber y sus pecados y las bendiciones que les es posible recibir; para despertar en ellos un sentido de necesidad espiritual de modo que se dirijan a Cristo y encuentren en él la gracia que necesitan. Pero muchos escogen su propio camino en lugar de escoger el de Dios. No están reconciliados con Dios, ni tampoco lo pueden estar, hasta que el yo sea crucificado y Cristo viva en el corazón por

medio de la fe.

Todo individuo, por su propia voluntad, o aparta de sí a Jesús al rehusar dar albergue a su Espíritu y seguir su ejemplo, o bien establece un vínculo personal con Cristo por medio de la abnegación, la fe y la obediencia. Debemos, cada cual por sí mismo, escoger a Cristo porque él nos escogió a nosotros primero. Esta unión con Cristo han de formarla aquellos que por naturaleza están en enemistad con él. Es una relación de dependencia total en la que ha de entrar el corazón orgulloso. Esta es una obra incisiva y muchos que profesan ser seguidores de Cristo no saben nada acerca de ella. Aceptan al Salvador de nombre, pero no como el soberano de sus corazones.

Algunos sienten la necesidad de la expiación, y con el reconocimiento de esta necesidad y el anhelo de un cambio de corazón, una lucha empieza a librarse. El renunciamiento de la voluntad personal, quizás de los objetos predilectos a que están apegados o que persiguen, requiere un esfuerzo definido, frente al cual muchos vacilan,

tambalean y se retraen. No obstante, esta batalla tiene que librarla todo corazón que esté verdaderamente convertido. Tenemos que lidiar contra tentaciones por dentro y por fuera. Tenemos que ganar la victoria sobre el yo, crucificar los afectos y concupiscencias; y entonces comienza la unión del alma con Cristo. De la misma manera que el tallo aparentemente sin vida es injertado en el árbol viviente, así nosotros nos convertimos en ramas vivientes de la Vid Verdadera. Y el fruto que lleva Cristo, lo llevarán sus seguidores también. Después de obrada esta unión, podrá preservarse sólo mediante un esfuerzo continuo, serio y ferviente. Cristo ejerce su poder para preservar y proteger este sagrado vínculo, y el pecador dependiente e indefenso ha de hacer su parte con energía incansable, de lo contrario Satanás con su poder cruel y artero lo separará de Cristo.

Todo cristiano debe mantenerse en estado de vigilancia constante, guardando cada avenida del alma donde Satanás pueda hallar entrada. Ha de pedir el auxilio divino y a la vez resistir resueltamente toda inclinación al pecado. Con

valor, por fe, por el esfuerzo perseverante, podrá vencer. Que no olvide, sin embargo, que para obtener la victoria Cristo tiene que habitar en él y él en Cristo.

La unión de los creyentes con Cristo conducirá, como resultado natural, a la unión entre ellos, la cual es la más duradera que pueda haber en la tierra. Somos uno en Cristo, así como Cristo es uno con el Padre. Los cristianos son ramas, y nada más que ramas, unidas a la Vid viviente. Una rama no ha de recibir su sustento de la otra. Nuestra vitalidad vendrá del tronco principal. Es sólo por medio de una unión personal con Cristo, de una comunión diaria, a cada hora con él, que podremos llevar los frutos del Espíritu Santo.

Se ha compenetrado dentro de la iglesia de Battle Creek un espíritu que no tiene parte con Cristo. No es celo por la verdad, ni amor por la voluntad de Dios tal como se revela en su Palabra. Es más bien un espíritu de justificación propia. Os conduce a exaltar el yo por encima de Jesús y a considerar vuestras opiniones e ideas como más

importantes que la unión con Cristo y del uno con el otro. Carecéis seriamente de amor fraternal. Sois una iglesia descarriada. Conocer la verdad, decir que hay unión con Cristo, y luego no llevar el fruto, no vivir en un ejercicio constante de la fe, endurece el corazón en la desobediencia y la confianza en sí mismo. Nuestro crecimiento en la gracia, nuestro gozo, nuestra utilidad, todo depende de nuestra unión con Cristo y del grado de fe que ejercitemos en él. He aquí la fuente de nuestro poder en el mundo.

Muchos de vosotros buscáis ser honrados por los demás. Pero, ¿qué es la honra o la aprobación de los hombres para el que es hijo de Dios y heredero juntamente con Cristo? ¿Qué son los placeres del mundo para el que participa diariamente del amor de Cristo que sobrepasa todo entendimiento? ¿Qué son el desprecio y la oposición de los hombres para aquel a quien Dios acepta por medio de Jesucristo? Así como la luz y las tinieblas no pueden coexistir, tampoco puede morar el egoísmo en el corazón del que ejerce fe en Cristo. La frialdad espiritual, la pereza, el orgullo y

la cobardía huyen de la presencia de la fe. Aquellos que están unidos a Cristo como las ramas a la vid, ¿son capaces de hablar de todo y con todos, exceptuando a Jesús?

¿Estáis en Cristo? No lo estáis si no reconocéis que sois pecadores indefensos y condenados. Tampoco lo estáis si exaltáis y glorificáis el yo. Si hay algún bien en vosotros se debe enteramente a la misericordia de un compasivo Salvador. Vuestra cuna, vuestra reputación, vuestra riqueza, vuestros talentos, vuestras virtudes, vuestra piedad, vuestra filantropía, o cualquiera otra cosa dentro de vosotros o relacionada con vosotros, no podrá establecer un lazo de unión entre vuestra alma y Cristo. Vuestra conexión con la iglesia y la estima en que os tengan los hermanos no os servirán de nada, a menos que creáis en Cristo. No basta creer acerca de él; habéis de creer en él. Habéis de depender enteramente de su gracia salvadora.

Muchos de vosotros en Battle Creek vivís sin oración, sin pensar en Cristo, y sin exaltarlo ante los que os rodean. No tenéis palabras para exaltar

al Salvador; no hacéis obras que lo exalten. Muchos de vosotros sois tan verdaderamente desconocidos para él, como si nunca hubieseis oído su nombre. No tenéis la paz de Cristo porque carecéis del fundamento necesario para disfrutar de ella, no tenéis comunión con Dios porque no estáis unidos a Cristo. Nuestro Salvador declaró: “Nadie viene al Padre, sino por mí”. (Juan 14:6) No sois útiles en la causa del Señor. Si no habitáis en mí, nada podéis hacer; nada a la vista de Dios ni nada que Cristo pueda aceptar de vuestras manos. Sin Cristo no tenéis más que una esperanza ilusoria, porque él mismo ha dejado dicho: “El que en mí no permanece, es echado fuera como el pámpano, y se seca; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden”. (Juan 15:6)

El progreso en la experiencia cristiana se caracteriza por una creciente humildad, que viene como resultado de un conocimiento también creciente. Todo aquel que esté unido a Cristo se apartará de toda iniquidad. En el temor de Dios os digo que se me ha mostrado que muchos de vosotros no alcanzaréis la vida eterna, porque

estais edificando vuestras esperanzas sobre un falso fundamento. Dios os deja solos, “para afligirte, para probarte, para saber lo que había en tu corazón”. (Deuteronomio 8:2) Habéis ignorado las Escrituras. Despreciáis y rechazáis los testimonios porque reprochan vuestros pecados acariciados e incomodan vuestra complacencia propia. Cuando Cristo more en el corazón, su imagen se revelará en la vida. Donde predominaba el orgullo, reinará la humildad. La sumisión, la mansedumbre y la paciencia suavizarán los aspectos toscos de una disposición que es por naturaleza perversa e impetuosa. El amor por Jesús se manifestará en amor hacia su pueblo. Dicho amor no es caprichoso ni espasmódico, sino más bien sereno, profundo y fuerte. La vida del cristiano estará libre de toda presunción y libre de toda afectación, artificio y falsedad. Es sincera, verdadera, sublime. Cristo está en cada palabra que se habla. Se manifiesta en todas las obras. La vida irradiará la luz del Salvador que vive en el corazón. Al entrar en contacto con Dios y al contemplar con gozo las cosas celestiales, el alma se prepara para el cielo y se ocupa en atraer otras almas al redil de Cristo.

Nuestro Salvador tiene el poder y está dispuesto a hacer por nosotros más de lo que somos capaces de pedir o aún pensar.

La iglesia de Battle Creek necesita un espíritu abnegado y modesto. Se me ha mostrado que muchos abrigan un deseo profano por la supremacía. A muchos les encanta ser adulados y buscan celosamente cualquier muestra de desprecio o desatención. Existe un espíritu duro y desprovisto de perdón. Hay envidia, contienda y rivalidad.

Nada es más esencial para la comunión con Dios que una profunda humildad. Dice el Alto y Santo: “Yo habito... con el de espíritu contrito y humilde”. (Isaías 57:15) Mientras con tanto afán procuréis ocupar el primer lugar, acordaos de que seréis últimos en recibir el favor de Dios si no lográis albergar un espíritu manso y humilde. El orgullo del corazón hará que muchos fracasen donde pudieron haber alcanzado el éxito. “A la honra precede la humildad”, y “mejor es el sufrido de espíritu que el altivo de espíritu” (Proverbios 15:33; Eclesiastés 7:8) “Cuando Efraín hablaba,

hubo temor; fue exaltado en Israel; mas pecó en Baal, y murió". (Oseas 13:1) "Muchos son llamados, mas pocos escogidos". (Mateo 20:16) Muchos escuchan la invitación misericordiosa, y son examinados y probados; pero pocos son sellados con el sello del Dios viviente. Pocos están dispuestos a humillarse como niñitos para poder entrar en el reino de los cielos.

Pocos reciben la gracia de Cristo con humillación de sí mismos, con un profundo y permanente conocimiento de su insuficiencia personal. No soportan las manifestaciones del poder de Dios, porque esto estimularía en ellos el amor propio, el orgullo y la envidia. Es por esto que el Señor no puede hacer mucho por nosotros ahora. Dios quisiera que vosotros individualmente buscaseis la perfección del amor y la humildad en vuestros propios corazones. Dedicad el mayor cuidado a vosotros mismos, cultivad las excelencias de carácter que os harán aptos para la asociación con los puros y santos.

Todos estáis en necesidad del poder

convertidor de Dios. Es preciso que lo busquéis por vuestra propia cuenta. Por amor a vuestras almas, no descuidéis más esta labor. Todos vuestros problemas provienen de vuestra separación de Dios. Vuestra desunión y disensión son el fruto de un carácter no cristiano.

Había pensado guardar silencio y permitir que siguierais vuestro curso hasta que vieseis y detestaseis vuestro proceder pecaminoso; pero el descarriarse de Dios produce dureza de corazón y ofuscación mental, reduciéndose cada vez más la percepción de la verdadera condición en que se está, hasta que la gracia de Dios finalmente es retirada, como lo fue de la nación judía.

Quiero que mi posición sea claramente comprendida. No simpatizo con el proceder adoptado contra el Hno. _____. El enemigo ha estimulado sentimientos de odio en el corazón de muchos. Los errores que él ha cometido han sido comunicados de persona a persona, constantemente aumentando en magnitud, a la par que lenguas ociosas y chismosas añaden leña al fuego. Los

padres que nunca han sentido el cuidado que debieron haber experimentado por las almas de sus hijos, y que nunca los han refrenado ni educado debidamente, son los mismos que manifiestan la oposición más acerba cuando ven que estos niños son refrenados, reprendidos o corregidos en la escuela. Algunos de estos niños son un descrédito para la iglesia y para el nombre de los adventistas.

Los padres mismos desecharon la reprensión y luego despreciaron la reprensión dada a sus hijos y no tuvieron cuidado de ocultar este hecho de ellos. El pecado de los padres comenzó con su mal gobierno en el hogar. Las almas de algunos de esos niños se perderán porque no recibieron la instrucción de la palabra de Dios y no se hicieron cristianos en el hogar. En lugar de simpatizar con los niños mientras seguían un comportamiento obstinado, los padres debieran haberlos reprendido, y debieran haber apoyado al maestro fiel. Estos padres no estaban ellos mismos unidos a Cristo, y ésta es la razón por su terrible descuido del deber. Lo que han sembrado, esto también segarán. Seguros están de su cosecha.

En la escuela, el Hno. _____ no sólo ha llevado la carga del mal comportamiento de los niños, sino también la del imprudente gobierno de los padres, que produjo y alimentó la aversión hacia las restricciones. El trabajo excesivo, el cuidado incesante, sin ninguna ayuda en el hogar, sino más bien una constante irritación, han hecho que a veces él pierda su dominio propio y actúe de una manera imprudente. Algunos se han aprovechado de esto, y las faltas de menor consecuencia las han hecho aparecer como pecados graves.

Esta clase de profesos observadores del sábado que intentan formar una unión entre Cristo y Belial, que se asen de la verdad con una mano y del mundo con la otra, han rodeado a sus hijos y sombreado la iglesia con una atmósfera completamente extraña a la religión y al Espíritu de Cristo. No se atrevían a oponerse abiertamente a las exigencias de la verdad. No se atrevían a tomar una posición definida y decir que no creían en los testimonios; pero, aunque creían nominalmente en ambas cosas, no obedecieron a ninguna. Por medio

de su comportamiento han negado ambas. Quieren que el Señor cumpla en ellos sus promesas; pero rehúsan cumplir con las condiciones sobre las cuales éstas se basan. No quieren abandonar todo lo que compita con Cristo. La predicación de la Palabra, produce una supresión parcial de la mundanalidad, pero no un cambio radical de los afectos. En resumidas cuentas los deseos mundanales, la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida ganan la victoria. Los que pertenecen a esta clase son todos cristianos profesos. Sus nombres aparecen en el registro de la iglesia. Por un tiempo viven una vida aparentemente cristiana y luego entregan sus corazones, muy a menudo definitivamente, a las influenciar: predominantes del mundo.

No importa cuáles sean las faltas del Hno. _____, vuestro proceder para con él no es ni justificable ni cristiano. Habéis rebuscado su historia de años atrás y habéis escogido todo lo que fuese desfavorable, toda semblanza de mal, y lo habéis convertido en ofensor por una palabra.

Habéis reunido todas las fuerzas a vuestra disposición para sosteneros en vuestro trayecto de acusadores. Acordaos de que Dios obrará de la misma manera con cada uno de vosotros. “Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados, y con la medida que medís, os será medido”. (Mateo 7:2) Aquellos que han tomado parte en este procedimiento deshonroso volverán a encontrarse con su obra. ¿Qué clase de influencia pensáis que vuestro comportamiento ejercerá sobre los estudiantes, a los cuales siempre les han inquietado las restricciones? ¿Cómo afectarán estas cosas el carácter y el curso de sus vidas?

¿Qué dicen los testimonios acerca de estos asuntos? Que un mal rasgo de carácter, un deseo pecaminoso acariciado, con el tiempo neutralizan todo el poder del Evangelio. El predominio de un deseo pecaminoso demuestra el engaño del alma. La complacencia de este deseo refuerza la aversión del alma hacia Dios. Los rigores del deber y los placeres del pecado son las cuerdas con las que Satanás ata a los hombres en sus trampas. Los que estén dispuestos a morir antes que cometer un mal

acto, son los únicos que serán hallados fieles.

Puede ser que un niño reciba una instrucción religiosa sana; pero si padres, maestros o guardianes permiten que su carácter se tuerza por un mal hábito, dicho hábito, si no es vencido, se convierte en una fuerza predominante, y el niño se pierde.

El testimonio que os da el Espíritu de Dios es el siguiente: No parlamentéis con el enemigo. Destruid las espinas o ellas os destruirán a vosotros. Preparad el terreno del corazón. Permitid que la obra sea profunda y cabal. Dejad que la reja del arado de la verdad arranque la maleza y los abrojos.

Dijo Jesús a los airados fariseos que lo acusaban: “El que de vosotros esté sin pecado, sea el primero en arrojar la piedra” (Juan 8:7) ¿No tenían pecado aquellos que estaban tan dispuestos a condenar al Hno. _____? Si sus caracteres y vidas fueran examinados tan de cerca y públicamente como han hecho con los del Hno. _____, se vería

que algunos de ellos son peores de lo que lo han hecho aparentar a él.

No me atrevo a permanecer callada por más tiempo. Os hablo a vosotros y a la iglesia de Battle Creek. Habéis cometido un grave error. Habéis tratado injustamente a uno a quien debéis un agradecimiento que no reconocéis. Sois responsables por la influencia que habéis ejercido sobre el colegio. Hay paz porque los estudiantes lograron lo que querían. En otra crisis serán tan determinados y perseverantes como lo han sido en esta ocasión; y si encuentran un defensor tan hábil como lo han hallado en el Hno. _____, otra vez lograrán sus propósitos. Dios ha estado hablando a los maestros, estudiantes y miembros de iglesia, pero habéis puesto en olvido sus palabras. Habéis creído mejor seguir vuestro propio curso de acción sin tener en cuenta las consecuencias.

Como pueblo, Dios nos ha dado advertencias, reprensiones, y amonestaciones a diestra y siniestra para que nos apartemos de las costumbres y política del mundo. Requiere que seamos exigentes

en fe y carácter para alcanzar una norma mucho más avanzada que la de los mundanos. El Hno. _____ llegó entre vosotros, sin conocimiento de la manera en que el Señor ha obrado con nosotros. En vista de que era nuevo en la fe, tenía casi todo por aprender. No obstante, vosotros sin titubeos habéis coincidido con él en su criterio. Habéis sancionado en él un espíritu y procedimiento que no tienen nada que ver con Cristo.

Habéis estimulado un espíritu de crítica en los estudiantes que el Espíritu de Dios ha querido reprimir. Los habéis inducido a la indiscreción. No es escaso el número de personas jóvenes entre nosotros que deben rasgos de carácter valiosísimos al conocimiento y los principios que les fueron impartidos por el Hno. _____. Muchos deben gran parte de su utilidad no sólo en la obra de la escuela sabática, sino también en otros ramos de nuestra obra a la preparación recibida de él. Sin embargo, vuestra influencia ha fomentado la ingratitud, y ha causado que los estudiantes desprecien las cosas que debieran apreciar.

Los que no tienen que pasar por las pruebas particulares a que otros están sujetos podrán lisonjearse de que son mejores que él. Pero, colóqueseles a ellos en el horno de la prueba, y tal vez no lo soporten tan bien como aquel a quien denuncian y malinterpretan.

Podemos saber muy poco acerca de las penurias del corazón ajeno. ¡Cuán pocos hay que comprenden las circunstancias de la otra persona! Por eso es tan difícil poder aconsejar a otros sabiamente. Lo que a nosotros nos parece apropiado puede ser, en realidad, todo lo contrario.

El Hno. _____ ha sido un buscador sincero del conocimiento. Ha procurado inculcarles a los alumnos la idea de que son responsables por su tiempo, sus talentos, y sus oportunidades. Es imposible que un hombre lleve sobre sí tantos cuidados y responsabilidades tan pesadas sin volverse precipitado, agobiado y nervioso. Los que rehusan aceptar las cargas que ponen sus fuerzas a máxima prueba no saben nada de la presión que recae sobre aquellos a quienes les toca llevarlas.

Hay algunos en el colegio que han buscado sólo aquello que ha sido desafortunado y desagradable en su asociación con el Hno. _____. Estas personas no poseen el espíritu noble y semejante a Cristo que no piensa el mal. Le han sacado el mayor partido a toda palabra y acto desconsiderado, y los han traído a la memoria en el momento cuando la envidia, el prejuicio, y los celos estaban activos en los corazones no cristianos.

Cierto escritor ha dicho que “los recuerdos que atesora la envidia no son otra cosa que una serie de ganchos para colgar los rencores”. En el mundo hay muchos que toman como evidencia de superioridad el recuento de cosas y personas “que no pueden tolerar”, en lugar de aquellas cosas y personas a las cuales se sienten atraídos. No procedió así el gran apóstol. Aconsejó a sus hermanos de esta manera: “Todo lo respetable, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buena reputación, si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad” (Filipenses

4:8)

La envidia no es simple ente una perversión del carácter, sino un disturbio que trastorna todas las facultades. Empezó con Satanás. El deseaba ser el primero en el cielo, y, porque no podía tener todo el poder y la gloria que buscaba, se rebeló contra el gobierno de Dios. Envidió a nuestros primeros padres, y los indujo a pecar, y así los arruinó a ellos y a toda la familia humana.

El hombre envidioso cierra los ojos para no ver las buenas cualidades y nobles acciones de los demás. Está siempre listo para despreciar y representar falsamente lo excelente. Con frecuencia los hombres confiesan y abandonan otras faltas; pero poco puede esperarse del envidioso. Puesto que el envidiar a una persona es admitir que ella es superior, el orgullo no permitirá ninguna concesión. Si se hace un esfuerzo para convencer de su pecado a la persona envidiosa, se exacerba aún más contra el objeto de su pasión, y con demasiada frecuencia permanece incurable.

El envidioso difunde veneno dondequiera que vaya, enajenando amigos, y levantando odio y rebelión contra Dios y los hombres. Trata de que se le considere el mejor y el mayor, no mediante esfuerzos heróicos y abnegados para alcanzar el blanco de la excelencia él mismo, sino permaneciendo donde está, y disminuyendo el mérito de los esfuerzos ajenos.

Tanto en la iglesia como en el colegio hay algunos que han acariciado la envidia en su corazón. Dios no está conforme con vuestro proceder. Os ruego, por amor a Cristo, que nunca tratéis a otro como habéis tratado al Hno. _____. Una naturaleza noble no se complace en causar dolor a otros, ni se deleita en descubrir sus deficiencias. El discípulo de Cristo le dará la espalda con repugnancia al festejo del escándalo. Algunos de los que han estado activos en esta ocasión vuelven a seguir el mismo curso contra uno de los afligidos siervos del Señor, uno que había sacrificado salud y fuerza en servicio de ellos. El Señor vindicó la causa del oprimido e hizo resplandecer la luz de su rostro sobre su siervo

afligido. Luego vi que Dios probaría a estas personas una vez más, como lo ha hecho ya, con el propósito de revelar lo que había en sus corazones.

Cuando David pecó, Dios le dio que escogiera recibir su castigo de Dios o de mano de los hombres. El rey arrepentido escogió caer en las manos de Dios. Las tiernas misericordias de los malvados son crueles. El hombre descarriado y pecador, que puede mantenerse en el camino correcto solamente mediante el poder de Dios, es aún así duro de corazón, incapaz de perdonar a su hermano errante. Mis hermanos de Battle Creek, ¿qué cuenta rendiréis ante el tribunal de Dios? Gran luz os ha sido dada en forma de reproches, advertencias y ruegos. ¡Cómo habéis desdeñado los rayos de luz enviados del cielo!

El apóstol Santiago declara que la lengua que se deleita en el agravio, la lengua chismosa que dice: Cuente, que yo también le contaré, es inflamada del infierno. Esparce tizones encendidos por todos lados. ¿Qué le importa al sembrador de chismes si difama al inocente? No detendrá su

mala obra, aunque destruya la esperanza y el valor en quienes ya se hunden bajo sus cargas. Sólo le interesa saUn tisfacer su propensión a sembrar escándalos. Aun profesos cristianos cierran los ojos a todo lo que es puro, honrado, noble y amable, para atesorar cuanto es objetable y desagradable, y publicarlo al mundo.

Vosotros mismos habéis abierto las puertas de par en par para que Satanás entre. Le habéis dado un puesto de honor en vuestra investigación, o reuniones de inquisición. Pero no habéis manifestado respeto por las excelencias de carácter establecidas por años de servicio fiel. Lenguas envidiosas y vengativas le han dado colorido a hechos y motivos para satisfacer sus propias ideas. Lo negro lo han hecho ver blanco y lo blanco, negro. Al reconvenírseles por sus declaraciones, algunos han dicho: “Es cierto”. El admitir que el hecho expresado es verdadero, ¿justifica el proceder? No, no. Si Dios tomase todas las acusaciones que a la verdad pudieran presentarse contra vosotros, y las trenzase en látigo para castigaros, vuestras heridas serían mayores en

número y más profundas que aquellas que le habéis infligido al Hno. _____ Es posible expresar aun los hechos de tal manera que comuniquen una falsa impresión. No tenéis derecho a juntar informes contra él para usarlos con el fin de arruinar su reputación y destruir su utilidad. Si el Señor manifestase contra vosotros el mismo espíritu que habéis manifestado hacia vuestro hermano, seríais destruidos sin misericordia. ¿Acaso no os remuerde la conciencia? Me temo que no. El tiempo ha llegado para que el embrujo satánico pierda su poder. Si el Hno. _____ fuera todo lo que vosotros lo hacéis aparentar --y yo sé que no lo es--, vuestro comportamiento de todos modos sería injustificable.

Cuando escuchamos el oprobio lanzado contra nuestro hermano, aceptamos este oprobio. A la pregunta: “¿Quién habitará en tu tabernáculo? ¿Quién morará en tu monte santo?” el salmista respondió: “El que anda en integridad y hace justicia, y habla verdad en su corazón. El que no calumnia con su lengua, ni hace mal a su prójimo, ni admite reproche alguno contra su vecino”.

(Salmos 15:1-3)

¡Qué mundo de chismes se evitaría, si cada uno recordase que los que le hablan de las faltas ajenas, publicarán con la misma libertad sus faltas en una oportunidad favorable! Debemos esforzarnos por pensar bien de todos, especialmente de nuestros hermanos, a menos que estemos obligados a pensar de otra manera. No debemos dar apresurado crédito a los malos informes. Son con frecuencia el resultado de la envidia o de la incomprensión, o pueden proceder de la exageración o de la revelación parcial de los hechos. Los celos y las sospechas, una vez que se les ha dado cabida, se difunden como las semillas del cardo. Si un hermano se extravía, entonces es el momento de mostrar nuestro verdadero interés en él. Vayamos a él con bondad, oremos con él y por él, recordando el precio infinito que Cristo ha pagado por su redención. De esta manera podremos salvar un alma de la muerte, y ocultar una multitud de pecados.

Una mirada, una palabra, aun el tono de la voz,

pueden estar henchidos de mentira, penetrar como una flecha en algún corazón, e infligir una herida incurable. Así puede echarse una duda, un oprobio, sobre una persona por medio de la cual Dios quisiera realizar una buena obra, y su influencia se marchita y su utilidad se destruye. Entre algunas especies de animales, cuando algún miembro del rebaño es herido y cae, sus compañeros le asaltan y despedazan. El mismo espíritu cruel manifiestan ciertos hombres y mujeres que se llaman cristianos. Hacen gala de un celo farisaico para apedrear a otros menos culpables que ellos mismos. Hay quienes señalan las faltas y los fracasos ajenos para apartar de sus propias faltas y fracasos la atención, o para granjearse reputación de muy celosos para Dios y la iglesia.

Unas pocas semanas después fui transportada en un sueño a una de vuestras reuniones de investigación. Escuché las acusaciones de los estudiantes en contra del Hno. _____. Esos mismos estudiantes habían sido grandemente beneficiados por su enseñanza concienzuda y fiel. Hubo un tiempo en que les faltaban palabras para

encomiarlo. En aquel tiempo estaba de moda tenerlo en estima. Pero ahora la corriente fluía en dirección contraria. Estas personas han logrado el desarrollo de su verdadero carácter. Vi un ángel con un libro voluminoso en el cual apuntaba cada testimonio que se daba. Al lado de cada testimonio estaban anotados los pecados, defectos y faltas de cada uno de los que testificaban. Luego se registraba el gran beneficio que estos individuos habían recibido de la labor del Hno._____.

Como pueblo, estamos cosechando el fruto de la ardua labor de nuestro Hno. _____. No hay nadie entre nosotros que haya dedicado más tiempo y reflexión a su trabajo que él. Se ha dado cuenta de que no tiene apoyo de nadie y agradece cualquier palabra de ánimo que se le dirige.

Uno de los grandes objetivos que debían lograrse al establecerse el colegio era de separar a la juventud del espíritu, la influencia, las costumbres, vanidades e idolatrías del mundo. La idea era que el colegio levantase una barrera contra la inmoralidad de la era presente en la que el

mundo está tan corrompido como en los días de Noé. Los jóvenes están hechizados con la manía del noviazgo y matrimonio. Reina un sentimentalismo de amor enfermizo. Se precisan vigilancia y tacto para proteger a la juventud contra estas malas influencias. Muchos padres no se dan cuenta de las tendencias de sus hijos. Algunos padres me han dicho, con gran satisfacción, que sus hijos o hijas no deseaban las atenciones del sexo opuesto, cuando en realidad estos muchachos estaban brindando o recibiendo dichas atenciones en secreto y los padres estaban tan absortos en la mundanalidad y el chisme que no sabían nada al respecto.

El propósito principal de nuestro colegio era brindar a hombres jóvenes la oportunidad de estudiar para el ministerio y de preparar a personas jóvenes de ambos sexos como obreros en los diferentes ramos de nuestra causa. Estos estudiantes precisaban un conocimiento de las ramas comunes de la educación y, por encima de todo, de la Palabra de Dios. En este respecto nuestra escuela ha sido deficiente. No ha habido

hombre alguno consagrado a Dios que se dedique a este ramo de la obra. Hombres jóvenes, conmovidos por el Espíritu de Dios para que se dedicaran al ministerio, han venido al colegio con ese propósito en mente, sólo para ser chasqueados. No se ha hecho la preparación debida para servir a este grupo y algunos de los maestros, conscientes de este hecho, han aconsejado a los jóvenes que sigan otra rama de estudios y se preparen para otras carreras. Si estos jóvenes no fuesen firmes en sus propósitos, se les induciría a abandonar toda idea de estudiar para el ministerio.

Tal es el resultado de la influencia que ejercen maestros no consagrados, que trabajan solamente por el salario, que no están llenos del Espíritu de Dios ni unidos a Cristo. Nadie ha tomado mayor interés en esta obra que el Hno. _____. La Biblia debe ser una de las materias principales de estudio. Este libro, el cual nos indica cómo vivir la vida presente para lograr la vida futura de inmortalidad, es de más valor para los estudiantes que cualquier otro. Disponemos apenas de un breve período de vida para familiarizarnos con las verdades que

contiene este libro. Sin embargo, aquel que hizo de la Palabra de Dios su objeto de estudio y que estaba más capacitado que ningún otro maestro para ayudar a los jóvenes a obtener un conocimiento de las Escrituras, ha sido despedido del colegio.

Ni profesores ni maestros han comprendido el propósito del colegio. Hemos invertido recursos, estudio y esfuerzo para hacer de la institución lo que Dios quería que fuese. La voluntad y el criterio de aquellos que ignoran casi totalmente la manera en que Dios nos ha conducido como pueblo, no deberían ejercer una influencia controla-dora sobre el colegio. Repetidas veces el Señor me ha mostrado que no debiéramos imitar a las escuelas populares. Los ministros de otras denominaciones pasan años educándose. Nuestros hombres jóvenes han de obtener su educación en poco tiempo. Donde hay ahora un ministro, debiera haber veinte preparados por nuestro colegio con la ayuda de Dios para entrar en el campo de la obra evangélica.

Muchos de nuestros ministros más jóvenes, y

algunos de los más maduros y de mayor experiencia, están descuidando la Palabra de Dios y también menospreciando los testimonios de su Espíritu. Ignoran el contenido de los testimonios y prefieren no saberlo. No desean descubrir y corregir sus defectos de carácter. Muchos de los mismos padres no procuran la enseñanza de los testimonios y, por supuesto, no pueden impartírsela a sus hijos. Muestran su desprecio de la luz que Dios ha dado, siguiendo un curso contrario a sus enseñanzas. Los que están en el centro de la obra han dado el ejemplo.

Vuestras contiendas se han propagado por el mundo de afuera. ¿Acaso pensáis que, como pueblo, sois mejor vistos en Battle Creek? Dios rogó que sus discípulos fueran uno así como él era uno con el Padre, para que el mundo supiese que Dios lo había enviado. ¿Qué clase de ejemplo habéis dado durante los pocos meses que han pasado? El Señor escudriña cada corazón. El juzga nuestras intenciones. Examinará a toda alma.

¿Quién será capaz de soportar la prueba?

Capítulo 6

Los Testimonios menospreciados

Healdsburg, California, 20 de junio de 1882.

Estimados hermanos y hermanas de Battle Creek,

Tengo entendido que el testimonio[1] que le envié al Hno. _____, solicitando que fuese leído ante la iglesia, él lo retuvo sin presentarlo durante varias semanas después de haberlo recibido.

Antes de enviar este testimonio, mi mente fue de tal manera impresionada por el Espíritu Santo, que no tuve descanso de día ni de noche, hasta que les escribí. No fue una tarea que yo misma hubiera escogido para mí. Antes de morir mi esposo, decidí que no era mi deber dar testimonio a nadie reprendiendo el mal o defendiendo el bien, porque se aprovechaban de mis palabras para tratar

ásperamente a los que yerran y para exaltar a otros cuyo comportamiento yo no había aprobado en lo mínimo. Muchos explicaban los testimonios a su manera. La verdad de Dios no está en armonía con las tradiciones humanas, ni se acomoda a sus opiniones. Es inmutable como lo es su divino Autor, la misma ayer, hoy, y por los siglos. Aquellos que se apartan de Dios llamarán luz a las tinieblas y error a la verdad. Pero la oscuridad nunca llegará a ser luz, ni el error se convertirá en verdad.

Las costumbres, prácticas e influencias mundanales han entenebrecido y confundido de tal manera la mente de muchos, que han destruido en ellos toda capacidad para discernir entre la luz y las tinieblas, entre la verdad y el error. Yo albergaba poca esperanza de que mis palabras fuesen comprendidas; pero al conmoverme el Señor de una manera tan decidida, no fui capaz de resistir a su Espíritu. Sabiendo que os estabais envolviendo en las redes de Satanás, calculé que el peligro era demasiado grande para que yo guardara silencio.

Durante años, el Señor ha estado presentando ante vosotros la situación de la iglesia. Vez tras vez se os ha reprendido, y amonestado. El 23 de octubre de 1879, el Señor me dio un impresionante testimonio concerniente a la iglesia de Battle Creek. Los últimos meses que estuve con vosotros sentí pesar por la iglesia, mientras que aquellos que debieron haberse conmovido hasta lo más profundo de sus almas estaban en relativa calma y despreocupados. No sabía qué hacer ni qué decir. No confiaba en el comportamiento que muchos tenían por cuanto estaban haciendo aquellas cosas que el Señor les había advertido que no hicieran.

El Dios que conoce su condición espiritual declara: Han acariciado el mal y se han separado de mí. Cada uno de ellos se ha descarriado. No hay ni uno que no sea culpable. Me han abandonado a mí, la Fuente de aguas vivas, y han cavado para sí cisternas rotas que no retienen agua. Muchos se han corrompido ante mí. La envidia, el odio del uno hacia el otro, los celos, las suposiciones malignas, la rivalidad, las contiendas, la amargura, es el fruto que llevan. Y no harán caso del

testimonio que yo les envío. No se percatarán de su perverso proceder ni se arrepentirán para que yo los sane.

Muchos se jactan de los largos años durante los cuales han profesado la verdad. Sienten ahora que tienen derecho a una recompensa por las pruebas y la obediencia del pasado. Pero esta experiencia genuina en las cosas de Dios en años pasados los hace más culpables ante él por no haber retenido su integridad y avanzado hacia la perfección. La fidelidad del pasado año nunca cubrirá el descuido del año en curso. La veracidad de un hombre el día de ayer no cubrirá su falsedad del día de hoy.

Muchos excusaron su descuido de los testimonios diciendo: “La hermana White está bajo la influencia de su marido; los testimonios son forjados por el espíritu y criterio de él”. Otros procuraban aprovecharse de alguna cosa de mí, la cual pudiera prestarse para justificar su proceder o ganarles alguna influencia. Fue entonces cuando decidí que nada más brotaría de mi pluma hasta que se echase de ver el poder de Dios dentro de la

iglesia. Pero el Señor colocó un peso sobre mi alma. Trabajé en vuestro favor con todo empeño. Cuánto costó esto tanto a mi marido como a mí, lo revelará sólo la eternidad. ¿Acaso no tengo yo conocimiento del estado de la iglesia, cuando el Señor me ha presentado su caso repetidas veces a través de los años? Aunque se han dado continuas amonestaciones, sin embargo no ha habido un cambio decidido.

Vi que la desaprobación de Dios estaba sobre su pueblo por haber éste absorbido al mundo. Vi que los hijos del Hno. _____ fueron un lazo para él. Las ideas y opiniones de ellos, sus sentimientos y comentarios, influyeron sobre su mente y cegaron su entendimiento. Estos jóvenes están inclinados hacia la infidelidad. La carencia de fe y confianza en Dios de parte de la madre se ha traspasado como patrimonio a sus hijos. Su dedicación a ellos es mayor que su dedicación a Dios. El padre ha descuidado su deber. El resultado de su comportamiento equivocado se revela en sus hijos. Al hablar ante la iglesia procuré impresionar a los padres con la solemne obligación que tienen

para con sus hijos, porque conocía en qué estado estaban estos jóvenes y cuáles eran las tendencias que los convirtieron en lo que son ahora. Pero no se hizo caso a lo que dije. Yo sé las cargas que tuve que llevar en mis últimas labores entre vosotros. Nunca me hubiera esforzado hasta lo sumo como lo hice si no hubiese visto el peligro en que estabais. Anhelaba despertaros para que humillaseis vuestros corazones ante el Señor y volvieseis a él arrepentidos y con fe.

Sin embargo, ahora cuando os envío un testimonio de amonestación y reprensión, muchos de vosotros decís que es meramente la opinión de la Hna. White. De esta manera habéis insultado al Espíritu de Dios. Vosotros sabéis cómo el Señor se ha manifestado mediante el espíritu de profecía. El pasado, el presente y el futuro han pasado ante mí. Se me han mostrado rostros que yo nunca había visto, y años después los reconocía cuando los veía. He sido despertada de mi sueño con una impresión vívida de asuntos que anteriormente habían sido presentados ante mi mente; y he escrito cartas a medianoche que han viajado a través del

continente, llegado en un momento de crisis, y salvado la causa de Dios del desastre. Esta ha sido mi obra por años. Hay un poder que me ha impelido a reprender y a reprochar males que a mí no se me habían ocurrido. Esta obra de los últimos treinta y seis años, ¿es de arriba, o de abajo?

Vamos a suponer, como algunos incorrectamente quieren hacerlo aparentar, que lo que a mí me influyó para escribir de la manera en que lo hice fueron las cartas de miembros de iglesia, ¿Cómo fue el caso del apóstol Pablo? Las noticias que recibió por medio de la casa de Cloe acerca de la condición de la iglesia de Corinto fueron lo que hizo que él escribiera su primera epístola a esa iglesia. Le habían llegado cartas particulares explicándole los hechos tal como eran y, en su respuesta, él estableció principios generales, que de ser aceptados, corregirían los males existentes. Con gran ternura y sabiduría los exhortó a ser de una misma opinión para que no hubiera divisiones entre ellos.

Pablo era un apóstol inspirado, sin embargo,

Dios no siempre le reveló la condición exacta en que se hallaba su pueblo. Aquellos que estaban interesados en la prosperidad de la iglesia, y se dieron cuenta de la maldad que se insinuaba, le presentaron el asunto; y basado en la luz que él había recibido previamente, estaba listo para determinar el verdadero carácter de los acontecimientos. El Señor no le dio una nueva revelación para aquella ocasión específica, pero esto no fue razón para que los que realmente buscaban la luz rechazasen su mensaje como si fuese una carta común y corriente. De ninguna manera. El Señor le había mostrado las dificultades y peligros que surgirían en las iglesias, para que al presentarse éstos, él supiese cómo manejarlos.

Pablo estaba dispuesto para la defensa de la iglesia. Debía velar por las almas como uno que tiene que dar cuenta a Dios, ¿y acaso no le correspondía estar al tanto de los informes concernientes a su estado de anarquía y división? ¡Seguro que sí! y la reprensión que les comunicó por escrito fue tan inspirada por el Espíritu Santo como cualquiera de sus otras epístolas. Pero

cuando estas amonestaciones fueron recibidas, hubo algunos que no admitieron ser corregidos. El punto de vista que asumieron fue que Dios no les había hablado por intermedio de Pablo, que él sencillamente les había comunicado su opinión como hombre, y consideraban que el criterio de ellos era tan aceptable como el de Pablo.

Así sucede con muchos de nuestro pueblo que se han apartado de los antiguos hitos y han seguido sus propios consejos. ¡Cuán grande alivio sentirían los tales si pudiesen apaciguar su conciencia creyendo que mi obra no es de Dios! Pero vuestra credulidad no cambiará la verdad del caso. Sois deficientes en carácter, y en experiencia moral y religiosa. Cerrad vuestros ojos ante el hecho si así lo queréis, pero esto no os hará ni una pizca más perfectos. El único remedio es que seáis lavados en la sangre del Cordero.

Si procuráis echar a un lado el consejo de Dios para satisfaceros a vosotros mismos, si menoscabáis la confianza del pueblo de Dios en los testimonios que él les ha enviado, os estáis

rebelando contra Dios tan seguramente como lo hicieron Coré, Datán y Abiram. Vosotros conoceis la historia. Sabéis cuán obstinados eran en sus propias opiniones. Decidieron que su criterio era mejor que el de Moisés y que Moisés le estaba causando gran daño a Israel. Aquellos que se unieron con ellos estaban tan fijos en sus opiniones que, a despecho de los juicios de Dios que de una manera señalada destruyeron a los dirigentes y príncipes, a la mañana siguiente los sobrevivientes vinieron a donde estaba Moisés y dijeron: "Vosotros habeis dado muerte al pueblo de Jehová". (Números 16:41) Vemos así cuán temible es el engaño que puede envolver a la mente humana. ¡Cuán difícil se hace convencer a las almas que han sido imbuidas por un espíritu que no es del Señor! Como embajadora de Cristo, os digo: Cuidado con los puntos de vista de que os hacéis partidarios. Esta es la obra de Dios y a él tenéis que rendir cuenta por la manera en que habéis tratado su mensaje.

Cuando estaba al pie del lecho de muerte de mi marido, me di cuenta de que si otros hubieran

hecho su parte, él hubiera vivido. Entonces rogué, con agonía de alma, que los que estaban presentes no siguieran contristando al Espíritu de Dios mediante su dureza de corazón. Unos días después yo misma encaraba la muerte. En aquellos momentos tuve clarísimas revelaciones de Dios respecto a mí misma y con relación a la iglesia. En un estado de gran debilidad os rendí mi testimonio, no sabiendo si sería esa mi última oportunidad. Los habéis olvidado de aquella solemne ocasión? Yo no puedo olvidarla jamás, porque me pareció haber sido llevada ante el tribunal de Cristo. Vuestro estado descarriado, vuestra dureza de corazón, vuestra falta de armonía en amor y espiritualidad, vuestro alejamiento de la sencillez y pureza que Dios anhela que preservéis, yo lo sabía todo; lo sentía todo. Entre vosotros existían la crítica, la censura, la envidia, y la lucha por los puestos más elevados. Yo me había dado cuenta y sabía a lo que esto os llevaría. Me temía que el esfuerzo hecho me costara la vida, pero el interés en vosotros me impelió a hablar. Dios os habló en aquel día. ¿Os causó una impresión duradera?

Al viajar a Colorado estaba tan afanada por vosotros que, débil como me sentía, escribí muchas páginas, las cuales habrían de leerse en el congreso campestre. Débil y temblorosa, me levanté a las tres de la mañana para escribiros. Dios os hablaba por medio de un instrumento de barro. Podéis decir que esta comunicación era solamente una carta. Sí, en efecto, era una carta, pero una que había sido impulsada por el Espíritu de Dios, con el propósito de presentar ante vuestras mentes las cosas que me habían sido mostradas. En estas cartas que yo os escribo, en los testimonios que os rindo, os presento lo que el Señor me ha presentado a mí. Yo no escribo ni un artículo en el periódico expresando meramente mis propias ideas. Representan lo que Dios ha abierto ante mí en visión: los rayos preciosos de luz que brillan desde el trono.

Al llegar a la ciudad de Oakland me sentía apesadumbrada al pensar en el estado de cosas que existía en Battle Creek, y me sentí débil e incapaz de ayudaros. Sabía que la levadura de la incredulidad estaba obrando. Aquellos que

despreciaban las claras amonestaciones de la Palabra de Dios estaban despreciando los testimonios que les instaban a poner atención a dicha Palabra. Cuando estuve de visita en Healdsburg el invierno pasado, oré mucho y me sentí oprimida por la ansiedad y el pesar. Pero en cierta ocasión, mientras oraba, el Señor disipó la lobreguez y un gran resplandor iluminó mi cuarto. Un ángel del Señor apareció a mi lado, y me parecía estar en Battle Creek. Me encontré en vuestros concilios; oí las palabras que se pronunciaban y vi y oí cosas que, de haberlo permitido el Señor, hubiera deseado que fueran para siempre borradas de mi memoria. Mi alma estaba tan herida que no sabía qué hacer ni qué decir. Algunas cosas sencillamente no las puedo ni mencionar. Se me pidió que no dijera nada a nadie en cuanto a esto, porque faltaba mucho por desarrollarse.

Se me dijo que reuniera la luz que me había sido impartida y que dejara que sus rayos brillaran sobre el pueblo de Dios. Es precisamente lo que he estado haciendo a través de los artículos publicados

en los periódicos. Me levanté a las tres de la mañana casi todos los días durante meses y recogí todo lo que había escrito después de los últimos dos testimonios que me fueron dados en Battle Creek. Puse por escrito estos asuntos y os los remití de prisa; pero no me cuidé debidamente y el resultado fue que desmayé bajo la carga; me fue imposible terminar los escritos y hacerlos llegar a vosotros con tiempo para la Sesión de la Asociación General.

Una vez más, mientras estaba en oración, el Señor volvió a revelarse. Me encontré otra vez en Battle Creek. Estuve de visita en muchos hogares y escuché las palabras que vosotros hablábais en torno a vuestras mesas. No se me permite revelar los detalles. Espero que nunca se me pida mencionarlos. Además, tuve varios sueños muy impresionantes.

¿Cuál sería la voz que estaríais dispuestos a reconocer como la voz de Dios? ¿Qué poder tendrá el Señor en reserva para corregir vuestros errores y mostraros vuestro comportamiento tal cual es?

¿Qué poder para haceros trabajar por la iglesia? Si rehusáis creer hasta que toda sombra de incertidumbre y toda posibilidad de duda sean eliminadas, nunca llegaréis a creer. La duda que exige un conocimiento perfecto nunca cederá ante la fe. La fe descansa sobre la evidencia y no sobre la demostración. El Señor requiere que obedezcamos la voz del deber cuando otras voces a nuestro alrededor nos instan a seguir un curso opuesto. Esto requiere de nosotros que pongamos seria atención para poder distinguir cuál sea la voz que proviene de Dios. Es preciso que resistamos y venzamos toda inclinación y obedezcamos la voz de la conciencia sin discusión ni transigencia para evitar que cesen sus insinuaciones y que dominen en su lugar la voluntad y deseos propios. La palabra del Señor llega a todos nosotros que no hemos resistido a su Espíritu rehusando escuchar y obedecer. Esta voz puede escucharse mediante las amonestaciones, los consejos y reprensiones. Estas constituyen el mensaje de luz para su pueblo. Si esperamos hasta recibir llamados más fuertes y mejores oportunidades, puede ser que la luz sea retirada y que nos quedemos en oscuridad.

Al descuidar una vez de cumplir con el llamado del Espíritu de Dios y de su Palabra cuando la obediencia requiere llevar una cruz, muchos han perdido mucho; cuánto, no lo sabrán hasta que los libros sean abiertos en el día final. Los ruegos del Espíritu, descuidados hoy porque el placer o la inclinación conducen a la persona en una dirección opuesta, pueden no tener poder para convencer, o aun impresionar, el día de mañana. La única manera de crecer en gracia y en el conocimiento de la verdad es sacándoles el mayor rendimiento a las oportunidades del presente, con corazones deseosos y dispuestos. Debemos siempre abrigar un sentimiento de que individualmente estamos ante la presencia del Señor de los ejércitos; ninguna palabra, acto, ni aun un pensamiento, debiera acariciarse que ofenda ante la vista del Eterno. Entonces no tendremos temor ni de los hombres ni de ningún poder terrenal, porque un Monarca, cuyo imperio es el universo, quien sostiene en sus manos nuestro destino individual ahora y por la eternidad, lleva la cuenta de todas nuestras obras. Si sintiéramos que en todo lugar

somos siervos del Altísimo, seríamos más circunspectos; nuestra vida entera poseería para nosotros un significado y una santidad que los honores del mundo jamás podrían darnos.

Los pensamientos del corazón, las palabras de nuestros labios y todas las obras de nuestra vida, harán que nuestro carácter sea más digno, si es que sentimos la presencia constante de Dios. Sea el lenguaje del corazón el siguiente: “He aquí Dios está en nuestro medio”. Entonces la vida será pura, el carácter inmaculado, y el alma se elevará de continuo al Señor. Vosotros no habéis seguido este curso en Battle Creek. Se me ha mostrado que una dolorosa y contagiosa enfermedad os aflige, la cual producirá la muerte espiritual si no es detenida.

Muchos son arruinados por anhelar una vida de comodidad y placer. La abnegación les parece algo indeseable. Constantemente procuran evitar las pruebas que son inseparables de un rumbo de fidelidad hacia Dios. Fijan sus afectos en la obtención de los bienes de esta vida. Este es el éxito humano, pero ¿acaso no se consigue a

expensas de los intereses futuros y eternos? El gran propósito de la vida es de manifestarnos como siervos fieles de Dios, que amamos la justicia y odiamos el pecado. Debiéramos aceptar con gratitud todo grado de felicidad y éxito que nos sea impartido en nuestro cumplimiento actual del deber. Nuestra mayor fuerza se manifiesta cuando sentimos y reconocemos nuestra debilidad. La mayor pérdida que cualquiera de vosotros en Battle Creek puede sufrir es la pérdida de la seriedad y el celo perseverante para hacer el bien, la pérdida de la fuerza para resistir la tentación, la pérdida de la fe en los principios de la verdad y el deber.

Que ninguno se lisonjee pensando que es una persona de éxito, a menos que conserve la integridad de su conciencia y se entregue del todo a la verdad y a Dios. Debemos avanzar firmemente y nunca perder el ánimo ni la fe en las buenas obras, no importan las pruebas que se presenten en el camino o la oscuridad moral que nos rodee. La paciencia, la fe, y el amor por el deber son las lecciones que tenemos que aprender. Subyugar el yo y contemplar a Jesús es trabajo de todos los

días. El Señor nunca abandonará al alma que confía en él y solicita su ayuda. La corona de la vida se coloca sobre la frente de aquel que ha vencido. Para todos, hay una obra seria y solemne que hacer por Dios mientras dure la vida. A medida que el poder de Satanás aumenta y se multiplican sus artimañas, los que están a cargo del rebaño de Dios deben mostrarse hábiles y aptos y ejercer un perspicaz don de mando. No solamente tiene cada uno de nosotros una obra que hacer por su propia alma, sino que también tenemos el deber de despertar a otros para que busquen la vida eterna.

Mis hermanos, me causa dolor tener que deciros que vuestro pecaminoso olvido de andar en la luz os ha sumido en las tinieblas. Puede ser que ahora seáis sinceros al no reconocer y obedecer la luz; las dudas que habéis abrigado, el no haber hecho caso a los requerimientos de Dios, han cegado vuestras percepciones de tal manera que para vosotros la oscuridad es ahora luz, y la luz oscuridad. Dios os ha pedido que marchéis adelante hacia la perfección. El cristianismo es una religión de progreso. La luz que proviene de Dios

es completa y amplia y está a nuestra disposición. No importa cuántas bendiciones el Señor otorgue, siempre le queda un raudal infinito más allá, de un depósito inagotable del cual podemos extraer. El escepticismo podrá abordar los sagrados reclamos del Evangelio con bromas, burlas y negaciones. El espíritu mundanal podrá contaminar a los muchos y controlar a los pocos; pero la causa de Dios se sostendrá sólo mediante grandes esfuerzos y sacrificio continuo, y finalmente vencerá.

La orden recibida es: ¡Adelante! Cumplid vuestros deberes individuales, y dejad los resultados en las manos de Dios. Si avanzamos por donde Jesús nos guía, experimentaremos su triunfo, compartiremos su gozo. Tenemos que participar en los conflictos si queremos lucir la corona de victoria. Así como lo fue Jesús, tenemos que ser perfeccionados mediante el sufrimiento. Si la vida de Cristo hubiera sido ociosa, entonces podríamos entregarnos a la pereza. En vista de que su vida se caracterizó por la continua abnegación, el sufrimiento, y el renunciamiento de sí mismo, no habremos de quejarnos si somos partícipes con él.

Podemos andar con seguridad por la senda más oscura si tenemos como guía a la Luz del mundo.

El Señor os está examinando y probando. El ha dado consejos, ha amonestado y rogado. Todas estas solemnes advertencias o mejorarán a la iglesia o la harán decididamente peor. Mientras hable el Señor para corregir o amonestar, y vosotros despreciéis su voz, más inclinados estaréis a rechazarla una y otra vez, hasta que Dios diga: “Por cuanto llamé, y no quisisteis oír, extendí mi mano, y no hubo quien atendiese, sino que desechasteis todo consejo mío y no aceptasteis mi reprensión, también yo me reiré de vuestra desgracia, y me burlaré cuando os sobrevenga lo que teméis; cuando venga de repente lo que os asusta, y vuestra desgracia llegue como un torbellino; cuando sobre vosotros vengan la tribulación y la angustia. Entonces me llamarán, y no responderé; me buscarán con afán, y no me hallarán. Por cuanto aborrecieron la sabiduría, y no escogieron el temor de Jehová, ni quisieron mi consejo, y menospreciaron toda reprensión mía, comerán del fruto de su camino, y se hartarán de

sus propios planes”. (Proverbios 1:24-31)

¿No estáis claudicando entre dos opiniones? ¿No sois negligentes al no hacer caso a la luz que Dios os ha dado? Cuidaos de que no haya en algunos de vosotros un corazón impío de incredulidad al apartaros del Dios viviente. No conocéis el tiempo de vuestra visitación. El gran pecado de los judíos fue el menosprecio y rechazo de las oportunidades presentes. Al contemplar Jesús la condición en que están sus seguidores hoy, lo que ve es una vil ingratitud, un formalismo hueco, una insinceridad hipócrita, un orgullo farisaico, y la apostasía.

Las lágrimas derramadas por Jesús en la cima del monte de las Olivas fueron por la impenitencia e ingratitud de cada ser humano hasta el fin del tiempo. El ve que su amor es despreciado. Los ámbitos del templo del alma se han convertido en lugares de tráfico profano. El egoísmo, la avaricia, la malicia, la envidia, el orgullo, la pasión, todo esto está atesorado en el corazón. Sus amonestaciones son rechazadas y ridiculizadas, sus

embajadores tratados con indiferencia y sus palabras vistas como cuentos ociosos. Jesús ha hablado mediante sus misericordias, pero ellas han sido desatendidas; ha hablado por medio de solemnes advertencias, pero éstas han sido rechazadas.

Ruego a vosotros que habéis profesado la fe por mucho tiempo y que todavía le rendís un homenaje superficial a Cristo: No engañéis a vuestras propias almas. Lo que Jesús aprecia es el corazón entero. La lealtad del alma es lo único que vale ante la vista de Dios. “¡Si también tú conocieses, a lo menos en este tu día, lo que es para tu paz!” (Lucas 19:42) “Si también tú”. Cristo en estos momentos está dirigiéndose a ti personalmente, inclinándose desde su trono, suspirando con ternura compasiva por aquellos que no están conscientes de su peligro, que no tienen compasión por sí mismos.

Muchos procuran desenvolverse en la vida estando muertos espiritualmente. Estos algún día dirán: “Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu

nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les diré claramente: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de iniquidad". (Mateo 7:22, 23) Un ay será pronunciado sobre ti si te demoras y vacilas hasta que se ponga el Sol de Justicia; la negrura de la noche eterna será tu heredad. ¡Oh, ojalá pudiera derretirse el corazón frío, formal y mundano! Cristo no sólo derramó lágrimas por nosotros, sino también su propia sangre. ¿No nos despertarán estas manifestaciones de su amor a una humillación profunda ante Dios? Para ser aprobados por Dios, lo que necesitamos es la humildad y la abnegación.

Aquel que está siendo dirigido por Dios no estará satisfecho consigo mismo, por cuanto la luz que proviene del Hombre perfecto brilla sobre él. Sin embargo, los que pierden de vista al Modelo, y estiman ser mayores de lo que son, verán las faltas de los demás y los criticarán; serán cortantes, suspicaces, y condenadores; denigrarán a los demás para exaltarse a sí mismos.

La última vez que el Señor presentó vuestro caso ante mí, y me hizo saber que no habíais hecho caso de la luz que se os impartió, se me pidió que os hablase claramente en su nombre por cuanto su ira se había encendido contra vosotros. Me fueron dirigidas las siguientes palabras: “Tu obra te ha sido asignada por Dios. Muchos no te escucharán porque no escucharon al Gran Maestro; muchos no admitirán la corrección, porque creen que andan bien ante su propia vista De todos modos, comunícales las reprensiones y amonestaciones que yo te daré, escuchen o dejen de escuchar”.

Os comunico el testimonio del Señor. Todos los que oyen su voz están dispuestos a ser corregidos; pero aquellos que han sido engañados por el enemigo no están dispuestos a venir a la luz ahora, no sea que sus obras sean reprochadas. Muchos de vosotros no sois capaces de discernir la obra y la manifestación de Dios. Ignoráis que es él. El Señor aún posee gracia en plenitud y está dispuesto a perdonar a todos los que vienen a él arrepentidos y con fe. Dijo el Señor: Muchos no se dan cuenta de la causa de su tropiezo. No atienden

la voz de Dios, sino que siguen tras lo que sus ojos ven y se dejan llevar por el entendimiento de su propio corazón. La incredulidad y el escepticismo han tomado el lugar de la fe. “Me han abandonado”.

Se me mostró que padres y madres se han apartado de la sencillez y han pasado por alto el sagrado llamado del Evangelio. El Señor los ha amonestado que no se corrompan adoptando las costumbres y máximas del mundo. Cristo les hubiera proporcionado las inescrutables riquezas de su gracia libremente y en abundancia, pero no dan muestras de ser merecedores de ellas.

Muchos están introduciendo en sus almas un ambiente de vanidad. Apenas se imagina una persona que tiene algún talento que pudiera ser de utilidad en la causa de Dios, cuando sobreestima el talento y comienza a pensar en sí mismo más de lo que debiera, como si fuera una columna en la iglesia. La obra que pudiera realizar aceptablemente se la deja a otra persona que tiene menos habilidad de la que él mismo cree poseer.

Piensa y habla acerca de algo más elevado. Es su deber dejar que su luz brille ante los hombres; sin embargo, en lugar de brillar en su vida la gracia, la mansedumbre, la modestia, la bondad, la ternura y el amor, es el yo, el importante yo, el que se asoma por doquiera.

El espíritu de Cristo debiera controlar nuestro carácter y conducta de tal manera que nuestra influencia pueda siempre bendecir, animar y edificar. Nuestros pensamientos, palabras y hechos debieran dar testimonio de que hemos nacido de arriba y que la paz de Cristo domina en nuestros corazones. De esta manera proyectamos en torno nuestro el gentil resplandor a que se refirió el Señor cuando dijo que dejásemos brillar nuestra luz ante los hombres. De esta forma dejamos huellas tras nosotros que conducen al cielo. Así, todos los que están vinculados con Cristo podrán convertirse en predicadores más eficaces de la justicia que lo que serían mediante el esfuerzo más capaz desde el púlpito sin tener esta unción celestial. Los portadores de luz que irradian el resplandor más puro son aquellos que menos conscientes están de

su propio brillo, de la misma manera que las flores menos ostentosas son las que difunden la más dulce fragancia.

Nuestro pueblo está cometiendo graves errores. No podemos alabar y adular a ningún hombre sin causarle gran daño; los que hacen esto se chasquearán seriamente. Confían demasiado en el hombre finito y no lo suficiente en Dios, que no comete errores. El deseo ansioso de impulsar a hombres hacia la atención pública, es evidencia de desviación de Dios y de amistad con el mundo. Este es el espíritu característico de esta época. Demuestra que en los hombres no hay el mismo sentir de Jesús; la ceguera y la pobreza espirituales han descendido sobre ellos. A menudo personas de mentes inferiores apartan sus ojos de Jesús y contemplan una norma meramente humana, por medio de la cual no están conscientes de su propia pequeñez, y por lo tanto tienen una idea equivocada respecto a sus aptitudes y dones. Entre nosotros como pueblo existe idolatría de los instrumentos y del talento meramente humano, y aun de los que tienen un carácter más superficial.

El yo debiera morir y debiéramos abrigar una fe humilde de niño. El pueblo de Dios se ha apartado de su sencillez. Su fuerza no está en Dios, por lo que está débil y desfallece espiritualmente.

Se me ha mostrado que el espíritu del mundo está rápidamente cundiendo como levadura dentro de la iglesia. Estáis siguiendo el mismo camino del antiguo Israel. Se ve el mismo decaimiento de vuestra vocación sagrada que se vio entre el pueblo escogido de Dios. Tenéis compañerismo con las obras infructuosas de las tinieblas. Vuestra concordancia con los incrédulos ha provocado el desprecio de Dios. No conocéis lo que es para vuestra paz, y velozmente os está siendo vedado. Vuestro descuido en no seguir la luz os colocará en una posición más desfavorable que la de los judíos, sobre los cuales Cristo pronunció un ay.

Se me ha mostrado que la incredulidad en cuanto a los testimonios ha estado aumentando gradualmente a medida que el pueblo va desviándose de Dios. Es algo que ha penetrado nuestras filas y que se ha extendido por todo el

campo. Pero muy pocos conocen lo que nuestras iglesias han de experimentar. Vi que en la actualidad estamos bajo la clemencia divina, pero nadie sabe por cuánto tiempo más será así. Ninguno conoce cuán grande ha sido la misericordia de que hemos sido objetos. Muy pocos se dedican a Dios de corazón. Hay solamente unos pocos que cual estrellas en una noche tormentosa brillan aquí y allá entre nubes.

Muchos de los que cómodamente escuchan las verdades de la Palabra de Dios están muertos espiritualmente, aunque profesan estar vivos. Por años han entrado y salido de nuestras congregaciones, pero parecen cada vez menos suceptibles al valor de la verdad revelada. No tienen hambre ni sed de justicia. No tienen gusto por los asuntos espirituales o divinos. Le dan su asentimiento a la verdad, pero ésta no los santifica. Ni la palabra de Dios ni los testimonios de su Espíritu les crean una impresión duradera. Conforme a la luz, los privilegios y oportunidades que han despreciado, será su condenación. Muchos de los que predican la verdad a otros están ellos

mismos albergando la iniquidad. Los ruegos del Espíritu de Dios, que son como una melodía celeste; las promesas de su Palabra, ricas y abundantes, sus amenazas contra la idolatría y la desobediencia, ninguna de estas cosas son capaces de derretir el corazón que el mundo ha endurecido. Muchos están tibios. Están en la misma posición que Meroz, ni a favor ni en contra, ni fríos ni calientes. Oyen las palabras de Cristo, pero no las ponen por obra. Si permanecen en este estado, él los rechazará con aborrecimiento. Muchos de aquellos que han tenido gran luz, grandes oportunidades y toda clase de ventajas espirituales, rinden homenaje a Cristo y al mundo a la misma vez. Se inclinan ante Dios y Mammón. Hacen fiesta con los hijos del mundo, y a la vez dicen que son bendecidos juntamente con los hijos de Dios. Desean tener a Cristo como Salvador, pero rehusan llevar su cruz y su yugo. El Señor tenga misericordia de vosotros; porque si seguís así, ninguna cosa sino el mal podrá profetizarse acerca de vosotros.

La paciencia de Dios tiene su propósito, pero

vosotros lo estáis derrotando. El ha estado permitiendo que os sobrecoja un estado de cosas que con el tiempo desearíais que fuera contrarrestado, pero ya será demasiado tarde. Dios le ordenó a Elías que ungiese al cruel y engañoso Hazael como rey de Siria para que fuese un azote para el pueblo idólatra de Israel. ¿Quién sabe si Dios os abandonará a los engaños que amáis? ¿Quién sabe si los predicadores que se mantienen fieles, firmes y leales serán los últimos que ofrecerán el Evangelio de paz a nuestras iglesias ingratas? Puede ser que los agentes destructores ya estén siendo adiestrados bajo el mando de Satanás y que sólo esperen la desaparición de unos pocos portaestandartes más para tomar su lugar y con la voz del falso profeta clamar, “paz, paz”, cuando el Señor no ha pronunciado la paz. Raras veces lloro, pero en estos instantes mis ojos están inundados de lágrimas, las cuales caen sobre el papel mientras escribo. Puede ser que dentro de poco tiempo toda profecía entre nosotros llegue a su fin, y que la voz que ha movido al pueblo deje ya de conturbar su adormecimiento carnal.

Cuando Dios lleve a cabo su extraña obra sobre la tierra, cuando manos santificadas ya no más lleven el arca, un ¡ay! será pronunciado sobre el pueblo. ¡Oh, si hubieses conocido, también tú, en este día, lo que es para tu paz! ¡Oh, si nuestro pueblo, cual Nínive, se arrepintiera con todas sus fuerzas y creyese con todo el corazón, de manera que Dios apartara su ardiente ira de ellos!

Me lleno de dolor y angustia al ver que hay padres que se acomodan al mundo y permiten que sus hijos se ajusten a las normas mundanales en un tiempo como éste. Cuando la situación de las familias que profesan la verdad presente me es presentada, me horrorizo. El libertinaje de la juventud, y aun de los niños, es increíble. Los padres ignoran que el vicio secreto está destruyendo y deformando la imagen de Dios en sus hijos. Los pecados que caracterizaban a los sodomitas existen entre ellos. Los responsables son los padres, por cuanto no han instruido a sus hijos a amar y obedecer a Dios. No los han restringido ni les han enseñado diligentemente el camino del Señor. Les han permitido salir y entrar a su gusto y

asociarse con los mundanos. Estas influencias mundanales que contrarrestan la enseñanza y autoridad de los padres se hallan mayormente en la supuesta alta sociedad. Por su manera de vestir, su apariencia, sus diversiones, se rodean de una atmósfera que es opuesta a Cristo.

Nuestra única seguridad está sólo en mantenernos en pie como el pueblo especial de Dios. No hemos de ceder ni una pulgada a las costumbres y modas de esta época degenerada, sino antes sostenernos firmes en nuestra independencia moral, sin avenirnos a sus corruptas e idólatras costumbres.

Mantenernos por encima de las normas religiosas del mundo cristiano es algo que requerirá valor e independencia. Ellos no siguen el ejemplo de abnegación dado por el Salvador; no hacen ningún sacrificio; procuran constantemente evadir la cruz, la cual Cristo declaró que es la señal del discipulado.

¿Qué habré de decir para despertar a nuestro

pueblo? Os digo que no pocos de los ministros que se levantan ante el pueblo para exponer las Escrituras están contaminados. Sus corazones están corrompidos, sus manos no están limpias. No obstante, muchos claman, “paz, paz”; y los obradores de iniquidad no se alarman. La mano del Señor no se ha acortado para salvar ni se ha endurecido su oído para oír; son nuestras iniquidades las que nos han separado de Dios. La iglesia se ha corrompido por causa de sus miembros que degradan sus cuerpos y contaminan sus almas.

Si todos los que se congregan para celebrar reuniones para la edificación y la oración pudieran considerarse como verdaderos adoradores, entonces habría esperanza, aunque todavía quedaría mucho por hacer en favor nuestro. Pero está demás engañarnos a nosotros mismos. Las cosas están lejos de ser lo que las apariencias pudieran indicar. A la distancia parecería haber mucho de bueno, pero al examinarse de cerca, se vería lleno de deformidades. El espíritu reinante de la época es el de la infidelidad y apostasía: un

espíritu de esclarecimiento aparente, porque se posee un conocimiento de la verdad, pero que es en realidad la más ciega presunción. Existe un espíritu de oposición a la clara Palabra de Dios y al testimonio de su Espíritu. Existe un espíritu de exaltación idolátrica de la mera razón humana por sobre la sabiduría revelada de Dios.

Entre nosotros hay hombres con puestos de responsabilidad que sostienen que en realidad se puede confiar más en las opiniones de unos cuantos presuntos filósofos, supuestos filósofos, que en la verdad bíblica o en los testimonios del Espíritu Santo. Se considera que la fe de hombres como Pablo, Pedro y Juan es anticuada e intolerable hoy día. Se declara que es absurda, mística e indigna de una mente inteligente.

Dios me ha mostrado que estos hombres son Hazaeles que resultan ser un azote para nuestro pueblo. Su sabiduría se enaltece por sobre lo que está escrito. Esta actitud de duda de las verdades mismas de la Palabra de Dios, debida a que el criterio humano no alcanza a comprender los

misterios de la obra divina, se encuentra en todo distrito y en todos los niveles de la sociedad. Es enseñada en la mayoría de nuestras escuelas y se encuentra hasta en las lecciones que se dan al nivel infantil. Miles de los que profesan ser cristianos prestan atención a espíritus mentirosos. Por doquiera que vayáis os encarará el espíritu de tinieblas con apariencia de religión.

Si todo lo que tiene apariencia de ser vida divina lo fuera en realidad; si todos los que profesan estar presentando la verdad al mundo estuvieran predicando en favor de ella y no en contra, y si fueran hombres de Dios guiados por su Espíritu, entonces sí que se podría decir que se ve algo animador en medio de la reinante oscuridad moral. El espíritu del anticristo prevalece en grado mayor que nunca antes. Bien podemos clamar: “Salva, oh Jehová, porque se acabaron los piadosos; porque han desaparecido los fieles de entre los hijos de los hombres”. (Salmos 12:1) Me consta que hay muchos que piensan demasiado favorablemente del tiempo presente. Estas almas amadoras de la comodidad se hundirán en la ruina

general. De todas maneras, no perdemos la esperanza. Estamos propensos a pensar que donde no hay fieles ministros no puede haber verdaderos cristianos, pero ese no es el caso. Dios ha prometido que donde los pastores no son fieles, él mismo se hará cargo del rebaño. Dios nunca hizo que el rebaño dependiera totalmente del instrumento humano. Pero los días de la purificación de la iglesia se aproximan velozmente. Dios se propone tener un pueblo puro y leal. En el gran zarandeo que pronto se llevará a cabo podremos medir más exactamente la fuerza de Israel. Las señales indican que el tiempo está cerca cuando el Señor revelará que tiene un aventador en su mano y limpiará con esmero su era.

Rápidamente se acercan los días cuando habrá gran perplejidad y confusión. Satanás, ataviado de ropaje angelical, engañará, si es posible, a los mismos escogidos. Habrá muchos dioses y muchos señores. Soplará toda clase de vientos de doctrina. Aquellos que le han rendido homenaje a “la falsamente llamada ciencia” no serán los dirigentes en aquel tiempo. Los que han confiado en el

intelecto, el ingenio o el talento no estarán entonces al frente de las tropas. No se mantuvieron al paso con la luz. A los que demostraron ser infieles no se les encomendará el rebaño. Pocos serán los hombres grandes que tomarán parte en la obra solemne del fin. Son autosuficientes, se han independizado de Dios, y él no puede usarlos. El Señor tiene siervos fieles quienes se han de manifestar en la hora de zarandeo y prueba. Hay almas preciosas, ocultas por el momento, que no se han postrado ante Baal. No han tenido la luz que con deslumbrante resplandor ha brillado concentradamente sobre nosotros. Pero puede ser que bajo un exterior algo áspero y no muy llamativo se revele el brillo de un carácter cristiano genuino. Durante el día miramos hacia el cielo, mas no vemos las estrellas. Están allí, fijas en el firmamento, pero el ojo no las puede distinguir. Es de noche cuando podemos contemplar su verdadero lustre.

No está lejos el tiempo cuando toda alma será probada. Se nos querrá imponer la marca de la bestia. Para aquellos que han ido cediendo paso a

paso a las exigencias del mundo y se han acomodado a sus costumbres, no será cosa difícil ceder ante las autoridades dominantes, antes que someterse al escarnio, a los insultos, a la amenaza de encarcelamiento y a la muerte. La contienda es entre los mandamientos de Dios y los mandamientos de los hombres. En ese tiempo, el oro será separado de la escoria en la iglesia. La verdadera piedad se diferenciará claramente de la imitación y oropel de la misma. Muchas de las lumbreras que hemos admirado por su resplandor se disiparán en la oscuridad. Cual nube, el tamo será llevado por el viento, aun en los lugares donde sólo vemos sembrados de hermoso trigo. Todos los que lucen los ornamentos del santuario, pero que no están vestidos de la justicia de Cristo, serán vistos en la vergüenza de su desnudez.

Cuando los árboles que no llevan fruto sean cortados porque inutilizan la tierra, cuando multitudes de hermanos falsos se distingan de los verdaderos, entonces los que están ocultos se manifestarán, y con expresiones de alabanza en sus labios se alistarán bajo la bandera de Cristo.

Aquellos que han sido tímidos y vacilantes en la iglesia llegarán a ser como David: dispuestos a trabajar y arriesgarse. Mientras más oscura la noche para el pueblo de Dios, más resplandecientes las estrellas. Satanás acosará severamente a los fieles; pero saldrán más que vencedores en el Señor. Entonces la iglesia de Cristo aparecerá “hermosa como la luna, esclarecida como el sol, imponente como ejércitos en orden”. (Cantares 6:10)

Las semillas de la verdad que están siendo esparcidas mediante el esfuerzo misionero, florecerán entonces y llevarán fruto. Almas capaces de soportar la tribulación recibirán la verdad y alabarán al Señor porque pueden sufrir por Jesús. “En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo”. (Juan 16:33) “Cuando pase el turbión del azote” (Isaías 28:18), cuando el aventador esté limpiando la era de Jehová, Dios será la ayuda de su pueblo. Los trofeos de Satanás podrán ser puestos en alto, pero la fe pura y santa no se atemorizará.

Elías sacó a Eliseo de detrás del arado y colocó sobre él su manto de consagración. El llamado para hacer esta grande y solemne obra se hizo a hombres eruditos y de elevada posición; si éstos no hubieran tenido una opinión tan elevada de sí mismos y hubieran confiado completamente en el Señor, él los hubiera honrado permitiéndoles llevar su estandarte triunfantemente hasta la victoria. Pero se separaron de Dios, cedieron a la influencia del mundo, y el Señor los rechazó.

Muchos han exaltado la ciencia y perdido de vista al Dios de la ciencia. No hacía esto la iglesia en su época de mayor pureza. Dios ha de llevar a cabo una obra en nuestros días que muy pocos anticipan. Levantará y exaltará en nuestro medio a aquellos que son enseñados por la unción de su Espíritu en vez de por la enseñanza de las instituciones científicas del mundo. Estos planteles no han de despreciarse ni condenarse; son ordenados por Dios, pero son capaces de proporcionar tan sólo calificaciones de carácter exterior. Dios revelará que él no depende de mortales doctos y vanidosos.

Hay realmente muy pocos hombres consagrados entre nosotros, pocos que hayan peleado y vencido en la batalla con el yo. La verdadera conversión es un cambio decidido de deseos y motivos; es virtualmente un desprendimiento de todo vínculo mundanal, un apresurarse a escapar de la atmósfera espiritual del mundo, una separación del poder controlador de sus pensamientos, opiniones e influencias. Esta separación ocasiona dolor y amargura para ambas partes. Constituye la disensión que Cristo dice que vino a traer. Sin embargo, los convertidos sentirán un continuo anhelo vehemente porque sus amistades lo dejen todo por Cristo, sabiendo que si no lo hacen se llevará a cabo una separación final y eterna. El verdadero cristiano, cuando está en la compañía de sus amigos incrédulos, no puede ser frívolo ni liviano. El valor de las almas por quienes Cristo murió es demasiado grande.

“El que no haya dejado todo por mi nombre, dice Jesús, no es digno de mí”. Lo que sea que desvíe los afectos de Dios tiene que ser dejado. El

ídolo de muchos es Mammón. Sus cadenas doradas los mantienen atados a Satanás. Hay otra clase de personas que rinden homenaje a la reputación y al honor. Para otros el ídolo es la vida egoísta de comodidad y el estar libres de responsabilidad. Estas son las redes del enemigo, tendidas para los pies incautos. Pero estas cadenas de esclavitud tienen que romperse; la carne tiene que ser crucificada con sus deseos y concupiscencias. No podemos ser mitad del Señor y mitad del mundo. No somos el pueblo de Dios a menos que lo seamos totalmente. Todo peso, todo pecado que estorbe, tiene que dejarse a un lado. Los centinelas de Dios no clamarán, “paz, paz”, cuando Dios no ha pronunciado la paz. La voz de los fieles centinelas se escuchará así: “Apartaos, apartaos, salid de ahí, no toquéis cosa inmunda; salid de en medio de ella; purificaos los que lleváis los utensilios de Jehová” (Isaías 52:1)

La iglesia no puede medirse a sí misma contra el mundo, ni por la opinión humana, ni por lo que en un tiempo fue. Su fe y su posición en el mundo tal como lo es ahora, ha de compararse con lo que

hubiera sido si hubiese siempre seguido un curso progresivo y ascendente. La iglesia será pesada en las balanzas del santuario. Si su carácter moral y su estado espiritual no corresponden a los beneficios y bendiciones que Dios le ha otorgado, la iglesia será hallada defectuosa. La luz ha estado brillando con claridad y de manera definida sobre su camino, y la luz recibida en 1882 la llama a rendir cuentas. Si no mejora sus talentos, si el fruto que lleva no es perfecto ante Dios, si su luz se ha convertido en tinieblas, entonces sin duda será hallada falta. El conocimiento de nuestra condición, tal como la ve Dios, parece estarnos vedado. Vemos, pero no percibimos; oímos, pero no entendemos; y estamos tan indiferentes y despreocupados como si posara sobre nuestro santuario la nube de día o la columna de fuego de noche. Profesamos conocer a Dios y creer en la verdad, pero nuestras obras lo niegan a él. Nuestros hechos se oponen diametralmente a los principios de verdad y de justicia por los cuales decimos ser gobernados.

Nota:

1. Mensaje leído en College Hall, diciembre de 1881, ante delegados de la Asociación, y de obreros dirigentes de la casa editora Review and Herald, del Sanatorio y del Colegio de Battle Creek. *Se refiere al artículo anterior.

Capítulo 7

Los obreros de nuestro colegio

El fundamento mismo de la prosperidad de nuestro colegio es la unión con Dios de parte de los profesores y alumnos. El temor de Jehová es el principio de la sabiduría. Sus preceptos deben ser reconocidos como la regla de la vida. En la Biblia se revela la voluntad de Dios a sus hijos. Dondequiera que se lea, en el círculo familiar, en la escuela o en la iglesia, todos debieran prestarle atención en quietud y devoción, tal como si Dios estuviese realmente presente y les hablase.

No siempre se ha mantenido en alto una elevada norma religiosa en nuestro colegio. La mayor parte de los maestros y de los alumnos procuran constantemente ocultar su religión. Este ha sido el caso especialmente desde que los mundanos han patrocinado el colegio. Cristo requiere de todos sus seguidores una confesión de

fe abierta y varonil. Cada cual debe ocupar su puesto y ser lo que Dios designó que fuese, “espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres”. (1 Corintios 4:9) Todo cristiano ha de ser una luz puesta sobre un candelabro, no escondida bajo un almud o debajo de una cama, para que pueda alumbrar a todos los que están en la casa.

Los profesores de nuestro colegio no debieran conformarse a las costumbres del mundo ni adoptar los principios mundanos. Los atributos que Dios más estima son la caridad y la pureza. Dichos atributos deben ser apreciados por todo cristiano. “Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios”. (1 Juan 4:7) “Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros, y su amor se ha perfeccionado en nosotros”. (1 Juan 4:12) “Le veremos como él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro”. (1 Juan 3:3)

Dios ha estado obrando en el corazón de hombres jóvenes para que se consagren al

ministerio. Han venido a nuestro colegio con la esperanza de obtener beneficios allí que no podrían conseguir en ningún otro lugar. Pero las solemnes convicciones del Espíritu de Dios han sido consideradas livianamente por profesores que conocen poco el valor de las almas y sienten poca responsabilidad por su salvación, y han intentado desviar a los jóvenes del camino por el cual el Señor ha procurado conducirlos.

La remuneración de los profesores bien calificados es mucho más elevada que la de nuestros ministros, y el profesor no trabaja tan arduamente ni se somete a las inconveniencias como lo hace el ministro que se entrega totalmente a la obra. Estas cosas han sido presentadas ante los jóvenes, se les ha animado a desconfiar de Dios y no creer en sus promesas. Muchos han escogido el camino más fácil y se han preparado para enseñar las ciencias o para buscar otro tipo de trabajo en lugar de dedicarse a la predicación de la verdad.

De esta manera la obra de Dios ha sido estorbada por profesores no consagrados, que

profesan creer la verdad pero que no la aman de corazón. Al joven educado se le enseña a considerar que sus aptitudes son demasiado valiosas para ser dedicadas al servicio de Cristo. ¿Pero acaso no tiene Dios algún derecho sobre ellos? ¿Quién les dio la fuerza para obtener esa disciplina mental y esas habilidades? ¿Poseen estas cosas aparte de Dios?

Hay muchos jóvenes que no saben nada del mundo, no conocen sus propias debilidades, ni tienen noción de su futuro, y sin embargo no sienten la necesidad de una mano divina que les señale el camino. Este tipo de joven se considera a sí mismo completamente capacitado para guiar su propia embarcación por el mar embravecido. No olviden estos jóvenes que, no importa a dónde vayan, estarán siempre dentro del dominio de Dios. No son libres para escoger lo que quieren sin tomar en cuenta la voluntad de su Creador.

El talento siempre se desarrolla mejor y se aprecia más donde más se necesita. Sin embargo, esta verdad la ignoran muchos de los que aspiran

con ansias a recibir distinción. Aunque son superficiales tanto en experiencia religiosa como en logros intelectuales, su miope ambición codicia una esfera de acción más elevada que aquella en la cual los ha colocado la divina Providencia. El Señor no los llama a soportar las tentaciones presentadas por el honor mundanal y los puestos elevados, como lo hizo con José y Daniel. No obstante, se esfuerzan por ocupar puestos peligrosos y abandonan el único puesto del deber para el cual están capacitados.

El llamado macedónico nos llega de todos lados. El urgente llamado que nos llega de oriente y occidente es: “Enviadnos obreros”. Estamos rodeados de campos blancos para la siega. Y el que siega recibe salario, y recoge fruto para vida eterna. ¿No es insensatez dar la espalda a estos campos para dedicarse a la ocupación que solamente rinde ganancia pecuniaria? Cristo no quiere obreros egoístas que sólo buscan los salarios más elevados. El llama a los que están dispuestos a hacerse pobres por su nombre, así como él se hizo pobre por ellos. ¿Cuáles fueron los incentivos que se le

presentaron a Cristo en este mundo? Los insultos, la burla, la pobreza, la vergüenza, el rechazo, la traición y la crucifixión. ¿Buscarán los subpastores una suerte más fácil que la de su Maestro?

La Palabra de Dios es la gran simplificadora de las aspiraciones más complicadas de la vida. A todo el que busca con sinceridad, ella le imparte divina sabiduría. Nunca nos debiéramos olvidar que hemos sido redimidos mediante el sufrimiento. Es la preciosa sangre de Cristo la que hace expiación por nosotros. El Evangelio ha sido llevado a todo el mundo a través de la ardua labor, el sacrificio, los peligros, la pérdida de bienes materiales y la agonía del alma. Dios llama a hombres jóvenes que están en el pleno vigor y fuerza de su juventud a compartir con él la abnegación, el sacrificio y el sufrimiento. Si aceptan el llamado, los hará sus instrumentos para salvar a las almas por quienes él murió. Pero él quiere que cuenten el costo y que emprendan su labor con pleno conocimiento de las condiciones bajo las cuales servirán a su Redentor crucificado.

Apenas puedo expresar mis sentimientos al pensar cómo se ha hecho caso omiso al propósito de Dios al establecerse nuestro colegio. Por medio de sus vidas faltas de consagración, aquellos que tienen una apariencia de piedad niegan el poder de la verdad que puede hacernos sabios para salvación. Considerad la historia de los apóstoles, los cuales experimentaron la pobreza, el descrédito, el vituperio y aun la muerte por causa de la verdad. Se regocijaron por haber sido tenidos por dignos de sufrir por Cristo.

Si se obtienen grandes resultados por medio de los grandes esfuerzos y el gran sufrimiento, ¿quién de nosotros que somos recipientes de la gracia divina osará rehusar el sacrificio? Los requerimientos del Evangelio de Cristo incluyen a toda alma que ha escuchado el mensaje de gozosas nuevas. ¿Qué le rendiremos a Dios por todos sus beneficios? Su inigualable misericordia no puede ser compensada. Es sólo mediante la obediencia voluntaria y el servicio agradecido como podemos dar testimonio de nuestra lealtad y coronar con honor a nuestro Redentor.

No tengo mayor deseo que el de ver a nuestra juventud imbuida por el espíritu de la religión pura que los conducirá a tomar su cruz y seguir a Jesús. ¡Adelante, jóvenes discípulos de Cristo, gobernados por los sanos principios, ataviados de vestimentas de pureza y de justicia! Vuestro Salvador os guiará hacia el puesto que se adapte mejor a vuestros talentos y en el que podáis ser más útiles. Al transitar por el sendero del deber, podéis estar seguros de que recibiréis la gracia que cada día necesitáis.

La predicación del Evangelio es el medio escogido por Dios para la salvación de las almas. Sin embargo, nuestra primera obra debe ser colocar nuestros propios corazones en armonía con Dios, y entonces estaremos preparados para trabajar en favor de los demás.

En tiempos pasados había un gran escudriñamiento de corazón de parte de nuestros diligentes obreros. Se consultaban y se unían en humilde y ferviente oración buscando la dirección

divina. El verdadero espíritu misionero ha decaído entre nuestros ministros y profesores. No obstante, la venida de Cristo está más cerca que cuando primero creímos. Cada día que pasa nos deja uno menos para proclamar el mensaje de amonestación al mundo. ¡Ojalá se buscara hoy con interés anhelante a Dios para interceder, y hubiera más humildad, pureza y fe! Todos están en peligro constante. Amonesto a la iglesia para que se cuide de los que predican a otros la Palabra de vida y no albergan ellos mismos el espíritu de humildad y abnegación que ella nos comunica. De los tales no se puede depender en tiempo de crisis. Ignoran la voz de Dios tan prestamente como lo hizo Saúl, y como él muchos están dispuestos a justificar su comportamiento. Cuando el Señor lo reprendió a través del profeta, Saúl firmemente aseveró que había obedecido la voz de Dios; pero el balido de las ovejas y el mugir de los bueyes daban testimonio de que no era así. De la misma manera hay muchos hoy que aseveran servir a Dios, pero sus conciertos y otras reuniones de placer, sus compañías mundanales, su exaltación del yo y sus ardientes deseos de popularidad, dan testimonio de

que no han obedecido su voz. “Los opresores de mi pueblo son muchachos, y mujeres se enseñorearon de él”. (Isaías 3:12)

La norma que nos fija el Evangelio es elevada. El cristiano consecuente no es sólo una nueva criatura, sino también una noble creación en Cristo Jesús. Es una luz constante que señala a otros el camino al cielo y hacia Dios. Aquel que deriva su vida de Cristo no anhelará los placeres frívolos y nada satisfactorios del mundo.

Entre los jóvenes hay gran diversidad de caracteres y de educación. Algunos han vivido en un ambiente de restricción arbitraria y aspereza, que ha engendrado en ellos un espíritu de testarudez y porfía. Otros han sido los mimados de la casa, a quienes padres indulgentes les han permitido seguir sus propias inclinaciones. Se ha excusado todo defecto, hasta que el carácter se ha deformado. Para tratar con éxito estas mentes distintas, el profesor necesita mucho tacto, delicadeza y firmeza en el manejo.

A menudo se manifestarán la antipatía y aun el desprecio por las buenas reglas. Algunos pondrán en ejercicio toda su sagacidad para evadir las sanciones, mientras que otros exhibirán una temeraria indiferencia por las consecuencias de la transgresión. Todo esto requerirá mayor paciencia y esfuerzo de parte de los que son responsables de su educación.

Una de las dificultades más grandes que los maestros han tenido que encarar, es el descuido de los padres en no cooperar en la administración de la disciplina impuesta por el colegio. Si los padres se comprometiesen a apoyar la autoridad del maestro, se evitarían mucho de la insubordinación, el vicio y el libertinaje. Los padres deben exigir a sus hijos que respeten y obedezcan la autoridad debidamente establecida. Deben trabajar con cuidado y diligencia incesantes para instruir, conducir y restringir a sus hijos, hasta que se formen en ellos los hábitos correctos. Con este adiestramiento, la juventud se mantendría sujeta a las instituciones de la sociedad y a las restricciones generales de la obligación moral.

Tanto por medio del precepto como del ejemplo, deberá enseñarse a la juventud la sencillez en el vestir y el comportamiento, la industria, la sobriedad y la economía. Muchos estudiantes son extravagantes en el gasto de los recursos que sus padres les proporcionan. Procuran dar la impresión de ser superiores a sus compañeros a través del derroche del dinero para la ostentación y la complacencia propia. En algunas instituciones de enseñanza se ha considerado que este asunto es de tal importancia que se prescribe y limita por ley cómo el alumno ha de vestir y de qué manera ha de disponer de sus recursos. Sin embargo, los padres indulgentes y los alumnos consentidos encontrarán la manera de evadir la ley. Nosotros no procederemos así. Pedimos a los padres cristianos que consideren estas cosas con cuidado y oración, que procuren el consejo de la Palabra de Dios, y que luego hagan el esfuerzo de actuar en conformidad con sus enseñanzas.

Si en conexión con nuestro colegio se proveyesen las facilidades necesarias para el

trabajo manual y se requiriese que los alumnos dedicasen una porción de su tiempo a algún trabajo activo, esto constituiría una defensa contra muchas de las malas influencias que predominan en los planteles de enseñanza. Los trabajos útiles y varoniles en sustitución de las diversiones frívolas y corruptoras, darían amplitud apropiada a la exuberancia de la vida juvenil y fomentarían la sobriedad y la estabilidad de carácter. Debiera hacerse todo el esfuerzo posible para animar el deseo de obtener mejoramiento tanto físico como mental. Si a las señoritas se les enseñara a cocinar, especialmente a hacer buen pan, su educación sería de mucho más valor. La experiencia en el trabajo útil en gran manera prevendría ese sentimentalismo enfermizo que ha estado arruinando a millares, y sigue haciéndolo. El ejercicio tanto de los músculos como del cerebro fomentará el gusto por los deberes caseros de la vida práctica.

La ostentación y la superficialidad en el trabajo son características de la educación en el tiempo presente. El Hno. _____ posee un amor innato por el orden y por el trabajo bien hecho, lo cual se ha

convertido en hábito como resultado del adiestramiento y la disciplina de toda una vida. Por esto ha recibido la aprobación de Dios. Sus esfuerzos son de verdadero valor, porque no permite que sus alumnos sean superficiales. Sin embargo, en sus primeros esfuerzos por establecer una escuela, tuvo que hacer frente a una cantidad de obstáculos. De haber sido menos determinado y perseverante, se hubiera rendido en su lucha. Algunos de los padres olvidaron sostener la escuela, y los niños no respetaban al maestro porque vestía pobremente. Permitieron que su apariencia los prejuiciara en contra de él. El espíritu de la irrespetuosidad fue reprendido por el Señor y se animó al maestro a continuar su trabajo. No obstante, las quejas e informes no sabios llevados a los hogares por los niños fortalecieron el prejuicio de los padres. Mientras el Hno. _____ procuraba inculcarles los buenos principios y establecer buenos hábitos, los niños demasiado consentidos se quejaban de la exigencia de sus estudios. Se me mostró que estaban sufriendo porque su mente no estaba lo suficientemente ocupada en los asuntos debidos. Sus pensamientos

estaban concentrados en temas desmoralizadores, y tanto la mente como el cuerpo estaban debilitados por el autoerotismo. Fue esta mala práctica, no el estudio excesivo, lo que causó la frecuente enfermedad de estos niños y lo que les impidió progresar como los padres lo hubieran deseado.

El Señor aprobó el comportamiento general manifestado por el Hno. _____ al echar los cimientos de la escuela, que ahora está funcionando. Pero el hombre ha trabajado demasiado duro, sin una firme, bendecida y fortalecedora influencia en el hogar que aliviara su carga. Bajo la presión del trabajo excesivo, ha cometido algunos errores que, sin embargo, no han sido tan penosos como los de aquellas personas que han abrigado rencor contra él. En su relación con la juventud, ha tenido que hacer frente al espíritu de rebelión y porfía que el apóstol declara ser una de las señales de los últimos días.

Algunos de los maestros del colegio han dejado de darse cuenta de la responsabilidad que atañe a su posición. Ellos mismos no han sido alumnos en

la escuela de Cristo, y por lo tanto no han estado preparados para enseñar a los demás.

Entre los estudiantes hay quienes poseen hábitos de ocio y de vicio. Necesitan reprensión y disciplina; pero si no puede lograrse que se reformen, evítese hundirlos más profundamente en el abismo por medio de la impaciencia y la aspereza. Recuerden los maestros siempre que los jóvenes que están bajo su cargo fueron comprados por la sangre de Cristo y que son miembros menores de la familia del Señor. Para redimirlos, Cristo hizo un sacrificio infinito. Sientan, pues, los maestros que desempeñan el papel de misioneros y que deben ganar a estos estudiantes para Jesús. Si los maestros son por naturaleza combativos, entonces cuídense de no consentir este rasgo. Aquellos que ya pasaron el período crítico de la juventud no debieran olvidar nunca las tentaciones y pruebas de su vida temprana, y cuánto deseaban recibir simpatía, ternura y amor.

Aquel que se dedica a una ardua labor pública en favor de la humanidad, a menudo tendrá poco

tiempo para dedicar a su propia familia, y en cierto sentido casi se encuentra sin familia, sin hogar, sin trato social. Así le ha ocurrido al Hno. _____. Su mente ha estado constantemente abrumada. Disponía de pocas oportunidades para ganarse el afecto de sus hijos y de ejercer sobre ellos el debido refrenamiento y orientación.

En el colegio, muchos necesitan una conversión cabal. Que ninguno se fije en la paja que hay en el ojo de su hermano cuando tiene una viga en su propio ojo. Cada cual debe limpiar de contaminación el propio templo del alma. Que la envidia y los celos desaparezcan junto con todos los demás desperdicios. Con el fin de que los aceptemos se nos presentan gratuitamente los exaltados privilegios y logros celestiales que fueron obtenidos para nosotros a un costo inmenso. Dios nos considera individualmente responsables por la medida de luz y los privilegios que nos ha dado; y si rehusamos devolverle con ganancia los talentos que nos fueron encomendados, perdemos el derecho a su favor.

El Prof. _____ os hubiera podido servir bien si no hubiese sido adulado por algunos y condenado por otros. Se confundió. Tenía rasgos de carácter que necesitaban ser suprimidos. Entusiasmados, algunos le brindaron confianza y alabanza a un grado indebido. Lo habéis colocado donde le será difícil recobrarse y encontrar su verdadera posición. Ha sido sacrificado por ambos grupos de la iglesia, porque dejaron de hacer caso a las advertencias del Espíritu de Dios. Se le hace una injusticia. Era nuevo en la fe y no estaba preparado para los sucesos que se han desarrollado.

¡Cuán poco sabemos de la influencia que nuestros actos tendrán en la historia futura, tanto personal como de los demás! Muchos piensan que lo que hacen no tiene gran importancia. Creen que no los perjudicará asistir a un concierto, o unirse a los mundanos al participar de cierta diversión, si así lo desean. Así es como Satanás conduce y controla sus deseos, y ellos no piensan que los resultados pueden ser de gran importancia. Pueden ser el eslabón en la cadena de acontecimientos que atrapa un alma en la trampa de Satanás y determina

su ruina eterna.

Todo acto, por insignificante que sea, ocupa su lugar en el gran drama de la vida. Considérese que el deseo de gratificar una sola vez el apetito introdujo el pecado en nuestro mundo, con sus pavorosas consecuencias. Los casamientos impíos de los hijos de Dios con las hijas de los hombres produjeron la apostasía que tuvo como resultado la destrucción del mundo por el diluvio. El acto más insignificante de complacencia para consigo mismo ha producido grandes trastornos. Este es el caso ahora. Hay pocos que obran con circunspección. Tal como los israelitas, no prestarán atención a los consejos, sino que siguen sus inclinaciones personales. Se unen con los mundanos al asistir a reuniones en las que los tomarán en cuenta, y así dan un ejemplo que otros siguen. Lo que se ha hecho una vez volverán a hacerlo ellos mismos y también otros. Cada paso que dan ejerce una impresión duradera, no sólo en su propia conciencia y sus hábitos, sino también en los de otros. Esta consideración le confiere una pavorosa dignidad a la vida humana.

Tengo constante dolor de corazón por nuestras iglesias. Muchas progresan, pero en su retroceso. “La senda de los justos... va en aumento hasta que el día es perfecto”. Proverbios 4;18. Su marcha es progresiva y ascendente. Progresan de fortaleza en fortaleza, de gracia en gracia y de gloria en gloria. Este es el privilegio de todas nuestras iglesias. Pero, ¡cuán distinta ha sido su situación! Necesitan la iluminación divina. Deben experimentar un cambio diametral. Sé lo que digo. A menos que se vuelvan verdaderamente cristianas, progresarán sólo en su debilidad, aumentarán las divisiones, y muchas almas serán encaminadas a la perdición.

Todo lo que os puedo decir es que aprovechéis la luz que Dios os ha dado y que la sigáis cueste lo que cueste. En esto estriba vuestra única seguridad. Vuestra obra es poneros en armonía, y que el Señor permita que lo hagáis aunque el yo tenga que ser crucificado. Recoged los rayos de luz que han sido despreciados y rechazados. Recogedlos con mansedumbre, con temor y temblor. El pecado del antiguo Israel fue el olvido de la voluntad revelada

de Dios y el seguir su propio camino conforme a los dictados de sus profanos corazones. El Israel moderno sigue con entusiasmo sus pisadas, y el desagrado del Señor seguramente descansa sobre él.

Nunca resulta difícil hacer lo que nos agrada; pero tomar un curso contrario a nuestras inclinaciones es tomar una cruz. Cristo pidió en oración que sus discípulos fueran uno, así como él lo era con el Padre. Esta unidad constituye las credenciales de Cristo ante el mundo para mostrar que Dios lo envió. Cuando al tratar cualquier asunto renunciamos a la voluntad personal, hay unión de los creyentes con Cristo. Todos debieran orar y trabajar con ahinco para que esto sea una realidad y que hasta donde sea posible quede contestada la oración de Cristo por la unidad de su iglesia.

Capítulo 8

Se condenan las críticas y los celos

Me duele decir que hay lenguas indisciplinadas entre los miembros de la iglesia. Hay lenguas falsas que se alimentan de la maldad. Hay lenguas astutas y murmuradoras. Hay parlería, impertinente entrometimiento, hábiles interrogaciones. Entre los amadores del chisme, algunos son impulsados por la curiosidad, otros por los celos, muchos por el odio contra aquellos por cuyo medio Dios ha hablado para reprenderlos. Todos estos elementos discordantes trabajan. Algunos ocultan sus verdaderos sentimientos, mientras que otros están ávidos de publicar todo lo que saben, o aun sospechan, de malo contra otros.

Vi que hasta el espíritu de perjurio, capaz de trocar la verdad en mentira, lo bueno en malo, la inocencia en crimen, está ahora activo. Satanás se regocija por esta condición de los que profesan ser

pueblo de Dios. Muchos que están descuidando sus propias almas, buscan ávidamente una oportunidad de criticar y condenar a otros. Todos tienen defectos de carácter, y no es difícil hallar algo que los celos puedan interpretar para su perjuicio. “Ahora --dicen éstos que se han constituido en jueces--, tenemos los hechos. Vamos a basar en ellos una acusación de la cual no se podrán limpiar”. Esperan una oportunidad adecuada, y entonces presentan su fardo de chismes, y sacan sus calumnias.

En su esfuerzo por asentar un argumento, las personas que tienen por naturaleza una imaginación viva, están en peligro de engañarse a sí mismas y a otras. Recogen expresiones descuidadas de otra persona, sin considerar que a veces ciertas palabras pueden haberse dicho con premura y que, por lo tanto, no reflejan los verdaderos sentimientos del que habló. Pero estas observaciones que no fueron premeditadas, y que con frecuencia son tan triviales que no valen la pena de tenerse en cuenta, son miradas a través del vidrio de aumento de Satanás, exageradas y

repetidas, hasta que un terrón se transforma en una montaña. Separados de Dios, los que sospechan el mal son juguetes de la tentación. Apenas conocen la fuerza de sus sentimientos o el efecto de sus palabras. Mientras condenan los errores de otros, los cometen mucho mayores ellos mismos. El ser consecuente es una virtud preciosa.

¿No hay que observar ninguna ley de bondad? ¿Han sido los cristianos autorizados por Dios para criticarse y condenarse unos a otros? ¿Es honroso, o aun honesto, arrancar de los labios de otro, bajo disfraz de amistad, secretos que le han sido confiados, y luego perjudicarle por medio del conocimiento así adquirido? ¿Es acaso caridad cristiana recoger todo informe que flota, desenterrar todo lo que arrojaría sospecha sobre el carácter de otro, y luego deleitarse en emplearlo para perjudicarle? Satanás se regocija cuando puede difamar o herir a quien sigue a Cristo. El es “el acusador de nuestros hermanos”. (Apocalipsis 12:10) ¿Le ayudarán en su obra los cristianos?

Los ojos de Dios, que todo lo ven, notan los

defectos de todos, y la pasión dominante de cada uno. Sin embargo, nos soporta a pesar de nuestras faltas, y se compadece de nuestra debilidad. Ordena a sus hijos que tengan el mismo espíritu de ternura y tolerancia. Los verdaderos cristianos no se regocijarán en la exposición de las faltas y deficiencias ajenas. Se apartarán de lo vil y deforme, para fijar su atención en lo atrayente y hermoso. Para el cristiano, todo acto de censura, toda palabra de crítica o condenación, son dolorosos.

Siempre hubo hombres y mujeres que, profesando creer la verdad, no conformaban su vida con su influencia santificadora; hombres infieles, que se engañan a sí mismos, y se estimulan a sí mismos a pecar. Se ve incredulidad en su vida, comportamiento y carácter; y este terrible mal obra como un cáncer.

Si todos los que profesan ser cristianos empleasen sus facultades de investigación para ver qué males necesitan corregir en sí mismos, en vez de hablar de las faltas ajenas, habría una condición

más sana en la iglesia hoy. Algunos son honrados cuando no cuesta nada, pero se olvidan de la honradez cuando la duplicidad les trae más resultados. La honradez y la duplicidad no obran juntas en la misma mente. Con el tiempo, o la duplicidad será expulsada, y la verdad y honradez reinarán supremas; o, si se conserva la duplicidad, la honradez será olvidada. No pueden andar de acuerdo; no tienen nada en común. La una es profetisa de Baal, la otra es verdadera profetisa de Dios. Cuando el Señor recoja sus joyas, los veraces, santos y honestos serán mirados con placer. Los ángeles se ocupan en confeccionar coronas para los tales, y sobre esas coronas adornadas de estrellas, se reflejará con esplendor la luz que irradia del trono de Dios.

Nuestros hermanos del ministerio son demasiado a menudo recargados por el relato de pruebas y juicios en la iglesia, y ellos se refieren con demasiada frecuencia a dichas cosas en sus discursos. No deben animar a los miembros de la iglesia a quejarse unos de otros, sino a erigirse en espías de sus propios actos. Nadie debe permitir

que sus prejuicios y resentimientos se despierten por el relato de los yerros ajenos; todos deben esperar pacientemente hasta oír ambos lados de la cuestión, y luego creer únicamente lo que se vean obligados a aceptar por los hechos escuetos. En todas las ocasiones, la conducta más segura consiste en no escuchar un mal informe hasta que se haya seguido estrictamente la regla bíblica. Esto se aplica a algunos que han trabajado arteramente para sonsacar de los incautos cosas que no les importaban, y cuyo conocimiento no les reportaba beneficio.

Por vuestra propia alma, hermanos míos, sed sinceros para gloria de Dios. Tanto como sea posible, excluid al yo de vuestros pensamientos. Nos estamos acercando al fin del tiempo. Examinad vuestros motivos a la luz de la eternidad. Yo sé que necesitáis alarmaros; os estáis apartando de los antiguos hitos. Vuestra así llamada ciencia está minando el fundamento de los principios cristianos. Me ha sido mostrado el camino que con seguridad seguiríais si os apartaseis de Dios. No confiéis en vuestra propia sabiduría. Os digo que

vuestra alma está en inminente peligro. Por causa de Cristo, escudriñad y ved por qué tenéis tan poco amor por los ejercicios religiosos.

El Señor está probando a su pueblo. Podéis ser tan severos y críticos con vuestro propio carácter deficiente como queráis, pero sed bondadosos, compasivos y corteses hacia los demás. Averiguad cada día: ¿Estoy yo sano en mi corazón, o es éste falso? Rogad a Dios que os salve de todo engaño al respecto. Esto entraña intereses eternos. A diferencia de tantos que anhelan honores, y codician ganancias, buscad, amados hermanos míos, la seguridad del amor de Dios y clamad: ¿Quién me mostrará cómo asegurar mi vocación y elección?

Satanás estudia cuidadosamente los pecados constitucionales de los hombres, y luego inicia su obra de seducirlos y entramparlos. Estamos en lo más recio de las tentaciones, pero podemos vencer si peleamos virilmente las batallas del Señor. Todos están en peligro. Pero si andamos humildemente y con oración, saldremos del

proceso de las pruebas más preciosos que el oro fino, y que el oro de Ofir. Si somos descuidados y no oramos, seremos como bronce que resuena y címbalo que retiñe.

Algunos casi se han perdido en los laberintos del escepticismo. A los tales quiero decir: Alzad vuestra mente y sacadla de aquel cauce. Aferradla a Dios. Cuanto más íntimamente la fe y la santidad os liguen al Eterno, tanto más clara y resplandeciente os aparecerá la justicia de su trato. Haced de la vida, la vida eterna, el objeto de vuestra búsqueda.

Conozco vuestro peligro. Si perdéis la confianza en los testimonios, os apartaréis de la verdad bíblica. He temido que muchos tomarían una posición de duda, y en mi angustia por vuestras almas, quiero amonestaros. ¿Cuántos escucharán la amonestación? En la forma en que ahora consideráis los testimonios, si alguno de ellos contrariase vuestro camino y corrigiese vuestros errores, ¿os sentiríais con perfecta libertad para aceptar o rechazar cualquier parte o el conjunto?

Aquello que os sentís menos inclinados a recibir, es la parte que más necesitáis. Dios y Satanás no obran nunca en sociedad. Los testimonios llevan el sello de Dios o el de Satanás. Un buen árbol no puede producir frutos corrompidos, ni puede un árbol maleado llevar buenos frutos. Por sus frutos los conoceréis. Dios ha hablado. ¿Quién ha temblado a su palabra?

Capítulo 9

El día del Señor se acerca

“Cercano está el día grande de Jehová, cercano y muy próximo; es amarga la voz del día de Jehová; gritará allí el valiente. Día de ira aquel día, día de angustia y de aprieto, día de alboroto y de asolamiento, día de tiniebla y de oscuridad, día de nublado y de entenebrecimiento, día de trompeta y de algazara, sobre las ciudades fortificadas, y sobre las altas torres. Y atribularé a los hombres, y andarán como ciegos, porque pecaron contra Jehová”. (Sofonías 1:14-17)

“Acontecerá en aquel tiempo que yo escudriñaré a Jerusalén con linterna, y castigaré a los hombres que reposan tranquilos como el vino asentado, los cuales dicen en su corazón: Jehová ni hará bien ni hará mal”. (Vers. 12)

Congregaos y meditad, oh nación sin pudor, antes que tenga efecto el decreto, y el día se pase como el tamo; antes que venga sobre vosotros el

furor de la ira de Jehová, antes que el día de la ira de Jehová venga sobre vosotros. Buscad a Jehová todos los humildes de la tierra, los que pusisteis por obra su juicio; buscad justicia, buscad mansedumbre; quizás seréis guardados en el día del enojo de Jehová". (Sofonías 2:1-3)

Nos estamos acercando al fin del tiempo. Me ha sido mostrado que los juicios retributivos de Dios ya están sobre la tierra. El Señor nos ha advertido de los acontecimientos que están por suceder. Resplandece luz de su Palabra, y sin embargo, las tinieblas cubren la tierra y densa oscuridad los pueblos. "Que cuando dirán, paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción de repente,... y no escaparán". (1 Tesalonicenses 5:3)

Es nuestro deber inquirir la causa de estas terribles tinieblas para que podamos rehuir la conducta por la cual los hombres han atraído sobre sí mismos tan grande engaño. Dios ha dado al mundo una oportunidad de aprender tanto de su Palabra como de la luz de su verdad; le ha

mandado advertencias, consejos y amonestaciones; pero pocos quieren obedecer a su voz. Como la nación judía, la mayoría, aun de los cristianos profesos, se enorgullece de sus magníficas ventajas, pero no atribuye a Dios estas grandes bendiciones. En su misericordia infinita, el Creador ha enviado al mundo un último mensaje de amonestación, para anunciar que Cristo esta a la puerta, y llamar su atención a la quebrantada ley de Dios. Pero, como los antediluvianos rechazaron con desprecio la amonestación de Noé, así rechazarán los modernos amadores de los placeres, el mensaje de los fieles siervos de Dios. El mundo prosigue en su giro incesante, absorto como nunca en los negocios y placeres, mientras que la ira de Dios está por caer sobre los transgresores de su ley.

Nuestro compasivo Redentor, previendo los peligros que rodearían a sus discípulos en este tiempo, les dio una amonestación especial: “Mirad también por vosotros mismos, que vuestros corazones no se carguen de glotonería y embriaguez y de los afanes de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día. Porque como un

lazo vendrá sobre todos los que habitan sobre la faz de toda la tierra. Velad, pues, en todo tiempo orando que seáis tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas que vendrán, y de estar en pie delante del Hijo del hombre". (Lucas 21:34-36) Si la iglesia sigue una conducta similar a la del mundo, compartirá la misma suerte. O, mejor dicho, como recibió mayor luz, su castigo será mayor que el de los impenitentes.

Nosotros, como pueblo, profesamos tener más luz que cualquier otro pueblo de la tierra. Entonces nuestra vida y nuestro carácter debieran armonizar con una fe tal. Está por sobrecogernos el día en que los justos serán atados como trigo precioso en gavillas para el alfolí celestial, mientras que los perversos serán, como cizaña, recogidos para los fuegos del postrer gran día. Pero, crecen "juntamente lo uno y lo otro hasta la siega". (Mateo 13:30)

Al cumplir con los deberes de la vida, los justos se verán hasta el último día en contacto con los impíos. Los hijos de la luz están diseminados entre

los hijos de las tinieblas, para que todos puedan ver el contraste. Así han de demostrar los hijos de Dios “las virtudes de aquel que os ha llamado de las tinieblas a su luz admirable”. (1 Pedro 2:9) El amor divino, al resplandecer en el corazón, y la armonía cristiana manifestada en la vida, serán como una vislumbre del cielo concedida a los hombres del mundo para que vean y aprecien su excelencia.

Las cosas semejantes se atraen entre sí. Los que están bebiendo de la misma fuente de bendición se acercarán unos a otros. La verdad, morando en el corazón de los creyentes, los llevará a una bienaventurada y feliz asimilación. Así recibirá respuesta la oración que elevó Cristo, para que sus discípulos fuesen uno como él es uno con el Padre. Todo corazón verdaderamente convertido se esforzará por alcanzar esta unidad.

Entre los impíos habrá una armonía engañosa que ocultará tan sólo parcialmente una discordia perpetua. En su oposición a la voluntad y la verdad de Dios, están unidos mientras que en todos los demás puntos están desgarrados por el odio, la

emulación, los celos y la contienda mortífera.

El metal puro y el vil están ahora tan mezclados que únicamente el ojo discernidor del Dios infinito puede distinguir con certidumbre entre ellos. Pero el imán moral de la santidad y la verdad atraerá y reunirá el metal puro, mientras que rechazará el vil y falsificado.

“Cercano está el día grande de Jehová, cercano y muy presuroso” (Sofonías 1:14); pero ¿dónde contemplamos el verdadero espíritu adventista? ¿Quiénes se están preparando para subsistir en este tiempo de tentación que está por sobrecogernos? El pueblo al cual Dios ha confiado las verdades sagradas, solemnes y escrutadoras para este tiempo, está durmiendo en su puesto. Dice por sus acciones: Tenemos la verdad, somos ricos, y estamos enriquecidos, y no tenemos “necesidad de ninguna cosa”; mientras que el Testigo Fiel declara: “Y no conoces que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo” (Apocalipsis 3:17)

¡Con qué fidelidad describen estas palabras la condición actual de la iglesia: “Y no conoces que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo”! Los siervos de Dios presentan mensajes de amonestación dictados por el Espíritu Santo, que señalan defectos de carácter a los que yerran; pero ellos dicen: “Esto no representa mi caso. No acepto el mensaje que me traéis. Estoy haciendo lo mejor que puedo. Creo la verdad”.

Aquel siervo malo que dice en su corazón: “Mi Señor tarda en venir” (Mateo 24:48) profesa estar aguardando a Cristo. Es un “siervo” exteriormente dedicado al servicio de Dios, mientras que en su corazón ha cedido a Satanás. No niega abiertamente la verdad, como el escarnecedor, sino que revela en su vida el sentir de su corazón, a saber, que la venida del Señor se tarda. La presunción lo vuelve negligente de los intereses eternos. Acepta las máximas del mundo y se conforma a sus costumbres y prácticas. En él predominan el egoísmo, el orgullo mundanal y las ambiciones. Temiendo que sus hermanos ocupen un puesto más elevado que él mismo empieza a

hablar despectivamente de sus esfuerzos y a impugnar sus motivos. Así hiere a sus consiervos. A medida que se aparta del pueblo de Dios, se une más y más con los impíos. Se lo encuentra comiendo y bebiendo “con los borrachos” (Vers. 49) uniéndose con los mundanos y participando de su espíritu. Así queda adormecido en una seguridad carnal, y vencido por la indiferencia y la pereza.

Su mal se inició cuando comenzó a descuidar la vigilancia y la oración secreta. Luego sacrificó otros deberes religiosos, y así se abrió la puerta para todos los pecados que siguieron. Cada cristiano será asaltado por las seducciones del mundo, los clamores de la naturaleza carnal, y las tentaciones directas de Satanás. Nadie está seguro. Cualquiera que haya sido nuestra experiencia, por elevada que sea nuestra posición, necesitamos velar y orar de continuo. Debemos ser dominados diariamente por el Espíritu de Dios o seremos dominados por Satanás.

Las instrucciones que dio el Salvador a sus discípulos estaban destinadas a beneficiar a sus

seguidores de toda época. Cuando dijo: “Mirad por vosotros” (Lucas 21:34) tenía en vista a los que vivirían cerca del fin del tiempo. A cada uno le toca apreciar por su cuenta en su corazón las gracias preciosas del Espíritu Santo.

Satanás está obrando con incansable perseverancia e intensa energía para arrastrar a sus filas a los que profesan seguir a Cristo. Está obrando “con todo engaño de iniquidad en los que perecen” (2 Tesalonicenses 2:10) Pero Satanás no es el único que trabaja para sostener el reino de las tinieblas. Cualquiera que induce a otros a pecar es un tentador. Cualquiera que imite al gran engañador, lo auxilia. Los que prestan su influencia a sostener una mala obra, están haciendo el trabajo de Satanás.

Las acciones revelan los principios y los motivos. El fruto que llevan muchos de los que aseveran ser plantas de la viña del Señor demuestra que no son sino cardos y espinas. Una iglesia entera puede sancionar la mala conducta de alguno de sus miembros, pero esa sanción no prueba que

el mal sea correcto. No puede sacar uvas de los cardos del monte.

Si algunos de los que profesan creer la verdad presente pudiesen comprender su verdadera situación, desesperarían de la misericordia de Dios. Han estado ejerciendo toda su influencia contra la verdad, contra la voz de amonestación, contra el pueblo de Dios. Han estado haciendo la obra de Satanás. Muchos se han dejado infatuar de tal manera por sus engaños que nunca se recobrarán. No puede existir semejante estado de apostasía sin ocasionar la pérdida de muchas almas.

La iglesia ha recibido advertencia tras advertencia. Han sido claramente revelados los deberes y peligros del pueblo de Dios. Pero han prevalecido los elementos mundanos. Durante años y en desafío a las advertencias y súplicas del Espíritu Santo, han estado ganando terreno las costumbres, prácticas y modas que desvían al alma de Dios; hasta que al fin, esos caminos han parecido correctos, y apenas se oye la voz del Espíritu. Nadie puede decir hasta dónde irá en el

pecado, una vez que se entrega al poder del gran engañador. Satanás entró en Judas Iscariote, y le indujo a traicionar a su Señor. Satanás indujo a Ananías y Safira a mentir al Espíritu Santo. Los que no están completamente consagrados a Dios serán inducidos a hacer la obra de Satanás, mientras se lisonjean de que están en el servicio de Cristo.

Hermanos y hermanas, os suplico que os examinéis “a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos”. (2 Corintios 13:5) Para conservar el calor y la pureza del amor cristiano, se requiere una provisión constante de la gracia de Cristo. ¿Habéis empleado todos los medios para que “vuestro amor abunde aun más y más”... “para que aprobéis lo mejor”; y estéis “llenos de frutos de justicia que son por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios”? (Filipenses 1:9-11)

Muchos de los que debieran destacarse firmemente por la justicia y la verdad han manifestado una debilidad e indecisión que han

estimulado los asaltos de Satanás. Los que no crecen en la gracia ni procuran alcanzar las normas más elevadas de las realizaciones divinas serán vencidos.

El mundo es para el cristiano una tierra de extraños y enemigos. A menos que tome para su defensa la panoplia divina, y maneje la espada del Espíritu, llegará a ser presa de las potestades de las tinieblas. La fe de todos será probada. Todos serán probados como el oro es probado por el fuego.

La iglesia está compuesta de hombres y mujeres imperfectos, que yerran y necesitan que se ejercite continuamente en su favor caridad y tolerancia. Pero ha habido un largo período de tibieza general; un espíritu mundanal ha estado penetrando en la iglesia, y ha sido seguido por enajenamiento, malicia, censuras, contiendas e iniquidad.

Si se oyesen menos sermones de parte de hombres que no están consagrados en su corazón y su vida, y ellos dedicasen más tiempo a humillar su

alma delante de Dios, podríamos esperar que el Señor acudiría en vuestra ayuda, y remediaría vuestras apostasías. Mucho de lo que se ha venido predicando últimamente engendra una falsa seguridad. Los intereses importantes de la causa de Dios no pueden ser manejados sabiamente por los que tienen tan poca relación real con Dios como la que han tenido algunos de nuestros ministros. Confiar la obra a hombres tales es como poner niños a pilotear grandes barcos en el mar. Los que están despojados de la sabiduría celestial y del poder vivo de Dios, no son competentes para dirigir el barco evangélico entre témpanos de hielo y tempestades. La iglesia está pasando por severos conflictos, pero en su peligro, muchos quisieran confiarla a manos que la harían zozobrar. Necesitamos un piloto a bordo ahora; porque nos estamos acercando al puerto. Como pueblo, debiéramos ser la luz del mundo. Pero cuántos son como vírgenes fatuas, que no tienen aceite en sus vasos ni en sus lámparas. ¡Que el Señor de toda gracia, abundante en misericordia y perdón, se compadezca de nosotros y nos salve, para que no perezcamos con los impíos!

En estos momentos de conflicto y prueba, necesitamos todo el apoyo y el consuelo que podamos obtener de los principios correctos, de las convicciones religiosas firmes, de la seguridad permanente del amor de Cristo, y de una rica experiencia en las cosas divinas. Únicamente como resultado de un firme crecimiento en la gracia, es como alcanzaremos la plena estatura de hombres y mujeres en Cristo Jesús.

¡Oh! ¿Qué puedo yo decir para abrir los ojos ciegos e iluminar el entendimiento espiritual? Debe crucificarse el pecado. El Espíritu Santo debe realizar una renovación moral completa. Debemos tener el amor de Dios, con una fe viva y permanente, que es el oro probado en el fuego. Podemos obtenerlo únicamente de Cristo. Todo buscador sincero y ferviente llegará a participar de la naturaleza divina. Su alma se llenará de intenso anhelo por conocer la plenitud del amor que supera todo conocimiento. Mientras progrese en la vida divina, podrá comprender mejor las verdades elevadas y ennoblecedoras de la Palabra de Dios,

hasta que, por contemplación, será transformado y capacitado para reflejar la semejanza de su Redentor.

Capítulo 10

Matrimonios insensatos

Se me ha mostrado que los jóvenes de hoy no poseen un verdadero conocimiento del peligro que corren. Hay muchos jóvenes que Dios aceptaría como obreros en los diferentes ramos de su obra, pero Satanás interviene y los envuelve de tal manera en su red que se enajenan de Dios y se hacen ineficaces en su obra. Satanás es un obrero astuto y persistente. Sabe exactamente cómo entrampar a los incautos y es un hecho alarmante que sólo unos pocos logran escapar de sus artimañas. No ven el peligro y no se cuidan de sus tretas. Los insta a fijar sus afectos el uno en el otro sin procurar la sabiduría de Dios o de aquellos a quienes él ha enviado para amonestar, reprender y aconsejar. Se sienten autosuficientes y no toleran el refrenamiento.

Hermano _____, su propio caso es un ejemplo poderoso de esto. Usted se ha infatuado con el pensamiento de casarse. Como sucede

generalmente con los que permiten que sus mentes sean encauzadas por esa vía, las amonestaciones de los siervos de Dios surten poco efecto sobre usted. Se me ha mostrado cuán fácilmente se deja usted afectar por las influencias que le rodean. Dado el caso que se vinculase usted con compañeros cuyas mentes se hayan formado en un molde inferior, se volvería como ellos. A menos que mantuviese presentes el amor y el temor de Dios, sus pensamientos serían como los de ellos; si ellos careciesen de reverencia, usted también sería irreverente; si fuesen ellos frívolos y dados a la búsqueda del placer, usted seguiría el mismo camino con un celo y una perseverancia dignos de una causa más noble.

La joven sobre la cual ha puesto usted sus afectos no tiene profundidad de pensamiento ni de carácter. Ha vivido una vida de frivolidad y su mente es limitada y superficial; sin embargo, con firmeza constante usted ha rehusado las advertencias de su padre, de su amante hermana y de sus amigos de la iglesia. Yo me acerqué a usted como una embajadora de Cristo; pero sus fuertes

emociones, su confianza propia, cerraron sus ojos al peligro y sus oídos a las amonestaciones. Ha persistido en su proceder tal como si nadie supiera tanto como usted o como si la salvación de su alma dependiese de que usted se dejara llevar por su propio criterio.

Si todo joven que profesa la verdad hiciese como usted ha hecho, ¿cuál sería la condición de las familias y de la iglesia? Tome en cuenta la influencia que ejercerá la falta de respeto hacia sus padres que usted ha demostrado mediante su obstinación y su autosuficiencia. Forma usted parte de la clase de personas descritas como impetuosas e infatuadas. Esta infatuación ha causado que usted pierda su interés en los asuntos religiosos y que piense sólo en sí mismo en lugar de dar gloria a Dios. Ningún bien puede salir de esta intimidad o apegamiento. La bendición de Dios no recaerá sobre tal comportamiento obstinado como el que usted está siguiendo. No debería usted estar ansioso de entrar en una relación matrimonial y asumir el cargo de una familia sin antes haber cimentado sólidamente su propio carácter.

Considero que usted está en gran oscuridad, pero que a la vez es incapaz de darse cuenta del peligro en que se encuentra.

La verdad había comenzado a reformar su vida y carácter y se estaba usted ganando la confianza de los hermanos; pero Satanás veía que lo estaba perdiendo y por lo tanto redobló sus esfuerzos para envolverlo en su artera red, y lo ha logrado maravillosamente bien. La debilidad de su naturaleza, no descubierta hasta el momento, ya se ha desarrollado. Usted no ve su condición, aunque otros la ven claramente. La luz no llega hasta una persona que no se esfuerza por obtenerla. Cuando usted vio que sus hermanos y hermanas lamentaban su proceder, era tiempo entonces de que usted se detuviese a pensar lo que estaba haciendo, orase mucho, y buscase el consejo de hombres de experiencia en la iglesia, aceptando con gratitud sus orientaciones.

Se preguntará usted: “¿Debo regirme por el criterio de mis hermanos independientemente de mis propios sentimientos?” Yo le contesto: La

iglesia constituye la autoridad delegada por Dios sobre la tierra. Cristo dijo: “De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo”. (Mateo 18:18) Se muestra demasiado poco respeto por las opiniones de los miembros de la misma iglesia. Es la falta de deferencia hacia las opiniones de la iglesia lo que causa tantos problemas entre los hermanos. Los ojos de la iglesia pueden discernir en sus miembros individuales lo que aquellos que yerran quizá no vean. Unas pocas personas pudieran estar tan ciegas como la persona errante, pero la mayoría de la iglesia es un poder que debiera gobernar a sus miembros individuales.

Dice el apóstol Pedro: “Igualmente, jóvenes, estad sujetos a los ancianos; y todos, sumisos unos a otros, revestíos de humildad; porque: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes”. (1 Pedro 5:5) Pablo nos exhorta: “Amaos los unos a los otros con amor fraternal; en cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros” (Romanos 12:10), “someteos unos a otros en el temor de

Dios” (Efesios 5:21) “Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo”. (Filipenses 2:3) A menos que se lo respete, el consejo de la iglesia será, en efecto, inútil. Dios ha colocado una voz en la iglesia que ha de gobernar a sus miembros.

Si obedece usted a la verdad en vez del error, estará dispuesto a obedecer a sus padres, y con temor sagrado acatar la voz de la iglesia. Sus oraciones han sido hechas bajo la determinación de llevar a cabo lo que considera correcto, sin tomar en cuenta los deseos de sus padres o de la iglesia. A través de toda su vida lo han motivado mayormente sus propios sentimientos egoístas. A menudo hay que hacer un gran sacrificio de sentimientos para poder cumplir con los requisitos expresados en la Palabra de Dios y actuar guiados por principios.

Se pregunta usted: “¿Deben los padres escoger los compañeros sin tomar en cuenta lo que sus hijos e hijas piensan y sienten?” Yo más bien le

hago la pregunta como debe ser: ¿Debe un hijo o una hija escoger un compañero o compañera sin antes consultar a sus padres, cuando ese paso habrá de afectar materialmente la felicidad de los padres, si es que tienen algún afecto por sus hijos? ¿Deberá ese hijo o hija insistir en seguir su propia iniciativa a despecho de los consejos y ruegos de sus padres? Decididamente contesto que no, aunque nunca se casen. El quinto mandamiento prohíbe este procedimiento. “Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da”. (Éxodo 20:12) He aquí un mandamiento con promesa que el Señor cumplirá en favor de aquellos que lo obedezcan.

Los padres sabios nunca escogerán los compañeros para sus hijos sin respetar sus deseos. Nadie se ha propuesto hacer esto en su caso; pero la mayor parte de lo que la juventud de hoy denomina amor, no es más que un impulso ciego que tiene su origen en Satanás para lograr su destrucción.

Mi hermano, de ir usted a nuestro colegio

ahora, así como lo tiene ideado, tengo temor del comportamiento que vaya a seguir allí. La determinación que ha expresado usted de tener la compañía de una dama dondequiera que vaya me indica que dista mucho de estar en la posición de ser beneficiado por una estadía en Battle Creek. La infatuación que usted tiene es más satánica que divina. Yo no quisiera que usted se desilusionara con respecto a Battle Creek. Las reglas son estrictas allí. No se permite el noviazgo. La escuela no tendría valor alguno para los estudiantes si se envolvieran en amoríos como usted lo ha estado haciendo. Muy pronto se desmoralizaría nuestro colegio. Los padres no envían a sus hijos a nuestro colegio o a nuestras oficinas para iniciar una vida de enamoramiento sentimental, sino para, ser educados en las ciencias o para aprender el oficio de imprenta. Si las normas fueran relajadas al punto de permitir que los jóvenes se embelesaran e infatuaran con la compañía del sexo opuesto como usted lo ha estado haciendo ya por varios meses, se perdería de vista el objetivo de la asistencia a Battle Creek. Si no puede apartar esto completamente de su mente e ir allá con espíritu de

aprendiz y con la intención de estimular en sí mismo los más serios, humildes y sinceros propósitos, orando para que disfrute de una comunión estrecha con Dios, sería mejor para usted que permaneciese en casa.

Si va, debe estar preparado para resistir la tentación y para apoyar la obra de profesores y maestros, permitiendo que su influencia esté completamente del lado de la disciplina y el orden. Es el propósito de Dios que todos los que trabajen en su causa estén sujetos los unos a los otros, dispuestos a recibir consejo e instrucción. Deben adiestrarse mediante la más rigurosa disciplina mental y moral para que con la gracia ayudadora de Dios estén capacitados de mente y corazón para preparar a otros. La oración ferviente, la humildad y la seriedad de propósito han de combinarse con la ayuda de Dios, ya que las debilidades y sentimientos humanos están constantemente luchando por la supremacía. Cada ser humano ha de purificar su alma a través de la obediencia a la verdad y con el solo propósito de glorificar a Dios, de abatir el yo y exaltar a Jesús y su gracia. Al

avanzar continuamente de esta manera en dirección a la luz conocerá a Dios y recibirá su ayuda.

Algunos de los que asisten al colegio no aprovechan el tiempo debidamente. Llenos de la vivacidad juvenil, desprecian el refrenamiento que se les impone. Se rebelan especialmente contra las reglas que prohiben que los jóvenes brinden sus atenciones a las señoritas. La maldad de este proceder en esta época degenerada se conoce harto bien. Imitar las costumbres del mundo con respecto a esto en un colegio donde están asociados tantos jóvenes, encauzaría sus pensamientos en una dirección que estorbaría su búsqueda del conocimiento y su interés en los asuntos religiosos. La infatuación tanto de jóvenes y señoritas que fijan sus afectos los unos en los otros durante sus años escolares, demuestra falta de buen criterio. Como en su propio caso, el impulso ciego gobierna la razón y el juicio. Bajo el poder de este engaño seductor, la grave responsabilidad que siente todo cristiano sincero es echada a un lado, muere espiritualmente, y el juicio y la eternidad pierden su pavoroso significado.

Todas las facultades de los que sufren de esta enfermedad contagiosa, el amor ciego, son afectadas por ella. Parecen carecer de buen sentido y su proceder repugna a todos los que los contemplan. Mi hermano, se ha convertido usted en objeto de crítica y se ha rebajado ante los ojos de aquellos cuya aprobación debiera usted tener en estima. En muchos, esta enfermedad alcanza su punto crítico al llevarse a cabo un matrimonio prematuro, y cuando pasa la novedad y el poder encantador del amorío, una o ambas personas envueltas en la relación, se dan cuenta de su verdadera situación. Se hallan entonces mal casados, pero unidos para toda la vida. Unidos el uno al otro por los más solemnes votos, contemplan con corazones desfallecientes la miserable vida que les toca vivir. Están obligados a hacer lo mejor que puedan de la situación, pero muchos no están dispuestos a hacerlo. O terminarán siendo infieles a sus votos matrimoniales o bien harán del yugo que insistieron en colocarse encima algo tan amargo que no pocos cobardes deciden poner fin a su

existencia.

La asociación con los que son vanidosos, superficiales y escépticos producirá la depravación y la ruina moral. Los caballeros o damas jóvenes que son audaces y atrevidos pueden tener algo de agradable en su trato; pueden poseer brillantes dotes intelectuales y destreza en hacer parecer que lo malo es preferible a lo bueno. Los tales lograrán encantar y confundir a cierta categoría de personas, y como resultado algunas almas se perderán. La influencia de los pensamientos y hechos de toda persona la rodean como una atmósfera invisible, la cual absorben todos los que se relacionan con ella. A menudo dicha atmósfera está cargada de influencias nocivas y cuando éstas se inhalan, el resultado seguro es la degeneración moral.

Mi joven hermano, ¡ojalá que pudiera yo convencerlo claramente de su verdadera condición! Tiene que arrepentirse, de lo contrario nunca verá el reino de los cielos. Hay muchos hombres y mujeres jóvenes que profesan la piedad y sin embargo no saben lo que significa seguir a Cristo.

No imitan su ejemplo de bien hacer. El amor y la gratitud hacia Dios no brotan en el corazón ni son expresados en palabra o acción. No poseen el espíritu de abnegación, ni tampoco se alientan el uno al otro en el camino de la santidad. No queremos que tomen parte en la solemne obra del Señor jóvenes que profesan a Cristo pero que no tienen la fuerza moral necesaria para tomar su lugar con aquellos que son sobrios y velan en oración y que tienen su ciudadanía en el cielo, de donde esperan la aparición del Salvador. No sentimos mucho apremio porque vayan jóvenes a Battle Creek que profesan ser observadores del sábado, pero que por la clase de compañeros que escogen, dejan ver que son de baja moral.

Las puertas de nuestro colegio estarán siempre abiertas para los que no profesan religión, y los jóvenes que vienen a Battle Creek pueden escoger asociarse con este grupo irreligioso. Si se asocian con ellos con buenas intenciones y poseen suficiente vigor espiritual para resistir su influencia, pueden ser una fuerza para el bien; mientras son aprendices, pueden hacerse maestros.

El verdadero cristiano no escoge la compañía de los inconversos por amor a la atmósfera que rodea sus vidas irreligiosas o para ganarse la atención o asegurarse el aplauso de los demás, sino con el propósito de comunicar luz y conocimiento, y para llevarlos hacia una noble y elevada norma, la amplia plataforma de la verdad eterna.

Una sola persona, guiada por motivos sanos y determinada a obtener inteligencia para usar correctamente sus capacidades, será una fuerza para el bien dentro de la escuela. Ejercerá una influencia amoldadora. Cuando los padres justifican las quejas de los hijos contra la autoridad y disciplina de la escuela, no se dan cuenta de que están aumentando la fuerza desmoralizadora que prevalece en un grado tan espantoso. Es preciso que toda influencia que rodee a los jóvenes esté del lado del bien, porque la depravación juvenil va en aumento.

En el caso de la juventud mundana, el amor por la vida social y el placer constituye una pasión absorbente. Vestirse, hacer visitas, gratificar el

apetito y las pasiones, y dedicarse con entusiasmo a la disipación social, se convierte en el gran objetivo de su existencia. No son felices si los dejan solos. Su deseo principal es ser admirados y adulados, y causar sensación en la sociedad; y cuando este deseo no es satisfecho, la vida les parece insoportable.

Los creyentes que se vistan con toda la armadura de Dios y que dediquen algún tiempo diariamente a la meditación, la oración y el estudio de las Escrituras, se vincularán con el cielo y ejercerán una influencia salvadora y transformadora sobre los que los rodean. Suyos serán los grandes pensamientos, las nobles aspiraciones, y las claras percepciones de la verdad y el deber para con Dios. Anhelarán la pureza, la luz, el amor y todas las gracias de origen celestial. Sus sinceras oraciones penetrarán a través del velo. Esta clase de personas poseerá una confianza santificada para comparecer ante la presencia del Infinito. Tendrán conciencia de que la luz y la gloria del cielo son para ellos, y se convertirán en personas refinadas, elevadas y ennoblecidas por

causa de esta asociación íntima con Dios. Tal es el privilegio de los verdaderos cristianos.

No basta la meditación abstracta; no basta la actividad laboriosa; ambas cosas son esenciales para la formación del carácter cristiano. La fuerza que se obtiene mediante la oración secreta ferviente nos prepara para resistir las seducciones de la sociedad; y, sin embargo, no debemos excluirnos del mundo, porque nuestra experiencia cristiana ha de ser la luz del mundo. La asociación con los incrédulos no nos hará ningún daño si nos entremezclamos con ellos con el propósito de vincularlos con Dios, y si somos suficientemente fuertes en lo espiritual para resistir su influencia.

Cristo vino al mundo para salvarlo, para vincular al hombre caído con el Dios infinito. Los seguidores de Cristo han de ser canales de luz. Manteniendo su comunión con Dios, han de transmitir las preciosas bendiciones que reciben del cielo a los que yacen en las tinieblas y el error. Enoc no se dejó contaminar con las iniquidades que prevalecían en sus días; ¿y acaso necesitamos

nosotros dejarnos contaminar en los nuestros? Siguiendo el ejemplo de nuestro Maestro, hemos de tener compasión por la humanidad que sufre, piedad por los desafortunados, y mostrarnos generosos y considerados con los sentimientos y necesidades de los menesterosos, y los que están turbados y desesperados.

Los que son cristianos de veras buscarán hacer el bien a los demás y al mismo tiempo pondrán de tal manera en orden su conversación y comportamiento que mantendrán una serena y bendecida actitud de paz mental. La Palabra de Dios requiere que seamos como nuestro Salvador, que reflejemos su imagen, imitemos su ejemplo, y vivamos su vida. El egoísmo y la mundanalidad no son frutos del árbol cristiano. Ningún hombre puede vivir para sí y a la vez disfrutar de la aprobación de Dios.[1]

Nota:

1. 5 de septiembre de 1879.

Capítulo 11

Amonestaciones y reprensiones

En la iglesia de _____ hay algo que es perjudicial para sus intereses espirituales. Falta la piedad vital, la religión práctica. No quiero mencionar nombres. Que cada cual examine su propio corazón y conozca sus imperfecciones personales. Hay algunos que constantemente se inclinan hacia el mundo, que siempre rebajan las normas religiosas por medio de sus conversaciones mundanales. No tienen el amor de Dios en sus corazones. Son de manos flojas cuando se necesita su ayuda en la iglesia. Esta debilidad espiritual viene como consecuencia de no estar dispuestos a hacer su parte en el lugar y la ocasión donde pueden ser de mayor ayuda. Sin embargo, cuando tienen algún plan o negocio personal que realizar, están listos para aceptar cualquier responsabilidad; su finalidad es lograr sus propósitos personales. Si dichos propósitos fueran santificados, la situación

no andaría tan mal; pero no lo son.

Hay gran necesidad de obreros celosos y desinteresados en la causa de Dios. Un solo miembro dedicado que ame a Jesús hará mayor bien que cien obreros medio convertidos, profanos y autosuficientes. Es imposible que la iglesia sea viviente y activa, a menos que sus miembros estén dispuestos a hacer su parte y asumir responsabilidades. En la congregación se relacionan entre sí personas de diferentes temperamentos y caracteres. En la iglesia de _____-- hay algunas almas decididas, temerosas de Dios que oran mucho, que llevan las cargas de la iglesia y cuya felicidad consiste en ver prosperar a sus miembros. Aquí, como en otros lugares, Satanás está constantemente obrando para derribar y desmoralizar. El enemigo de las almas tiene como propósito debilitar y destruir toda organización, la cual, teniendo éxito, pueda glorificar a Dios.

Hay jóvenes que han aceptado la verdad y marchado bien por un tiempo, pero Satanás ha

envuelto sus redes en torno a ellos a través de vínculos amorosos imprudentes y de matrimonios insatisfactorios. Ha visto que esta es la manera más eficaz de seducirlos y apartarlos del camino de la santidad. Por un tiempo algunos de estos jóvenes lucieron la armadura evangélica con dignidad y gracia. Mientras el corazón y la mente estaban sujetos a la voluntad divina, había prosperidad; pero cuando la vista se desvió de Jesús y fue atraída hacia fines frívolos, entonces el yo se afianzó, la razón carnal se sobrepuso al sano juicio e integridad, y se consideró que la armadura cristiana era demasiado pesada para ser llevada por personas tan jóvenes en edad. Era adecuada para soldados del Evangelio experimentados, pero demasiado pesada para los jóvenes. El tentador ofreció muchas sugestiones con el propósito de producir inconstancia y vacilación en el curso de la vida cristiana.

El mandato del Capitán de su salvación era: “Estad atentos, velad y orad” (Marcos 13:33) “para que no caigáis en tentación” (Marcos 14:38); pero se pensó que era demasiado inconveniente

defender fielmente el alma, y el engañoso poder de Satanás y del corazón los apartó de Cristo. Si estos jóvenes y señoritas hubiesen considerado las palabras del apóstol, “no sois vuestros... Porque habéis sido comprados por precio...” (1 Corintios 6:19, 20), no se hubieran sentido libres para negarle a Dios lo que él compró a un precio infinito.

No hay ni siquiera un joven de cada cien que sienta la responsabilidad que Dios le ha dado. Cada aptitud física y mental debe ser cuidadosamente preservada y puesta en el uso mejor y mayor para el adelanto de la gloria de Dios. Aquellos jóvenes que permiten que sus facultades se perviertan y que abusan así de los dones de Dios, tendrán que rendir una cuenta estricta por el bien que hubieran podido hacer aprovechando la provisión hecha mediante Jesús. Dios espera que cada facultad sea bien usada.

Hay jóvenes en la iglesia de _____ que deben estar cultivando la gracia de la perseverancia cristiana, llegando a ser hombres de fe. Deben

convertirse en personas firmes, constantes, arraigadas y cimentadas en la verdad. La iglesia necesita esa misma ayuda que según el propósito de Dios ellos deben brindarle. Quienes profesan el nombre de Dios no han consagrado sus talentos completamente a él, pero los han cedido, en cierta medida, al servicio de Satanás. Estas personas han estado y siguen aún robándole a Dios. Como el mayordomo infiel a quien se le encomendaron los talentos, han ocultado los dones de Dios en el mundo.

Otro gran mal en la iglesia de _____ ha sido el material que ha entrado en ella. Este material necesita ser derretido por el Espíritu de Dios. La escoria se nota en rasgos de carácter bruscos y cortantes, los cuales pudieron haber sido eliminados si estos individuos hubieran sido discípulos de Cristo; pero no se han desvinculado completamente del espíritu y las influencias del mundo. Le roban a Dios entremezclando diariamente con el elemento mundano, el tiempo, los talentos y la fuerza que él les dio. Estas facultades no le pueden ser negadas a Dios sin

resultar en la ruina eterna. Habéis sido comprados con precio, aunque perezcáis por rehusar ser salvados de la manera que Dios ha designado.

Los santos ángeles observan con profundo interés para ver si los miembros individuales de la iglesia honran a su Redentor, para ver si se vinculan con el cielo y dejan de robarle a Dios, a quien profesan amar, honrar y servir. Dios llama a los suyos. Sois doblemente de él, por creación y redención; pero cuando dejáis que el fuego de lag pasiones no santificadas se encienda en vuestros ojos, cuando proferís palabras que ahuyentan a los santos ángeles de vuestro lado, cuando pensáis mal de vuestros hermanos, cuando profanáis vuestras manos con el lucro de la impiedad, estáis ofreciendo vuestros miembros como instrumentos de injusticia.

Hermano _____, vi que la palabra “falto” estaba escrita contra su nombre en el registro del cielo; falto de paciencia, tolerancia, dominio propio, humildad y mansedumbre. Su carencia de estos dones celestiales seguramente hará que los

portales del cielo se cierren contra usted. Dios reclama como suyos su cuerpo, su alma, su ser entero, y todas sus aptitudes. Ese genio descontrolado y precipitado tiene que ser vencido. La enfermedad espiritual es sin duda alguna el resultado de ceder a este espíritu de descontento, quejoso y murmurador; y es usted mismo el responsable por esta enfermedad. Deje de expresar el descontento, deje de ser empecinado, de engreírse a sí mismo y sea un hombre noble de corazón y valeroso ante Dios. Jesús lo ama. ¿Acaso no ha provisto ampliamente en su favor para que disponga usted de ayuda cuando se vea en aprietos? Dice el Señor: “¿Qué más se podía haber hecho a mi viña, que yo no lo haya hecho en ella? ¿Cómo, esperando yo que diese uvas, ha dado uvas silvestres?” (Isaías 5:4) El fruto que Cristo espera, después de haber cuidado pacientemente de su iglesia, es la fe, la paciencia, el amor, la tolerancia, el pensamiento en las cosas de arriba y la humildad. Estos son los racimos de fruta que maduran en medio de la tormenta, de nubarrones y de oscuridad, como también en la luz del sol.

El hermano _____ está unido a la iglesia, pero no al Señor. Su religión es de tipo dispéptico. No está bien con Dios; rebosa de egoísmo. Ha perdido mucho al unirse con individuos que no poseen el espíritu de Cristo. Carece casi de toda virtud. No es de ninguna ayuda para sí mismo y es un gran obstáculo para la iglesia. Estimado hermano, Satanás lo tiene en gran parte controlado; sus pensamientos no son santificados ni están sus hechos en conformidad con el verdadero espíritu cristiano. Usted mismo es el causante de su propia enfermedad; y tendrá usted que ser su propio restaurador de su salud con la ayuda del Médico divino. Sus fuerzas morales están debilitadas por falta de alimento. Padece de hambre espiritual por la verdad bíblica, por el pan de vida. Necesita alimentarse diariamente de la Vid viviente. La iglesia no deriva fuerza de usted; y dada su presente condición, estaría mejor sin usted, ya que ahora, si algo surge que lo contraría y usted no puede controlar la situación, se echa atrás empecinado, y se convierte en carga muerta para la iglesia. No lleva usted ninguna carga o peso en favor de la causa. Dios ha sido muy paciente con

usted; pero su longanimidad tiene sus límites, y podría ser que se aventure a traspasar apenas un poquito esos límites y así quede desprovisto de la obra del Espíritu en su favor, sumido en su propia perversidad, contaminado por el egoísmo y degenerado por el pecado.

El hermano _____ no posee un espíritu recto. Su inclinación por el liderazgo le hace daño, porque no está capacitado para semejante trabajo. Puede actuar bien en la iglesia siempre y cuando el yo no sobresalga. Una medida mayor de mansedumbre y humildad hará que sus esfuerzos sean una bendición en lugar de una carga para la iglesia.

Hermano y hermana _____, también vi al lado de vuestros nombres en el registro divino la palabra “falto”. Tenéis que despojaros del yo y purificar el templo de vuestras almas. Ambos poseéis la capacidad de hacer el bien, aunque no está santificada. Sois grandemente deficientes en la sencillez de la piedad. Si la iglesia tuviera que ser amoldada por vuestra norma de religión, se

desmoralizaría hasta el punto de llegar a ser un mero formalismo secular, falto de consagración. Pudisteis haber sido una gran bendición para la iglesia, pero en gran manera habéis fracasado. Jesús os implora que huyáis del espíritu mundanal. Hermana _____, estoy alarmada por usted y por los que se ponen en contacto con su influencia. Sus normas son bajas. “Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará”. (Gálatas 6:7) Por medio de sus palabras y acciones está ahora esparciendo la semilla. Debemos sembrar bien tanto para la carne como para el Espíritu. En el día final de rendimiento de cuentas, toda persona tendrá que tomar la hoz y recoger la cosecha que su propia mano sembró.

Su esposo yerra en su trabajo. Cuando humille su corazón como el de un niño, y cuando se sienta menos importante y más necesitado de la ayuda divina, entonces llegará a estar donde pueda ser usado para la gloria del Señor; pero en la condición en que se encuentra, no se da cuenta de las necesidades de la causa. Se exhibe tanto el gran YO y se da tan poca importancia a Jesús en la vida

y el carácter de muchos, que Dios no puede aceptar nada de sus manos. Muy pocos se dan cuenta de la solemnidad del tiempo en que vivimos: el día de preparación del Señor. Si ambos os consagraseis y dedicaseis vuestras aptitudes para estudiar cómo hacer crecer la iglesia, no debilitándola y ayudando al enemigo en su obra de atraer a los miembros hacia el mundo, adquiriríais una experiencia valiosa durante vuestra jornada terrenal. El hermano _____ ha sido un gran estorbo para la iglesia. No debe ser miembro de ella a menos que su vida cotidiana esté en armonía con su profesión. Dios no lo reconoce como su hijo. Hoy está bajo la bandera negra de los poderes de las tinieblas. Satanás lo tiene completamente bajo su control.

Esta ola de fuertes y desalentadoras influencias ha sido casi demasiado recia para que la iglesia la resista. Diez miembros que anduviesen con toda humildad de espíritu tendrían mayor influencia sobre el mundo que lo que toda la iglesia con su feligresía actual y su falta de unidad ha tenido. Mientras más exista el elemento dividido y carente de armonía, menos poder para el bien de la

humanidad poseerá la iglesia.

Mis hermanos, ¡ojalá pudiera hacer claro a vuestros sentidos entenebrecidos el peligro en que os encontráis! Cada acto, bueno o malo, prepara el camino para repetirse. ¿Cuál fue el caso de Faraón? La Sagrada Escritura declara que Dios endureció su corazón, y esta declaración se repetía cada vez que la luz brillaba al manifestarse el poder de Dios. Cada vez que rehusaba someterse a la voluntad de Dios, su corazón se endurecía más y se hacía menos sensible al Espíritu de Dios. Sembró la semilla de la obstinación, y Dios permitió que ésta echara raíz. Pudo haberlo impedido mediante un milagro, pero no era ése su plan. La dejó crecer y producir una cosecha según su especie comprobando así la veracidad del pasaje de la Escritura que dice: “Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará”. Si un hombre siembra dudas, segará dudas. Al rechazar la luz primera y todo rayo subsiguiente, el faraón progresó de un grado de dureza hacia otro hasta que los cuerpos fríos e inertes de los primogénitos detuvieron su incredulidad y obstinación por sólo

un instante; y luego, determinando que no accedería al propósito de Dios, siguió su curso voluntarioso hasta ser envuelto por las aguas del Mar Rojo.

Este caso quedó registrado para nuestro beneficio. Precisamente lo que ocurrió en el corazón de Faraón se llevará a cabo en toda alma que olvide atesorar la luz y andar prontamente en sus rayos. Dios no destruye a nadie. El pecador se destruye a sí mismo por medio de su propia impenitencia. Cuando una persona desatiende las invitaciones, reprensiones y amonestaciones del Espíritu Santo, su conciencia se cauteriza y al ser amonestado una vez más se le hará más difícil obedecer que antes; y sucesivamente ocurrirá lo mismo. La conciencia es la voz de Dios, la cual se escucha en medio de las pasiones humanas; cuando se resiste, se contrista al Espíritu de Dios.

Queremos que todos comprendan la manera en que un alma es destruida. No es que Dios expida un decreto declarando que el hombre no se salvará; no envía una oscuridad impenetrable para la vista;

pero el hombre resiste una sugerencia del Espíritu de Dios y ya habiendo resistido una vez, es menos difícil hacerlo la segunda, la tercera y menos aún la cuarta. Luego viene la cosecha producida por la semilla de incredulidad y resistencia. Oh, ¡qué cosecha más grande de indulgencia pecaminosa está siendo preparada para la hoz!

Cuando se descuidan hoy la oración secreta y la lectura de las Escrituras, mañana también podrán ignorarse con menos remordimiento de conciencia. Resultará una larga lista de omisiones, todo por causa de un solo grano sembrado en el terreno del corazón. Por el contrario, todo rayo de luz atesorado producirá una cosecha de luz. El resistir la tentación una vez dará poder para hacerle frente con mayor firmeza la segunda; cada nueva victoria que se obtenga sobre el yo suavizará el camino para triunfos más elevados y nobles. Cada victoria es una semilla que se siembra para vida eterna.

Hay gran necesidad de obreros celosos, fieles y abnegados en nuestras iglesias a través de todo el país. No puede nadie trabajar en la escuela sabática

o en la causa de la temperancia sin que recoja una abundante cosecha, no solamente en lo que al fin del mundo se refiere, sino en la vida presente también. Al esforzarse por llevar luz y bendición a los demás, sus propias ideas se harán más claras y amplias. Mientras más nos esforcemos por explicarle la verdad a otros, guiados por el amor por las almas, más clara se nos hará a nosotros mismos. La verdad se expande con nueva belleza y vigor ante el entendimiento del que la expone.

Hay unos pocos obreros buenos en nuestra iglesia, y estas personas abnegadas nunca sabrán cuánto bien han hecho a través de sus perseverantes esfuerzos misioneros. Sin embargo, el Señor reclama para sí a un mayor número de hombres y mujeres que los que han respondido a sus demandas. Algunas de las piedras que componen el templo sagrado de Dios reflejan la luz que el Señor Jesucristo hace brillar sobre ellas, mientras que otras no emiten luz alguna, demostrando así que no son piedras vivas, escogidas y preciosas. No son personas devotas, no oran, son parlanchinas e irreligiosas. Los

verdaderos cristianos imitarán el ejemplo que el Salvador les ha dado y serán mansos, humildes, pacientes, tiernos, accesibles, libres de pomposidad y obstinación.

Peligros que encaran los jóvenes

El Sr. _____ tiene una disposición que Satanás maneja a su gusto con éxito admirable. Este es un caso que debe ser una lección para los jóvenes con relación al matrimonio. En la selección de un compañero, su esposa se dejó llevar por el sentimiento y los impulsos, y no por la razón y el buen juicio. ¿Fue su matrimonio el resultado de un amor verdadero? No, no; fue más bien el resultado del impulso, de una pasión no santificada. Ninguno de los dos estaba preparado para afrontar las responsabilidades de la vida conyugal. Cuando la novedad de un nuevo orden de cosas se disipó y el uno llegó a conocer al otro, ¿se hizo más fuerte su amor y se entrelazaron sus vidas en una bella armonía? Fue enteramente lo contrario. Comenzaron a acentuarse, mediante la repetición, los peores rasgos de sus caracteres, y, en lugar de

ser su vida conyugal feliz, ha sido más bien una vida de crecientes dificultades, especialmente para la esposa. Dios en su infinita misericordia, la ha probado, le ha salvado la vida y extendido su tiempo de gracia, para que se haga apta para la vida futura.

Su marido tiene un carácter lleno de defectos. Sin una transformación cabal por medio de la gracia de Dios, no estaría capacitado para unirse en matrimonio con ninguna mujer. Está tan abastecido de egoísmo, tan enteramente entregado a los hábitos de complacencia propia, desidia y holgazanería que realmente necesita ser disciplinado él mismo en lugar de desentenderse de la disciplina de su esposa o sus hijos. La mente de este hombre se forjó dentro de un molde inferior. Ha fomentado la brusquedad y otros rasgos de carácter objetables, hasta el punto que me fue presentado como persona que no tiene casi ninguna cualidad de carácter que pueda redimirlo. Hay una sola esperanza, y es que llegue a verse tal cual es y que de tal manera se desprecie y se repugne a sí mismo, que procure tener un corazón nuevo; que

nazca de nuevo, y se convierta en un nuevo hombre en Cristo Jesús. Deberá transformarse en un hombre diligente. Sería una gran ventaja para él si fuera hacendoso. Su comportamiento ofende al Señor en el sentido de que atrae la tentación. Su brusquedad, sus amenazas, su espíritu indomable y descortés, harán que él sea una maldición para consigo mismo y para con los demás. Se ha portado de manera áspera y descortés con la madre de su esposa. Cómo evitar todo lo que cause disensión y cómo mantener inviolado el voto matrimonial, debiera ser de ahora en adelante la preocupación de toda una vida, tanto del esposo como de la esposa.

Son precisamente estos matrimonios no santificados los que están engrosando las filas de los observadores del sábado. Dios anhela que sus hijos sean felices y, si ellos aprenden de él, los salvará de la miseria diaria que viene como consecuencia de estas uniones desdichadas. Muchos matrimonios nunca podrán producir otra cosa sino miseria; y, sin embargo, la mente de los jóvenes se encauza por este rumbo, porque Satanás

los induce hacia allá, haciéndoles creer que para ser felices tienen que casarse, cuando no tienen la capacidad para dominarse a sí mismos o sostener una familia. Los que no están dispuestos a adaptarse al temperamento del otro para así evitar las desavenencias y contiendas, no debieran dar el paso; pero esta es una de las trampas seductoras de los últimos días, donde miles echan a perder su vida presente y futura. El ensueño, el romanticismo enfermizo, debieran evitarse como si fueran lepra. Muchos de los jóvenes de ambos sexos carecen de pudor; por lo tanto, es esencial la precaución. Un carácter virtuoso es el cimiento sobre el cual hay que construir; pero faltando el cimiento, el edificio es inservible. Quienes han conservado un carácter virtuoso, aunque carezcan de otras cualidades deseables, poseen verdadero valor moral.

Para que la iglesia prospere, los miembros que la integran deben esmerarse por cultivar la preciosa planta del amor. Permitid que ella disfrute de todas las ventajas para que pueda florecer en el corazón. Todo verdadero cristiano debe desarrollar en esta vida las características del amor divino; ha de

manifestar espíritu de tolerancia, de beneficencia, y estar libre de celos y envidia. Semejante carácter, desarrollado en palabra y en comportamiento, no repelerá y no será inaccesible, frío o indiferente a los intereses ajenos. La persona que cultiva la preciosa planta del amor será abnegada de espíritu, y no perderá el dominio propio bajo la provocación. No culpará a otros de malos motivos o intenciones, pero se lamentará profundamente cuando el pecado sea descubierto en cualquiera de los discípulos de Cristo.

El amor no se ensalza. Es humilde; nunca hace que una persona se jacte o se exalte a sí misma. El amor hacia Dios y hacia nuestro prójimo no se revelará en actos precipitados ni nos hará dominantes, criticadores o dictatoriales. El amor no se envanece. El corazón en el cual reina el amor será guiado hacia un comportamiento bondadoso, cortés y compasivo hacia los demás, sean éstos o no de nuestro agrado, sea que nos respeten o que nos traten mal. El amor es un principio activo; nos hace tener presente siempre lo bueno que hay en los demás, guardándonos de esta manera de las

acciones desconsideradas para que no perdamos de vista nuestro objetivo de ganar almas para Cristo. El amor no procura lo suyo. No inducirá a las personas a que busquen su propia comodidad y complacencia. Es la pleitesía que le rendimos al yo lo que a menudo nos impide crecer en amor.

Hay hombres de cuna humilde y desconocidos, cuyas vidas Dios está dispuesto a aceptar y hacerlas plenamente útiles en la tierra y colmarlas de gloria en el cielo, pero Satanás trabaja persistentemente para derrotar sus propósitos y arrastrarlos a la perdición por medio de casamientos con personas cuyo carácter es tal, que los desvía completamente del camino de la vida. Son muy pocos los que salen triunfantes de esta clase de relación. Hermano _____, usted está dispuesto a experimentar y a intentar comprobar que es la excepción a la regla general. José fue uno de los pocos capaces de resistir la tentación. Logró demostrar que mantenía una singularidad de propósito para la gloria de Dios. Manifestó elevado respeto por la voluntad de Dios, lo mismo cuando ocupaba la celda de una cárcel que cuando estaba

junto al trono. Su religión le acompañaba adondequiera que iba o en cualquier situación que fuese colocado. La verdadera religión posee un poder que todo lo compenetra; ennoblece todo lo que la persona hace. No hay que salirse del mundo para ser cristiano, pero su religión, con todas sus influencias santificadoras, puede ser introducida en todo lo que usted haga y diga. Manteniendo anclado el corazón en las cosas celestiales, podrá desempeñar bien los deberes que atañen a cualquier situación donde Dios lo haya colocado, rompiendo así el hechizo que se ha echado encima por causa de una insensata relación. Si hubiera seguido la luz, ahora sería usted capaz de librarse de las trampas que los que no disciernen la voluntad de Dios han puesto para cautivar su alma.

Otro punto sobresaliente en el carácter de José, digno de ser emulado por todo joven, es su profundo afecto filial. Al encontrarse con su padre, con sus ojos llenos de lágrimas, se abrazó afectuosa y amorosamente de su cuello. Al parecer sentía que todo lo que hiciera para brindarle comodidad a su padre no era suficiente, y lo cuidó durante sus

últimos años con un amor tan tierno como el de una madre. No escatimó esfuerzo alguno para mostrarle respeto y amor en toda ocasión. José es un ejemplo de lo que debe ser un joven. Si manifestase usted amor hacia su madre, exhibiría un hermoso rasgo de carácter digno de ser aprobado por Dios.

La ausencia del respeto por el consejo de padres consagrados es uno de los grandes pecados de esta generación depravada. En nuestro país hay muchas vidas que están en tinieblas y que son desdichadas por haber dado un paso a ciegas. Por medio de un acto desobediente, muchos jóvenes han malogrado su vida entera y cargado de angustia el corazón de una madre amante. Dios no lo tendrá por inocente a usted si sigue este rumbo. Al despreciar el consejo de una madre temerosa de Dios, que gustosamente daría su vida por sus hijos, infringe el quinto mandamiento. No se da cuenta usted a dónde lo han de conducir sus pasos.

Otra vez suplico en nombre del derecho y el amor de una madre. No puede haber ingratitud más

vil que la que puntualiza el pecado de la desobediencia hacia una madre cristiana. En los días de su infancia indefensa, ella cuidó de usted; el cielo fue testigo de sus ruegos y lágrimas al cuidarlo con afecto. Fue por sus hijos que ella se afanó, t razó planes, pensó, oró y practicó la abnegación. A través de toda su vida, su leal corazón ha estado ansioso y preocupado por su bienestar. Sin embargo, ahora escoge usted su propio camino; sigue su propia ciega y pertinaz voluntad, no importándole la amarga cosecha que recogerá y el sufrimiento que le ocasionará.

Su madre está achacosa. Ella lo necesita; cualquier atención que usted le brinde será algo precioso para ella. No puede contar con ninguno de sus hijos. Ellos no sienten obligación hacia ella; pero usted se dará cuenta que el privilegio que tiene ahora lo puede perder pronto. Sin embargo, no piense que si no ejerce su privilegio y deber como hijo, su madre ha de sufrir. Ella tiene amigos verdaderos que considerarían un honor asumir los deberes de los cuales usted se desentiende. Dios ama a su madre y cuidará de ella. Si sus propios

hijos la desprecian, él hará que otros acudan a hacer la labor que ellos pudieron haber hecho, y que les hubiera proporcionado la bendición que les había sido ofrecida. Es un privilegio hacer que sus últimos días sean los mejores y más felices de todos.

Claramente le digo que a Dios no le agrada su proceder. Todavía tiene que hacer frente a problemas que ahora usted no alcanza a discernir y los cuales puede evitar si escoge seguir el sabio consejo. Nuestro Salvador le ha hecho objeto de sus incansables esfuerzos y tierna solicitud para que usted sea sabio y no se arruine. Suspira por usted con una compasión y un amor sin límites, clamando: “¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de sus alas, y no quisiste!” (Mateo 23:37) Su necio corazón ha despreciado el consejo de sus mejores amigos. Por causa de las serias y fieles amonestaciones que se han dado para protegerlo de los errores de toda su vida, usted ha creído que es un gran beneficio para la iglesia. Es cierto que es capaz de ser útil en Cristo Jesús; no obstante, el

Señor y la iglesia pueden desenvolverse sin usted. Si así lo desea, puede unirse al ejército de los seguidores de Cristo; puede compartir sus conflictos y sus triunfos; pero si no escoge hacerlo, el ejército abnegado que marcha bajo la bandera ensangrentada de la cruz avanzará hacia una victoria segura y usted quedará a la zaga. Si escoge conducir su propia frágil barca a través de las aguas turbulentas de la vida, tendrá que dar cuenta de su osadía y será considerado culpable por los resultados.

Si se diera cuenta cómo ya ha flaqueado usted con relación a sus principios, si pudiera ver el peligro en que están su honor y su honradez, vería que Dios no está con usted y que no debiera ocupar el puesto de responsabilidad que tiene; usted no es digno. Mi corazón se entristece de veras cuando me doy cuenta de lo que pudo haber llegado a ser si se hubiera entregado enteramente al Señor y visto entonces el poder que el enemigo ejercía sobre usted.

La obra de la escuela sabática es importante, y

todos los que están interesados en la verdad deben esforzarse para hacerla prosperar. El Hno. _____ pudo haber servido bien en este ramo de la obra si él y otros en la iglesia hubieran seguido el camino recto; pero lo han alabado y engreído demasiado, lo cual casi lo ha destruido. El Señor puede obrar sin él, pero él no puede estar sin Dios. El Señor encomendará su obra a hombres de manos limpias y corazón puro; por lo tanto, es un honor llevar las responsabilidades de su causa.

La obra de temperancia también merece nuestros mejores esfuerzos; pero debe ejercerse con gran cuidado para que las reuniones de temperancia sean lo más elevadas y ennoblecedoras que sea posible. Evitad la obra superficial y todo lo que sea de carácter teatral. Los obreros que se dan cuenta del solemne carácter de esta obra mantendrán normas elevadas; pero hay una clase de personas que no tienen respeto por la causa de la temperancia; su única preocupación es hacer alarde de su ingenio sobre el escenario. A los que son puros, a los considerados y los que entienden el propósito de la obra, se les debe

animar a ocuparse en los grandes ramos de la obra de la reforma. Pueden no ser grandes en lo que al intelecto se refiere, pero si son puros y humildes, temerosos de Dios y leales, el Señor aceptará su servicio.

Con bastante frecuencia se organizan sociedades literarias; pero en nueve casos de cada diez, han resultado ser dañinas para las almas, en lugar de ser una bendición. Esto se debe a que se crea un vínculo con el mundo, o bien con una clase de personas cuya influencia e inclinación tiende siempre a apartarse de lo sólido para ir a lo superficial, de lo real a lo ficticio. Las sociedades literarias podrían ser de gran valor si fueran dirigidas por un elemento religioso; pero tarde o temprano, el elemento irreligioso está casi seguro de ganar la supremacía y de ejercer una influencia controladora. Lo mismo sucede con nuestras sociedades de temperancia. La solemnidad de la obra es completamente opacada por lo que es de carácter superficial y, por consiguiente, se presenta de continuo una tentación ante la juventud que anhelamos salvar.

Tenemos presentes los hechos. Los que entre nosotros portan las cargas están bajando a la tumba muda. Los miembros activos de la iglesia, los verdaderos obreros en toda labor de reforma, han pasado ya el apogeo de sus vidas, y están decayendo tanto en vigor físico como mental. Debiéramos estar anticipando con ansias quiénes serán los que han de tomar su lugar. ¿A quiénes se les encomendarán los intereses vitales de la iglesia? Con la más profunda preocupación nos debiéramos preguntar quiénes llevarán las responsabilidades de la causa de Dios cuando caigan los pocos portaestandartes que aún quedan. No podemos menos que poner la mira con ansias sobre los jóvenes de hoy día como aquellos que han de asumir estas cargas y sobre cuyos hombros recaerán las responsabilidades. Deben hacerse cargo del trabajo donde otros lo han dejado; y el camino por el cual se encaucen determinará si ha de prevalecer la moral, la religión y la piedad vital, o si la inmoralidad y la infidelidad han de corromper y malograr todo lo que sea de valor. La manera como se lleve el estandarte ahora,

determinará cómo será el futuro.

Padres, ¿no demostraréis ahora, por medio de vuestro comportamiento que los principios guiadores serán la sana reprensión, el buen orden, la armonía y la paz? ¿O será que aquellos cuyo rumbo en la vida demuestra que tienen mentes frívolas y que están bajos en la escala de los valores morales ejercerán una influencia que forje y controle? Dios llama a su pueblo creyente para que se vincule con él, que purifique su alma siguiendo humildemente los pasos de Jesús. Dios os llama para que os despojéis de vanas opiniones, de la vanidad en el vestir, de la exaltación propia, y que permitáis que las bondadosas y nobles facultades mentales se fortalezcan mediante el ejercicio.

Los hombres y mujeres que profesan las verdades más solemnes que se hayan dado a los mortales, ¿se mantendrán fieles a sus principios? Tienen que hacerlo si es que han de influir para que el mundo reflexione seriamente; su indumentaria y conversación tienen que estar en armonía con su

creencia especial. Los que son mayores han de educar a los que son jóvenes, por medio del precepto y del ejemplo, y han de enseñarles cómo cumplir lo que la sociedad y su Hacedor esperan de ellos. Sobre estos jóvenes se han de imponer serias responsabilidades. Lo que nos preguntamos es si serán capaces de gobernarse a sí mismos y de mantenerse firmes en la pureza de la hombría que Dios les ha dado, aborreciendo todo aquello que tenga sabor a libertinaje y discordia.

¿Qué puedo decir que impresione a los jóvenes? Nunca antes ha habido tanto en juego; nunca antes habían dependido de ninguna generación resultados tan trascendentales como los que dependen de la generación actual que está entrando en acción. Que nadie piense ni por un instante que puede ocupar algún puesto de responsabilidad sin poseer un buen carácter. Mejor le sería esperar que puede cosechar uvas de las espinas o higos de los abrojos. Un buen carácter se ha de edificar ladrillo por ladrillo, creciendo cada día en proporción al esfuerzo que haga. Los rasgos que han de llevar consigo al cielo se obtendrán

mediante el ejercicio diligente de sus propias facultades, aprovechando cada oportunidad que la Divina Providencia les permita, y vinculándose con la Fuente de toda sabiduría. Apuntad hacia un blanco elevado. No permitáis que vuestra mente se fragüe en un molde inferior. Los caracteres de José y Daniel son buenos modelos que podéis seguir; pero el ejemplo perfecto es Jesús.

Algunos de los hermanos de la iglesia de _____ han hecho una buena labor misionera, pero no deben permitir que disminuya su interés. Unos pocos han hecho más de lo que sus fuerzas les permitían, pero el hacerlo era su comida y bebida. Todos pueden hacer su parte en esta obra, y ninguno está exento. Jesús desea que todos los que profesan su nombre se conviertan en fervorosos obreros. Es preciso que cada miembro individual edifique sobre la Roca, que es Cristo Jesús. Se está levantando una tormenta que violentará y probará hasta lo sumo la base espiritual de cada uno. Por lo tanto, evitad los arenales; buscad la roca. Cavad bien hondo; echad y asegurad bien el cimiento. ¡Edificad, oh, edificad para la eternidad! Edificad

con lágrimas, con oraciones que nazcan del corazón. Que de ahora en adelante cada uno de vosotros adorne su vida de buenas obras. Lo que más se necesita en estos últimos días son hombres como Caleb. Lo que hará que los esfuerzos de la iglesia sean más vigorosos y tengan éxito no es el bullicio, sino la obra silenciosa y humilde; no es el alarde o la rimbombancia, sino el esfuerzo paciente, suplicante y perseverante.

Dijo Cristo: “El que no está conmigo, está contra mí”. (Mateo 12:30) Los que se mantendrán en pie ahora, son los hombres y las mujeres de corazón íntegro y que se han decidido completamente. Vez tras vez Jesús seleccionó a sus seguidores hasta que en cierta ocasión quedaron sólo once y algunas mujeres fieles con los cuales edificaría el fundamento de la iglesia cristiana. Existen personas que se echan atrás cuando hay cargas que llevar; pero cuando la iglesia resplandece, se contagian del entusiasmo, cantan y exclaman, y se arrebatan; pero observadlos. Cuando se disipa el fervor, solamente algunos fieles como Caleb se adelantarán y darán evidencia

de principios constantes. Estos son la sal que retiene su sabor. Es cuando la obra se mueve con dificultad que surgen dentro de las iglesias verdaderos obreros. Estos no se pasarán hablando de sí mismos o justificándose a sí mismos, sino que se identificarán completamente con Cristo Jesús. Ser grande en el reino de Dios significa ser un niño pequeño en humildad, sencillez de fe, y en pureza de amor.

Perecerá el orgullo; se vencerá toda envidia; se abandonará todo afán de supremacía; y se alentarán la mansedumbre y la confianza de niño. Todos los que hacen esto encontrarán que Cristo es su roca defensora, su torre fuerte. Podrán confiar en él plenamente, y él nunca les faltará.

¡Ojalá que fuera posible amonestar a todos los que profesan la verdad presente que busquen al Señor! Al meditar sobre la misericordia infinita de Dios y su amor inigualable, todos debieran sentirse inclinados a imitar su ejemplo; pero no sucede así. Algunas de nuestras hermanas participan con demasiada libertad en el amor por el vestido y la

ostentación; no visten en absoluto en conformidad con nuestra santa fe. Esto es cierto en el caso de la Hna. _____. El mundo se merece un mejor ejemplo que el que esta hermana le ha dado. Ella debe sentir la responsabilidad que Dios le ha impuesto de ejercer todo el peso de su influencia del lado de Cristo y de procurar que aquellos con quienes se asocia sean menos mundanos. Ella y la Hna. _____ serían de mayor beneficio para la iglesia si fomentaran la sencillez en el vestir tanto en ellas mismas como en los demás. A menudo las hermanas que son modistas y que estudian los figurines influyen para que otras de la iglesia hagan lo que no es del agrado de Dios, animándolas a que imiten al mundo en el corte y adorno de sus vestidos. Los esfuerzos de estas hermanas en favor del bien serían mucho más aceptables a la vista de Dios si hubiera en sus vidas menos interés en vestimentas, menos conversación vulgar y mundana, y menos visitación; menos quejas y murmuraciones contra los ministros que trabajan en vuestro favor, y más oración y lectura de la Biblia.

El Señor no está conforme con el procedimiento de muchos en la iglesia hacia algunos de sus hermanos que ministran en su favor. Os implora que dejéis vuestros crueles pronunciamientos y que permitáis que las palabras de ánimo reemplacen a vuestras murmuraciones, quejas y críticas. Cristo os habla por intermedio de sus santos, y habéis despreciado su consejo y rechazado su reprensión. No lo hagáis más. El pastor _____ tiene una labor que realizar, no sólo en el este, sino en muchos otros lugares. Dios lo acompañará y prosperará si él se esconde en Jesús. No es infalible; a veces su criterio fallará; pero tened cuidado de la manera en que decís aquellas cosas que harán ineficaces las palabras que Dios le pide que hable.

Una vez que sabe cuál es la voluntad de Dios, no vacilará en cumplirla aunque le cueste la vida. Mientras muchos de vosotros trazáis planes solamente para la complacencia propia y la vida fácil, su vida entera y su interés están envueltos en la causa de Dios. Al estudiar y trazar planes en favor de la causa, él a veces ha empleado la astucia

y ha sido cortante, lo cual ha causado que otros lo juzguen mal. Su propósito no era de sacar provecho para sí mismo, sino para la obra que tanto amaba. Aunque es del agrado de Dios que fielmente sostengáis las manos de sus siervos agotados, también quiere amonestaros que no pongáis demasiada confianza en los que son nuevos en la fe o en aquellos cuya vida pasada y obras desconocéis.

Es vuestro privilegio ser una iglesia feliz y próspera. Que cada uno de vosotros examine su propio corazón, limpie el contaminado templo del alma, y vele en oración. Determinad que buscaréis a Jesús hasta que lo encontréis; que no lo soltaréis hasta que su amor more en vuestro corazón y el Espíritu subyugue vuestra vida y amolde vuestro carácter. Luego creed, y con confianza acercaos a su trono, sabiendo que él escuchará vuestras oraciones.

Capítulo 12

Obreros para Dios

Mis colaboradores en el gran campo de la mies, nos queda muy poco tiempo para trabajar. Ahora es la oportunidad más favorable que alguna vez hayamos de tener, ¡y cuán cuidadosamente debiéramos emplear todo momento! Tan consagrado se hallaba nuestro Redentor al trabajo de salvar almas, que hasta anhelaba su bautismo de sangre. Los apóstoles se contagiaron del celo de su Maestro, y firme, constante y celosamente fueron adelante en el cumplimiento de su gran obra, luchando contra principados y potestades, y malicias espirituales en los aires.

Estamos viviendo en un tiempo en que se necesita aun mayor fervor que en el tiempo de los apóstoles. Pero entre muchos de los ministros de Cristo hay un sentimiento de inquietud, el deseo de imitar el estilo romántico de los modernos evangelistas sensacionales, de hacer algo grande, de impresionar, de ser tenidos por oradores

capaces, y granjearse honores y distinción. Si los tales pudiesen afrontar peligros y recibir la honra dada a los héroes, se dedicarían a la obra con energía inquebrantable. Pero el vivir y trabajar casi desconocidos, el obrar y sacrificarse por Jesús en la oscuridad sin recibir alabanza especial de los hombres, esto requiere una sanidad de principios y una constancia de propósito que muy pocos poseen. Si se hiciesen mayores esfuerzos para andar humildemente con Dios, apartando la mirada de los hombres, y trabajando únicamente por amor de Cristo, se lograría mucho más.

Mis hermanos en el ministerio, buscad a Jesús con toda humildad y mansedumbre. No tratéis de atraer la atención de la gente a vosotros mismos. Dejadla perder de vista el instrumento, mientras exaltáis a Jesús. Hablad de Jesús; perdeos a vosotros mismos en Jesús. Hay demasiado bullicio y conmoción en vuestra religión, mientras que se olvidan el Calvario y la cruz.

Corremos el mayor peligro cuando recibimos alabanzas unos de otros, cuando entramos en una

confederación para ensalzarnos mutuamente. La gran preocupación de los fariseos consistía en obtener la alabanza de los hombres; y Cristo les dijo que ésa era toda la recompensa que recibirían. Emprendamos la tarea que nos ha sido señalada, y hagámosla por Cristo. Si sufrimos privaciones, sea para él. Nuestro divino Señor fue perfeccionado por el sufrimiento. ¡Oh!, ¿cuándo veremos a los hombres trabajar como él trabajaba?

La Palabra de Dios es nuestra norma. Cada acto de amor, cada palabra de bondad, cada oración en favor de los que sufren y de los oprimidos, llega al trono eterno, y se anota en el libro imperecedero del cielo. La Palabra divina derrama luz en el entendimiento más oscurecido, y esa luz induce a los más cultos a sentir su deficiencia y carácter pecaminoso.

El enemigo está comprando almas hoy por muy poco precio. “De balde fuisteis vendidos” (Isaías 52:3), es el lenguaje de las Escrituras. El uno vende su alma por el aplauso del mundo; el otro por dinero. El uno para satisfacer las bajas pasiones; el

otro por las diversiones mundanas. Se hacen tales transacciones diariamente. Satanás está tratando de recuperar a los que fueron comprados por la sangre de Cristo y los consigue muy barato, a pesar del precio infinito que fue pagado para rescatarlos.

Tenemos grandes bendiciones y privilegios. Podemos obtener los más valiosos tesoros celestiales. Recuerden los ministros y el pueblo que la verdad del Evangelio condena si no salva. El alma que se niegue a escuchar las invitaciones de la misericordia día tras día, podrá pronto escuchar las súplicas más urgentes sin que una sola emoción agite su alma.

Como obreros de Dios, necesitamos más ferviente piedad, y menos ensalzamiento propio. Cuanto más se ensalce el yo, tanto más disminuirá la fe en los testimonios del Espíritu de Dios. Los que están más íntimamente relacionados con Dios son aquellos que conocen su voz cuando les habla. Los que son espirituales disciernen las cosas espirituales. Los tales se sentirán agradecidos porque Dios les señaló sus errores, mientras que los

que confían completamente en sí mismos verán menos y menos de Dios en los testimonios de su Espíritu.

Nuestra obra debe ir acompañada de profunda humillación, ayuno y oración. No debemos esperar que todo sea paz y gozo. Habrá tristeza; pero si sembramos con lágrimas cosecharemos con alegría. A veces podrán la oscuridad y el abatimiento penetrar en el corazón de los que se sacrifican a sí mismos; pero esto no los condena. Tal vez quiera Dios inducirlos a buscarle más fervorosamente.

Lo que necesitamos ahora son hombres como Caleb, hombres que sean fieles y veraces. La indolencia distingue demasiadas vidas actualmente. Esas personas apartan su hombro de la rueda cuando debieran perseverar y poner todas sus facultades en ejercicio activo. Ministro de Cristo: “Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo” (Efesios 5:14) Vuestras labores tienen tanto sabor del yo que Cristo queda olvidado. Algunos de vosotros sois

demasiado mimados y adulados. Como en los días de Noé, hay demasiada tendencia a comer y beber, plantar y edificar. El mundo ha robado las energías de los siervos de Cristo. Hermanos, si queréis que vuestra religión sea honrada por los incrédulos, honradla vosotros mismos mediante obras correspondientes. Por una estrecha relación con Dios y una estricta adhesión a la verdad bíblica frente a las dificultades y la presión del mundo, podéis infundir el espíritu de la verdad en el corazón de vuestros hijos de manera que obren eficazmente con vosotros como instrumentos en las manos de Dios para el bien.

Muchos están incapacitados para trabajar tanto mental como físicamente porque comen con exceso y satisfacen las pasiones concupiscentes. Las propensiones animales son fortalecidas, mientras que la naturaleza moral y espiritual queda debilitada. Cuando estemos en derredor del gran trono blanco, ¿qué informe presentará la vida de muchos? Entonces verán lo que podrían haber hecho si no hubiesen degradado las facultades que Dios les dio. Entonces comprenderán a qué altura

de grandeza intelectual podrían haber alcanzado, si hubiesen dado a Dios toda la fuerza física y mental que les había confiado. En la agonía de su remordimiento, anhelarán poder volver a vivir de nuevo su vida.

Invito a aquellos que profesan ser portaantorchas --dechados del rebaño-- a apartarse de toda iniquidad. Emplead bien el poco tiempo que os queda. ¿Tenéis esa firme confianza en Dios, esa consagración a su servicio, que hará que vuestra religión no falte frente a la más acerba persecución? El profundo amor de Dios es lo único que sostendrá al alma en medio de las pruebas que están por sobrecogernos.

La abnegación y la cruz son nuestra porción. ¿Las aceptaremos? Ninguno de nosotros necesita esperar que cuando vengan sobre nosotros las grandes pruebas finales se desarrollará un espíritu abnegado y patriótico en un momento porque lo necesitamos. No, en verdad. Este espíritu debe fusionarse con nuestra experiencia diaria, e infundirse en la mente y el corazón de nuestros

hijos, tanto por los preceptos como por el ejemplo. Las madres de Israel pueden no ser guerreras ellas mismas, pero pueden criar guerreros que se ciñan toda la armadura y peleen virilmente las batallas del Señor.

Los ministros y el pueblo necesitan el poder convertidor y la gracia antes que puedan subsistir en el día del Señor. El mundo está aproximándose rápidamente a ese grado de iniquidad y depravación humanas que harán necesaria la intervención de Dios. Y en ese tiempo los que profesan seguirle deben ser tanto más notados por su fidelidad a su santa ley. Su oración debe ser como la de David: “Tiempo es de hacer, oh Jehová; disipado han tu ley”. (Salmos 119:126) Por su conducta dirán: “Por eso he amado tus mandamientos más que el oro, y más que oro muy puro”. (Salmos 119:127) El mismo desprecio que se manifiesta hacia la ley de Dios es suficiente razón para que los que observan sus mandamientos se adelanten y muestren su estima y reverencia por su ley pisoteada.

“Y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará”. (Mateo 24:12) La misma atmósfera está contaminada de pecado. Pronto los hijos de Dios serán probados por intensas pruebas, y muchos de los que ahora parecen ser sinceros y fieles resultarán ser vil metal. En vez de ser fortalecidos y confirmados por la oposición, las amenazas y los ultrajes, se pondrán cobardemente del lado de los opositores. La promesa es: “Yo honraré a los que me honran”. (1 Samuel 2:30) ¿Estaremos menos firmemente ligados a la ley de Dios porque el mundo en general haya tratado de anularla?

Ya los juicios de Dios están en la tierra, según se ven en tempestades, inundaciones, tormentas, terremotos, peligros por tierra y mar. El gran Yo Soy está hablando a los que anulan su ley. Cuando la ira de Dios se derrame sobre la tierra, ¿quién podrá subsistir? Ahora es cuando los hijos de Dios deben mostrarse fieles a los buenos principios. Cuando la religión de Cristo sea más despreciada, cuando su ley sea más menoscabada, entonces deberá ser más ardiente nuestro celo, y nuestro

valor y firmeza más inquebrantables. El permanecer de pie en defensa de la verdad y la justicia cuando la mayoría nos abandone, el pelear las batallas del Señor cuando los campeones sean pocos, ésta será nuestra prueba. En este tiempo, debemos obtener calor de la frialdad de los demás, valor de su cobardía, y lealtad de su traición. La nación estará de parte del gran caudillo rebelde.

La prueba vendrá seguramente. Hace treinta y seis años me fue mostrado que lo que está sucediento ahora sucedería, que la observancia de una institución del papado sería impuesta al pueblo por una ley dominical, mientras que el día de reposo santificado por Jehová sería pisoteado.

El Capitán de nuestra salvación fortalecerá a su pueblo para el conflicto en el cual deberá empeñarse. ¡Cuán a menudo, al oponer Satanás todas sus fuerzas a los que siguen a Cristo, y cuando la muerte los confrontaba, las fervientes oraciones, elevadas con fe, trajeron al capitán de la hueste del Señor al campo de la acción, cambiaron el curso de la batalla y libraron a los oprimidos.

Ahora es el tiempo en que debemos unirnos estrechamente con Dios, para estar escondidos cuando el ardor de su ira se derrame sobre los hijos de los hombres. Nos hemos apartado de los antiguos hitos. Volvamos. Si Jehová es Dios, seguidle; si Baal, id en pos de él. ¿De qué lado estaremos?

Capítulo 13

Agentes de Satanás

Satanás emplea a hombres y mujeres como agentes para inducir al pecado y hacerlo atractivo. A estos agentes los educa fielmente para disfrazar el pecado a fin de poder destruir con más éxito a las almas y despojar a Cristo de su gloria. Satanás es el gran enemigo de Dios y del hombre. Se transforma por sus agentes en ángel de luz. En las Escrituras es llamado destructor, acusador de los hermanos, engañador, mentiroso, atormentador y homicida. Satanás tiene muchos servidores, pero tiene más éxito cuando puede emplear a los que profesan ser cristianos para realizar su obra satánica. Y cuanto mayor sea la influencia, más elevada la posición que ocupen, y mayor conocimiento profesen de Dios y de su servicio, tanto mayor será el éxito con que podrá emplearlos. Quienquiera que induzca a otro al pecado es su agente.

Al asistir a una de las reuniones campestres en

el este, me presentaron un día viernes a un hombre que ocupaba una carpa con varias mujeres y niños. Esa noche no pude dormir; mi alma estaba profundamente abatida. Mientras le rogaba a Dios en oración durante las horas de la noche, fue traída claramente a mi memoria una visión que me había sido dada hacía años en la que fue reprendido el proceder de Nathan Fuller. En aquella ocasión me fueron mostrados tres hombres a quienes llegaría a conocer y que estarían siguiendo el mismo curso pecaminoso bajo la profesión de santidad. Este hombre era uno de los tres. Al dar mi testimonio durante la reunión matutina, el poder del Espíritu Santo descansó sobre mí; pero no me referí a casos particulares. Más tarde ese mismo día, me convencí claramente de mi deber y rendí mi testimonio, aludiendo a su caso como algo muy notorio.

Al proceder de esta manera este hombre actuaba precisamente en forma contraria a la instrucción del apóstol: “Absteneos de toda especie de mal”. (1 Tesalonicenses 5:22) Estaba violando el séptimo mandamiento mientras que a la vez profesaba guardar el cuarto. Por medio de su

engaño reunía a su alrededor un grupo de mujeres que lo seguían de lugar en lugar, de la misma manera que una esposa fiel acompañaría a su marido.

Nosotros somos vistos como un pueblo particular. La posición que hemos tomado y la fe que profesamos nos distinguen de todas las demás agrupaciones religiosas. Si en vida y carácter no somos mejores que los mundanos, nos señalarán desdeñosamente con el dedo y dirán: “Así son los adventistas del séptimo día. He ahí el ejemplo del pueblo que guarda el séptimo día en vez del domingo”. De esta manera, el oprobio que justamente debiera recaer sobre esta clase de personas se achaca a todos aquellos que concienzudamente observan el séptimo día. Oh, ¡sería tanto mejor que esta clase de personas no profesasen en manera alguna que pretenden obedecer la verdad!

Me sentí impelida a reprochar a este hombre en el nombre del Señor y de pedirles a las mujeres que se separasen de él y que le retirasen su equivocada

confianza, porque el camino por el cual se dirigían era el de la desdicha y la destrucción. Acerca de este hombre se encuentra anotado en el registro celestial lo siguiente: “Engañador, adúltero; entra en las casas y se lleva cautivas a las mujercillas cargadas de pecados”. (2 Timoteo 3:6) Sólo en el juicio final se sabrá cuántas almas habrá destruido mediante su sofisma satánico. Tales hombres deben ser reprendidos y desaprobados inmediatamente, para que no sean un descrédito continuo para la causa de Dios.

A medida que nos acercamos al fin de la historia de esta tierra, nos vienen rodeando los peligros. De nada nos valdrá una simple profesión de piedad. Debe haber una relación viva con Dios, para que tengamos visión espiritual para discernir la maldad que, en forma artera y secreta, se está deslizando entre nosotros por medio de los que profesan nuestra fe.

Los mayores pecados son introducidos por aquellos que profesan estar santificados y aseveran que no pueden pecar. Sin embargo, muchos

miembros de esta clase están pecando diariamente, y son corruptos en su corazón y en su vida. Los tales están llenos de suficiencia y de justicia propia; establecen su propia norma de justicia y de ningún modo alcanzan a satisfacer la norma bíblica. A pesar de sus elevadas pretensiones, son extraños al pacto de la promesa. En su gran misericordia Dios soporta su perversidad y no son derribados como árboles que ocupan inútilmente el terreno, y todavía existe la posibilidad de que sean perdonados. Pero abusan continuamente de la tolerancia y misericordia de Dios. David pensó en sus días que los hombres habrían sobrepasado los límites de la paciencia de Dios, por lo que él debía intervenir para vindicar su honor y restringir la maldad.

El señor _____ es un maestro de doctrinas que contaminan el templo del Señor. Apenas si queda un rayo de esperanza para él; se ha engañado a sí mismo y también a otros por tan largo tiempo que Satanás ha adquirido el control casi completo sobre su mente y cuerpo. Ojalá el ropaje de justicia que profesa se le pudiera desgarrar para exponer sus

propósitos y pensamientos viles a fin de que no siga conduciendo a otros por caminos que llevan al infierno.

Primero odió y luego resistió las amonestaciones, de Dios, porque hicieron que su proceder pecaminoso se percibiera a la luz de la ley de Dios. Que transcurran meses y años sin que haya un despertar de arrepentimiento es una de las evidencias más tristes del poder ofuscador del pecado. Con firme persistencia ha seguido su curso decadente. No tiene sentimientos de amargo remordimiento, ni ningún temor de la venganza del cielo. Si logra encubrir sus pecados por medio de las mentiras y el engaño para que no sean observados, queda satisfecho. Toda conciencia del bien y del mal está muerta dentro de él. Le espera una cosecha la cual le causará horror tener que recoger.

El peor aspecto de este caso es que toda su obra diabólica la hace bajo el pretexto de ser un representante de Cristo. Un pecador vestido como ángel de luz puede hacer un daño incalculable.

Intencionalmente se trazan planes siniestros y temibles para separar al marido de la mujer. Declaró el apóstol: “Porque éstos son los que se meten en las casas y llevan cautivas a mujercillas cargadas de pecados, arrastradas por diversas concupiscencias”. (2 Timoteo 3:6) Estos personajes libertinos se meten hasta en las familias de respeto y por medio de artimañas engañosas e intrigas llevan cautivos a los sinceros. Herejías dignas de condenación son recibidas como verdad, los pecados más repugnantes como actos de justicia, debido a que la conciencia está confundida y embrutecida.

Este hombre aceptó la doctrina impopular de que el séptimo día es el sábado del Señor para impartirle a su experiencia religiosa una apariencia de honestidad. Nuestros conceptos han sido clara mente definidos en nuestras publicaciones; pero, encubriendo este hecho, mezcló sus herejías contaminadoras con la verdad e intentó convencer a los demás que Dios le había dado nueva luz sobre la Biblia. Profesando tener mayor luz para el pueblo sobre el sábado del cuarto mandamiento y

verdades afines, causaba en los incautos la apariencia de que estaba siendo dirigido por Dios; pero, una vez ganada la confianza, empezaba su obra satánica de arrebatarles a las Escrituras su verdadero significado, procurando mostrar que el adulterio condenado en la ley de Dios no tiene el significado que generalmente se le da. Intentaba definidamente hacer que mujeres sensatas creyeran que no es ofensivo para Dios que las esposas sean infieles a los votos matrimoniales. Ni siquiera admitía que esto sería quebrantar el séptimo mandamiento. Satanás se regocija si logra que pecadores entren en la iglesia como profesos guardadores del sábado a la vez que le permiten controlar sus mentes y afectos, y los emplea para engañar y corromper a otros.

En esta era degenerada se encontrarán muchos que están tan ciegos a la maldad del pecado que escogen una vida de libertinaje porque conviene a las inclinaciones naturales y perversas de su corazón. En vez de mirarse en el espejo de la ley de Dios y poner sus corazones y caracteres en conformidad con la norma de Dios, permiten que

los agentes de Satanás planten la bandera en sus corazones. Los hombres corruptos creen que es más fácil malinterpretar las Escrituras para mantenerse en la iniquidad que abandonar su corrupción y pecado y ser puros de corazón y vida.

Hay más hombres de esta calaña que lo que muchos se han imaginado, y se han de multiplicar a medida que nos acercamos al fin del tiempo. A menos que estén arraigados y cimentados en la verdad bíblica, y que tengan una conexión vital con Dios, muchos serán embelesados y engañados. Peligros no esperados acechan en nuestro camino. Nuestra única seguridad es velar y orar constantemente. Mientras más cerca vivamos de Jesús, más participaremos de su carácter puro y santo; y mientras más ofensivo nos parezca el pecado, más exaltada y deseable nos parecerá la pureza y el resplandor de Cristo.

Para encubrir su vida corrupta y aparentar que sus pecados son inofensivos, este hombre cita casos registrados en la Biblia de hombres buenos que cayeron bajo la tentación. Pablo hizo frente a

este mismo tipo de hombres en sus días, y en todas las edades la iglesia ha sufrido la maldición de su presencia. En Mileto, Pablo reunió a los ancianos de la iglesia y los amonestó con respecto a lo que tendrían que encarar: “Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto como superintendentes para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre. Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán el rebaño. Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos. Por tanto, velad, acordándoos que por tres años, de noche y de día, no he cesado de amonestar con lágrimas a cada uno”. (Hechos 20:28-31)

El que admite la verdad mientras sigue en la injusticia, que declara creerla, y sin embargo la hiere cada día por su vida inconsecuente, se entrega al servicio de Satanás, y lleva almas a la ruina. Esta clase de personas tiene comunicación con los ángeles caídos, y recibe ayuda de ellos para obtener

el dominio de las mentes.

Cuando el poder hechicero de Satanás domina a una persona, Dios queda olvidado y ensalzado el ser humano lleno de propósitos corruptos. Estas almas: engañadas practican como virtud una licencia secreta. Es ésta una especie de hechicería. Bien puede hacerse la pregunta que hizo el apóstol a los Gálatas: “¿Quién os fascinó, para no obedecer a la verdad, ante cuyos ojos Jesucristo fue ya descrito como crucificado entre vosotros?” (Gálatas 3:1) Siempre hay un poder hechicero en las herejías y en la licencia. La mente está tan seducida que no puede razonar inteligentemente, y una ilusión la desvía continuamente de la pureza. La visión espiritual se empaña; y personas de moralidad hasta entonces intachable se confunden bajo los sofismas engañadores de aquellos agentes de Satanás que profesan ser mensajeros de luz. Este engaño es lo que da poder a estos agentes.

Si ellos se presentasen audazmente e hiciesen abiertamente sus proposiciones, serían rechazados sin un momento de vacilación; pero obran primero

de tal manera que inspiran simpatía y confianza como si fuesen santos y abnegados hombres de Dios. Como sus mensajeros especiales, empiezan entonces su artera obra de apartar a las almas de la senda de la rectitud, y procuran anular la ley de Dios.

Cuando los ministros se aprovechan así de la confianza que la gente deposita en ellos y llevan las almas a la ruina, se hacen tanto más culpables que el pecador común cuanto más elevada es su profesión. En el día de Dios, cuando se abra el gran libro mayor del cielo, se verá que contiene los nombres de muchos ministros que pretendieron tener pureza en su corazón y en su vida y profesaron que se les había confiado el Evangelio de Cristo, pero se aprovecharon de su situación para seducir las almas y hacerles transgredir la ley de Dios.

Cuando los hombres y las mujeres caen bajo el poder corruptor de Satanás, es casi imposible recobrarlos de la horrible trampa, de manera que vuelvan a tener nuevamente pensamientos puros y

conceptos claros de lo que Dios requiere. El pecado, para sus mentes seducidas, ha sido santificado por el ministro, y nunca vuelven a considerarlo con la repugnancia con que Dios lo mira. Una vez que se ha rebajado la norma moral en la mente de los hombres, su juicio se pervierte, y miran al pecado como justicia, y a la justicia como pecado. Al asociarse con aquellos cuyas inclinaciones y hábitos no son elevados ni puros, se vuelven como ellos. Adoptan casi inconscientemente sus gustos y principios.

Si se elige la sociedad de un hombre de mente impura y hábitos licenciosos en preferencia a la de los virtuosos y puros, ello es indicio seguro de que armonizan los gustos y las inclinaciones, y de que se ha llegado a un bajo nivel de moralidad. Estas almas engañadas e infatuadas llaman a este nivel alta y santa afinidad del espíritu, armonía espiritual. Pero el apóstol lo llama “malicias espirituales en los aires” (Efesios 6:12), contra las cuales debemos guerrear vigorosamente.

Cuando el engañador comienza su obra de

seducción, encuentra con frecuencia disparidad de gustos y hábitos; pero haciendo grandes alardes de piedad, conquista la confianza, y cuando lo ha hecho, su astuto poder engañoso se ejerce a su manera para realizar sus planes. Al asociarse con estos elementos peligrosos, las mujeres se acostumbran a respirar esa atmósfera de impureza, y casi insensiblemente se compenetran del mismo espíritu. Pierden su identidad y se transforman en la sombra de su seductor.

Hombres que profesan tener nueva luz, que aseveran ser reformadores, ejercerán gran influencia sobre cierta clase de personas que reconocen las herejías de la época actual, y no están satisfechas con la condición espiritual que existe en las iglesias. Con corazón veraz y sincero, desean ver un cambio hacia lo mejor, una elevación a una norma superior. Si los fieles siervos de Cristo les presentasen la verdad en su forma pura y sin adulteración, estas personas la aceptarían y se purificarían obedeciéndola. Pero Satanás, que vela siempre, sigue el rastro de estas almas investigadoras. Se les presenta alguien que hace

una alta profesión de fe, como Satanás cuando fue a Cristo disfrazado de ángel de luz, y las atrae aún más lejos de la senda recta.

Es incalculable la desgracia y la degradación que siguen en la estela de la licencia. El mundo está contaminado por sus habitantes. Casi han colmado la medida de su iniquidad; pero lo que atraerá la retribución más grave es la práctica de la iniquidad bajo el manto de la piedad. El Redentor del mundo no despreció nunca el verdadero arrepentimiento, por grande que fuera la culpa; pero lanzó ardientes denuncias contra los fariseos y los hipócritas. Hay más esperanza para el que peca abiertamente que para esta clase de personas.

“Por esto [por no recibir el amor de la verdad] Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia” (2 Tesalonicenses 2:11, 12) Este hombre y las personas engañadas por él no aman la verdad, sino que encuentran placer en la injusticia. ¿Y qué engaño más

poderoso podría sobrevenirles que el que sostiene que en el adulterio y el libertinaje no hay nada que pueda desagradar a Dios? La Biblia contiene numerosas advertencias acerca de este pecado. Pablo escribe a Tito acerca de los que “profesan conocer a Dios, pero con los hechos lo niegan, siendo abominables y rebeldes, reprobados en cuanto a toda buena obra”. (Tito 1:16) “Pero hubo también falsos profetas entre el pueblo, como habrá entre vosotros falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías destructoras, y aun negarán al Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina. Y muchos seguirán sus disoluciones, por causa de los cuales el camino de la verdad será blasfemado”. (2 Pedro 2:1, 2) Las personas a quienes aquí se refiere no son las que sostienen abiertamente que no tienen fe en Cristo, sino las que profesan creer en la verdad, pero que debido a la vileza de su carácter acarrean oprobio sobre ella y hacen que sea blasfemada.

“Y por avaricia harán mercadería de vosotros con palabras fingidas. Sobre los tales ya de largo tiempo la condenación no se tarda, y su perdición

no se duerme”. (2 Pedro 2:3) “Pero éstos, hablando mal de cosas que no entienden, como animales irracionales, nacidos para presa y destrucción, perecerán en su propia perdición, recibiendo el galardón de su injusticia, ya que tienen por delicia el gozar de deleites cada día. Estos son inmundicias y manchas, quienes aun mientras comen con vosotros, se recrean en sus errores. Tienen los ojos llenos de adulterio, no se sacian de pecar, seducen a las almas inconstantes, tienen el corazón habituado a la codicia, y son hijos de maldición. Han dejado el camino recto, y se han extraviado siguiendo el camino de Balaam hijo de Beor, el cual amó el premio de la maldad”. (2 Pedro 2:12-16)

“Estos son fuentes sin agua, y nubes empujadas por la tormenta; para los cuales la más densa oscuridad está reservada para siempre. Pues hablando palabras infladas y vanas” ufanándose de su luz, de su conocimiento y de su amor por la verdad, “seducen con concupiscencias de la carne y disoluciones a los que verdaderamente habían huido de los que viven en error”. (2 Pedro 2:17, 18)

En esta época de corrupción, cuando nuestro adversario el diablo ronda como león rugiente buscando a quien devore, veo la necesidad de elevar mi voz en amonestación. “Velad y orad, para que no entréis en tentación”. (Mateo 26:41) Son muchos los que poseen talentos brillantes y que los dedican impíamente al servicio de Satanás.

¿Qué advertencia puedo dar a un pueblo que profesa haber salido del mundo, y haber dejado las obras de las tinieblas? ¿A un pueblo a quien Dios ha hecho depositario de su ley, pero que como la higuera frondosa ostenta sus ramas aparentemente florecientes ante la misma faz del Altísimo y, sin embargo, no lleva frutos para gloria de Dios? Muchos de ellos albergan pensamientos impuros, imaginaciones profanas, deseos no santificados y bajas pasiones. Dios aborrece el fruto que lleva un árbol tal. Los ángeles, puros y santos, miran la conducta de los tales con aborrecimiento, mientras Satanás se regocija. ¡Ojalá que los hombres y mujeres considerasen lo único que pueden ganar al transgredir la ley de Dios! En cualquier

circunstancia, la transgresión deshonra a Dios y resulta en una maldición para el hombre. Debemos considerarla así, por hermoso que sea su disfraz y cualquiera que sea la persona que la cometa.

Como embajadora de Cristo, os suplico a vosotros que profesáis la verdad presente, para que rechacéis cualquier avance de la impureza, y abandonéis la sociedad de aquellos que emiten una sugestión impura. Repudiad estos pecados contaminadores con el más intenso odio. Apartaos de aquellos que, aun en la conversación, permiten que su mente siga esta tendencia; “porque de la abundancia del corazón habla la boca”. (Mateo 12:34)

Como el número de los que practican estos pecados contaminadores aumenta constantemente en el mundo, y ellos quisieran introducirse en nuestras iglesias, os amonesto a que no les déis cabida. Apartaos del seductor. Aunque profese seguir a Cristo, es Satanás en forma humana; ha tomado prestada la librea del cielo para servir mejor a su señor. No debierais ni por un momento

dar cabida a una sugestión impura y disfrazada; porque aun esto manchará el alma, como el agua sucia contamina el conducto por el cual pasa.

Prefiramos la pobreza, el oprobio, la separación de nuestros amigos o cualquier sufrimiento, antes que contaminar el alma con el pecado. La muerte antes que el deshonor o la transgresión de la ley de Dios, debiera ser el lema de todo cristiano. Como pueblo que profesa ser constituido por reformadores que atesoran las más solemnes y purificadoras verdades de la Palabra de Dios, debemos elevar la norma mucho más alto de lo que está puesta actualmente. El pecado y los pecadores que hay en la iglesia deben ser eliminados prestamente, a fin de que no contaminen a otros. La verdad y la pureza requieren que hagamos una obra más cabal para limpiar de Acanes el campamento. No toleren el pecado en un hermano los que tienen cargos de responsabilidad. Muéstrenle que debe dejar sus pecados o ser separado de la iglesia.

Cuando los miembros individuales de la iglesia obren como verdaderos seguidores del manso y

humilde Salvador, entonces será menos común encubrir y excusar el pecado. Todos se esforzarán por obrar como en la presencia de Dios. Comprenderán que su ojo que todo lo ve, está siempre sobre ellos, y que él discierne el pensamiento más secreto. El carácter, los motivos, los deseos y propósitos, son tan claros como la luz del sol para los ojos del Omnipotente. Pero pocos tienen esto presente. La inmensa mayoría no comprende cuán terrible cuenta tendrán que dar en el tribunal de Dios todos los transgresores de su ley.

¿Podéis conformaros con un nivel bajo vosotros los que habéis profesado recibir tan grande luz? ¡Oh, cuán ferviente y constantemente debemos procurar la presencia divina, y comprender las solemnes verdades de que el fin de todas las cosas se acerca y de que el Juez de toda la tierra está a la puerta! ¿Cómo podéis despreciar sus justos y santos requerimientos? ¿Cómo podéis albergar pensamientos profanos y bajas pasiones a plena vista de los ángeles puros y del Redentor que se dio a sí mismo por vosotros para redimiros de

toda iniquidad y purificaros como pueblo peculiar, celoso de buenas obras? Mientras contempléis este asunto a la luz que resplandece de la cruz de Cristo, ¿no os parecerá el pecado demasiado mezquino y peligroso para participar en él cuando estáis en los mismos umbrales del mundo eterno?

Me dirijo a nuestros hermanos. Si os acercáis a Jesús, y tratáis de adornar vuestra profesión con una vida bien ordenada y una conversación piadosa, vuestros pies serán guardados de extraviarse en sendas prohibidas. Si tan sólo queréis velar, velar continuamente en oración, y tan sólo hacéis todo como si estuvieseis en la presencia inmediata de Dios, seréis salvados de caer en la tentación, y podréis esperar llevar hasta el fin una vida pura sin mancha ni contaminación. Si mantenéis firme hasta el fin el principio de vuestra confianza, vuestros caminos serán afirmados en Dios, y lo que la gracia empezó, lo coronará la gloria en el reino de nuestro Dios. Los frutos del Espíritu son amor, gozo, paz, longanimidad, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley. Si Cristo está con

nosotros crucificaremos la carne con sus afectos y concupiscencias.

Capítulo 14

Robará el hombre a Dios

El Señor ha ordenado que la difusión de la luz y la verdad en la tierra dependan de los esfuerzos voluntarios y las ofrendas de aquellos que han participado de los dones celestiales. Son comparativamente pocos los llamados a viajar como ministros o como misioneros, pero multitudes han de cooperar con sus recursos en la difusión de la verdad.

La historia de Ananías y Safira nos es dada para que podamos comprender el pecado del engaño en relación con nuestros donativos y ofrendas. Ellos habían prometido voluntariamente dar una porción de su propiedad para el adelantamiento de la causa de Cristo; pero, cuando tuvieron los recursos en sus manos, se negaron a cumplir aquella obligación aunque deseaban al mismo tiempo aparentar que lo habían dado todo. Recibieron un castigo ejemplar para que sirviese de advertencia perpetua a los cristianos de todas las

épocas. El mismo pecado prevalece terriblemente en la actualidad, aunque no oímos hablar de tan señalados castigos. El Señor muestra una vez a los hombres cuánto aborrece la violación de sus requerimientos sagrados y su dignidad. Luego de ello, quedan sometidos a los principios generales de la administración divina.

Las ofrendas voluntarias y el diezmo constituyen el ingreso del Evangelio. Dios pide cierta porción de los recursos confiados al hombre: un diezmo; pero deja a todos libres para decir cuánto es el diezmo, y si ellos quieren o no dar más que esto. Han de dar según se proponen en su corazón. Pero cuando el corazón está conmovido por la influencia del Espíritu Santo, y se ha hecho un voto de dar cierta cantidad, el que hizo el voto ya no tiene derecho sobre la porción consagrada. Hizo su promesa delante de los hombres, y ellos son llamados a atestiguar la transacción. Al mismo tiempo incurrió él en una obligación del carácter más sagrado para cooperar con el Señor en la edificación de su reino en la tierra. Una promesa así hecha a los hombres, ¿sería considerada

ineludible? ¿No son más sagradas e ineludibles las promesas hechas a Dios? ¿Son las que juzga el tribunal de la conciencia menos válidas que los contratos hechos con los hombres?

Cuando la luz divina resplandece en el corazón con claridad y poder inusitados, el egoísmo habitual pierde su asidero y hay disposición a dar para la causa de Dios. Nadie puede contar con que se le dejará cumplir las promesas hechas entonces sin que Satanás proteste. No le agrada ver fortalecido el reino del Redentor en la tierra. El sugiere que la promesa hecha era excesiva, que lo estorbará a uno en sus esfuerzos para adquirir propiedades, o satisfacer los deseos de su familia. Es asombroso el poder que Satanás tiene sobre la mente humana. Trabaja muy asiduamente para mantener al corazón embargado por el yo.

El único medio que Dios ha dispuesto para hacer progresar su causa consiste en bendecir a los hombres con propiedades. Les da la luz del sol y la lluvia; hace florecer la vegetación; les da salud y capacidad de adquirir recursos. Todas nuestras

bendiciones provienen de su mano bondadosa. En retribución, quiere él que los hombres y las mujeres manifiesten su gratitud devolviéndole una porción en diezmos y ofrendas: ofrendas de agradecimiento, ofrendas voluntarias, y ofrendas por el pecado.

Los corazones humanos se endurecen por el egoísmo, y como en el caso de Ananías y Safira, se sienten tentados a retener parte del precio, aunque simulando cumplir con las reglas del diezmo. ¿Robará el hombre a Dios? Si los recursos afluyesen a la tesorería en conformidad exacta con el plan de Dios, en la proporción de un diezmo de toda ganancia, abundarían para llevar adelante su obra.

Bien, dice uno, siguen llegando los pedidos de dar para la causa. Estoy cansado de dar. ¿Es verdad? Entonces, permítame preguntarle: ¿Está usted cansado de recibir de la benéfica mano de Dios? Mientras él no cese de bendecirle, no cesará usted de estar bajo la obligación de devolverle la porción que exige. El le bendice a usted para que

esté en situación de beneficiar a otros. Cuando usted esté cansado de recibir, entonces podrá decir: Estoy cansado de tantas invitaciones a dar. Dios reserva para sí una porción de todo lo que recibimos. Cuando se la devolvemos, bendice el resto, pero si la retenemos, tarde o temprano el conjunto resulta maldito. Primero viene el derecho de Dios; todo otro derecho es secundario.

En toda iglesia debe establecerse un fondo para los pobres. Luego cada miembro presentará una ofrenda de agradecimiento a Dios cada semana o cada mes, según resulte más conveniente. Esta ofrenda expresará nuestra gratitud por los dones de la salud, el alimento y las ropas cómodas. Y en la medida en que Dios nos haya bendecido con estas comodidades, apartaremos recursos para los pobres, los dolientes y los angustiados. Quisiera llamar especialmente la atención de los hermanos a este punto. Recordemos a los pobres. Privémonos de algunos de nuestros lujos; sí, aun de comodidades, y ayudemos a aquellos que pueden obtener solamente la más escasa alimentación e indumentaria. Al obrar en su favor, obramos para

Jesús en la persona de sus santos. El se identifica con la humanidad doliente. No aguardemos hasta que hayan sido satisfechas todas nuestras necesidades imaginarias. No confiemos en nuestros sentimientos para dar cuando nos sintamos dispuestos a ello, y retener cuando no nos inclinemos a dar. Demos regularmente, sea diez, veinte o cincuenta centavos por semana, según lo que quisiéramos ver anotado en el registro celestial en el día de Dios.

Queremos agradeceros por vuestros buenos deseos, pero los pobres no pueden vivir cómodamente sólo con buenos deseos. Deben recibir alimentos y ropas como pruebas tangibles de vuestra bondad. Dios no quiere que ninguno de sus seguidores mendigue su pan. Os ha dado en abundancia para que podáis suplir las necesidades que ellos no alcanzan a suplir con su laboriosidad y estricta economía. No aguardéis a que llamen vuestra atención a sus necesidades. Obrad como Job. Lo que él no sabía, lo averiguaba. Haced una gira de inspección, y ved lo que se necesita, y cómo puede suplirse mejor.

Se me ha mostrado que muchos de nuestros hermanos están robando al Señor en los diezmos y las ofrendas, y como resultado la obra se perjudica grandemente. La maldición de Dios descansará sobre los que están viviendo de las bondades de Dios, y sin embargo cierran su corazón y nada o casi nada hacen para que progrese su causa. Hermanos y hermanas, ¿cómo puede el Padre benéfico continuar haciéndoos sus mayordomos y daros recursos que debéis usar para él, si lo retenéis todo, aseverando egoístamente que es vuestro?

En vez de devolver a Dios los medios que él ha puesto en sus manos, muchos los invierten en más tierras. Este mal está creciendo entre nuestros hermanos. Tenían antes todo lo que podían atender, pero el amor al dinero o un deseo de ser tenidos por tan ricos como sus vecinos, los induce a enterrar sus recursos en el mundo, y retener lo que deben con justicia a Dios. ¿Podemos sorprendernos si no son prosperados, y si Dios no bendice sus cosechas y se ven chasqueados?

Si nuestros hermanos pudiesen recordar que Dios puede bendecir veinte hectáreas de tierra y hacerlas producir tanto como cien, no continuarían sepultándose en más tierras, sino que dejarían fluir sus recursos a la tesorería de Dios. “Mirad por vosotros --dice Cristo--, que vuestros corazones no sean cargados de glotonería y embriaguez, y de los cuidados de esta vida”. (Lucas 21:34) Le agrada a Satanás haceros ensanchar vuestras granjas e invertir vuestros recursos en empresas mundanas, porque al obrar así, no sólo impedís que la causa progrese, sino que por la ansiedad y el recargo del trabajo, reducís vuestras perspectivas de obtener la vida eterna.

Debiéramos prestar ahora atención a la orden de nuestro Salvador: “Vended lo que poseéis, y dad limosna; haceos bolsas que no se envejecen, tesoro en los cielos que nunca falta; donde ladrón no llega, ni polilla corrompe”. (Lucas 12:33) Ahora es cuando nuestros hermanos debieran estar reduciendo sus propiedades en vez de aumentarlas. Estamos por trasladarnos a una patria mejor, a saber la celestial. No seamos, pues, moradores de

la tierra, sino más bien reduzcamos nuestras cosas a la menor cantidad posible.

Se acerca el tiempo en que no podremos vender a ningún precio. Pronto se promulgará el decreto que prohibirá a los hombres comprar o vender si no tienen la marca de la bestia. Hace poco nos vimos cerca de que esto sucediese en California; pero resultó ser un simulacro del soplo de los cuatro vientos. Por lo pronto éstos son detenidos por los cuatro ángeles. No estamos del todo listos todavía. Aún queda una obra por hacer, y luego los ángeles recibirán la orden de soltar los cuatro vientos para que soplen sobre la tierra. Para los hijos de Dios ese será un momento decisivo, un tiempo de angustia tal como nunca lo hubo desde que hubo nación sobre la tierra. Ahora es la oportunidad de trabajar.

Entre muchos de los que profesan la verdad reina un espíritu de inquietud. Algunos quieren marcharse a otro condado o Estado, comprar extensos terrenos, y llevar a cabo grandes negocios; otros anhelan irse a la ciudad. De esta

manera se deja a las iglesias pequeñas en un estado moribundo, débiles y desanimadas, cuando si los que las dejan se hubieran conformado con trabajar en una escala menor haciendo su pequeña parte fielmente, hubiesen complacido a sus familias y quedado libres para mantener sus propias almas en el amor de Dios. Pierden la poca propiedad que tenían, pierden su salud, y finalmente abandonan la verdad.

El Señor viene. Que cada cual manifieste su fe por medio de sus obras. La fe en el pronto advenimiento de Jesús está muriendo en las iglesias, y el egoísmo los conduce a robar a Dios y atender sus propios intereses. Cuando Cristo more en nosotros, seremos abnegados como él lo fue.

En tiempos pasados hubo gran liberalidad de parte de nuestro pueblo. No han sido mezquinos al responder a los pedidos de ayuda en los diversos ramos de la obra, pero últimamente se ha notado un cambio. Ha habido retención de los recursos, particularmente de parte de nuestros hermanos en el este, mientras que a la vez la mundanalidad y el

amor por las cosas materiales han ido en aumento. Hay un creciente olvido de las promesas hechas para ayudar a nuestras diferentes instituciones y empresas. Las promesas de ayuda para la construcción de una iglesia, para la dotación de un colegio o para asistir en la obra misionera, se consideran como promesas que las personas no están bajo la obligación de cumplir si no les parece conveniente. Estas promesas fueron hechas bajo las sagradas impresiones del Espíritu de Dios. Por lo tanto, no le robéis reteniendo lo que justamente le pertenece. Hermanos y hermanas, repasad vuestra vida pasada y ved si habéis sido rectos en vuestro trato con Dios. ¿Tenéis algunas promesas que no habéis cumplido? Si es así, resolved que las pagaréis si es que podéis.

Escuchad el consejo de Dios: “Traed todos los diezmos al alfolí y haya alimento en mi casa; y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde. Reprenderé también por vosotros al devorador, y no os destruirá el fruto de la tierra, ni

vuestra vid en el campo será estéril...” “Y todas las naciones os dirán bienaventurados; porque seréis tierra deseable”. (Malaquías 3:10-12)

¿No estáis dispuestos a aceptar las promesas que el Señor hace aquí, dejar el egoísmo a un lado y comenzar a trabajar con ahínco para el adelanto de su causa? No os aferréis a este mundo aprovechándoos del prójimo menos próspero, porque Dios os ve; él lee cada motivo y os pesa en las balanzas del santuario.

Vi que muchos se abstienen de dar para la causa y procuran acallar la conciencia diciendo que serán caritativos al morir; ni siquiera se atreven a ejercitar fe y confianza en Dios contribuyendo algo mientras tienen vida. Sin embargo, esta caridad de último momento no es lo que Cristo requiere de sus seguidores; no excusa de ninguna manera el egoísmo de los vivos. Aquellos que se aferran a su propiedad hasta el último momento, la entregan más bien a la muerte que a la causa. Continuamente se experimentan pérdidas. Los bancos quiebran y la propiedad se consume de mil

maneras. Muchos se proponen hacer algo, pero dilatan el asunto, y Satanás obra para evitar que los recursos entren del todo en la tesorería. Se pierden antes de ser devueltos a Dios, y Satanás se regocija porque así ocurre.

Si queréis hacer algún bien con vuestros recursos, hacedlo en seguida antes que Satanás se apodere de ellos y estorbe así la obra de Dios. Muchas veces cuando el Señor ha abierto el camino para que los hermanos manejen sus recursos de tal manera que puedan adelantar su causa, los agentes de Satanás han suscitado alguna otra empresa que ellos estaban seguros iba a duplicar sus recursos. Se tragan la carnada; invierten el dinero, y la causa --y a menudo ellos mismos--, nunca gana ni siquiera un dólar.

Hermanos, recordad la causa; y cuando tengáis recursos a vuestra disposición, aseguraos bien para el día de mañana para que podáis echar mano de la vida eterna. Fue por vosotros que Jesús se hizo pobre para que por medio de su pobreza vosotros os hagáis ricos con el tesoro celestial. ¿Qué le

daréis a Jesús, el cual lo dio todo por vosotros?

No es correcto que os conforméis con hacer vuestros donativos y legados testamentarios al morir. No podéis determinar ni con el menor grado de certeza que la causa se verá alguna vez beneficiada por ellos. Satanás obra con suma destreza para incitar a los familiares, y busca todo falso pretexto para ganar en favor del mundo lo que fue solemnemente prometido a la causa de Dios. Siempre se recibe una suma menor que la que se prometió en el testamento. Satanás hasta inculca en el corazón de los hombres y mujeres que se opongan a que los familiares hagan lo que quieran en relación con la dotación de su propiedad. Al parecer estiman que todo lo que se dé al Señor representa un robo hecho a los familiares de los finados. Si deseáis que vuestros recursos sean dedicados a la causa, entregadlos, o por lo menos todo lo que realmente no os hace falta para vuestra mantención, mientras vivís. Unos pocos de los hermanos están haciéndolo así y disfrutan de la satisfacción de ser ejecutores de su propio testamento. Por su avaricia, ¿tendrán los hombres

que ser privados de la vida para que lo que Dios les ha prestado no permanezca inservible para siempre? Que ninguno de vosotros atraiga sobre sí el destino del siervo inútil que ocultó bajo tierra el dinero de su Señor.

La caridad que se manifiesta en el lecho de muerte no puede sustituir a la benevolencia que se ejerce mientras se está lleno de vida. Muchos les dejan a sus amigos y parientes todo menos una parte insignificante de su propiedad. Eso es lo que le dejan a su Amigo supremo, que se empobreció por causa de ellos, que sufrió insultos, burlas y muerte para que ellos pudieran llegar a ser hijos e hijas de Dios. Y sin embargo, esperan que, cuando los justos muertos surjan a la vida inmortal, ese Amigo los lleve a las habitaciones eternas.

Robamos a la causa de Cristo, no por un mero pensamiento pasajero, no por un acto impremeditado. No. Usted hizo su testamento como una acción deliberada, colocando su propiedad a la disposición de incrédulos. Después de haberle robado a Dios durante su vida, usted

sigue robándole después de su muerte, y lo hace con el pleno consentimiento de todas sus facultades mentales, en un documento llamado “testamento” o “última voluntad”. ¿Cuál cree usted que será la voluntad de su Maestro con respecto a usted, por haberse apropiado así de los bienes de él? ¿Qué dirá usted cuando le pidan cuenta de su mayordomía?

Hermanos, despertad de vuestra vida egoísta, y actuad como cristianos consecuentes. El Señor requiere de vosotros que economicéis vuestros medios y que hagáis llegar a la tesorería cada dólar que no necesitéis para vuestra legítima comodidad. Hermanas, tomad esos diez centavos, esos veinte centavos, ese dólar que estábais por gastar en dulces, en cintas o encajes, y donadlo a la causa de Dios. Muchas de nuestras hermanas obtienen buenas entradas, pero lo gastan casi todo en la gratificación de su orgullo en el vestir.

Las necesidades de la causa aumentarán continuamente a medida que nos acercamos al fin del tiempo. Se necesitan medios para proveer

breves cursos de estudio para los jóvenes en nuestras escuelas, para prepararlos para la obra eficiente en el ministerio y en diferentes ramos de la causa. En este punto, no estamos poniéndonos a la altura de nuestros privilegios. Pronto todas las escuelas que tenemos serán cerradas. ¡Cuánto más se podría haber logrado si los hombres hubieran obedecido a los requerimientos de Cristo en la beneficencia cristiana! ¡Qué influencia habría tenido sobre el mundo nuestra presteza para entregarlo todo por Cristo! Habría sido uno de los argumentos más convincentes en favor de la verdad que profesamos creer; un argumento que el mundo no podría comprender mal, ni contradecir. El Señor nos habría distinguido con sus bendiciones aun ante los ojos del mundo.

La primera iglesia cristiana no tuvo los privilegios y oportunidades que nosotros tenemos. Eran un pueblo pobre, pero sentían el poder de la verdad. El blanco que tenían por delante era suficiente para llevarlos a invertirlo todo. Sentían que la salvación o la perdición del mundo dependía de sus medios. Lo entregaron todo, y se

mantuvieron listos para ir o venir a las órdenes de su Señor.

Nosotros profesamos estar gobernados por los mismos principios, bajo la influencia del mismo espíritu. Pero en vez de darlo todo por Cristo, muchos han tomado el lingote de oro, y el codiciable manto babilónico, y los han escondido en el campamento. Si la presencia de un solo Acán bastó para debilitar todo el campamento de Israel, ¿podemos sorprendernos ante el escaso éxito que corona nuestros esfuerzos, ahora que cada iglesia, y casi cada familia, tiene su Acán? Vayamos individualmente a trabajar para estimular a otros por nuestro ejemplo de benevolencia desinteresada. La obra podría haber avanzado con mucho mayor poder, si todos hubieran hecho lo posible por proveer medios para la tesorería.

Capítulo 15

El poder de la verdad

En los primeros días, la palabra de Dios fue predicada por sus ministros “con demostración del Espíritu y de poder”. (1 Corintios 2:4) Los corazones de los hombres se conmovían por la proclamación del Evangelio. ¿A qué obedece que la predicación de la verdad hoy día tenga tan poco poder para conmover a la gente? ¿Está Dios menos dispuesto a otorgar sus bendiciones a los obreros de su causa en estos tiempos que en los días de los apóstoles?

La amonestación que nosotros proclamamos al mundo tiene que resultar para los hombres como sabor de vida para vida, o de muerte para muerte. ¿Acaso enviaría el Señor a sus siervos a proclamar este formidable y solemne mensaje reteniendo de ellos el Espíritu Santo? ¿Se atreverán los hombres débiles y errantes a interponerse entre los vivos y los muertos para proclamar palabras de vida eterna sin la gracia y el poder especial de Dios? Nuestro

Señor es rico en gracia, grande en poder; abundantemente otorgará sus dones sobre todos aquellos que vienen a él con fe. Está más dispuesto a dar el Espíritu Santo a los que se lo pidan, que los padres a dar buenas dádivas a sus hijos. La razón porque la preciosa e importante verdad para este tiempo no tiene poder para salvar, es que no trabajamos con fe.

Debemos orar por el derramamiento del Espíritu con tanto ahínco como lo hicieron los discípulos en el día del Pentecostés. Si ellos lo necesitaban en aquel tiempo, nosotros lo necesitamos más hoy día. La oscuridad moral, cual paño mortuorio, cubre la tierra. Toda clase de falsas doctrinas, herejías y engaños satánicos están desviando las mentes de los hombres. Sin el Espíritu y el poder de Dios, trabajaremos en vano por presentar la verdad.

Es por medio de la contemplación de Cristo, ejerciendo fe en él, experimentando por nosotros mismos su gracia salvadora, que estaremos calificados para presentarlo ante el mundo. Si

hemos aprendido de él, Jesús será nuestro tema; su amor, ardiendo sobre el altar de nuestros corazones, llegará al corazón de las personas. La verdad será presentada, no como una teoría fría y muerta, sino con la demostración del Espíritu.

En sus discursos, muchos de nuestros ministros se concentran demasiado en la teoría y poco en la religión práctica. Tienen un conocimiento intelectual de la verdad, pero sus corazones no han sido tocados con el ardor genuino del amor de Cristo. Por medio del estudio de nuestras publicaciones muchos han obtenido un conocimiento más profundo y extenso del plan de la salvación según está revelado en las Escrituras. Les predican a los demás, pero son ellos mismos enanos con respecto al crecimiento religioso. No se presentan a menudo ante Dios para rogar por su Espíritu y su gracia, con el fin de presentar a Cristo correctamente ante el mundo.

La fuerza humana es debilidad; la sabiduría humana es locura. Nuestro éxito no depende de nuestros talentos o preparación, sino de nuestra

conexión vital con Dios. A la verdad se le resta poder cuando es predicada por hombres que procuran exhibir su propio conocimiento y aptitud. Los tales también dan a entender que saben muy poco acerca de la religión experimental, que no son consagrados de corazón y vida, y que están llenos de orgullo vano. No aprenden de Jesús. No pueden presentar a otros un Salvador a quienes ellos mismos no conocen. Sus propios corazones no han sido suavizados ni subyugados por una visión clara del gran sacrificio hecho por Cristo para salvar al hombre perdido. No reconocen que es un privilegio negarse a sí mismos y sufrir por su bendita causa. Algunos se ensoberbecen y hablan de sí mismos; preparan sermones y artículos para llamar la atención del pueblo hacia el ministro, temiendo que no recibirán el honor que se merecen. Si hubiera habido más exaltación de Jesús y menos del ministro, más adoración dada al Autor de la verdad y menos a los mensajeros, ocuparíamos una posición más favorable ante Dios que la que ocupamos hoy.

No se presenta el plan de la salvación en su

sencillez debido a que pocos ministros saben lo que es una fe sencilla. No basta tener un conocimiento intelectual de la verdad; es preciso que conozcamos su poder sobre nuestros propios corazones y vidas. Los ministros necesitan venir a Cristo como niños pequeños. Hermanos, buscad a Jesús; confesad vuestros pecados, rogad ante Dios día y noche, hasta que sepáis que en el nombre de Cristo habéis sido perdonados y aceptados. Entonces amaréis mucho porque se os habrá perdonado mucho. Entonces podréis dirigir a otros a Cristo como Redentor que perdona los pecados. Entonces podréis presentar la verdad como algo que procede de un corazón que ha sentido su poder santificador. Temo por vosotros, mis hermanos. Os aconsejo que asentéis en Jerusalén, como lo hicieron los primeros discípulos, hasta que como ellos recibáis el bautismo del Espíritu Santo. Nunca os sintáis libres para subir al púlpito hasta que por fe os hayáis asido del brazo que os imparte fuerza.

Si tenemos el espíritu de Cristo, trabajaremos como él trabajó; captaremos las mismas ideas del Hombre de Nazaret y las presentaremos ante el

pueblo. Si en lugar de ser creyentes formales y ministros inconversos fuéramos de verdad seguidores de Jesús, presentaríamos la verdad con tal humildad y fervor y la viviríamos de tal manera que el mundo no tendría que preguntarse continuamente si creemos lo que profesamos. Predicado con el amor de Cristo, siempre conscientes del valor de las almas, el mensaje se haría acreedor, aún de los mundanos, del siguiente comentario: “Son como Jesús”.

Si anhelamos reformar a los demás, debemos nosotros mismos practicar los principios que quisiéramos imponerles a ellos. Por buenas que sean, las palabras no tendrán ningún poder si son contradichas por la vida diaria. Ministros de Cristo, os amonesto: “Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina”. No excuséis en vosotros los pecados que condenáis en los demás. Si predicáis acerca de la humildad y del amor, que se vean estos dones en vuestras propias vidas. Si alentáis a otros a que sean bondadosos, corteses, atentos en el hogar, que vuestro propio ejemplo apoye vuestras amonestaciones. Vuestra responsabilidad aumenta

en la medida en que habéis recibido más luz que los demás. Seréis azotados si dejáis de hacer la voluntad de vuestro Maestro.

Los lazos de Satanás son echados para que nosotros caigamos, tan seguramente como los fueron echados para los hijos de Israel poco antes de su entrada a la tierra de Canaán. Estamos repitiendo la historia de aquel pueblo. La liviandad, la vanidad, el amor por el ocio y el placer, el egoísmo y la impureza aumentan entre nosotros. Hay necesidad hoy de hombres constantes e intrépidos que declaren todo el consejo de Dios; hombres que no se duerman como lo hacen otros, sino que velen y sean sobrios. Como conozco bien la gran falta de consagración y poder de nuestros ministros, me causa profundo dolor ver los esfuerzos que hacen por exaltarse a sí mismos. Si pudieran tan sólo ver a Jesús tal como es, y a ellos mismos tal como son, tan flacos, tan ineficaces, tan distintos a su Maestro, dirían: “Soy tan indigno de sus atenciones, que si mi nombre estuviera registrado en la sección menos notable del Libro de la Vida, me conformaría”.

Es vuestro deber estudiar e imitar al Modelo. ¿Era él manso y humilde? Entonces vosotros también debéis serlo. ¿Era celoso en su obra de salvar almas? Entonces a vosotros también os toca ser así. ¿Laboraba para enaltecer la gloria de su Padre? Vosotros también debéis hacerlo. ¿Buscaba a menudo la ayuda de Dios? Vosotros también debéis buscarla. ¿Era Cristo paciente? Vosotros también debéis ser pacientes. Así como Cristo perdonó a sus enemigos, perdonaréis vosotros.

No es tanto la religión del púlpito como la religión de la familia lo que revela nuestro verdadero carácter. La esposa del pastor, sus hijos, y los empleados de su familia, son los que están mejor calificados para medir su consagración. Un hombre bueno será una bendición para su hogar. La esposa, los hijos y los empleados serán mejores personas por causa de la religión que profesa.

Hermanos, introducid a Cristo dentro de la familia, llevadlo al púlpito, y adonde quiera que vayáis. Entonces no tendréis que instar a otros a

que aprecien debidamente el ministerio, porque llevaréis en vuestras personas las credenciales celestiales que darán testimonio de que sois siervos de Cristo. Que os acompañe Jesús en vuestras horas de soledad. Recordad que él oraba a menudo, y que su vida era constantemente sostenida por refrescantes inspiraciones del Espíritu Santo. Que vuestros pensamientos, vuestra vida íntima, sean tales que no os avergoncéis de hacer frente al registro en el día del Señor.

El cielo no se cierra ante las oraciones fervientes de los justos. Elías era un hombre sujeto a las mismas pasiones que nosotros; sin embargo, el Señor lo escuchó y de una manera notable contestó sus plegarias. La única razón de nuestra falta de poder para con Dios se encuentra dentro de nosotros mismos. Si la vida íntima de muchos de los que profesan la verdad se les presentase a plena vista, no profesarían que son cristianos. No están creciendo en gracia. De vez en cuando ofrecen una oración precipitada, pero no existe verdadera comunión con Dios.

Para progresar en la vida espiritual, tenemos que pasar mucho tiempo en oración. Cuando el mensaje de verdad se proclamó por primera vez, ¡cuánto se oraba! ¡Cuán a menudo se oía en las cámaras, en el establo, en el huerto o en la arboleda la voz intercesora! A menudo pasábamos horas enteras en oración, dos o tres juntos reclamando la promesa; con frecuencia se escuchaba el sonido del llanto, y luego la voz de agradecimiento y el canto de alabanza. Hoy está más cerca el día del Señor que cuando primero creímos, y debiéramos ser más dedicados, más celosos y fervientes que en aquellos primeros días. Los peligros que encaramos son mayores ahora que entonces. Las almas estaban más endurecidas. Ahora necesitamos ser imbuidos por el espíritu de Cristo, y no debiéramos descansar hasta no recibirlo.

Hermanos y hermanas, ¿habéis olvidado que vuestras oraciones, cual hoces agudas, deben acompañar a los labradores que salen al gran campo de cosecha? Debéis tener temporadas de oración por los hombres jóvenes que salen a predicar la verdad. Rogad que Dios los una a sí

mismo y que les imparta sabiduría, gracia, y conocimiento. Pedid que sean guardados de las trampas de Satanás y que sean mantenidos puros de pensamiento y consagrados de corazón. Os ruego a vosotros que teméis al Señor que no perdáis tiempo en conversaciones de poco valor y en el trabajo innecesario para satisfacer vuestra vanidad o en darle gusto al apetito. Emplead el tiempo economizado y rogad encarecidamente en oración por vuestros ministros. Sostened sus manos como Aarón y Hur sostuvieron las de Moisés.

Capítulo 16

Nuestras reuniones Campestres

Se me ha mostrado que algunas de nuestras reuniones campestres están lejos de ser lo que el Señor esperaba que fuesen. La gente no viene preparada para la visitación del Espíritu Santo de Dios. Generalmente las hermanas dedican demasiado tiempo antes de la reunión a la preparación de la vestimenta para el adorno exterior, olvidando completamente el adorno interior, que es de gran valor ante la vista de Dios. Además, se gasta mucho tiempo en cocinar innecesariamente, en la preparación de ricos pasteles y bizcochos y otras clases de alimentos que positivamente hacen daño a los que los consumen. Si nuestras hermanas proveyesen buen pan y algunas otras clases de alimentos saludables, tanto ellas como sus familias estarían mejor preparadas para apreciar las palabras de vida y serían más susceptibles a la influencia del Espíritu

Santo.

Con frecuencia el estómago se recarga de comida que por lo regular no es tan corriente ni sencilla como la que se come en la casa donde la cantidad de ejercicio que se hace es dos o tres veces mayor. Esto causa que la mente entre en un estado de letargo que hace dificil apreciar las cosas eternas; y al acabarse la reunión quedan decepcionados, porque no disfrutaron más del Espíritu de Dios.

Al prepararse para las reuniones, cada persona debe examinar su corazón de cerca y concienzudamente ante el Señor. Si ha habido sentimientos desagradables, discordia o contienda en la familia, uno de los primeros actos de preparación debiera ser la confesión de las faltas los unos a los otros y la oración los unos por los otros. Humillaos ante Dios, y esforzaos con fervor para echar fuera del templo del alma todo desperdicio: toda envidia, todo celo, toda sospecha, toda crítica. “Pecadores, limpiad las manos; y vosotros los de doble ánimo, purificad vuestros

corazones. Afligíos, y lamentad, y llorad. Que vuestra risa se convierta en llanto, y vuestro gozo en tristeza. Humillaos delante del Señor, y él os exaltará". (Santiago 4:8-10)

El Señor habla; entrad en vuestro cuarto y en silencio meditad de corazón; escuchad la voz de la verdad y de la conciencia. Nada producirá más exactas opiniones acerca de uno mismo que la oración secreta. Aquel que ve en secreto y que conoce todas las cosas alumbrará vuestro entendimiento y contestará vuestras peticiones. Deberes claros y sencillos que no deben ser olvidados serán presentados ante vosotros. Haced un pacto con Dios de entregaos a vosotros mismos y todas vuestras fuerzas a su servicio. No vayáis a la reunión campestre sin haber terminado esta obra. Si no se hace en la casa, vuestra propia alma sufrirá, y otros serán seriamente afectados por vuestra frialdad, vuestro estupor y letargo espiritual.

He visto la condición del pueblo que profesa la verdad. Las palabras del profeta Ezequiel se

aplican a ellos en este tiempo: “Hijo de hombre, estos hombres han puesto sus ídolos en su corazón, y han establecido el tropiezo de su maldad delante de su rostro, ¿Acaso he de ser yo en modo alguno consultado por ellos? Háblales, por tanto, y diles: Así ha dicho Jehová el Señor: Cualquier hombre de la casa de Israel que hubiere puesto sus ídolos en su corazón, y establecido el tropiezo de su maldad delante de su rostro, y viniere al profeta, yo Jehová responderé al que viniere conforme a la multitud de sus ídolos”. (Ezequiel 14:3-4)

Si amamos las cosas del mundo y nos complacemos en la injusticia o tenemos comunión con las obras infructuosas de las tinieblas, hemos puesto el tropiezo de nuestra iniquidad delante de nuestro rostro y puesto ídolos en nuestro corazón. Y, a menos que mediante un esfuerzo determinado los quitemos de en medio, nunca seremos reconocidos como hijos e hijas de Dios.

He ahí la obra que deben llevar a cabo las familias antes de venir a nuestras santas convocaciones. Que los preparativos de alimentos

y de vestido sean un asunto secundario, pero que el examen profundo del corazón comience en el hogar. Orad tres veces al día, y, cual Jacob, sed persistentes. El hogar es donde debéis encontrar a Jesús; luego llevadlo con vosotros a la reunión y ¡cuán preciosas serán las horas que paséis allí! Sin embargo, ¿cómo esperaréis sentir la presencia del Señor y contemplar la manifestación de su poder si olvidáis la obra individual de preparación necesaria para esa ocasión?

Por amor de vuestras almas, por amor de Cristo, y por amor a los demás, haced vuestra obra en el hogar. Orad como nunca habéis acostumbrado orar. Que vuestro corazón se quebrante ante Dios. Poned en orden vuestra casa. Preparad a vuestros hijos para esa ocasión. Enseñadles que no es de tanta importancia que aparezcan vestidos con ropa fina como lo es que aparezcan ante Dios con manos limpias y corazones puros. Quitad todo obstáculo que estorbe su camino, toda desavenencia que haya habido entre ellos mismos o entre vosotros y ellos. Al hacerlo atraeréis la presencia del Señor a vuestros

hogares, los santos ángeles os acompañarán al dirigiros a la reunión, y su luz y presencia repelerán las tinieblas de los ángeles malos. Aun los incrédulos sentirán la atmósfera santa al entrar en el campamento. Oh, ¡cuánto se pierde al descuidarse esta obra importante! Podréis estar satisfechos con la predicación y sentiros animados y avivados, pero el poder de Dios que convierte y reforma no se sentirá en el corazón, y la obra no será tan profunda, cabal y duradera como debiera ser. Crucificad el orgullo y vestid el alma con la inapreciable cota de justicia de Cristo y veréis la clase de reunión que disfrutaréis. Será para vuestras almas como los portales del cielo.

La misma obra de humillación y escudriñamiento de corazón se debería también llevar a cabo en la iglesia para que las desavenencias y enojos entre los hermanos se pongan a un lado antes de comparecer ante el Señor en estas reuniones anuales. Llevad a cabo esta obra con seriedad, y no descanséis hasta que sea terminada; porque si llegáis a la reunión con vuestras dudas, vuestras murmuraciones, vuestras

disputas, traéis con vosotros al campamento a los ángeles caídos y lleváis oscuridad adonde quiera que vayáis.

Se me ha mostrado que debido a la falta de esta preparación las convocaciones anuales han logrado muy poco. Los ministros casi nunca están preparados para trabajar por, Dios. Hay muchos oradores, de aquellos que pueden decir cosas cortantes y extravagantes, esforzándose por fustigar a otras iglesias y criticar sus creencias; pero hay pocos obreros seriamente dedicados al Señor. Estos oradores zaheridores y vanidosos profesan un conocimiento de la verdad más avanzado que el de todas las demás personas, pero su manera de trabajar y su celo religioso en ninguna manera corresponden a su profesión de fe.

Procuré ver la humildad de corazón que debiera siempre asentar como una vestimenta apropiada sobre nuestros ministros, pero no la llevaban. Busqué el amor profundo por las almas que el Maestro dijo que debían poseer, pero no lo tenían. Quise escuchar las oraciones fervorosas ofrecidas

con lágrimas y angustia de corazón en favor de los impenitentes e incrédulos en sus propios hogares y en la iglesia, pero no se escuchaba ninguna. Quise escuchar las plegarias hechas en demostración del Espíritu, pero faltaban. Busqué a los portadores de cargas, que en un tiempo como éste debieran estar llorando entre la entrada y el altar, diciendo: Perdona, oh Jehová, a tu pueblo, y no entregues al oprobio tu heredad; pero no escuché semejantes súplicas. Unos pocos que son fervientes y humildes buscaban al Señor. En algunas de estas reuniones, uno o dos ministros sentían su responsabilidad y estaban sobrecargados como carretas bajo el peso de las gavillas; pero la mayoría de los ministros no tenían más conciencia de la santidad de su obra que los niños.

Vi lo que estas reuniones anuales pudieran ser y lo que debieran ser: reuniones de asidua labor. Los ministros deben procurar que sus corazones estén preparados antes de emprender la obra de ayudar a otros, porque el pueblo está más adelantado que muchos de los ministros. Debieran infatigablemente luchar en oración hasta que el

Señor los bendiga. Cuando el amor de Dios arda sobre el altar de su corazón, no predicarán para exhibir su propio ingenio, sino para presentar a Cristo, quien quita los pecados del mundo.

En la iglesia de la primera época se enseñaba el cristianismo puro; sus preceptos fueron dictados por la voz de la inspiración; sus ordenanzas no estaban corrompidas por el artificio de los hombres. La iglesia manifestaba el espíritu de Cristo y aparecía hermosa en su sencillez. Su adorno eran los santos principios y vidas ejemplares de sus feligreses. Multitudes eran ganadas para Cristo, no por medio de la ostentación o el conocimiento, sino mediante el poder de Dios que acompañaba la simple predicación de su palabra; pero la iglesia se ha corrompido y ahora hay más necesidad que nunca de que los ministros sean conductos de luz.

Hay muchos presentadores petulantes de la verdad bíblica, cuyas almas están tan vacías del Espíritu de Dios como escasas se hallaban las colinas de Gilboa de rocío y lluvia; pero lo que

necesitamos son hombres que estén ellos mismos plenamente convertidos y que puedan enseñar a otros cómo entregar sus corazones a Dios. El poder de la piedad casi ha dejado de existir en nuestras iglesias. ¿A qué se debe esto? El Señor aun espera derramar su gracia; no ha cerrado las ventanas de los cielos. Nosotros nos hemos separado de él. Necesitamos fijar el ojo de la fe sobre la cruz y creer que Jesús es nuestra fuerza, nuestra salvación.

Al ver que tan poco del peso de la obra descansa sobre los ministros y el pueblo, preguntamos: Cuando venga el Señor, ¿hallará fe en la tierra? Lo que falta es la fe. Dios posee abundancia de gracia y poder que esperan ser reclamados por nosotros; pero la razón porque no sentimos nuestra gran necesidad es que nos miramos a nosotros mismos y no a Jesús. No exaltamos a Jesús y no confiamos enteramente en sus méritos.

Ojalá me fuera posible grabar en la mente de los ministros y del pueblo la necesidad de una obra de gracia más profunda y de una preparación más

cabal para entrar de lleno en el espíritu y labor de nuestras reuniones campestres y que puedan recibir el mayor beneficio posible de ellas. Estas reuniones anuales pueden ser temporadas de bendición especial o pueden hacer un gran daño a la espiritualidad. Amado lector, ¿qué serán ellas para ti? Cada cual decidirá por sí mismo.

Capítulo 17

El amor fraternal

“En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros”. (Juan 13:35) Mientras más de cerca nos asemejemos al Señor en carácter, mayor será nuestro amor hacia aquellos por quienes él murió. Los cristianos que manifiestan un espíritu de amor desinteresado los unos por los otros, están dando un testimonio que los incrédulos no pueden negar ni resistir. Es inestimable el poder de semejante ejemplo. Nada derrotará con más éxito los artificios de Satanás y sus emisarios, nada edificará mejor el reino del Redentor, como el amor de Cristo manifestado por los miembros de la iglesia. Se disfrutará de paz y prosperidad solamente si la humildad y el amor están en ejercicio activo.

En la primera epístola a los Corintios, el apóstol Pablo subraya la importancia de aquel amor que deben apreciar todos los seguidores de Cristo: “Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no

tengo amor, vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe. Y si tuviese profecía, y entendiese todos los misterios y toda ciencia, y si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes, y no tengo amor, nada soy. Y si repartiese todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregase mi cuerpo para ser quemado, y no tengo amor, de nada me sirve". (1 Corintios 13:1-3)

No importa cuán elevada sea su profesión, aquel cuyo corazón no ha sido imbuido por el amor hacia Dios y su prójimo no es discípulo de Cristo. Aunque posea una gran fe, y aun tenga el poder de hacer milagros, de todos modos, sin amor, su fe no sirve para nada. Podrá manifestar gran liberalidad, pero si reparte sus bienes para alimentar a los pobres impelido por otro motivo que no sea el amor genuino, su obra no lo hará acreedor del favor de Dios. En su celo podría hasta encarar la muerte de un mártir, pero si carece del oro del amor, Dios lo consideraría como un fanático engañado o como un hipócrita ambicioso.

El apóstol prosigue especificando cuáles son los frutos del amor: “El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia”. (Vers. 4) El amor divino que reina en el corazón extermina el orgullo y el egoísmo. “El amor no es jactancioso, no se envanece”. El gozo más puro brota de la humillación más profunda. Los caracteres más fuertes y nobles descansan sobre el cimiento de la paciencia, del amor y de una sujeción que cree en la voluntad de Dios.

El amor “no es indecoroso, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor”. (Vers. 5) El corazón donde reina el amor no estará lleno del deseo de venganza, de heridas que el orgullo y el amor propio darían por insoportables. El amor no es sospechoso e interpreta de la manera más favorable los motivos y hechos de los demás. El amor jamás expondrá innecesariamente las faltas de los otros. No escucha con ansias informes negativos, sino que procura traer a la memoria algunas de las buenas cualidades de la persona a quien se denigra.

El amor “no se goza de la injusticia, mas se

goza de la verdad”. (Vers. 6) Aquel cuyo corazón está imbuido de amor, se entristece por los errores y debilidades de los demás; pero cuando triunfa la verdad, cuando la sombra que oscurecía la buena fama de otra persona se desvanece, o cuando los pecados se confiesan y los males son corregidos, se regocija.

“Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta”. (Vers. 7) El amor no solamente es tolerante hacia las faltas de los demás, sino que gozosamente se somete a cualquier sufrimiento o inconveniencia que dicha tolerancia requiera. Este amor “nunca deja de ser”. (Vers. 8) Jamás perderá su valor; es un atributo del cielo. Como tesoro precioso, puede ser llevado por el que lo posee a través de los portales de la ciudad de Dios.

El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz. La discordia y la contienda son la obra de Satanás y el fruto del pecado. Si como pueblo queremos disfrutar de paz y amor, tenemos que apartarnos de nuestros pecados; tenemos que estar en armonía con Dios y los unos con los otros. Que cada cual se

pregunte: ¿Poseo yo el don del amor? ¿He aprendido a ser paciente y bondadoso? Sin este atributo celestial, los talentos, la preparación y la elocuencia serán tan vacíos como metal que resuena y címbalo que retiñe. ¡Qué lástima que este valioso tesoro se tenga en tan poca estima y se busque tan poco por parte de muchos de los que profesan la fe!

Pablo les escribe así a los colosenses: “Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia; soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros. Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo perfecto. Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo cuerpo; y sed agradecidos”. (Colosenses 3:12-15) “Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él”. (Vers. 17)

El hecho de que estamos bajo una obligación tan grande para con Cristo nos coloca bajo la más sagrada obligación hacia aquellos por quienes él murió y anhela rescatar. Debemos manifestar hacia ellos la misma simpatía, la misma compasión y amor desinteresado que Cristo nos ha manifestado a nosotros. La ambición egoísta, el deseo de la supremacía, morirán cuando Cristo tome posesión de nuestros afectos.

Nuestro Salvador les enseñó a los discípulos a orar así: “Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores”. (Mateo 6:9-13) Se pide aquí una gran bendición bajo ciertas condiciones. Nosotros mismos exponemos las condiciones. Estamos pidiendo que la misericordia de Dios hacia nosotros sea medida según la misericordia que nosotros manifestamos a los demás. Cristo declara que ésta es la regla que el Señor nos aplica en su trato con nosotros: “Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; mas si no perdonáis a los hombres sus

ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas". (Mateo 6:14, 15) ¡Condiciones maravillosas, pero cuán poco se las entiende o se hace caso a ellas! Uno de los pecados más comunes, al cual acompañan los resultados más dañinos, es el abrigar un espíritu no perdonador. ¡Cuántos hay que albergan la animosidad o la venganza y luego se inclinan ante Dios y piden ser perdonados así como ellos perdonan! Seguramente no comprenden verdaderamente el significado de esta oración, de lo contrario no se atreverían a pronunciarla. Dependemos de la misericordia perdonadora de Dios todos los días y a cada hora; ¡cómo pues podemos abrigar amargura y malicia hacia aquellos que, cual nosotros, son también pecadores! Si en su diario convivir los cristianos pusiesen por obra los principios de esta oración, ¡qué cambio bendecido se obraría en la iglesia y en el mundo! Este sería el testimonio más convincente que se pudiera dar acerca de la realidad de la religión bíblica.

Dios espera más de sus seguidores de lo que muchos piensan. A menos que querramos edificar

nuestra esperanza de alcanzar el cielo sobre un cimiento falso, hemos de aceptar la Biblia tal como está escrita y creer que el Señor quiere decir lo que dice. Dios nos da su gracia para que podamos llevar a cabo todo lo que él requiere de nosotros. Si no alcanzamos la norma que se nos indica en su Palabra, no tendremos ninguna excusa que ofrecer en el día del Señor.

El apóstol nos amonesta: “El amor sea sin fingimiento. Aborreced lo malo, seguid lo bueno. Amaos los unos a los otros con amor fraternal; en cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros”. (Romanos 12:9, 10) Es el deseo de Pablo que distingamos entre el amor acendrado y abnegado que es inspirado por el Espíritu de Cristo, y el fingimiento engañoso y carente de sentido que abunda en el mundo. Esta vil falsificación ha hecho desviar a muchas almas. Ella borraría la distinción entre el bien y el mal poniéndose del lado del transgresor en lugar de señalarle fielmente sus errores. Un procedimiento tal nunca brota de una verdadera amistad. El espíritu que lo estimula mora únicamente en el corazón carnal. Aunque el

cristiano será siempre bondadoso, compasivo y perdonador, nunca sentirá que está en armonía con el pecado. Aborrecerá el mal y se aferrará a lo que es bueno, a expensas de la asociación o amistad con los infieles. El Espíritu de Dios hará que odiemos el pecado, mientras que a la vez estamos dispuestos a hacer cualquier sacrificio por salvar al pecador.

"Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente, teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón; los cuales, después que perdieron toda sensibilidad, se entregaron a la lascivia para cometer con avidez toda clase de impureza". (Efesios 4:17-19) En el nombre del Señor Jesús y bajo su autoridad, el apóstol amonesta a sus hermanos que después de haber hecho profesión del Evangelio, no debieran conducirse como lo hacían los gentiles, sino que debían demostrar por medio de su comportamiento diario que se habían convertido de corazón.

“En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad”. (Efesios 4:22-24) En un tiempo estaban corrompidos, degradados y esclavizados por las pasiones lascivas; endrogados por los opios del mundo, ciegos, confundidos y engañados por las tretas de Satanás. Ahora que fueron enseñados en la verdad tal como es en Jesús, tiene que haber un cambio decidido en su vida y carácter.

El recibimiento de miembros cuyos corazones y vida no han sido renovados y reformados ocasiona debilidad en la iglesia. A menudo se pasa por alto este hecho. Algunos ministros e iglesias están tan ansiosos de tener un aumento en Números que no dan su testimonio fielmente en contra de hábitos y prácticas no cristianos. No se enseña a los que aceptan la verdad que no pueden hallar seguridad en ser mundanos en su comportamiento y cristianos de nombre. Hasta ahora habían estado

sujetos a Satanás; de ahora en adelante han de estar sujetos a Cristo. La vida tiene que dar testimonio de que ha habido un cambio de líderes. La opinión pública favorece la mera profesión de cristianismo. Se necesita poca abnegación o sacrificio personal para exhibir una apariencia de piedad y hacer que se registre nuestro nombre en el libro de la iglesia. Por lo tanto, muchos se unen a la iglesia sin haberse primero unido a Cristo. Satanás se regocija cuando esto sucede. Tales conversos son sus agentes más eficaces. Sirven como trampa para otras almas. Son luces falsas que seducen a los incautos hacia la perdición. Es en vano que los hombres procuran hacer del sendero cristiano algo amplio y placentero para los mundanos. Dios no ha suavizado ni ensanchado el camino escabroso y estrecho. Si queremos entrar en la vida, hemos de seguir el mismo camino que Jesús y sus discípulos transitaron, el camino de la humildad, la abnegación y el sacrificio.

Asegúrense los ministros que sus propios corazones sean santificados por la verdad, y que luego trabajen para que se vean los mismos

resultados en sus conversos. Lo que necesitan tanto los ministros como el pueblo, es la religión pura. Aquellos que apartan la iniquidad de sus corazones y que extienden sus manos en ferviente súplica ante Dios recibirán la ayuda que sólo Dios puede darles. Se ha pagado un rescate por las almas de los hombres para que tengan una oportunidad de escaparse de la esclavitud del pecado y obtengan el perdón, la pureza y el cielo mismo.

Dios escucha el clamor de los humildes y contritos. Aquellos que frecuentan el trono de la gracia, pidiendo sincera y fervientemente sabiduría y poder de lo alto, seguramente se convertirán en siervos activos y útiles del Señor. Posiblemente no posean grandes talentos, pero con humildad de corazón y una firme confianza en Jesús podrán hacer una buena obra trayendo almas a Cristo. Alcanzarán a los hombres por medio de Dios.

Los ministros de Cristo deben estar conscientes en todo momento de que su alma debe ser totalmente absorbida por esta obra sagrada; los esfuerzos que hacen deben ser para la edificación

del cuerpo de Cristo y no para exaltarse a sí mismos ante el pueblo; y, aunque los cristianos deben considerar al fiel ministro como embajador de Cristo, deben evitar toda alabanza del hombre.

“Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados; y andad en amor, como también Cristo os amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante”. (Efesios 5:1, 2) Por sus obras malas, el hombre se ha enemistado con Dios, pero Cristo entregó su vida para que todos los que quisiesen fueran libertados del pecado y restituidos al favor del Creador. Fue la anticipación de un universo redimido y santificado lo que indujo a Cristo a hacer el gran sacrificio. ¿Hemos nosotros aceptado los privilegios que a gran costo nos fueron comprados? ¿Somos seguidores de Dios, cual niños amantes, o somos siervos del príncipe de las tinieblas? ¿Adormos a Jehová, o a Baal, al Dios viviente, o a los ídolos?

Aunque no haya altares a la vista, ni ninguna imagen que el ojo puede ver, sin embargo, podemos estar practicando la idolatría. Es tan fácil

hacer una imagen de ideas u objetos acariciados como lo es el hacer dioses de madera o de piedra. Hay miles que tienen un falso concepto de Dios y de sus atributos. Están tan ciertamente adorando a un falso dios como los seguidores de Baal. ¿Estamos nosotros adorando al verdadero Dios, según está revelado en su Palabra, en Cristo y mediante la naturaleza, o estamos adorando algún ídolo filosófico que hemos puesto en su lugar? Dios es un Dios de verdad. La justicia y la misericordia son los atributos de su trono. Es un Dios de amor, de piedad y de tierna compasión. Así está representado en su Hijo, nuestro Salvador. Es un Dios paciente y longánime. Si así es el ser que adoramos y cuyo carácter procuramos asimilar, entonces estamos adorando al verdadero Dios.

Si seguimos a Cristo, sus méritos, que nos son imputados, llegan ante el Padre como olor fragante; y las bondades del carácter de nuestro Salvador, implantadas en nuestro corazón, derramarán una dulce fragancia en nuestro alrededor. El espíritu de amor, mansedumbre y paciencia que llena nuestra vida tendrá poder para suavizar y subyugar

corazones endurecidos y ganar para Cristo a los acerbos enemigos de la fe.

“Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también lo de los otros”. (Filipenses 2:3, 4) “Haced todo sin murmuraciones y contiendas, para que seáis irreprensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una nación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminares en el mundo”. (Vers. 15)

La vanagloria, la ambición egoísta, es la roca sobre la cual muchas almas han sido destruidas y muchas iglesias inutilizadas. Los que menos se dedican a la devoción, que tienen menos conexión con Dios, son los que buscan más ansiosamente el puesto más elevado. No están en absoluto conscientes de sus debilidades y deficiencias de carácter. A menos que muchos de nuestros ministros jóvenes sientan el poder convertidor de Dios, sus labores serán un estorbo en vez de una

ayuda para la iglesia. Pueden haber aprendido las doctrinas de Cristo, pero no han aprendido a Cristo. El alma que constantemente contempla a Jesús verá su amor abnegado y su profunda humildad e imitará su ejemplo. El orgullo, la ambición, el engaño, el odio y el egoísmo, deben ser limpiados del corazón. En muchos, estos rasgos pecaminosos han sido parcialmente vencidos, pero no completamente desarraigados del corazón. Bajo circunstancias favorables, brotan de nuevo y maduran en rebelión contra Dios. Aquí hay un gran peligro. Pasar por alto cualquier pecado es acariciar a un enemigo que sólo espera un momento de descuido para ocasionar la ruina.

"¿Quién es sabio y entendido entre vosotros? Muestre por la buena conducta sus obras en sabia mansedumbre". (Santiago 2:13) Mis hermanos y hermanas, ¿cómo empléais el don de la palabra? ¿Habéis aprendido a controlar la lengua de tal manera que ella siempre obedezca los dictados de una conciencia iluminada y de afectos piadosos? ¿Está libre vuestra conversación de liviandad, orgullo y malicia, engaño e impureza? ¿Estáis sin

engaño ante Dios? Las palabras ejercen un gran poder. Si es posible, Satanás mantendrá la lengua activa en su servicio. Por nosotros mismos no podemos controlar a este miembro indócil. Nuestra única esperanza es la gracia divina.

Los cristianos que ansiosamente estudian cómo pueden asegurarse de la preeminencia debieran más bien estudiar cómo pueden adquirir aquella sabiduría que “es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía”. (Santiago 3:17) Se me ha mostrado que muchos ministros necesitan que estas palabras sean grabadas en su corazón. El creyente dentro del cual Cristo se ha formado como esperanza de gloria mostrará “por la buena conducta sus obras en sabia mansedumbre”. (Vers. 13)

Pedro exhorta de la siguiente manera a los creyentes: “Sed todos de un mismo sentir, compasivos, amándoos fraternalmente, misericordiosos, amigables; no devolviendo mal por mal, ni maldición por maldición, sino por el

contrario, bendiciendo, sabiendo que fuisteis llamados para que heredaseis bendición. Porque: El que quiere amar la vida y ver días buenos, refrene su lengua del mal, y sus labios no hablen engaño; apártese del mal, y haga el bien; busque la paz, y sígala. Porque los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a sus oraciones; pero el rostro del Señor está contra aquellos que hacen el mal". (1 Pedro 3:8-12)

Cuando el camino recto está tan claramente delineado, ¿por qué el pueblo profeso de Dios no anda en él? ¿Por qué no estudian y oran y trabajan con ahínco para ser de un solo pensar? ¿Por qué no procuran tener en sus corazones compasión el uno por el otro, amar a sus hermanos en vez de devolver mal por mal y reproche por reproche? ¿Quién no ama la vida y desea largos días? Sin embargo, ¡cuán pocos cumplen con las condiciones de refrenar la lengua y guardar los labios de hablar engaño! Pocos están dispuestos a seguir el ejemplo de mansedumbre y humildad del Salvador. Muchos le piden al Señor que los humille, pero no están dispuestos a someterse a la disciplina necesaria.

Cuando les llega el momento de prueba y ocurren vejaciones y molestias, el corazón se rebela y la lengua profiere palabras que son como saetas envenenadas o granizo agostador.

La maledicencia es una maldición doble que recae con mayor peso sobre el que la práctica que sobre el que presta oído. El que esparce las semillas de la contienda cosecha los frutos mortíferos dentro de su propia alma. ¡Cuán miserable es el chismoso, el que da lugar a las malas sospechas! Para él, la felicidad es algo ajeno.

“Bienaventurados los pacificadores”. (Mateo 5:9) La gracia y la paz descansan sobre los que rehusan participar en las contiendas de lenguas. Cuando los mercaderes del escándalo se pasean de familia en familia, los que temen a Dios serán castos defensores del hogar. El tiempo que tan a menudo es peor que malgastado en chismes vanos, frívolos y maliciosos, se debe dedicar a fines más elevados y nobles. Si nuestros hermanos y hermanas se convirtiesen en misioneros de Dios, visitando a los enfermos y afligidos y trabajando

paciente y bondadosamente por los errantes, en breve, si imitaran al Modelo, la iglesia prosperaría en todas sus fronteras.

El pecado de la calumnia comienza cuando se acarician malos pensamientos. El engaño incluye la impureza en todas sus formas. Al tolerarse un pensamiento impuro y acariciarse un deseo no santificado, el alma se contamina y se compromete su integridad. “Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y cuando el pecado es consumado, produce la muerte”. (Santiago 1:15) Para no cometer pecado, tenemos que resistir sus mismos comienzos. Todo afecto y pasión han de sujetarse a la razón y a la conciencia. Todo pensamiento no santificado debe ser repelido inmediatamente. Encerraos en vuestros cuartos, seguidores de Cristo. Orad con fe y de todo corazón. Satanás procura haceros caer en su trampa. Para escaparos de sus tretas, es preciso que recibáis ayuda de lo alto.

Por medio de la fe y la oración todos pueden cumplir los requisitos del Evangelio. Nadie puede

ser forzado a transgredir. Primero tiene que ganarse el consentimiento propio; el alma tiene que proponerse cometer el acto pecaminoso antes que la pasión pueda dominar la razón o que la iniquidad triunfe sobre la conciencia. No importa cuán fuerte sea la tentación, no es excusa para el pecado. “Los ojos de Jehová están sobre los justos, y atentos sus oídos al clamor de ellos”. (Salmos 34:15) Alma tentada, clama a Jehová. Arrójate inEl defensa e indigna sobre Jesús y reclama su promesa pura. El Señor escuchará. El sabe cuán fuertes son las inclinaciones del corazón natural, y brindará su ayuda en todo momento de tentación.

¿Has caído en el pecado? Entonces, sin más dilatar, procura de Dios la misericordia y el perdón. Cuando David se convenció de su pecado, derramó su alma en arrepentimiento y humillación ante Dios. Sentía que podría soportar la pérdida de su corona, pero no de ser privado del favor de Dios. Todavía se extiende misericordia al pecador. En medio de todos nuestros desvaríos, el Señor nos llama así: “Volveos, hijos apóstatas, y sanaré vuestras apostasías”. (Jeremías 3:22) Las

bendiciones de Dios serán nuestras si escuchamos la voz suplicante de su Espíritu. “Como el padre se compadece de los hijos, se compadece Jehová de los que le temen”. (Salmos 103:13)

Capítulo 18

La diligencia en los negocios

“¿Has visto hombre solícito en su obra? Delante de los reyes estará; no estará delante de los de baja suerte”. “La mano negligente hace pobre: mas la mano de los diligentes enriquece”. “Amándoos los unos a los otros con caridad fraternal; previniéndoos con honra los unos a los otros; en el cuidado no perezosos; ardientes en espíritu; sirviendo al Señor” (Proverbios 22:29; 10:4; Romanos 12:10, 11)

Las muchas amonestaciones a ser diligentes que hallamos tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo, indican claramente la íntima relación que existe entre nuestras costumbres de vida y nuestras prácticas y sentimientos religiosos. La mente y el cuerpo humano están constituídos de tal manera que necesitan bastante ejercicio para el debido desarrollo de todas sus facultades.

Mientras que muchos están demasiado

dedicados a los negocios mundanales, otros van al extremo opuesto, y no trabajan lo suficiente para sostenerse a sí mismos y a aquellos que dependen de ellos. El Hno. _____ pertenece a esta clase. Aunque ocupa el puesto de jefe de familia, no lo es en realidad. Deja descansar las pesadas responsabilidades y cargas sobre su esposa, mientras él se entrega a la indolencia descuidada, o se ocupa con pequeños asuntos que representan muy poco para el sostén de su familia. Suele permanecer sentado durante varias horas y conversar con sus hijos y vecinos acerca de asuntos de poca consecuencia. Toma las cosas con comodidad, goza de la vida, mientras que la esposa y madre hace el trabajo que tiene que ser hecho para preparar la comida y la ropa.

Este hermano es hombre pobre, y siempre será una carga para la sociedad a menos que asuma el privilegio que Dios le dio y se haga hombre. Cualquiera puede encontrar trabajo de alguna clase si realmente lo desea; pero el descuidado y desatento encontrará que los puestos que podría haber conseguido son llenados por los que tienen

mayor actividad y tino comercial.

Hermano mío, Dios no quiso nunca que usted estuviese en la situación de pobreza en que se encuentra ahora. ¿Para qué le habría dado ese físico? Usted es tan responsable de sus facultades físicas como sus hermanos lo son de sus recursos. Algunos de ellos saldrían ganando si pudiesen cambiar su propiedad por las fuerzas físicas suyas. Pero si se encontrasen en su situación, mediante el empleo diligente de sus facultades mentales y físicas no pasarían menester ni deberían cosa alguna a nadie. Si las circunstancias parecen estar contra usted, no es porque Dios le tenga inquina, sino porque usted no emplea las fuerzas que le ha dado. El no quería que sus facultades se herrumbrasen en la inacción, sino que las fortaleciese por el uso.

La religión que usted profesa le impone el deber de emplear su tiempo tanto durante los seis días de trabajo, como asistir a la iglesia el sábado. Usted no es diligente en los negocios. Deja pasar las horas, los días y aun las semanas sin hacer

nada. El mejor sermón que podría predicar al mundo sería mostrar una decidida reforma en su vida, y proveer para su familia. Dice el apóstol: “Si alguno no tiene cuidado de los suyos, y mayormente de los de su casa, la fe negó, y es peor que un infiel”. (1 Timoteo 5:8)

Usted ocasiona oprobio a la causa domiciliándose en un lugar donde permanece en la indolencia por un tiempo y luego se ve obligado a endeudarse a fin de proveer para su familia. No es siempre escrupuloso en pagar esas deudas, sino que en vez de hacerlo se traslada a otro lugar. Esto es defraudar a su prójimo. El mundo tiene derecho a esperar estricta integridad de aquellos que profesan ser cristianos de acuerdo con la Biblia. Por la indiferencia de un hombre en cuanto a pagar sus justas deudas, todos nuestros hermanos están en peligro de ser considerados como deshonestos.

“Y como queréis que os hagan los hombres, así hacedles también vosotros”. (Lucas 6:31) Esto se refiere tanto a los que trabajan con sus manos como a aquellos que tienen dones que conceder. Dios le

ha dado fuerza y habilidad, pero usted no las ha usado. Su fuerza es suficiente para proveer abundantemente a las necesidades de su familia. Levántese por la mañana, aun mientras las estrellas brillan, si es necesario. Propóngase hacer algo, y luego hágalo. Redima toda promesa, a menos que la enfermedad le postre. Mejor es negarse el alimento y el sueño que ser culpable de defraudar a otros de lo que se les debe con justicia.

La montaña del progreso no se puede escalar sin esfuerzo. Nadie debe esperar que se lo lleve al éxito en los asuntos religiosos ni en los seculares, sin que necesite valerse de sus propios esfuerzos. La carrera no es siempre para los veloces, ni la batalla para los fuertes; sin embargo, el que trabaje con mano perezosa empobrecerá. Los perseverantes y laboriosos no sólo son felices ellos mismos, sino que contribuyen grandemente a la felicidad ajena. La competencia y la comodidad no se alcanzan generalmente sino por ardoroso trabajo. Faraón demostró su aprecio por este rasgo de carácter cuando dijo a José “Si entiendes que hay entre ellos hombres eficaces, ponlos por

mayorales del ganado mío”. (Génesis 47:6)

El Hno. _____ no tiene excusa, a menos que sean una excusa el amor a la comodidad y la incapacidad de hacer planes y ponerse a trabajar. La mejor conducta que le incumbe ahora es irse de casa y trabajar bajo la dirección de otro que haga planes para él. Ha sido durante tanto tiempo un negligente e indolente amo para consigo mismo, que realiza poco, y su ejemplo es malo para sus hijos. Ellos llevan la estampa de su carácter. Dejan que la madre lleve las cargas. Cuando se les pide que hagan algo, lo hacen; pero no cultivan, como deben hacerlo todos los niños, la facultad de ver lo que necesita ser hecho y hacerlo sin que se les diga.

Una mujer se perjudica a sí misma y a los miembros de su familia gravemente cuando hace el trabajo suyo y el de ellos también; cuando trae la leña y el agua, y aun toma el hacha para cortar la leña, mientras su esposo y sus hijos permanecen sentados alrededor del fuego en agradable reunión social. Dios nunca se propuso que las esposas y madres fuesen esclavas de sus familias. Más de una

madre está sobrecargada de cuidados, porque no ha enseñado a sus hijos a participar de las cargas domésticas. Como resultado, ella envejece y muere prematuramente, dejando a sus hijos precisamente cuando más necesitan a una madre que guíe sus pies inexpertos. ¿Quién tiene la culpa?

Los esposos deben hacer todo lo que puedan para ahorrar cuidados a la esposa, y mantener alegre su espíritu. Nunca debe fomentarse la ociosidad ni permitirse en los niños, porque pronto viene a ser un hábito. Cuando no se las dedica a ocupaciones útiles, las facultades degeneran o se vuelven activas en obras malas.

Lo que usted necesita, hermano mío, es ejercicio activo. Cada rasgo de su rostro, cada facultad de su mente lo indica. A usted no le gusta el trabajo rudo, ni ganarse el pan con el sudor de su frente. Pero éste es el plan ordenado por Dios en la economía de la vida.

Usted no termina lo que emprende. No se ha disciplinado en la regularidad. El sistema es todo.

Haga tan sólo una cosa a la vez, y hágala bien, terminándola antes de empezar el segundo trabajo. Usted debiera tener horas regulares para levantarse, orar, comer. Muchos malgastan horas de precioso tiempo en cama, porque ello satisface la inclinación natural, y el obrar de otra manera requiere esfuerzo. Una hora desperdiciada por la mañana está perdida, y nunca se ha de recuperar. Dice el sabio: “Pasé junto a la heredad del hombre perezoso, y junto a la viña del hombre falto de entendimiento; y he aquí que por toda ella habían ya crecido espinas, ortigas habían ya cubierto su haz, y su cerca de piedra estaba ya destruida. Y yo miré y púselo en mi corazón: vilo, y tomé consejo. Un poco de sueño, cabeceando otro poco, poniendo mano sobre mano otro poco para dormir; así vendrá como caminante tu necesidad, y tu pobreza como hombre de escudo”. (Proverbios 24:30-34)

Los que aseveran tener la menor medida de piedad, deben adornar la doctrina que profesan, y no dar ocasión a que la verdad sea vilipendiada por causa de su conducta desconsiderada. “No debáis a nadie nada”, dice el apóstol. (Romanos 13:8) Usted

debe ahora, hermano mío, emprender fervorosamente la corrección de sus costumbres de indolencia, redimiendo el tiempo. Deje ver al mundo que la verdad obró una reforma en su vida.

Capítulo 19

El traslado a Battle Creek

Nuestro Salvador se representa a sí mismo como un hombre que sale de viaje a un país lejano, deja su casa a cargo de siervos escogidos, y asigna a cada cual su trabajo. Todo cristiano tiene algo que hacer en el servicio de su Maestro. No hemos de procurar nuestra propia comodidad ni conveniencia, sino más bien considerar el engrandecimiento del reino de Cristo, como nuestra primera prioridad. Los esfuerzos abnegados hechos para ayudar y bendecir a nuestro prójimo no solamente revelarán nuestro amor por Jesús, sino que nos mantendrán cerca de él en dependencia y fe y nuestras propias almas crecerán continuamente en gracia y en el conocimiento de la verdad.

Dios ha dispersado a sus hijos por diversas comunidades para que la luz de la verdad brille en medio de la oscuridad moral que envuelve la tierra. Mientras más densa la oscuridad que nos rodea, mayor la necesidad de que nuestra luz alumbre

para Dios. Puede ser que seamos colocados en circunstancias de grandes dificultades y pruebas, pero esto no es evidencia de que no estamos en el lugar que la Providencia nos ha asignado. Entre los cristianos de Roma en los días de Pablo, el apóstol menciona a “los de la casa de César”. (Filipenses 4:22) En ningún lado podría la atmósfera moral ser más desfavorable para el cristianismo que la corte romana bajo el cruel y libertino Nerón. Sin embargo, los que habían aceptado a Cristo mientras estaban al servicio del emperador no se sentían libres después de su conversión para dejar su puesto de responsabilidad. Frente a tentaciones seductoras, fiera oposición y peligros espantosos, fueron fieles testigos de Cristo.

Quien quiera que dependa enteramente de la gracia divina podrá hacer que su vida sea un constante testimonio en favor de la verdad.

No hay situación en la que no se pueda ser un cristiano verdadero y leal. No importa cuán grandes sean los obstáculos, todos los que determinan obedecer a Dios encontrarán que el

camino se les abrirá a medida que avanzan.

Los creyentes que se mantienen fieles a Dios en medio de influencias antagónicas están ganando una experiencia de inestimable valor. Su fuerza aumenta con cada obstáculo sobrepasado y cada tentación vencida. Este es un hecho que a menudo se pasa por alto. Cuando una persona ha recibido la verdad, los amigos equivocados temen exponerla a cualquier prueba y procuran inmediatamente colocarla en una situación más fácil. La persona se marcha a un lugar donde todo armoniza con ella; pero, ¿crece de esta manera su fuerza espiritual? En muchos casos, no. Llega a tener tanto vigor como una planta de invernadero. Deja de velar; su fe se debilita; ni crece ella misma ni ayuda a otros a crecer en gracia.

¿Se retraen algunos de sostener la verdad en medio de la incredulidad y la oposición? Les ruego que recuerden a los creyentes de la casa de Nerón; que consideren la depravación y la persecución a las que tuvieron que hacer frente, y que deriven de su ejemplo una lección de valor, fortaleza y fe.

Tal vez sea aconsejable a veces que aquellos que son tiernos en la fe sean retirados de las grandes tentaciones y la oposición, y colocados donde puedan disfrutar del cuidado y consejo de cristianos de experiencia. Sin embargo, que tengan siempre presente que la vida cristiana es una lucha continua; que el acariciar la pereza y la indolencia resultará fatal para el éxito.

Después de haber aceptado la verdad, no debiéramos unirnos con aquellos que se oponen a ella, ni en ninguna manera tampoco colocarnos donde se nos haga difícil vivir nuestra fe; pero, si alguno que se halla en semejante situación aceptase la verdad, que pese bien el asunto antes de abandonarla. Pudiera ser el designio de Dios que otros sean traídos al conocimiento de la verdad mediante su influencia y ejemplo.

Muchos están vinculados mediante lazos familiares con los opositores de la verdad. Estos creyentes a menudo son sometidos a grandes pruebas, pero por medio de la gracia divina pueden

glorificar a Dios obedeciendo la verdad.

Como siervos de Cristo debiéramos ser fieles en el puesto donde Dios ve que podemos rendir el servicio más eficiente. Si se nos presentan oportunidades para ser de mayor utilidad, las debiéramos aceptar a instancias del Maestro, y su sonrisa aprobadora descansará sobre nosotros; pero temamos dejar el trabajo que nos ha sido asignado, a menos que el Señor claramente nos indique nuestro deber de servirle en otro campo.

Se necesitan diferentes calificaciones para los diversos aspectos de la obra. El carpintero no está capacitado para trabajar sobre el yunque, ni el herrero para usar el cepillo. El mercader estaría fuera de lugar al pie del lecho de un enfermo, y el médico en la oficina de contabilidad. Aquellos que se cansan de la obra que Dios les ha encomendado y que se colocan en puestos donde no pueden o no quieren trabajar, serán tenidos como obreros perezosos. “A cada uno su obra”. (Marcos 13:34) Nadie está exento.

Como pueblo hemos olvidado en gran medida nuestro deber de actuar como misioneros para Dios en el puesto preciso donde él nos ha colocado. Muchos abandonan ansiosamente sus deberes y oportunidades presentes por entrar en un campo más amplio; se imaginan que en alguna otra posición se les hará menos difícil obedecer la verdad. Se piensa que nuestras iglesias más grandes ofrecen mayores ventajas, y hay entre nuestro pueblo una tendencia creciente de abandonar su puesto especial de responsabilidad y trasladarse a Battle Creek o a las proximidades de alguna otra iglesia grande. Esta práctica no sólo amenaza la prosperidad y aun la vida misma de nuestras iglesias más pequeñas, sino que nos impide hacer la obra que Dios nos ha dado y está destruyendo nuestra espiritualidad y utilidad como pueblo.

Desde casi todas las iglesias de Míchigan y en cierto grado de otros Estados, nuestros hermanos y hermanas han estado agolpándose en Battle Creek. Muchos de ellos eran ayudantes eficientes en las iglesias más pequeñas, y su retiro ha debilitado en

gran manera a esos grupos pequeños; en algunos casos esto ha hecho que la iglesia se haya desorganizado completamente.

Los que se han trasladado a Battle Creek, ¿han sido una ayuda para la iglesia? Al presentarse el asunto ante mí, procuré ver a los que estuvieran testificando vivamente por Dios, sintiendo responsabilidad por la juventud, visitando de casa en casa, orando con las familias y trabajando en favor de los intereses espirituales de ellas. Vi que esta obra se había descuidado. Al llegar a esta iglesia grande, muchos sienten que no tienen una parte que hacer. Por consiguiente, se cruzan de brazos y evitan toda responsabilidad y esfuerzo. Hay algunos que vienen aquí meramente para asegurarse de algún beneficio financiero. Esta clase de personas son una carga pesada para la iglesia. Inutilizan la tierra y sus ramas estériles impiden que otros árboles disfruten de la gloriosa luz del cielo.

No agrada a Dios que tantos de nuestros ministros radiquen en Battle Creek. Si sus familias

estuvieran esparcidas en diferentes partes del campo serían de más ayuda. Es cierto que el ministro pasa apenas un corto tiempo en la casa; sin embargo, hay muchos lugares donde ese tiempo pudiera ser de más beneficio a la causa de Dios.

Dice el Señor a muchos de los que están en Battle Creek: ¿Qué haces aquí? ¿Qué cuenta rendirás por haber abandonado tu labor asignada, convirtiéndote en estorbo y no en ayuda para la iglesia?

Hermanos, os ruego que comparéis vuestro propio estado espiritual tal como lo es ahora con lo que fue cuando estábais ocupados activamente en la causa de Cristo. Mientras ayudábais y animábais a la iglesia cobrábais una experiencia útil y guardábais vuestras almas en el amor de Dios. Después de haber dejado de trabajar por los demás, ¿no se ha enfriado vuestro propio amor y no ha languidecido vuestro celo? Y a vuestros hijos, ¿cómo les va? ¿Están más afianzados en la verdad y más dedicados a Dios que antes de llegar a esta iglesia grande?

La influencia que ejercen algunos que han estado largo tiempo vinculados con la obra de Dios es mortífera para la espiritualidad y la devoción. Estos jóvenes creyentes de corazón empedernido se han rodeado de una atmósfera de mundanalidad, irreverencia e infidelidad. ¿Os atrevéis a correr el riesgo de cosechar el efecto de estas asociaciones sobre vuestros hijos? Sería mejor para ellos que nunca obtuvieran una educación, si es que no pueden adquirirla sin sacrificar sus principios y la bendición de Dios.

Entre los jóvenes que llegan a Battle Creek hay algunos que se mantienen fieles a Dios en medio de la tentación, pero el número es reducido. Muchos de los que vienen aquí llenos de confianza en la verdad, en la Biblia y en la religión han sido desviados por compañeros y han vuelto a sus hogares dudando la verdad misma que como pueblo atesoramos.

Que todos nuestros hermanos que tienen en mente mudarse a Battle Creek o enviar a sus hijos

allá, estudien bien el asunto antes de dar el paso. A menos que las fuerzas en este gran centro estén defendiendo la fortaleza, a menos que la fe y la devoción de la iglesia sean proporcionales a sus privilegios y oportunidades, ésta es la posición más peligrosa que podéis escoger. Yo he visto la condición de esta iglesia según la ven los ángeles. Tanto el pueblo como los guardas sufren de engaño espiritual. Mantienen una apariencia de religión, pero carecen de los eternos principios de justicia. A menos que haya un cambio decidido, una transformación definida en esta iglesia, la escuela de allí debiera ser trasladada a alguna otra localidad.

Si la juventud que ha vivido aquí por años hubiera sabido aprovechar sus oportunidades, algunos de los que ahora son escépticos se hubieran dedicado al ministerio; pero ellos han considerado que dudar de la verdad es señal de superioridad intelectual y, han abrigado la infidelidad y se han jactado de su independencia. Han ofendido al Espíritu de la gracia y pisoteado la sangre de Cristo.

¿Dónde están los misioneros que debieran prepararse en este centro que es de la obra? Cada año se debieran enviar de veinte a cincuenta misioneros de Battle Creek al campo, para llevar la verdad a los que están en oscuridad; pero la piedad ha llegado a un punto tan bajo, la devoción está tan debilitada, y prevalecen de tal manera la mundanalidad y el egoísmo, que la atmósfera moral engendra un letargo que mata el celo misionero.

No es necesario que vayamos a países lejanos para ser misioneros de Dios. A nuestro alrededor hay campos que están “blancos para la siega” y quien quiera recogerá “fruto para vida eterna”. Dios llama a muchos en Battle Creek que están muriéndose de pereza espiritual a que se vayan a donde él pueda emplearlos en su causa. Salid de Battle Creek, aunque esto requiera de vosotros un sacrificio pecuniario. Id a donde podáis ser una bendición para los demás. Id a donde podáis fortalecer alguna iglesia débil. Poned en uso las fuerzas que Dios os ha dado.

Sacudid de vosotros el letargo espiritual. Trabajad con toda vuestra fuerza para que podáis salvar vuestras propias almas y las de otros. Ahora no es el tiempo de decir “paz y seguridad”. Para dar este mensaje no se necesitan oradores elocuentes. Ha de proclamarse la verdad en toda su punzante severidad. Se necesitan hombres de acción, hombres que trabajen con energía dedicada e inagotable en favor de la purificación de la iglesia y la amonestación del mundo. Ha de llevarse a cabo una gran obra; han de trazarse planes más amplios; ha de salir una voz para despertar a las naciones. Los individuos cuya fe es débil y vacilante no son los que llevarán adelante la obra en este tiempo de grave crisis. Necesitamos valor de héroes y fe de mártires.

Capítulo 20

La mundanalidad de la Iglesia

Acerca de los santos hombres de la antigüedad está escrito que Dios no se avergonzaba de ser llamado su Dios. La razón dada es que en lugar de codiciar las posesiones materiales o de buscar la felicidad a través de planes y aspiraciones mundanas, colocaban su todo sobre el altar de Dios y lo utilizaban para el avance de su reino. Vivían sólo para la gloria de Dios y declaraban cándidamente que eran forasteros y peregrinos sobre la tierra en busca de una patria mejor; es decir, la celestial. Su conducta daba evidencia de su fe. Dios les podía confiar su verdad y dejar que el mundo recibiera de ellos el conocimiento de su voluntad.

¿Cómo mantiene hoy el pueblo de Dios el honor de su nombre? ¿Cómo deducirá el mundo que son un pueblo especial? ¿Qué pruebas hay de que son ciudadanos del cielo? El comportamiento de complacencia propia y comodidad que siguen le

da el mentís al carácter de Cristo, quien si los honrara de una manera señalada ante el mundo, estaría con ello aprobando esta falsa representación de su carácter.

Me dirijo a la iglesia de Battle Creek: ¿Qué clase de testimonio estáis dando al mundo? Al presentárseme vuestro proceder, me fueron señaladas las casas que recientemente han sido construidas por nuestro pueblo en esa ciudad. Estos edificios son otros tantos monumentos de vuestra incredulidad para con las doctrinas que profesáis. Ellos predican sermones más efectivos que ninguno de los que se predican desde el púlpito. Vi que los mundanos, mofándose y riéndose, los señalan como una negación de nuestra fe. Proclaman lo que sus dueños han estado diciendo en su corazón: “Mi señor se tarda en venir”.

Contemplé la manera de vestir y escuché la conversación de muchos que profesan la verdad. Ambas cosas se oponían a los principios de la verdad. El vestido y la conversación revelan lo que más atesoran los que dicen que son peregrinos y

advenedizos sobre la tierra. “Son del mundo; por lo tanto, hablan del mundo, y el mundo los oye”.

Una llaneza y sencillez puritánicas debieran identificar las moradas y la vestimenta de todos aquellos que creen las solemnes verdades para este tiempo. El empleo de recursos para el vestido o el adorno de nuestras casas es un gasto innecesario del dinero del Señor. Constituye una defraudación de la causa de Dios para la satisfacción del orgullo. Nuestras instituciones están sobrecargadas de deudas cómo hemos de esperar que el Señor conteste nuestras oraciones en favor de su prosperidad cuando no estamos haciendo lo posible para aliviar su apuro económico?

Me dirijo a vosotros como Cristo a Nicodemo: “Tendréis que renacer”. Los que son gobernados por Cristo en su interior no sentirán ningún deseo de imitar la ostentación del mundo. Llevarán consigo a todas partes la bandera de la cruz, siempre dando testimonio de propósitos más elevados y de temas más nobles que aquellos en que están absortos los mundanos. Nuestra

vestimenta, nuestras casas, nuestra conversación, debieran dar testimonio de nuestra consagración a Dios. ¡Cuánto poder acompañaría a los que dieran muestras de haberlo dejado todo por Cristo! A Dios no le avergonzaría reconocerlos como hijos suyos. El bendeciría a su pueblo dedicado, y el mundo incrédulo le temería.

Cristo anhela trabajar poderosamente mediante su Espíritu en favor de la convicción y conversión de los pecadores. Pero, conforme a su divino plan, la obra ha de hacerse mediante el instrumento de su iglesia, y sus miembros se han apartado tan lejos de él, que no puede llevar a cabo su voluntad a través de ellos. Dios escoge trabajar a través de ciertos medios; sin embargo, los medios que emplea han de estar en armonía con su carácter.

¿Quiénes hay en Battle Creek que sean fieles y leales? Que se pongan del lado del Señor. Si deseamos estar en una posición donde Dios pueda usarnos, tendremos que poseer tanto una fe como una experiencia personales. Sólo los que confían enteramente en Dios están seguros ahora. No

hemos de seguir ningún ejemplo ni depender de ningún apoyo humano. Hay muchos que constantemente asumen puntos de vista equivocados y hacen malas movidas; si confiamos en su dirección nos desviaremos.

Algunos que profesan ser portavoces de Dios niegan su fe por medio de su vida diaria. Les presentan a la gente verdades importantes; pero, ¿a quiénes les impresionan estas verdades? ¿Quiénes se convencen del pecado? Los que oyen, saben que los que hoy predican, mañana serán los primeros en unirse al placer, la hilaridad y la frivolidad. Su influencia fuera del púlpito apacigua la conciencia de los impenitentes y hace que el ministerio sea despreciado. Ellos mismos están dormidos en los umbrales del mundo eterno. La sangre de las almas mancha sus ropas.

¿En qué han de ocuparse los fieles siervos de Cristo? “Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu” (Efesios 6:18), orando en la cámara secreta, con la familia, en la congregación, en todo lugar; “y velando en ello con toda

perseverancia”. Ellos sienten que las almas están en peligro y con una fe dedicada y humilde oran por el cumplimiento de las promesas de Dios en su favor. El rescate pagado por Cristo, su expiación sobre la cruz, está siempre delante de ellos. Anhelarán tener almas como sello de su ministerio.

El reproche del Señor recae sobre su pueblo por causa de su altivez e incredulidad. No les devolverá el gozo de su salvación mientras que se aparten de las instrucciones de su palabra y de su Espíritu. Otorgará su gracia a los que le temen y andan conforme a la verdad, y retraerá su bendición de todos los que se asimilan al mundo. A los humildes y arrepentidos se les promete misericordia y verdad, y se pronuncian castigos sobre los rebeldes.

La iglesia de Battle Creek pudo haberse mantenido libre de idolatría, y su fidelidad hubiera sido un ejemplo para otras iglesias; pero está más dispuesta a apartarse de los mandamientos de Dios que a renunciar a su amistad con el mundo. Está unida a los ídolos que ha escogido; y, debido a que disfruta de prosperidad temporal y del favor del

mundo impío, se cree rica para con Dios. Esto resultará ser un engaño fatal para muchos. Su carácter divino y fuerza espiritual se han apartado de ella.

A esta iglesia le aconsejo que atienda la amonestación del Salvador: “Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepiéntete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré pronto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieres arrepentido” (Apocalipsis 2:5)

Capítulo 21

La consulta a los médicos espiritistas

“Y Ocozías cayó por la ventana de una sala de la casa que tenía en Samaria; y estando enfermo, envió mensajeros, y les dijo: Id, y consultad a Baal-zebub dios de Ecrón, si he de sanar de esta mi enfermedad. Entonces el ángel de Jehová habló a Elías Tisbita, diciendo: Levántate, y sube a encontrarte con los mensajeros del rey de Samaria, y diles: ¿No hay Dios en Israel, que vais a consultar a Baal-zebub dios de Ecrón? Por tanto, así ha dicho Jehová: Del lecho en que estás no te levantarás, sino que ciertamente morirás”. (2 Reyes 1:2-4)

Este relato presenta sorprendentemente el desagrado divino en que incurren los que se apartan de Dios para dirigirse a los agentes satánicos. Poco tiempo antes de los acontecimientos mencionados, el reino de Israel

había cambiado de gobernante. Acab había caído bajo el juicio de Dios, y había sido sucedido por su hijo Ocozías, personaje indigno, que sólo hizo lo malo ante los ojos de Jehová, andando en los caminos de su padre y de su madre, e induciendo a Israel a pecar. Servía a Baal, y le adoraba, provocando la ira de Jehová Dios de Israel, como lo había hecho su padre Acab. Pero los juicios siguieron pronto a los pecados del rey rebelde. Una guerra con Moab, y luego el accidente que amenazó su vida, atestiguaron la ira de Dios contra Ocozías.

¡Cuánto había oído y visto el rey de Israel en el tiempo de su padre, acerca de las obras asombrosas del Altísimo! ¡Qué terrible evidencia de su severidad y celo había dado Dios al apóstata Israel! Ocozías sabía todo esto; sin embargo, obró como si estas tremendas realidades, y aun el terrible fin de su propio padre hubiesen sido un cuento. En vez de humillar su corazón ante el Señor, se atrevió a cometer el acto más audaz de impiedad que señalara su vida. Ordenó a sus siervos: “Id y consultad a Baal-zebub dios de Ecrón, si he de

sanar de esta mi enfermedad”. (2 Reyes 1:2)

Se creía que el ídolo de Ecrón daba información, por medio de sus sacerdotes, acerca de los acontecimientos futuros. Esto era tan generalmente creído que muchos, desde distancias considerables, recurrían a dicho ídolo. Las predicciones allí hechas y la información dada, procedían directamente del príncipe de las tinieblas. Satanás es quien creó y quien sostiene el culto de los ídolos, para apartar de Dios la mente de los hombres. Es por su intervención como se sostiene el reino de las tinieblas y mentiras.

La historia del pecado y castigo de Ocozías encierra una lección y advertencia que nadie puede despreciar con impunidad. Aunque no tributen homenaje a los dioses paganos, millares están adorando ante el altar de Satanás tan ciertamente como lo hacía el rey de Israel. El mismo espíritu de idolatría pagana abunda hoy, aunque, bajo la influencia de la ciencia y la educación, ha asumido una forma más refinada y atrayente. Cada día añade tristes evidencias de que la fe en la segura

palabra de la profecía está disminuyendo rápidamente, y de que en su lugar la superstición y hechicería satánicas están cautivando las mentes humanas. Todos los que no escudriñan fervientemente las Escrituras, ni someten todo deseo y propósito de la vida a esa prueba infalible, todos los que no buscan a Dios en oración para obtener el conocimiento de su voluntad, se extraviarán seguramente de la buena senda, y caerán bajo la seducción de Satanás.

Los oráculos paganos tienen su contraparte en los médiums espiritistas, clarividentes y agoreros de hoy. Las voces místicas que hablaban en Ecrón y Endor están todavía extraviando a los hijos de los hombres por sus palabras mentirosas. El príncipe de las tinieblas ha aparecido con nuevo disfraz. Los misterios del culto pagano han sido reemplazados por las asociaciones y sesiones secretas, las oscuridades y prodigios de los magos de nuestro tiempo. Estas revelaciones son recibidas ávidamente por millares que se niegan a aceptar la luz de la Palabra de Dios o de su Espíritu. Mientras hablan con desprecio de los magos antiguos, el

gran engañador se ríe triunfalmente, pues ceden a sus artes bajo una forma diferente.

Sus agentes continúan pretendiendo curar la enfermedad. Atribuyen su poder a la electricidad, el magnetismo, o los así llamados “remedios simpáticos”. A la verdad no son sino conductos para las corrientes eléctricas de Satanás. Por este medio, él echa su ensalmo sobre los cuerpos y las almas de los hombres.

De vez en cuando he recibido cartas, tanto de nuestros ministros como de los miembros laicos de la iglesia, para averiguar si considero malo el consultar a médicos espiritistas y clarividentes. Por falta de tiempo no he contestado a esas cartas. Pero ahora el asunto ha sido nuevamente sometido a mi atención. Tan numerosos se están volviendo estos agentes de Satanás, y tan general la práctica de pedirles consejo, que parece necesario proferir palabras de advertencia.

Dios ha puesto a nuestro alcance la posibilidad de obtener conocimiento de las leyes de la salud.

Nos ha impuesto el deber de conservar nuestras facultades físicas en la mejor condición posible, a fin de que le prestemos servicio aceptable. Los que se niegan a aprovechar la luz y el conocimiento que han sido puestos misericordiosamente a su alcance, están rechazando uno de los medios que Dios les ha concedido para favorecer tanto la vida espiritual como la física. Se están colocando donde estarán expuestos a las seducciones de Satanás.

No pocos, en esta era cristiana y en esta nación cristiana, recurren a los malos espíritus, antes que confiar en el poder del Dios viviente. La madre, que vela junto al lecho de su hijo enfermo exclama: "No puedo hacer más. ¿No hay médico que tenga poder para sanar a mi hijo?" Se le habla de las maravillosas curaciones realizadas por algún clarividente o sanador magnético, y ella le confía su amado, poniéndolo tan ciertamente en las manos de Satanás como si éste estuviese a su lado. En muchos casos, la vida futura del niño queda dominada por una potencia satánica que parece imposible de quebrantar.

Muchos no quieren hacer el esfuerzo necesario para obtener un conocimiento de las leyes de la vida y de los sencillos medios que se pueden emplear para recuperar la salud. No se colocan en la debida relación con la vida. Cuando la transgresión de la ley natural provoca la enfermedad, no tratan de corregir sus errores, para pedir luego la bendición de Dios, sino que recurren a los médicos. Si recobran la salud, dan a las drogas y a los médicos toda la honra. Están siempre listos para idolatrar el poder y la sabiduría humanos, pareciendo no conocer otro dios que la criatura que es polvo y ceniza.

He oído a una madre rogar a un médico incrédulo que salvase la vida de su hijo; pero cuando le rogué que pidiese ayuda al gran Médico que puede salvar hasta lo sumo a todos los que a él se allegan con fe, se dio vuelta con impaciencia. En esto vemos el mismo espíritu que manifestó Ocozías.

No es seguro confiar en los médicos que no tienen temor de Dios. Sin la influencia de la gracia

divina, el corazón de los hombres es “engañoso... más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?” (Jeremías 17:9) El engrandecimiento propio es su blanco. ¡Cuántas iniquidades se ocultan bajo el manto de la profesión médica, cuántos engaños se sostienen! El médico puede pretender que posee gran sabiduría y habilidad maravillosa, mientras que su carácter es relajado, y sus prácticas contrarias a las leyes de la vida. El Señor nuestro Dios nos asegura que él aguarda para ser misericordioso; nos invita a invocarle en el día de la angustia. ¿Cómo podemos apartarnos de él para confiar en un brazo de carne?

Venid conmigo al cuarto de un enfermo. Allí yace un esposo y padre, un hombre que es una bendición para la sociedad y la causa de Dios. Ha sido repentinamente postrado por la enfermedad. El fuego de la fiebre parece consumirlo. Anhela un poco de agua pura para mojar sus labios resecos, para aplacar la furiosa sed, y refrescar la frente febril. Pero no; el doctor ha prohibido el agua. Se le administra el estímulo de una bebida alcohólica, se añade combustible al fuego. La bendita agua,

don del cielo, aplicada hábilmente, apagaría la llama devoradora, pero se la reemplaza por drogas venenosas.

Por un tiempo, la naturaleza contiende por sus fueros, pero al fin, vencida, renuncia a la lucha, y la muerte liberta al doliente. Dios deseaba que ese hombre viviese, a fin de que beneficiase al mundo; Satanás resolvió destruirlo, y logró hacerlo por el médico. ¿Hasta cuándo permitiremos que se apaguen así nuestras luces más preciosas?

Ocozías mandó a sus siervos para interrogar a Baal-zebub, en Ecrón; pero en vez de un mensaje del ídolo, oyó la terrible denuncia del Dios de Israel: “Del lecho en que subiste no descenderás, antes morirás ciertamente”. Fue Cristo quien ordenó a Elías que dijese esas palabras al rey apóstata.

Jehová Emanuel tenía motivo para estar muy agraviado por la impiedad de Ocozías. ¿Qué no habría hecho Cristo para ganar el corazón de los pecadores, para inspirarles inquebrantable

confianza en sí mismo? Durante siglos había visitado a su pueblo con manifestaciones de la más condescendiente bondad y amor sin ejemplo. Desde los tiempos de los patriarcas, había mostrado que sus “delicias son con los hijos de los hombres”. (Proverbios 8:3) Había sido un pronto auxilio para todos los que le buscaban con sinceridad. “En toda angustia de ellos él fue angustiado, y el ángel de su faz los salvó: en su amor y en su clemencia los redimió”. (Isaías 63:9) Sin embargo, Israel se había rebelado contra Dios, y se había apartado de él para buscar la ayuda del peor enemigo del Señor.

Los hebreos eran la única nación favorecida con un conocimiento del verdadero Dios. Cuando el rey de Israel envió a consultar el oráculo pagano, proclamó a los gentiles que tenía más confianza en sus ídolos que en el Dios de su pueblo, Creador del cielo y de la tierra. Asimismo los que profesan conocer la Palabra de Dios le deshonran cuando se apartan de la Fuente de fuerza y sabiduría para pedir ayuda o consejo a las potestades tenebrosas. Si la ira de Dios fue provocada por una conducta

tal de parte de un rey perverso e idólatra, ¿cómo considerará una conducta similar seguida por los que profesan ser sus siervos?

¿Por qué están los hombres tan poco dispuestos a confiar en Aquel que creó al hombre, y que puede por un toque, una palabra, una mirada, sanar toda enfermedad? ¿Quién es más digno de nuestra confianza que Aquel que hizo tan grande sacrificio para nuestra redención? Nuestro Señor nos ha dado instrucciones definidas por medio del apóstol Santiago, en cuanto a nuestro deber en caso de enfermedad. Cuando fracasa la ayuda humana, Dios será quien socorra a su pueblo. “¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor. Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará”. (Santiago 5:14, 15) Si los que profesan seguir a Cristo quisieran, con pureza de corazón, ejercitar tanta fe en la promesa de Dios como la que ponen en los agentes satánicos, sentirían en su alma y cuerpo el poder vivificador del Espíritu Santo.

Dios ha concedido gran luz a este pueblo, aunque no estamos fuera del alcance de la tentación. ¿Quiénes de entre nosotros están solicitando ayuda a los dioses de Ecrón? Miremos este cuadro, que no ha sido trazado por la imaginación. ¿En cuántos, aun de entre los adventistas, pueden verse sus principales características? Un inválido --aparentemente muy concienzudo, pero fanático y lleno de suficiencia propia-- confiesa libremente su desprecio por las leyes de la vida y la salud, que la misericordia divina nos ha inducido a aceptar como pueblo. Sus alimentos deben ser preparados de una manera que satisfaga sus anhelos mórbidos. Más bien que sentarse a una mesa donde se provea alimento sano, patrocina los restaurantes donde puede satisfacer su apetito sin restricción. Locuaz defensor de la temperancia, desprecia sus principios fundamentales. Quiere alivio, pero se niega a obtenerlo al precio de la abnegación. Este hombre está adorando ante el altar del apetito pervertido. Es un idólatra. Las facultades que, santificadas y ennoblecidas, podrían ser empleadas para honrar a Dios, son debilitadas y hechas de

poca utilidad. Un genio irritable, una mente confusa y nervios desquiciados, se cuentan entre los resultados de ese desprecio de las leyes naturales. Este hombre no es eficiente ni digno de confianza.

Quienquiera que tenga el valor y la honradez de advertirle su peligro, incurre por ello en su desagrado. La menor reprensión u oposición basta para despertar su espíritu combativo. Pero ahora se le presenta una oportunidad de solicitar la ayuda de una persona cuyo poder proviene de la hechicería. A esta fuente se dirige con avidez, prodigándole tiempo y dinero con la esperanza de obtener la bendición ofrecida. Está engañado, infatuado. Hace del poder del hechicero un tema de alabanza, y otros son inducidos a buscar su ayuda. Así queda deshonrado el Dios de Israel, mientras que se reverencia y ensalza el poder de Satanás.

En nombre de Cristo, quiero decir a quienes profesan seguirle: Permaneced en la fe que recibisteis desde el principio. Apartaos de las charlas profanas y vanas. En vez de poner vuestra

confianza en la hechicería, tened fe en el Dios vivo. Maldita es la senda que conduce a Endor o a Ecrón. Tropezarán y caerán los pies que se aventuren en el terreno prohibido. Hay en Israel un Dios que puede proporcionar liberación a todos los oprimidos. La justicia es la habitación de su trono.

Hay peligro en apartarse en el menor detalle de la instrucción del Señor. Si nos desviamos de la clara senda del deber, surgirá una cadena de circunstancias que parecerá arrastrarnos irresistiblemente siempre más lejos de lo recto. Antes que nos demos cuenta, nos seducirán innecesarias intimidades con aquellos que no tienen respeto a Dios. El temor de ofender a los amigos mundanales nos impedirá expresar nuestra gratitud a Dios, o reconocer cuánto dependemos de él. Debemos mantenernos cerca de la Palabra de Dios. Necesitamos sus amonestaciones y estímulos, sus amenazas y promesas. Necesitamos el ejemplo perfecto que se halla únicamente en la vida y el carácter de nuestro Salvador.

Los ángeles de Dios preservarán a sus hijos

mientras ellos anden en la senda del deber; pero no pueden contar con tal protección los que se aventuran deliberadamente en el terreno de Satanás. Un agente del gran engañador dirá y hará cualquier cosa para lograr su objeto. Poco importa que se llame espiritista, o que asevere curar por el "magnetismo". Mediante declaraciones capciosas, se granjea la confianza de los incautos. Pretende leer la historia de la vida y comprender todas las dificultades y aflicciones de los que recurren a él. Disfrazándose como ángel de luz, mientras que en su corazón está la negrura del abismo, manifiesta gran interés en las mujeres que solicitan su consejo. Les dice que todas sus dificultades se deben a un casamiento desgraciado. Esto puede ser demasiado cierto, pero el tal consejero no mejora su condición. Les dice que lo que necesitan es amor y simpatía. Asumiendo gran interés en su bienestar, echa un ensalmo sobre sus víctimas desprevenidas, encantándolas como la serpiente encanta al ave temblorosa. Pronto están completamente en su poder; el pecado, la deshonra y la ruina son las terribles consecuencias.

Estos obreros de iniquidad no son pocos. Su senda está señalada por hogares desolados, reputaciones marchitas, y corazones quebrantados. Pero de todo esto el mundo sabe poco; siguen haciendo nuevas víctimas, y Satanás se regocija por la ruina que ha producido.

El mundo visible y el invisible están en estrecho contacto. Si pudiese alzarse el velo, veríamos a los malos ángeles ciñendo sus tinieblas en derredor nuestro, y trabajando con todas sus fuerzas para engañar y destruir. Los hombres perversos están rodeados, incitados y ayudados por los malos espíritus. El hombre de fe y oración confió su alma a la dirección divina, y los ángeles de Dios le traen luz y fuerza del cielo.

Nadie puede servir a dos señores. La luz y las tinieblas no son más opuestas entre sí que el servicio de Dios y el servicio de Satanás. El profeta Elías presentó el asunto con toda claridad cuando intrépidamente suplicó al apóstata Israel: “Si Jehová es Dios, seguidle; y si Baal, id en pos de él”. (1 Reyes 18:21)

Los que se entregan al sortilegio de Satanás, pueden jactarse de haber recibido gran beneficio por ello, pero ¿prueba esto que su conducta era prudente o segura? ¿Qué importa que la vida haya sido prolongada? ¿O que se hayan obtenido o no ganancias temporales? ¿Valdrá la pena, al fin, haber despreciado la voluntad de Dios? Todas esas ganancias aparentes resultarán al fin una pérdida irreparable. No podemos quebrantar con impunidad una sola barrera de las que Dios erigió para proteger a su pueblo contra el poder de Satanás.

Nuestra única seguridad consiste en conservar los antiguos hitos. “¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido”. (Isaías 8:20)

Capítulo 22

Miremos a Jesús

Muchos cometen un grave error en su vida religiosa al mantener la atención fija en sus sentimientos para juzgar si progresan o si declinan. Los sentimientos no son un criterio seguro. No hemos de buscar en nuestro interior la evidencia de que Dios nos ha aceptado. No encontraremos allí otra cosa que motivos de desaliento. Nuestra única esperanza consiste en mirar a Jesús, “autor y consumador de nuestra fe” (Hebreos 12:2) (VM) En él está todo lo que puede inspirarnos esperanza, fe y valor. El es nuestra justicia, nuestro consuelo y regocijo.

Los que buscan consuelo en su interior se cansarán y desilusionarán. El sentimiento de nuestra debilidad e indignidad debe inducirnos a invocar con humildad de corazón el sacrificio expiatorio de Cristo. Al confiar en sus méritos, hallaremos descanso, paz y gozo. El salva hasta lo sumo a todos los que se allegan a Dios por él.

Necesitamos confiar en Jesús diariamente, a cada hora. Nos ha prometido que según sea el día, será nuestra fuerza. Por su gracia podremos soportar todas las cargas del momento presente y cumplir sus deberes. Pero muchos se abaten anticipando las dificultades futuras. Están constantemente tratando de imponer las cargas de mañana al día de hoy. Así muchas de sus pruebas son imaginarias. Para los tales, Jesús no hizo provisión. Prometió gracia únicamente para el día. Nos ordena que no nos carguemos con los cuidados y dificultades de mañana; porque “basta al día su afán” (Mateo 6:34)

La costumbre de meditar en males anticipados es imprudente y nada cristiana. Siguiéndola, dejamos de disfrutar las bendiciones y de aprovechar las oportunidades presentes. El Señor requiere de nosotros que cumplamos los deberes de hoy, y soportemos sus pruebas. Hemos de velar hoy para no ofender ni en palabras ni en hechos. Debemos alabar y honrar a Dios hoy. Por el ejercicio de una fe viva hoy, hemos de vencer al

enemigo. Debemos buscar a Dios hoy, y estar resueltos a no permanecer satisfechos sin su presencia. Debemos velar, obrar y orar como si éste fuese el último día que se nos concede. ¡Qué intenso fervor habría entonces en nuestra vida! ¡Cuán estrechamente seguiríamos a Jesús en todas nuestras palabras y acciones!

Son pocos los que aprecian o aprovechan debidamente el precioso privilegio de la oración. Debemos ir a Jesús y explicarle todas nuestras necesidades. Podemos presentarle nuestras pequeñas cuitas y perplejidades, como también nuestras dificultades mayores. Debemos llevar al Señor en oración cualquier cosa que se suscite para perturbarnos o angustiarnos. Cuando sintamos que necesitamos la presencia de Cristo a cada paso, Satanás tendrá poca oportunidad de introducir sus tentaciones. Su estudiado esfuerzo consiste en apartarnos de nuestro mejor Amigo, el que más simpatiza con nosotros. A nadie, fuera de Jesús, debiéramos hacer confidente nuestro. Podemos comunicarle con seguridad todo lo que está en nuestro corazón.

Hermanos y hermanas, cuando os congregáis para el culto de testimonios, creed que Jesús se reúne con vosotros, creed que él está dispuesto a bendeciros. Apartad los ojos del yo; mirad a Jesús, hablad de su amor sin par. Contemplándole seréis transformados a su semejanza. Cuando oráis, sed breves y directos. No prediquéis al Señor un sermón en largas oraciones. Pedid el pan de vida como un niño hambriento pide pan a su padre terrenal. Dios nos concederá toda bendición necesaria, si se la pedimos con sencillez y fe.

Las oraciones ofrecidas por los predicadores antes de sus discursos, son con frecuencia largas e inadecuadas. Abarcan una larga lista de asuntos que no se refieren a las necesidades del momento o de la gente. Esas oraciones son adecuadas para la cámara secreta, pero no deben ofrecerse en público. Los oyentes se cansan, y anhelan que el predicador termine. Hermanos, llevad a la gente con vosotros en vuestras oraciones. Id al Salvador con fe, decidle lo que necesitáis en esa ocasión. Dejad que el alma se acerque a Dios con intenso anhelo en

busca de la bendición necesaria en el momento.

La oración es el ejercicio más santo del alma. Debe ser sincera, humilde y ferviente: los deseos de un corazón renovado, exhalados en la presencia de un Dios santo. Cuando el suplicante sienta que está en la presencia divina, se olvidará de sí mismo. No tendrá deseo de ostentar talento humano, no tratará de agradar al oído de los hombres, sino de obtener la bendición que el alma anhela.

Si aceptásemos la palabra del Señor al pie de la letra, ¡qué bendiciones serían las nuestras! ¡Ojalá que hubiese más oración ferviente y eficaz! Cristo ayudará a todos los que le busquen con fe.

Capítulo 23

Se piden obreros

Un espíritu de mundanalidad y egoísmo ha impedido que la iglesia reciba muchas bendiciones. No tenemos derecho a suponer que la razón de que la utilidad de la iglesia sea limitada se deba a alguna restricción arbitraria de la luz y el poder divinos. El éxito que se experimentó en el pasado cuando se realizaron esfuerzos bien dirigidos contradice tal idea. En todo momento el éxito ha sido proporcional a la labor realizada. Lo único que ha restringido la utilidad de la iglesia es el trabajo y los sacrificios limitados. El espíritu misionero es desganado; la dedicación es débil; entre los miembros existen el egoísmo, la avaricia, la codicia y el fraude.

¿Acaso no se preocupa Dios por estas cosas? ¿No es capaz de leer las intenciones y los propósitos de los corazones? La oración dedicada, ferviente y contrita les abriría las puertas y derramaría lluvias de gracia. Una opinión clara y

estable de la cruz de Cristo contrarrestaría su mundanalidad y llenaría sus almas de humildad, arrepentimiento y gratitud. Entonces sentirían que no se pertenecen a sí mismos, sino que han sido comprados por la sangre de Cristo.

La iglesia padece de una mortífera enfermedad espiritual. Sus miembros han sido heridos por Satanás; pero no levantan la vista hacia la cruz de Cristo, como miraron los israelitas la serpiente de metal, para salvarse. El mundo reclama tantas cosas de ellos, que no tienen tiempo de mirar la cruz del Calvario con la insistencia necesaria para ver su gloria y sentir su poder. Al vislumbrar ocasionalmente la abnegación y dedicación que la verdad demanda de ellos, se muestran reacios, y distraen su atención en otras cosas, para más prontamente olvidarse del asunto. El Señor no puede hacer que su pueblo sea útil y eficiente mientras éste no se preocupa de cumplir los requisitos que él ha establecido.

De todas partes surge el clamor de quienes anhelan recibir la luz que Dios ha impartido a su

pueblo; pero a menudo estos pedidos se hacen en vano. ¿Quién siente la carga de consagrarse a Dios y a su obra? ¿Dónde están los hombres jóvenes que se capacitan para responder a estos llamados? Se abren ante nosotros vastos territorios donde la luz de la verdad nunca ha penetrado. Adonde quiera que miramos, vemos que hay abundantes mieses maduras listas para ser cosechadas, pero no hay quien siegue. Se ofrecen oraciones en favor del triunfo de la verdad. Hermanos, ¿qué significan estas oraciones? ¿Qué clase de éxito esperáis tener? ¿Un éxito que se acomode a vuestra indolencia, a vuestra complacencia egoísta; un éxito que se apoye y sostenga a sí mismo sin esfuerzo de vuestra parte?

Tiene que haber un cambio decidido en la iglesia, que incomode a los que reposan despreocupadamente, antes de que puedan enviarse al campo obreros capacitados para hacer su solemne obra. Tiene que producirse un despertamiento, una renovación espiritual. La temperatura de la devoción cristiana tiene que elevarse. Han de trazarse y llevarse a cabo planes

para que, la verdad sea diseminada por el mundo entero. Satanás está meciendo en sus brazos y adormeciendo a los profesos seguidores de Cristo, mientras alrededor de ellos las almas perecen, ¿y qué excusa ofrecerán al Maestro por su negligencia?

Las siguientes palabras de Cristo se aplican a la iglesia: ¿Por qué estáis todo el día desocupados?" (Mateo 20:6) ¿Por qué no estáis ocupados en alguna tarea dentro de su viña? Vez tras vez él os ha rogado: "Id también vosotros a la viña, y lo que sea justo, eso recibiréis"; pero este gentil llamado del cielo ha sido descuidado por la gran mayoría. ¿No es ya tiempo de que obedezcáis los mandatos de Dios? Hay trabajo para cada persona que profesa el nombre de Cristo. Una voz del cielo os llama solemnemente a que cumpláis vuestro deber. Escuchad esta voz e id a trabajar en seguida a cualquier lugar, en cualquier tarea. ¿Por qué estáis aquí ociosos todo el día? Hay trabajo que hacer, un trabajo que exige de vosotros las mejores fuerzas. Cada momento precioso de la vida se relaciona con algún deber que adeudáis a Dios o a vuestro

prójimo, ¡y sin embargo permanecéis ociosos!

Queda por hacerse una gran obra en favor de la ganancia de almas. Todos los ángeles de la gloria toman parte en esta obra, mientras que todos los demonios de las tinieblas se oponen a ella. Cristo nos ha demostrado el gran valor de las almas al venir al mundo atesorando en su corazón el amor eterno, y ofreciendo hacer al hombre heredero de todas sus riquezas. Nos revela el amor del Padre por la humanidad culpable y nos lo presenta como justo y como justificador de los que creen.

“Ni aun Cristo se agradó a sí mismo”. (Romanos 15:3) No hizo nada para sí; hizo su obra en favor del hombre. El egoísmo se avergonzó ante su presencia. Asumió nuestra naturaleza para poder sufrir en nuestro lugar. El egoísmo, el pecado del mundo, se ha convertido en el pecado prevaleciente de la iglesia. Al sacrificarse a sí mismo por el bien de la humanidad, Cristo hiere el egoísmo en su misma raíz. No retrajo nada, ni aun su propio honor y gloria celestial. El espera una abnegación y sacrificio correspondientes de parte de aquellos a

quienes él vino a bendecir y a salvar. A cada cual se le exige trabajar conforme a su capacidad. Todo afán mundanal debe ser puesto a un lado para la gloria de Dios. El único deseo de ventajas terrenales debiera ser el de hacer marchar la causa de Dios de una manera mejor.

Los intereses de Cristo y de sus seguidores debieran ser idénticos; pero el mundo juzga que son separados y distintos, porque los que profesan ser de Cristo persiguen sus propios fines con tanto ahínco y malgastan sus bienes tan egoístamente como los que no profesan nada. Ponen la prosperidad terrenal en primer lugar; nada se equipara a esto. La causa de Cristo tiene que esperar hasta que ellos recojan una porción para sí mismos. Tienen que aumentar sus ganancias a toda costa. Las almas tienen que perecer sin un conocimiento de la verdad. ¿Cuánto valdrá un alma por la que Cristo murió en comparación con sus ganancias, su mercancía, sus casas y terrenos? Las almas tienen que esperar hasta que ellos se preparen para hacer algo. A estos servidores de Mammón Dios los llama siervos infieles y

perezosos, pero Mammón se enorgullece de ellos y los considera entre sus adeptos más diligentes y devotos. Sacrifican los bienes de su Señor en el altar de la comodidad y el placer. El yo es su ídolo.

¡No hacer nada para traer almas a Jesús, quien lo sacrificó todo para poner la salvación a nuestro alcance! El egoísmo está apartando de la iglesia la benevolencia y el amor de Cristo. Se despilfarran millones del dinero del Señor en la gratificación de la concupiscencia mundanal, mientras que su tesorería está vacía. No sé realmente cómo presentar este asunto ante vosotros tal como a mí se me ha presentado. Se gastan miles de dólares cada año en complacer la vanidad en el vestir. Esos mismos recursos debieran emplearse para nuestras misiones. Se me mostraron familias que sobrecargan sus mesas de casi toda clase de lujos y complacen casi todo deseo de tener vestidos caros. Tienen negocios prósperos, o ganan un buen salario, pero casi cada dólar lo gastan en ellos mismos o en sus familias. ¿Es esto una imitación de Cristo? ¿Sienten estas personas alguna responsabilidad por economizar cuidadosamente y

por resistir sus propensiones, para poder hacer más para el avance de la obra de Dios en la tierra? Si el pastor Andrews tuviera a su disposición algunos de los recursos que así se gastan innecesariamente, sería una gran bendición para él, y le proporcionaría ventajas que prolongarían su vida. La obra misionera podría aumentarse cien veces tanto si hubiera más recursos que emplear en llevar a cabo planes mayores. Sin embargo, los recursos que Dios ha señalado para que se los use precisamente con este propósito, se gastan en artículos que se consideran necesarios para la comodidad y la felicidad, y que no sería pecado poseer si no hubiera tanta necesidad de recursos para el avance de la verdad. Mis hermanos, ¿cuántos de vosotros estáis buscando lo propio en lugar de buscar las cosas del Señor Jesucristo!

Suponed que Cristo morara en cada corazón y que el egoísmo en todas sus formas desapareciera de la iglesia, ¿cuál sería el resultado? La armonía, la unidad y el amor fraternal se verían en nuestro medio tan realmente como en la iglesia que Cristo primero estableció. Por dondequiera se vería la

actividad cristiana. La iglesia entera ardería como llama de sacrificio para la gloria de Dios. Cada cristiano traería el fruto de su abnegación para ser consumido sobre el altar. Habría más actividad en la elaboración de nuevos métodos de servicio y en el estudio de cómo acercarse a los pobres pecadores para salvarlos de la destrucción eterna.

Si nos vistiéramos con ropa sencilla y modesta, sin ocuparnos de las modas; si nuestras mesas estuvieran servidas en todo tiempo con alimentos sencillos y nutritivos, evitando todo lujo, toda extravagancia; si nuestras casas fueran construidas con atractiva sencillez y amobladas de igual manera, se demostraría el poder de la verdad y ejerceríamos una influencia positiva sobre los incrédulos. Pero mientras nos conformemos al mundo en estos asuntos, y en algunos casos aparentemente procurando sobrepasar a los mundanos en extravagancia, la predicación de la verdad tendrá poco o ningún efecto. ¿Quién creerá la solemne verdad para este tiempo, cuando los que ya profesan creerla contradicen su fe por medio de sus obras? No es Dios quien nos ha cerrado las

ventanas de los cielos, sino nuestra propia conformidad con las costumbres y prácticas del mundo.

El tercer ángel de (Apocalipsis 14) se presenta volando vertiginosamente a través del cielo y proclamando: “He aquí... los que guardan los mandamientos de Dios y tienen la fe de Jesús” (Apocalipsis 14:12) Aquí se nos muestra la naturaleza de la obra del pueblo de Dios. Poseen un mensaje de tanta importancia que se les representa volando para presentarlo al mundo. Tienen en sus manos el pan de vida para un mundo hambriento. El amor de Cristo los constriñe. Este es el último mensaje. Una vez que haya hecho su obra, no le seguirá ningún otro, ni se escucharán otros llamados de misericordia. ¡Qué cometido! Qué responsabilidad descansa sobre todos los que llevan las siguientes palabras de súplica misericordiosa: “El Espíritu y la esposa dicen, ven. Y el que oye, diga: ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente”. (Apocalipsis 22:17)

Todo aquel que escuche, dirá: Ven. No sólo los ministros, sino también el pueblo. Todos juntos han de extender la invitación. No sólo por medio de su profesión, sino por su carácter y su manera de vestir, todos han de ejercer una influencia atractiva. Han sido constituidos como fideicomisarios del mundo, ejecutores del testamento de Uno que ha legado una sagrada verdad a los hombres. ¡Ojalá que todos estuvieran conscientes de la dignidad y la gloria de lo que Dios ha encomendado en sus manos!

Capítulo 24

El sello de Dios

“Y clamo en mis oídos con gran voz, diciendo: Los visitadores de la ciudad han llegado, y cada uno trae en su mano su instrumento para destruir”. (Ezequiel 9:1)

“Y llamó Jehová al varón vestido de lienzos, que tenía a su cintura la escribanía de escribano. Y díjole Jehová: Pasa por medio de la ciudad, por medio de Jerusalem, y pon una señal en la frente a los hombres que gimen y que claman a causa de todas las abominaciones que se hacen en medio de ella. Y a los otros dijo a mis oídos: Pasad por la ciudad en pos de él, y herid; no perdone vuestro ojo, ni tengáis misericordia. Matad viejos, mozos y vírgenes, niños y mujeres, hasta que no quede ninguno: mas a todo aquel sobre el cual hubiere señal, no llegaréis; y habéis de comenzar desde mi santuario. Comenzaron pues desde los varones ancianos que estaban delante del templo”. (Vers. 3-6)

Jesús está por abandonar el propiciatorio del santuario celestial, para ponerse vestiduras de venganza, y derramar su ira en juicio contra aquellos que no han respondido a la luz que Dios les ha dado. “Porque no se ejecuta luego sentencia sobre la mala obra, el corazón de los hijos de los hombres está en ellos lleno para hacer mal”. (Eclesiastés 8:11) En vez de enternecerse por la paciencia y tolerancia que el Señor ha manifestado hacia ellos, los que no temen a Dios ni aman la verdad fortalecen su corazón en la mala conducta. Pero aun la tolerancia de Dios tiene límites, y muchos están superándolos. Han sobrepasado los límites de la gracia, y por lo tanto Dios debe intervenir y vindicar su propio honor.

Acerca de los amorreos el Señor dijo: “Y en la cuarta generación volverán acá: porque aun no está cumplida la maldad del amorreo hasta aquí”. (Génesis 15:16) Aunque dicha nación se destacaba por su idolatría y corrupción, no había llenado todavía la copa de su iniquidad, y Dios no quiso dar la orden de que se la destruyese

completamente. Este pueblo había de ver el poder divino manifestado en forma tan señalada que iba a quedar sin excusa. El compasivo Creador estaba dispuesto a soportar su iniquidad hasta la cuarta generación. Entonces, si no mejoraban, los juicios iban a caer sobre ellos.

Con infalible exactitud, el Ser Infinito sigue llevando una cuenta con todas las naciones. Mientras ofrece su misericordia, con invitaciones al arrepentimiento, esta cuenta permanece abierta; pero cuando las cifras llegan a cierta cantidad que Dios ha fijado, comienza el ministerio de su ira. La cuenta se cierra. Cesa la paciencia divina. Entonces ya no intercede la misericordia en su favor.

Al profeta, mientras miraba a través de las edades, se le presentó este tiempo en visión. Las naciones de esta época han recibido misericordia sin precedentes. Les han sido dadas las bendiciones más selectas del cielo, pero el orgullo intensificado, la codicia, la idolatría, el desprecio de Dios y la vil ingratitud, son cosas anotadas contra ellas. Están cerrando rápidamente su cuenta con Dios.

Pero lo que me hace temblar es el hecho de que aquellos que han tenido la mayor luz y los mayores privilegios han sido contaminados por la iniquidad prevaleciente. Bajo la influencia de los injustos que los rodean, muchos, aun de entre los que profesan la verdad, se han enfriado y son arrastrados por la fuerte corriente del mal. El desprecio universal en que se tiene la verdadera piedad y santidad, induce a los que no se relacionan estrechamente con Dios a perder la reverencia a su ley. Si estuviesen siguiendo la luz y obedeciendo de todo corazón la verdad, esta santa ley les parecería aún más preciosa cuando tanto se la desprecia y desecha. A medida que la falta de respeto por la ley de Dios se vuelve más manifiesta, se hace más distinta la línea de demarcación entre sus observadores y el mundo. El amor hacia los preceptos divinos aumenta en una clase de personas en la medida en que en otra clase aumenta el desprecio hacia ellos.

La crisis se está acercando rápidamente. Las cifras que suben velozmente demuestran que está por llegar el tiempo de la visitación de Dios.

Aunque le repugna castigar, castigará sin embargo, y lo hará prestamente. Los que andan en la luz verán señales de un peligro inminente; pero no han de permanecer sentados en tranquila y despreocupada espera de la ruina, consolándose con la creencia de que Dios protegerá a su pueblo en el día de la visitación. Lejos de ello. Deben comprender que es su deber trabajar diligentemente para salvar a otros, esperando en Dios con fe vigorosa para obtener ayuda. “La oración del justo, obrando eficazmente puede mucho”. (Santiago 5:16)

La levadura de la piedad no ha perdido todo su poder. En el tiempo en que son mayores el peligro y la depresión de la iglesia, el pequeño grupo que se mantiene en la luz estará suspirando y clamando por las abominaciones que se cometen en la tierra. Pero sus oraciones ascenderán más especialmente en favor de la iglesia, porque sus miembros están obrando a la manera del mundo.

No serán vanas las oraciones de estos pocos fieles. Cuando el Señor salga como vengador,

vendrá también como protector de todos aquellos que hayan conservado la fe en su pureza y se hayan mantenido sin mancha del mundo. Será entonces el tiempo en que Dios prometió vengar a sus escogidos que claman día y noche, aunque sea longánime con ellos.

La orden es: “Pasa por medio de la ciudad, por medio de Jerusalem, y pon una señal en la frente a los hombres que gimen y que claman a causa de todas las abominaciones que se hacen en medio de ella”. (Ezequiel 9:4) Estos que suspiran y lloran han estado ofreciendo las palabras de vida; han reprendido, han aconsejado y suplicado. Algunos de los que estaban deshonrando a Dios se han arrepentido y han humillado su corazón delante de él. Pero la gloria del Señor se ha apartado de Israel; aunque muchos perseveraban en las formas de la religión, faltaban el poder y la presencia de Dios.

En el tiempo en que su ira se manifieste con castigos, estos humildes y consagrados discípulos de Cristo se distinguirán del resto del mundo por la angustia de su alma, expresada en lamentaciones y

lloros, reproches y amonestaciones. Mientras que otros procuran arrojar un manto sobre el mal existente, y excusar la gran impiedad que prevalece por doquiera, los que tienen celo por el honor de Jehová y amor por las almas no callarán para obtener el favor humano. Sus almas justas se afligen día tras día por las obras y conversaciones profanas de los impíos. Son impotentes para detener el torrente de la iniquidad; de ahí que se llenen de pesar y alarma. Lloran delante de Dios al ver la religión despreciada en los mismos hogares de aquellos que han tenido gran luz. Se lamentan y afligen sus almas porque en la iglesia hay orgullo, avaricia, egoísmo y engaño de casi toda clase. El Espíritu de Dios, que inspira la reprensión, es pisoteado, mientras triunfan los siervos de Satanás. Dios queda deshonrado, la verdad anulada.

Los que no sienten pesar por su propia decadencia espiritual ni lloran sobre los pecados ajenos quedarán sin el sello de Dios. El Señor ordena a sus mensajeros, los hombres que tienen las armas de matanza en la mano: “Pasad por la ciudad en pos de él, y herid; no perdone vuestro

ojo, ni tengáis misericordia. Matad viejos, mozos y vírgenes, niños y mujeres, hasta que no quede ninguno: mas a todo aquel sobre el cual hubiere señal, no llegaréis; y habéis de comenzar desde mi santuario. Comenzaron pues desde los varones ancianos que estaban delante del templo". (Ezequiel 9:5, 6)

Aquí vemos que la iglesia, el santuario del Señor, era la primera en sentir los golpes de la ira de Dios. Los ancianos, aquellos a quienes Dios había brindado gran luz, que se habían destacado como guardianes de los intereses espirituales del pueblo, habían traicionado su cometido. Habían asumido la actitud de que no necesitamos esperar milagros ni la señalada manifestación del poder de Dios como en tiempos anteriores. Los tiempos han cambiado. Estas palabras fortalecen su incredulidad, y dicen: El Señor no hará bien ni mal. Es demasiado misericordioso para castigar a su pueblo. Así el clamor de paz y seguridad es dado por hombres que no volverán a elevar la voz como trompeta para mostrar al pueblo de Dios sus transgresiones y a la casa de Jacob sus pecados.

Estos perros mudos que no querían ladrar, son los que sienten la justa venganza de un Dios ofendido. Hombres, jóvenes y niñitos, todos perecen juntos.

Las abominaciones por las cuales los fieles suspiraban y lloraban, eran todo lo que podían discernir los ojos finitos; pero los pecados mucho peores, los que provocaron los celos del Dios puro y santo, no estaban revelados. El gran Escrutador de los corazones conoce todo pecado cometido en secreto por los obradores de iniquidad. Estas personas llegan a sentirse seguras en sus engaños, y a causa de la longanimidad del Señor dicen que no ve, y luego actúan como si hubiese abandonado la tierra. Pero él descubrirá su hipocresía, y revelará a otros esos pecados que ellos ocultaban con tanto cuidado.

Ninguna superioridad de jerarquía, dignidad o sabiduría humana, ningún cargo sagrado, impedirán a estos hombres que sacrifiquen los principios cuando sean abandonados a su propio corazón engañoso. Los que fueron considerados como dignos y justos resultan ser los caudillos de

la apostasía y dan ejemplos de indiferencia y abuso de las misericordias de Dios. Ya no tolerará él su conducta impía, y en su ira, obra con ellos sin misericordia.

De muy mala gana retrae el Señor su presencia de aquellos a quienes bendijo con gran luz, y que sintieron el poder de la Palabra administrada a otros. Fueron una vez sus siervos fieles, favorecidos por su presencia y dirección; pero se apartaron de él e indujeron a otros al error y por lo tanto caen bajo el desagrado divino.

El día de la venganza de Dios está por sobrecogernos. El sello de Dios será puesto únicamente sobre las frentes de aquellos que suspiran y lloran por las abominaciones que son cometidas en la tierra. Los que simpatizan con el mundo, comen y beben con los borrachos, serán destruidos con los que hacen iniquidad. “Porque los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a sus oraciones: pero el rostro del Señor está sobre aquellos que hacen mal”. (1 Pedro 3:12)

Nuestra propia conducta determina si recibiremos el sello del Dios viviente, o si seremos abatidos por las armas destructoras. Ya han caído sobre la tierra algunas gotas de la ira divina; pero cuando se derramen las siete últimas plagas sin mixtura en la copa de su indignación entonces será para siempre demasiado tarde para arrepentirse y hallar refugio. No habrá entonces sangre expiatoria que lave las manchas del pecado.

“Y en aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe que está por los hijos de tu pueblo: y será tiempo de angustia, cual nunca fue después que hubo gente hasta entonces: mas en aquel tiempo será libertado tu pueblo, todos los que se hallaren escritos en el libro”. (Daniel 12:1) Cuando llegue ese tiempo de angustia, cada caso se habrá decidido, ya no habrá tiempo de gracia ni misericordia para el impenitente. El sello del Dios vivo estará sobre su pueblo. Este pequeño remanente, incapaz de defenderse en el mortífero conflicto con las potestades de la tierra mandadas por la hueste del dragón, hace de Dios su defensa.

Ha sido promulgado por la más alta autoridad terrestre el decreto de que adoren a la bestia y reciban su marca bajo pena de persecución y muerte. ¡Dios ayude entonces a su pueblo! porque ¿qué podría hacer sin su ayuda en un conflicto tan terrible?

No se adquieren en un momento el valor, la fortaleza, la fe y la confianza implícita en el poder de Dios para salvarnos. Estas gracias celestiales se adquieren por la experiencia de años. Por una vida de santo ezfuerzo y de firme adhesión a lo recto, los hijos de Dios estaban sellando su destino. Asediados de innumerables tentaciones, sabían que debían resistir firmemente o quedar vencidos. Sentían que tenían una gran obra que hacer, que a cualquier hora podían ser llamados a deponer su armadura; y que si llegaran al fin de su vida sin haber hecho su obra, ello representaría una pérdida eterna. Aceptaron ávidamente la luz del cielo, como la aceptaron de los labios de Jesús los primeros discípulos. Cuando estos cristianos primitivos eran desterrados a las montañas y los desiertos, cuando en las mazmorras se los dejaba

morir de hambre, frío y tortura, cuando el martirio parecía la única manera de escapar a su angustia, se regocijaban de que eran tenidos por dignos de sufrir para Cristo, quien había sido crucificado en su favor. Su ejemplo será un consuelo y estímulo para el pueblo de Dios que sufrirá un tiempo de angustia como nunca lo hubo.

No todos los que profesan observar el sábado serán sellados. Aun entre los que enseñan la verdad a otros hay muchos que no recibirán el sello de Dios en sus frentes. Tuvieron la luz de la verdad, conocieron la voluntad de su Maestro, comprendieron todo punto de nuestra fe, pero no hicieron las obras correspondientes. Los que conocieron tan bien la profecía y los tesoros de la sabiduría divina, debieran haber actuado de acuerdo con su fe. Debieran haber mandado a sus familias tras sí, para que por medio de un hogar bien ordenado, pudiesen presentar al mundo la influencia de la verdad sobre el corazón humano.

Por su falta de devoción y piedad, por no haber alcanzado una alta norma religiosa, contribuyen a

que otras almas se conformen con su situación. Los hombres de juicio finito no pueden ver que al seguir el modelo de estos hombres, que tan a menudo les comunicaron los tesoros de la Palabra de Dios, pondrán ciertamente en peligro sus almas. Jesús es el único modelo. Cada uno debe escudriñar la Biblia por su cuenta, de rodillas delante de Dios, con el corazón humilde y susceptible de ser enseñado como el de un niño, si quiere conocer lo que el Señor requiere de él. Por muy grande que sea la altura en que haya estado cualquier ministro en el favor de Dios, si deja de seguir la luz que Dios le dio, si se niega a ser enseñado como un niñito, caerá con las tinieblas y los engaños satánicos, y conducirá a otros por la misma senda.

Ninguno de nosotros recibirá jamás el sello de Dios mientras nuestros caracteres tengan una mancha. Nos toca a nosotros remediar los defectos de nuestro carácter, limpiar el templo del alma de toda contaminación. Entonces la lluvia tardía caerá sobre nosotros como cayó la lluvia temprana sobre los discípulos en el día de Pentecostés.

Nos conformamos con demasiada facilidad con lo que hemos alcanzado. Nos sentimos ricos y con abundancia de bienes, y no sabemos que cada uno de nosotros es un “cuitado y miserable y pobre y ciego y desnudo”. (Apocalipsis 3:17) Ahora es el momento de oir la amonestación del Testigo fiel: “Yo te amonesto que de mí compres oro afinado en fuego, para que seas hecho rico, y seas vestido de vestiduras blancas, para que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas”. (Vers. 18)

En esta vida debemos arrostrar pruebas de fuego y hacer sacrificios costosos, pero la paz de Cristo es la recompensa. Ha habido tan poca abnegación, tan poco sufrimiento por amor a Cristo, que la cruz queda casi completamente olvidada. Debemos participar de los sufrimientos de Cristo si queremos sentarnos en triunfo con él sobre su trono. Mientras elijamos la senda fácil de la complacencia propia y nos asuste la abnegación, nuestra fe no llegará nunca a ser firme, y no podremos conocer la paz de Jesús ni el gozo que

proviene de una victoria consciente. Los más encumbrados de la hueste redimida que estarán vestidos de blanco delante del trono de Dios y del Cordero, habrán conocido el conflicto necesario para vencer, porque habrán pasado por la gran tribulación. Los que hayan cedido a las circunstancias en vez de empeñarse en este conflicto, no sabrán cómo subsistir en aquel día cuando la angustia domine a toda alma, cuando, si Noé, Job y Daniel estuviesen en la tierra no salvarían “hijo ni hija”, pues cada uno habrá de librar su alma por su propia justicia.

Nadie necesita decir que su caso es desesperado, que no puede vivir como cristiano. Con la muerte de Cristo ha sido hecha amplia provisión para toda alma. Jesús es nuestro auxilio constante en tiempo de necesidad. Invoquémosle con fe, que él prometió oír y contestar nuestras peticiones.

¡Ojalá que tengamos fe viva y activa! La necesitaremos; debemos tenerla, o desmayaremos y caeremos en el día de la prueba. Las tinieblas que

descansarán entonces sobre nuestra senda, no deben desalentarnos ni desesperarnos. Son el velo con que Dios cubre su gloria cuando viene a impartir ricas bendiciones. Por nuestra experiencia pasada, debemos saber esto. En aquel día en que Dios tenga controversia con su pueblo, esta experiencia será una fuente de consuelo y esperanza.

Ahora es cuando debemos guardarnos a nosotros mismos y a nuestros hijos sin contaminación del mundo. Ahora debemos lavar las ropas de nuestro carácter y emblanquecerlas en la sangre del Cordero. Debemos despertar ahora, y vencer el orgullo, la pasión y la ociosidad espiritual. Ahora debemos despertarnos y hacer un esfuerzo resuelto para lograr simetría de carácter. “Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones”. (Hebreos 3:7, 8, 15) Estamos en una situación muy penosa, aguardando y velando por la aparición de nuestro Señor. El mundo está en tinieblas. “Mas vosotros, hermanos, --dice Pablo-- no estáis en tinieblas, para que aquel día os sobrecoja como ladrón”. (1 Tesalonicenses 5:4) El

propósito de Dios consiste siempre en sacar luz de las tinieblas, gozo del pesar, y descanso del cansancio para el alma que aguarda anhelante.

¿Qué estáis haciendo, hermanos, en la gran obra de preparación? Los que se unen con el mundo reciben su molde y se preparan para recibir la marca de la bestia. Los que desconfían de sí mismos, se humillan delante de Dios y purifican sus almas obedeciendo a la verdad, son los que reciben el molde celestial y se preparan para tener el sello de Dios en sus frentes. Cuando se promulgue el decreto y se estampe el sello, su carácter permanecerá puro y sin mancha para la eternidad.

Ahora es el momento de prepararse. El sello de Dios no será nunca puesto en la frente de un hombre o una mujer que sean impuros. Nunca será puesto sobre la frente de seres humanos ambiciosos y amadores del mundo. Nunca será puesto sobre la frente de hombres y mujeres de corazón falso o engañoso. Todos los que reciban el sello deberán estar sin mancha delante de Dios y ser candidatos

para el cielo. Avanzad, mis hermanos y hermanas. Puedo escribir sólo brevemente acerca de estos puntos en este momento y llamar simplemente vuestra atención a la necesidad de prepararse. Escudriñad las Escrituras por vosotros mismos a fin de comprender la terrible solemnidad de la hora actual.

Capítulo 25

Una exhortación

Me lleno de tristeza cuando pienso en nuestra condición como pueblo. El Señor no nos ha cerrado el cielo, pero nuestro propio comportamiento extraviado nos ha separado de Dios. El orgullo, la codicia y el amor del mundo han vivido en el corazón, sin temor a ser descartados o condenados. Pecados graves y presuntuosos han encontrado cabida entre nosotros; y, sin embargo, la opinión general es que la iglesia está floreciente y rodeada de paz y prosperidad espiritual por todos sus contornos.

La iglesia ha dejado de seguir a Cristo, su Guía, y con paso firme sigue su retiro hacia Egipto. Sin embargo, son pocos los que se alarman y asombran por su falta de poder espiritual. La duda, y aun el descreimiento de los testimonios del Espíritu de Dios, leudan la iglesia por todos lados. Así lo prefiere Satanás. Los ministros que predican el yo en lugar de Cristo lo prefieren así. Los testimonios

no se leen, ni se aprecian. Dios os ha hablado. De su Palabra y de los testimonios, la luz ha brillado, y ambos han sido menospreciados y desatendidos. El resultado se ve claro en la falta entre nosotros de pureza, dedicación y fe fervorosa.

Pregúntese cada cual en su corazón: "¿Cómo hemos caído en este estado de debilidad y disensión espiritual? ¿No hemos traído sobre nosotros mismos el enojo de Dios porque nuestras acciones no corresponden con nuestra fe? ¿No hemos estado buscando el aplauso del mundo en lugar de la presencia de Cristo y un conocimiento más profundo de su voluntad? Examinad vuestros propios corazones, juzgad vuestra propia conducta. Tomad en cuenta la compañía que escogéis. ¿Procuráis asociaros con mundanos, compañeros que no temen a Dios ni obedecen el Evangelio?

Vuestra recreación, ¿es de tal índole que imparta vigor moral y espiritual? ¿Os conduce hacia la pureza de pensamiento y acción? La impureza cunde hoy por doquiera, hasta entre los profesos seguidores de Cristo. Hay un desenfreno

de pasiones; las inclinaciones animales se fortalecen al complacerlas, mientras que la fuerza moral constantemente se debilita. Muchos participan asiduamente en diversiones mundanales y desmoralizadoras prohibidas por la Palabra de Dios. De esta manera cortan su vínculo con Dios y se unen a las filas de los amadores de placeres del mundo. Los pecados que causaron la destrucción de los antediluvianos y de las ciudades del valle existen hoy, no solamente en los países paganos, no sólo entre los que profesan un cristianismo popular, sino entre algunos de los que profesan la esperanza del retorno del Hijo del hombre. Si Dios os confrontase con estos pecados tal como aparecen ante su presencia, os llenaríais de vergüenza y terror.

¿Y qué ha causado esta condición alarmante? Muchos han aceptado la teoría de la verdad sin haber experimentado una verdadera conversión. Yo sé lo que digo. Son pocos los que experimentan un verdadero arrepentimiento por el pecado, que realmente sienten profundas y agudas convicciones de la depravación de su naturaleza no regenerada.

El corazón de piedra no es cambiado por uno de carne. Pocos son los que están dispuestos a caer sobre la Roca y ser desmenuzados.

No importa quiénes seamos o cómo hayamos vivido, podremos ser salvos solamente de la manera establecida por Dios. Tenemos que arrepentirnos, tenemos que caer indefensos sobre la Roca, que es Cristo Jesús. Tenemos que sentir la necesidad de un médico y del único remedio que existe para el pecado, que es la sangre de Cristo. Este remedio puede conseguirse solamente por medio del arrepentimiento para con Dios y fe en el Señor Jesucristo. En lo que a esto se refiere, la obra está todavía por comenzar en muchos de los que profesan ser cristianos y hasta ministros de Cristo. Como los fariseos de antaño, muchos de vosotros no sentís la necesidad de un Salvador. Sois autosuficientes y os exaltáis a vosotros mismos. Dijo Cristo: “No he venido a llamar a justos, sino a pecadores, al arrepentimiento”. (Mateo 9:13) La sangre de Cristo será de beneficio sólo para aquellos que sientan la necesidad de su poder purificador.

¡Qué amor y qué condescendencia inigualables se manifestaron al estar Cristo dispuesto a obrar nuestra redención, aun cuando no teníamos derecho a su divina misericordia! No obstante, nuestro gran Médico requiere de toda alma una sumisión incondicional. En ningún momento debemos recetarnos nuestro propio remedio. Cristo ha de tener en sus manos el control de la voluntad y la acción. Muchos no están conscientes de su condición ni del peligro que corren; y hay mucho en el carácter y el estilo de la obra de Cristo que se opone a todo principio mundanal y al orgullo del corazón humano. Jesús requiere que nos entreguemos confiadamente en sus manos y que confiemos en su amor y sabiduría.

Como Nicodemo, nos podemos jactar de que nuestro carácter moral no ha estado errado y que no tenemos necesidad de humillarnos ante Dios como un pecador común y corriente. Sin embargo, tenemos que conformarnos con entrar en la vida eterna tal como lo hace el primero de los pecadores. Tenemos que renunciar a nuestra propia

justicia y rogar para que la justicia de Cristo nos sea imputada. Para recibir fuerza, tenemos que depender enteramente de Cristo. El yo tiene que morir. Tenemos que reconocer que todo lo que deseamos proviene de las sobreabundantes riquezas de la divina gracia. Que sea éste el lenguaje de vuestro corazón: “No a nosotros, oh Señor, sino a tu nombre da gloria, por tu misericordia, y en nombre de tu verdad”.

La fe genuina es seguida por el amor, y el amor por la obediencia. Todas las fuerzas y pasiones del hombre convertido son puestas bajo el control de Cristo. Su Espíritu es un poder renovador que transforma a la imagen divina a todo aquel que lo recibe. Me apena decir que sólo unos pocos de los que profesan la verdad saben lo que significa esta experiencia. Muchos siguen sus propios caminos y acarician sus pasiones pecaminosas, mientras que a la vez profesan ser discípulos de Cristo. Nunca han rendido sus corazones a Dios. Como las vírgenes insensatas, no llevaron consigo aceite en sus vasijas para sus lámparas. Mis hermanos, os digo que un gran número de los que profesan creer, y

hasta enseñar la verdad, son esclavos del pecado. Las bajas pasiones contaminan la mente y corrompen el alma. Algunos que viven en la iniquidad más vil han usado la librea del cielo para poder servir a Satanás de una manera más eficaz.

“El que es nacido de Dios no práctica el pecado”. (1 Juan 3:9; 5:8) Siente que ha sido comprado por la sangre de Cristo y que está sujeto por los votos más solemnes a glorificar a Dios tanto en su cuerpo como en su espíritu, los cuales pertenecen a Dios. El amor al pecado y el amor propio están en sujeción en su ser. Diariamente se pregunta: “¿Qué pagaré a Jehová por todos sus beneficios para conmigo?” (Salmos 116:12) “Señor, ¿qué quieres que haga?” El verdadero cristiano nunca se quejará de que el yugo de Cristo es una mortificación. Considera el servicio a Jesús como la libertad más plena. La ley de Dios es su delicia. En lugar de procurar rebajar los mandamientos divinos para que coincidan con sus propias deficiencias, se esmera constantemente para colocarse al nivel de la perfección de ellos.

Una experiencia semejante ha de ser nuestra si queremos estar en pie en el día de Dios. Ahora, mientras dura el tiempo de prueba, mientras aún se oye la voz de la misericordia, es el tiempo para que nosotros desechemos el pecado. Mientras la oscuridad moral, cual mortaja cubre la tierra, la luz de los portaestandartes de Dios ha de brillar con mayor esplendor, marcando el contraste que existe entre la luz del cielo y las tinieblas satánicas.

Dios ha hecho amplia provisión para que aparezcamos perfectos en su gracia, sin necesidad de nada, esperando la manifestación de nuestro Señor. ¿Estáis listos? ¿Tenéis puesta la vestimenta de boda? Esa vestimenta nunca encubrirá el engaño, la impureza, la corrupción o la hipocresía. Dios tiene su vista puesta en vosotros. Ella discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. Podemos ocultar nuestros pecados de la vista del hombre, pero no podemos esconder nada de nuestro Hacedor.

Dios no eximió a su propio Hijo, sino que lo entregó a la muerte por nuestras culpas y lo

resucitó para nuestra justificación. En el nombre de Cristo podemos presentar nuestras peticiones ante el trono de la gracia. A través de él, indignos como somos, podemos obtener todas las bendiciones espirituales. ¿Vendremos a él para que tengamos vida? ¿Cómo llegaremos a conocer por nosotros mismos la bondad y el amor de Dios? El salmista nos dice --no escuchar y saber, leer y saber, creer y saber, sino-- “Gustad y ved que es bueno Jehová”. (Salmos 34:8) En vez de confiar en la palabra de otra persona, gustad por vosotros mismos.

La experiencia es conocimiento derivado del experimento. Lo que se necesita ahora es religión experimental. “Gustad y ved que es bueno Jehová”. Algunos --sí, un gran número (de personas)-- tienen un conocimiento teórico de la verdad religiosa, pero nunca han sentido el poder renovador de la gracia divina en sus propios corazones. Estas personas siempre se dilatan en prestar atención a los testimonios de amonestación, reprensión e instrucción dictados por el Espíritu Santo. Creen en la ira de Dios, pero no se esfuerzan esmeradamente para escapar de ella. Creen en el

cielo, pero no se sacrifican para obtenerlo. Creen en el valor del alma y que pronto cesará su redención para siempre; sin embargo, descuidan las oportunidades más preciosas de hacer las paces con Dios.

Tal vez lean la Biblia, pero las amenazas de ella no les causan alarma y sus promesas no los atraen. Dan su aprobación a cosas que de por sí son excelentes, pero siguen el camino que Dios les ha prohibido tomar. Saben cuál es el refugio, pero no lo aprovechan. Conocen el remedio del pecado, pero no se valen de él. Conocen el bien, pero le han perdido el gusto. Todo el conocimiento que tienen no hará otra cosa sino acrecentar su condenación. Nunca han gustado y aprendido por experiencia propia que es bueno Jehová.

Hacerse discípulo de Cristo significa negarse a sí mismo y seguir a Jesús venga mal o bien. Hay pocos que están haciendo esto ahora. Muchos profetizan falsamente, y al pueblo le agrada que sea así; pero, ¿qué se hará al final de cuentas? ¿Cuál será el fallo cuando su obra, con todos sus

resultados, sea repasada ante la vista de Dios?

La vida cristiana es una batalla. El apóstol Pablo habla de luchas contra principados y potestades, mientras peleaba la buena batalla de la fe. Declara otra vez: “Porque aún no habéis resistido hasta la sangre, combatiendo contra el pecado”. (Hebreos 12:4) Oh, no, hoy se acaricia y excusa el pecado. La aguda espada del Espíritu, la Palabra de Dios, no corta profundamente en el alma. ¿Ha cambiado la religión? ¿Se ha apaciguado la enemistad de Satanás para con Dios? En un tiempo la vida religiosa presentaba ciertas dificultades y requería abnegación. Todo esto se ha hecho muy fácil ahora. Y, ¿a qué obedece? El pueblo profeso de Dios ha contemporizado con los poderes de las tinieblas.

Es preciso que haya un renacimiento del testimonio directo. El camino que conduce al cielo no es más suave hoy que en los días de nuestro Salvador. Hemos de abandonar todos nuestros pecados. Cada complacencia acariciada que estorba nuestra vida religiosa tiene que ser cortada. El ojo

derecho o la mano derecha, si fueren causa de alguna ofensa, tendrán que ser sacrificados. ¿Estamos dispuestos a abandonar las amistades mundanas que hemos escogido? ¿Estamos dispuestos a sacrificar la aprobación de los hombres? El premio de la vida eterna es de un valor infinito. ¿Nos esforzaremos y haremos sacrificios en proporción al valor del objetivo que tenemos por alcanzar?

Toda amistad que trabamos, no importa cuán limitada sea, ejerce cierta influencia sobre nosotros. La medida en que cedamos a dicha influencia estará determinada por el grado de intimidad, la constancia del roce y nuestro amor y veneración de la persona con la cual nos asociemos. De manera que por medio del conocimiento y la asociación con Cristo, nuestro único ejemplo perfecto, podremos ser como él es.

La comunión con Cristo, ¡cuán inefablemente preciosa es! Es nuestro privilegio disfrutar de dicha comunión si es que la procuramos, si hacemos el sacrificio necesario para obtenerla. Cuando los

primeros discípulos oyeron las palabras de Cristo, sintieron su necesidad de él. Lo buscaron, lo encontraron y lo siguieron. Lo acompañaban a los hogares, en torno a las mesas, en el claustro secreto y en el campo. Lo acompañaban cual alumnos al maestro, recibiendo diariamente de sus labios lecciones de verdad santa. Lo estimaban cual siervos a su señor, para aprender sus deberes de él. Le servían contentos y alegres. Lo seguían cual soldados a su comandante, peleando la buena batalla de la fe. “Y los que están con él son llamados y elegidos y fieles”. (Apocalipsis 17:14)

“El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo”. (1 Juan 2:6) “Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él”. (Romanos 8:9) Esta conformidad con Jesús no pasará inadvertida para el mundo. Es un tema que se notará y se comentará. El cristiano quizá no esté consciente del gran cambio, porque mientras más se asemeje a Cristo en carácter, más humildemente pensará de sí mismo; pero todos los que lo rodean lo verán y sentirán. Aquellos que han tenido la experiencia más profunda en las cosas de Dios, son

los que están más lejos del orgullo y la exaltación de sí mismos. Son los que más humildemente piensan de sí mismos y los que tienen las ideas más elevadas en cuanto a la gloria y excelencia de Cristo. Piensan que el lugar más bajo en su servicio es demasiado honorable para ellos.

Moisés no sabía que su rostro brillaba con un resplandor que hería y causaba terror a los que no habían, como él, estado en comunión con Dios. Pablo tenía una opinión bien humilde de su propio progreso en la vida cristiana. El declara: “No que ya yo lo haya alcanzado, o que ya sea perfecto”. Se refiere a sí mismo como al “primero” de los pecadores. Sin embargo, Pablo había sido muy honrado por el Señor. Fue arrebatado en santa visión hasta el tercer cielo y allí recibió revelaciones de gloria divina que no le fue permitido dar a conocer.

Juan el Bautista fue identificado por el Salvador como el mayor de los profetas; pero, ¡qué contraste hay entre el lenguaje de este hombre de Dios y muchos de los que profesan ser ministros de

la cruz! Cuando se le preguntó si él era el Cristo, Juan dijo que era indigno de desatar las sandalias de su Maestro. Cuando sus discípulos llegaron quejándose de que la atención del pueblo se volvía hacia el nuevo Maestro, Juan les recordó que él mismo había declarado ser solamente el precursor del Prometido. A Cristo, cual novio, le corresponde el primer lugar en los afectos de su pueblo. “Mas el amigo del esposo, que está a su lado y le oye, se goza grandemente de la voz del esposo; así pues, este mi gozo está cumplido. Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe”. (Juan 3:29, 30) “El que recibe su testimonio, éste atestigua que Dios es veraz”. (Juan 3:33)

Esta es la clase de obreros que se necesitan en la causa de Dios hoy. Los que son autosuficientes, los celosos y envidiosos, los que critican y encuentran faltas en los demás no hacen falta en su obra sagrada. No deben ser tolerados en el ministerio, aunque aparentemente hayan logrado ser de alguna utilidad. Dios no carece ni de hombres ni de medios. El llama a obreros que son fieles y verdaderos, puros y santos; a aquellos que

sienten la necesidad de la sangre expiatoria de Cristo y la gracia santificadora de su Espíritu.

Mis hermanos, a Dios le duelen vuestra envidia, vuestros celos, vuestra amargura y disensión. En todas estas cosas le estáis rindiendo obediencia a Satanás y no a Cristo. Cuando vemos hombres que son firmes en sus principios, intrépidos en el cumplimiento del deber, celosos en la causa de Dios y, sin embargo, humildes, mansos y tiernos, pacientes para con todos, perdonadores, que manifiestan el amor por las almas por las cuales Cristo murió, no es necesario que preguntemos: ¿Son ellos cristianos? Demuestran de una manera inconfundible que han estado con Jesús y han aprendido de él. Cuando los hombres manifiestan los rasgos opuestos, cuando son orgullosos, vanidosos, frívolos, amadores del mundo, avaros, no bondadosos, censuradores, no es necesario que se nos diga con quién se han estado asociando, quién es su amigo más íntimo. Puede ser que no crean en la hechicería; no obstante, tienen comunión con un espíritu maligno.

A éstos yo diría: “Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía. Y el fruto de la justicia se siembra en paz para aquellos que hacen la paz”. (Santiago 3:17, 18)

Cuando los fariseos y saduceos acudieron al bautismo de Juan, aquel intrépido pregonero de la justicia los increpó: “¡Generación de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera? Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento”. (Juan 3:7, 8) Al venir en busca de Juan, estos hombres fueron inducidos por motivos indignos. Eran hombres de principios malsanos y comportamiento corrupto; sin embargo, no estaban conscientes de su verdadera condición. Llenos de orgullo y ambición, no escatimaban esfuerzo alguno por exaltarse a sí mismos y afianzar su influencia sobre el pueblo. Vinieron para recibir el bautismo por manos de Juan para poder cumplir sus propósitos con más facilidad.

Juan leyó sus motivos, y los recibió con la

escudriñadora pregunta: “¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera?” Si hubieran escuchado la voz de Dios que hablaba a sus corazones, lo hubiesen demostrado llevando frutos dignos de arrepentimiento. Los tales frutos no se vieron. Habían escuchado la amonestación como si fuera la voz de un mero hombre. Se vieron atraídos por el poder y la valentía con que hablaba Juan, pero el Espíritu de Dios no envió la convicción a sus corazones ni produjo en ellos fruto para vida eterna como muestra segura. No demostraban haber cambiado de corazón. Juan hubiera querido que entendiesen que sin el poder transformador del Espíritu Santo, ninguna ceremonia externa podría beneficiarles.

La reprensión del profeta se aplica a muchos en nuestros días. No pueden negar los claros y convincentes argumentos que sostienen la verdad, pero la aceptan más como el resultado del razonamiento humano y no de la revelación divina. No están verdaderamente conscientes de su condición como pecadores ni manifiestan un verdadero quebrantamiento de corazón; pero, como

los fariseos, consideran que aceptar la verdad es para ellos un acto de gran condescendencia.

Nadie está más lejos del reino de los cielos que los formalistas que se justifican a sí mismos, llenos de orgullo por lo que han logrado, mientras que están completamente vacíos del Espíritu de Cristo; mientras la envidia, los celos, el amor por el halago y la popularidad los controlan. Pertenecen a la misma clase a la cual Juan llamó generación de víboras, hijos del maligno. Entre nosotros se encuentra este tipo de persona, invisible e insospechado. Sirven a la causa de Satanás de manera más eficaz que el libertino más vil; porque éste no disfraza su verdadero carácter, sino demuestra lo que es.

Dios requiere que rindamos fruto digno de arrepentimiento. Sin tal fruto, nuestra profesión de fe no tiene valor. El Señor es capaz de levantar verdaderos creyentes entre los que nunca han oído su nombre. “No penséis decir dentro de vosotros mismos: A Abraham tenemos por padre; porque yo os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham

aun de estas piedras”. (Mateo 3:9)

Dios no depende de hombres que no están convertidos de corazón y vida. Nunca favorecerá a un hombre que práctica la iniquidad. “Y ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado en el fuego”. (Mateo 3:10)

Aquellos que alaban y lisonjean al ministro, además de descuidar las obras de justicia, dan evidencia inconfundible de estar convertidos al ministro y no a Dios. Preguntamos: “¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera?” (Mateo 3:7; Lucas 3:7) En el mensaje que Dios envió, ¿escuchasteis la voz del Espíritu Santo o una mera voz de hombre? La clase de fruto dará evidencia de la naturaleza del árbol.

El formalismo exterior no es capaz de purificarnos; ninguna ordenanza, administrada por los hombres más santos, puede tomar el lugar del bautismo del Espíritu Santo. El hará esta obra en el corazón. Todos los que no han experimentado su

poder regenerador, son como tamo entre el trigo. El Señor tiene su aventador en la mano y limpiará bien su era. En el día venidero, él hará diferencia “entre el que sirve a Dios y el que no lo sirve”.

El Espíritu de Cristo se manifestará en todos aquellos que han nacido de Dios. La disensión y la contienda no pueden surgir entre los que son controlados por su Espíritu. “Purificaos los que lleváis los utensilios de Jehová”. (Isaías 52:11) La iglesia raras veces perseguirá una norma más elevada que la que han establecido sus ministros. Necesitamos un ministerio convertido y un pueblo convertido. Los pastores que cuidan de las almas como quienes han de dar cuenta conducirán al rebaño por los senderos de paz y santidad. Su éxito en esta obra será proporcional a su propio crecimiento en gracia y en el conocimiento de la verdad. Cuando los maestros están santificados en espíritu, alma y cuerpo, pueden inculcarle al pueblo la importancia de dicha santificación.

Se logra poco cuando se habla de asuntos religiosos de manera casual o se ora por

bendiciones espirituales cuando no hay verdadera hambre en el alma y una fe viviente. La muchedumbre curiosa que se apiñaba en torno de Cristo no derivaba ningún poder vital de aquel encuentro; pero, cuando aquella pobre y sufrida mujer en su gran necesidad extendió su mano y tocó el borde del manto de Jesús, sintió la virtud sanadora. El suyo fue un toque de fe. Cristo reconoció aquel toque y decidió allí enseñar una lección para beneficio de sus seguidores hasta el fin del tiempo. El sabía que había salido virtud de él, y volviéndose en medio del gentío, dijo: "¿Quién me ha tocado mis vestidos?" Sorprendidos por su pregunta, sus discípulos contestaron: "Ves que la multitud te aprieta, y dices: ¿Quién me ha tocado?" (Marcos 5:30, 31)

Jesús fijó su vista sobre la que lo había hecho. Estaba llena de temor. La embargaba un gran gozo, ¿pero sería posible que se hubiera extralimitado? Sabiendo lo que había sido hecho dentro de ella, salió temblorosa, se arrojó a los pies de Jesús y le contó la verdad. Cristo no la reprochó. Tiernamente le dijo: "Ve en paz, y queda sana de tu azote".

(Mateo 5:34)

Aquí se distinguió el contacto casual del toque de fe. La oración y la predicación, sin el ejercicio de una fe viva en Dios, serán en vano; pero el toque de la fe nos abre la mina divina de poder y sabiduría; y, de esta manera, por medio de instrumentos de barro, Dios lleva a cabo las maravillas de su gracia.

Estamos en gran necesidad de esta fe viva hoy día. Es preciso que tengamos la seguridad de que Cristo es de veras nuestro, que su Espíritu purifica y refina nuestros corazones. Si los ministros de Cristo tuvieran una fe genuina acompañada de la mansedumbre y el amor, ¡cuán grande obra llevarían a cabo! ¡Qué fruto se vería para la gloria de Dios!

¿Qué puedo deciros, hermanos míos, que os despierte de vuestra seguridad carnal? Se me han mostrado vuestros peligros. En la iglesia hay creyentes e incrédulos. Cristo presenta estas dos clases en su parábola de la vid y sus sarmientos.

Exhorta así a quienes le siguen: “Estad en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto de sí mismo, si no estuviere en la vid; así ni vosotros, si no estuviereis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que está en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque sin mí nada podéis hacer”. (Juan 15:4, 5)

Hay gran diferencia entre una supuesta unión y una conexión real con Cristo por la fe. Una profesión de fe en la verdad pone a los hombres en la iglesia, pero esto no prueba que tienen una conexión tal con la vid viviente. Se nos da una regla por la cual se puede distinguir al verdadero discípulo de aquellos que aseveran seguir a Cristo, pero no tienen fe en él. La una clase da fruto, la otra no es fructífera. La una está con frecuencia sometida a la podadera de Dios, para que pueda dar más fruto; la otra, como ramas secas, queda pronto separada de la vid viviente.

Siento profunda solicitud porque nuestros hermanos conserven entre sí el testimonio viviente; y que la iglesia se mantenga pura del elemento

incrédulo. ¿Podemos concebir una relación más estrecha e íntima con Cristo que la presentada en estas palabras: “Yo soy la vid, vosotros los pámpanos”? Las fibras del sarmiento son casi iguales que las de la vid. La comunicación de la vida, fuerza y carácter fructífero del tronco a los sarmientos, se mantiene constante y sin obstrucción. La raíz envía su nutrición por el sarmiento. Tal es la relación que sostiene con Cristo el verdadero creyente. Permanece en Cristo y obtiene de él su nutrición.

Esta relación espiritual puede establecerse únicamente por el ejercicio de la fe personal. Esta fe debe expresar de nuestra parte una suprema preferencia, perfecta confianza y entera consagración. Nuestra voluntad debe entregarse completamente a la voluntad divina. Nuestros sentimientos, deseos, intereses y honor deben identificarse con la prosperidad del reino de Cristo y el honor de su causa, recibiendo nosotros constantemente la gracia de él y aceptando Cristo nuestra gratitud.

Cuando se ha formado esta intimidad de conexión y comunión, nuestros pecados son puestos sobre Cristo, su justicia nos es impuUna tada. El fue hecho pecado por nosotros, para que pudiésemos ser hechos justicia de Dios en él. Tenemos acceso a Dios por él; somos aceptos en el Amado. Quien quiera que por sus palabras o acciones perjudique al creyente, hiere con ello a Jesús. Quien quiera que dé una copa de agua fría a un discípulo porque es hijo de Dios, será considerado por Cristo como habiéndosela dado a él mismo.

Cuando Cristo estaba por abandonar a sus discípulos, les dio el hermoso emblema de su relación con los creyentes. Había estado presentándoles la íntima comunión consigo mismo por la cual podrían mantener la vida espiritual cuando su presencia visible se retrajese. Para grabar la lección en sus mentes, les presentó la vid como el símbolo más llamativo y apropiado de esa comunión.

Los judíos habían considerado siempre la vid

como la más noble de las plantas, y una figura de todo lo que era poderoso, excelente y fructífero. “La vid --parece querer decir nuestro Señor-- que vosotros estimáis tan altamente, es un símbolo. Yo soy la realidad; yo soy la vid verdadera. Como nación apreciáis la vid; como pecadores debierais apreciarme a mí por encima de todas las cosas terrenales. El sarmiento no puede vivir separado de la vid; tampoco podéis vivir vosotros a menos que permanezcáis en mi”.

Todo seguidor de Cristo tiene un interés tan profundo en esta lección como los discípulos que escucharon sus palabras. En su apostasía, el hombre se enajenó de Dios. La separación es grande y temible; pero Cristo ha hecho provisión para una vez más unirnos con él. El poder del mal está tan identificado con la naturaleza humana, que ningún hombre puede vencer, excepto mediante la unión con Cristo. A través de esta unión recibimos fuerza moral y espiritual. Si tenemos el Espíritu de Cristo, rendiremos el fruto de la justicia, un fruto que será una honra y una bendición para la humanidad y glorificará a Dios.

El Padre es el cuidador de la viña. Con destreza y misericordia poda toda rama que da fruto. Quienes comparten el sufrimiento y el reproche de Cristo ahora, compartirán su gloria en el más allá. El “no se avergüenza de llamarlos hermanos”. (Hebreos 2:12) Sus ángeles ministran en su favor. Su segunda aparición será como Hijo del hombre y de esta manera, aun en su gloria, se identifica con la humanidad. A los que se han unido a él les dice: “Aunque olvide ella [la madre, al hijo que dio a luz], yo nunca me olvidaré de ti. He aquí que en las palmas de las manos te tengo esculpida; delante de mí están siempre tus muros”. (Isaías 49:15, 16) Oh, ¡qué maravillosos privilegios se nos otorgan!

¿No nos esforzaremos con todo empeño para formar esta alianza con Cristo, único medio por el cual se pueden obtener estas bendiciones? ¿No nos desprenderemos de nuestros pecados por medio de la justicia, y de nuestras iniquidades volviéndonos al Señor? El escepticismo y la deslealtad se han difundido por todas partes. Cristo preguntó: “Cuando el Hijo del hombre venga, ¿hallará fe en

la tierra?” La permanencia de nuestra fe es la condición de nuestra unión.

La unión con Cristo mediante una fe viviente es duradera; toda otra unión perecerá. Cristo nos escogió a nosotros primero pagando un precio infinito por nuestra redención; y el verdadero creyente escoge a Cristo como el primero, el último y el mejor en todo; pero esta unión tiene su precio. El ser orgulloso entra en una unión de dependencia total. Todos los que entran en esta unión han de sentir su necesidad de la sangre expiatoria de Cristo. Han de experimentar un cambio de corazón. Han de someter su voluntad a la voluntad de Dios. Se llevará a cabo una obra dolorosa de desprendimiento tanto como de acercamiento. El orgullo, el egoísmo, la vanidad, la mundanalidad -- el pecado en todas sus formas-- han de vencerse si hemos de entrar en unión con Cristo. La razón por la que muchos encuentran la vida cristiana tan lamentablemente dura y porque son tan veleidosos y variables, es que procuran vincularse a sí mismos con Cristo sin haberse primero desprendido de sus ídolos acariciados.

Después que se ha formado la unión con Cristo, se ha de preservar sólo mediante la oración constante y el esfuerzo incansable. Hemos de resistir, negar y conquistar el yo. Por la gracia de Cristo, por medio del valor, la fe, y la vigilancia podremos ganar la victoria.

Los creyentes se hacen uno con Cristo, pero una rama no puede ser sostenida por otra. El alimento ha de obtenerse a través de una conexión vital con la vid. Hemos de sentir que dependemos totalmente de Cristo. Hemos de vivir por fe en el Hijo de Dios. Eso es lo que significa la amonestación: “Permaneced en mí”. La vida que vivimos en la carne no es para cumplir la voluntad humana o para complacer a los enemigos del Señor, sino para servir y honrar a Aquel que nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros. Un mero asentimiento a esta unión, sin que los afectos estén desprendidos del mundo, sus placeres y disipaciones, sólo alienta al corazón hacia la desobediencia.

Como pueblo estamos tristemente desprovistos de fe y amor. Nuestros esfuerzos son del todo demasiado débiles para un tiempo de peligro como el que estamos viviendo. El orgullo y la complacencia propia, la impiedad y la iniquidad que nos rodean ejercen cierta influencia sobre nosotros. Pocos comprenden la importancia que tiene el rehuir, hasta donde sea posible, todas las compañías que no favorecen la vida religiosa. Al elegir su ambiente, pocos son los que dan la primera consideración a la prosperidad espiritual.

Los padres acuden con sus familias a las ciudades, porque se imaginan que allí es más fácil ganarse la vida que en el campo. Los hijos, no teniendo qué hacer cuando no están en la escuela, se educan en la calle. De las malas compañías adquieren hábitos de vicio y disipación. Los padres ven todo esto, pero la corrección de su error requeriría un sacrificio y permanecen donde están, hasta que Satanás obtiene pleno dominio de sus hijos. Mejor es sacrificar cualesquiera consideraciones mundanales, o aun todas ellas, antes que poner en peligro las almas preciosas

confiadas a vuestro cuidado. Serán asaltadas por tentaciones, y se les debe enseñar a arrostrarlas; pero es vuestro deber suprimir toda influencia, romper todo hábito, cortar todo vínculo que os impidan realizar la entrega más libre, abierta y cordial de vosotros mismos y vuestras familias a Dios.

En vez de la ciudad atestada, buscad algún lugar retraído, donde vuestros hijos estarán, hasta donde se pueda, protegidos de la tentación, y allí educadlos para ser útiles. El profeta Ezequiel enumera así las causas que condujeron al pecado y la destrucción de Sodoma: “Soberbia, hartura de pan, y abundancia de ociosidad tuvo ella y sus hijas; y no corroboró la mano del afligido y del menesteroso”. (Ezequiel 16:49) Todos los que quieran escapar a la suerte de Sodoma, deben rehuir la conducta que trajo los juicios de Dios sobre aquella ciudad perversa.

Hermanos míos, estáis despreciando los más sagrados requerimientos de Dios porque descuidáis el consagraros vosotros y vuestros hijos a él.

Muchos de vosotros estáis descansando en una falsa seguridad, absortos en intereses egoístas, y atraídos por los tesoros terrenales. No teméis mal alguno. El peligro parece estar muy lejos. Llegaréis engañados y seducidos a vuestra ruina eterna, a menos que os despertéis y con penitencia y profunda humillación, volváis al Señor.

Una y otra vez se os ha dirigido la voz del cielo. ¿Le obedeceréis? ¿Escucharéis al Testigo fiel que os aconseja procurar el oro probado en el fuego, la vestidura blanca y el colirio? El oro son la fe y el amor; la vestidura blanca es la justicia de Cristo; el colirio es el discernimiento espiritual que os habilitará para rehuir los ardides de Satanás, para notar el pecado y aborrecerlo, para ver la verdad y obedecerla.

El letargo mortífero del mundo paraliza vuestros sentidos. El pecado ya no os parece repulsivo porque Satanás os ha enceguecido. Pronto se han de derramar los juicios de Dios sobre la tierra. “Escapa por tu vida” (Génesis 19:17), es la amonestación de los ángeles de Dios. Se oyen

otras voces que dicen: “No os excitéis; no hay causa de alarma especial”. Los que se sienten cómodos en Sion claman: Paz y seguridad, mientras que el cielo declara que una rápida destrucción está por sobrecoger al transgresor. Los jóvenes, los frívolos, los que aman los placeres, consideran estas advertencias como cuentos ociosos, y las rechazan como una broma. Los padres se inclinan a creer que sus hijos tienen razón en el asunto, y todos siguen durmiendo tranquilos. Así sucedió cuando fue destruido el mundo antiguo, y cuando Sodoma y Gomorra fueron consumidas por el fuego. En la noche anterior a su destrucción, las ciudades de la llanura se revolcaban en el placer. Se burlaron de Lot por sus temores y advertencias. Pero fueron estos escarnecedores los que perecieron en las llamas. Esa misma noche se cerró para siempre la puerta de la misericordia para los impíos y descuidados habitantes de Sodoma.

Dios es quien tiene en sus manos el destino de las almas. No será siempre burlado; no permitirá que se juegue siempre con él. Sus juicios ya están

sobre la tierra. Fieras y espantosas tempestades siembran la destrucción y la muerte en su estela. El incendio devorador arrasa el bosque desierto y la ciudad atestada. La tempestad y el naufragio aguardan a los que viajan en el mar. Accidentes y calamidades amenazan a todos los que viajan por tierra. Los huracanes, los terremotos, la espada y el hambre se siguen en rápida sucesión. Sin embargo, los corazones de los hombres se endurecen. No reconocen la voz de advertencia de Dios. No quieren huir al único refugio que hay para protegerse de la tormenta que se prepara.

Muchos de los que han sido colocados sobre las murallas de Sion, para observar con ojo de águila la inminencia del peligro y elevar la voz de amonestación, están ellos mismos dormidos. Los mismos que debieran ser los más activos y vigilantes en esta hora de peligro, están descuidando su deber y trayendo sobre sí mismos la sangre de las almas.

Mis hermanos, cuidado con el corazón pecaminoso dominado por la incredulidad. La

Palabra de Dios es clara y exacta en sus restricciones; como interfiere con vuestra complacencia egoísta, no la obedecéis. Los testimonios de su Espíritu os llaman la atención a las Escrituras, señalan vuestros defectos de carácter, y reprenden vuestros pecados; por lo tanto, no les hacéis caso. Y para justificar vuestro comportamiento caracterizado por el amor al placer, empezáis a dudar si los testimonios son de Dios. Si obedecierais sus enseñanzas, os convenceríais de su procedencia divina. Recordad que vuestra incredulidad no afecta su veracidad. Si provienen de Dios, ellos permanecerán. Aquellos que procuran disminuir la fe del pueblo de Dios en los testimonios, que han estado en la iglesia por los últimos 36 años, están peleando contra Dios. No es el instrumento a quien despreciáis, sino a Dios, quien os ha hablado mediante amonestaciones y reprensiones.

En la instrucción dada por nuestro Salvador a sus discípulos hay palabras de amonestación que se aplican de una manera especial a nosotros: “Mirad también por vosotros mismos, que vuestros

corazones no se carguen de glotonería ni embriaguez y de los afanes de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día" (Lucas 21:34) Velar, orar, obrar, esta es la verdadera vida de fe. "Orad en todo tiempo", es decir, estad siempre en el espíritu de oración, y entonces estaréis listos para la venida de vuestro Señor.

Los centinelas son responsables por la condición del pueblo. Al permitirle la entrada al orgullo, la envidia, la duda, y otros pecados, habrá contienda, odio y toda obra mala. Jesús, el manso y humilde, pide que le permitáis entrar como huésped; pero teméis darle la entrada. El nos ha hablado tanto en el Antiguo como el Nuevo Testamento; todavía nos habla mediante su Espíritu y sus providencias. Sus instrucciones tienen como propósito hacer que los hombres sean leales a Dios y a sí mismos.

Jesús asumió la naturaleza humana para dejar a la humanidad un modelo completo y perfecto. Es su intención hacernos como él es, leales en todo propósito, sentimiento y pensamiento: leales de

corazón, alma y vida. Esto es cristianismo. Nuestra naturaleza caída ha de ser purificada, ennoblecida, y consagrada mediante la obediencia a la verdad. La fe cristiana nunca armonizará con los principios mundanos; la integridad cristiana se opone a todo engaño y fingimiento. El que alberga más el amor de Cristo en el corazón, el que refleja la imagen del Salvador más perfectamente, es a la vista de Dios la persona más leal, más noble y honorable sobre la faz de la tierra.

Capítulo 26

La unidad cristiana

“Os ruego pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros disensiones, antes seáis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer”. (1 Corintios 1:10)

La unión hace la fuerza; la división significa debilidad. Cuando los que creen la verdad presente están unidos, ejercen una influencia poderosa. Satanás lo comprende bien. Nunca estuvo más resuelto que ahora a anular la verdad de Dios causando amargura y disensión entre el pueblo del Señor.

El mundo está contra nosotros, y también las iglesias populares; las leyes del país pronto estarán contra nosotros. Si ha habido alguna vez un tiempo en que el pueblo de Dios debía unirse, es ahora. Dios nos ha confiado las verdades especiales para

este, tiempo, para que las demos a conocer al mundo. El último mensaje de misericordia se está proclamando ahora. Estamos tratando con hombres y mujeres encaminados hacia el juicio. ¡Cuán cuidadosos debemos ser en toda palabra y acto para seguir de cerca al Dechado, a fin de que nuestro ejemplo conduzca a los hombres a Cristo! ¡Con qué cuidado debemos tratar de presentar la verdad, a fin de que los demás, contemplando su belleza y sencillez, sean inducidos a recibirla! Si nuestro carácter testifica de su poder santificador, seremos una luz continua para los demás: epístolas vivientes, conocidas y leídas de todos los hombres. No debemos dar ahora cabida a Satanás albergando desunión, discordia y disensión.

La preocupación manifestada por nuestro Salvador en su última oración antes de ser crucificado era que la unión y el amor existiesen entre sus discípulos. Teniendo delante de sí la agonía de la cruz, no se preocupaba por sí mismo, sino por aquellos a quienes debía dejar para que continuasen su obra en la tierra. Les esperaban las más severas pruebas; pero Jesús vio que su mayor

peligro provendría de un espíritu de amargura y división. De allí que orase así:

“Santifícalos en tu verdad: tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, también los he enviado al mundo. Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en verdad. Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos. Para que todos sean una cosa; como tú oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean en nosotros una cosa: para que el mundo crea que tú me enviaste”. (Juan 17:17-21)

Esa oración de Cristo abarca a todos los que le habían de seguir hasta el fin del tiempo. Nuestro Salvador previó las pruebas y los peligros de su pueblo; no se olvidó de las disensiones y divisiones que distraerían y debilitarían a su iglesia. Nos consideró con interés más profundo y compasión más tierna que los que mueven el corazón de un padre terrenal hacia un hijo extraviado y afligido. Nos ordena que aprendamos de él. Solicita nuestra confianza. Nos aconseja que abramos nuestro

corazón para recibir su amor. Se ha comprometido a ser nuestro ayudador.

Cuando Cristo ascendió al cielo, dejó la obra en la tierra en las manos de sus siervos, los subpastores. “Y él mismo dio unos, ciertamente apóstoles; y otros, profetas; y otros, evangelistas; y otros, pastores y doctores; para perfección de los santos, para la obra del ministerio, para edificación del cuerpo de Cristo; hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la edad de la plenitud de Cristo”. (Efesios 4:11-13)

Al mandar a sus ministros, nuestro Salvador dio dones a los hombres, porque por su medio él comunica al mundo las palabras de vida eterna. Tal es el medio que Dios ha ordenado para la perfección de los santos en el conocimiento y la verdadera santidad. La obra de los siervos de Cristo no consiste simplemente en predicar la verdad, sino que también han de velar por las almas, como quienes han de dar cuenta a Dios. Deben reprender, corregir, exhortar con paciencia y doctrina.

Todos los que han sido beneficiados por las labores del siervo de Dios, deben, según su capacidad, unirse con él para trabajar por la salvación de las almas. Tal es la obra de todos los verdaderos creyentes, tanto los ministros como el pueblo. Deben tener siempre presente ese gran objeto, tratando cada uno de ocupar su puesto debido en la iglesia, trabajando todos juntos en orden, armonía y amor.

No hay nada egoísta o estrecho en la religión de Cristo. Sus principios son difusivos y agresivos. Cristo la compara a la luz brillante, a la sal que preserva y a la levadura que transforma. Con celo, fervor y devoción, los siervos de Dios tratarán de diseminar, lejos y cerca, el conocimiento de la verdad; sin embargo, no descuidarán el trabajar por la fuerza y unidad de la iglesia. Velarán cuidadosamente, no sea que la diversidad y la división tengan oportunidad de infiltrarse.

Ultimamente se han levantado entre nosotros hombres que profesan ser siervos de Cristo, pero

cuya obra se opone a la unidad que nuestro Salvador estableció en la iglesia. Tienen planes y métodos de trabajo originales. Desean introducir en la iglesia cambios de acuerdo con sus ideas de progreso, y se imaginan que así se obtendrían grandes resultados. Estos hombres necesitan aprender más bien que enseñar en la escuela de Cristo. Están siempre inquietos, aspirando a hacer alguna gran obra, realizar algo que les reporte honra. Necesitan aprender la más provechosa de todas las lecciones: la humildad y fe en Jesús. Algunos están vigilando a sus colaboradores y esforzándose ansiosamente para señalar sus errores, cuando debieran más bien tratar fervorosamente de preparar su propia alma para el gran conflicto que los espera. El Salvador les ordena: “Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas”. (Mateo 11:29)

Los que enseñan la verdad, los misioneros y dirigentes de la iglesia, pueden hacer una gran obra por el Maestro, si tan sólo quieren purificar sus almas obedeciendo la verdad. Cada cristiano vivo

trabajará desinteresadamente por Dios. El Señor nos ha dado a conocer su voluntad, a fin de que seamos conductos de luz para otros. Si Cristo mora en nosotros, no podemos menos que trabajar para él. Es imposible conservar el favor de Dios y disfrutar la bendición del amor del Salvador, y ser indiferente al peligro de los que perecen en sus pecados. Quiere el Padre “que llevéis mucho fruto”. (Juan 15:8)

Pablo ruega a los efesios que conserven la unidad y el amor: “Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que sois llamados; con toda humildad y mansedumbre, con paciencia soportando los unos a los otros en amor; solícitos a guardar la unidad del Espíritu; como sois también llamados a una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todas las cosas, y por todas las cosas, y en todos vosotros”. (Efesios 4:1-6)

El apóstol exhortó a sus hermanos a manifestar en su vida el poder de la verdad que les había

presentado. Con mansedumbre y bondad, tolerancia y amor, debían manifestar el carácter de Cristo y las bendiciones de su salvación. Hay un solo cuerpo, un Espíritu, un Señor, una fe. Como miembros del cuerpo de Cristo, todos los creyentes son animados por el mismo espíritu y la misma esperanza. Las divisiones que haya en la iglesia deshonran la religión de Cristo delante del mundo, y dan a los enemigos de la verdad ocasión de justificar su conducta. Las instrucciones de Pablo no fueron escritas solamente para la iglesia de su tiempo. Dios quería que fuesen transmitidas hasta nosotros. ¿Qué estamos haciendo para conservar la unidad en los vínculos de la paz?

Cuando el Espíritu Santo fue derramado sobre la iglesia primitiva, los hermanos se amaban unos a otros. “Comían juntos con alegría y con sencillez de corazón, alabando a Dios, y teniendo gracia con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos”. (Hechos 2:46, 47) Los cristianos primitivos eran pocos en número, y no tenían riquezas ni honores; sin embargo, ejercieron una poderosa influencia. La

luz del mundo resplandecía por medio de ellos. Aterrorizaban a los que hacían mal, dondequiera que se conocían su carácter y sus doctrinas. Por esta causa, eran odiados de los impíos, y perseguidos aun hasta la muerte.

La norma de la santidad es la misma hoy que en el tiempo de los apóstoles. Ni las promesas ni los requerimientos de Dios han perdido su fuerza. Pero, ¿cuál es el estado de los que profesan ser pueblo de Dios cuando se compara con el de la iglesia primitiva? ¿Dónde están el Espíritu y el poder de Dios que acompañaban entonces a la predicación del Evangelio? ¡Ay, "cómo se ha oscurecido el oro! ¡Cómo el buen oro se ha demudado!" (Lamentaciones 4:1)

El Señor plantó a su iglesia como una viña en un campo fértil. Con el más tierno cuidado la alimentó y cuidó, a fin de que produjese frutos de justicia. Su lenguaje es: "¿Qué más se había de hacer a mi viña, que yo no haya hecho en ella?" (Isaías 54) Pero esta viña plantada por Dios se inclinó a tierra, y enlazó sus zarcillos en derredor

de soportes humanos. Sus ramas se extienden ampliamente, pero lleva los frutos de una viña degenerada. Su Señor declara: “Esperando yo que llevase uvas, ha llevado uvas silvestres”. (Isaías 5:4)

El Señor le ha otorgado grandes bendiciones a su iglesia. La justicia exige que ella le devuelva estos talentos con su interés. A medida que han crecido los tesoros de la verdad a ella confiados, sus obligaciones también han aumentado. Pero en vez de multiplicar esos dones y avanzar hacia la perfección, la iglesia ha caído del nivel que había alcanzado en su experiencia anterior. El cambio de su estado espiritual se produjo gradual y casi imperceptiblemente. A medida que empezaba a buscar la alabanza y la amistad del mundo, su fe disminuyó, su celo languideció, su ferviente devoción fue reemplazada por un formalismo muerto. Cada paso hacia el mundo la fue alejando de Dios. A medida que la iglesia ha cultivado el orgullo y la ambición mundanal, el Espíritu de Cristo se ha ido apartando de ella, y se han introducido la emulación y la contienda,

distrayéndola y debilitándola.

Pablo escribe a sus hermanos de Corinto: “Porque todavía sois carnales: pues habiendo entre vosotros celos, y contiendas, y disensiones, ¿no sois carnales, y andáis como hombres?” (1 Corintios 3:3) Es imposible para la mente absorbida por la envidia y la contienda comprender las profundas verdades de la Palabra de Dios. “Mas el hombre animal no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque le son locura: y no las puede entender, porque se han de examinar espiritualmente”. (1 Corintios 2:14) No podemos entender correctamente ni apreciar la revelación divina sin la ayuda del Espíritu por el cual fue dada la Palabra.

Los que han sido designados para cuidar los intereses espirituales de la iglesia deben esmerarse por ser un buen ejemplo sin dar ocasión a la envidia, los celos o las sospechas y manifestar siempre el mismo espíritu de amor, respeto y cortesía que desean estimular en sus hermanos. Deben prestar diligente atención a las instrucciones

de la Palabra de Dios. Refrénese toda manifestación de animosidad o falta de bondad; arránquese toda raíz de amargura. Cuando se levantan dificultades entre hermanos, debe seguirse estrictamente la regla del Salvador. Debe hacerse todo esfuerzo posible para efectuar una reconciliación, pero si las partes persisten obstinadamente en su divergencia, deben ser suspendidas hasta que puedan armonizar.

Si se presentan pruebas en la iglesia, examine cada miembro su propio corazón para ver si la causa de la dificultad no reside en él. Por el orgullo espiritual, el deseo de dominar, el anhelo ambicioso de honores o puestos, la falta de dominio propio, por satisfacer una pasión o el prejuicio, por la inestabilidad o falta de juicio, la iglesia puede ser perturbada, y su paz sacrificada.

Con frecuencia causan dificultades los diseminadores de chismes, cuyos susurros y sugestiones envenenan las mentes incautas y separan a los amigos más íntimos. En su mala obra, los creadores de disensión están secundados por los

muchos que con oídos abiertos y mal corazón dicen: “Denunciad, y denunciaremos”. (Jeremías 20:10) Este pecado no debe ser tolerado entre los que siguen a Cristo. Ningún padre cristiano debe permitir que se repitan chismes en el círculo familiar, ni palabras despectivas para los miembros de la iglesia.

Los cristianos considerarán que se cumple un deber religioso al reprimir el espíritu de envidia o rivalidad. Deben regocijarse en la reputación superior o prosperidad de sus hermanos, aun cuando su propio carácter o progreso parezcan quedar en la sombra. Fueron el orgullo y la ambición albergados en el corazón de Satanás los que le desterraron del cielo. Estos males están profundamente arraigados en nuestra naturaleza caída, y si no se suprimen predominarán sobre toda cualidad buena y noble, y producirán la envidia y la disensión como funestos frutos.

Debemos buscar la verdadera bondad más bien que la grandeza. Los que poseen el ánimo de Cristo tendrán humilde opinión de sí mismos. Trabajarán

por la pureza y prosperidad de la iglesia, y estarán listos para sacrificar sus propios intereses y deseos antes que causar disensión entre sus hermanos.

Satanás está tratando constantemente de sembrar desconfianza, enajenamiento y malicia entre el pueblo de Dios. Con frecuencia estaremos tentados a sentir que nuestros derechos han sido invadidos, sin que haya verdadera causa para tener esos sentimientos. Los que se aman a sí mismos más que a Cristo y su causa pondrán sus intereses en primer lugar, y recurrirán a casi cualquier expediente para guardarlos y mantenerlos. Cuando se consideren perjudicados por sus hermanos, algunos acudirán a los tribunales, en vez de seguir la regla del Salvador. Aun muchos de los que parecen cristianos concienzudos son disuadidos por el orgullo y la estima propia de ir privadamente a aquellos a quienes creen errados, para hablar del asunto con el espíritu de Cristo y orar uno por otro. Las contenciones, disensiones y demandas legales entre hermanos deshonran la causa de la verdad. Los que siguen tal conducta exponen a la iglesia al ridículo de sus enemigos, y hacen triunfar las

potestades de las tinieblas. Están abriendo de nuevo las heridas de Cristo y exponiéndole al oprobio. Desconociendo la autoridad de la iglesia, manifiestan desprecio por Dios, quien dio su autoridad a la iglesia.

Pablo escribe a los Gálatas: “Ojalá fuesen también cortados los que os inquietan. Porque vosotros, hermanos, a libertad habéis sido llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión a la carne, sino servíos por amor los unos a los otros. Porque toda la ley en aquesta sola palabra se cumple: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Y si os mordéis y os coméis los unos a los otros, mirad que también no os consumáis los unos a los otros. Digo pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis la concupiscencia de la carne”. (Gálatas 5:12-16)

Algunos falsos maestros habían presentado a los Gálatas doctrinas opuestas al Evangelio de Cristo. Pablo trataba de exponer y corregir estos errores. Deseaba mucho que los falsos maestros fuesen separados de la iglesia, pero su influencia

había afectado a tantos de los creyentes que parecía azaroso tomar una decisión contra ellos. Había peligro de ocasionar contiendas y divisiones ruinosas para los intereses espirituales de la iglesia. Por lo tanto trataba de hacer ver a sus hermanos la importancia de ayudarse unos a otros con amor. Declaró que todas las demandas de la ley que presentan nuestros deberes hacia nuestros semejantes se cumplen al amarnos unos a otros. Les advirtió que si se entregaban al odio y a la contención, dividiéndose en partidos, y mordiéndose y devorándose unos a otros como las bestias, atraerían sobre sí mismos desgracia inmediata y ruina futura. Había tan sólo una manera de evitar estos terribles males, a saber, como les recomendó el apóstol, andando “en el Espíritu”. Mediante constante oración debían buscar la dirección del Espíritu Santo, que los conduciría al amor y la unidad.

Una casa dividida contra sí misma no puede subsistir. Cuando los cristianos contienden, Satanás acude para ejercer el dominio. ¡Con cuánta frecuencia ha tenido éxito en destruir la paz y

armonía de las iglesias! ¡Qué fieras controversias, qué amarguras, qué odios han comenzado con un asunto pequeño! ¡Cuántas esperanzas han sido marchitadas, cuántas familias han sido dividas por la discordia y la contención!

Pablo encargó a sus hermanos que tuviesen cuidado, no fuese que al tratar de corregir las faltas ajenas, estuviesen ellos mismos cometiendo pecados igualmente graves. Les advierte que el odio, la emulación, la ira, las contiendas, las sediciones, las herejías y las envidias son tan ciertamente obras de la carne como la lascivia, el adulterio, la borrachera y el homicidio, y tan seguramente negarán a los culpables la entrada al cielo.

Cristo declaró: “Y cualquiera que escandalizare a uno de estos pequeñitos que creen en mí, mejor le fuera si se le atase una piedra de molino al cuello, y fuera echado en la mar”. (Marcos 9:42) Quien quiera que por engaño voluntario o por su mal ejemplo extravía a un discípulo de Cristo, es culpable de un grave pecado. Quien quiera que le

haga objeto de calumnia o ridículo, insulta a Jesús. Nuestro Salvador nota todo daño hecho a los que le siguen.

¿Cómo fueron castigados antiguamente los que se mofaron de aquello que Dios había elegido como sagrado para sí? Belsasar y sus príncipes profanaron los vasos de oro de Jehová y alabaron a los ídolos de Babilonia. Pero el Dios a quien desafiaron era testigo de la escena profana. En medio de su alegría sacrílega, se vio una mano sobrenatural que trazaba caracteres misteriosos en la pared del palacio. Llenos de terror, oyeron su suerte anunciada por el siervo del Altísimo.

Recuerden los que se deleitan en formular palabras de calumnia y mentira contra los siervos de Dios que él es testigo de sus acciones. Sus calumnias no están profanando vasos sin alma, sino el carácter de aquellos que Cristo compró con su sangre. La mano que trazó los caracteres sobre las paredes del palacio de Belsasar, registra fielmente cada acto de injusticia u opresión cometido contra el pueblo de Dios.

La historia sagrada presenta sorprendentes ejemplos de cuidado celoso que el Señor ejerce en favor de los más débiles de sus hijos. Durante los viajes de Israel en el desierto, los cansados y débiles que se habían rezagado fueron atacados y asesinados por los cobardes y crueles amalecitas. Más tarde Israel hizo guerra con los amalecitas y los derrotó. “Y Jehová dijo a Moisés: Escribe esto para memoria en un libro, y di a Josué que del todo tengo de raer la memoria de Amalec de debajo del cielo”. La sentencia fue repetida otra vez por Moisés poco antes de su muerte, para que no fuese olvidada por su posteridad. “Acuérdate de lo que te hizo Amalec en el camino, cuando salisteis de Egipto: que te salió al camino, y te desbarató la retaguardia de todos los flacos que iban detrás de ti, cuando tú estabas cansado y trabajado; y no temió a Dios... Raerás la memoria de Amalec de debajo del cielo: no te olvides” (Éxodo 17:14; Deuteronomio 25:17-19)

Si Dios castigó así la crueldad de una nación pagana, ¿cómo considerará a aquellos que,

profesando ser su pueblo, hacen guerra contra sus propios hermanos que son obreros cansados y agotados en su causa? Satanás tiene gran poder sobre aquellos que se entregan a su dominio. Los sumos sacerdotes y ancianos --los maestros religiosos del pueblo-- fueron quienes incitaron a la turba homicida desde el tribunal al Calvario. Entre los que profesan seguir a Cristo hoy, hay corazones animados por el mismo espíritu que clamó por la crucifixión de nuestro Salvador. Recuerden los obradores de iniquidad que todos sus actos tienen un testigo, a saber, un Dios santo que odia el pecado. El traerá todas sus obras a juicio, con toda cosa secreta.

"Así que, los que somos más firmes debemos sobrellevar las flaquezas de los flacos, y no agradarnos a nosotros mismos. Cada uno de nosotros agrade a su prójimo en bien, a edificación. Porque Cristo no se agradó a sí mismo". (Romanos 15:1-3) Como Cristo se compadeció de nosotros y nos ayudó en nuestra debilidad y carácter pecaminoso, debemos compadecernos de los demás y ayudarles. Muchos se sienten perplejos

por la duda, cargados de flaquezas, débiles en la fe e incapaces de comprender lo invisible; pero un amigo al cual pueden ver, que venga a ellos en lugar de Cristo, puede ser un eslabón que asegure su temblorosa fe en Dios. ¡Cuán bienaventurada es esta obra! No permitamos que el orgullo y el egoísmo nos impidan hacer el bien que podríamos hacer, trabajando en nombre de Cristo y con un espíritu amante y tierno.

"Hermanos, si alguno fuere tomado en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restaurad al tal con el espíritu de mansedumbre; considerándote a ti mismo, porque tú no seas también tentado. Sobrellevad los unos las cargas de los otros; y cumplid así la ley de Cristo". (Gálatas 6:1, 2) Aquí se nos vuelve a presentar claramente nuestro deber. ¿Cómo pueden los que profesan seguir a Cristo considerar tan livianamente estas recomendaciones inspiradas? No hace mucho recibí una carta que me describía una circunstancia en la cual un hermano había manifestado indiscreción. Aunque esto ocurrió hace años, y era un asunto baladí que apenas merecía ser recordado, la persona que

escribía declaraba que ello había destruido para siempre su confianza en aquel hermano. Si después de examinarla, la vida de aquella hermana no revelase mayores errores, sería de veras una maravilla, porque la naturaleza humana es muy débil. Yo he tenido y sigo teniendo comunión con hermanos que fueron culpables de graves pecados, y aun ahora no ven sus pecados como Dios los ve. Pero el Señor tolera a esas personas, ¿y por qué no las habría de tolerar yo? Todavía hará él tal impresión por su Espíritu en su corazón, que el pecado les parecerá, como a Pablo, excesivamente pecaminoso.

Conocemos muy poco nuestro propio corazón y poca necesidad sentimos de la misericordia de Dios. Esta es la razón por la cual albergamos tan poco de aquella dulce compasión que Cristo manifiesta para con nosotros, y que deberíamos manifestar unos hacia otros. Debemos recordar que nuestros hermanos son como nosotros, débiles mortales que yerran. Supongamos que un hermano, por no ejercer bastante vigilancia, quedó vencido por la tentación; y contrariamente a su conducta

general, cometió algún error. ¿Qué proceder debemos seguir para con él? Por la historia bíblica sabemos que algunos hombres a quienes Dios había usado para hacer una obra grande y buena, cometieron graves errores. El Señor no los dejó sin reprensión, ni desechó a sus siervos. Cuando ellos se arrepintieron, él los perdonó misericordiosamente, les reveló su presencia y obró por medio de ellos. Consideren los pobres y débiles mortales cuánta compasión y tolerancia de Dios y de sus hermanos necesitan ellos mismos. Tengan cuidado acerca de cómo juzgan y condenan a los demás. Debemos prestar atención a las instrucciones del apóstol: “Vosotros que sois espirituales, restaurad al tal con el espíritu de mansedumbre; considerándote a ti mismo, porque tú no seas también tentado”. (Gálatas 6:1) Podemos caer bajo la tentación, y necesitar toda la paciencia que se nos llama a ejercer hacia el ofensor. “Con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados; y con la medida con que medís, os volverán a medir”. (Mateo 7:12)

El apostól añade una recomendación a los

independientes que confían en sí mismos: “Porque el que estima de sí que es algo, no siendo nada, a sí mismo engaña... Porque cada cual llevará su carga”. (Gálatas 6:3, 5) El que se considera superior a sus hermanos en juicio y experiencia, y desprecia su consejo y amonestación, demuestra que está peligrosamente seducido. El corazón es engañoso. Debe probar su carácter y su vida por la norma bíblica. La Palabra de Dios derrama una luz infalible sobre la senda de la vida humana. No obstante las muchas influencias que surgen para desviar y distraer la mente, los que piden honradamente a Dios sabiduría serán guiados en el debido camino. Cada hombre deberá al final subsistir o caer por sí mismo, no según la opinión del partido que le sostiene o se le opone, ni según el juicio de hombre alguno, sino según sea su verdadero carácter a la vista de Dios. La iglesia puede amonestar, aconsejar y advertir, pero no puede obligar a nadie a seguir el camino recto. Todo aquel que persista en despreciar la Palabra de Dios, deberá llevar su propia carga, dar cuenta de sí a Dios, y sufrir las consecuencias de su propia conducta.

El Señor nos ha dado en su Palabra instrucciones definidas e inequívocas, por cuyo acatamiento podemos conservar la armonía y la unión en la iglesia. Hermanos y hermanas, ¿estáis prestando atención a estas recomendaciones inspiradas? ¿Leéis la Biblia y obráis de acuerdo con ella? ¿Estáis esforzándoos por cumplir la oración de Cristo, de que sus discípulos estuviesen unidos? “Mas el Dios de la paciencia y de la consolación os dé que entre vosotros seáis unánimes según Cristo Jesús; para que concordes a una boca glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo”. (Romanos 15:5, 6) “Resta, hermanos, que tengáis gozo, seáis perfectos, tengáis consolación, sintáis una misma cosa, tengáis paz; y el Dios de paz y de caridad será con vosotros”. (2 Corintios 13:11)

Capítulo 27

La obra del ministro del Evangelio

Hay muchas cosas que necesitan corregirse en las asociaciones de Upper Columbia y North Pacific.* El Creador esperaba que los hermanos allí llevasen fruto conforme a la luz y los privilegios que les fueron otorgados, pero en esto ha quedado chasqueado. El les ha dado toda ventaja posible; pero ellos no han mejorado en lo que se refiere a la mansedumbre, la piedad, y la benevolencia. No han seguido aquel curso de vida, no han revelado aquel carácter ni ejercido aquella influencia que más contribuiría a honrar a su Creador, a ennoblecerlos a ellos mismos y a convertirlos en una bendición para su prójimo. En sus corazones reina el egoísmo. Les encanta hacer lo que mejor les conviene y buscan su propia comodidad, honra y prosperidad, y el placer personal, ya sea en su forma más ordinaria o más refinada. Si seguimos el camino del mundo y las inclinaciones de nuestras

propias mentes, ¿será para nuestro bien? Dios, quien formó al hombre, ¿no espera algo mejor de nosotros?

“Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados”. (Efesios 5:1) Los cristianos han de ser como Cristo. Deben tener el mismo espíritu, ejercer su misma influencia, y poseer la misma excelencia moral que él poseyó. Los idólatra y corrompidos de corazón tienen que arrepentirse y volver a Dios. Los que son orgullosos y que se justifican a sí mismos tienen que subyugar el yo y arrepentirse con corazón manso y humilde. Los que se inclinan hacia la mundanalidad tendrán que desprender los tentáculos de su corazón de la basura del mundo a la cual están prendidos y entrelazarse con Dios; han de convertirse en personas de pensamiento espiritual. Los deshonestos y prevaricadores tienen que hacerse justos y rectos. Los ambiciosos y codiciadores han de ocultarse en Jesús y procurar su gloria, y no la propia. Tienen que despreciar su propia santidad y acumular tesoro en el cielo. Los que no oran tendrán que sentir la necesidad tanto de la oración secreta como la de familia y elevar

sus plegarias a Dios con gran fervor.

Como adoradores del Dios verdadero y viviente, debemos llevar fruto correspondiente a la luz y privilegios de que disfrutamos. Muchos están adorando ídolos y no al Señor del cielo y de la tierra. Cualquier cosa que los hombres amen y en la cual confíen, y que sustituya al amor y la confianza completa en el Señor, se convierte en ídolo y así queda registrada en los libros del cielo. A menudo las mismas bendiciones se convierten en maldición. Las simpatías del corazón humano, fortalecidas por el ejercicio, a veces se pervierten de tal manera que se convierten en tropiezo. Si alguien es reprendido, no falta nunca quien simpatice con él. Pasan por alto completamente el perjuicio que se ha hecho a la causa de Dios por medio de la mala influencia de aquel cuya vida y carácter no se asemejan en nada al Modelo. Dios envía a sus siervos con un mensaje para un pueblo que profesa seguir a Cristo; pero, algunos son hijos de Dios sólo de nombre, y rechazan la amonestación.

De una manera maravillosa Dios ha dotado al hombre de la facultad de la razón. Aquel que capacitó al árbol para llevar la carga de agradable fruto, ha capacitado al hombre para llevar el precioso fruto de la justicia. Ha colocado al hombre en su huerto y con ternura lo ha cuidado, y espera que lleve fruto. En la parábola de la higuera, Cristo dice: “He aquí hace tres años que vengo a buscar fruto”. (Lucas 13:7) Por más de dos años el Dueño ha buscado el fruto que tiene derecho a esperar de estas asociaciones, pero, ¿ha sido premiada su búsqueda? Con mucho esmero cuidamos de un árbol o planta favorita, en espera de que nos recompense produciendo capullos, flores y fruto; y cuánto nos chasqueamos cuando lo único que encontramos son hojas. ¡Con cuánta más preocupación y tierno interés vela nuestro Padre celestial sobre el crecimiento espiritual de aquellos a quienes él ha creado conforme a su propia imagen y por quienes se dignó entregar a su Hijo para que fuesen elevados, ennoblecidos y glorificados!

El Señor cuenta con sus agencias establecidas

para comunicarse con los hombres en sus yerros y descarríos. Sus mensajeros son enviados para dar un testimonio claro, despertarlos de su somnolencia y abrir ante su entendimiento las preciosas palabras de vida, las Sagradas Escrituras. Estos hombres no han de ser solamente meros predicadores, sino ministros, portadores de luz, centinelas fieles que vean el peligro que amenaza y amonesten al pueblo. Han de semejarse a Cristo en su celo fervoroso, en su tacto considerado, y en sus esfuerzos personales en pocas palabras, en todo su ministerio. Han de tener una conexión vital con Dios y han de familiarizarse de tal manera con las profecías y las lecciones prácticas del Antiguo y Nuevo Testamento que puedan extraer de la mina de la Palabra de Dios cosas nuevas y viejas.

Algunos de estos ministros cometen un error en la preparación de sus discursos. Organizan todos los pormenores de una manera tan exacta que no le dejan lugar al Señor para dirigir e impresionar sus mentes. Cada punto está fijo, estereotipado por así decirlo, y no pueden apartarse del plan que han delineado. Este procedimiento, si se continúa, hará

que se hagan estrechos de mente, circunscritos en su punto de vista, y pronto los dejará tan desprovistos de vida y energía como lo estaban las colinas de Gilboa de rocío y lluvia. Es preciso que abran sus almas y permitan que el Espíritu Santo tome posesión de sus mentes y las impresione. Cuando todo lo delinean de antemano y piensan que no pueden desviarse de estos discursos fijos, el efecto no es mucho mejor que el que produce la lectura de un sermón.

Dios desea que sus ministros dependan enteramente de él, pero a la vez ellos debieran estar cabalmente instruidos para toda buena obra. No se puede exponer un tema de la misma manera a todas las congregaciones. Si se le permite hacer su obra, el Espíritu Santo impresionará la mente con ideas ajustadas a los casos de aquellos que necesitan ayuda. Sin embargo, los discursos formales de muchos de los que ocupan el púlpito tienen muy poco del poder vitalizador del Espíritu Santo. El hábito de predicar discursos como éstos será efectivo en destruir la utilidad y capacidad del ministro. Esta es una de las razones porque los

esfuerzos de los obreros en _____ y en _____ no han tenido más éxito. Dios ha tenido muy poco que ver con la impresión de la mente en el púlpito.

Otra causa del fracaso en estas asociaciones es que el pueblo a quien el mensajero es enviado quiere acomodar sus ideas a las de ellos y poner palabras en su boca cuando él debiera hablar. Los atalayas de Dios no han de estudiar cómo han de complacer a la gente, escuchar sus palabras ni proferirlas, sino que han de oír lo que dice el Señor y cuál es su mensaje para el pueblo. Si dependen de discursos preparados años antes, puede ser que fracasen en suplir las necesidades de una ocasión dada. Debieran abrir sus corazones para que el Señor los impresione, y luego podrán ofrecerle al pueblo la preciosa verdad fresca del cielo. Dios no está satisfecho con aquellos ministros de mente estrecha que aplican las energías que Dios les ha dado a asuntos de poca importancia y dejan de crecer en sabiduría divina hasta alcanzar la estatura de un varón perfecto. El quiere que sus ministros posean amplitud mental y verdadera valentía moral. Tales hombres estarán preparados para

hacer frente a la oposición y superar dificultades, y conducirán al rebaño de Dios en lugar de ser dirigidos por él.

Hay demasiado poco del Espíritu y del poder de Dios en la obra de los atalayas. El Espíritu que caracterizó aquella maravillosa reunión el día de Pentecostés, está esperando manifestar su poder sobre los hombres que están interpuestos entre los vivos y los muertos como embajadores de Dios. El poder que conmovió al pueblo tan fuertemente durante el movimiento de 1844 se ha de manifestar una vez más. El mensaje del tercer ángel avanzará, no en tono silencioso, sino con gran clamor.

Muchos de los que profesan tener gran luz están caminando bajo la lumbre de un fuego de hechura propia. Necesitan que sus labios sean tocados con un carbón encendido del altar para que brote de ellos la verdad como hombres que están inspirados. Hay muchos que suben al púlpito con discursos rutinarios que no llevan en sí la luz del cielo.

Hay demasiado del yo y muy poco de Jesús en el ministerio de todas las denominaciones. El Señor usa a hombres humildes para proclamar sus mensajes. Si Cristo hubiera venido en majestad real, con la pompa que acompaña a los grandes hombres de la tierra, muchos lo hubieran aceptado; pero Jesús de Nazaret no deslumbró los sentidos de la gente con una exhibición de gloria externa, ni la convirtió en la razón fundamental para ser reverenciado por ellos. Vino como un humilde hombre para ser Maestro y Ejemplo, como también el Redentor de la humanidad. Si él hubiera dado lugar a la pompa, si hubiera venido acompañado del séquito de insignes hombres de la tierra, ¿cómo habría podido enseñar la humildad? ¿Cómo habría podido presentar verdades ardientes como las de su Sermón del Monte? El ejemplo que nos dio era el que anhelaba que imitaran sus seguidores. ¿Qué hubiera sido de la esperanza de los de vida humilde si él hubiera venido con altivez y vivido como un monarca sobre la tierra? Jesús conocía las necesidades del mundo mejor que ellos mismos. No vino como ángel, vestido con la panoplia celeste, sino como hombre. Sin embargo, en

combinación con su humildad había un poder y una grandeza inherentes que los hombres admiraban a la vez que lo amaban. Aunque poseía tanto atractivo a la vez que una apariencia tan modesta, caminaba entre los hombres con la dignidad y autoridad de un rey nacido del cielo. La gente se admiraba, se confundía. Trataba de razonar en cuanto a la situación, pero, no queriendo abandonar sus propias ideas, cedían a sus dudas, aferrándose a la antigua expectación del Salvador que vendría con terrenal esplendor.

Cuando Cristo pronunció el Sermón del Monte, sus discípulos se apiñaron en torno a él y la multitud, poseída de una intensa curiosidad, también se acercó lo más posible. Esperaban algo fuera de lo común. Los rostros ansiosos y la actitud atenta eran indicio de gran interés. La atención de todos parecía estar clavada sobre el orador. Sus ojos estaban iluminados con un amor inefable, y la expresión celestial de su rostro impartía significado a cada palabra que profería. Había ángeles del cielo presentes en aquella multitud atenta. Allí estaba también el enemigo de las almas con sus ángeles

malos, listo para contrarrestar hasta donde fuese posible la influencia del Maestro celestial. Las verdades allí expresadas han atravesado los siglos y han sido una luz en medio de la oscuridad general del error. Muchos han encontrado en ellas lo que el alma más necesitaba: un fundamento seguro de fe y acción; pero en estas palabras pronunciadas por el más grande Maestro que el mundo haya jamás conocido, no había ninguna exhibición de elocuencia. El lenguaje es claro y los pensamientos y sentimientos se caracterizan por la mayor sencillez. Los pobres, los indoctos, los de mente más sencilla, pueden entenderlos. De una manera misericordiosa y bondadosa el Señor del cielo se dirigía a las almas que había venido a salvar. Les enseñaba como quien tenía autoridad, hablándoles las palabras de vida eterna.

Todos debieran imitar al Modelo lo más cerca posible. Aunque no pueden poseer la conciencia del poder que Jesús tenía, pueden de tal manera vincularse a la Fuente del poder, que Jesús pueda morar en ellos.

“Andad en la luz, como él está en la luz”. Es la mundanalidad y el egoísmo lo que nos separa de Dios. Los mensajes del cielo son de tal naturaleza que suscitan la oposición. Los fieles testigos de Cristo y de la verdad reprocharán el pecado. Sus palabras serán como un martillo que rompe el corazón de piedra y como fuego que consume la escoria. Existe una constante necesidad de mensajes de amonestación serios y decididos. Dios quiere hombres que sean fieles al deber. Al tiempo debido él envía a sus fieles mensajeros para que hagan una obra semejante a la de Elías.

El ministro como educador

El estado de cosas en _____ es algo que ha de lamentarse profundamente. Lo que el Señor se ha dignado presentarme ha sido de tal carácter que me ha causado dolor. Quien sea que trabaje aquí o en _____ de ahora en adelante tendrá que trabajar cuesta arriba y llevar una carga pesada, porque el trabajo no ha sido fielmente concluido, sino que ha sido dejado a medias. Y esto es aún más penoso debido a que el fracaso no se puede achacar

enteramente a la mundanalidad y falta de amor hacia Jesús y la verdad de parte del pueblo; pero gran parte hay que atribuirlo a los ministros, quienes al trabajar entre la gente, han fracasado notoriamente en el cumplimiento de su deber. No han tenido espíritu misionero; no han sentido la gran necesidad de educar cabalmente al pueblo en todos los ramos de la obra, en todos los lugares donde la verdad se ha establecido. La obra bien hecha en favor de un alma se hace en beneficio de muchas; pero los ministros no se han dado cuenta de esto y han dejado de educar a personas quienes a su vez debieran mantenerse firmes en defensa de la verdad y educar a otros. Esta manera de trabajar, floja, laxa y a medias, no es aprobada por Dios.

Al ministro podrá gustarle la predicación, ya que es la parte agradable de su obra y comparativamente fácil; pero a ningún ministro se le debiera juzgar por su capacidad como orador. La parte más dura viene después que deja el púlpito, el riego de la semilla sembrada. El interés que fue suscitado debiera seguirse con la labor personal: la visitación, la celebración de estudios bíblicos, la

enseñanza de cómo estudiar las Escrituras, la oración con familias y personas interesadas, procurando ahondar la impresión hecha sobre corazones y conciencias.

Hay muchos que no tienen ningún deseo de amistarse con sus vecinos incrédulos y con aquellos con quienes se topan, y no sienten que sea su deber vencer esta renuencia. La verdad que enseñan y el amor de Jesús deberían poseer gran poder para ayudarles a vencer este sentimiento. Deberían recordar que han de encontrarse con estos mismos hombres y mujeres en el día del juicio. ¿Han dejado de pronunciar palabras que debieron haber sido dichas? ¿Han sentido suficiente interés por las almas como para amonestarlas, instarlas, orar por ellas, y hacer cualquier esfuerzo para ganarlas para Cristo? ¿Han combinado el buen criterio con el celo, siguiendo el consejo del apóstol: “A otros salvad, arrebatándolos del fuego; y de otros tened misericordia con temor, aborreciendo aun la ropa contaminada por su carne” Judas 23?

Hay una obra seria que debe ser realizada por todos los que desean tener éxito en el ministerio. Os ruego, queridos hermanos, ministros de Cristo, no fracaséis en vuestro deber asignado de educar al pueblo a esforzarse con inteligencia por sostener la causa de Dios en todos sus variados aspectos. Cristo fue un educador y sus ministros, quienes le representan, deben ser educadores. Cuando dejan de enseñar al pueblo su obligación para con Dios respecto al pago de diezmos y ofrendas, descuidan una parte importante de la obra que el Maestro les asignó, y las palabras “siervo infiel” se registran al pie de sus nombres en los libros del cielo. La iglesia deduce que si estas cosas fueran esenciales, el ministro, a quien Dios envió para presentarles la verdad, así se lo informaría; y se siente segura y cómoda mientras descuida su deber. El pueblo actúa de manera contraria a los requerimientos que Dios ha declarado y como resultado carece de vida y se vuelve ineficiente. No ejerce una influencia salvadora sobre el mundo, y Cristo lo conceptúa como sal que ha perdido su sabor.

Pueden organizarse grupos de observadores del

sábado en muchos lugares. A menudo no serán numerosos; pero no han de descuidarse, no han de dejarse morir por falta de esfuerzo personal y preparación adecuados. La obra no debe dejarse prematuramente. Ved que todos tengan conocimiento de la verdad, que estén bien establecidos en la fe e interesados en todos los ramos de la obra, antes de dejarlos y marcharos a otro campo de labor. Y luego, así como lo hizo el apóstol Pablo, visitadlos a menudo para ver cómo siguen. ¡Oh, la obra descuidada que hacen muchos de los que se dicen ser comisionados por Dios para predicar su Palabra hace que los ángeles derramen lágrimas!

La obra podría encontrarse en un estado saludable en todos los campos, y de veras lo estuviera si los ministros confiasen en Dios y no permitiesen que nada interviniese entre ellos y su obra. Hay mayor necesidad de trabajadores más bien que de predicadores, pero ambos oficios han de combinarse. Se ha comprobado en el campo misionero que, no importa cuál sea el talento de predicación, si se descuida el aspecto del trabajo, si

al pueblo no se le enseña cómo debe trabajar, cómo dirigir reuniones, cómo hacer su parte en la obra misionera, cómo alcanzar a otros con éxito, la obra será casi un fracaso. En la obra de la escuela sabática hay mucho que hacer también para que el pueblo reconozca cuáles son sus obligaciones y que haga su parte. Dios los llama a trabajar para él, y los ministros debieran dirigir sus esfuerzos.

Es un hecho obvio y a la vez triste, que la obra en estos campos debiera estar años más avanzada que lo que está ahora. El descuido de parte de los ministros ha desanimado al pueblo y la falta de interés, de sacrificio abnegado y aprecio por la obra de parte del pueblo ha desanimado a los ministros. “Dos años de atraso” es lo que aparece registrado en el Libro del Cielo. Este pueblo pudo haber hecho mucho para adelantar la causa de la verdad y ganar almas para Cristo en las diferentes localidades, como también crecer ellos mismos en gracia y en el conocimiento de la verdad, si hubiesen aprovechado sus oportunidades y hecho buen uso de sus privilegios, caminando, no con murmuración y queja, sino con fe y valor. Sólo la

eternidad podrá revelar cuánto se habrá perdido durante estos años y cuántas almas se han dejado perder por causa de este estado de cosas. La pérdida es tan grande que no se puede calcular. Se ha insultado a Dios. El curso que se ha seguido ha infligido una herida a la causa que tardará años en sanar; y si los errores que se han cometido no se ven ni hay arrepentimiento por ellos, de seguro que se han de repetir.

El reconocimiento de estos hechos ha traído sobre mí cargas indecibles, causándome desvelos. Ha habido ocasiones en que parecía que mi corazón desfallecería, y sólo podía orar, desahogando mi pena llorando en voz alta. ¡Oh, me sentía tan apenada por mi Salvador! Su búsqueda de fruto en la higuera frondosa y su desilusión porque “nada halló sino hojas” me pareció algo muy vivido ante mis ojos. Sentí que no podía permitir que fuese así. De ninguna manera podía yo aceptar los años pasados de descuido del deber de parte de los ministros y del pueblo. Temía que la maldición de sequedad pronunciada sobre la higuera fuera la suerte de los negligentes. El

terrible descuido en llevar a cabo la obra y en cumplir la misión que Dios les ha encomendado nos hace incurrir en una pérdida que ninguno de nosotros puede afrontar. Significa correr un riesgo demasiado temible en sus resultados y demasiado terrible para que nos aventuremos a él en ningún período de nuestra historia religiosa; mucho menos ahora cuando el tiempo es tan corto y hay tanto que hacer en este día de la preparación de Dios. El cielo entero está fervorosamente involucrado en la obra de salvación de la humanidad; Dios envía luz a su pueblo, delineando sus deberes, para que ninguno se desvíe del camino correcto. Pero Dios no envía su luz y su verdad para que sean tenidas en poca estima y se traten con liviandad. Si el pueblo se muestra desatento, son doblemente culpables ante él.

Al entrar en Jerusalén, sobre la cúspide del Monte de los Olivos, Cristo prorrumpió en un incontrolable llanto de aflicción, exclamando entre sollozos mientras contemplaba la ciudad de Jerusalén: “¡Oh, si también tú conocieses, a lo menos en éste tu día, lo que es para tu paz! Mas

ahora está encubierto de tus ojos” (Lucas 19:42) No lloró por sí mismo, sino por los que desprecian su misericordia, su longanimidad y paciencia. El curso seguido por los habitantes endurecidos de corazón e impenitentes de la ciudad sentenciada es semejante a la actitud de las iglesias e individuos hacia Cristo en el tiempo presente. Descuidan sus requerimientos y desprecian su clemencia. Existe apariencia de piedad, hay culto ceremonioso, hay oraciones halagadoras; pero falta el verdadero poder. El corazón no ha sido suavizado por la gracia, sino que es frío e insensible. Muchos, como los judíos, están cegados por la incredulidad y no conocen el tiempo de su visitación. En lo que se refiere a la verdad, han tenido toda clase de oportunidades; Dios ha estado apelando a ellos por años mediante reprensiones, correcciones e instrucción en justicia; pero las directivas especiales han sido dadas sólo para ser descuidadas y colocadas al mismo nivel de las cosas comunes.

El deber de reprender a los amadores del dinero

Muchos de los que se cuentan entre los creyentes no están realmente unidos a ellos en fe y en principio. Están haciendo exactamente lo que Jesús les dijo que no hiciesen: acumulando tesoros sobre la tierra. Cristo dijo: “No alleguéis tesoros en la tierra... sino allegaos tesoros en el cielo... Porque donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón”. (Mateo 6:19-21) Este es uno de los peligros que amenazan a los cristianos. No obedecen las instrucciones positivas de Cristo. No demuestran una verdadera fe y confianza en Dios. Para ganar riquezas, acumulan cargas y afanes hasta que sus mentes están casi totalmente enfrascadas en ellos. Están deseosos de ganancias y siempre ansiosos por el temor a las pérdidas. Mientras más dinero y terrenos tienen, más deseosos están de tener más. Están embriagados, “pero no de vino”, se tambalean, “mas no de licor”. (Isaías 29:9) Están sobrecargados con los cuidados de la vida, los cuales los afectan como la bebida fuerte al borracho. El egoísmo los ha cegado de tal manera que trabajan día y noche para asegurarse de tesoros perecederos. Descuidan sus intereses eternos; no tienen tiempo para atender estas cosas.

Los grandes asuntos de la verdad no están en sus mentes, como puede verse por sus palabras, sus planes, y su comportamiento. ¿Qué si las almas a su alrededor perecen en sus pecados? Para ellos esto es de menos importancia que sus tesoros terrenales. Que las almas por las cuales Cristo murió se hundan en la ruina; ellos no tienen tiempo para salvarlas. Al trazar planes para su provecho material, demuestran tener aptitud y talento; pero estas cualidades valiosas no las dedican a la ganancia de almas para Cristo, para la edificación del reino del Redentor. ¿Acaso no están pervertidos los sentidos de tales personas? ¿No están embriagados con el cáliz intoxicante de la mundanalidad? ¿No han echado a un lado la razón, y no se han convertido las ambiciones y propósitos egoístas en el poder que los rige? La obra de prepararse para estar en pie en el día del Señor y de emplear las habilidades que Dios les ha dado para ayudar a preparar a un pueblo para ese día, se tiene como algo demasiado insubstancial y que no satisface.

El Salvador del mundo ofrece un negocio

ventajoso en el que pueden participar ricos y pobres, doctos e indoctos. Todos pueden con seguridad acumular para sí “tesoro en los cielos que no se agote”. (Lucas 12:33) Esto es invertir de sus capacidades en lo que es correcto. Es llevar el dinero a los banqueros.

Jesús ilustró su enseñanza refiriéndose al caso de un agricultor de recursos, a quien el Señor había grandemente favorecido. El Señor había bendecido sus tierras, y hecho que éstas produjeran abundantemente, capacitándolo para practicar la liberalidad con otros que no habían sido tan grandemente bendecidos. Sin embargo, al enterarse de que sus tierras habían producido tan abundantemente, mucho más de lo que esperaba, en lugar de hacer planes para aliviar las necesidades de los pobres, empezó a idear medios para acapararlo todo para sí mismo. Al ver cómo las dádivas del cielo fluían hacia sus graneros, no derramó su alma en gratitud hacia el generoso Dador, ni tampoco consideró que aquella gran bendición le añadía una responsabilidad adicional. Con el egoísmo que caracterizaba su naturaleza

inquirió: “¿Qué haré, porque no tengo dónde almacenar mis frutos?” (Lucas 12:17) Consultando con su propio corazón codicioso, declaró: “Esto haré: derribaré mis graneros, y edificaré otros más grandes, allí almacenaré todos mis frutos y mis bienes; y diré a mi alma: Alma, tienes muchos bienes en reserva para muchos años; descansa, come, bebe, diviértete”. (Vers. 18-19) Los medios que conducen al verdadero gozo y al ennoblecimiento del alma son la actividad, el dominio de sí mismo, los propósitos santificados; pero, todo lo que este hombre se propuso hacer con las dádivas que Dios le había otorgado, fue degradar su alma. ¿Y cuál fue el resultado? “Pero Dios le dijo: Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿para quién será? Así es el que atesora para sí mismo, y no es rico para con Dios”. (Vers. 20)

El pobre hombre rico poseía un cuantioso tesoro terrenal, pero estaba desprovisto de la verdadera riqueza. Manantiales de salvación fluyen abundantemente hacia nosotros desde el trono de Dios. Se nos conceden bendiciones temporales,

pero no las aprovechamos para bendecir a la humanidad o glorificar a Dios. Dios es nuestros bondadoso benefactor. El nos trajo luz e inmortalidad por medio de Jesucristo. Así, es por intermedio de Jesús que nos llega toda bendición. ¡Oh, si toda lengua confesase y reconociese al gran Dador! Que toda boca, en claros y alegres tonos, proclame las felices nuevas que por medio de Jesús tenemos acceso a la vida futura de inmortalidad; y se extiende a todos la invitación de aceptar este gran beneficio. Todos los tesoros del cielo han sido puestos a nuestro alcance, esperando que los demandemos. ¿Nos sorprende que a este pobre rico se le llamara “necio” por razón de que despreció las riquezas eternas, el inestimable don de la vida eterna, el eterno peso de gloria, y se conformó con los perecederos tesoros terrenales?

Dios prueba a los hombres, a unos de una manera y a algunos de otra. A unos los prueba otorgándoles sus ricas dádivas, y a otros retrayéndoles sus favores. Prueba a los ricos para ver si aman a Dios, al Dador, y a su prójimo como a sí mismos. Cuando el hombre emplea

correctamente sus dádivas, Dios se complace; entonces puede él confiarle mayores responsabilidades. El Señor revela la valoración relativa que el hombre hace del tiempo y la eternidad, del cielo y la tierra. Nos amonesta: “Si se aumentan las riquezas, no pongáis el corazón en ellas”. (Salmos 62:10) Asumen valor cuando se utilizan para el bien de los demás y para la gloria de Dios; pero ningún tesoro terrenal ha de ser vuestro legado, vuestro dios o vuestro salvador.

Mis hermanos, el mundo jamás creerá que tomáis en serio vuestra fe hasta que tengáis menos que decir acerca de las cosas temporales y más acerca de las realidades del mundo eterno. El Señor viene; pero muchos de los que profesan la fe no se dan cuenta que el evento está cerca. Son incapaces de fijar su fe en los propósitos revelados de Dios. En algunos la pasión por el lucro absorbe todo su interés, y las riquezas terrenales han eclipsado el tesoro celestial. Los asuntos eternos se han desvanecido de la mente como si fueran de menor importancia, mientras que la mundanalidad ha invadido cual aluvión. La gran pregunta es: ¿Cómo

puedo hacerme de dinero? Los hombres están vivamente atentos a todo anhelo de ganancia personal. Experimentan con miles de planes y artefactos, entre ellos diversas invenciones y derechos de patente. Algunos excavan la tierra en busca de metales preciosos, otros invierten en acciones bancarias, y todavía hay quienes labran la tierra; pero todos tienen en mente el solo objetivo de ganar dinero. Se embelesan y hasta se enloquecen en su búsqueda de la riqueza; sin embargo, rehusan ver la ventaja de asegurarse una herencia inmortal.

Cuando Cristo anduvo en la tierra, se relacionó con algunos cuya imaginación estaba acalorada con el anhelo por la ganancia terrenal. Nunca descansaban, sino que siempre estaban probando algo nuevo, y sus expectativas eran suscitadas sólo para ser chasqueadas. Jesús conocía las necesidades del corazón humano, que son las mismas en todas las épocas; y les llamó la atención a las únicas riquezas verdaderas. “El reino de los cielos”, dijo él, “es semejante a un tesoro escondido en un campo, que, encontrándolo un

hombre, lo esconde; y gozoso por ello, va, vende lo que tiene, y compra aquel campo". (Mateo 13:44) Habla a los hombres de un tesoro que es de valor inestimable y que está al alcance de todos. El vino a la tierra para encauzar sus mentes en la búsqueda de este tesoro. El camino está señalado; los más pobres que le sigan se harán más ricos que los más acaudalados de la tierra que no conocen a Jesús, y serán hechos cada vez más ricos al compartir su felicidad con los demás.

"No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde los ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde los ladrones no minan ni hurtan". (Mateo 6:19-21) Los que esto hagan no experimentarán pérdida alguna. El tesoro acumulado en el cielo está seguro; y se acredita a nuestra cuenta, por cuanto dijo Jesús: "Haceos tesoros en el cielo". Los hombres siembran aquí, pero segarán durante la eternidad.

Es el tesoro eterno lo que los ministros de

Cristo deberán presentar dondequiera que vayan. Han de instar al pueblo a que se hagan sabios para salvación. No han de permitir que creyentes profesos, amadores del mundo y contemporizadores, ejerzan ninguna influencia sobre su proceder o que debiliten su fe (la fe del pueblo). No es su misión ayudar a individuos o iglesias a buscar la manera de ahorrar dinero por medio de planes estrechos y esfuerzos limitados en la causa de Dios. En lugar de esto, han de enseñarles a los hombres cómo trabajar de una manera desinteresada, haciéndose así ricos para con Dios. Deberán educar las mentes para que valoren correctamente los asuntos eternos y pongan el reino de Dios en primer lugar.

Hacen falta hombres como Caleb en estos dos campos. En estas asociaciones debe haber, no niños sino hombres que hagan movidas sabias, lleven las cargas y hagan oír sus voces por encima de la voz de los infieles que se oponen, dudan y critican. Los grandes intereses no han de ser manejados por niños. Un cristiano no desarrollado, que es enano en lo que a conocimiento religioso se refiere, falto

de sabiduría de lo alto, no está preparado para hacer frente a los severos conflictos por los cuales a la iglesia le toca a veces pasar. “Sobre tus muros, oh Jerusalén, he puesto guardas; todo el día y toda la noche no callarán jamás”. (Isaías 62:6) A menos que el ministro intrépidamente declare toda la verdad, a menos que mantenga su vista fija en la gloria de Dios y trabaje bajo la dirección del gran Capitán de su salvación, a menos que se coloque al frente, a pesar de la censura y sin dejarse contaminar por el aplauso, será tenido como un atalaya infiel.

Hay algunos en _____ que deberían ser hombres en vez de niños y tener mentes espirituales y no terrenales y sensuales; pero su visión espiritual se ha empañado, el gran amor del Salvador no ha cautivado sus almas. El tiene muchas cosas que deciros, pero no sois capaces de sobrellevarlas ahora. Sois niños en crecimiento y no podéis comprender los misterios de Dios. Cuando Dios levanta hombres para hacer su obra, no cumplen su cometido si permiten que su testimonio sea modificado para complacer las

mentes de los que no son consagrados. El adiestrará hombres para estos tiempos. Serán humildes, temerosos de Dios, no conservadores, no hombres atenidos a las normas convencionales, sino hombres de moral independiente que marchan adelante en el temor de Dios. Serán bondadosos, nobles, corteses; sin embargo, no se dejarán desviar del camino correcto, sino que proclamarán la verdad en justicia, escuchen los hombres o no escuchen.

Capítulo 28

El crecimiento cristiano

Se me ha mostrado que las personas que tienen un conocimiento de la verdad, y, sin embargo, dejan que todas sus facultades sean absorbidas por intereses mundanales, son infieles. No permiten que, por sus buenas obras, la luz de la verdad resplandezca para otros. Casi toda su capacidad está dedicada a hacerse astutos y hábiles hombres del mundo. Se olvidan de que Dios les dio talentos para que los usasen para el adelanto de su causa. Si fuesen fieles a su deber, el resultado sería una gran ganancia de almas para el Maestro; mientras que muchas se pierden por su negligencia.

Dios invita a aquellos que conocen su voluntad a ser hacedores de su palabra. La debilidad, la tibieza y la indecisión provocan los asaltos de Satanás; y los que permiten el desarrollo de estos defectos serán arrastrados, impotentes, por las violentas olas de la tentación. De cada uno de los que profesan el nombre de Cristo se requiere que

crezca hasta la plena estatura de Cristo, cabeza viviente del cristiano.

Todos necesitamos un guía a través de las muchas estrecheces de la vida, tanto como el marino necesita un piloto entre los bajíos o las rocas del río. ¿Dónde puede encontrarse ese guía? Os indicamos la Biblia, amados hermanos. Inspirada por Dios, escrita por hombres santos, señala con gran claridad y precisión los deberes tanto de los jóvenes como de los mayores. Eleva la mente, enternece el corazón, e imparte alegría y santo gozo al espíritu. La Biblia presenta una perfecta norma de carácter; es un guía infalible en todas las circunstancias, aun hasta el fin del viaje de la vida. Tomadla por vuestra consejera, como la regla de vuestra vida diaria.

Debemos aprovechar diligentemente todo medio de gracia para que el amor de Dios abunde más y más en el alma, “para que discernáis lo mejor; que seáis sinceros y sin ofensa para el día de Cristo; llenos de frutos de justicia”. (Filipenses 1:10, 11) Vuestra vida cristiana debe asumir

formas vigorosas y robustas. Podéis alcanzar la alta norma que se os presenta en las Escrituras, y debéis hacerlo si queréis ser hijos de Dios. No podéis permanecer quietos; debéis avanzar o retroceder. Debéis tener conocimiento espiritual, a fin de poder comprender “con todos los santos cuál sea la anchura y la longura y la profundidad y la altura, y conocer el amor de Cristo”, para “que seáis llenos de toda la plenitud de Dios”. (Efesios 3:18, 19)

Muchos son los que, teniendo un conocimiento inteligente de la verdad, y pudiendo defenderla con argumentos, nada hacen para la edificación del reino de Cristo. Los encontramos de vez en cuando; pero no exhiben nuevos testimonios de la experiencia personal en la vida cristiana; no relatan nuevas victorias ganadas en la guerra santa. En vez de eso, se nota en ellos la misma vieja rutina, las mismas expresiones en su oración y exhortación. Sus oraciones no tienen nota nueva; no expresan mayor inteligencia en las cosas de Dios, ni fe más ferviente y viva. Las tales personas no son plantas vivas en el jardín del Señor, que se recubran de nuevo follaje, y de la grata fragancia de una vida

santa. No son cristianos que crezcan. Tienen visiones y planes limitados y en ellos no hay expansión de la mente, ni valiosas adiciones a los tesoros del conocimiento cristiano. Sus facultades no han sido ejercitadas en esa dirección. No han aprendido a considerar a los hombres y las cosas como Dios los considera, y en muchos casos una simpatía no santificada ha perjudicado a las almas, y estorbado grandemente la causa de Dios. El estancamiento espiritual que prevalece es terrible. Muchos llevan una vida cristiana formal, y aseveran que sus pecados han sido perdonados, cuando están tan destituidos del verdadero conocimiento de Cristo como el pecador.

Hermanos, ¿queréis tener un crecimiento cristiano raquítico, o queréis hacer sanos progresos en la vida divina? Donde hay salud espiritual hay crecimiento. El hijo de Dios crece hasta la plena estatura de un hombre o una mujer en Cristo. No hay límite para su mejoramiento. Cuando el amor de Dios es un principio vivo en el alma, no hay opiniones estrechas y limitadas; hay amor y fidelidad en las amonestaciones y reproches; hay

obra ferviente y una disposición a llevar cargas y responsabilidades.

Algunos no están dispuestos a hacer obra abnegada. Manifiestan verdadera impaciencia cuando se les insta a llevar alguna responsabilidad. “¿Qué necesidad hay --dicen-- de un aumento de conocimiento y experiencia?” Esto lo explica todo. Se sienten ricos y enriquecidos, sin necesidad de ninguna cosa, mientras que el Cielo los declara pobres, miserables, cuitados y desnudos. El Testigo fiel les dice: “Yo te amonesto que de mí compres oro afinado en fuego, para que seas hecho rico, y seas vestido de vestiduras blancas, para que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio para que veas”. (Apocalipsis 3:18) Vuestra misma complacencia propia demuestra que lo necesitáis todo. Estáis espiritualmente enfermos, y necesitáis a Jesús como vuestro médico.

En las Escrituras hay miles de gemas de la verdad que yacen escondidas para el que busca en la superficie. La mina de la verdad no se agota nunca. Cuanto más escudriñéis las Escrituras con

corazón humilde, tanto mayor será vuestro interés, y tanto más os sentiréis con deseo de exclamar con Pablo: “¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios, e inescrutables sus caminos!” (Romanos 11:33)

Cada día debéis aprender algo nuevo de las Escrituras. Escudriñadlas como si buscarais tesoros ocultos, porque contienen las palabras de vida eterna. Orad por sabiduría y entendimiento para comprender estos escritos sagrados. Si lo hacéis, hallaréis nuevas glorias en la Palabra de Dios; sentiréis que habréis recibido luz nueva y preciosa sobre asuntos relacionados con la verdad, y las Escrituras recibirán constantemente nuevo valor en vuestra estima.

“Cercano está el día grande de Jehová, cercano y muy presuroso”. (Sofonías 1:14) Jesús dice: “He aquí, yo vengo presto” (Apocalipsis 22:12) Debemos tener siempre presentes estas palabras, y obrar como quienes creen de veras que la venida del Señor se acerca, y que somos peregrinos y

advenedizos en la tierra. Las energías vitales de la iglesia de Dios deben ser puestas en activo ejercicio para el gran objeto de la renovación propia; cada miembro debe ser agente activo de Dios. “Por él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre. Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino juntamente ciudadanos con los santos, y domésticos de Dios; edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo; en el cual, compaginado todo el edificio, va creciendo para ser un templo santo en el Señor: en el cual vosotros también sois juntamente edificados, para morada de Dios en Espíritu”. (Efesios 2:18-22) Esta es una obra particular, que debe ser llevada a cabo con toda armonía, unidad de espíritu, y vínculos de paz. No debe darse cabida a las críticas, las dudas y la incredulidad.

Las asociaciones de la Columbia Superior y Norte del Pacífico tienen un atraso de años. Algunas personas que debieran ser fuertes y estar establecidas en Cristo, son como criaturas en su

comprensión y el conocimiento práctico de la forma como obra el Espíritu de Dios. Después de años de experiencia pueden comprender únicamente los principios elementales del grandioso sistema de fe y doctrina que constituye la religión cristiana. No comprenden cuál es la perfección de carácter que recibirá este reconocimiento de Dios: “Bien hecho”.

Hermanos, vuestro deber y felicidad, vuestra utilidad futura y salvación final exigen que separéis vuestros afectos de todo lo terrenal y corruptible. Hay una simpatía no santificada que participa de la naturaleza de un sentimentalismo enfermizo, y es terrena y sensual. El vencer esto requerirá esfuerzos arduos de parte de algunos de vosotros, a fin de cambiar el curso de vuestra vida; porque no os pusisteis en relación con la Fortaleza de Israel, y se han debilitado todas vuestras facultades. Ahora se os llama en alta voz a ser diligentes en el empleo de todos los medios de la gracia, a fin de que seáis transformados en carácter, y podáis crecer a la plena estatura de hombres y mujeres en Cristo Jesús.

Tenemos grandes victorias que ganar, o el cielo que perder. El corazón carnal debe ser crucificado; porque tiende hacia la corrupción moral, y el fin de ella es la muerte. Nada que no sea la influencia vivificadora del Evangelio puede ayudar al alma. Orad para que las poderosas energías del Espíritu Santo, con todo su poder vivificador, recuperador y transformador, caigan como un choque eléctrico sobre el alma paralizada, haciendo pulsar cada nervio con nueva vida, restaurando todo el ser, de su condición muerta, terrenal y sensual a la sanidad espiritual. Así llegaréis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo escapado a la corrupción que reina en el mundo por la concupiscencia; y en vuestras almas se reflejará la imagen de Aquel por cuyas heridas somos sanados.

Diezmos y ofrendas

El Señor requiere que le devolvamos a él en diezmos y ofrendas una porción de los bienes que nos ha prestado. Acepta estas ofrendas como un acto de humilde obediencia de nuestra parte y

como un reconocimiento agradecido de nuestra deuda para con él por todas las bendiciones que disfrutamos. Brindemos, pues, nuestras ofrendas voluntariamente y digamos con David: “Todas las cosas de ti proceden, y de lo tuyo te hemos dado”. La retención de más de lo que sea conveniente conduce a la pobreza. Dios será condescendiente con algunos y examinará y probará a todos; pero su maldición seguirá al que profesa la verdad y es egoísta y amante del mundo. Dios conoce el corazón; cada pensamiento y cada intención está abierta ante sus ojos. El dice: “Yo honraré a los que me honran, y los que me desprecian serán tenidos en poco”. (1 Samuel 2:30) El sabe a quién bendecir y quiénes merecen su maldición. El no se equivoca, porque los ángeles guardan registro de todas nuestras acciones y palabras.

Cuando el pueblo de Dios estaba a punto de construir el santuario en el desierto, era necesario hacer extensas preparaciones. Se reunieron materiales costosos, y entre ellos había oro y plata. Como dueño legítimo de todos sus tesoros, el Señor pidió estas ofrendas al pueblo; pero aceptó

solamente las que fueron dadas voluntariamente. El pueblo trajo sus ofrendas voluntarias hasta que se le dijo a Moisés: “El pueblo trae mucho más de lo que se necesita para la obra que Jehová ha mandado que se haga”. (Éxodo 36:6, 7)

Si hubieran estado presentes ciertos hombres de ideas limitadas, se hubieran asombrado con horror. Cual Judas hubiesen preguntado: “¿Para qué este despilfarro?” Pero el santuario no fue ideado para honrar a los hombres, sino al Dios del cielo. El había dado instrucciones específicas de cómo debía hacerse todo. Había que enseñarle al pueblo que él es un ser grandioso y majestuoso y que debía ser adorado con reverencia y temor.

La casa donde se adora a Dios debe concordar con su carácter y majestad. Hay iglesias pequeñas que toda la vida serán pequeñas, porque ponen sus intereses propios por encima de los intereses de la causa de Dios. Poseen viviendas amplias y cómodas para sí mismos y están constantemente mejorando sus entornos; sin embargo, se conforman con tener un lugar inadecuado para el

culto de Dios donde ha de morar su presencia. Se sorprenden de que José y María se hayan visto forzados a buscar albergue en un establo, y que en él nació el Salvador; pero están dispuestos a emplear gran parte de sus recursos en lo personal, mientras que vergonzosamente se descuida el lugar de adoración. Cuán a menudo dicen: “No ha llegado aún el tiempo de que la casa de Jehová sea reedificada”. (Hageo 1:2) No obstante, la palabra del Señor para ellos es: “¿Es para vosotros tiempo de habitar en vuestras casas artesonadas mientras esta casa está en ruinas?” (Hageo 1:4)

La casa en la cual Jesús se encuentra con su pueblo debe ser limpia y atractiva. Si hay sólo unos pocos creyentes en algún lugar, que se edifique una casa pulcra pero humilde y, dedicándola a Dios, invitad a Jesús a que venga como vuestro huésped. ¿Qué pensará él de su pueblo cuando tienen todas las comodidades que pueda desear el corazón, pero que se conforman con reunirse para adorarle en un granero, en un edificio miserable y apartado, o en alguna casa barata y desechada? Os esforzáis en favor de vuestras amistades, empleáis vuestros

recursos para hacer que todo lo que los rodea sea lo más atractivo posible; pero a Jesús, el que lo dio todo por vosotros, hasta su propia vida preciosa, él que es la Majestad del cielo, el Rey de reyes y Señor de señores, se le otorga un lugar sobre la tierra que no es sino un poco mejor que el establo que fue su primer hogar. ¿No veremos estas cosas como Dios las ve? ¿No examinaremos nuestros motivos para ver qué clase de fe poseemos?

"Dios ama al dador alegre", y los que le aman darán con liberalidad y alegría cuando al hacerlo pueden adelantar su causa y aumentar su gloria. El Señor nunca requiere que su pueblo dé más de lo que puede, pero se complace en aceptar y bendecir sus ofrendas de gratitud dadas conforme a sus posibilidades. Que la obediencia voluntaria y el amor puro enlacen sobre el altar cada ofrenda dada al Señor porque con tales sacrificios se complace, mientras que aquellos que son ofrecidos de mala gana, le ofenden. Cuando las iglesias o individuos no ponen su corazón en las ofrendas, sino que procuran limitar el costo de llevar a cabo la obra de Dios, midiéndola con sus propias opiniones

estrechas, demuestran decididamente que no tienen una conexión vital con Dios. Están en discrepancia con su plan y con su manera de obrar y él no los bendice.

Somos constructores de Dios y debemos construir sobre el fundamento que él ha preparado para nosotros. Ningún hombre ha de construir sobre su propio fundamento, independiente del plan que Dios ha delineado. Hay hombres a quienes Dios ha levantado como consejeros, hombres a quienes él ha enseñado y cuyo corazón y alma están en la obra. Estos hombres han de tenerse en alta estima por causa de su obra. Hay algunos que querrán seguir sus propias ideas burdas; pero tienen que aprender a recibir consejo y a trabajar en armonía con sus hermanos, de lo contrario sembrarán duda y discordia con una cosecha que no les interesará recoger. Es la voluntad de Dios que aquellos que toman parte en su obra estén sujetos los unos a los otros. Su culto ha de conducirse en forma consecuente, con unidad y sano juicio. Dios es nuestro único ayudador eficaz. Las leyes que gobiernan a su pueblo, sus

principios de pensamiento y acción, son recibidos de él por medio de su Palabra y de su Espíritu. Cuando su Palabra es amada y obedecida, sus hijos andan en la luz, y no hay ocasión de tropiezo en ellos. No aceptan la norma baja del mundo, sino que obran en conformidad con el punto de vista bíblico.

El egoísmo que existe entre el pueblo de Dios es una afrenta para él. Las Escrituras denuncian la avaricia como idolatría. Dice Pablo que “ningún... avaro, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios”. (Efesios 5:5) Lo que ocurre con muchos es que tienen muy poca fe. Como el hombre rico de la parábola quieren mantener sus graneros abastecidos. El mundo ha de ser amonestado y Dios quiere que estemos enteramente envueltos en su obra; pero los hombres tienen tanto que hacer para fomentar sus proyectos lucrativos que no les queda tiempo para impulsar a los triunfos de la cruz de Cristo. No tienen tiempo ni voluntad para emplear su intelecto y fuerzas en la causa de Dios.

Hermanos y hermanas, es mi deseo estimular en vuestras mentes el desprecio de vuestras presentes ideas limitadas concerniente a la causa y obra de Dios. Deseo que comprendáis el gran sacrificio que Cristo hizo por vosotros cuando se volvió pobre para que por medio de su pobreza vosotros poseyéseis las riquezas eternas. ¡Oh, no déis lugar a que por causa de vuestra indiferencia al eterno peso de gloria que está a vuestro alcance, los ángeles lloren y escondan sus rostros con vergüenza y disgusto! Despertad de vuestro letargo; avivad todas las facultades que Dios os ha dado y trabajad por las almas preciosas por las cuales Cristo murió. Estas almas, si son traídas al redil de Cristo, vivirán a través de todos los siglos de la eternidad. ¿Y planearéis hacer lo menos posible en favor de su salvación mientras que, como el hombre con un talento, invertís vuestros recursos en la tierra? Como ese siervo infiel, ¿acusáis a Dios de cosechar donde no sembró y de recoger donde no dispersó la semilla?

Todo lo que tenéis pertenece a Dios. Entonces, ¿no diréis de corazón: Todas las cosas de ti

proceden y de lo tuyo te hemos dado”? “Honra a Jehová con tus bienes, y con las primicias de todos tus frutos”. (Proverbios 3:9) Pablo exhorta a sus hermanos corintios concerniente a la beneficencia cristiana de la siguiente manera: “Por tanto, así como abundáis en todo, en fe, en palabra, en conocimiento, en toda diligencia, y en vuestro amor para con nosotros, abundad también en esta gracia”. (2 Corintios 8:7) En su epístola a Timoteo, declara: “A los ricos de este siglo manda que no sean altivos, ni pongan la esperanza en la incertidumbre de las riquezas, sino en el Dios vivo, que nos ofrece todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos. Que hagan el bien, que sean ricos en buenas obras, dadivosos, prontos a compartir; atesorando para sí buen fundamento para lo por venir, que echen mano de la que realmente es vida eterna”. (1 Timoteo 6:17-19)

La virtud de la liberalidad no es algo tan natural en nosotros que la adquiramos de casualidad. Es algo que hay que cultivar. Hemos de proponernos deliberadamente que honraremos a Dios con nuestros bienes; y luego no hemos de permitir que

nada nos tiente a robarle los diezmos y ofrendas que son la parte que le corresponde. Hemos de ser inteligentes, sistemáticos y constantes en nuestros actos de caridad hacia los hombres y en nuestras expresiones de gratitud hacia Dios por los beneficios que nos brinda. Este es un deber demasiado sagrado para que sea dejado al azar o a ser controlado por el impulso o el sentimiento. Debemos apartar regularmente algo para la causa de Dios con el fin de no robarle la porción que pide para sí. Cuando le robamos a Dios, nos robamos a nosotros mismos también. Renunciamos al tesoro celestial por tener más de este mundo. Esta es una pérdida que no podemos permitirnos sufrir. Si vivimos de tal manera que podamos disfrutar de la bendición de Dios, su mano prosperadora descansará sobre nuestros asuntos temporales, pero si su mano está en contra nuestra, él es capaz de desbaratar todos nuestros planes y desparramar más rápidamente de lo que nosotros podamos juntar.

Se me mostró que el estado de cosas en estas dos asociaciones es verdaderamente grave; pero

Dios tiene muchas almas preciosas aquí sobre las cuales cuida celosamente, y no las abandonará para que sean engañadas y descarriadas.

Capítulo 29

La fidelidad en la obra de Dios

Hay un precioso talento en las iglesias de Oregón y en el territorio de Washington; y si se hubiera desarrollado mediante una labor bien dirigida, pudieran haber ahora obreros eficientes en estas asociaciones. Una iglesia viva es siempre una iglesia trabajadora. La verdad es poder, y aquellos que reconocen su potencia, la defenderán con valor e intrepidez. La verdad ha de ser percibida intelectualmente, recibida en el corazón y sus principios incorporados en el carácter; y luego ha de haber un constante esfuerzo para convencer a otros de que la acepten, porque Dios hace a los seres humanos responsables por el uso que hagan de la luz que él les imparte.

Dios pide que su pueblo aproveche la capacidad que él le ha dado. Las facultades mentales han de cultivarse hasta lo sumo; deberán ser fortalecidas y ennoblecidas mediante la meditación en las verdades espirituales. Si se

permite que la mente discurra enteramente sobre asuntos triviales y sobre los negocios comunes de la vida cotidiana, seguirá una de sus leyes invariables y se debilitará, se volverá frívola y se hará deficiente en poder espiritual.

Están por sobrecogernos tiempos que probarán las almas de los hombres; los que son débiles en la fe no resistirán la prueba de aquellos días de peligro. Las grandes verdades de la revelación deben ser estudiadas cuidadosamente, porque todos necesitaremos un conocimiento inteligente de la Palabra de Dios. El estudio de la Biblia y la comunión diaria con Jesús nos darán nociones bien definidas de responsabilidad personal y fuerza para subsistir en el día de fuego y tentación. Aquel cuya vida esté unida con Cristo por vínculos ocultos será guardado por el poder de Dios mediante fa fe que salva.

Debiera reflexionarse más en las cosas de Dios, y menos en los asuntos temporales. El cristiano profeso que ama el mundo puede llegar a familiarizarse tanto con la Palabra de Dios como lo

ha hecho ya con los asuntos mundanales, si ejercita su mente en esa dirección. “Escudriñad las Escrituras --dijo Cristo--, porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí”. (Juan 5:39) Se requiere del cristiano que sea diligente en escudriñar las Escrituras, en leer una y otra vez las verdades de la Palabra de Dios. La ignorancia voluntaria con respecto a ellas hace peligrar la vida cristiana y el carácter. Ciega el entendimiento y corrompe las facultades más nobles. Esto es lo que produce confusión en nuestra vida. Nuestros hermanos necesitan comprender los oráculos de Dios; necesitan tener un conocimiento sistemático de los principios de la verdad revelada, que los preparará para sobrellevar aquello que está por sobrevenir en la tierra, e impedirá que sean llevados de aquí para allá por todo viento de doctrina.

Pronto han de realizarse grandes cambios en el mundo, y cada uno necesitará un conocimiento experimental de las cosas de Dios. La obra de Satanás consiste en descorazonar al pueblo de Dios

y perturbar su fe. Por todos los medios trata de insinuar dudas y preguntas acerca de la posición, la fe y los planes de los hombres a los cuales Dios impuso una carga especial, y de quienes están haciendo con celo esa obra. Aunque resulte derrotado vez tras vez, renueva sus ataques, obrando por medio de aquellos que profesan ser humildes y temerosos de Dios, y que aparentemente se interesan o creen en la verdad presente. Los defensores de la verdad esperan feroz y cruel oposición de sus enemigos abiertos; pero dicha oposición es mucho menos peligrosa que las dudas secretas expresadas por aquellos que se sienten con libertad para poner en tela de juicio y censurar lo que están haciendo los siervos de Dios. Los tales pueden parecer hombres humildes; pero están engañados ellos mismos, y engañan a otros. En su corazón hay envidia y malas sospechas. Menoscaban la fe de la gente en aquellos en quienes debieran tener confianza, en aquellos a quienes Dios eligió para hacer su obra; y cuando se les reprende por su conducta, lo consideran como ultraje personal. Mientras profesan hacer la obra de Dios, están en realidad ayudando al enemigo.

Hermanos, nunca permitáis que las ideas de nadie perturben vuestra fe con respecto al orden y la armonía que debieran existir en la iglesia. Muchos de vosotros no veis todas las cosas con claridad. Las instrucciones sobre el orden del servicio del tabernáculo fueron registradas para que todos los que viven sobre la tierra deriven lecciones de ellas. Hombres fueron seleccionados para llevar a cabo las diversas partes de la erección y desmantelamiento del tabernáculo, y si uno se extraviaba descuidadamente y ponía sus manos sobre la obra asignada a otro, sufría la muerte. Servimos al mismo Dios hoy; pero la pena de muerte ha sido abolida, de lo contrario no habría tanta obra descuidada y desordenada en su causa. El Dios del cielo es un Dios de orden, y requiere que sus seguidores tengan reglas y normas que mantengan el orden. Todos debieran tener un perfecto entendimiento de la obra de Dios.

Es peligroso abrigar la duda en el corazón aunque sea por un momento. Las semillas de la duda que Faraón sembró cuando rechazó el primer

milagro, se dejaron crecer y produjeron una cosecha tan abundante que todos los milagros subsiguientes fueron incapaces de persuadirlo de que su posición era equivocada. Siguió aventurándose en su propio camino, pasando de un grado de indagación a otro, y su corazón se endureció cada vez más, hasta que se vio obligado a contemplar los rostros fríos e inertes de los primogénitos.

Dios está obrando y no estamos haciendo ni la mitad de lo que debería hacerse para preparar a un pueblo para estar en pie cuando se manifieste el Hijo del hombre. ¡Ay del hombre que intente en el menor grado estorbar la obra que Dios está haciendo! Debemos trabajar en favor de otros; hemos de procurar aflojar las manos de nuestros hermanos de sus tesoros terrenales, porque muchos venderían su primogenitura por las ventajas mundanales. Cuánto mejor sería animarlos a que acumulen su tesoro en el cielo en lugar de decirles, en tono quejoso: “Es dinero, dinero lo que estos hombres están constantemente pidiendo; y se están haciendo ricos por ello”. ¡Cuán dulces son palabras

como éstas para el mundanal creyente profeso! ¡Cómo fortalecen su ánimo de negarle a Dios la porción que le pertenece y que debiera devolvérsele en diezmos y ofrendas! La maldición del Señor descansará sobre aquellos que dejan de cederle lo que a él pertenece. Trabajemos en armonía con Dios. Sus siervos tienen un mensaje que dar a los amadores del dinero. ¿Por qué no han de dar un testimonio exacto en lo que se refiere a traer los diezmos al alfolí cuando el mismo Señor les ha dado el ejemplo?

La religión de Cristo subyuga el espíritu egoísta y transforma la mente y los afectos; abate el orgullo de los hombres para que sólo Dios sea exaltado. Esto es lo que necesita el hermano A. Le hace falta una fe práctica en Dios. Es preciso que experimente la gloria de servir a Cristo; que ponga en alto los principios y las normas cristianas; que llene su mente de las preciosas promesas, las amonestaciones, los consejos y las amenazas de la palabra de Dios; que vea la importancia de poseer fe y obras correspondientes para que pueda justamente representar en el hogar, en la iglesia y

en sus negocios la pureza y el carácter elevado de la religión. Debe vincularse con Cristo para que pueda tener poder espiritual. Su conexión con el mundo y con las influencias contrarias al espíritu de la verdad tienen mayor poder sobre él que el Espíritu de Cristo. He ahí su peligro; y con el tiempo su fe naufragará a menos que cambie su manera de proceder y se conecte con la Fuente de luz.

Si su interés en las cosas espirituales fuese tan grande como lo es en las cosas del mundo, su consagración a Dios sería completa; demostraría ser un verdadero discípulo de Cristo y Dios aceptaría y usaría sus talentos, los cuales están ahora enteramente dedicados al servicio del mundo. La habilidad que se dedica en la acumulación de propiedades es la misma que se requiere en la causa de Dios. Hacen falta gerentes en todos los ramos de su obra para que ella pueda ser llevada a cabo con energía y sistema. Si un hombre posee tacto, es hacendoso y entusiasta, tendrá éxito en sus negocios temporales y las mismas cualidades, dedicadas a la obra de Dios,

resultarán aun doblemente eficaces, porque el poder divino se combinará con el esfuerzo humano. Los planes mejores, bien sea en asuntos temporales o espirituales, terminarán en fracaso si su ejecución es confiada a manos inexpertas e incapaces.

Aquellos que entierran sus talentos en este mundo no están complaciendo a Dios. Todas sus energías son dedicadas a la acumulación de propiedades, y el deseo de acumular se convierte en una pasión. El hermano A es un hombre activo, y siente satisfacción en llevar a cabo proyectos seculares. Si se ejerciera el mismo interés, tacto y ambición en los negocios del Señor, ¡cuánto mayores y más nobles serían los resultados! La educación que se recibe a través de los negocios seculares no será ni de la menor utilidad en la vida futura, porque en el cielo no se llevarán a cabo negocios de esta índole; pero, si las facultades que Dios ha dado son usadas para su gloria, para el progreso de su reino, se recibe una educación que podrá llevarse al cielo.

¿Cuál es nuestro lugar en el mundo? Estamos

en el tiempo de espera; pero este tiempo no ha de emplearse en la devoción abstracta. Han de combinarse el esperar, el velar y la vigilancia activa. Nuestra vida no debiera ser toda apresuramiento, ajetreo y planificación de asuntos seculares a expensas de la devoción personal y del servicio que Dios requiere. Aunque no debiéramos ser indolentes en nuestros negocios, debemos ser fervientes en espíritu y servir al Señor. La lámpara del alma debe estar preparada y hemos de tener el aceite de la gracia en nuestras vasijas juntamente con nuestras lámparas. Ha de tomarse toda precaución para evitar el decaimiento espiritual, para que el día del Señor no nos sobrecoja como ladrón. No ha de pensarse que el día está muy lejano; está cerca y nadie debe decir, ni aun en su corazón y mucho menos por sus acciones: “El Señor demora su venida”; no sea que por hacerlo sea consignado con los hipócritas e incrédulos. Vi que el pueblo de Dios está en un grande peligro; muchos son moradores de la tierra; sus intereses y afectos están centralizados en el mundo. Su ejemplo no es recto. El mundo es engañado por el curso que siguen muchos de los que profesan

grandes y nobles verdades. Nuestra responsabilidad debe ser proporcional a la luz que hemos recibido y las bondades y dones que se nos han otorgado. La responsabilidad más pesada descansa sobre los obreros que poseen los talentos, recursos y oportunidades mayores. Dios le pide al hermano A que cambie su manera de proceder, que use su habilidad para la gloria de Dios en lugar de degradarla en los viles intereses mundanales. Hoy es su día de la responsabilidad; pronto llegará su día del arreglo de cuentas.

El hermano A me fue presentado como un representante de cierta clase de personas que se encuentran en una condición parecida. Nunca han mostrado indiferencia hacia la ventaja mundanal más pequeña. Por medio de una diligente capacidad comercial e inversiones exitosas, por medio de transacciones, no en dólares, sino en monedas y centavos, han acumulado bienes; pero al hacerlo han educado sus facultades de una manera inconsecuente con el desarrollo del carácter cristiano. Sus vidas de ninguna manera representan a Cristo, por cuanto aman al mundo y sus

ganancias más que a Dios o a la verdad. “Si alguno ama el mundo, el amor del Padre no está en él”. (1 Juan 2:15)

Todas las capacidades que, los hombres poseen pertenecen a Dios. La conformidad con el mundo y el apego a él están expresamente prohibidos en su Palabra. Cuando se experimenta en el corazón el poder de la gracia transformadora de Dios, el hombre que hasta ahora había sido mundano es impulsado por las sendas de la beneficencia. Aquel que tiene en su corazón la determinación de acumular tesoro en el mundo, cae “en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hunden a los hombres en ruina y perdición; porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y se traspasaron a sí mismos con muchos dolores”. (1 Timoteo 6:9-10)

Cada miembro de la iglesia debiera sentirse bajo la obligación sagrada de preservar estrictamente los intereses de la causa de Dios. Los miembros individuales de la iglesia son los

responsables de su condición desalentada y falta de interés, debido a lo cual las verdades más sagradas que se hayan encomendado a los hombres son deshonradas. No hay excusa para este estado de cosas. Jesús ha abierto ante todos la posibilidad de obtener sabiduría, gracia y poder. El es nuestro ejemplo en todas las cosas y nada debiera distraer la mente del objetivo principal de la vida, el cual es tener a Cristo en el alma, ablandando y subyugando el corazón. Cuando se lleva a cabo esto, todo miembro de la iglesia, todo el que profesa la verdad, será semejante a Cristo en carácter, palabras y acciones.

Algunos de los que han sido canales de luz, cuyos corazones han sido alegrados por la preciosa luz de la verdad, han negado la verdad asimilándose al mundo. De esta manera han perdido el espíritu de abnegación y el poder de la verdad, y han buscado la felicidad en las cosas inestables del mundo. Corren grave peligro. Habiéndose regocijado una vez en la luz, serán dejados en la oscuridad total a menos que se apresuren a reunir los rayos que todavía brillan

sobre ellos y se vuelvan al Señor con arrepentimiento y confesión. Estamos en día de peligro cuando el error y el engaño cautivan a las personas. ¿Quién amonestará al mundo, quién le mostrará el camino más excelente, a menos que aquellos que han tenido la luz y han sido santificados por ella dejen brillar su luz de tal manera que otros vean sus buenas obras y glorifiquen a Dios? Ojalá me fuera posible grabar sobre todos el peligro en que están de perder el cielo. Unirse a la iglesia es una cosa y vincularse con Cristo es otra muy diferente. No todos los nombres que están registrados en los libros de la iglesia están registrados en el Libro de la Vida del Cordero; muchos, aunque aparentan ser creyentes sinceros, no viven en conexión con Cristo. Se han anotado, sus nombres han sido registrados; pero la obra interna de la gracia no se lleva a cabo en el corazón. Como resultado, no son felices y hacen del servicio hacia Dios una tarea difícil.

“Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados, y con la medida con la que medís, os será medido”. (Mateo 7:2) Recordad que vuestros

hermanos son personas falibles como vosotros mismos, y considerad sus tropiezos y errores con la misma misericordia y paciencia que quisiérais que ellos mostrasen hacia vosotros. No deben ser vigilados ni sus errores exhibidos abiertamente para que el mundo se deleite en ellos. Los que se atreven a hacer esto, se han subido al tribunal y se han constituido en jueces, mientras que han descuidado el huerto de sus propios corazones y permitido que la maleza venenosa crezca en gran abundancia.

Cada uno de nosotros, individualmente, tiene un caso pendiente en el tribunal del cielo. El carácter está siendo pesado en las balanzas del santuario y debiera ser el sincero deseo de todos caminar con humildad y cuidado, no sea que, olvidando dejar brillar su luz ante el mundo no obtengan la gracia de Dios y pierdan todo lo que es de valor. Toda disensión, toda diferencia y crítica debe ser puesta a un lado, junto con toda maledicencia y amargura; deben atesorarse la bondad, el amor y la compasión mutuas, para que la oración de Cristo de que sus discípulos fuesen

uno como lo son él y su Padre pueda ser contestada. La armonía y la unidad de la iglesia son las credenciales que ellos presentan ante el mundo demostrando que Jesús es el Hijo de Dios. La conversión genuina siempre conducirá hacia el amor genuino por Jesús y por todos aquellos por quienes él murió.

Todo el que hace lo que pueda por Dios, que es leal y celoso por hacer el bien a los que lo rodean, recibirá la bendición de Dios sobre sus esfuerzos. Un hombre puede rendir un servicio eficaz para Dios, aunque no sea la cabeza o el corazón del cuerpo de Cristo. El servicio representado en la Palabra de Dios por la mano o el pie, aunque humilde, de todos modos es importante. No es la grandeza de la obra sino el amor con que se hace, el motivo tras la acción, lo que determina su valor. Hay obra que hacer por nuestros vecinos y por aquellos con quienes nos asociamos. No estamos libres para cesar nuestras labores pacientes y dedicadas en favor de las almas, mientras queden algunas fuera del arca de salvación. No hay tregua en esta guerra. Somos soldados de Cristo y estamos

bajo la obligación de velar, no sea que el enemigo nos gane la delantera y capte para servicio suyo almas que pudiéramos haber ganado para Cristo.

El día del deber y la responsabilidad es nuestro; tenemos una obra que hacer para Dios. La iglesia de _____ gradualmente se ha vuelto fría e indiferente a la religión. Hay mucho que hacer por sus miembros individualmente. Una gran luz ha iluminado su senda. Por esto tendrán que rendir cuenta. Dijo Cristo: “Vosotros sois la luz del mundo”; “vosotros sois la sal de la tierra”. (Mateo 5:13, 14) Necesitan que una obra más profunda de gracia se efectúe en sus corazones. Tiene que haber una reforma antes de que Dios pueda bendecirlos. Hay muchos que profesan la fe formalmente. La búsqueda egoísta de ganancias ha eclipsado la herencia eterna. Si se hace del reino de Dios lo primero, una integridad noble resplandecerá en la vida y el carácter. Esto es lo que el hermano A necesita, si es que ha de ejercer una influencia para el bien. A él le gusta manejar su dinero y verlo incrementar mediante inversiones de diversas maneras. Su mente y sus afectos están absortos en

empresas mundanales. Está embriagado con los cuidados de esta vida; es decir, está tan dedicado a su negocio, que no puede pensar de manera racional e inteligente acerca de las cosas de Dios; su visión ha sido empañada por el amor al dinero. La verdad debería alcanzar hasta lo más profundo de su corazón y dar fruto en su vida privada y pública.

El hermano A se ha excusado por no haber hecho de las Escrituras objeto de su estudio, por ser un hombre de negocios; pero, para alguien que lleva el peso de los cuidados comerciales las Escrituras serán una fuente de fuerza y seguridad. Un hombre tal tiene una necesidad tanto mayor de luz de la Palabra de Dios, de sus consejos y amonestaciones, que si no estuviera colocado en una posición tan peligrosa. Si el hermano A ejerciera en las cosas de Dios la misma previsión y pericia comercial que ha dedicado a los asuntos seculares, obtendría resultados bendecidos. Si piensa que Dios está satisfecho con él mientras dedica su talento y energía casi enteraLa mente al servicio de Mammón, está sumamente equivocado.

Dijo Cristo: “Nadie puede servir a dos señores, porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o se adherirá al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas”. (Mateo 6:24) Si el hermano A sigue subordinando las cosas eternas a sus intereses seculares, su pasión por el lucro irá aumentando paulatinamente hasta que se sobrepondrá a los principios, y el dios de este siglo lo cegará de tal manera que será incapaz de discernir entre lo sagrado y lo profano.

El hermano A ejerce una fuerte influencia sobre las mentes de sus hermanos; ellos ven las cosas casi exclusivamente desde su punto de vista. Necesita mejorar en integridad espiritual y ser sabio en las cosas de Dios. Debe comenzar a demostrar interés y dedicación en las cosas celestiales y educar de tal manera sus facultades que pueda ser de utilidad en la causa de Dios. Necesita la armadura de justicia para resistir los dardos del enemigo. Es imposible que obtenga la salvación a menos que se lleve a cabo un cambio decidido en los objetivos y ocupación de su vida, a menos que constantemente se ejercite en las cosas

espirituales.

Dios pide que los miembros individuales de las iglesias en estas dos asociaciones despierten y se conviertan. Hermanos, vuestra mundanalidad, falta de confianza y murmuración os ha colocado en una posición tal que es sumamente difícil que alguien pueda trabajar entre vosotros. Mientras que el presidente descuidó su trabajo y no cumplió su deber, vuestra actitud fue tal que no le brindó ningún aliento. El que ejerce autoridad debió haberse portado como un hombre de Dios, reprendiendo, exhortando, animando, según lo exigiera la ocasión, sin importar que vosotros recibiéseis o rechazáseis su testimonio; pero él fácilmente se desanimaba y os dejó sin el auxilio que un fiel ministro de Cristo debió haber dado. Fracasó en no haberse mantenido al paso con la franca providencia de Dios y en no haberos señalado vuestro deber y educado para que estuviéseis a la altura de las exigencias de la hora; pero la negligencia del ministro no os debiera desanimar y hacer que os excuséis por haber descuidado el deber. Hay una necesidad mayor aún

de fuerza y fidelidad de vuestra parte.

Prometer y no pagar

Algunos de vosotros habéis estado tropezando respecto a vuestras promesas. El Espíritu del Señor se manifestó en la reunión de _____ como respuesta a la oración y mientras vuestros corazones se enternecían bajo su influencia, hicisteis vuestras promesas. Mientras los caudales de salvación eran derramados sobre vuestros corazones, sentisteis que debíais seguir el ejemplo de Aquel que anduvo haciendo el bien y quien gozosamente ofrendó su vida para rescatar al hombre del pecado y la degradación. Bajo la divina e inspiradora influencia os disteis cuenta de que el egoísmo y la mundanalidad no podían unirse con el carácter cristiano, y de que no podíais vivir para vosotros mismos y ser cristianos a la vez. Pero, cuando la influencia de su amor y misericordia abundantes no se sintió de una manera tan marcada en vuestros corazones, retrajisteis vuestras ofrendas y Dios retrajo su bendición de vosotros.

Sobre algunos recayó la adversidad. Fracasaron sus cosechas, de manera que no pudieron cumplir sus votos; y algunos se vieron en circunstancias económicas estrechas. Entonces, por supuesto, no podía esperarse que pagasen; pero, si no hubiesen murmurado y apartado su corazón de sus promesas, Dios habría obrado en su favor y hubiese abierto caminos mediante los cuales cada uno hubiese podido pagar lo que prometió. No esperaron con fe, confiando en Dios que les abriese el camino para poder cumplir sus promesas. Algunos tenían recursos a su disposición; y si hubieran manifestado la misma buena voluntad que cuando hicieron la promesa, y si de corazón hubieran devuelto a Dios los diezmos y ofrendas que él les había prestado para este propósito, hubieran sido grandemente bendecidos; pero Satanás entró con sus tentaciones e hizo que algunos pusieran en duda los motivos y el espíritu que impulsaron al siervo de Dios a hacer el pedido de recursos. Algunos sintieron que fueron engañados y defraudados. En espíritu repudiaron sus promesas y lo que hicieron después, lo hicieron con renuencia, y por lo tanto no recibieron ninguna bendición.

En la parábola de los talentos, el hombre a quien se le encomendó un talento manifestó espíritu de murmuración y escondió su dinero para que su señor no se beneficiara. Cuando su señor le requirió que diera cuenta de su mayordomía, excusó su descuido echándole la culpa a su señor. “Señor, te conocía [profesa conocer a su señor] que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste; por lo cual tuve miedo [que todas las ganancias no serían mías, sino que tú las reclamarías], y fui y escondí tu talento en la tierra; aquí tienes lo que es tuyo. Mas su señor respondió, y le dijo: siervo malo y negligente, sabías que siego donde no sembré, y que recojo donde no esparcí. Debías, pues, haber llevado mi dinero a los banqueros, y al volver yo, hubiera recibido lo mío con los intereses. Quitadle, pues, el talento, y dádselo al que tiene diez talentos. Porque a todo el que tiene [el que ha hecho buen uso de mis bienes] le será dado, y tendrá en abundancia [por cuanto puedo confiar en él sabiendo que hará buen provecho de lo que se le encomiende]; pero al que no tiene [el que ha temido confiar en mí], aun

lo que tiene le será quitado. [Le quitaré sus talentos y los daré a alguien que los multiplique]. Y al siervo inútil echadlo en las tinieblas de afuera; allí será el llanto y el crujir de dientes". (Mateo 25:24-30)

El espíritu que manifiestan los hermanos con relación a sus promesas ha ofendido mucho a Dios. Si hubieran visto que la obra prosperaba en los campos en los que se había entrado, se hubiesen sentido de otra manera. No fueron engañados de ninguna manera y la acusación de que hubo engaño fue hecha contra el Espíritu Santo y no contra el siervo que él envió. Si el hermano A hubiera adoptado el punto de vista correcto en este asunto, si hubiera mantenido el espíritu que lo llevó a hacer la promesa, no hubiese sentido tan mala disposición para invertir en la causa de Dios. Pero pensó en cuánto podría hacer con sus recursos invirtiéndolos en empresas mundanales. La avaricia, la mundanalidad y la codicia son defectos de carácter que se oponen al ejercicio de las virtudes cristianas. Declaró el apóstol: "Sea vuestra manera de vivir [vuestro comportamiento y hábitos

de vida] sin avaricia, contentos con lo que tenéis ahora; porque él dijo: De ningún modo te desampararé, ni te dejaré". (Hebreos 13:5)

Era evidente que muchos de los que prometieron no tenían fe, y pensaban que habían sido defraudados. Hablaron respecto a ello y se concentraron en ello, hasta que les parecía que era una realidad. Sintieron que no debieron haber ayudado a la Asociación General y sostuvieron que debieron haber retenido los recursos para usarlos en su propio campo. El Señor obró por ellos conforme a su fe limitada. Satanás, quien había estado manteniendo sus mentes en el engaño, los indujo a pensar que habían realizado una acción liberal al enviar fondos a la Asociación General, cuando al investigarse, los hechos demostraron que todavía estaban considerablemente lejos de devolver a la asociación la cantidad que se había gastado en el envío de obreros para ayudarles en diversas formas a emprender la obra y llevarla adelante. Sin embargo, estas personas se han sentido lastimadas, están insatisfechas, descontentas y se han apartado de Dios porque

pensaban que estaban realizando una acción importante. Esto solamente demuestra cuán grande puede ser el engaño sobre las mentes que no están bajo el control especial del Espíritu de Dios. Sus dudas, sus sospechas, su prejuicio concerniente a la Asociación General, fue todo impulsado por Satanás. La causa de Dios es una en todo el mundo. Cada ramo de la obra gira en torno a Cristo. Ninguna parte del campo es independiente de las demás.

Queridos hermanos, habéis permitido que Satanás entre en vuestros corazones, y nunca podréis apartarlo del todo hasta que os arrepintáis de vuestras dudas pecaminosas y por no haber cumplido vuestras promesas. El mensajero del Señor fue despreciado y acusado de haber presionado indebidamente al pueblo. Dios no quedó conforme con el hermano B por no haber dado un testimonio decidido en contra de todo esto y por no haberos mostrado vuestro pecado tal como era.

“Cuando haces a Dios una promesa, no tardes

en cumplirla; porque él no se complace en los insensatos. Cumple lo que prometes. Mejor es que no prometas, y no que prometas y no cumplas. No dejes que tu boca te haga pecar, ni digas delante del ángel, que fue inadvertencia. ¿Por qué harás que Dios se enoje a causa de tu voz, y que destruya la obra de tus manos?" (Eclesiastés 5:4-6)

Aquí el asunto se presenta en su verdadera luz. Vuestra obra fue hecha en presencia del ángel de Dios. Vuestras palabras no solamente fueron escuchadas por los hombres, sino que el ángel de Dios las escuchó, ¿y acaso os sorprende que Dios se haya airado contra vosotros? ¿Será posible que os extrañe que él no os ha bendecido y capacitado para que podáis cumplir vuestras promesas? Al quejaros, al murmurar, al retirar vuestras promesas y al pensar que los siervos de Dios os habían engañado y extraído de vosotros promesas injustas, el enemigo se regocija. Si os fuera posible ver vuestra actitud tal cual es, no ofreceríais ni la semejanza de una excusa por lo que habéis hecho.

Cuidado con lo que habláis, no sea que digáis

algo que disminuya la influencia de los mensajeros de Dios. A veces puede haber habido presión excesiva en la solicitación de fondos; pero cuando la luz y el amor de Jesús iluminan los corazones de sus seguidores, no habrá necesidad de encarecerlos o de rogar para que den su dinero o presten servicio. Cuando lleguen a ser uno con Jesús y comprendan que no se pertenecen a sí mismos, que han sido comprados por precio y que por lo tanto son propiedad del Señor, y que todo lo que tienen les ha sido prestado como mayordomos suyos, con corazones gozosos y firme fidelidad darán a Dios las cosas que le pertenecen. El Señor no aceptará una ofrenda hecha en contra de nuestra voluntad ni con murmuración. Tomando en cuenta la manera en que os sentís ahora, no tiene sentido que hagáis más promesas. Cuando os recuperéis de este engaño del enemigo, cuando cerréis la brecha que habéis creado y os deis cuenta de que las necesidades de la causa de Dios son tan constantes como lo son sus dones hacia los hijos de los hombres, vuestras obras irán a la par con vuestra fe y recibiréis una rica bendición del Señor.

Capítulo 30

La influencia de la incredulidad

La iglesia de _____ se ha apartado grandemente de Dios. Ya no está en un estado de sana prosperidad. Cada miembro individual de la iglesia ha tenido cargas y desalientos propios que llevar, pero cada uno debió haberlos llevado y mantenido viva su alma ante Dios sin debilitar a otros en la iglesia. Debió haber contribuido al fortalecimiento de la iglesia en lugar de disminuirlo. El hermano C no se ha colocado en una posición que fortalezca su propia fe o la de la iglesia. Ha estado actuando del lado del enemigo para descorazonar y desalentar. Satanás constantemente fomenta la incredulidad. Toma nota de los errores y fracasos de los profesos seguidores de Cristo y los saca en cara ante los ángeles de Dios. El es el acusador de los hermanos y ejercerá influencia sobre todos los que le sea posible para que hagan la misma obra. Aquellos

que asumen la responsabilidad de cuidar del huerto del prójimo en lugar de desyerbar su propio terreno, seguramente encontrarán sus huertas repletas de maleza que ahogarán las plantas preciosas.

El hermano C no está en condiciones de ser una luz para el mundo. Oh, no; es una masa de oscuridad. La eternidad revelará el hecho de que sus palabras desconsideradas han sembrado las semillas de vacilación, duda y crítica en muchas mentes y que su influencia ha apartado a muchas almas de la verdad. Ha consentido en convertirse en un conducto de oscuridad para comunicar sospechas y acarrear desánimo a las mentes. Dios no se complace de él. Su propia alma se está haciendo cada vez menos susceptible a la influencia del Espíritu de Dios. Tiene apenas un poco de fe; y, ¿cómo podría ser de otra manera puesto que por medio de sus palabras está constantemente fortaleciendo la incredulidad? Mientras inculca dudas en vez de permitir que los rayos de luz preciosa brillen sobre los demás, está ayudando al enemigo en su obra. Este espíritu hace

de él casi un infiel y, a menos que cambie radicalmente, muy bien pudiera convertirse en uno.

El hermano C. es desconsiderado en sus palabras y actos. Palabras ociosas, por las cuales tendrá que rendir cuenta en el día de Dios, brotan casi constantemente de sus labios. Se coloca en el terreno del enemigo y, como consecuencia, no tiene el Espíritu de Cristo. De vez en cuando reconoce que ha cometido un error, que ha estado desperdiciando momentos preciosos, valiosos como el oro, que pudo haber empleado en purificar su propio corazón. Ha estado viendo las faltas de los demás, viviendo y nutriéndose de sus errores; y esto es inanición espiritual. Todo reavivamiento está propenso a atraer personas a la iglesia que no están realmente convertidas. Tienen la verdad de nombre, pero no son santificados por su dulce influencia. Como están faltos de gracia, son egoístas, duros e inflexibles. Las tales personas son siempre indignas de confianza. Siempre estarán haciendo y diciendo cosas que son contrarias a la verdad. Es digna de lástima la iglesia sobre la cual se impone semejante carga. El mundo se opone a la

iglesia y Satanás y sus ángeles están constantemente en guerra con ella. Por lo tanto, los defectos de estos miembros indignos se atribuyen a aquellos que están firmes en la fe.

Los que creen la verdad debieran estar determinados a ayudar y no estorbar a los pocos en _____ que luchan bajo el desaliento. Cada uno de los miembros de la iglesia debiera cuidar celosamente que los enemigos de nuestra fe no tengan ocasión de triunfar sobre ellos en su estado de inercia y alejamiento de Dios. Algunos han desperdiciado su influencia cuando con un poco de abnegación, esfuerzo y celo, pudieran haber sido un aporte positivo en favor del bien. Este celo no vendrá sin esfuerzo, sin luchas decididas. Si sólo quedaran tres almas fieles en la iglesia de _____, y si estuvieran vinculadas con Dios, serían conductos vivientes de luz, y él aumentaría su número. Dios ha levantado portaestandartes en _____. Algunos se han mudado, algunos han fallecido y otros han muerto espiritualmente; han prestado sus servicios a Satanás. No se dan cuenta que vendrá el tiempo cuando se han de ajustar sus cuentas en los

registros del cielo y cuando quedará en claro cuál sea la obra de cada persona.

No olvidéis que todos serán juzgados conforme a sus obras. Mi hermano vacilante, discutidor y acusador, cuando el registro de tu vida sea abierto ante ti en el gran día de rendimiento de cuentas, ¿cómo podrá subsistir? “Vuestras palabras contra mí han sido violentas, dice Jehová. Y, con todo, decís, ¿Qué hemos hablado contra ti? Habéis dicho: ‘Por demás es servir a Dios. ¿Qué aprovecha que guardemos sus normas, y que andemos afligidos en presencia de Jehová de los ejércitos?’”. (Malaquías 3:13-14) Este ha sido el lenguaje de su corazón; y, “de la abundancia del corazón habla la boca”. Seremos justificados o condenados por nuestras palabras. La acusación de los hermanos es precisamente la obra en que se ha ocupado Satanás desde su caída. Usted ha desalentado a la iglesia que, en el mejor caso, tenía apenas un poco de ánimo. Ha presentado la verdad desde casi todo punto de vista negativo. Esta es la obra que hace Satanás. Usted no tiene ninguna razón para enorgullecerse de sus palabras, porque sólo darán

lugar a la confusión de rostro, la vergüenza y la desesperación en el día cuando a cada persona se le pagará conforme a las obras hechas en la carne.

Su esposa ha escuchado sus expresiones de aflicción y pesadumbre hasta que se ha amoldado en gran medida a sus ideas. El temor de Jehová se ha apartado casi enteramente de los dos. Estáis ahora sembrando semillas de incredulidad, las que rendirán una abundante cosecha con el correr del tiempo, una siega que no os proporcionará ningún placer. Usted se ha entregado al enemigo como agente para conducir las almas a la duda y la incredulidad. Toda su obra ha consistido en desparramar lejos de Cristo. Se jacta de su perspicacia y agudeza, de su aptitud para confundir las mentes. Piensa usted que esto es una muestra de su inteligencia; pero es la misma clase de inteligencia que posee el príncipe de las tinieblas, y recibirá la misma recompensa que él se está ganando por medio de su intensa actividad y astucia. Nuestra época se inclina hacia la incredulidad, hacia el desprecio de la santidad y la religión genuina. Este es el plan de Satanás, y

cuando usted dedica sus capacidades a fomentar la incredulidad, es llevado cautivo por sus artificios para hacer su obra.

Su esposa tendrá que luchar arduamente para vencer las tretas del enemigo, para dominar sus propios defectos de carácter y subyugar todas sus facultades a la voluntad de Dios, colocando sus pies firmemente sobre la plataforma de la verdad eterna. De por sí ella no es piadosa, y usted le ha presentado las cosas bajo una luz tan insegura, que es dejada sin ancla, a la deriva. Puesto que no tiene un conocimiento profundo y práctico de la fe y la esperanza, no le proporcionan un consuelo verdadero. Ha sido muy afectada por el ambiente de incredulidad que respira y si se pierde, la sangre de su alma caerá sobre los vestidos de usted.

Usted está haciendo tan seguramente la obra de Satanás como cualquiera de sus agentes declarados. Las dudas que usted ha inculcado en tantas mentes producirán su fruto. Su siembra está madurando para la cosecha final. ¿Se enorgullecerá de ella entonces? Puede usted volver al Señor; puede

encontrar descanso en él; pero se ha dedicado por tanto tiempo a criticar, a tergiversarlo todo dándole un enfoque falso, que requerirá oración intensa y constante vigilancia para romper el hábito que se ha convertido en su segunda naturaleza. Mi corazón suspira por usted y su familia. El Señor no está conforme con usted; es contristado cada día. Tiene usted que ser un hombre cabalmente convertido y transformado, o nunca recibirá el precioso don de la vida eterna.

Capítulo 31

El engaño del pecado

Se me mostró que el hermano D está haciendo una obra que el día del juicio desearía que fuera deshecha. Está equivocado en todos los puntos de doctrina y obstinadamente defiende sus opiniones erradas. Es un acusador de los hermanos. No solamente ha pensado mal de los que Dios ha escogido para obreros en su causa, sino que ha comunicado el mal a los demás. No ha actuado conforme a la norma bíblica y no ha consultado con los hermanos dirigentes y, en cambio, les ha encontrado faltas a todos ellos.

La excusa que se ofrece en favor de él es la siguiente: “¡Oh, el hermano D es un hombre tan bueno! Es un ejemplo de amabilidad y bondad y está dispuesto a ayudar dondequiera”. El hermano D posee muchos rasgos de carácter excelentes. No tiene gran habilidad como predicador, pero pudiera llegar a ser un obrero ferviente y leal. El enemigo ha conseguido la entrada a través de su alta estima

propia. Si no se hubiera estimado a sí mismo más de lo que debiera, no se hubiera atrevido a afectar la reputación de sus hermanos tal como lo ha hecho. La libertad que se ha tomado en recoger y repetir falsos informes, lo ha interpuesto entre el pueblo y el mensaje que Dios ha dado a sus ministros para que se lo comuniquen con el propósito de prepararlo para estar firmes en el día del Señor. Sus buenos rasgos lo han hecho aún más peligroso ya que lo han hecho influyente. La gente piensa que lo que él dice debe ser así. Si él hubiese sido una persona inmoral y pendenciera, no hubiera tenido tanto éxito en ganarse la confianza de tantos.

La manera de obrar del hermano D hace que su proceder sea aun más digno de censura y más ofensivo para Dios. Si hubiese manifestado sus sentimientos sin disimulo, si hubiese dicho en público las cosas acerca de las cuales hablaba en privado, a nadie se le hubiera ocurrido ni por un instante enviarlo a trabajar en la asociación. Mientras trabaje con la aprobación de ella, los hermanos tienen razón de suponer que sus opiniones son correctas; y con dicha sanción ha

ejercido una poderosa influencia en favor del mal. Hay algunos que jamás hubiesen albergado una sospecha en contra de sus hermanos o pensado mal de ellos si no hubieran escuchado sus palabras. Ha encauzado las mentes por un camino que, si lo sigue, desembocará en la rebelión y la pérdida del alma. Desprovista de su disfraz, esta es la obra que nuestro buen hermano ha estado haciendo.

Dios me ha presentado este asunto en su verdadera luz. El corazón del hermano D no está bien. Está contaminado de amargura, ira, celos, envidia, suposiciones erradas, y necesita ser purificado. A menos que cambie su curso del todo, pronto será un hombre caído. La caridad, o sea el amor, “es paciente, es servicial, el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se engríe; no hace nada indecoroso, no busca su propio interés, no se irrita, no toma en cuenta el mal; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta”. (1 Corintios 13:4-7)

Supongamos que el hermano D haga que el

pueblo dude y rechace los testimonios que Dios le ha estado dando a su pueblo durante los últimos 38 años; supongamos que haga creer que los dirigentes de esta obra son hombres maquinadores y deshonestos, dedicados a engañar al pueblo; ¿qué obra grande y buena habrá hecho? Es una obra exactamente igual a la de Coré, Datán y Abiram; y en todos los que ha logrado poner bajo su influencia, el resultado será desastroso. El piensa que no puede estar equivocado; pero, ¿lleva su obra la estampa divina? No; el hermano D ha albergado un espíritu de justificación propia que casi lo ha arruinado. Que se ponga a la par con sus hermanos; si el curso que ellos han seguido le molesta, que les demuestre cuál sea su pecado.

Cuando Satanás empezó a sentirse desconforme en el cielo, no presentó su queja delante de Dios y de Cristo; sino que fue entre los ángeles que le creían perfecto, y les hizo creer que Dios le había hecho una injusticia al preferir a Cristo. El resultado de esa falsa representación fue que por simpatía con él, una tercera parte de los ángeles perdió su inocencia, su elevada condición y su feliz

hogar. Satanás está instigando a los hombres a continuar en la tierra la misma obra de celos y malas sospechas que él inició en el cielo.

Cuando Jesús estuvo en este mundo, los judíos actuaban continuamente como espías mientras lo seguían a todas partes. Reunían toda clase de informes falsos y lo acusaban de un delito tras otro. Procuraban constantemente alejar a la gente de su lado. ¿Era éste un comportamiento correcto? Si lo era, entonces el hermano D no ha pecado, porque está haciendo una obra similar. Ahora puede romper la trampa del enemigo; ahora puede vencer su espíritu que lo induce a exaltarse por encima de sus hermanos. Que busque la humildad y que aprenda a estimar a los demás mejor que a sí mismo. Si trabajara con fidelidad y en armonía con el plan de Dios, oiría las dulces palabras, “Bien hecho”, de los labios del Maestro. Pero si rechaza los esfuerzos de los siervos de Dios, si elige su propio camino y se apoya en su propio entendimiento, ciertamente hará naufragar su fe.

Dios no ha pasado por alto a su pueblo ni ha

elegido a un hombre solitario aquí y otro allí como los únicos dignos de que les sea confiada su verdad. No da a un hombre una nueva luz contraria a la fe establecida del cuerpo. En todas las reformas se han levantado hombres que aseveraban esto. Pablo amonestó a la iglesia de su tiempo: “Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas, para llevar discípulos tras si”. (Hechos 20:30) El mayor daño que pueda recibir el pueblo de Dios proviene de aquellos que salen de él hablando cosas perversas. Por su medio queda vilipendiado el camino de la verdad.

Nadie debe tener confianza en sí mismo, como si Dios le hubiese dado una luz especial más que a sus hermanos. Se nos representa a Cristo como morando en su pueblo; y a los creyentes como “edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo; en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en el cual vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en Espíritu”. “Yo pues, preso en el Señor --dice

Pablo--, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados; con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor; solícitos en guardar la unidad del Espíritu, como fuisteis también llamado en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos". (Efesios 2:20-22; 41-6)

Lo que el hermano D llama luz es aparentemente inofensivo y no se diría que alguien pudiese verse perjudicado por ello. Pero, hermanos, es idea y cuña de entrada de Satanás. Esto ha sido probado vez tras vez. Uno acepta alguna idea nueva y original que no parece estar en conflicto con la verdad. Se espacia en ella hasta que le parece que está revestida de belleza e importancia, porque Satanás tiene poder para dar esa falsa apariencia. Al fin llega a ser el tema que lo absorbe todo, el único gran punto alrededor del cual gira todo, y la verdad queda desarraigada del corazón.

Apenas se inician en su mente ideas erráticas,

el hermano D empieza a perder la fe, y a poner en duda la obra del Espíritu que se ha manifestado entre nosotros durante tantos años. No es un hombre que haya de albergar lo que él llama luz especial sin impartirla a otros; por lo tanto no hay seguridad en darle una influencia que le capacitará para desequilibrar a otras mentes. Es abrir una puerta por la cual Satanás hará penetrar muchos errores que distraigan la mente de la importancia de la verdad para este tiempo. Hermanos, como embajadora de Cristo, os amonesto a que desconfiéis de estas cuestiones laterales, que tienden a distraer la mente de la verdad. Nunca es el error inofensivo ni santifica, sino que siempre es peligroso y produce confusión y disensión. El enemigo ejerce gran poder sobre las mentes que no están cabalmente fortalecidas por la oración y establecidas en la verdad bíblica.

Hay mil tentaciones disfrazadas y preparadas para aquellos que tienen la luz de la verdad; y la única seguridad para cualquiera de nosotros consiste en no recibir ninguna nueva doctrina, ninguna nueva interpretación de las Escrituras, sin

someterla primero a hermanos de experiencia. Presentádsela con un espíritu humilde y dispuesto a recibir enseñanza, con ferviente oración, y si ellos no la aceptan, ateneos a su juicio; porque “en la multitud de consejeros hay seguridad”. (Proverbios 11:14)

Satanás vio en el hermano D rasgos que le permitirían obtener ventaja. Cristo dijo: “Porque viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí”. (Juan 14:30) Pero el hermano D, mientras aparentaba poseer mucha humildad, ha manifestado una autoestima demasiado elevada. Durante años ha abrigado el sentimiento de que sus hermanos no lo aprecian, sentimiento que ha expresado a otros; y Satanás encontró en él a una persona presumida y arrogante a la cual podía atraer con éxito.

Este es un momento de gran peligro para el hermano D y para muchos otros. Los ángeles de Dios observan a estas almas con intenso interés, y Satanás y sus ángeles están deseosos de ver en qué forma sus planes tendrán éxito. Esta es una crisis

en la vida del hermano D. Tendrá que realizar decisiones para esta vida y para la eternidad. Dios lo ama, y la experiencia que tiene puede ser de gran valor para él. Si entrega plenamente su corazón a Dios y acepta toda la verdad, llegará a ser un obrero incansable; Dios obrará por su intermedio y él podrá hacer mucho bien. Pero debe trabajar en armonía con sus hermanos. Debe sobreponerse a su susceptibilidad y aprender a soportar las dificultades como un buen soldado de la cruz de Cristo.

Satanás está trabajando constantemente; pero pocos tienen idea alguna de su actividad y sutileza. El pueblo de Dios debe estar preparado para resistir al astuto enemigo. Esta resistencia es lo que Satanás teme. El conoce mejor que nosotros el límite de su poder, y cuán fácilmente puede ser vencido si le resistimos y le hacemos frente. Por la fuerza divina, el santo más débil puede más que él y todos sus ángeles, y si le probase podría mostrar su poder superior. Por lo tanto los pasos de Satanás son silenciosos, sus movimientos furtivos, y sus baterías enmascaradas. El no se atreve a mostrarse

abiertamente, no sea que despierte las energías dormidas del cristiano, y le impulse a ir a Dios en oración.

El enemigo se está preparando para su última campaña contra la iglesia. Está de tal manera oculto de la vista que para muchos es difícil creer que existe, y mucho menos ser convencidos de su asombrosa actividad y poder. Han olvidado mayormente su pasado, y cuando da otro paso adelante, no le reconocen como su enemigo, la serpiente antigua, sino que le consideran como un amigo que está haciendo una buena obra. Jactándose de su independencia, bajo la influencia especiosa y hechicera de Satanás, obedecen a los peores impulsos del corazón humano, y sin embargo creen que Dios los está conduciendo. Si sus ojos pudiesen abrirse para distinguir a su capitán, verían que no están sirviendo a Dios, sino al enemigo de toda justicia. Verían que la independencia de que se jactan es una de las más pesadas cadenas que Satanás pueda forjar en torno a las mentes desequilibradas.

El hombre es cautivo de Satanás, y está naturalmente inclinado a seguir sus sugestiones y cumplir sus órdenes. No tiene en sí mismo poder para oponer resistencia eficaz al mal. Únicamente en la mediEl da en que Cristo more en él por la fe viva, influyendo en sus deseos e impartiéndole fuerza de lo alto, puede el hombre atreverse a mostrar a un enemigo tan terrible. Todo otro medio de defensa es completamente vano. Es únicamente por Cristo como es limitado el poder de Satanás. Esta es una verdad portentosa que todos debieran entender. Satanás está ocupado en todo momento, yendo de aquí para allá en la tierra, buscando a quien devorar. Pero la ferviente oración de fe frustrará sus esfuerzos más arduos. Embrazad, pues, hermanos, “el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno”. (Efesios 6:16)

Los peores enemigos que tenemos son aquellos que están tratando de destruir la influencia de los atalayas que están sobre los muros de Sion. Satanás obra por medio de agentes. Está haciendo un esfuerzo ferviente aquí. Trabaja de acuerdo con un

plan definido, y sus agentes obran de concierto. Una línea de incredulidad se extiende a través del continente, y está en comunicación con la iglesia de Dios. Su influencia tiende a minar la confianza en la obra del Espíritu de Dios. Este elemento está aquí, y obra silenciosamente. Tened cuidado, no sea que seáis hallados ayudando al enemigo de Dios y del hombre mediante la difusión de falsos informes, y por crítica y oposición decidida.

Por medios engañosos y conductos invisibles, Satanás está trabajando para fortalecer su autoridad y poner obstáculos en el camino del pueblo de Dios, a fin de que las almas no queden libres de su poder, y sean reunidas bajo el estandarte de Cristo. Por sus engaños, está tratando de seducir y apartar de Cristo a las almas, y aquellos que no estén establecidos en la verdad quedarán seguramente entrampados por él. A los que no pueda inducir a pecar, los perseguirá, como los judíos a Cristo.

El objeto de Satanás es deshonrar a Dios, y obra con todo elemento no santificado para lograr este designio. Los hombres a quienes usa como

instrumentos para hacer esta obra, son cegados, y no ven lo que están haciendo hasta que están tan profundamente envueltos en la culpabilidad que piensan que ya sería inútil tratar de recobrarse y, arriesgándolo todo, continúan en la transgresión hasta el amargo fin.

Satanás espera envolver al pueblo remanente de Dios en la ruina general que está por sobrevenir a la tierra. A medida que la venida de Cristo se acerque, será más resuelto y decidido en sus esfuerzos para vencerlo. Se levantarán hombres y mujeres, profesando tener alguna nueva luz o alguna nueva revelación que tenderá a conmover la fe en los antiguos hitos. Sus doctrinas no soportarán la prueba de la Palabra de Dios, pero habrá almas que serán engañadas. Harán circular falsos informes, y algunos serán prendidos en esta trampa. Creerán estos rumores, y a su vez los repetirán, y así se formará un vínculo que los ligue con el gran engañador. Ese espíritu no se manifestará siempre desafiando abiertamente los mensajes que Dios envía; pero un decidido descreimiento se expresa de muchas maneras. Cada

declaración falsa alimenta y fortalece ese descreimiento, y por este medio muchas almas serán inclinadas en la dirección errónea.

No podemos ejercer demasiado cuidado contra toda forma de error, porque Satanás está tratando constantemente de apartar a los hombres de la verdad. Los llena con ideas de suficiencia propia y los persuade, como lo ha hecho con el hermano D, de que la originalidad es un don de lo más codiciable. El hermano D necesita conocer la verdad más perfectamente. Satanás se ha aprovechado de su ignorancia en este respecto, y he ahí dónde está el peligro. Un hombre ha sido desviado, al cual es difícil persuadir una vez que ha plantado sus pies en el camino equivocado, y muchos de los que pensaban que estaban siguiendo al hombre que seguía a Cristo son engañados para que sigan al que ha dado la espalda al Salvador. El orgullo mora en el corazón del hermano D, y le será sumamente difícil ceder; pero, a menos que haga una entrega completa a Cristo, el enemigo seguirá trabajando por medio de él. Si no toma una decisión de inmediato, me temo que nunca lo va a

hacer.

Las iglesias de _____ y _____ han asumido una gran responsabilidad. El resultado pleno de la obra que han realizado no se sabrá hasta el día del juicio. Necesitáis la sabiduría del cielo, hermanos, porque el pecado nos presenta muchas caras. La carencia de visión espiritual os hace tropezar como a ciegos. Si hubieseis mantenido una singularidad de propósito, esto hubiera sido en vuestra asociación una fuente de tremendo poder; pero las mismas cosas que yo temía se han presentado. Había una obra que hacer, la cual nunca se hizo. Los grupos pequeños que yo vi pudieron haberse levantado como resultado de un esfuerzo bien dirigido, y los lugares de reunión que habrían de edificarse, ¿dónde están? Vuestra incredulidad ha detenido la obra. En comparación no habéis hecho nada vosotros mismos y, cuando uno estaba dispuesto a trabajar, le estorbábais el camino de tal manera que no podía obrar eficazmente.

Algunos son lentos, bien lentos, y se jactan de ello; pero esta pesadez indolente es un defecto de

carácter del cual ninguna persona debe enorgullecerse. Resolved con firmeza que seréis puntuales, y con la ayuda divina tendréis éxito. Que vuestra consagración sea completa; atad propiedad y amigos sobre el altar de Dios, y cuando el corazón esté preparado para recibir la influencia divina, brillantes rayos procedentes del trono de Dios resplandecerán en vuestras almas, avivando todas sus energías adormecidas.

Hay quienes no poseen firmeza de carácter. Son como una bola de masilla que se puede amoldar en cualquier forma. No poseen una configuración y consistencia definida, y no son de ningún uso práctico en el mundo. Esta debilidad, esta indecisión e ineficiencia, tiene que ser vencida. El carácter cristiano es indómito y no puede ser amoldado o vencido por circunstancias adversas. Las personas deben tener firmeza moral y una integridad incapaz de ser adulada, sobornada o intimidada.

Temo grandemente por la iglesia. Pablo lo expresó como sigue: “Pero temo que como la

serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo". (2 Corintios 11:3) Luego Pablo explica que no es por medio de falsos maestros que el enemigo atacará la fe de la iglesia. Declara: "Porque éstos son falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan de apóstoles de Cristo. Y no es maravilla, porque el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz. Así que, no es extraño si también sus ministros se disfrazan como ministros de justicia". (Vers. 13, 14)

Mientras más aprendamos respecto a los primeros tiempos de la iglesia cristiana y veamos la sutileza con que obró Satanás para debilitar y destruir, mejor preparados estaremos para resistir sus tretas y hacer frente a los peligros que se aproximan. Estamos en el tiempo cuando prevalecerán tribulaciones tales como el mundo nunca ha presenciado. "¡Ay de los moradores de la tierra y del mar! porque el diablo ha descendido a vosotros con gran furor, sabiendo que tiene poco tiempo" (Apocalipsis 12:12); pero Dios ha establecido límites que Satanás no puede traspasar.

La barrera que se le ha impuesto es nuestra santísima fe; y si nos edificamos en la fe, estaremos seguros bajo el amparo del Poderoso. “Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la prueba que está para venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra”. (Apocalipsis 3:10)

Capítulo 32

La crítica contra los ministros

Un error lleva a otro. Nuestros hermanos tienen que aprender a actuar con inteligencia y no impulsivamente. La norma no ha de ser la emoción. El descuido del deber, el consentimiento de una simpatía indebida, tendrán como consecuencia el olvido del aprecio que se merecen quienes trabajan para edificar la causa de Dios. Dijo Jesús: “Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibís; si otro viene en su propio nombre, a ése recibiréis”. (Juan 5:43)

Muchos no consideran la predicación como el medio asignado por Cristo para instruir a su pueblo y, por consiguiente, algo que en todo momento ha de tenerse en alta estima. No sienten que el sermón es la Palabra del Señor para ellos y no lo evalúan basados en las verdades que se pronuncian; pero lo juzgan como si fuera el discurso de un abogado ante algún tribunal, enfocando la destreza de argumentación exhibida y el poder y belleza de las

palabras expresadas. El ministro no es infalible, pero Dios lo ha honrado haciendo de él su mensajero. Si no lo escucháis como alguien que ha recibido su comisión de lo alto, no respetaréis sus palabras ni las recibiréis como mensaje de Dios. Vuestras almas no se alimentarán del maná celestial; surgirán dudas acerca de algunas cosas que al corazón natural no le placen, y juzgaréis el sermón como si fuera el comentario de algún conferenciante u orador político. Tan pronto como termine la reunión, tendréis en la punta de la lengua alguna queja u observación sarcástica, mostrando así que el mensaje, por bueno y necesario que haya sido, no os ha beneficiado. No lo estimáis; habéis adquirido el hábito de criticar y encontrar faltas, escogiendo lo que os conviene, y quizá rechazando las: mismas cosas que más necesitáis.

Hay muy poca reverencia por las cosas sagradas tanto en la Asociación de Upper Columbia (Alta Columbia) como en la Asociación de North Pacific (Pacífico del Norte). Los instrumentos ordenados de Dios han sido casi

totalmente pasados por alto. Dios no ha instituido ningún método nuevo para comunicarse con los hijos de los hombres. Si ellos se desvinculan de las agencias asignadas por el cielo para reprender los pecados, corregir los errores y señalar cuál sea el camino del deber, entonces no hay manera de allegarse a ellos mediante ninguna comunicación celestial. Quedan abandonados a las tinieblas, entrampados y llevados por el adversario.

Al ministro de Dios se le ordena: “Clama a voz en cuello, no te detengas; alza tu voz como trompeta, y anuncia a mi pueblo su transgresión y a la casa de Jacob sus pecados”. (Isaías 58:1) Acerca de este pueblo, dice el Señor: “Me buscan cada día, y aparentan deleitarse en saber mis caminos, como gente que hubiese hecho justicia, y que no hubiese dejado la ley de su Dios”. (Vers. 2) He aquí un pueblo que se ha engañado a sí mismo, que se justifica a sí mismo, y está dado a la complacencia propia; y al ministro se le ordena clamar a voz en cuello y denunciar su transgresión. Esta es una obra que en todas las épocas se ha llevado a cabo en favor del pueblo, y se necesita ahora más que

nunca antes.

Vino palabra de Jehová a Elías; él no buscó ser el mensajero del Señor, sino que la palabra le llegó a él. Dios siempre tiene hombres a quienes encomienda su mensaje. Su Espíritu obra en sus corazones y los constriñe a hablar. Motivados por un celo santo y sobrecogidos por el fuerte impulso divino que recae sobre ellos, se dedican al cumplimiento de su deber sin calcular fríamente las consecuencias que sobrevienen al comunicar al pueblo las palabras que el Señor les ha dado. Sin embargo, el siervo de Dios pronto cae en cuenta de que ha arriesgado algo. Descubre que él y su mensaje son objeto de crítica. Sus gestos, su vida, su propiedad, todo se revisa y sobre todo se comenta alguna cosa. Su mensaje es desmenuzado y se rechaza con espíritu de lo más estrecho y profano, como les place a los hombres en su criterio limitado. ¿Ha hecho el mensaje la obra que Dios dispuso que hiciera? No; manifiestamente ha fracasado porque los corazones de sus oyentes no estaban santificados.

Si el rostro del ministro no es de piedra, si no tiene una fe y un valor indomables, si su corazón no es fortalecido por medio de una constante comunión con Dios, comenzará a acomodar su testimonio para complacer los oídos y corazones no santificados de aquellos a quienes se dirige. Procurando evitar la crítica a que está expuesto, se separa de Dios y pierde el sentido del favor divino, y su testimonio se vuelve insípido y sin vigor. Encuentra que su valor y fe han desaparecido y que su obra carece de poder. El mundo está lleno de aduladores y fingidores que han cedido al deseo de complacer; pero los hombres fieles, que no se inclinan por el interés personal, sino que aman a sus hermanos de tal manera que no pueden tolerar el pecado en ellos, son de veras muy contados.

Satanás se propone definitivamente interrumpir toda comunicación entre Dios y su pueblo para poder llevar a cabo sus artificios engañosos sin que haya una voz que denuncie su peligro. Si logra inducir a los hombres a desconfiar del mensajero o a no atribuirle santidad a su mensaje, él sabe que no sentirán que están bajo la obligación de prestar

atención a la Palabra de Dios dirigida a ellos. Y cuando la luz es puesta a un lado como oscuridad, Satanás ha logrado sus fines.

Nuestro Dios es celoso; no se le ha de tomar livianamente. Aquel que hace todas las cosas conforme al consejo de su propia voluntad, se ha complacido en colocar hombres bajo diversas circunstancias y en asignarles deberes y prácticas adaptados a los tiempos en que viven y al ambiente en el cual son colocados. Si apreciaran la luz que les da, sus facultades se ensancharían y se ennoblecerían en gran manera, y se abriría ante ellos un panorama más amplio de la verdad. Los misterios de las cosas eternas, y especialmente la maravillosa gracia de Dios como ha sido manifestada en el plan de la redención, serían revelados en sus mentes; porque las cosas espirituales se disciernen espiritualmente.

Nunca hemos de olvidar que Cristo nos instruye a través de sus siervos. Puede haber conversiones sin la intervención de un sermón. Cuando las personas viven aisladas y no tienen

acceso a los medios usados por Dios para impartir su gracia, el Espíritu Santo obra en ellas y se convencen de la verdad por medio de la lectura de la Palabra; pero el medio designado por Dios para la salvación de las almas es “la locura de la predicación”. Aunque humanos, y rodeados de las debilidades humanas, los hombres son mensajeros de Dios; y nuestro querido Salvador se entristece cuando sus esfuerzos logran tan poco. Todo ministro que sale al gran campo de la cosecha debiera honrar su ministerio. Debiera no sólo procurar llevar a los hombres al conocimiento de la verdad, sino trabajar, al igual que Pablo, “amonestando a todo hombre, y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre”. (Colosenses 1:28)

Al hombre debiera mostrársele consideración y honra sólo como embajador de Dios. Dios no se complace en que el hombre sea honrado. El mensaje que trae debe someterse a la prueba de la Biblia. “¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido”.

(Isaías 8:20) Pero, la Palabra de Dios no ha de juzgarse por norma humana. Debe comprenderse que las personas cuyas mentes están formadas conforme a un molde terreno, las que tienen una experiencia cristiana limitada y no saben sino poco de las cosas de Dios, son las que tienen el menor respeto por los siervos de Dios y la menor reverencia por el mensaje que él les pide que proclamen. Escuchan un mensaje escrutador y se van a sus hogares listos para ponerlo en tela de juicio, y la impresión dejada desaparece de sus mentes como el rocío matutino ante el sol. Si la predicación es de carácter emocional, apelará a los sentimientos, pero no al corazón ni a la conciencia. Esta manera de predicar no produce ningún bien duradero, pero a menudo conquista el afecto de las personas y suscita sus emociones en favor del hombre que las complace. Se olvidan de que Dios dijo: “Desentendeos del hombre, cuyo aliento está en su nariz”. (Isaías 2:22)

Con profundo anhelo Jesús espera manifestar ante su pueblo la gloria que acompañará su segundo advenimiento y hacerle contemplar

panoramas arrobadores. Hay cosas maravillosas que han de ser reveladas. Una larga vida de oración e investigación dejará mucho sin explorar y sin explicar; pero, lo que no sabemos ahora se nos revelará en el más allá. La labor de enseñanza iniciada aquí se llevará a cabo por toda la eternidad. Al conducir las huestes de los redimidos a la Fuente de aguas vivas, el Cordero impartirá ricos tesoros de conocimiento; descifrará misterios en las obras de la providencia divina que nunca antes habían sido entendidos.

Nunca podremos descubrir a Dios por medio de la investigación. El no plantea sus designios ante la mente cuidadosa e inquisitoria. No intentemos con mano insolente descorrer la cortina tras la cual él vela su majestad. El apóstol exclamó: “¡Cuán inescrutables son sus juicios, e insondables sus caminos!” (Romanos 11:33) La ocultación de su poder, el hecho de que está envuelto en pavorosas nubes de misterio y oscuridad, es evidencia de su misericordia, porque levantar el velo que oculta su divina presencia significaría la muerte. Ninguna mente mortal puede penetrar el encubrimiento

dentro del cual el Omnipotente mora y obra. No podemos comprender más acerca de su trato con nosotros y de los motivos que lo impulsan, que lo que él se digna revelar. El ordena todo con justicia, y nosotros no hemos de estar insatisfechos o desconfiar, sino más bien debiéramos postrarnos en sumisión reverente. El nos revelará tantos de sus propósitos como sea conveniente que conozcamos; y más allá de eso hemos de confiar en su mano omnipotente y en su corazón lleno de amor.

Capítulo 33

Es necesario ser fieles y perseverar

La iglesia de _____ se encuentra en un estado que dista mucho de lo que debiera ser. A menos que haya un cambio decidido, se marchitará y morirá. Hay mucha crítica; muchos están cediendo a la duda y a la incredulidad. Los que hablan de fe y cultivan la fe, tendrán fe, pero los que albergan y expresan dudas, dudas tendrán.

Ha habido descuido de parte de los ministros. No han inculcado en el corazón de sus oyentes la necesidad de ser fieles. No han educado a la iglesia sobre todos los puntos de la verdad y el deber ni han obrado con celo para alistar a los miembros en el trabajo e interesarlos en todos los ramos de la causa de Dios. Se me ha mostrado que de haber sido debidamente educada la iglesia, ellos hubieran avanzado mucho más allá de lo que están ahora. El descuido de parte de los ministros ha hecho que el

pueblo se vuelva indiferente y desleal. No han sentido que son individualmente responsables, sino que se han excusado por causa de que los ministros no cumplieron su deber pastoral; pero Dios no los da por excusados. Si no hubieran tenido la Biblia, o las amonestaciones, reprensiones y ruegos del cielo para recordarles sus deberes, habría menos condenación. Pero el Señor ha dado consejos e instrucciones; el deber de cada individuo se ha hecho tan claro que no hay necesidad de que nadie yerre.

Dios otorga luz para guiar a los que honestamente anhelan la luz y la verdad; pero no es su intención eliminar toda causa de incertidumbre y duda. El da la evidencia necesaria para establecer la fe, y luego requiere que los hombres acepten la evidencia y ejerciten la fe.

La persona que estudie la Biblia con espíritu humilde y dócil, encontrará en ella una guía que señala el camino de la vida con una exactitud que no falla. Pero, mis hermanos y hermanas, ¿de qué sirve el estudio de la Biblia a menos que

practiquéis las verdades que ella enseña? Ese santo libro no contiene nada que no sea esencial; no se revela nada que no se aplique a nuestras vidas actuales. Mientras más profundo sea nuestro amor por Jesús, más alta será nuestra estima de la Palabra como la voz de Dios que nos habla directamente.

La iglesia de _____ yace en el terreno encantado de Satanás, y necesita una conversión cabal. Hace falta el esfuerzo individual. Las ricas promesas de la Biblia son para los que toman su cruz y se niegan a sí mismos diariamente. Todo aquel que tiene un deseo sincero de aprender en la escuela de Cristo, cultivará una disposición a la espiritualidad mental y aprovechará todos los medios de la gracia, pero en esta iglesia se han pasado por alto las oportunidades y los privilegios. Tal vez alguien no sea capaz de decir más que unas pocas palabras en público y de no hacer más que un poco en la viña del Señor, pero está bajo el deber de decir algo y de mostrar interés en la obra. Cada miembro debiera ayudar y sostener la iglesia; pero en muchos casos hay uno o dos que tienen el

espíritu de lealtad que caracterizaba a Caleb de antaño, y a éstos se les permite llevar las cargas y asumir las responsabilidades, mientras que los demás esquivan todo deber.

Caleb era fiel y constante. No era jactancioso, no hacía alarde de sus méritos y buenas obras; pero su influencia siempre estaba del lado del bien. ¿Y cuál fue su recompensa? Cuando el Señor pronunció sus juicios contra los hombres que habían rehusado escuchar su voz, dijo: “Pero a mi siervo Caleb, por cuanto hubo en él otro espíritu, y decidió ir en pos de mí, yo le meteré en la tierra donde entró, y su descendencia la tendrá en posesión”. (Números 14:24) Mientras que los cobardes y murmuradores perecieron en el desierto, el fiel Caleb tenía un hogar asegurado en la Canaán prometida. “Yo honraré a los que me honran”, dice el Señor. (1 Samuel 2:30)

Ana oró y confió; y en su hijo Samuel le dio al Israel de Dios un tesoro preciosísimo, hombre útil, de un carácter bien formado, uno que en cuanto a principios se refiera era firme como una roca.

En Jope había una Dorcas, cuyos hábiles dedos permanecían más activos que su lengua. Ella sabía quién necesitaba ropa cómoda y quién necesitaba simpatía, y generosamente atendía las necesidades de ambos grupos. Y cuando Dorcas falleció, la iglesia en Jope se dio cuenta de su pérdida. Con razón se pusieron de luto y se lamentaron y derramaron cálidas lágrimas sobre el cuerpo inerte. Ella era de tan alto valor que por medio del poder de Dios fue regresada del país del enemigo, con el fin de que su destreza y energía pudieran todavía ser una bendición para los demás.

Una fidelidad paciente, piadosa y perseverante como la que poseían estos santos de Dios es poco frecuente; no obstante, la iglesia no puede prosperar sin ella. Se necesita en la iglesia, en la escuela sabática, y en la sociedad. Muchos se agrupan y se relacionan entre sí en calidad de iglesia sin haber subyugado sus rasgos naturales de carácter; y cuando surge una crisis, que es cuando se necesita un espíritu fuerte y lleno de esperanza, caen en el desánimo y agobian con sus

preocupaciones a la iglesia; y no se dan cuenta de que esto es malo. La causa no necesita a tales personas, porque no se puede depender de ellas; pero siempre se necesitan obreros constantes, temerosos de Dios, que no desmayen en el día de la adversidad.

Hay algunos en la iglesia de _____ que causarán problemas, porque su voluntad nunca ha sido puesta en armonía con la voluntad de Cristo. El hermano E será un gran estorbo para esta iglesia. Está satisfecho cuando a él se le permite tener la supremacía, pero cuando no puede ocupar el primer lugar, se pone siempre del lado equivocado. Actúa impulsivamente y no es equilibrado, sino que duda y asume puntos de vista contrarios, porque por naturaleza es criticón y un acusador de los hermanos. Mientras afirma ser celoso por la verdad, se aparta del conjunto de los miembros; carece de fuerza moral, no está arraigado y cimentado en la fe. Los principios santos de la verdad no forman parte de su naturaleza. No se puede confiar en él; Dios no está satisfecho con él.

El hermano y la hermana E no han tomado en cuenta las instrucciones de la Palabra de Dios con respecto a la crianza de sus hijos. A estos niños se les ha permitido ejercer control en el hogar en gran medida y han ido y venido a gusto. A menos que se les coloque bajo influencias completamente distintas, se encontrarán en las filas del enemigo, batallando contra el orden, la disciplina y la subordinación. Los niños a quienes se les deja seguir su propio camino no son felices; y donde se tiene en menos la autoridad de los padres tampoco se respetará la autoridad de Dios.

La obra de los padres es solemne y sagrada; pero muchos no se dan cuenta de esto, porque sus ojos están cegados por el enemigo de toda justicia. Permiten que sus hijos crezcan indisciplinados, descorteses, atrevidos, presumidos, mal agradecidos e impíos; en cambio, si siguiesen un método firme, decidido y parejo, que mezcle la justicia y la misericordia con la paciencia y el dominio propio, obtendrían resultados admirables.

El hermano E necesita la gracia transformadora. No hay seguridad para él mientras retenga sus defectos naturales de carácter, y es preciso que luche contra ellos continuamente. A menos que viva una vida de vigilancia y oración, no estará bien equilibrado, y hay peligro de que la verdad sea impedida, mal representada y desacreditada mediante su influencia. Si no se cuida despertará en los incrédulos prejuicios que jamás podrán ser eliminados.

En la naturaleza humana existe la tendencia a irse a los extremos, y de un extremo a otro, totalmente opuesto. Muchos son fanáticos. Los consume un celo equivocado por la religión, pero el carácter es la verdadera prueba del discipulado. ¿Poseen ellos la mansedumbre de Cristo, poseen su humildad y su dulce benevolencia? ¿Está el templo del alma vacío de orgullo, arrogancia, egoísmo y censura? Si no lo está, entonces no saben ellos a qué clase de espíritu pertenecen. No se dan cuenta de que el verdadero cristianismo consiste en llevar mucho fruto para la gloria de Dios.

Otros se van al extremo en su conformidad con el mundo. No existe una línea de separación clara y precisa entre ellos y los mundanos. Si en un caso se ahuyenta a la gente de la verdad debido a la manifestación de un espíritu brusco, censurador y condenatorio, en este otro caso los demás se ven inducidos a pensar que el cristiano profeso carece de principios y no sabe nada de la transformación del corazón o del carácter. “Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, de tal modo que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mateo 5:16) son las palabras de Cristo.

Hay muchos que no tienen un conocimiento correcto de lo que constituye un carácter cristiano y sus vidas son un descrédito para la causa de la verdad. Si estuvieran enteramente convertidos, no producirían espinas y abrojos, sino abundantes racimos del precioso fruto del Espíritu: “amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, dominio propio” (Gálatas 5:22, 23) El mayor peligro consiste en olvidarse de la obra que debe realizarse en el corazón. Muchos se

sienten bien satisfechos consigo mismos. Piensan que basta una observancia somera de la ley divina, mientras que no conocen la gracia de Cristo y él no habita en el corazón por medio de una fe viviente.

Dice Cristo: “Separados de mí nada podéis hacer” (Juan 15:5); pero, si su divina gracia obra a través de nuestros esfuerzos humanos, todo lo podemos. Su paciencia y mansedumbre compenetrarán el carácter, difundiendo un resplandor que alumbra y esclarece el camino hacia el cielo. Contemplando e imitando su vida, somos renovados a su imagen. La gloria del cielo brillará en nuestras vidas y se reflejará sobre otros. En el trono de la gracia podemos encontrar la ayuda que nos capacitará para vivir así. Esta es la santificación genuina; y ¿qué posición más elevada podrán los mortales anhelar que la de estar vinculados con Cristo como los pámpanos lo están con la vid?

He visto un cuadro en el que se representa a un buey parado entre un arado y un altar, con la siguiente inscripción: “Listo para cualquiera de los

dos”: dispuesto a sofocarse en el surco agobiador o sangrar en el altar del sacrificio. Esta es la posición en la que han de hallarse siempre los hijos de Dios: dispuestos a ir a donde los llame el deber, a negarse a sí mismos y a hacer sacrificios por la causa de la verdad. La iglesia cristiana fue fundada sobre el principio del sacrificio. “Si alguno quiere venir en pos de mi”, declara Jesús, “niéguese a sí mismo, tome su cruz, y sígame” (Mateo 16:24) El exige el corazón entero, todos los afectos. Las demostraciones de celo, fervor y trabajo desinteresado que sus seguidores devotos han dado ante el mundo, debieran despertar nuestro ardor y llevarnos a imitar su ejemplo. La religión genuina imparte una seriedad y firmeza de propósito que amoldan el carácter conforme a la imagen divina y nos permiten considerar todas las cosas como pérdida para ganar la excelencia de Cristo. Esta singularidad de propósito resultará ser un elemento de enorme poder.

Nunca antes se había encomendado a los mortales una verdad mayor y más solemne que la que nosotros tenemos, y somos responsables por la

manera en que la manejamos. Cada uno de nosotros debiera estar atento a la ganancia de almas. Debiéramos manifestar el poder de la verdad sobre nuestros propios corazones y caracteres, a la vez que hacemos todo lo que esté a nuestro alcance para que otros también lleguen a amarla. Conducir un pecador a Cristo significa elevar, dignificar y ennoblecer todo su carácter y hacerlo una bendición en su hogar, en la sociedad, y en la iglesia. ¿No merece esta obra nuestros más nobles esfuerzos?

Las personas de poco talento, si son fieles en mantener sus corazones en el amor de Dios, pueden ganar muchas almas para Cristo. Harlan Page, era un mecánico pobre, de habilidad ordinaria y educación limitada; pero hizo que su primera preocupación fuera el procurar el avance de la causa de Dios, y sus esfuerzos fueron premiados con gran éxito. Trabajó por la salvación de sus compañeros en conversaciones privadas y en ferviente oración. Inauguró reuniones de oración, organizó escuelas dominicales, y distribuyó folletos y otros materiales de lectura religiosos. En

el lecho de muerte, mientras se posaba sobre su rostro la sombra de la eternidad, pudo decir: “Yo sé que todo ha provenido de la gracia de Dios y no por mérito de cosa alguna que yo haya podido hacer; pero creo tener evidencia de que más de cien almas se han convertido a Dios por medio de mis esfuerzos personales”.

Se debiera instruir a cada miembro de la iglesia en un sistema regular de trabajo. Se requiere que todos hagan algo por el Señor. Pueden interesar a otras personas en la lectura; pueden conversar y orar con ellas. El ministro que eduque, discipline y dirija un ejército de obreros eficientes logrará grandes conquistas, y le espera una gran recompensa cuando, en torno al gran trono blanco, se encuentre con aquellos que se salvaron por medio de su influencia.

Haz algo, hazlo pronto, con todas tus fuerzas; Si largo tiempo descansaran, las alas de los ángeles decaerían; y Dios, si ocioso estuviera, bendeciros no podría.

Si la iglesia de _____, después de conocer la verdad, hubiera manifestado seriedad, celo y amor, habría producido buenas obras y habría ejercido una influencia que la hubiera convertido en una fortaleza en favor del bien. Pero han sido indiferentes y se han estado volviendo fríos y moribundos. Algunos han asistido a reuniones sociales a donde han llevado la atmósfera terrenal y no la del cielo. La iglesia no ha estado preparada para responder a los esfuerzos que se han hecho en favor de ella. En su estado actual no son capaces de ver o darse cuenta de la necesidad que tienen de cooperar; y su falta de seriedad y consagración ha desanimado a los ministros. En lugar de este descuido, debiera haber un sentido de responsabilidad individual. Esta iglesia nunca prosperará hasta que los miembros comiencen la obra de reforma en sus propios corazones. Muchos de los que profesan la fe se conforman con poco; si progresan aunque sea modestamente en la abnegación y la reforma, ya no ven la necesidad de ir más allá. ¿Por qué la tendencia de dormirse en los laureles? A este lado del cielo no hay para nosotros un lugar donde podamos detenernos.

Ninguno de nosotros debiera estar conforme con los logros espirituales del presente. Nadie que no pueda demostrar que en su vida hay un continuo progreso, puede decir que está aprovechando al máximo sus oportunidades. Ha de estar siempre ascendiendo, siempre ascendiendo. Es el privilegio de todo cristiano crecer hasta haber alcanzado la estatura perfecta de un varón en Cristo Jesús.

¡Cuánto necesitan los miembros de _____ la instrucción en la devoción personal; cuánto necesitan la labor pastoral! Pero no obran conforme al conocimiento que han adquirido. Hermanos, Dios os ha de probar, y algunos resultarán ser tamo y otros granos preciosos de trigo. No cedáis al poder del tentador. El vendrá como un fuerte hombre de guerra armado, pero no le permitáis ninguna ventaja. Fortaleceos para el cumplimiento del deber, y disputadle cada pulgada de terreno. En lugar de retroceder, avanzad; en lugar de debilitaros y perder el valor, preparaos para el conflicto. Dios os pide que luchéis con todas vuestras fuerzas contra el pecado en todas sus formas. Vestíos de toda la armadura de Dios, y

fijad la vista en el Capitán de vuestra salvación; porque hay peligro por delante. No sigáis tras falsas banderas, sino mantened la vista en el estandarte de nuestra santa fe, encontrándoos siempre donde flamea, aunque sea en el lugar de la batalla más furiosa. Pronto terminará la lucha y se ganará la victoria, y si sois fieles saldréis más que vencedores por medio de Aquel que os amó. El premio glorioso, el eterno peso de gloria, será entonces vuestro.

Capítulo 34

El pecado del descontento

Queridos amigos: Se me ha mostrado que, como familia, experimentáis mucho descontento innecesario. No es el designio de Dios que os sintáis miserables; pero habéis apartado vuestra mente de Jesús y la habéis concentrado demasiado en vosotros mismos. El gran pecado de vuestra familia es el de lamentarse por las providencias de Dios; vuestra desobediencia en este respecto es verdaderamente alarmante. Habéis engrandecido las pequeñas dificultades y expresado demasiado el desánimo. Tenéis la costumbre de cubrir todo lo que os rodea de luto y os habéis hecho infelices sin causa alguna. Vuestras continuas murmuraciones os están separando de Dios.

Debéis apartaros del terreno encantado de Satanás y no permitir que vuestras mentes sean disuadidas de la alianza con Dios. En Cristo podéis y debéis ser felices y adquirir hábitos de dominio propio. Aun vuestros pensamientos han de ser

sujetados a la voluntad de Dios y vuestros sentimientos puestos bajo el control de la razón y la religión.

La imaginación no os fue dada para permitir que anduviera desbocada siguiendo su propia voluntad, sin que se hiciera esfuerzo alguno para restringirla o disciplinarla. Si los pensamientos son malos, los sentimientos también lo serán, y los pensamientos y sentimientos combinados constituyen el carácter moral de la persona. Cuando decidís que como cristianos no se requiere que dominéis los pensamientos y los sentimientos, caéis bajo la influencia de ángeles malos e invitáis su presencia y control. Si cedéis a vuestras impresiones y permitís que vuestros pensamientos se encaucen en dirección de la sospecha, la duda y la lamentación, os contaréis entre los mortales más infelices y vuestras vidas resultarán ser un fracaso.

Querida hermana F, tiene usted una imaginación enfermiza; y deshonra a Dios al permitir que sus sentimientos ejerzan un control completo sobre su razón y juicio. Posee una

voluntad porfiada, determinada, la cual hace que la mente reaccione sobre el cuerpo, desequilibrando la circulación y causando congestión en ciertos órganos; y usted está sacrificando la salud en el altar de sus sentimientos.

Usted está cometiendo un error, el cual, si no lo corrige, terminará destruyendo no sólo su propia felicidad. Se está causando un verdadero daño, no solamente a usted misma, sino a todos los miembros de su familia, y especialmente a su madre. Ella es muy nerviosa y sumamente sensible. Si uno de sus hijos sufre, se siente confusa y aturdida. La mente de ella se está desequilibrando por causa de los frecuentes ataques histéricos que obligadamente tiene que presenciar, y una gran infelicidad se posesiona de todos los que a usted la rodean. Y sin embargo, usted es capaz de controlar su imaginación y dominar esos ataques nerviosos. Usted tiene fuerza de voluntad y debe usarla para ayudarse. No lo ha hecho, sino que ha permitido que su imaginación afiebrada controle la razón. En esto ha contristado al Espíritu de Dios. Si no tuviera ningún poder sobre sus sentimientos, esto

no sería pecado; pero no viene al caso rendirse de esa manera al enemigo. Es preciso que su voluntad sea santificada y subyugada en lugar de ser colocada en oposición a la de Dios.

Mis queridos amigos, en vez de seguir un comportamiento que evite la enfermedad, estáis más bien acariciándola y cediendo a su poder. Debéis evitar el uso de drogas y obedecer cuidadosamente las leyes de la salud. Si tenéis interés en vuestra vida, debéis comer alimentos sencillos, preparados de la manera más simple posible, y hacer más ejercicio físico. Cada miembro de la familia necesita disfrutar de los beneficios de la reforma pro salud. Pero el endrogamiento debiera ser abandonado para siempre porque, además de no curar ningún mal, debilita el organismo, haciéndolo más susceptible a la enfermedad.

El hombre ha sido colocado en un mundo de tristeza, preocupaciones y perplejidad. Está aquí para ser probado, como lo fueron Adán y Eva, con el fin de que desarrolle un carácter correcto y que

de la discordia y la confusión extraiga armonía. Tenemos mucho que hacer que es esencial para nuestra felicidad y la de otros. Y hay mucho que disfrutar. Mediante Cristo somos puestos en conexión con Dios. Sus bondades nos colocan bajo una obligación continua; debido a que no merecemos ninguno de sus favores, hemos de agradecer hasta los más pequeños de ellos.

Por todo lo que tenéis y sois, estimados amigos, estáis endeudados con Dios. El os ha dado facultades que, hasta cierto punto, son semejantes a las que él mismo posee; y debéis esforzaros fervientemente para cultivarlas y no para satisfacer y exaltar el yo, sino para glorificarlo a él. No habéis aprovechado debidamente vuestros privilegios. Debéis educaros a vosotros mismos para llevar responsabilidades. El intelecto debe ser cultivado; si dejáis que se enmohezca por falta de uso, se degenerará.

La tierra es del Señor. Aquí se puede ver que la naturaleza, tanto animada como inanimada, obedece su voluntad. Dios creó al hombre como ser

superior; sólo él fue hecho a la imagen de Dios y es capaz de participar de la naturaleza divina, de cooperar con su Creador y llevar a cabo sus planes; y sólo él se encuentra lidiando contra los propósitos de Dios.

¡Cuán maravillosamente y con cuánta belleza ha sido creada la naturaleza! Por doquiera vemos las obras perfectas del gran Artista Maestro. Los cielos cuentan su gloria; y la tierra, que ha sido hecha para el bien del hombre, nos habla de su amor inigualable. Su superficie no es un llano monótono, sino que grandes montañas se levantan para variar el panorama. Hay manantiales cristalinos y valles feraces, hermosos lagos, ríos amplios y el océano inmenso. Dios manda el rocío y la lluvia para refrescar la tierra sedienta. Las brisas que fomentan la salud purificando y refrescando la atmósfera, son controladas por su sabiduría. Ha colocado el sol en el cielo para marcar los períodos del día y la noche, y para alumbrar y calentar la tierra con sus templados rayos, haciendo que brote la vegetación.

Llamo vuestra atención a estas bendiciones que provienen de la dadivosa mano de Dios. Que las frescas glorias de cada nueva mañana despierten en vuestros corazones la alabanza por estas expresiones de amoroso cuidado. Pero si nuestro bondadoso Padre celestial nos ha dado tantas cosas para fomentar nuestra felicidad, también nos ha dado bendiciones inesperadas. El comprende las necesidades del hombre caído; y mientras que nos ha dado provechos por un lado, por otro hay inconveniencias cuyo propósito es estimularnos para usar la capacidad que él nos ha dado. Estas inconveniencias desarrollan en nosotros el esmero, la perseverancia y el valor.

Hay males que el hombre puede aminorar, pero que nunca puede eliminar. Ha de vencer los obstáculos y forjar su ambiente en lugar de ser amoldado por ellos. Tiene lugar suficiente para ejercitar sus talentos y extraer orden y armonía de la confusión. Al hacer esta obra puede disfrutar de la ayuda divina, si la reclama. No se le deja luchar con las tentaciones y pruebas con sus propias fuerzas. Aquel que es poderoso es capaz de ayudar.

Jesús dejó las mansiones reales del cielo y sufrió y murió en un mundo degradado por el pecado con el fin de enseñarle al hombre cómo pasar por las luchas de la vida y vencer sus tentaciones. He ahí un ejemplo para nosotros.

Al contar los beneficios que nos ha conferido nuestro Padre celestial, ¿no os sentís reprendidos por vuestras quejas ingratas?

Durante varios años él os prestó una hija y hermana, hasta que comenzasteis a considerarla como vuestra, y sentíais que teníais derecho a este buen obsequio. Dios oyó vuestras murmuraciones. Si había una nube a la vista, parecía que olvidábais que el sol hubiese brillado alguna vez; y os circundaban siempre las nubes y la oscuridad. Dios os envió la aflicción; os quitó el tesoro con el fin de que pudiérais distinguir la diferencia entre la prosperidad y el verdadero pesar. Pero no humillasteis vuestros corazones ante él ni os arrepentisteis del gran pecado de ingratitud que os había separado de su amor. Al igual que Job, pensábais que teníais justa causa para el duelo y no

podíais ser consolados. ¿Era esto razonable? Sabéis que la muerte es un poder que ninguno es capaz de resistir; pero habéis inutilizado vuestras vidas a causa de vuestra inútil aflicción. Vuestro sentimiento ha sido poco menos que una rebelión contra Dios. Os vi a todos concentrados en vuestro duelo, y dando lugar a vuestros sentimientos excitables hasta que vuestras ruidosas demostraciones de pesar hicieron que los ángeles encubrieran sus rostros y se apartaran de la escena.

Al ceder de esta manera a vuestros sentimientos, ¿recordabais que teníais un Padre en los cielos que dio a su Hijo unigénito para que muriera por nosotros con el fin de que la muerte no fuese un sueño eterno? ¿Recordabais que el Señor de la vida y de la gloria bajó a la tumba y la iluminó con su propia presencia? Dijo el discípulo amado: “Oí una voz procedente del cielo, que me decía: Escribe: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor de aquí en adelante. Sí, dice el Espíritu, mueren para descansar de sus trabajos, porque sus obras siguen con ellos”. (Apocalipsis 14:13) El apóstol sabía muy bien lo que decía

cuando escribió estas palabras; pero cuando vosotros dais lugar al pesar descontrolado, ¿corresponde vuestra conducta con el consuelo que ellas expresan?

El Señor es benigno, misericordioso y fiel. Ha permitido que el miembro más inocente y mejor preparado del grupo familiar descansase durante los peligros de los últimos días. ¡Oh!, no impidáis que en vuestras almas penetren el canto y la alegría, afligiéndoos como si no fuera a haber una resurrección de los muertos; antes, alabad al Señor porque para esa persona ya no hay más muerte, ni pruebas, ni dolor. Ella descansa en Jesús hasta que el Dador de la vida llame y despierte a sus santos que duermen para otorgarles la gloriosa inmortalidad.

F tiene una obra que hacer, por la gracia de Dios, para dominar sus sentimientos. Ella sabe que no está en el cielo sino en un mundo donde reina la muerte y donde nuestros seres queridos nos pueden ser arrebatados en cualquier momento. Ella debe sentir que la gran preocupación de la vida es

prepararse para un mundo mejor. Si ella se ha asido bien de la vida eterna, esto no la descalificará para vivir en este mundo y llevar noblemente las cargas de la vida, pero la ayudará a cumplir sus deberes abnegados y altruistas.

Como familia, habéis expresado tinieblas y quejas hasta que habéis sido transformados en esa misma imagen. Parece que incitáis las simpatías el uno del otro y suscitáis la excitabilidad nerviosa al punto que pasáis un tiempo lóbrego, triste y funesto entre vosotros. Habéis llevado a cabo velorios, pero éstos no atraen a los ángeles que os rodean. Si no cambiáis vuestro proceder, Dios se allegará un poco más de cerca trayendo juicio sobre vosotros. ¿Acaso no es tiempo para que celebréis servicios de gratitud en vuestro hogar y contéis con alegría las bendiciones que habéis recibido?

El poder de la verdad debería ser suficiente para sostenernos y consolarnos en toda adversidad. La religión de Cristo revela su verdadero valor al capacitar para el triunfo al que la posee. Coloca los apetitos, las pasiones y las emociones bajo el

dominio de la razón y la conciencia y disciplina los pensamientos a fin de que sigan un curso sano. De esta manera la lengua no queda libre para deshonrar a Dios mediante expresiones pecaminosas de descontento. Razonablemente, nuestro Creador reclama el derecho de hacer como le plazca con las criaturas que tiene en mano. El tiene derecho a gobernar como él quiera, y no como lo escoja el hombre. Pero él no es un juez severo, un cobrador duro y exigente. El es la fuente misma del amor, el dador de innumerables bendiciones. Os debiera ocasionar el más profundo dolor el haber descuidado un amor tal y no haber permitido que brotara en vuestros corazones la gratitud y la alabanza por la maravillosa bondad de Dios. No merecemos ninguno de sus beneficios; sin embargo, los recibimos continuamente a pesar de nuestra indignidad y cruel ingratitud. Entonces, dejad de quejaros como si fueseis esclavos bajo el mando de un capataz riguroso. Jesús es bueno. Alabadle. Alabad a Aquel que es la salud de vuestro rostro y vuestro Dios.

Capítulo 35

Alabad a Dios

“Todo lo que respira alabe a Jehová”. (Salmos 150:6) ¿Hemos considerado de cuántas cosas debemos estar agradecidos? ¿Recordamos que las misericordias del Señor se renuevan cada mañana, y que su fidelidad es inagotable? ¿Reconocemos que dependemos de él, y expresamos gratitud por todos sus favores? Por el contrario, con demasiada frecuencia nos olvidamos de que “toda buena dádiva y todo don perfecto es de lo alto, que desciende del Padre de las luces”. (Santiago 1:17)

Cuán a menudo los que gozan de salud se olvidan de las admirables mercedes que les son concedidas continuamente día tras día y año tras año. No rinden tributo de alabanza a Dios por todos sus beneficios. Pero cuando viene la enfermedad, se acuerdan de Dios. El intenso deseo de recuperar la salud los induce a orar fervientemente; y eso está bien. Dios es nuestro refugio tanto en la enfermedad como en la salud. Pero muchos no le

confían su caso; estimulan la debilidad y la enfermedad acongojándose acerca de sí mismos. Si dejasen de quejarse, y se elevasen por encima de la depresión y la lobreguez, su restablecimiento sería más seguro. Deben recordar con gratitud cuánto han disfrutado de la bendición de la salud; y si este precioso don les es devuelto, no deben olvidar que tienen una renovada obligación hacia su Creador. Cuando los diez leprosos fueron sanados, únicamente uno volvió para buscar a Jesús y darle gloria. No seamos como los nueve ingratos, cuyo corazón no fue conmovido por la misericordia de Dios.

Dios es amor. El cuida de las criaturas que formó. “Como el padre se compadece de los hijos, se compadece Jehová de los que le temen”. “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, que seamos llamados hijos de Dios” (Salmos 103:13; 1 Juan 3:1)

¡Cuán precioso privilegio es éste, que seamos hijos e hijas del Altísimo, herederos de Dios y coherederos con Jesucristo! No nos lamentemos,

pues, porque en esta vida no estemos libres de desilusiones y aflicción. Si en la providencia de Dios somos llamados a soportar pruebas, aceptemos la cruz, y bebamos la copa amarga, recordando que es la mano de un Padre la que la ofrece a nuestros labios. Confiemos en él, en las tinieblas como en la luz del día. ¿No podemos creer que nos dará todo lo que fuere para nuestro bien? “El que aun a su propio Hijo no perdonó, antes le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?” (Romanos 8:32) Aun en la noche de aflicción, ¿cómo podemos negarnos a elevar el corazón y la voz en agradecida alabanza, cuando recordamos el amor por nosotros expresado en la cruz del Calvario?

¡Qué tema de meditación nos resulta el sacrificio que hizo Jesús por los pecadores perdidos! “Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados: el castigo de nuestra paz fue sobre él; y por su llaga fuimos nosotros curados”. (Isaías 53:5) ¿Cuánto debemos estimar las bendiciones así puestas a nuestro alcance? ¿Podría Jesús haber sufrido más? ¿Podría

haber comprado para nosotros más ricas bendiciones? ¿No debiera esto enternecer el corazón más duro, cuando recordamos que por nuestra causa dejó la felicidad y la gloria del cielo, y sufrió pobreza y vergüenza, cruel aflicción y una muerte terrible? Si por su muerte y resurrección él no hubiese abierto para nosotros la puerta de la esperanza, no habríamos conocido más que los horrores de las tinieblas y las miserias de la desesperación. En nuestro estado actual, favorecidos y bendecidos como nos vemos, no podemos darnos cuenta de qué profundidades hemos sido rescatados. No podemos medir cuánto más profundas habrían sido nuestras aflicciones, cuánto mayores nuestras desgracias, si Jesús no nos hubiese rodeado con su brazo humano de simpatía y amor, para levantarnos.

Podemos regocijarnos en la esperanza. Nuestro Abogado está en el santuario celestial intercediendo por nosotros. Por sus méritos tenemos perdón y paz. Murió para poder lavar nuestros pecados, revestirnos de su justicia, y hacemos idóneos para la sociedad del cielo, donde

podremos morar para siempre en la luz. Amado hermano, amada hermana, cuando Satanás quiera llenar vuestra mente de abatimiento, lobreguez y duda, resistid sus sugestiones. Habladle de la sangre de Jesús, que limpia de todo pecado. No podéis salvaros del poder del tentador; pero él tiembla y huye cuando se insiste en los méritos de aquella preciosa sangre. ¿No aceptaréis, pues, agradecidos, las bendiciones que Jesús concede?

¿No tomaréis la copa de la salvación que él ofrece, e invocaréis el nombre del Señor? No manifestéis desconfianza en Aquel que os ha llamado de las tinieblas a su luz admirable. No causéis por un momento, mediante vuestra incredulidad, dolor al corazón del Salvador compasivo. El vigila con el interés más intenso vuestro progreso en el camino celestial; él ve vuestros esfuerzos fervientes; nota vuestros descensos y vuestros restablecimientos, vuestras esperanzas y vuestros temores, vuestros conflictos y vuestras victorias.

¿Consistirán nuestros ejercicios de devoción en

pedir y recibir? ¿Estaremos siempre pensando en nuestras necesidades, y nunca en los beneficios que recibimos? ¿Recibiremos las mercedes del Señor, y nunca le expresaremos nuestra gratitud, nunca le alabaremos por lo que ha hecho por nosotros? No oramos demasiado, pero somos demasiado parsimoniosos en cuanto a dar las gracias. Si la bondad amante de Dios provocase más agradecimiento y alabanza, tendríamos más poder en la oración. Abundaríamos más y más en el amor de Dios, y él nos proporcionaría más dádivas por las cuales alabarle. Vosotros que os quejáis de que Dios no oye vuestras oraciones, cambiad el orden actual, y mezclad alabanzas con vuestras peticiones. Cuando consideréis su bondad y misericordia, hallaréis que él tiene en cuenta vuestras necesidades.

Orad, orad fervientemente y sin cesar, pero no os olvidéis de alabar a Dios. Incumbe a todo hijo de Dios vindicar su carácter. Podéis ensalzar a Jehová; podéis mostrar el poder de la gracia sostenedora. Hay multitudes que no aprecian el gran amor de Dios ni la compasión divina de Jesús.

Millares consideran con desdén la gracia sin par manifestada en el plan de redención. Todos los que participan de esa gran salvación no son inocentes al respecto. No cultivan corazones agradecidos. Pero el tema de la redención es un tema que los ángeles desean escudriñar; será la ciencia y el canto de los redimidos a través de las edades sin fin de la eternidad. ¿No es digno de reflexión y estudio cuidadoso ahora? ¿No alabaremos a Dios con corazón, alma y voz por sus “maravillas para con los hijos de los hombres”? (Salmos 107:8)

Alabemos al Señor en la congregación de su pueblo. Cuando la Palabra del Señor fue dirigida antiguamente a los hebreos, la orden fue: “Y diga todo el pueblo, Amén”. Cuando el arca del pacto fue traída a la ciudad de David, y se cantó un salmo de gozo y triunfo, “dijo todo el pueblo, Amén: y alabó a Jehová” (Salmos 106:48; 1 Crónicas 16:36) Esta ferviente respuesta era evidencia de que comprendían la palabra hablada, y participaban en el culto de Dios.

Hay demasiado formalismo en nuestros

servicios religiosos. El Señor quiere que sus ministros prediquen la palabra vivificada por su Espíritu Santo; y los hermanos que oyen no deben permanecer sentados en indiferencia soñolienta, o mirar vagamente en el vacío, sin responder a lo dicho. La impresión que ello da al que no es creyente, es desfavorable para la religión de Cristo. Estos profesos cristianos negligentes no están destituidos de ambiciones y celo cuando se dedican a negocios mundanales; pero las cosas de importancia eterna no los mueven profundamente. La voz de Dios, expresada por medio de sus mensajeros, puede parecerles un canto agradable; pero desoyen sus sagradas amonestaciones, reprensiones y estímulos. El Espíritu del mundo los ha paralizado. Las verdades de la Palabra de Dios se dirigen a oídos de plomo y corazones duros, sobre los que no pueden hacer impresión. Debiera haber iglesias despiertas y activas para animar y sostener a los ministros de Cristo, y para ayudarles en la obra de salvar almas. Donde la iglesia ande en la luz, habrá siempre alegres y cordiales respuestas, y palabras de alabanza gozosa.

Nuestro Dios, el Creador de los cielos y de la tierra, declara: “El que sacrifica alabanza me honrará. (Salmos 50:23) Todo el cielo se une para alabar a Dios. Aprendamos el canto de los ángeles ahora, para que podamos cantarlo cuando nos unamos a sus resplandecientes filas. Digamos con el salmista: “Alabaré a Jehová en mi vida: Cantaré salmos a mi Dios mientras viviere”. “Alábente los pueblos, oh Dios; alábente los pueblos todos”. (Salmos 146:2; 67:3)

Capítulo 36

La responsabilidad de los padres

Los padres son en gran medida responsables por la forma como se amoldará el carácter de sus hijos. Su blanco debiera ser simetría y proporción. Hay pocas mentes bien equilibradas, porque los padres malamente descuidan su deber de estimular los rasgos débiles y reprimir los malos. Olvidan que están bajo la más solemne obligación de cuidar las tendencias de cada niño, que es su deber educar a sus hijos para que adquieran hábitos adecuados y una manera de pensar correcta.

A veces los padres esperan que el Señor haga precisamente el mismo trabajo que les asignó a ellos. En vez de restringir y controlar a sus hijos como debieran, los engríen y consienten, y satisfacen sus caprichos y deseos. Cuando estos niños salen de sus hogares, lo hacen con caracteres deformados por el egoísmo, apetitos

descontrolados y obstinación. Carecen de cortesía o respeto hacia sus padres, y no aman las verdades de la religión ni la alabanza a Dios. Han crecido con rasgos que son una maldición para ellos mismos y los demás por toda la vida. El hogar no es nada feliz si se dejan florecer las malas hierbas de la disensión, el egoísmo, la envidia, la pasión y una malhumorada testarudez en el abandonado huerto del alma.

Los padres no deben mostrar ninguna parcialidad, sino que han de tratar a todos sus hijos con ternura, no olvidando que han sido comprados con la sangre de Cristo. Los niños imitan a los padres; por lo tanto, estos debieran procurar con gran esmero darles buenos ejemplos. Los padres que son bondadosos y corteses en el hogar, mientras que a la vez son firmes y decididos, verán que los mismos rasgos se manifestarán en sus hijos. Si son rectos, honrados y honorables, lo más probable es que sus hijos se asemejen a ellos en este particular. Si reverencian y adoran a Dios, sus hijos, al educarse de la misma manera, no olvidarán servirle a él también.

A menudo sucede que los padres no toman la precaución de rodear a sus hijos con influencias correctas. Al escoger un lugar donde vivir, piensan más en sus intereses mundanos que en el ambiente moral y social, y los niños se hacen de amistades que no favorecen el desarrollo de la devoción y la formación de caracteres apropiados. Los padres luego permiten que el mundo absorba su tiempo, su fuerza y su pensamiento; y cuando llega el día sábado, se encuentran tan completamente agotados que no tienen nada que ofrecerle a Dios en su día santo, ninguna dulce devoción para agraciar el hogar y hacer que el sábado sea una delicia para sus hijos. Casi nunca los visita un ministro debido a que se han colocado fuera del alcance de las instituciones religiosas. La apatía entra solapadamente en el alma. Las malas compañías corrompen a los niños, y la ternura de alma que una vez sintieron se desvanece y cae en el olvido.

Vosotros padres que denunciáis a los cananeos por ofrecer sus hijos en sacrificio a Moloc, ¿qué estáis haciendo? Presentáis una ofrenda

costosísima a vuestro dios de las riquezas; y después, cuando vuestros hijos crecen sin ser ni amados ni amables de carácter, cuando manifiestan una decidida impiedad y tendencia hacia la infidelidad, le echáis la culpa a la fe que profesáis, porque fue incapaz de salvarlos. Cosecháis lo que sembrasteis, el resultado de vuestro amor egoísta por el mundo y el descuido de los instrumentos de la gracia. Mudasteis a vuestras familias a lugares de tentación, y el arca de Dios, vuestra gloria y defensa, no la considerasteis como algo esencial; y el Señor no ha obrado un milagro para rescatar a vuestros hijos de la tentación.

Vosotros que profesáis amar a Dios, llevad a Jesús con vosotros dondequiera que vayáis; y, como los patriarcas de antaño, construid un altar al Señor dondequiera que levantéis vuestras tiendas. Es menester que haya una reforma en este sentido, una reforma que sea profunda y amplia. Los padres necesitan reformarse; los ministros necesitan reformarse. Necesitan a Dios en sus hogares. Es preciso que reconstruyan los lugares desolados de Sión, que erijan sus puertas y fortifiquen sus

murallas para protección del pueblo.

Hay trabajo serio que hacer en este tiempo, y los padres deben educar a sus hijos para que tomen parte en él. Las palabras de Mardoqueo pudieran aplicarse a los hombres y jóvenes de hoy: “¿Y quién sabe si para una ocasión como ésta has llegado a ser reina?” (Ester 4:14) Los jóvenes deben estar adquiriendo solidez de carácter para que estén capacitados para ser útiles. Daniel y José eran jóvenes de principios firmes a quienes Dios podía usar para llevar a cabo sus propósitos. Fijaos bien en su historia y ved cómo obró Dios en su favor. José hizo frente a diversas experiencias, las cuales pusieron a prueba su valor y rectitud hasta lo máximo. Después de ser vendido en Egipto, fue al principio favorecido y se le confiaron grandes responsabilidades; pero repentinamente, sin ser culpable, fue injustamente acusado y echado en prisión. Pero no se desanimó. Confió en Dios; y salieron a relucir el propósito de su corazón y la pureza de sus motivos. El ojo de Dios estaba sobre él, una mano divina lo guiaba y pronto lo vemos salir de la prisión para compartir el trono de

Egipto.

La vida de altibajos de José no fue accidental; fue ordenada por la divina Providencia. Pero, ¿cómo le fue posible dejar constancia de firmeza de carácter, rectitud y sabiduría? Fue el resultado de una preparación cuidadosa en sus años tempranos. Se dejó guiar por el deber en vez de la inclinación; y la pureza y confianza sencilla del niño llevó fruto en las obras del hombre. Los talentos más brillantes no son de ningún valor a menos que sean mejorados; los hábitos de diligencia y fuerza de carácter moral y finas cualidades mentales no se logran al azar. Dios proporciona las oportunidades; el éxito depende del uso que hagamos de ellas. Las oportunidades providenciales han de discernirse prontamente y aprovecharse con esmero.

Jóvenes, si queréis ser fuertes, si queréis tener la integridad y sabiduría de un José o un Daniel, estudiad las Escrituras. Padres, si queréis educar a vuestros hijos para que sirvan a Dios y hagan el bien en el mundo, haced de la Biblia vuestro libro

de texto. Ella descubre las tretas de Satanás. Es el gran medio para la elevación de la humanidad, la reprobadora y correctora de males morales, la detectora que nos capacita para distinguir entre lo verdadero y lo falso. No importa qué otra cosa se enseñe en el hogar o la escuela, la Biblia, como la gran educadora debe ocupar el primer lugar. Si se le da su lugar, se honra a Dios y él obrará en vuestro favor convirtiendo a vuestros hijos. Hay una rica mina de verdad y belleza en este Santo Libro, y los padres no tendrán a nadie sino a sí mismos que culpar si no la hacen intensamente interesante para sus hijos.

Para muchos, educación significa tener un conocimiento de libros; pero, “el temor de Dios es el principio de la sabiduría. El verdadero objetivo de la educación es restaurar la imagen de Dios en el alma. El primero y más precioso conocimiento, es conocer a Cristo; y los padres sabios mantendrán siempre este hecho frente a la mente de sus hijos. Si una extremidad se quebrase o fracturase, los padres harían uso de todos los medios que la sabiduría les trajese a la mente para restaurar el

miembro afectado a su condición original. Esta es su prerrogativa, es su deber. Pero el Señor exige que un mayor tacto, una mayor paciencia y un mayor esfuerzo perseverante se empleen para sanar las manchas del alma. No merece el nombre de padre quien no sea para con sus hijos un maestro, dirigente y amigo cristiano, atándolos a su corazón con los fuertes lazos del amor santificado, un amor que tiene su fundamento en el deber fielmente cumplido.

Los padres tienen una labor grande y responsable que hacer, y muy bien pudieran inquirir: “Y para estas cosas, ¿quién está capacitado?” (2 Corintios 2:16) Pero el Señor ha prometido dar sabiduría a quienes la pidan con fe, y él hará precisamente lo que dijo que haría. Se complace con la fe que se fía en su palabra. La madre de Agustín (obispo de Hipona) oró por la conversión de su hijo. No veía evidencia de que Dios estuviera impresionando su corazón, pero no se desanimaba. Colocaba sus dedos sobre los textos bíblicos y presentaba ante Dios las palabras que él mismo había pronunciado, rogando como sólo una

madre puede hacerlo. Su profunda humillación, su ferviente perseverancia, su fe incansable, prevalecieron y el Señor le concedió el deseo de su corazón. Hoy está igualmente dispuesto a escuchar las peticiones de su pueblo. Su mano “no se ha acortado para salvar, ni se ha endurecido su oído para oír” (Isaías 59:1); y si los padres cristianos lo buscan con esmero, él abastecerá sus labios de argumentos y por amor de su nombre obrará poderosamente en su favor convirtiendo a sus hijos.

Capítulo 37

La educación de los niños

Estimados hermano y hermana G: Estoy preocupada por vuestro caso. Veo peligros de los cuales parece que vosotros nunca os disteis cuenta. ¿Habéis considerado con detenimiento y oración cuál sea vuestro deber hacia los hijos que por responsabilidad propia trajisteis al mundo? ¿Habéis pensado si estos niños están recibiendo de vosotros una educación y una disciplina que los conduzca a honrar a su Creador en los días de su juventud? ¿Habéis considerado que si dejáis de enseñarles a respetaros, como su padre y su madre, y a que se sometan a vuestra autoridad, los estáis educando para que deshonren a Dios? Cada vez que les permitís pisotear vuestra autoridad y que su voluntad controle la vuestra, estáis fomentando un defecto que, si se inclinasen por la religiosidad, lo incorporarían en toda su experiencia y los enseñaría a descuidar y pisotear la autoridad divina.

El asunto que debéis decidir es éste: “¿Estoy criando una familia de niños para fortalecer la influencia y engrosar las filas de los poderes de las tinieblas, o estoy criando hijos para Cristo?” Si no gobernáis a vuestros hijos y amoldáis sus caracteres para que cumplan los requisitos de Dios, entonces mientras menos niños haya para sufrir por causa de vuestra educación defectuosa, mucho mejor será para vosotros, sus padres, y mucho mejor para la sociedad. Es un pecado aumentar vuestra familia, a menos que vuestros hijos puedan ser educados desde su infancia por una madre sabia y juiciosa, que sea concienzuda e inteligente, y que gobierne a su familia en el temor del Señor, amoldando y formando sus caracteres para que alcancen la norma de la justicia.

Debéis sentir que estáis bajo la obligación, por medio del esfuerzo paciente y concienzudo y la oración intensa y ferviente, de formar los caracteres de vuestros hijos de tal manera que sean una bendición en el hogar, en la iglesia y en la sociedad. No recibiréis crédito por vuestra labor si permitís que vuestros hijos sean controlados por el

enemigo de toda justicia; la recompensa se promete por la formación concienzuda de caracteres conforme al Modelo divino. Si descuidáis esta obra, cuyos resultados se extienden tanto, sólo porque en el momento es más agradable proceder así, y vuestros hijos crecen deformados moralmente, encaminando sus pies por el sendero amplio que conduce a la muerte, ¿podrá Dios dar su aprobación a vuestra obra? Los que no pueden informarse y trabajar diligentemente con todas sus fuerzas para traer sus hijos a Jesús, debieran decidir no asumir la responsabilidad de hacerse padres.

Las madres han de estar dispuestas, y aun ansiosas, de capacitarse para la importante obra de desarrollar los caracteres de sus hijos, guiándolos, instruyéndolos y refrenando a sus tiernos alumnos. El padre y la madre deben estar unidos en esta obra. La falta de firmeza en requerir la obediencia, y el amor y la simpatía falsos, es decir, la idea equivocada de que consentir y no restringir es lo que más conviene, constituye un sistema de educación que contrista a los ángeles; pero a Satanás le encanta, porque en esa forma centenares

y miles de niños se unen a sus filas. Por eso es que enceguece los ojos de los padres, adormece sus sensibilidades y confunde sus mentes. Ven que sus hijos e hijas no son simpáticos, amantes, obedientes ni cuidadosos; no obstante, siguen acumulando hijos en sus hogares para envenenar sus vidas, llenar sus corazones de dolor, y añadir al número de aquellos a quienes Satanás está usando para atraer almas hacia la destrucción.

¡Oh!, ¿cuándo se harán sabios los padres? ¿Cuándo verán y se darán cuenta del carácter de la obra que hacen cuando descuidan exigir la obediencia y el respeto conforme a las instrucciones de la Palabra de Dios? Los resultados de esta educación débil se ven en los niños cuando salen al mundo y toman su lugar al frente de sus propias familias. Perpetúan los errores de sus padres. Sus rasgos defectuosos tienen campo libre; y transmiten a otros los malos gustos, hábitos y mal genio que se les permitió desarrollar en sus propios caracteres. De esta manera se convierten en una maldición en vez de una bendición para la sociedad.

Debido a que hombres y mujeres no obedecen a Dios, sino que escogen su propio camino y siguen su propia imaginación pervertida, se permite que Satanás levante su bandera infernal en sus hogares y haga sentir su poder a través de bebés, niños y jóvenes. Su voz y su voluntad se expresan en la voluntad indómita y caracteres torcidos de los niños y por medio de ellos ejerce un poder controlador y lleva a cabo sus planes. Se deshonra a Dios mediante la exhibición de temperamentos perversos que excluyen la reverencia hacia él e inculcan la obediencia a las sugerencias de Satanás. El pecado cometido por los padres al así permitir que Satanás ejerza el control, es inconcebible. Están sembrando semilla que producirá cardos y espinas y que ahogará toda planta a que el cielo da crecimiento; y sólo el juicio revelará la cosecha que se ha de juntar.

Pero, ¡cuán triste es pensar que cuando la vida y sus errores se examinen a la luz de la eternidad, será demasiado tarde para que esta percepción tardía sea de alguna ayuda!

El grave descuido de la educación de los niños para Dios ha perpetuado el mal y arrojado a las filas del enemigo a muchos que, con un cuidado juicioso, hubieran podido ser colaboradores de Cristo. Las falsas ideas y un afecto insensato y desviado han alimentado rasgos que han hecho a los niños desagradables e infelices, han agriado las vidas de los padres y han extendido su influencia malsana de generación en generación. Cualquier niño a quien se le permita obrar a su propio gusto deshonrará a Dios y le causará agravio a su padre y a su madre. La luz ha resplandecido de la Palabra de Dios y de los testimonios de su Espíritu, de manera que nadie tiene necesidad de errar con respecto a su deber. Dios exige que los padres críen a sus hijos para que le conozcan y respeten sus pedidos; deberán educar a los pequeñuelos, como miembros menores de la familia del Señor, a que tengan hermosos caracteres y temperamentos para que sean aptos para dejar brillar su luz en los atrios celestiales. Por medio del descuido de su deber y el consentimiento de los niños en lo malo, los padres les están cerrando las puertas de la ciudad de Dios.

Estos hechos hay que inculcarlos bien en las mentes de los padres; que despierten y reanuden la obra que por tanto tiempo han descuidado. Los padres que profesan amar a Dios no están haciendo su voluntad. Porque no refrenan ni conducen bien a sus hijos, miles crecen con caracteres deformados, moral relajada y poca educación en los deberes prácticos de la vida. Se les permite que hagan como les plazca con sus impulsos, su tiempo y sus facultades mentales. La pérdida ocasionada a la causa de Dios por estos talentos descuidados está a la puerta de padres y madres; y ¿qué excusa darán a Dios que les encomendó el sagrado deber de preparar las almas bajo su cuidado para que mejorasen sus facultades para la gloria de su Creador?

Mis queridos hermano y hermana, que el Señor abra vuestros ojos y despierte vuestras mentes para que veáis vuestros fracasos y los redimáis. Ninguno de los dos está viviendo con la vista puesta sólo en la gloria de Dios. Mostráis muy poca fuerza para poneros al lado de Jesús y

defender la fe dada una vez a los santos. Habéis descuidado vuestro deber en la familia y habéis comprobado que no se puede confiar en la juventud puesta bajo vuestro cuidado. Así mira Dios vuestra obra en el hogar; así aparece registrado en los libros del cielo. Pudisteis haber conducido a muchos a Jesús; pero vuestra falta de valor moral os ha hecho infieles en todo aspecto.

Los errores en vuestro sistema débil de gobierno familiar se revelan en los caracteres de vuestros hijos. No os habéis educado para seguir las instrucciones dadas en la Palabra de Dios. Los males resultantes de vuestros fracasos en el cumplimiento del deber se están tornando serios y profundos. La hermana G no ejerce una influencia correcta. Se ha rendido ante las voluntades fuertes de sus hijos obstinados, y los ha consentido para su propio daño. Ambos debisteis haber enseñado a vuestros hijos desde la misma infancia que no podían controlaros a vosotros, sino que vuestra voluntad debía ser obedecida. Si la hermana G hubiera recibido una educación apropiada en su niñez, si hubiera sido disciplinada y educada

conforme a la Palabra de Dios, poseería ella misma un molde de carácter distinto y comprendería mejor los deberes que le corresponden. Sabría cómo educar a sus hijos para hacer que sus caminos sean agradables a Dios. Pero, los defectos que han resultado de su propia educación errada se reproducen en sus hijos y ¿qué clase de obra llevarán a cabo cuando les toque encabezar sus propias familias? La mayor puede que tenga algún conocimiento de deberes domésticos; pero, más allá de esto, es nada más que una principiante.

Con un gobierno sabio y firme, estos muchachos hubieran podido ser miembros útiles de la sociedad; así como están, son una maldición, un reproche para nuestra fe. Son vanos, frívolos, voluntariosos y extravagantes. Tienen apenas reverencia por sus padres, hasta el punto que es casi imposible despertar sus sensibilidades morales. Las inclinaciones naturales de los padres, particularmente las que son desagradables, están marcadamente desarrolladas en sus hijos. La familia entera, padres e hijos, están bajo la censura divina; y ninguno de ellos puede esperar entrar en

las mansiones eternas a menos que reanuden sus deberes por tanto tiempo descuidados y, en el Espíritu de Cristo, construyan caracteres que Dios pueda aprobar.

Los padres son responsables de la obra que sale de sus manos. Han de tener sabiduría y firmeza para hacer su obra fielmente y con un espíritu correcto. Han de educar a sus hijos para que sean útiles, desarrollando en ellos los talentos que Dios les dio. El descuido de esto no se debe tener en menos, antes se debe hacer un asunto para disciplina de la iglesia, porque traerá la maldición de Dios sobre los padres y el reproche y graves pruebas y dificultades sobre la iglesia. Una lepra moral contagiosa que contamina los cuerpos y las almas de la juventud a menudo resulta del descuido de la disciplina y el refrenamiento de los jóvenes; y ya es tiempo que se haga algo para contener sus estragos.

La Biblia da instrucciones explícitas referentes a la importancia de la educación de los hijos: “Oye, Israel: Jehová es nuestro Dios, Jehová uno es. Y

amarás a Jehová tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas. Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes. Y las atarás como una señal en tu mano, y estarán como un recordatorio ante tus ojos; y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus puertas" (Deuteronomio 6:4-9)

El Señor ordenó a los israelitas que no contrajesen matrimonio con los pobladores de las naciones idólatras que los rodeaban. "Y no emparentarás con ellas; no darás tu hija a su hijo, ni tomarás a su hija para tu hijo. Porque desviará a tu hijo de en pos de mí, para servir a dioses ajenos; y el furor de Jehová se encenderá sobre vosotros, y os destruirá pronto". (Deuteronomio 7:3, 4) "Porque tú eres pueblo santo para Jehová tu Dios; Jehová tu Dios te ha escogido para serle un pueblo especial, entre todos los pueblos que están sobre la tierra. No por ser vosotros más que todos los pueblos os ha querido Jehová y os ha escogido,

pues vosotros érais el más insignificante de todos los pueblos; sino por el amor que Jehová os tiene, y porque quiso guardar el juramento que hizo a vuestros padres...” (Deuteronomio 7:6-8)

He aquí instrucciones positivas que alcanzan hasta nuestro propio tiempo. Dios nos habla en estos últimos días, y hemos de entenderle y obedecerle. Dios habló a Israel a través de sus siervos: “Que no se aparte de tu boca este libro de la ley, sino que de día y de noche has de meditar en él, para que guardes y hagas conforme a todo lo que en él está escrito; porque entonces harás prosperar tu camino, y todo te saldrá bien”. (Josué 1:8) “La ley de Jehová es perfecta, que reconforta el alma; el testimonio de Jehová es fiel, que hace sabio al sencillo”. (Salmos 19:7) “Al abrirse, iluminan tus palabras; hacen entender a los sencillos”. (Salmos 119:130) “Lámpara es a mis pies tu Palabra, y lumbrera a mi camino”. (Salmos 119:105)

Aquí se exponen claramente los deberes de los padres. La Palabra de Dios ha de ser su monitor

diario. La instrucción que da es tal que los padres no necesitan errar con respecto a la educación de sus hijos; pues no da lugar a ninguna indiferencia o negligencia. La ley de Dios ha de mantenerse ante la mente de los hijos como la gran norma moral. Al levantarse, al sentarse, al salir y al entrar, esta ley ha de enseñárseles como la gran regla de la vida y sus principios han de entretejerse con su experiencia. Ha de enseñárseles a ser honrados, veraces, temperantes, económicos y esmerados, y a amar a Dios de todo corazón. Esto es lo que significa criarlos en disciplina y amonestación del Señor. Esto es lo que significa colocar sus pies en el sendero del deber y la seguridad.

Los jóvenes son ignorantes e inexpertos, y el amor de la Biblia y sus verdades sagradas no es algo que les resulta natural. A menos que se hagan grandes esfuerzos para levantar en torno de ellos barreras para protegerlos contra las artimañas de Satanás, quedarán sujetos a sus tentaciones y serán llevados cautivos por él a su gusto. En sus años tempranos ha de enseñarse a los niños las exigencias de la ley de Dios y la fe en nuestro

Redentor para purificarlos de las manchas del pecado. Esta fe ha de enseñarse día tras día, por precepto y ejemplo.

Una solemne responsabilidad descansa sobre los padres, y ¿cómo puede el Señor bendecirlos mientras positivamente descuidan su deber? A los niños se los puede amoldar cuando son pequeños. Pero los años transcurren cuando sus corazones son tiernos y susceptibles a las impresiones de la verdad, pero se dedica muy poco tiempo a su cultura moral. Las preciosas lecciones de verdad y deber se les deben inculcar en sus corazones diariamente. Deberían tener un conocimiento de Dios y sus obras creadas; esto les será de mayor valor a ellos que cualquier conocimiento obtenido de los libros.

“No con sólo el pan vivirá el hombre, sino con toda palabra que sale de la boca de Dios”, son las palabras de nuestro Salvador. Están multiplicándose los errores doctrinales y enroscándose con sutileza serpentina en torno a los afectos de la gente. No hay ni una doctrina bíblica

que no se haya negado. Las grandes verdades proféticas, que nos indican dónde estamos en la historia del mundo, han sido despojadas de su belleza y poder por el clero, que toma estas verdades de suma importancia y procura hacerlas oscuras e incomprensibles. En muchos casos los niños se apartan de los antiguos hitos. El Señor ordenó al pueblo de Israel: “Mañana, cuando te pregunte tu hijo, diciendo: ¿Qué significan los testimonios y estatutos y decretos que Jehová nuestro Dios os mandó?, entonces dirás a tu hijo: Nosotros éramos siervos de Faraón en Egipto, y Jehová nos sacó de Egipto con mano poderosa. Jehová hizo señales y milagros grandes y terribles en Egipto, sobre Faraón y sobre toda su casa, delante de nuestros ojos; y nos sacó de allá, para traernos y darnos la tierra que juró a nuestros padres. Y nos mandó Jehová que cumplamos todos estos estatutos, temiendo a Jehová nuestro Dios, para que nos vaya bien todos los días, y para que nos conserve la vida, como hasta hoy. Y tendremos justicia cuando cuidemos de poner por obra todos estos mandamientos delante de Jehová nuestro Dios, como él nos ha mandado”. (Deuteronomio

6:20-25)

He aquí principios que no hemos de considerar con indiferencia. Aquellos que han visto la verdad y sentido su importancia, y han gozado de una experiencia en las cosas de Dios, han de enseñar sana doctrina a sus hijos. Deben familiarizarlos con los grandes pilares de nuestra fe, las razones por las cuales somos adventistas del séptimo día, por qué se nos ha llamado a ser, al igual que los hijos de Israel, un pueblo especial, una nación santa, separados y diferentes de toda la demás gente sobre la faz de la tierra. Estas cosas deben explicarse a los niños en lenguaje sencillo y fácil de entender; y, al ir aumentando en edad, las lecciones impartidas deberán adaptarse a su creciente capacidad, hasta que los fundamentos de la verdad hayan sido echados amplia y profundamente.

Padres, vosotros profesáis ser hijos de Dios; ¿sois hijos obedientes? ¿Estáis haciendo la voluntad de vuestro Padre celestial? ¿Estáis siguiendo sus instrucciones, o andáis a la luz de vuestro propio fuego? ¿Estáis diariamente

trabajando para aventajar en liderazgo al enemigo y salvar a vuestros hijos de sus engaños? ¿Estáis abriendo ante ellos las preciosas verdades de la Palabra de Dios, explicándoles las razones de vuestra fe, de manera que sus tiernos pies puedan plantarse sobre la plataforma de la verdad?

La Biblia con sus preciosas joyas de verdad no fue escrita para los eruditos solamente. Al contrario, fue ideada para la gente común; y la interpretación dada por la gente común, con el auxilio del Espíritu Santo, es la que más concuerda con la verdad tal cual es en Jesús. Las grandes verdades necesarias para la salvación han sido hechas claras como el mediodía, y ninguno errará ni perderá el camino excepto aquellos que siguen su propio criterio en vez de la voluntad revelada de Dios.

Capítulo 38

La paciencia del Cristiano

Estimados hermano y hermana H, Concerniente a vuestras presentes relaciones con la iglesia, os aconsejaría que hagáis todo lo que podáis de vuestra parte para colocaros en armonía con los hermanos. Cultivad un espíritu bondadoso y conciliador y no permitáis que ningún sentimiento de venganza entre en vuestras mentes y corazones. Nos queda apenas un poco de tiempo en este mundo, de manera que debemos trabajar para el tiempo presente y para la eternidad. Sed diligentes en la tarea de afianzar vuestro llamado y elección. Cuidaos de no errar y poner en peligro vuestro derecho a un hogar en el reino de Cristo. Si vuestro nombre está registrado en el Libro de la Vida del Cordero, entonces todo os irá bien. Estad deseosos y ansiosos de confesar vuestras faltas y abandonarlas para que vuestros errores y pecados vayan a juicio de antemano y sean borrados.

A mí me parece que estáis progresando. Sin

embargo, permitid que la obra sea aún más profunda, más cabal, más seria. Que nada de lo que hagáis sea hecho a medias. Caminad humildemente con Dios, guardad vuestros corazones, venced el yo, y velad para evitar todo artificio de Satanás. Cuando el corazón esté en armonía con Jesús, cuando en palabra, espíritu y comportamiento imiteis al Modelo, las costumbres se refinarán y elevarán, convenciendo a los demás de que en vosotros se ha obrado un cambio radical. Entonces seréis contados entre el número de aquellos que son seguidores de Jesús y que son virtuosos y temerosos de Dios.

Hermano mío, su registro está muy manchado. Dios y su propia alma lo saben. Pero nadie se regocijará más que yo al ver que sus pies se posan en el camino que Cristo recorrió, al encontrarme con usted en el reino de Dios. Es difícil que nos comprendamos a nosotros mismos, que tengamos un conocimiento correcto de nuestros propios caracteres. La Palabra de Dios es clara, pero a menudo se cometen errores en la aplicación personal de la misma. Existe una inclinación a

engañarnos a nosotros mismos y a pensar que sus amonestaciones y reprensiones no se aplican a nosotros. “Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién podrá conocerlo?” (Jeremías 17:9) La adulación de nosotros mismos se puede confundir con la emoción y el celo cristianos. El amor propio y la confianza propia podrán asegurarnos que estamos en lo correcto, cuando en realidad estamos lejos de cumplir los requisitos de la Palabra de Dios.

La Biblia es completa, clara y precisa. Define con exactitud cuál debiera ser el carácter del verdadero discípulo de Cristo. Para que de ninguna manera nos engañemos con respecto a nuestro verdadero carácter, es preciso que escudriñemos las Escrituras con corazones contritos, temblando ante la palabra del Señor. Hemos de esforzarnos con perseverancia para vencer el egoísmo y la confianza propia. El examen de conciencia ha de ser completo para que no exista ningún peligro de autoengaño. No basta un ligero examen de sí mismo. Cada día examine el fundamento de su esperanza y asegúrese de que en realidad está en el

amor de Cristo. Examine sinceramente su corazón, porque en lo que a esto se refiere no puede permitirse correr ningún riesgo. Determine lo que significa ser cristiano de corazón y luego vístase con la armadura de Dios. Estudie el Modelo; mire a Jesús, e imítelo. Su paz mental, su esperanza de vida eterna dependen de su fidelidad en esta obra. Como cristianos nos preocupamos menos del examen personal que de cualquier otra cosa; no es de extrañar que nuestro progreso en entendernos a nosotros mismos sea tan lento.

Le escribo estas cosas porque anhelo que sea salvo. No quiero causarle desánimo, sino más bien alentarlo para que realice un esfuerzo más dedicado y vigoroso. El amor propio hará que la obra de examen personal sea superficial; pero no permita que ninguna vana confianza le robe la vida eterna. No se base en las faltas y errores de los demás, sino más bien resuelva entre usted y su Dios la cuestión de la cual depende su destino eterno.

“El hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón” (1 Samuel

16:7), el corazón humano con sus emociones conflictivas de gozo y tristeza, el corazón divagante y voluntarioso que es el asiento de tanta impureza y engaño. El conoce sus motivaciones, sus verdaderas intenciones y propósitos. Acuda a él con su alma tal cual es, toda mancillada. Como el salmista, abra las cámaras del corazón ante el ojo que todo lo ve y dígale: “Escudríñame, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno” (Salmos 139:23, 24) Someta su corazón para que sea refinado y purificado; entonces llegará a ser participante de la naturaleza divina “habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia”. (2 Pedro 1:4) Entonces estará siempre preparado “para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros”. (1 Pedro 3:15) La paz de Cristo será de usted. Su nombre quedará registrado en el Libro de la Vida; su título de la herencia divina llevará el sello real, el cual nadie en este mundo se atreverá a disputar. Ninguno podrá obstruir sus pasos hacia

los portales de la ciudad de Dios, y así tendrá libre acceso a la presencia real y al templo de Dios en los cielos.

Unas cuantas palabras más pesan en mi mente. Deseo que se mantenga unido a la iglesia, no porque considere que los miembros de iglesia son perfectos o porque usted se crea perfecto. Dios tiene personas de valor en su iglesia; hay también hombres y mujeres que son como la cizaña entre el trigo. Pero el Señor no le ha asignado a usted ni a nadie el oficio de determinar quiénes son cizaña y quiénes son trigo. Es posible que veamos y condenemos las faltas de los demás, teniendo nosotros mismos mayores defectos de los que nunca nos hemos dado cuenta, pero que otros ven claramente. Dios requiere que usted dé un ejemplo al mundo y a la iglesia, una vida que refleje a Jesús. Hay tareas que realizar y responsabilidades que llevar. No hay suficientes cristianos verdaderos en el mundo; la iglesia nos necesita; la sociedad no puede prescindir de ellos. La oración de Cristo en favor de sus discípulos fue así: “No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal”.

(Juan 17:15) Jesús sabe que estamos en el mundo, expuestos a sus tentaciones, pero nos ama y nos impartirá su gracia para que triunfemos sobre sus influencias corruptoras. El quiere que seamos perfectos de carácter para que ningún desvío nuestro ocasione deformidad moral en los demás.

Usted ve que sus hermanos en la fe no están a la altura de la norma bíblica, que tienen defectos; y se concentra en ellos. Se alimenta de ellos en lugar de alimentarse de Cristo, y contemplando dichos defectos es transformado a la misma imagen. Pero no critique a nadie; no ponga su propio procedimiento estricto en contraste con las deficiencias ajenas. Luego puede caer en el peligro de querer corregir a los demás y hacerles sentir sus faltas. No lo haga. Esta no es la labor que Dios le ha asignado. El no lo ha puesto como reparador de la iglesia. Hay muchas cosas que usted ve a la luz de la Biblia. Sin embargo, aunque tenga razón en algunos puntos, no piense que sus opiniones son siempre correctas, porque en muchos puntos sus ideas están distorsionadas y no resistirán el escrutinio.

Procure no exaltarse a sí mismo, sino que aprenda la mansedumbre y la humildad en la escuela de Cristo. Usted sabe cómo era el carácter de Pedro, cuán prominentemente fueron cultivados sus rasgos peculiares. Antes de su estrepitosa caída era siempre exagerado y dictatorial, y hablaba en forma imprudente e impulsiva. Estaba siempre listo para corregir a los demás y expresar su parecer antes de comprenderse bien a sí mismo o lo que tenía que decir. Pero Pedro se convirtió, y el Pedro convertido era muy diferente del Pedro irreflexivo e impetuoso. Aunque mantuvo su antiguo fervor, la gracia de Cristo templaba su celo. En lugar de ser impetuoso, lleno de confianza y exaltación propia, era calmado, sereno y dócil. Ahora sí podía apacentar tanto a los corderos como a las ovejas de la grey de cristo.

Usted, mi estimado hermano, tiene una gran labor que hacer por sí mismo cada día. Debe esforzarse constantemente para refrenar su mal genio y sus inclinaciones hacia el mal. Estos han crecido a medida que usted ha ido creciendo, y sólo

Jesús puede darle la fuerza para vencerlos. Debe considerarse un siervo de Cristo y procurar ser como él en carácter. Procure ser agradable a los demás. Aun en sus relaciones comerciales, sea cortés, bondadoso y tolerante, revelando así que tiene la mansedumbre de Jesús y que su Espíritu lo domina. Usted forma parte de la humanidad y debe ser paciente, bondadoso y misericordioso. Sea atento y subyugue el egoísmo. Pregúntese: "¿Cómo puedo yo ser una bendición para los demás?" Si su corazón anhela hacer el bien a otros, aunque le cause inconveniencia, tendrá la bendición de Dios. Cuando se lo eleva fuera del ámbito de la pasión y el impulso, el amor se espiritualiza y se manifiesta en palabras y hechos. Un cristiano ha de poseer ternura y amor santificados, libre de impaciencia o malhumor; los modales rudos y bruscos han de ser suavizados por la gracia de Cristo.

Oh, mis hermanos, educaos en la escuela de Cristo. Que el espíritu de controversia cese en el hogar y en la iglesia. Que vuestros corazones se estrechen en amor por el pueblo de Dios. Los corazones que están llenos del amor de Cristo

nunca se apartarán demasiado el uno del otro. La religión es amor, y un hogar cristiano es aquel donde reina el amor y se expresa en palabras y en actos de considerada bondad y gentil cortesía. Que no se pronuncien palabras ásperas. Sea el culto familiar algo agradable e interesante. Hermano mío, sea un caballero cristiano, ya que los mismos principios que caracterizan la vida hogareña serán transferidos a la iglesia. Una falta de cortesía, un instante de irritación, una sola palabra áspera y desconsiderada, dañará su reputación y podría cerrar la puerta de los corazones de tal manera que nunca pueda alcanzarlos.

Ya le he declarado sus peligros, y le digo que hay preciosas victorias que puede obtener. No podremos ver nunca el reino de los cielos a menos que poseamos el pensamiento y el espíritu de Cristo. Entonces, imite al Modelo en el hogar, en el trabajo y en la iglesia. No intente enseñar a los demás o ver cuán marcadamente puede diferir de sus hermanos, sino más bien cuánto puede acercarse a ellos, cuán plenamente puede estar en armonía con ellos. Al hacer todo lo que pueda de

su parte para perfeccionar un carácter cristiano, entregue su corazón a Dios para que él lo amolde conforme a su voluntad. Que Dios bendiga a usted y a sus hijos; mi oración es que pueda verles junto al gran trono blanco.

Capítulo 39

La ambición mundanal

Mi estimado hermano I,

Desde que lo conocí en la reunión campestre del Estado de Maine, he sentido que no es demasiado tarde para que ponga su corazón y su casa en orden. Sé que el Espíritu lo ha impresionado; y ahora le hago esta pregunta: En respuesta a esta invitación al arrepentimiento, ¿entregará su corazón gozosamente a Dios? Su caso se me ha presentado en visión; pero mientras usted estaba bajo el control del enemigo de las almas, no tenía yo el valor de enviarle el mensaje que el Señor me había dado. Temía que usted lo tomara livianamente y que el Espíritu Santo fuera contristado por última vez. Pero ahora siento la urgencia de mandarle este testimonio que tendrá para usted olor de vida para vida, o de muerte para muerte.

No lea esto si es que ha decidido escoger las

tinieblas en lugar de la luz, servir a Mammón en vez de Cristo. Pero si realmente desea hacer la voluntad de Dios, y está dispuesto a ser salvo en la forma que él determine, entonces lea este testimonio. Sin embargo, no lo lea para ponerle reparos, ni para pervertirlo, ridiculizarlo o despreciarlo, porque en ese caso tendrá para usted sabor de muerte para muerte y testificará contra usted en el día del juicio. Antes de leer este mensaje de amonestación, preséntese solo ante Dios y pídale que le quite el espíritu de resistencia, rebelión e incredulidad, y que derrita y enternezca su corazón de piedra.

Nosotros no comprendemos la grandeza y la majestad de Dios ni recordamos la inconmensurable distancia que existe entre el Creador y las criaturas que formó con su mano. Aquel que está entronizado en los cielos, blandiendo el cetro del universo en su mano, no juzga conforme a nuestra norma finita, ni calcula conforme a nuestros cómputos. Nos equivocamos si pensamos que lo que es grande para nosotros debe ser grande para Dios, y que lo que es pequeño

para nosotros debe ser pequeño para él. No sería más exaltado que nosotros si sólo poseyera las mismas facultades.

Dios no considera todos los pecados de igual magnitud. Ante su vista hay grados de culpabilidad como los hay también en el concepto del hombre finito. Pero no importa cuán insignificante parezca algún rasgo equivocado de conducta ante los ojos humanos, ningún pecado es pequeño ante la vista de Dios. Los pecados que el hombre tiende a ver como pequeños pueden ser los mismos que Dios cuente como grandes delitos. Al borracho se le desprecia y se le dice que su pecado lo excluirá del cielo, mientras que el orgullo, el egoísmo y la avaricia no son reprochados. Pero estos pecados son especialmente ofensivos para Dios. El “resiste a los soberbios” (1 Pedro 5:5), y Pablo nos dice que la avaricia es idolatría (Colosenses 3:5). Los que están familiarizados con las denunciaciones contra la idolatría que aparecen en la Palabra de Dios, verán de inmediato cuán grave ofensa es este pecado.

Dios habla por medio de su profeta: “Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá compasión de él, y a nuestro Dios, el cual será amplio en perdonar. Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dice Jehová. Porque así como los cielos son más altos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos”. (Isaías 55:7-9) Necesitamos claro discernimiento para que midamos el pecado conforme a las nomas de Dios y no las nuestras. Adoptemos como nuestra regla la Palabra divina, no nuestras opiniones humanas.

Nos encontramos en el gran campo de batalla de la vida, y no olvidemos jamás que somos individualmente responsables por el resultado de la lucha; que aunque Noé, Job y Daniel estuviesen en medio del país, ni a sus hijos ni a sus hijas librarían por su justicia. (Ezequiel 14:16) Usted, hermano mío, no ha pensado en esto. Sin embargo, ha justificado su propio proceder porque pensó que

sus hermanos no obraron correctamente. A veces ha actuado como un niño mimado y consentido y ha expresado incredulidad y duda por despecho a los demás; pero, ¿valdrá la pena hacer esto? ¿Existe algo en su familia, la iglesia o el mundo que justifique su indiferencia hacia las exigencias de Dios? ¿De qué le servirá alguna de sus excusas cuando se halle cara a cara ante el Juez de toda la tierra? Cuán insensato y pecaminoso parecerá entonces su proceder egoísta y avariento. Cuán irresponsable le parecerá haber permitido que las opiniones mundanas y las ganancias materiales eclipsaran la recompensa que se dará a los fieles: dicha eterna en el Paraíso de Dios.

Cuando sufría un grave padecimiento físico y la ciencia humana no le ofrecía esperanza alguna, el Señor tuvo misericordia de usted y compasivamente le alivió la enfermedad. Satanás ha procurado afligirlo y arruinarlo, y hasta ha querido arrebatarle la vida; pero el Salvador lo ha escudado vez tras vez, para que no fuese abatido cuando su corazón estaba lleno de desvarío satánico, y su lengua pronunciaba palabras de

amargura e incredulidad contra la Biblia y contra la verdad que en un tiempo defendía. Cuando Satanás ha clamado por usted, reclamándolo como suyo, Cristo ha repelido al enemigo cruel y maligno con estas palabras: “Todavía no he retirado mi Espíritu de él. El tiene dos pasos más que dar antes de cruzar el límite de mi misericordia y amor. Las almas son compradas por mi sangre. El Señor te reprenda, oh Satanás; el Señor te reprenda”.

Luego fui llevada al pasado de su vida, y lo vi cuando su corazón abrigaba la verdad. El Espíritu de Dios lo convenció concerniente al camino que debía seguir, y sostuvo una gran lucha contra el yo. Usted había sido un hombre perspicaz y maquinador. No había tratado a otros como hubiera deseado que lo trataran a usted, sino que se aprovechaba de ellos cuantas veces podía. Tenía que librar una batalla pesada y rigurosa para dominar el yo y amortiguar el orgullo; y era solamente mediante la gracia de Dios que esta obra se podía realizar. En vez de llevar a cabo una reforma total, unió usted la verdad a un carácter remendado, el cual no resistiría la tentación. No

comenzó buscando a Dios con corazón contrito y humillado y corrigiendo errores. Si lo hubiera hecho, no hubiese tropezado y caído en la red del enemigo. Sus motivos estaban mezclados con un egoísmo que usted mismo no percibía claramente. Razonamientos arraigados en su interés mundanal, su nivel social y su relativa respetabilidad, influyeron en usted para que no se decidiera a hacer una obra sincera y cabal ante Dios y los hombres. El querer alcanzar la norma del mundo dañó la sinceridad y pureza de su carácter cristiano; y no logró hacer fruto digno de arrepentimiento.

Zaqueo declaró: “Si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado”. (Lucas 19:8) Por lo menos pudo usted haber hecho algún esfuerzo para corregir sus acciones de injusticia hacia su prójimo. No puede corregir todos los casos, ya que algunas de las personas a quienes causó daño han bajado a la tumba y la cuenta está registrada en contra suya. En estos casos, lo mejor que puede hacer es presentar una ofrenda de expiación ante el altar del Señor, y el lo aceptará y perdonará. Pero hasta donde sea posible, debe

compensar a los hermanos perjudicados.

Si los incrédulos con quienes se asociaba hubiesen observado en usted el poder transformador de la verdad, de hecho hubieran recibido un argumento en favor del cristianismo que no podrían refutar. De esa manera usted hubiera proyectado al mundo una luz clara y definida; pero en lugar de hacerlo, se ha entremezclado con el mundo y empapado de su espíritu. Hermano mío, usted necesita nacer de nuevo. Una mera apariencia de cristianismo no es de ningún valor. Carece de poder salvador y de energía renovadora. La religión que se limita al culto sabático no alumbra la vida de los demás. Le ruego que examine de cerca su propio corazón. Usted tiene un espíritu combativo y contencioso que en lugar de reprimir, cultiva. Haga un cambio decidido en su vida y cultive la mansedumbre, la fe, la humildad y el amor. Su alma está en peligro; seguramente estará sujeto a los poderosos engaños de Satanás, a menos que se detenga donde está y arremeta contra la corriente de mundanalidad y ambición. Sus relaciones con el mundo tienen que

cambiar y una decidida separación tiene que llevarse a cabo. Tiene que abandonar los puestos que ocupa, los cuales continuamente abren ante usted puertas de tentación. Evite la política; apártese de la contienda y de todo puesto que fomente en su carácter los rasgos que necesitan ser derribados y vencidos.

Hermano mío, usted debe esforzarse firme y decididamente, de lo contrario nunca podrá librarse de las obras de las tinieblas. Satanás lo considera suyo. Cuando usted escucha los testimonios de los siervos de Dios, como en el último congreso campestre, queda profundamente convencido. Pero no responde a las impresiones del Espíritu de Dios; y al relacionarse con personas mundanas, absorbe el espíritu de ellas y es llevado por la corriente mundanal, desprovisto de la fuerza moral necesaria para resistir su influencia. Se une a los que aman al mundo y su espíritu es peor que el de ellos, ya que su elección es voluntaria. A usted le gusta la alabanza de los hombres y ama las posesiones materiales más que a Jesús. El amor por Mammón se ha entretejido en todas las fibras de su ser y se

ha hecho cautivador. Desarraigarlo sería como sacarse el ojo derecho o cortarse el brazo derecho. Pero le hablo como quien sabe lo que dice: A no ser que venza este amor intenso por el dinero, le costará la salvación de su alma, y entonces le hubiera sido mejor nunca haber nacido.

"No podéis servir a Dios y a Mammón". (Mateo 6:24) En la medida que ame y acaricie el espíritu del mundo, albergará un espíritu de obstinación y dudará y buscará faltas en los que le presentan el mensaje de la verdad. Ridiculizará la verdad y se convertirá en un falso testigo, en un acusador de los hermanos. Los talentos que Dios le ha dado con el propósito de que fuesen incrementados para su gloria, se emplearán activamente contra su obra y su causa. No hay concordia entre Cristo y Belial. Ya ha escogido usted la amistad con el mundo, se ha colocado decididamente de parte de Satanás. El corazón natural está en enemistad contra Dios y se opondrá a la más clara evidencia en favor de la verdad. Los impíos no resistirán la luz que condena su camino equivocado.

Ha expuesto su corazón a la duda y al escepticismo, pero nunca podrá usted ser un incrédulo sincero. Se jactará de que no cree en la Biblia; pero estaría incriminándose a sí mismo porque en su fuero interior sabe que su actitud no es correcta.

Le ruego que se esfuerce sinceramente para obtener la vida eterna. Rompa los lazos de Satanás; luche contra sus artificios. Sean éstas las palabras de su alma: “No hay nada en el universo que tema más que desconocer todo mi deber o que, conociéndolo, no lo cumpla”. “Poneos del lado de Jesús”, fueron las palabras de un santo agonizante. Sí, hermano I, póngase del lado de Jesús. Hacerlo requerirá el máximo esfuerzo. Tendrá tal vez que cambiar de puesto en el mundo; pero el renombre, la eminencia y el puesto son un tropiezo para usted y un peligro para su alma. Una sabiduría mundanal y calculadora procura apartarlo del Salvador continuamente. Una impiedad atrevida, desafiante y blasfema intentará aplastar su Evangelio, no solamente dentro de su propia alma, sino en el

mundo. Empero, póngase del lado de Jesús. En presencia de sus familiares y amigos, en todas sus relaciones comerciales, en sus asociaciones con el mundo, dondequiera, en todo lugar y bajo toda circunstancia, póngase del lado de Jesús.

Capítulo 40

El amor entre los hermanos

Hermanos y hermanas de _____,

Mi mente ha estado extremadamente turbada por vuestra condición. No he podido dormir, y me levanto a medianoche para escribirle a J y a vosotros como iglesia. No sé cuál hubiera sido la condición de J en el momento actual si vosotros lo hubieseis tratado en forma cristiana, algo que todo hijo de Dios debiera hacer en casos semejantes. Algunos de vosotros no podréis comprender mis palabras, porque vuestro propio proceder os ha colocado en un estado de discernimiento no santificado. Habéis permitido que en vuestro corazón entrasen sentimientos fuertes y duros hacia él y habéis justificado el trato de indiferencia y desprecio que le habéis dado. Creéis que mediante su incredulidad y su equivocado proceder, él sin duda estaba perjudicando la iglesia y poniendo en peligro las almas, de manera que no os interesa relacionaros con él. Pero ¿estaréis vosotros mismos

dispuestos a examinar bien de cerca cada palabra y acto vuestro a la luz de la gran norma de justicia de Dios, para que podáis recordarlos y compararlos con la vida de Jesús? Si habéis estado haciendo la voluntad de Dios, entonces su luz y su aprobación acompañarán vuestros esfuerzos y disfrutaréis de prosperidad. Me gustaría que cada uno de los miembros de esta iglesia, que una vez fue próspera, comenzara a reconstruir junto a su propia casa. Cuando ellos vean su proceder en su verdadera luz, sabrán que erraron gravemente al permitir que su propio espíritu criticador y farisaico gobernara sus lenguas y se manifestara en su trato con los hermanos. Esta aspereza no cristiana ha excluido a Jesús de la iglesia y ha traído un espíritu de disensión. Ha fomentado una tendencia a juzgar, condenar y odiar a los que no ven las cosas desde el mismo punto de vista que vosotros. Aun cuando vuestros hermanos digan y hagan muchas cosas que verdaderamente os lastimen, ¿los echaréis a un lado, diciendo: “Yo soy más santo que tú”?

“Por sus frutos los conoceréis”. (Mateo 7:16, 20) Cristo no ha sido revelado en vuestro

comportamiento con algunos que estaban más cerca del reino que algunos de vosotros mismos. El Señor os ha revelado el mal que habéis hecho a sus hijos: vuestra falta de misericordia y amor, vuestra determinación de controlar la mente de los demás y de obligarlos a ver las cosas igualmente que vosotros. Y cuando os llegó la luz, ¿cómo procedisteis? ¿Admitisteis sencillamente que estabais equivocados, o confesasteis de corazón vuestro error, humillando vuestros orgullosos corazones ante Dios? ¿Abandonasteis vuestros caminos para aceptar las enseñanzas de Dios? ¿Fuisteis a ver a los mismos que habíais lastimado y herido, diciéndoles: “He estado equivocado; he pecado contra vosotros. Perdonadme. He fallado; he obrado conforme a mi propio espíritu. Tenía celo, pero no según el perfecto conocimiento. Era el espíritu de Jehú, no la mansedumbre y humildad de Cristo. La Palabra de Dios enseña: ‘Confesaos vuestras faltas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados’. (Santiago 5:16) Os ruego que oréis por mí para que Dios me perdone por el apuro y la angustia que os he ocasionado”?

Si los que habéis tomado parte en esta obra de zaherir y condenar no os habéis arrepentido de corazón, entonces la luz, la paz y el gozo no entrarán en vuestras almas. Cuando seáis cuidadosos, bondadosos y tiernos con vuestros hermanos, en la misma medida que habéis sido insensibles, implacables y opresivos, confesaréis vuestras faltas y haréis restitución hasta donde sea posible; y cuando hayáis hecho todo lo que podáis de vuestra parte, podréis pedir que el Señor haga lo que es imposible para vosotros hacer: sanar las heridas que causasteis, perdonaros y borrar vuestras transgresiones. Cuando los que yerran resisten con insistencia la confesión de algún mal que se les ha señalado claramente, demuestran que están controlados por sus propias naturalezas indomables y no santificadas, y no por el espíritu del Evangelio de Cristo.

Si Dios alguna vez ha hablado por mi intermedio, entonces tenéis una tarea de arrepentimiento muy seria que realizar, por haber desplegado ante los que yerran el aspecto satánico de vuestro carácter, no sólo mediante vuestra

frialdad e indiferencia, sino por el descuido y el desprecio. Si ellos de veras están en oscuridad y están haciendo cosas que ponen sus almas en peligro, debierais manifestar un interés aún mayor por ellos. Demostradles que a la vez que os mantenéis leales a los principios y no os desviaréis de lo correcto, también amáis sus almas. Hacedles saber mediante vuestras palabras y hechos que no albergáis un espíritu de venganza ni represalia, sino que por amor a ellos sacrificaréis vuestros sentimientos y subyugaréis el yo. Representad a Jesús, nuestro Modelo; manifestad su Espíritu en todo tiempo y bajo toda circunstancia, y haya en vosotros el mismo sentir que hubo en Cristo Jesús. Vuestros caminos no han sido los caminos de Dios; vuestra voluntad no ha sido la voluntad de Dios. La preciosa planta del amor no ha sido cultivada ni regada por el rocío de su gracia. El amor propio, la justificación propia y la autocomplacencia, han ejercido una fuerza dominadora.

¿Qué ha hecho Jesús por vosotros, y qué sigue haciendo continuamente por vosotros? ¿Qué poseéis que no se os haya dado? Jesús dijo: “Yo

soy la vid, vosotros los pámpanos". "Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quita; y todo aquel que lleva fruto lo limpia, para que lleve más fruto". (Juan 15:5, 2) Los pámpanos no sostienen a la vid, sino que la vid sostiene y nutre a los pámpanos. La iglesia no sostiene a Cristo, sino que Cristo, mediante su poder vital, sostiene a la iglesia. No basta ser un pámpano; hemos de ser pámpanos fructíferos. "El que permanece en mí y yo en él", declaró Jesús, "éste lleva mucho fruto". (Juan 15:5) Pero si el fruto que se produce resulta ser el de maleza espinosa, es evidente que no somos pámpanos de la Vid viviente.

La vida es una disciplina. Mientras esté en el mundo, el creyente arrostrará influencias adversas. Habrá provocaciones que prueben su genio; y es afrontándolas con el espíritu debido como se desarrollan las gracias cristianas. Si se soportan mansamente las injurias y los insultos, si se responde a ellos con contestaciones amables, y a los actos de opresión con la bondad, se dan evidencias de que el Espíritu de Cristo mora en el corazón, y de que fluye la savia de la Vid viviente

por los pámpanos. En esta vida estamos en la escuela de Cristo, donde hemos de aprender a ser mansos y humildes de corazón; en el día del ajuste final de cuentas veremos que todos los obstáculos que encontramos, todas las penurias y molestias que fuimos llamados a soportar, eran lecciones prácticas en la aplicación de los principios de la vida cristiana. Si se soportan bien, desarrollan en el carácter virtudes como las de Cristo, y distinguen al cristiano del mundano.

Debemos alcanzar una alta norma si queremos ser hijos de Dios, nobles, puros, santos y sin mancha; la poda es necesaria si queremos alcanzar esta norma. ¿Cómo se lograría esta poda si no hubiese dificultades que arrostrar, ni obstáculos que superar, ni nada que exigiese paciencia y tolerancia? Estas pruebas no son las bendiciones más pequeñas de nuestra vida. Están destinadas a inspirarnos la resolución de obtener éxito. Debemos emplearlas como medios divinos para ganar victorias decisivas sobre nosotros mismos, en vez de permitir que nos estorben, opriman y destruyan.

El carácter será probado. Cristo se revelará en nosotros si somos verdaderamente pámpanos de la Vid viviente. Seremos pacientes, bondadosos y tolerantes, alegres en medio de las inquietudes e irritaciones. Día tras día y año tras año, venceremos al yo, y creceremos en un noble heroísmo. Esta es la tarea que nos ha sido dada; pero no puede realizarse sin ayuda continua de Jesús, decisión resuelta, propósito inquebrantable, vigilancia continua y oración incesante. Cada uno tiene una batalla personal que pelear. Cada uno debe abrirse paso entre luchas y desalientos. Los que se niegan a luchar, pierden la fuerza y el gozo de la victoria.

Nadie, ni siquiera Dios, puede llevarnos al cielo a menos que hagamos de nuestra parte el esfuerzo necesario. Debemos enriquecer nuestra vida con rasgos de belleza. Debemos extirpar los rasgos naturales desagradables que nos hacen diferentes de Jesús. Aunque Dios obra en nosotros para querer y hacer su beneplácito, debemos obrar en armonía con él. La religión de Cristo transforma el

corazón. Dota de ánimo celestial al hombre de ánimo mundanal. Bajo su influencia, el egoísta se vuelve abnegado, porque tal es el carácter de Cristo. El deshonesto y maquinador, se vuelve de tal manera íntegro, que viene a ser su segunda naturaleza hacer a otros como quisiera que otros hiciesen con él. El disoluto queda transformado de la impureza a la pureza. Adquiere buenos hábitos porque el Evangelio de Cristo llegó a ser para él un sabor de vida para vida.

Ahora, mientras dura el tiempo de gracia, no le incumbe a uno pronunciar sentencia contra los demás, y considerarse un hombre modelo. Cristo es nuestro modelo; imitadle, asentad vuestros pies en sus pisadas. Podéis profesar seguir todo punto de la verdad presente, pero a menos que practiquéis esas verdades, de nada os valdrá. No hemos de condenar a los demás; tal no es nuestra obra, sino que debemos amamos unos a otros, y orar unos por otros. Cuando vemos a uno apartarse de la verdad, podemos llorar por él como Cristo lloró sobre Jerusalén. Veamos lo que dice nuestro Padre celestial en su Palabra acerca de los que yerran:

“Hermanos, si alguno fuere tomado en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restaurad al tal con el espíritu de mansedumbre; considerándote a ti mismo, porque tú no seas también tentado”. “Hermanos, si alguno de entre vosotros ha errado de la verdad, y alguno le convirtiere, sepa que el que hubiere hecho convertir al pecador del error de su camino, salvará un alma de muerte, y cubrirá multitud de pecados” (Gálatas 6:1; Santiago 5:19, 20) ¡Cuán grande es esta obra misionera!

¡Cuánto más parecida al carácter de Cristo que la costumbre de los pobres mortales falibles que están siempre acusando y condenando a aquellos que no llenan exactamente sus requisitos! Recordemos que Jesús nos conoce individualmente, y se compadece de nuestras flaquezas. Conoce las necesidades de cada una de sus criaturas, y la pena oculta e inexpresada de cada corazón. Si se perjudica a uno de los pequeñuelos por los cuales murió, lo ve y pedirá cuenta al ofensor.

Jesús es el buen Pastor. El se interesa por sus

ovejas débiles, enfermizas y errabundas. Las conoce a todas por nombre. La angustia de cada oveja y de cada cordero de su rebaño conmueve su corazón de amor y simpatía; y llega a su oído el clamor que pide ayuda. Uno de los mayores pecados de los pastores de Israel fue así señalado por el profeta: “No fortalecisteis las débiles, ni curasteis la enferma: no vendasteis la perniquebrada, ni volvisteis al redil la descarriada, ni buscasteis la perdida, sino que os habéis enseñoreado de ellas con dureza y con violencia. Y andan errantes por falta de pastor, y son presa de todas las fieras del campo, y se han dispersado. Anduvieron perdidas mis ovejas por todos los montes, y en todo collado alto; y en toda la faz de la tierra fueron esparcidas mis ovejas, y no hubo quien las buscase ni quien preguntase por ellas”. (Ezequiel 34:4-6)

Jesús se interesa en cada uno como si no hubiese otra persona en toda la tierra. Como Dios, ejerce gran poder en nuestro favor, mientras que como Hermano mayor nuestro, siente todas nuestras desgracias. La Majestad del cielo no se

mantuvo alejada de la humanidad degradada y pecaminosa. No tenemos Sumo Sacerdote tan ensalzado y encumbrado, que no pueda fijarse en nosotros o simpatizar con nosotros, sino que fue tentado en todas las cosas como nosotros, aunque sin pecar.

Cuán diferente de ese espíritu es el sentimiento de indiferencia y desprecio manifestado por algunos en _____ hacia J y los que fueron afectados por su influencia. Si alguna vez se necesitó la gracia transformadora de Dios, fue en esa iglesia. Al juzgar y condenar a un hermano, emprendieron una obra que Dios no confió nunca a sus manos. La dureza de corazón y un espíritu de censura y condenación tendiente a destruir la individualidad y la independencia, se entretejieron con su experiencia cristiana y desterraron de su corazón el amor de Jesús. Apresuraos, hermanos, a sacar estas cosas de vuestra alma antes que se diga en el cielo: “El que es injusto, sea injusto todavía: y el que es sucio, ensúciese todavía: y el que es justo, sea todavía justificado: y el santo sea santificado todavía”. (Apocalipsis 22:11)

Tendréis que hacer frente a muchas perplejidades en vuestra vida cristiana en relación con la iglesia; pero no os esforcéis demasiado por amoldar a vuestros hermanos. Si veis que ellos no satisfacen los requerimientos de la Palabra de Dios, no los condenéis; si ellos os provocan, no respondáis de la misma manera. Cuando se dicen cosas exasperantes, no dejéis que la inquietud domine vuestra alma. Veis en otros muchas cosas que parecen malas, y queréis corregirlas. Comenzáis en vuestra propia fuerza a trabajar por una reforma; pero no la emprendéis de la debida manera. Debéis trabajar por los que yerran con un corazón subyugado, enternecido por el Espíritu de Dios, y dejar que el Señor obre por vosotros como agentes.

Descargad vuestra preocupación sobre Jesús. Sentís que el Señor debe encargarse del caso cuando Satanás está contendiendo por predominar sobre algún alma; pero debéis hacer lo que podéis con humildad y mansedumbre, y poner en las manos de Dios la obra enmarañada, los asuntos

complicados. Seguid las indicaciones de su Palabra, y confiad el resultado a su sabiduría. Habiendo hecho todo lo que podíais para salvar a vuestro hermano, dejad de acongojaros, y atended con calma otros deberes apremiantes. Ya no es más vuestro asunto, sino el de Dios.

No cortéis el nudo de la dificultad con impaciencia, haciendo desesperados los asuntos. Dejad que Dios desenrede los hilos enmarañados. El es bastante sabio para manejar las complicaciones de nuestra vida. El tiene habilidad y tacto. No podemos ver siempre sus planes; debemos esperar con paciencia que se revelen, y no minarlos y destruirlos. El los revelará a nosotros a su debido tiempo. Busquemos la unidad, cultivemos el amor y la conformidad con Cristo en todas las cosas. El es la fuente de unidad y fuerza; pero no habéis buscado la unidad cristiana, para vincular los corazones en amor.

Hay trabajo para vosotros en la iglesia y fuera de ella “En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto”. (Juan 15:8) El fruto que

llevamos es la única cosa que prueba el carácter del árbol delante del mundo. Es la demostración de nuestro discipulado. Si nuestras obras son de tal carácter que, como pámpanos de la Vid viviente, producimos ricos racimos de preciosas frutas, exhibimos ante el mundo el distintivo de Dios como sus hijos e hijas. Somos epístolas vivientes, conocidas y leídas de todos los hombres.

Ahora, temo que no hagáis la obra que debéis hacer para redimir lo pasado y llegar a ser pámpanos vivos que lleven fruto. Si hacéis como Dios quiere que hagáis, su bendición penetrará en la iglesia No habéis sido bastante humildes todavía para hacer una obra cabal y satisfacer el propósito del Espíritu de Dios. Ha habido justificación y complacencia propias, vindicación personal, cuando debiera haber habido humillación, contrición y arrepentimiento. Debéis apartar toda piedra de tropiezo, y hacer “derechos pasos a vuestros pies, porque lo que es cojo no salga fuera del camino”. (Hebreos 12:13) No es demasiado tarde para corregir los males; pero no debéis sentir que sois sanos y no os hace falta médico, porque

necesitáis ayuda. Cuando vayáis a Jesús con corazón quebrantado, él os ayudará y bendecirá, y saldréis a la obra del Maestro con valor y energía. La mejor evidencia de que estáis en Cristo es el fruto que lleváis. Si no estáis verdaderamente unidos a él, vuestra luz y vuestro privilegio os condenarán y arruinarán.

Capítulo 41

Cómo aprovechar el tiempo

Estimado hermano J,

Me he levantado a medianoche para escribirle, porque estoy preocupada por usted. Sé que nos acercamos al fin de la historia del mundo y el registro de su vida no es tal que a usted le complacería encontrarlo en aquel gran día cuando toda persona será recompensada según sus obras.

Tal vez sintáis que otros han hecho mal; y sé tan bien como vosotros que en la iglesia no se ha manifestado un espíritu como el de Cristo. Pero ¿de qué os valdrá esto en el juicio? ¿Pueden dos males hacer un bien? Aunque uno, dos o tres miembros de la iglesia hayan hecho mal, esto no borrará vuestro pecado ni lo excusará. Cualquiera que sea la conducta seguida por los demás, vuestra obra consiste en poner vuestro propio corazón en orden. Dios tiene sobre vosotros derechos que ninguna circunstancia debe haceros olvidar o descuidar;

porque cada alma es preciosa a su vista.

Me compadezco de los que han tropezado en las oscuras montañas de la incredulidad y anhelo ayudarlos. Hay buen elemento en la iglesia de _____, pero los miembros no han sido transformados por el Espíritu de Dios y colocados en una posición desde la cual puedan dejar que su luz brille sobre el mundo. Algunos dotados de la capacidad para ser de gran utilidad, fracasan totalmente en momentos de prueba en la iglesia por falta de amor y de la misericordia que moraba tan abundantemente en el corazón de Cristo. Notan un error y en lugar de ayudar, se mantienen distanciados. Se inclinan por hacer alusiones desagradables y herir sentimientos, cuando pudieran evitarlo. Brota e impera el yo, ocasionan dolor e incitan sentimientos negativos. Por sanas que sean sus intenciones, sus esfuerzos por hacer el bien casi siempre resultan en fracaso, si no en daño real, porque carecen de la ternura y compasión de Cristo. Son buenos cirujanos, pero malos enfermeros. No poseen el tacto que nace del amor. Si lo tuvieran, sabrían pronunciar la palabra debida

y hacer lo correcto al debido tiempo y en el lugar apropiado. Los demás quizá no tengan deseos más sinceros de hacer el bien, ningún interés más profundo en la causa de Dios; tal vez no sean más fieles y leales, ni su simpatía más profunda, ni su amor más cálido; sin embargo, por causa de su delicadeza y tacto, tienen mayor éxito en volver a ganar a los errantes.

Al Señor le agradaría que su pueblo fuese más considerado de lo que es actualmente, más misericordioso y que se ayudasen más unos a otros. Cuando el amor de Cristo mora en el corazón, cada uno tendrá más tierno cuidado de los intereses de los demás. El hermano no se aprovechará de otro hermano en la transacción de negocios. Uno no cobrará un interés exorbitante, porque ve que su hermano está en aprietos y necesita ayuda. Aquellos que se aprovechan de las necesidades de los demás demuestran conclusivamente que no se rigen por los principios del Evangelio de Cristo. Su proceder está registrado en los libros del cielo como fraude y falta de honradez; y dondequiera que estos principios rijan, la bendición del Señor

no entrará en el corazón. Tales personas están recibiendo la estampa del gran adversario en lugar de la del Espíritu de Dios. Pero los que finalmente hereden el reino, han de ser transformados por la gracia divina; deberán ser puros de corazón y de vida y poseer caracteres simétricos.

Hermano mío, considero que usted está en grave peligro. Su tesoro está hecho en la tierra, y su corazón está puesto en su tesoro. Pero todos los bienes que acumule no le bastarán para pagar el rescate por su alma. Entonces, no permanezca en un estado de impenitencia e incredulidad que vaya, en su caso, a derrotar los propósitos misericordiosos de Dios; no obligue a que su mano paciente deba traer sobre usted la destrucción de su propiedad y la aflicción de su persona.

Cuántos no hay que ahora mismo están procediendo de tal manera que de aquí a poco traerán sobre sí tales visitaciones de juicio. Viven día tras día, semana tras semana, año tras año para sus propios intereses egoístas. Su influencia y sus recursos, acumulados a través de la capacidad y

tacto que Dios les ha dado, son usados para ellos mismos y sus familias sin pensar en su bondadoso Benefactor. No permiten que nada fluya de vuelta al Dador. Es más, llegan a considerar la vida y los talentos que se les han encomendado como suyos propios; y si le dan a Dios la parte que él justamente reclama, piensan que han colocado al Creador bajo obligación hacia ellos. Por fin se agota la paciencia de Dios con ellos; y él abruptamente pone fin a todas sus tramas egoístas y mundanas, demostrándoles que así como han cosechado para su gloria personal, él puede desparramar; y no tienen defensa alguna para resistir su poder.

Hermano J, hoy me dirijo a usted como a un prisionero de esperanza. Pero, ¿estaría usted dispuesto a considerar que su sol cruzó su meridiano ya hace algún tiempo y que ahora está rápidamente declinando? Ha anochecido. ¿No se da usted cuenta de que se alargan las sombras? Le queda muy poco tiempo para trabajar en su propio favor, en favor de la humanidad y de su Maestro. Hay una obra especial que hacer por su propia

alma, si es que se ha de contar entre los vencedores. ¿Cómo está el registro de su vida? Intercede en vano Jesús por usted? ¿Quedará él chasqueado? Algunos de sus compañeros, que en un tiempo estuvieron a su lado, ya han sido llamados al descanso. La eternidad revelará si la fe de ellos estaba en quiebra y no alcanzaron la vida eterna, o si eran ricos para con Dios y herederos de "una medida que pasa toda medida, un eterno peso de gloria". (2 Corintios 4:17) ¿No tomará en cuenta que la paciencia de Dios para con usted requiere el arrepentimiento y la humillación del alma ante él?

Hay otras consideraciones de peso, aparte de su salvación personal, que requieren su atención. Tarde como es, con su sol a punto de hundirse tras las cumbres del poniente, le queda aún una gran obra que hacer por sus hijos, quienes han permitido que el amor del mudo los separe de Dios. También tiene usted parientes, vecinos y amigos que no están redimidos. Si el ejemplo suyo hubiera sido consecuente con la luz que le fue dada; si hubiese sido tan diligente para salvar a estas preciosas almas como lo ha sido para granjear un tesoro

terrenal; si hubiese usado sus recursos e influencia, su sabiduría y tacto, en un esfuerzo para reunir a estos errantes en el redil de Cristo y si ésta hubiese sido la labor de su vida, se hubiera asegurado una cosecha de almas y una rica recompensa en el día del Señor. Entonces hubiera edificado sobre el verdadero fundamento de material imperecedero; pero en vez de esto ha estado edificando con madera, paja y rastrojo, que serán consumidos cuando se juzguen las obras de toda persona, sea cual fuere su sustancia.

Su vida ha sido un fracaso. Usted ha sido una piedra de tropiezo para los pecadores. Ellos han dicho de usted: “Si la religión que profesa este hombre es de veras genuina, ¿por qué se afana tanto por las cosas de este mundo? ¿Por qué no demuestra en su propia conducta el Espíritu de Cristo?” Hermano mío, apresúrese a quitar el estorbo del camino de los pecadores antes de que sea demasiado tarde. ¿Puede con placer contemplar su vida o la influencia que ha ejercido? ¿Está dispuesto ahora a examinar sus caminos? ¿No se forzará por entrar en una relación correcta con

Dios? No creo que su corazón sea insensible. Sé que la amante y tierna misericordia de Dios es maravillosa. Le queda poco tiempo de gracia; ¿no lo aprovechará ahora mientras Jesús implora mediante su sangre ante el Padre? Misericordiosamente él ha salvado su vida; pero ha sido como el caso de la higuera estéril que año tras año no llevó fruto, sino hojas solamente. ¿Cuánto tiempo más seguirá frustrando a su Maestro? ¿Le obligará a decir: “Que nadie vuelva a comer más fruto de ti para siempre”, o “Cortadla, ¿para qué inutiliza también la tierra?” (Lucas 13:7) Oh, no espere hasta que el Señor extienda su mano contra usted y arrase con los bienes que ha acumulado. Recuerde que toda su riqueza no le proporcionará ni un momento de dulce seguridad y paz en su lecho de muerte.

Sinceramente le hago ver la urgente necesidad de volver al Señor inmediatamente. Le imploro que frustre al enemigo. Libértese de su poder cruel. Durante el resto de su vida procure hacer un registro completamente diferente en el cielo, uno del cual no se avergonzará cuando los libros sean

abiertos y el Juez pronuncie su fallo contra los que han descuidado una salvación tan grande.

Pablo exhorta a sus hermanos efesios que aprovechen bien el tiempo, porque los días son malos. (Efesios 5:16) Esta exhortación se aplica mucho a usted. En un sentido, es imposible aprovechar bien el tiempo ya que una vez que pasa, pasa para siempre. Pero a usted se le llama a reformarse, a que sea celoso de buenas obras en el mismo grado en que ha descuidado su deber. Cambie completamente su rumbo. Redoble su diligencia para afianzar su llamamiento y su elección. Guarde los mandamientos de Dios y vivirá, y la ley como la niña de sus ojos. Al obrar por su propio interés eterno y por la salvación de las almas que le rodean, aproveche cada momento hasta lo máximo. Cuando lo haga podrá salvarse a sí mismo y a los que están en menor o mayor grado controlados por su ejemplo. A estos propósitos deberá usted dar la consideración debida.

¡Despierte! ¡Despierte! Tiene trabajo que hacer y su sol se apresura hacia el ocaso. Sus facultades

se están debilitando; pero todo lo que queda de usted, cada partícula de su capacidad, pertenece a Dios y deberá usarla en forma sincera y desinteresada en su servicio. Obre mientras el sol todavía se demora en el firmamento; porque “viene la noche, cuando nadie puede obrar”. (Juan 9:4)

Hermano mío, venga tal como es, lleno de mancha y pecado. Ponga su carga de culpabilidad sobre Jesús y por fe reclame sus méritos. Acérquese ahora, mientras dura la gracia; venga confesando, venga con alma contrita, y Dios será amplio en perdonar. No se atreva a desperdiciar otra oportunidad. Escuche la voz misericordiosa que en estos momentos le ruega levantarse de los muertos para que Cristo le brinde luz. Parece ser que ahora cada instante se vincula directamente con los destinos del mundo invisible. Entonces, no permita que su orgullo e incredulidad lo hagan rechazar aún más la misericordia ofrecida. Si lo hace, lo lamentará al final diciendo: “Pasó la siega, terminó el verano, y nosotros no hemos sido salvos”. (Jeremías 8:20)

Espere con profunda humildad ante Dios. Desde esta hora en adelante determine que será del Señor, cumpliendo plenamente su deber, confiando absolutamente en la gran expiación. Haga esto y no tendrá nada que temer. Lo que resta de la jornada de su vida será tranquilo y feliz, y se asegurará aquella vida que continuará mientras Dios viva.

Le he escrito esto porque me he sentido impelida por el Espíritu de Dios y porque tengo profundo interés en usted. No se resienta conmigo ni por un momento, porque me ha movido el amor por su alma. Hemos disfrutado juntos muchas ocasiones preciosas de culto al Señor en las que nuestros corazones fueron llenos de alegría por medio de su dulce bendición. ¿Habrán pasado para siempre estas ocasiones? Puede ser que no nos volvamos a ver en esta vida, pero ¿no nos volveremos a ver cuando los redimidos se reúnan en torno al gran trono blanco?

Capítulo 42

La elaboración de vino y cidra

Estimados hermanos y hermanas de la iglesia de_____, Se me ha mostrado que como iglesia, no estáis creciendo en gracia ni en el conocimiento de la verdad. No existe esa consagración a Dios, esa devoción a su servicio, ni esa labor desinteresada para la edificación de su causa que os haría una iglesia próspera y sana. No estáis sujetos los unos a los otros. Hay demasiados entre vosotros que tienen sus propias ideas que sostener y sus propios planes egoístas para llevar a cabo, y entre éstos hay algunos que ocupan puestos prominentes en la iglesia.

El hermano K no se ha preocupado de añadir a la gloria de Dios; no ve las cosas desde un punto de vista correcto. Está acatando las sugestiones de Satanás y siguiendo el consejo de su propio criterio no santificado, y echa mano de cada palabra que le pueda servir para justificar su proceder equivocado. Se engaña a sí mismo; no se da cuenta de que se

está recluyendo fuera del alcance del Espíritu de Dios. Cuando se inició en este camino, no se daba cuenta de los peligros que corría ni sabía a dónde lo conduciría. Todos los que transitan por el mismo camino deberían por su bien plantar sus pies sin demora en el sendero seguro.

Vivimos en una época de intemperancia, y satisfacer el apetito del bebedor de sidra es una ofensa contra Dios. Juntamente con otros, habéis participado en esta obra porque no estábais siguiendo la luz. Si hubieseis estado en la luz, no podríais haber hecho esto. Cada uno de vosotros que ha participado en esta obra caerá bajo la condenación de Dios, a menos que cambiéis de negocio. Os hace falta obrar con sinceridad. Es menester que comencéis la obra en seguida para librar vuestras almas de la condenación.

Algunos de vosotros en _____ desarrollasteis un celo maravilloso en la denunciación de los clubes de cinta roja. Hasta donde fuisteis motivados por el deseo de condenar el mal que existe en estas sociedades, teníais razón; pero

cuando actuásteis como si fuera un crimen hablar en su favor, o mostrarles la menor buena voluntad, os fuisteis al extremo. Debéis ser consecuentes en todas las cosas. Habéis albergado odio contra el mero nombre “club de cinta roja”, lo cual no está conforme al Espíritu de Cristo, y vuestros sentimientos de amargura no os han ayudado a vosotros ni a nadie más.

Habéis tomado los testimonios dados referentes a la asociación de nuestro pueblo con las sociedades de temperancia en perjuicio de su interés espiritual, y pervirtiéndolos, los habéis utilizado para oprimir y agobiar a las almas. Al tratar la luz de esta manera, habéis desacreditado mi obra. No había ni la menor necesidad de hacer esto, y algunos de vosotros tenéis una obra que hacer para rectificar este asunto. Armáis cama de hierro para los demás; si son muy cortos, hay que estirarlos; si son muy largos hay que doblarlos. “No juzguéis para que no séais juzgados”. (Mateo 7:1)

Después de haber tomado una posición

decidida contra la participación activa en la obra de las sociedades de temperancia, todavía hubieseis podido mantener vuestra influencia sobre otros para el bien, si hubierais actuado concienzudamente en conformidad con la santa fe que profesáis; pero al dedicaros a la elaboración de la sidra, habéis dañado mucho vuestra influencia; y peor aún, habéis traído reproche a la verdad, y vuestras propias almas han sido averiadas. Habéis estado levantando una barrera entre vosotros y la causa de la temperancia. Vuestra conducta ha hecho que los incrédulos pongan en duda vuestros principios. No habéis seguido senderos rectos, y los cojos están vacilando y tropezando contra vosotros para su perdición.

No entiendo cómo, a la luz de la ley de Dios, los cristianos pueden concienzudamente dedicarse a la cosecha de lúpulo o a la elaboración de vino y sidra para el mercado. Todos estos artículos pueden dedicarse a buen uso y llegar a ser una bendición, o pueden dedicarse a un mal uso y llegar a ser una tentación y una maldición. La sidra y el vino pueden envasarse cuando están frescos y

mantenerse dulces por mucho tiempo y si se usan en un estado no fermentado, no destronan la razón. Pero los que producen sidra de las manzanas para el mercado no se fijan bien en la condición de la fruta que usan y en muchos casos se extrae jugo de manzanas descompuestas. Los que de ninguna manera comerían manzanas podridas, beben la sidra hecha de las mismas y la consideran algo delicioso; pero el microscopio revelaría las bacterias que este jugo contiene, el cual no es bueno para el estómago humano, aunque acabe de salir de la prensa. Si se hierve y cuidadosamente se le sacan las impurezas, es menos dañino.

A menudo he oído decir a la gente: “¡Oh! esta es solamente sidra dulce; no hace absolutamente ningún daño, y hasta es saludable”. Muchos litros son llevados a la casa. Por varios días se conserva dulce; luego comienza la fermentación. El sabor picante la hace aún más aceptable a muchos paladares, y los que son amantes del vino dulce o de la sidra están poco dispuestos a admitir que su bebida favorita pueda hacerse alguna vez fuerte y agria. Las personas pueden intoxicarse de veras

con vino y sidra como con bebidas más fuertes y la peor clase de ebriedad la producen estas bebidas supuestamente más livianas. Las pasiones se pervierten más; la transformación del carácter es mayor, más determinada, más obstinada. Unos cuantos litros de sidra o vino pueden despertar el gusto por bebidas más fuertes, y en muchos casos los que se han convertido en borrachos empedernidos echaron así el cimiento de su hábito de beber. Para ciertas personas no es de ninguna manera seguro tomar vino o sidra en la casa. Han heredado el apetito por los estimulantes, el cual Satanás procura constantemente que satisfagan. Si ceden a sus tentaciones, no paran; el apetito clama por la complacencia y es gratificado para su ruina. El cerebro se entorpece y anubla; la razón pierde su dominio y se dan a la concupiscencia. El libertinaje, el adulterio y los vicios de casi todo tipo son practicados como resultado de la satisfacción del apetito por el vino y la sidra. El que profesa la religión, que ama estos estimulantes y se acostumbra a su uso, nunca crece en la gracia. Se vuelve grosero y sensual, las pasiones animales controlan las facultades superiores de la mente, y

se desprecia la virtud.

La bebida en moderación es la escuela en la que la humanidad está recibiendo una educación para la carrera de borracho. Tan gradualmente aparta Satanás de las fortalezas de la temperancia, tan insidiosamente ejercen su influencia sobre el paladar el vino y la sidra inofensivos, que se entra insospechadamente en el camino de la borrachera. Se cultiva el gusto por los estimulantes; el sistema nervioso se trastorna; Satanás mantiene la mente en un estado de acalorada inquietud; y la pobre víctima, pensando que está perfectamente segura, sigue más y más, hasta que toda barrera se quebranta y todo principio se sacrifica. Las determinaciones más serias quedan socavadas; y los intereses eternos no son lo suficientemente fuertes para mantener el apetito degradado bajo el dominio de la razón.

Algunos nunca están realmente ebrios, pero siempre están bajo la influencia de la sidra o del vino fermentado. Están calenturientos, desequilibrados mentalmente, en realidad no

delirantes, pero en un estado igualmente malo, porque todas las facultades nobles de la mente están pervertidas. La tendencia a las enfermedades de diferentes clases, tales como hidropesía, afecciones del hígado, nervios inestables, hipertensión, etc. resultan del uso habitual de la sidra fermentada. Por medio de su uso muchos acarrean sobre sí enfermedades permanentes. Algunos mueren de consunción o caen postrados bajo el poder de la apoplejía por esta causa solamente. Otros padecen de dispepsia. Toda función vital se afecta y los médicos les dicen que sufren del hígado, cuando si rompiesen el barril de sidra sin reponerlo nunca, las fuerzas vitales maltratadas recobrarían su vigor.

El consumo de sidra lleva al uso de bebidas más fuertes. El estómago pierde su vigor natural y se necesita algo más fuerte para que entre en acción. En cierta ocasión, cuando mi esposo y yo estábamos viajando, nos vimos obligados a pasar varias horas esperando el tren. Mientras estábamos en la estación, un agricultor hinchado y de rostro enrojecido entró al restaurante del lugar y con voz

fuerte y tosca preguntó: “¿Tienen brandy de primera calidad?” Le dijeron que sí y él pidió medio tazón. “¿Tienen salsa picante?” Le respondieron que sí. “Entonces añádanle dos buenas cucharadas”. Luego pidió que le agregaran dos cucharadas de alcohol y terminó pidiendo que le espolvorearan “una buena dosis de pimienta negra”. El hombre que preparaba la bebida preguntó: “Y ¿qué va a hacer usted con esta mixtura?” El contestó: “Pienso que va a caerme bien”, y llevando el vaso a sus labios, apuró ese ardiente brebaje. Ese hombre había usado estimulantes hasta el punto de destruir la sensibilidad de las delicadas membranas del estómago.

Muchos al leer esto se reirán de la advertencia de peligro y quizás digan: “Seguramente el poquito de vino o sidra que yo tomo no puede hacerme daño”. Satanás ha señalado a estas personas como presa suya; las conduce paso a paso y ellas no se dan cuenta hasta que las cadenas del hábito y el apetito son demasiado fuertes para romperse. Vemos el poder que el apetito por las bebidas

fuertes ejerce sobre la humanidad; vemos como muchos de diversas profesiones que llevan pesadas responsabilidades, hombres que ocupan altos puestos, que poseen talentos eminentes, de grandes logros, finos sentimientos, de buen temple y de buen criterio, todo lo sacrifican por darle gusto al apetito, hasta que se reducen al nivel de los animales; y en muchísimos casos su curso descendente comenzó con el uso de vino o de sidra.

Se me entristece el corazón cuando hombres y mujeres inteligentes que profesan ser cristianos arguyen que no hay daño en hacer vino o sidra para el mercado, porque cuando está sin fermentar no intoxica. Yo sé que el asunto encierra otro aspecto que ellos rehusan ver; porque el egoísmo ha cerrado sus ojos a los terribles males que pueden resultar del uso de estos estimulantes. No comprendo cómo nuestros hermanos pueden abstenerse de toda apariencia del mal y a la vez involucrarse profundamente en el negocio de cosechar el lúpulo, sabiendo el uso que se le da. Los que ayudan a producir estas bebidas que originan y predisponen el apetito a estimulantes

más fuertes, recibirán su pago conforme a sus obras. Son transgresores de la ley de Dios y serán castigados por los pecados que cometen y por los que han causado que otros cometan mediante las tentaciones que han puesto en su camino.

Todos los que profesan creer la verdad para este tiempo y ser reformadores, deben actuar en conformidad con su fe. Si alguien cuyo nombre está registrado en los libros de la iglesia fabrica vino o sidra para el mercado, hay que amonestarlo y si continúa su práctica, la iglesia debe ponerlo bajo censura. Los que insistan en continuar este trabajo no son dignos de ocupar puestos en la iglesia ni de tener su nombre entre el pueblo de Dios. Hemos de ser seguidores de Cristo y debemos afirmar nuestro corazón e influencia contra toda mala práctica. ¿Cómo nos sentiríamos si en el día en que los juicios de Dios sean derramados, conociésemos hombres que se hicieron borrachos por causa de nuestra influencia? Estamos viviendo en el día antitípico de la expiación, y nuestros casos pronto serán revisados ante Dios. ¿Cómo compareceremos ante los atrios

celestiales si nuestro proceder ha dado lugar al uso de estimulantes que pervierten la razón y destruyen la virtud, la pureza y el amor de Dios?

El intérprete de la ley le preguntó a Jesús: “Maestro, ¿qué bien haré para heredar la vida eterna?” El Señor le dijo: “¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees?” La respuesta fue: “Amarás al Señor tu Dios de todo corazón, y con toda tu alma, y con toda tu fuerza, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a tí mismo”. El Señor le dijo: “Bien has contestado; haz esto y vivirás”. La vida eterna es el premio que está en juego, y Cristo nos dice cómo ganarla. Nos señala la palabra escrita: “¿Cómo lees?” Aquí se nos señala el camino; hemos de amar a Dios sobre todas las cosas y a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Pero si amamos a nuestro prójimo como a nosotros mismos, no lanzaremos al mercado nada que le sirva de tropiezo.

Amar a Dios y al prójimo es el todo del hombre. La ley de amor está escrita sobre las tablas del alma, el Espíritu de Dios mora en él, y su

carácter se manifiesta en buenas obras. Jesús se hizo pobre para que por medio de su pobreza nosotros seamos hechos ricos. ¿Qué sacrificios estamos dispuestos a hacer por su causa? ¿Está su amor entronizado en nuestros corazones? ¿Amamos al prójimo como Cristo nos amó a nosotros? Si poseemos este amor por las almas, ese mismo amor nos hará considerar seriamente si por medio de nuestras palabras, hechos o de alguna manera con nuestra influencia, estamos colocando la tentación frente a los que tienen poca fuerza moral. No censuraremos a los débiles y a los que sufren como constantemente lo hacían los fariseos, sino que procuraremos quitar toda piedra de tropiezo del camino de nuestro hermano, no sea que el cojo se desvíe del sendero.

Como pueblo, profesamos ser reformadores, portadores de luz al mundo, fieles centinelas de Dios, defendiendo todas las avenidas por las que Satanás pueda entrar con sus tentaciones para pervertir el apetito. Nuestro ejemplo y nuestra influencia han de ser una fuerza en favor de la reforma. Hemos de abstenemos de toda práctica

que pueda embotar la conciencia o alentar la tentación. No abriremos ninguna puerta que le dé a Satanás acceso a la mente de un ser humano creado a la imagen de Dios. Si todos vigilaran y fuesen fieles en proteger las pequeñas aberturas hechas por el uso moderado del vino y la sidra, que se suponen ser inofensivos, el camino hacia la embriaguez quedaría cerrado. Lo que se necesita en cada comunidad es un propósito firme y fuerza de voluntad para no tocar, gustar ni manejar esta clase de bebidas; entonces la reforma de temperancia se fortalecerá en forma permanente y cabal.

El amor por el dinero llevará a los hombres a violar su conciencia. Quizá ese mismo dinero sea llevado a la tesorería del Señor, pero él no aceptará una ofrenda tal; es una ofensa para él. Fue obtenido mediante la transgresión de su ley, la cual requiere que el hombre ame a su prójimo como a sí mismo. No vale que el transgresor se excuse diciendo que si él no hubiese elaborado el vino o la sidra, otro lo hubiera hecho, y que su prójimo se hubiera convertido en borracho de todas maneras. De modo que porque alguien más pondrá la botella en la

boca de su prójimo, ¿se aventurarán los cristianos a manchar sus vestiduras con la sangre de esas almas y atraer sobre sí la maldición pronunciada contra los que colocan la tentación en el camino de hombres errantes? Jesús pide que sus seguidores se coloquen bajo su bandera y ayuden a destruir las obras del diablo.

El Redentor del mundo, que conoce bien la condición de la sociedad en los últimos días, nos presenta el comer y el beber como los pecados que condenan a este mundo. Nos dice que como fue en los días de Noé, así será en los días en que se manifestará el Hijo del hombre. “Estaban comiendo y bebiendo, casándose y dándose en matrimonio, hasta el día en que Noé entró en el arca, y no se dieron cuenta hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos”. (Mateo 24:38-39) Esa misma situación existirá en los últimos días, y los que creen estas advertencias se cuidarán hasta lo máximo para no seguir un comportamiento que los coloque bajo su condenación.

Hermanos, veamos este asunto a la luz de las

Escrituras y ejerzamos influencia positiva en favor de la temperancia en todas las cosas. Las manzanas y las uvas son dones de Dios; se les puede dar un uso excelente como artículos comestibles, o se puede abusar de ellas y darles un mal uso. Dios ya está malogrando las viñas y las cosechas de manzanas debido a las prácticas pecaminosas de los hombres. Comparecemos ante el mundo como reformadores; no demos lugar a que los infieles o incrédulos reprochen nuestra fe. Jesús declaró: “Vosotros sois la sal de la tierra”, “la luz del mundo”. Demostremos que nuestros corazones y conciencia están bajo la influencia de la gracia divina, y que nuestras vidas están gobernadas por los principios puros de la ley de Dios, aunque estos principios requieran el sacrificio de los intereses temporales.

Capítulo 43

El casamiento con los incrédulos

Amada hermana L,

He sabido que piensa casarse con uno que no está unido con usted en la fe religiosa, y temo que usted no haya pesado cuidadosamente este importante asunto. Antes de dar un paso que ha de ejercer influencia sobre toda su vida futura, le ruego que estudie el tema con oración y reflexión. ¿Llegará a ser esta nueva relación una fuente de verdadera felicidad? ¿Le ayudará en la vida cristiana? ¿Agradará a Dios? ¿Será el suyo un ejemplo seguro para otros?

Antes de dar su mano en matrimonio, toda mujer debe averiguar si aquel con quien está por unir su destino es digno. ¿Cuál ha sido su pasado? ¿Es pura su vida? ¿Es de un carácter noble y elevado el amor que expresa, o es un simple cariño

emotivo? ¿Tiene los rasgos de carácter que la harán a ella feliz? ¿Puede encontrar verdadera paz y gozo en su afecto? ¿Le permitirá conservar su individualidad, o deberá entregar su juicio y su conciencia al dominio de su esposo? Como discípula de Cristo, no se pertenece; ha sido comprada con precio. ¿Puede ella honrar los requerimientos del Salvador como supremos? ¿Conservará su alma y su cuerpo, sus pensamientos y propósitos, puros y santos? Estas preguntas tienen una relación vital con el bienestar de cada mujer que contrae matrimonio.

Se necesita religión en el hogar. Es lo único que puede impedir los graves males que con tanta frecuencia amargan la vida conyugal. Únicamente donde reina Cristo puede haber amor profundo, verdadero y abnegado. Entonces las almas quedarán unidas, y las dos vidas se fusionarán en armonía. Los ángeles de Dios serán huéspedes del hogar, y sus santas vigilias santificarán la cámara nupcial. Quedará desterrada la degradante sensualidad. Los pensamientos serán dirigidos hacia arriba, hacia Dios; y a él ascenderá la

devoción del corazón.

El corazón anhela amor humano, pero este amor no es bastante fuerte, ni puro, ni precioso para reemplazar el amor de Jesús. Únicamente en su Salvador puede la esposa hallar sabiduría, fuerza y gracia para hacer frente a los cuidados, responsabilidades y pesares de la vida. Ella debe hacer de él su fuerza y guía. Dése la mujer a Cristo antes que darse a otro amigo terrenal, y no forme ninguna relación que contraríe esto. Los que quieren disfrutar verdadera felicidad, deben tener la bendición del cielo sobre todo lo que poseen, y sobre todo lo que hacen. Es la desobediencia a Dios la que llena tantos corazones y hogares de infortunio. Hermana mía, a menos que quiera tener un hogar del que nunca se levanten las sombras, no se una con un enemigo de Dios.

Como quien habrá de encararse con estas palabras en el juicio, le suplico que considere el paso que se propone dar. Pregúntese: “¿Apartará un esposo incrédulo mis pensamientos de Jesús? ¿Ama los placeres más que a Dios? ¿No me

inducirá a disfrutar las cosas en que él se goza?” La senda que conduce a la vida eterna es penosa y escarpada. No tome sobre sí pesos adicionales que retarden su progreso. Usted no tiene bastante fuerza espiritual y necesita ayuda en vez de impedimentos.

El Señor ordenó al antiguo Israel que no se relacionara por casamientos con las naciones idólatras que lo rodeaban: “Y no emparentarás con ellos: no darás tu hija a su hijo, ni tomarás a su hija para tu hijo”. Se da la razón de ello. La sabiduría infinita, previendo el resultado de tales uniones, declara: “Porque desviará a tu hijo de en pos de mí, y servirán a dioses ajenos; y el furor de Jehová se encenderá sobre vosotros, y te destruirá presto”. “Porque tú eres pueblo santo a Jehová tu Dios: Jehová tu Dios te ha escogido para serle un pueblo especial, más que todos los pueblos que están sobre la haz de la tierra”. “Conoce, pues, que Jehová tu Dios es Dios, Dios fiel, que guarda el pacto y la misericordia a los que le aman y guardan sus mandamientos, hasta las mil generaciones; y que da el pago en su cara al que le aborrece,

destruyéndolo: ni lo dilatará al que le odia, en su cara le dará el pago". (Deuteronomio 7:3, 4, 6, 9, 10)

En el Nuevo Testamento hay prohibiciones similares acerca del casamiento de los cristianos con los impíos. El apóstol Pablo, en su primera carta a los corintios declara: "La mujer casada está atada a la ley, mientras vive su marido; mas si su marido muriere, libre es: cásese con quien quisiere con tal que sea en el Señor". También en su segunda epístola escribe: "No os juntéis en yugo con los infieles: porque ¿qué compañía tiene la justicia con la injusticia? ¿y qué comunión la luz con las tinieblas? ¿y qué concordia Cristo con Belial? ¿o qué parte el fiel con el infiel? ¿y qué concierto el templo de Dios con los ídolos? porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré con ellos; y seré el Dios de ellos, y ellos serán mi pueblo. Por lo cual salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré a vosotros Padre, y vosotros me seréis a mí hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso" (1

Corintios 7:39; 2 Corintios 6:14-18)

Hermana mía, ¿osará usted despreciar estas indicaciones claras y positivas? Como hija de Dios, súbdita del reino de Cristo, comprada con su sangre, ¿cómo puede unirse con quien no reconoce sus requerimientos, que no está dominado por su Espíritu? Las órdenes que he citado, no son palabras de hombre, sino de Dios. Aunque el compañero de su elección fuese digno en todos los demás respectos (y me consta que no lo es), no ha aceptado la verdad para este tiempo; es incrédulo, y el Cielo le prohíbe unirse con él. Usted no puede despreciar esta recomendación divina sin peligro para su alma.

Yo quiero advertirle su peligro antes que sea demasiado tarde. Usted escucha palabras dulces y agradables, y se siente inducida a creer que todo andará bien; pero no lee los motivos que inspiran esas hermosas frases. No puede ver las profundidades de la perversidad oculta en el corazón. No puede mirar detrás de las escenas, y discernir las trampas que Satanás está tendiendo

para su alma. El quisiera inducirla a seguir una conducta que la haga fácilmente accesible, para disparar las saetas de la tentación contra usted. No le conceda la menor ventaja. Mientras Dios obra sobre la mente de sus siervos, Satanás obra por medio de los hijos de la desobediencia. No hay concordia entre Cristo y Belial. Los dos no pueden armonizar. Unirse con un incrédulo es ponerse en el terreno de Satanás. Usted agravia al Espíritu de Dios y pierde el derecho a su protección. ¿Puede incurrir en tales desventajas mientras pelea la batalla por la vida eterna?

Tal vez diga: “Pero yo he dado mi promesa, ¿debo retractarla?” Le contesto: Si ha hecho una promesa contraria a las Sagradas Escrituras, por lo que más quiera retráctela sin dilación, y con humildad delante de Dios arrepiéntase de la infatuación que la indujo a hacer una promesa tan temeraria. Es mucho mejor retirar una promesa tal, en el temor de Dios, que cumplirla y por ello deshonrar a su Hacedor.

Recuerde que tiene un cielo que ganar, una

senda abierta a la perdición que rehuir. Dios quiere decir lo que dice. Cuando prohibió a nuestros primeros padres que comiesen del fruto del árbol del conocimiento, su desobediencia abrió las compuertas de la desgracia para todo el mundo. Si andamos en forma que contraríe a Dios, él nos contrariará a nosotros. Nuestra única seguridad consiste en rendir obediencia a todos sus requerimientos, cueste lo que cueste. Todos están fundados en una sabiduría y un amor infinitos.

El espíritu de mundanalidad intensa que existe ahora, y la disposición a no reconocer derechos superiores a los de la complacencia propia, constituyen una de las señales de los postreros días. “Como fue en los días de Noé --dijo Cristo--, así también será en los días del Hijo del hombre. Comían, bebían, los hombres tomaban mujeres, y las mujeres maridos, hasta el día que entró Noé en el arca; y vino el diluvio, y destruyó a todos”. (Lucas 17:26, 27) Los miembros de esta generación se están casando y dando en casamiento con el mismo desprecio temerario de los requerimientos de Dios que se manifestaba en los

días de Noé.

Hay en el mundo cristiano una indiferencia asombrosa y alarmante para con las enseñanzas de la Palabra de Dios acerca del casamiento de los cristianos con los incrédulos. Muchos de los que profesan amar y temer a Dios prefieren seguir su propia inclinación antes que aceptar el consejo de la sabiduría infinita. En un asunto que afecta vitalmente la felicidad y el bienestar de ambas partes, para este mundo y el venidero, la razón, el juicio y el temor de Dios son puestos a un lado, y se deja que predominen el impulso ciego y la determinación obstinada. Hombres y mujeres que en otras cosas son sensatos y concienzudos cierran sus oídos a los consejos; son sordos a las súplicas y ruegos de amigos y parientes, y de los siervos de Dios. La expresión de cautela o amonestación es considerada como entrometimiento impertinente, y el amigo que es bastante fiel para hacer una reprensión, es tratado como enemigo.

Todo esto está de acuerdo con el deseo de Satanás. El teje su ensalmo en derredor del alma, y

ésta queda hechizada, infatuada. La razón deja caer las riendas del dominio propio sobre el cuello de la concupiscencia, la pasión no santificada predomina, hasta que, demasiado tarde, la víctima se despierta para vivir una vida de desdicha y servidumbre. Este no es un cuadro imaginario, sino un relato de hechos ocurridos. Dios no sanciona las uniones que ha prohibido expresamente. Durante años, he venido recibiendo cartas de diferentes personas que habían contraído matrimonios infortunados, y las historias repugnantes que me fueron presentadas bastan para hacer doler el corazón. No es ciertamente cosa fácil decidir qué clase de consejos se puede dar a estas personas desdichadas, ni cómo se podría aliviar su condición, pero por lo menos su triste suerte debe servir de advertencia para otros.

En esta época del mundo, cuando las escenas de la historia terrenal están por clausurarse pronto, y estamos por entrar en el tiempo de angustia como nunca lo hubo, cuantos menos sean los casamientos contraídos, mejor para todos, tanto hombres como mujeres. Sobre todo, cuando Satanás está

trabajando con todo engaño de iniquidad en aquellos que perecen, eviten los creyentes unirse con los incrédulos. Dios ha hablado. Todos los que le temen se someterán a sus sabias recomendaciones. Nuestros sentimientos, impulsos y afectos deben fluir hacia el cielo, no hacia la tierra, en el vil y bajo cauce de los pensamientos y las complacencias sensuales. Ahora es tiempo de que cada alma esté como a la vista del Dios que escudriña los corazones.

Amada hermana mía, como discípula de Jesús, usted debe indagar cuál será la influencia del paso que está por dar, no sólo sobre sí misma, sino sobre otros. Los que siguen a Cristo han de colaborar con su Maestro; deben ser “irreprensibles y sencillos, hijos de Dios sin culpa en medio de la nación maligna y perversa --dice Pablo--, entre los cuales resplandecéis como luminares en el mundo”. (Filipenses 2:15) Hemos de recibir los brillantes rayos del Sol de Justicia, y por nuestras buenas obras debemos dejarlos resplandecer sobre otros, como claros y constantes reflejos, que nunca vacilan ni se empañan. No podemos estar seguros

de que no estamos perjudicando a quienes nos rodean, a menos que estemos ejerciendo una influencia positiva que los conduzca hacia el cielo.

“Sois mis testigos” dijo Jesús, y en cada acto de nuestra vida debemos preguntar: ¿Cómo afectará nuestra conducta los intereses del reino del Redentor? Si usted es verdadera discípula de Cristo, elegirá andar en sus pisadas, por doloroso que sea para sus sentimientos naturales. Dice Pablo: “Mas lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por el cual el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo”.

Usted, hermana L, necesita sentarse a los pies de Jesús, y aprender de él, como María antiguamente. Dios requiere de usted una completa entrega de su voluntad, sus planes y propósitos. Jesús es su conductor; debe mirar a él; en él debe confiar, sin permitir que cosa alguna la desvíe de la vida de consagración que debe a Dios. Su conversación debe concernir al cielo, del cual usted espera al Salvador. Su piedad debe ser de tal carácter que se haga sentir entre todos los que

entren en su esfera de influencia. Dios requiere de usted que en cada acto de la vida rehuya la misma apariencia de mal. ¿Está usted haciéndolo? Usted está bajo la más sagrada obligación de no empequeñecer ni comprometer su santa fe vinculándose con los enemigos del Señor. Si está tentada a despreciar las recomendaciones de su Palabra porque otros lo hayan hecho, recuerde que también su ejemplo ejercerá influencia. Otros harán como usted, así el mal se extenderá. Si mientras profesa ser, hija de Dios no cumple sus requerimientos, causará un daño infinito a quienes la miran en busca de dirección.

La salvación de las almas debe ser el blanco constante de los que moran en Cristo. Pero ¿qué ha hecho usted para alabar a Aquel que la sacó de las tinieblas? “Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo”. (Efesios 5:14) Sacuda esta infatuación fatal que entorpece sus sentidos y paraliza las energías de su alma.

Se nos ofrecen los mayores incentivos a ser Fieles, los más altos motivos, las más gloriosas

recompensas. Los cristianos han de ser representantes de Cristo, hijos e hijas de Dios. Son sus joyas, sus tesoros peculiares. Acerca de todos los que se mantengan firmes, declara: “Andarán conmigo en vestiduras blancas; porque son dignos” (Apocalipsis 3:4) Los que lleguen a los portales de la bienaventuranza eterna no considerarán demasiado grande ningún sacrificio que hayan hecho.

Dios le ayude a soportar la prueba, y a conservar su integridad. Aférrese por la fe a Jesús. No falte a su Redentor.

Capítulo 44

El sostén de las misiones urbanas

Estimado hermano M,

Hace ya varios días recibí una carta que usted escribió al pastor N, en la cual expresa objeciones bien serias a dejar que la misión de _____ sea sostenida por su asociación y dice que otras asociaciones del campo en general debieran tener igual interés en sostenerla. Pero si estas asociaciones no tienen en el momento misiones importantes que sostener en ciudades dentro de su territorio, ¿no hay lugares donde dichas misiones pudieran establecerse? Si a su asociación se le pide que tome la misión de _____ bajo su cuidado y que la maneje bajo la supervisión de la Asociación General, los hombres responsables debieran sentir que esto es una evidencia de que sus hermanos han depositado su confianza en ellos y decir: “Sí, aceptamos este cometido sagrado. Haremos todo lo

que esté a nuestro alcance para que la misión sea un éxito y para demostrar que merecemos la confianza de nuestros hermanos. Pediremos sabiduría de Dios y si fuera necesario, practicaremos la abnegación y una economía austera". Dios lo sostendrá al cumplir gozosamente este deber y hará de ello una bendición para usted en lugar de una carga o impedimento para la causa en su Estado.

Esa gran ciudad está en tinieblas y en error, y la hemos dejado así hasta el momento. ¿Perdonará Dios esta negligencia de nuestra parte? ¿Qué cuenta daremos por los hombres y mujeres que han muerto sin oír el sonido de la verdad presente y que la hubiesen recibido si se les hubiera llevado la luz? Mi espíritu se conmueve porque la obra en _____ se haya demorado tanto. La obra que se está haciendo allí ahora, pudo haberse hecho hace muchos años y con un gasto menor de recursos, tiempo y trabajo. Sin embargo, no puede dejarse sin hacer ahora. Se ha hecho un pequeño comienzo dentro de un plan económico y se ha logrado mucho más de lo que se hubiese podido esperar,

tomando en cuenta los medios que se han provisto. Pero se deben proveer mejores medios. Debe haber un lugar donde la gente pueda escuchar la verdad. Debe haber recursos para sostener a los obreros en este campo misionero, no en holgura y lujo, pero de una manera sencilla y cómoda. Ellos son instrumentos de Dios y no se debe decir o hacer nada que los desanime. Por el contrario, que sus manos sean sostenidas y fortalecidas y sus corazones alentados.

Hay suficientes recursos en su asociación para llevar a cabo esta obra con éxito. ¿Y permitiremos que el príncipe de las tinieblas quede en posesión indisputable de nuestras grandes ciudades porque cuesta algo sostener a las misiones? Que los que estén dispuestos a seguir a Cristo se pongan plenamente a la altura de la obra, aunque tengan que hacerlo por encima de la cabeza de los ministros y el presidente. Los que en una obra como ésta dicen: “Ruego que me disculpen”, deben cuidarse de que no sean dados de alta ahora y por la eternidad. Que los cristianos que aman el deber levanten cada onza que puedan y que luego miren

hacia Dios en procura de más fuerza. El obrará a través de los esfuerzos de hombres y mujeres cabales y hará lo que ellos no pueden hacer. Nueva luz y nuevo poder les será dado a medida que utilizan los medios que tienen a su disposición. Nuevo fervor y nuevo celo conmoverán a la iglesia al ver que algo se ha logrado.

Nuestro espíritu se regocija cuando contemplamos lo que se puede hacer; pero nos sonrojamos ante nuestro Creador al pensar en lo poco que se ha hecho. Los pastores han descuidado las responsabilidades que Dios les ha dado; se han vuelto estrechos y faltos de fe y han dado lugar a una imperdonable cobardía, pereza y codicia. No se han dado cuenta de la magnitud y la importancia de la obra. Se necesitan hombres de visión consagrada que vean y entiendan los designios divinos. Entonces el estandarte de la piedad será puesto en alto y habrá verdaderos misioneros que estarán dispuestos a sacrificarse en favor de la verdad. No hay lugar dentro de la iglesia de Dios para hombres y mujeres egoístas y amantes de la comodidad, sino que el llamado es para hombres y mujeres que se

esfuercen por implantar el estandarte de la verdad en medio de nuestras grandes ciudades, en las grandes avenidas de tránsito.

Hay un mundo que amonestar y con humildad debiéramos trabajar según Dios nos dé capacidad. Pónganse todos los Estados a la altura de la obra. ¿Qué derecho tienen las personas con ideas estrechas, y no consagradas, de dictar lo que la asociación debe o no hacer? La misión de _____ no será dejada enteramente a su Estado, pero si su asociación tuviera ánimo de trabajar, podría sostener dos misiones como ésa sin sentir ninguna carga. Venid, hermanos, poneos en acción. El tiempo que se pierde por causa de la incredulidad y la falta de valor, se pierde para siempre. Que los ministros actúen como que hay algo que hacer, y hombres de gran corazón que aman a Dios y guardan sus mandamientos vendrán a ayudar al Señor. De esta manera la iglesia estará disciplinada para futuros esfuerzos, porque su beneficencia nunca dejará de ser.

Pastor M, como presidente de la Asociación de

_____, usted ha demostrado por medio de su administración general que no es digno del cargo que le ha sido confiado. Ha dado muestras de ser conservador y de que sus ideas son estrechas. No ha hecho la mitad de lo que pudo haber hecho si poseyese el verdadero espíritu de la obra. Pudo haber sido mucho más capaz y experimentado de lo que es ahora; pudiera haber estado mejor preparado para manejar con éxito esta sagrada e importante misión, una obra que le hubiera ganado el derecho más fuerte a la confianza del pueblo en general. Pero al igual que los demás pastores de su territorio, usted dejó de avanzar al apuntar la primera providencia de Dios. No ha demostrado que el Espíritu Santo le impresionaba profundamente su corazón para que Dios pudiese hablar por intermedio suyo a su pueblo. Si en la presente crisis hace alguna cosa que fomente la duda y la desconfianza en las iglesias de su campo, o cualquier cosa que impida que el pueblo se dedique de corazón a esta obra, Dios lo considerará responsable. ¿Acaso le ha dado Dios evidencia inconfundible de que los hermanos de su Estado están eximidos de la responsabilidad de extender

sus brazos en torno a la ciudad de, así como Cristo lo ha hecho con ellos? Si estuviera usted afianzado en la luz, daría aliento a esta misión por medio de su fe.

Es menester que beba profundamente de los manantiales de gracia y salvación antes de que pueda conducir a otros a la Fuente de agua viva. En vista de la experiencia y la influencia que su puesto de presidente de asociación le imparte, debió haber animado a la gente a esforzarse nuevamente y a llevar responsabilidades de más peso, en lugar de causarle desánimo. Hay deberes especiales que recaen sobre hombres que ocupan puestos de responsabilidad; hay esfuerzos diligentes que hacer que parece conveniente ignorar. Pero cuando los pastores no cumplen su deber, que Dios tenga misericordia del pobre rebaño.

Su obra, hermano mío, no demuestra que se haya dado usted cuenta de que sus obligaciones son sagradas e importantes. Se me ha mostrado que usted es capaz de hacer un trabajo mucho mejor que el que ha hecho, y que Dios requiere una labor

mayor y mejor de sus manos. Requiere integridad y fidelidad. La obra de ganar almas es la más elevada y noble que se haya encomendado al hombre mortal; y usted no debiera permitir que nada que confunda su entendimiento y su discernimiento se interponga entre usted y esta obra sagrada. Quien ocupa un puesto de responsabilidad como el suyo debiera poner los intereses eternos en primer lugar y los asuntos temporales considerarlos como de importancia secundaria. Usted es un embajador de Cristo y debe animar a los que están bajo su cuidado para que procuren alcanzar mayores logros espirituales y vivir vidas más santas y puras. En sus esfuerzos por salvar a las almas de la perdición y por edificar a la iglesia en verdad y justicia, usted debe usar tacto, sabiduría y el poder que es su privilegio tener mediante la continua comunión con Dios. Dios requiere esto de usted y de todos los demás ministros que participan en su obra. Usted debe manifestar su lealtad a su Redentor crucificado, comportándose como si en verdad comprendiera que tiene el cometido sagrado de presentar a todo hombre perfecto en Cristo Jesús, sin que les falte nada.

En lo que a su caso se refiere, mucho más pudo haberse logrado por medio de una vida santa, oración fervorosa y el cumplimiento cuidadoso y esmerado de todo deber. Usted pudo haber hecho mucho mediante fieles amonestaciones, reprensiones y apelaciones afectuosas. La capacidad mental no es lo único que se necesita, sino el poder del corazón. La verdad presentada tal como es en Jesús tendrá su efecto. Usted carece de una religión hogareña, ardiente y activa. Los intereses egoístas han empañado su mente y pervertido su discernimiento y los requerimientos de Dios no han sido realizados. Necesita quitar de su alma todo negocio y preocupaciones mundanales y con sinceridad de corazón glorificar a Dios.

El destino eterno de todos pronto se decidirá. Desde Illinois, Wisconsin, Iowa y otras asociaciones salgan veintenas de ministros con celo candente a proclamar el último mensaje de amonestación. En un tiempo como éste, ¿se echarán atrás nuestros presidentes y las

asociaciones rehusando llevar la pesada carga? ¿Ejercerán en forma verbal y escrita una influencia que desanime a los que están dispuestos a trabajar? Cualquier proceder de parte de ellos que fomente la indolencia y la incredulidad es criminal en el más alto grado. Deben animar a la gente a ser diligente en la causa de Dios, a esforzarse hasta donde pueda por la salvación de las almas; pero nunca deben ellos dejar la menor impresión en sus mentes de que están sacrificando demasiado por la causa de Dios, o que se exige de ellos más de lo que es razonable. En la lucha celestial algo tiene que aventurarse. Ahora es el momento cuando nos toca trabajar y hacer frente a las dificultades y peligros. Dice la Providencia: “Marchad adelante”, no de vuelta a Egipto; y en lugar de formular un testimonio que agrade al pueblo, procuren los ministros despertar a los que están dormidos.

Noto en su carta, pastor M, una veta de incredulidad, una falta de juicio y discernimiento. Su posición corrobora el testimonio que he recibido de que usted le está dando a la asociación un molde estrecho y que ha estorbado su progreso, porque no

ha puesto en alto el estandarte de la verdad. Citaré en esta instancia algunos párrafos del testimonio que recibí y que fue escrito durante la sesión del Congreso de la Asociación General celebrado en Battle Creek en noviembre de 1883:

"Nuestra conversación respecto a la misión de _____ ha dejado una impresión desagradable en mi mente. Que no se me juzgue de ser severa en mis declaraciones concernientes a esta misión. Usted habló con gran satisfacción acerca de la manera en que esta obra se había llevado a cabo. Dijo que el Hno. O y sus asociados estaban dispuestos a hacer lo que fuera necesario para llevarse bien. Que tenían un pequeño cuarto en un desván donde preparaban la comida, y que estaban haciendo una buena labor de la manera más económica posible. Sus ideas acerca de este asunto no son correctas. La luz que Dios nos ha impartido, que es más preciosa que el oro o la plata, es que hay que proceder de tal manera que se le dé carácter a la obra. Los hermanos vinculados con esta misión no están libres de debilidades humanas y, a menos que se preste atención a su salud, su obra será

avergonzada. Los que están frente a la obra en esta asociación no debieran permitir que exista semejante estado de cosas. Debieran educar al pueblo a que den de sus recursos para que los obreros no sufran necesidades ni estrechez económica. Como mayordomos de Dios, la responsabilidad recae sobre ellos de ver que no solamente una o dos personas tengan que ser las que más se sacrifiquen mientras que otras están a sus anchas comiendo, bebiendo, vistiendo y calzando, sin pensar en nuestras sagradas misiones o en su deber para con ellas.

“Me ha sido mostrado, pastor M, que usted no tiene un punto de vista correcto respecto a la obra, que no se da cuenta de la importancia de ella. Ha dejado de educar al pueblo en cuanto al verdadero espíritu de sacrificio y devoción. Ha temido instar a hombres de recursos a que cumplan con su deber; y cuando ha hecho un débil esfuerzo en la dirección correcta, y ellos han comenzado a poner excusas y a hallar alguna pequeña falta en alguien respecto a la administración de la obra, usted ha pensado que tal vez tengan razón. Este subterfugio, que ha

desarrollado en ellos la duda y la incredulidad, ha tenido efecto en su propio corazón y ellos se han aprovechado de esto y han aprendido exactamente cómo contrarrestar sus esfuerzos. Cuando ellos han fomentado duda en cuanto a los testimonios, usted no ha hecho lo que debió haber hecho para desarraigar este sentimiento. Debió haberles manifestado que Satanás siempre está buscando faltas, dudando, acusando y trayendo reproche sobre los hermanos, y que no hay seguridad al encontrarse en posición semejante".

"Hermano mío, usted no ha seguido una línea de procedimiento que anime a los hombres a dedicarse al ministerio. En vez de reducir los gastos de la obra a una suma baja, es su deber hacer que las mentes del pueblo comprendan que 'el obrero es digno de su salario'". "Las iglesias necesitan ser impresionadas con el hecho de que es su deber tratar honestamente con la obra de Dios, no permitiendo que repose sobre ellas la culpabilidad de la peor clase de robo, que es robarle a Dios los diezmos y las ofrendas. Cuando se hagan arreglos con los obreros en su causa, no

debe obligárseles a aceptar una remuneración pequeña, porque falta dinero en la tesorería. De esta manera muchos han sido defraudados al no recibir su justo pago y es tan criminal a la vista de Dios como lo es retener el salario de los que están empleados en cualquier otro negocio regular.

“Hay hombres capaces a quienes les gustaría salir y trabajar en varias asociaciones; pero no se animan porque necesitan tener los El sostén de las misiones urbanas 367 medios para sostener a sus familias. Permitir que una asociación permanezca inconmovible o que deje de pagar sus justas cuentas, constituye la peor clase de administración. Mucho de esto se práctica; y cada vez que se lo hace, Dios siente desagrado.

“Si los presidentes y otros obreros de nuestras asociaciones inculcan en las mentes del pueblo la naturaleza del delito de robar a Dios, y si poseen un verdadero espíritu de devoción y un sentido de responsabilidad por la obra, Dios hará que su labor sea una bendición para el pueblo, y se verá el fruto de sus esfuerzos. Los ministros han fracasado

grandemente en su deber de trabajar de esa manera con las iglesias. Aparte de la predicación hay una labor importante que hacer. Si esto se hubiese hecho como Dios ordenó que fuese, habría habido mucho más obreros en el campo de los que hay ahora. Y si los ministros hubiesen cumplido con el deber de educar a cada miembro, rico o pobre para dar según Dios los haya prosperado, habría abundancia de recursos en la tesorería para pagar las deudas justas a los obreros; y esto adelantaría grandemente la obra misionera en todos sus confines. Dios me ha mostrado que muchas almas están en peligro de ruina eterna por causa del egoísmo y la mundanalidad; y los atalayas son los culpables, porque no han cumplido su deber. Este es un estado de cosas que a Satanás le regocija ver.

“Todas las ramas de la obra pertenecen a los ministros. No es la orden de Dios que alguien debe seguir tras ellos para atar los cabos de una obra inconclusa. La asociación no está obligada a emplear a otros obreros para seguir detrás y rehacer las puntadas sueltas dejadas por trabajadores negligentes. Es el deber del presidente de la

asociación fiscalizar a los obreros y su trabajo, y enseñarles a ser fieles en estas cosas, porque ninguna iglesia que le robe a Dios puede prosperar. La escasez espiritual en nuestras iglesias es frecuentemente el resultado de un alarmante predominio del egoísmo. Los intereses y proyectos egoístas y mundanales se interponen entre el alma y Dios. Los hombres se aferran al mundo, al parecer con el temor de que si se sueltan de él, Dios dejaría de cuidarlos. Y así intentan cuidarse a sí mismos; están ansiosos, preocupados y angustiados, reteniendo sus grandes fincas y añadiendo a sus posesiones.

"La Palabra de Dios habla acerca del 'jornal de los obreros... el cual ha sido retenido por vosotros'. (Santiago 5:4) Generalmente se entiende que esto se aplica a hombres acaudalados que emplean a sirvientes y no les pagan por su labor, pero tiene un significado más amplio que éste. Se aplica con gran fuerza a aquellos que han sido iluminados por el Espíritu de Dios y que aún así en cualquier grado obran conforme al mismo principio que estos hombres que emplean a sirvientes, obligándolos a

aceptar el salario más bajo”.

Solemnemente le advierto que no mantenga una actitud parecida a la de los espías infieles que salieron a ver la tierra prometida. Cuando regresaron de su exploración, la congregación de Israel albergaba grandes esperanzas y aguardaba con ansiosa expectación. La noticia de su regreso se difundió de tribu en tribu y fue aclamada con regocijo. La gente salió apresurada a encontrarse con los mensajeros, los cuales habían soportado el cansancio del viaje por caminos polvorientos y bajo un sol abrasador. Estos mensajeros traían consigo muestras del fruto que daba evidencia de la fertilidad del suelo. La congregación se regocijó porque se posesionaría de una tierra tan buena, y escuchó atentamente cuando se dio el informe a Moisés para no perderse ni una palabra. Los enviados comenzaron diciendo: “Nosotros llegamos a la tierra a la cual nos enviaste, la que ciertamente fluye leche y miel; y éste es el fruto de ella”. El pueblo se llenó de entusiasmo; con ahínco obedecería la voz del Señor e iría en seguida a poseer la tierra.

Pero los espías continuaron diciendo: “Mas el pueblo que habita aquella tierra es fuerte, y las ciudades muy grandes y fortificadas; y también vimos allí a los hijos de Anac”. La escena cambió ahora. La esperanza y el valor dieron lugar a la desesperación cobarde, mientras que los enviados expresaban los sentimientos de sus corazones incrédulos, que estaban llenos de desaliento inspirado por Satanás. Su incredulidad arrojó una sombra lóbrega sobre la congregación, y el gran poder de Dios, tan a menudo manifestado en favor de su nación escogida, quedó en el olvido.

La gente se desesperó en su estado de desaliento y angustia. Un gemido de agonía se levantó y se entremezcló con el confundido murmullo de las voces. Caleb comprendió la situación y poniéndose valientemente en defensa de la Palabra de Dios, hizo todo lo que estaba a su alcance para contrarrestar la mala influencia de sus compañeros infieles. Por un instante el pueblo se tranquilizó para escuchar las palabras de esperanza y valor respecto a la buena tierra. No contradijo lo

que ya se había dicho; las murallas son altas y El sostén de las misiones urbanas 369 los canaanitas son fuertes. “Subamos luego y tomemos posesión de ella; porque más podemos nosotros que ellos”. Pero los otros diez espías lo interrumpieron y pintaron los obstáculos más oscuros que la primera vez. “No podremos subir contra aquel pueblo porque es más fuerte que nosotros... y todo el pueblo que vimos en medio de ella son hombres de gran estatura. También vimos allí gigantes, hijos de Anac, raza de los gigantes, y éramos nosotros, a nuestro parecer, como langostas; y así les parecíamos a ellos”.

“Entonces toda la congregación gritó, y dio voces; y el pueblo lloró aquella noche”. Los hombres que por tanto tiempo habían lidiado con la perversidad de Israel sabían muy bien cuál sería la próxima escena. La revuelta y el motín abierto siguieron rápidamente, porque a Satanás se le había dado rienda suelta y el pueblo parecía carecer de razón. Maldijeron a Moisés y a Aarón, olvidándose de que Dios escuchaba sus malvadas palabras y que, envuelto en la columna de humo, el Angel de

su presencia estaba al tanto de su terrible manifestación de ira. Con amargura exclamaron: “¡Ojalá muriéramos en la tierra de Egipto, o en este desierto ojalá muriéramos! ¿Por qué nos trae Jehová a esta tierra para caer a espada, y que nuestras mujeres y nuestros niños sean por presa? ¿No nos sería mejor volvernos a Egipto? Y decían el uno al otro: Designemos un capitán, y volvámonos a Egipto”.

Con humildad y angustia Moisés y Aarón “se postraron sobre sus rostros delante de toda la multitud de la congregación de los hijos de Israel”, no sabiendo qué hacer para disuadirlos de su propósito precipitado y apasionado. Caleb y Josué procuraron acallar el tumulto. Rompiendo sus vestidos como señal de duelo e indignación, se lanzaron entre el pueblo y sus voces penetrantes se escucharon por encima de la tempestad de las lamentaciones y de rebelde pesadumbre: “La tierra por donde pasamos para reconocerla, es tierra en gran manera buena. Si Jehová se agrada de nosotros, él nos conducirá a esta tierra, y nos la entregará; tierra que fluye leche y miel. Por tanto,

no seáis rebeldes contra Jehová, ni temáis al pueblo de esta tierra; porque nosotros los comeremos como pan; su amparo se ha apartado de ellos, y con nosotros está Jehová; no los temáis".

El falso informe de los espías infieles fue plenamente aceptado y por medio de él toda la congregación quedó engañada, tal como Satanás intentó que fuera; y la voz de Dios a través de sus fieles siervos fue desatendida. Los traidores habían hecho su obra. Toda la asamblea, con una sola voz, gritó en favor de apedrear a Caleb y a Josué.

Y ahora el poderoso Dios se manifestó, para desconcierto de su pueblo desobediente y murmurador. "Pero la gloria de Jehová se mostró en el tabernáculo de reunión a todos los hijos de Israel". ¡Qué carga recayó sobre Moisés y Aarón, y cuán intensas fueron sus plegarias para que Dios no destruyese a su pueblo! Moisés presentó ante el Señor las gloriosas manifestaciones del poder divino que habían convertido el nombre de Jehová en un terror para sus enemigos, y le imploró que los enemigos de Dios y de su pueblo no tuvieran

ocasión de decir: “Por cuanto no pudo Jehová meter a este pueblo en la tierra de la cual les había jurado, los mató en el desierto”. El Señor oyó la oración de Moisés; pero declaró que los que se rebelaron contra él después de haber presenciado su poder y su gloria, morirían en el desierto; nunca verían la tierra que era su herencia prometida. Pero en cuanto a Caleb dijo Dios: “A mi siervo Caleb, por cuanto hubo en él otro espíritu, y decidió ir en pos de mí, yo le meteré en la tierra donde entró, y su descendencia la tendrá en posesión”.

Fue la fe de Caleb en Dios lo que le dio ánimo, lo que lo libró del temor de los hombres, aun de los grandes gigantes, hijos de Anac, y lo capacitó para mantenerse firme y sin titubeos en defensa del bien. Es de esa misma exaltada fuente, el gran General de las huestes, que cada verdadero soldado de la cruz de Cristo ha de derivar fuerza y valor para vencer los obstáculos que a menudo parecen ser invencibles. La ley de Dios es anulada y los que desean cumplir su deber han de estar siempre listos para hablar las palabras que Dios les dé, y no palabras de duda, desánimo y desesperación.

Pastor M, aunque usted tenga el respaldo de muchos, como fue el caso de los espías infieles, de todos modos los sentimientos expresados en su carta no provienen del Espíritu del Señor. Cuídese de que sus palabras y su espíritu no sean como los de ellos, y su obra del mismo carácter pernicioso. En tiempos como éstos no hemos de albergar ni un pensamiento o pronunciar una palabra de incredulidad, ni dar lugar a actos egoístas. Esto se ha hecho en la Asociación de Upper Columbia y en la North Pacific; y cuando estuvimos allá, sentimos en alguna medida la tristeza, el tormento y el desaliento que experimentaron Moisés, Aarón, Caleb y Josué. Procuramos encauzar la corriente por una dirección opuesta, pero fue a costa de severa labor, gran ansiedad y angustia mental. Y eso que la labor de reforma en estas asociaciones apenas ha comenzado. Es sólo con el tiempo que se vencerán la incredulidad, la falta de confianza y la sospecha cultivadas por muchos años. En gran manera Satanás ha tenido éxito en llevar a cabo sus propósitos en estas asociaciones, porque ha encontrado a personas que puede usar como

agentes.

Por amor a Cristo y a la verdad, hermano M, no deje la obra en su asociación en tal estado que le sea imposible a su sucesor poner las cosas en orden. El pueblo ha recibido una visión estrecha y limitada de la obra; se ha fomentado el egoísmo, y la mundanalidad no ha sido reprendida. Le pido que haga todo lo que esté a su alcance para borrar la estampa equivocada que le ha dado a esta asociación, que remedie los tristes efectos de su descuido del deber, y de esta manera prepare el campo para otro obrero. Si usted no hace así, que Dios se apiade del obrero que le siga a usted.

Los presidentes de asociación deben ser hombres a quienes se les pueda confiar plenamente la obra de Dios. Deben ser hombres de integridad, no egoístas, dedicados, cristianos trabajadores. Si son deficientes en estos sentidos, las iglesias bajo su cargo no prosperarán. Ellos, más aún que otros ministros de Cristo, deben dar ejemplo de una vida santa y devoción abnegada a los intereses de la causa de Dios, de manera que los que esperan ver

un ejemplo en ellos no se engañen. Pero en algunos casos procuran servir tanto a Dios como a Mammón. No hay abnegación ni preocupación por las almas. La conciencia no es sensible; cuando la causa de Dios es lastimada, su espíritu no se resiente. En su corazón ponen en duda los testimonios del Espíritu del Señor. Ellos mismos no llevan la cruz de Cristo; no conocen el amor ferviente de Jesús. Y no son fieles pastores del rebaño sobre el cual han sido puestos como supervisores; su registro no es tal que se regocijarían al encararlo en el día de Dios.

¡Cuánto se requiere que los ministros en su obra cuiden de las almas como quienes deben rendir cuenta! ¡Qué devoción, qué entereza de propósito, qué piedad elevada debiera verse en su vida y carácter! Cuánto se pierde por falta de tacto y tino al presentar la verdad a otros, y cuánto más por un comportamiento descuidado, palabras ásperas y mundanalidad que de ninguna manera representa a Jesús o tiene sabor celestial. Nuestra obra está a punto de completarse. Pronto se dirá en el cielo: “El que es injusto, sea injusto todavía, y el

que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía". (Apocalipsis 22:11) En este tiempo solemne, la iglesia es llamada a ser vigilante debido a la intensa actividad de Satanás. Su actividad se hace evidente por todos lados y sin embargo, los ministros y el pueblo actúan como si ignoraran sus artimañas y estuvieran paralizados por su poder. Que cada miembro de la iglesia despierte. Que cada obrero recuerde que la viña que cuida no es suya, sino que pertenece al Señor, quien ha salido en un largo viaje y en su ausencia ha comisionado a sus siervos que cuiden de sus intereses; y que no olviden que si son infieles a su cometido, tendrán que dar cuenta al Señor cuando éste regrese.

Mientras que los que dudan hablan de las imposibilidades, mientras tiemblan pensando en las elevadas murallas y los fornidos gigantes, adelántense los que como el fiel Caleb tienen "otro espíritu". La verdad de Dios que ofrece salvación llegará a las gentes si los ministros y creyentes profesos no la estorban, como lo hicieron los espías

infieles. Nuestra obra es agresiva. Algo tiene que hacerse para amonestar al mundo; y que no se oiga ni una voz que promueva los intereses egoístas a expensas de los campos misioneros. Tenemos que participar en la obra con alma, corazón y palabra; las facultades mentales y físicas han de despertarse. Todo el cielo está interesado en nuestra obra, y los ángeles de Dios se avergüenzan de nuestros débiles esfuerzos.

Me alarma la indiferencia de nuestras iglesias. Como Meroz, no han venido en ayuda del Señor. Los laicos han estado reposando. Se han cruzado de brazos, pensando que la responsabilidad pesa sobre los ministros. Pero a cada uno Dios le ha asignado una obra, no en la cosecha de maíz y trigo, sino una labor sincera y perseverante para la salvación de las almas. No quiera Dios, pastor M, que ni usted ni ningún otro ministro apaguen ni una partícula del espíritu de trabajo que existe actualmente. ¿No sería mejor estimularlo por medio de sus palabras de celo ardiente? El Señor nos ha hecho depositarios de su ley; nos ha encomendado una verdad sagrada y eterna que ha

de darse a otros por medio de fieles amonestaciones, reprensiones y estímulo. Los ferrocarriles y líneas de vapores nos vinculan con todos los rincones del mundo y tenemos acceso a todos los países con nuestro mensaje de verdad. Sembremos la semilla de la verdad evangélica junto a muchas aguas, porque no sabemos cuál prosperará, ésta o aquélla, o si ambas por igual darán fruto. Pablo sembrará y Apolos regará; pero es Dios quien da el crecimiento.

"Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos". (Mateo 5:16) No pongáis vuestra luz debajo de un almud, sino sobre un candelero para que alumbre a todos los que están en casa. "No sois vuestros; porque habéis sido comprados por precio (1 Corintios 6:20), a saber, la preciosa sangre del Hijo de Dios. No tenemos ningún derecho de vivir para nosotros mismos. Cada ministro debe ser un misionero consagrado; cada laico es un obrero que debe usar sus talentos de influencia y recursos en el servicio del Señor. La benevolencia activa es un

principio vital del cristianismo. Es el ejercicio de este principio lo que traerá las gavillas al Señor de la cosecha, mientras que la carencia de él entorpece la obra de Dios y obstaculiza la salvación de las almas.

Los ministros han descuidado poner en efecto la beneficencia evangélica. El tema de los diezmos y las ofrendas no se ha considerado debidamente. Los hombres no se inclinan por naturaleza hacia la benevolencia, sino que tienden a ser tacaños y avaros y a vivir para sí mismos. Y Satanás siempre está listo para presentar ante ellos las ventajas que disfrutarán utilizando todos sus recursos para propósitos egoístas y mundanales; se alegra cuando logra influenciarlos para que pasen por alto el deber y le roben a Dios en diezmos y ofrendas. Pero ni una persona queda eximida respecto a este asunto. “Cada uno de vosotros ponga aparte algo, según haya prosperado” (1 Corintios 16:2) El rico y el pobre, los jóvenes de ambos sexos que ganan un salario, todos han de apartar algo porque Dios lo pide. La prosperidad espiritual de cada miembro de la iglesia depende del esfuerzo personal y la

fidelidad estricta hacia Dios. Dice el apóstol Pablo: “A todos los ricos de este mundo manda que no sean altivos, ni pongan la esperanza en la incertidumbre de las riquezas, sino en el Dios vivo, que nos ofrece todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos. Que hagan el bien, que sean ricos en buenas obras, dadivosos, prontos a compartir, atesorando para sí buen fundamento para lo por venir, que echen mano de la que realmente es vida eterna”. (1 Timoteo 6:17-19) De todos se requiere la demostración de un profundo interés en las diferentes ramas de la causa de Dios. Pruebas fuertes e inesperadas pesarán sobre ellos para ver si son dignos de recibir el sello del Dios viviente.

Todos debieran sentir que no son propietarios, sino mayordomos, y que viene la hora cuando tendrán que rendir cuenta del uso que han hecho del dinero del Señor. Se necesitarán recursos para la causa de Dios. Como David, debieran poder decir: “Todo es tuyo, y de lo recibido de tu mano te damos”. (1 Crónicas 29:14) Han de establecerse escuelas en diferentes lugares, las publicaciones

han de multiplicarse, se han de edificar iglesias en las grandes ciudades, y se han de enviar obreros, no solamente a las ciudades, sino a los caminos y vallados. Mis hermanos creyentes de la verdad, vuestra oportunidad es ahora. Estamos como quien dice, al borde del mundo eterno. Esperamos la gloriosa aparición de nuestro Señor. La noche avanza; la aurora se aproxima. Cuando nos demos cuenta de la grandeza del plan de redención, seremos más valientes, más sacrificados y consagrados de lo que somos ahora.

Hay una gran obra que hacer antes de que nuestros esfuerzos sean coronados de éxito. Tiene que haber reformas decididas en nuestros hogares e iglesias. Los padres tendrán que trabajar en favor de la salvación de sus hijos. Dios cooperará con nuestros esfuerzos cuando cumplamos por nuestra parte con todo lo que él nos ha encomendado y capacitado para hacer; pero debido a nuestra incredulidad, mundanalidad e indolencia, las almas que han sido compradas por sangre mueren en sus pecados a la sombra de nuestras mismas casas, sin haber recibido amonestación. ¿Vencerá siempre

Satanás de esta manera? ¡Oh, no! La luz reflejada por la cruz del Calvario indica que ha de llevarse a cabo una obra mayor que la que nuestros ojos han contemplado.

El tercer ángel, volando por en medio del cielo y pregonando los mandamientos de Dios y el testimonio de Jesús, es una representación de nuestra obra. El mensaje no pierde nada de su fuerza mientras el ángel avanza en su vuelo, ya que Juan lo ve aumentando en fuerza y poder hasta que toda la tierra queda alumbrada con su gloria. El camino del pueblo de Dios que guarda los mandamientos es hacia adelante, siempre adelante. El mensaje de verdad que llevamos tiene que llegar a naciones, lenguas y pueblos. Pronto se moverá con gran voz, y la tierra será llena de su gloria. ¿Estamos preparándonos para este gran derramamiento del Espíritu de Dios?

Se han de emplear instrumentos humanos en esta obra. El celo y la energía deberán intensificarse. Los talentos que se están enmoheciendo por la inacción, han de movilizarse

en el servicio. La voz propensa a decir: “Esperad; no permitáis que os impongan cargas”, es la voz de los espías acobardados. Ahora necesitamos hombres de la talla de Caleb que tomen la delantera: caudillos en Israel que con valerosas palabras den un informe vigoroso en favor de la acción inmediata. Cuando el pueblo egoísta, amante de la comodidad, y, asustado por grandes gigantes y murallas inpenetrables clama por retirarse, que se oiga entonces la voz de los que son como Caleb, aunque los cobardes estén de pie con piedras en las manos, listos para atropellarlos por causa de su fiel testimonio.

¿Es que no Somos capaces de discernir las señales de los tiempos? ¿No podemos ver cuán intensamente trabaja Satanás atando la cizaña en gavillas, uniendo los elementos de su reino para apoderarse del mundo? Esta obra de atar la cizaña se está llevando a cabo más rápidamente de lo que nos imaginamos. Satanás está poniendo cuanto obstáculo puede para estorbar el avance de la verdad. Procura crear diversidad de opiniones y fomentar la mundanalidad y la avaricia. Obra con

la sutileza de la serpiente y cuando le es oportuno, con la ferocidad del león. Su única delicia es la ruina de las almas y la destrucción su única preocupación. ¿Actuaremos entonces como si estuviéramos paralizados? Los que profesan la verdad, ¿escucharán las tentaciones del artero enemigo y permitirán volverse egoístas, estrechos, dejando que sus intereses mundanales estorben sus esfuerzos en favor de la salvación de las almas?

Todos los que entrarán por los portales del cielo lo harán como vencedores. Cuando la hueste de los redimidos esté junto al trono de Dios, con palmas en las manos y coronas sobre sus sienes, se sabrá qué victorias han sido ganadas. Se verá cómo fue que obró el poder de Satanás sobre sus mentes, cómo se vinculaba él con las almas que se jactaban de estar haciendo la voluntad del Señor. Entonces se verá que su poder y sutileza no pudieran haberse vencido con éxito si no se hubiese combinado el poder divino con el humano. El hombre tiene que ganar la victoria sobre sí mismo: su genio, sus propensidades y su espíritu han de someterse a la voluntad de Dios. Pero la justicia y el poder de

Cristo serán suficientes para todos los que reclamen sus méritos.

Háganse, pues, esfuerzos sinceros y determinados para abatir al fiero enemigo. Es menester vestirnos de toda la armadura de la justicia. El tiempo pasa, y nos acercamos rápidamente al cierre de la gracia. ¿Estarán nuestros nombres registrados en el Libro de la vida del Cordero, o seremos contados con los infieles? ¿Pertenecemos al número que se reunirá alrededor del gran trono blanco, cantando el himno de los redimidos? En medio de esa multitud no habrá ninguno que sea frío y formal. Cada alma será sincera, cada corazón lleno de gratitud por el maravilloso amor de Dios y de la gracia que ha capacitado a su pueblo para vencer en la lucha contra el pecado. Y con voz fuerte alzan el canto: “Al que está sentado en el trono, y al Cordero sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos”. (Apocalipsis 5:13)

Capítulo 45

El verdadero espíritu misionero

El verdadero espíritu misionero es el Espíritu de Cristo. El Redentor del mundo fue el gran modelo misionero. Muchos de los que le siguen han trabajado fervorosa y abnegadamente en la causa de la salvación de los seres humanos; pero no ha habido hombre cuya labor pueda compararse con la abnegación, el sacrificio y la benevolencia de nuestro Dechado.

El amor que Cristo manifestó por nosotros es sin parangón. ¡Con cuánto fervor trabajó él! Con cuánta frecuencia estaba solo orando fervientemente, sobre la ladera de la montaña o en el retraimiento del huerto, exhalando sus súplicas con lloro y lágrimas. ¡Con cuánta perseverancia insistió en sus peticiones en favor de los pecadores! Aun en la cruz se olvidó de sus propios sufrimientos en su profundo amor por aquellos a

quienes vino a salvar. ¡Cuán frío es nuestro amor, cuán débil nuestro interés, cuando se comparan con el amor y el interés manifestados por nuestro Salvador! Jesús se dio a sí mismo para redimir nuestra especie; y sin embargo, cuán fácilmente nos excusamos de dar a Jesús todo lo que tenemos. Nuestro Salvador se sometió a trabajos cansadores, ignominia y sufrimiento. Fue rechazado, escarnecido, vilipendiado, mientras se dedicaba a la gran obra que había venido a hacer en el mundo.

¿Preguntáis, hermanos y hermanas, qué modelo copiaremos? No os indico a hombres grandes y buenos, sino al Redentor del mundo. Si queréis tener el verdadero espíritu misionero, debéis ser dominados por el amor de Cristo; debéis mirar al Autor y Consumador de nuestra fe, estudiar su carácter, cultivar su espíritu de mansedumbre y humildad, y andar en sus pisadas.

Muchos suponen que el espíritu misionero y las cualidades para el trabajo misionero constituyen un don especial que se otorga a los ministros y a unos pocos miembros de la iglesia, y que todos los

demás han de ser meros espectadores. Nunca ha habido mayor error. Todo verdadero cristiano ha de poseer un espíritu misionero, porque el ser cristiano es ser como Cristo. Nadie vive para sí, “y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, el tal no es de él”. (Romanos 8:9) Todo aquel que haya gustado las potestades del mundo venidero, sea joven o anciano, sabio o ignorante, será movido por el espíritu que animaba a Cristo. El primer impulso del corazón renovado consiste en traer a otros también al Salvador. Aquellos que no poseen ese deseo dan muestras de que han perdido su primer amor; deben examinar detenidamente su propio corazón a la luz de la Palabra de Dios, y buscar fervientemente un nuevo bautismo del Espíritu; deben orar por una comprensión más profunda de aquel admirable amor que Jesús manifestó por nosotros al dejar el reino de gloria, y al venir a un mundo caído para salvar a los que perecían.

En la viña del Señor hay trabajo para cada uno de nosotros. No debemos buscar la posición que nos dé los mayores goces o la mayor ganancia. La

verdadera religión está exenta de egoísmo. El espíritu misionero es un espíritu de sacrificio personal. Hemos de trabajar dondequiera y en todas partes al máximo de nuestra capacidad, para la causa de nuestro Maestro.

Tan pronto como una persona se ha convertido realmente a la verdad, brota en su corazón un ardiente deseo de ir y hablar a algún amigo o vecino acerca de la preciosa luz que resplandece en las páginas sagradas. En esta labor abnegada de salvar a otros, es una epístola viva, conocida y leída de todos los hombres. Su vida demuestra que se convirtió a Cristo, y llegó a ser colaborador con él.

Como pueblo, los adventistas del séptimo día son generosos y de corazón ardiente. En la proclamación de la verdad para este tiempo, podemos confiar en su simpatía enérgica y bien dispuesta. Cuando se presenta un objeto digno de su generosidad y se apela a su juicio y conciencia, se obtiene una respuesta cordial. Sus donativos en favor de la causa atestiguan que creen que ésta es

la causa de la verdad. Hay, sin embargo, excepciones entre nosotros. No todos los que profesan aceptar la fe son fervientes y fieles creyentes. Pero esto sucedía también en los días de Cristo. Aun entre los apóstoles había un Judas; mas esto no probaba que todos fuesen del mismo carácter.

No tenemos razones para desalentarnos mientras sabemos que son tan numerosos los que están consagrados a la causa de la verdad, y que están dispuestos a hacer nobles sacrificios para promoverla. Pero hay todavía una gran falta, una gran necesidad entre nosotros. Escasea demasiado el verdadero espíritu misionero. Todos los obreEl ros misioneros debieran poseer ese profundo interés por las almas de sus semejantes que uniría los corazones por la simpatía y el amor de Jesús. Deben solicitar fervorosamente la ayuda divina, y trabajar sabiamente por ganar almas para Cristo. Un esfuerzo frío y sin vigor no logrará nada. Es necesario que el Espíritu de Cristo descienda sobre los hijos de los profetas. Entonces se manifestará tanto amor por las almas de los hombres como el

que Jesús ejemplificó en su vida.

La razón por la cual no hay más profundo ardor religioso, ni más fervoroso amor mutuo en la iglesia, se debe a que el espíritu misionero se ha estado apagando. Poco se dice ahora acerca de la venida de Cristo, que era una vez el tema de los pensamientos y las conversaciones. Hay un desgano inexplicable, una creciente repugnancia por la conversación religiosa; y se la reemplaza por charlas ociosas y frívolas, aun entre los que profesan seguir a Cristo.

Hermanos y hermanas, ¿deseáis quebrantar el ensalmo que os domina? ¿queréis despertar de esta pereza que se asemeja al torpor de la muerte? Id a trabajar, sintáis el deseo o no. Esforzaos personalmente por traer almas a Jesús y al conocimiento de la verdad. Esta labor será para vosotros un estímulo y un tónico; os despertará y fortalecerá. Por el ejercicio, vuestras facultades espirituales se vigorizarán, de manera que tendréis más éxito para labrar vuestra propia salvación. El estupor de muerte pesa sobre muchos de los que

profesan a Cristo. Haced cuanto podáis para despertarlos. Amonestadlos, suplicadles, argüíd con ellos. Rogad que el Espíritu enternecedor de Dios derrita y ablande sus naturalezas glaciales. Aunque se nieguen a escuchar, vuestro trabajo no estará perdido. Mediante el esfuerzo hecho para bendecir a otros, vuestras propias almas serán bendecidas.

Poseemos la teoría de la verdad, y ahora necesitamos procurar muy fervientemente su poder santificador. No me atrevo a callar en este tiempo de peligro. Es un tiempo de tentación y abatimiento. Cada uno está asediado por las trampas de Satanás, y debemos unirnos para resistir su poder. Debemos ser de un mismo ánimo, hablar las mismas cosas, y glorificar a Dios de una misma boca. Entonces podremos ampliar con éxito nuestros planes, y por vigilantes esfuerzos misioneros, aprovechar todo talento que podamos usar en los varios departamentos de la obra.

La luz de la verdad está derramando sus brillantes rayos sobre el mundo por medio del

esfuerzo misionero. La prensa es un instrumento por medio del cual son alcanzados muchos que sería imposible alcanzar por el esfuerzo ministerial. Podría hacerse una gran obra presentando a la gente la Biblia tal como es. Llevad la Palabra de Dios a la puerta de todo individuo; presentad sus claras declaraciones con instancia a la conciencia de cada uno y repetid a todos la orden del Salvador: “Escudriñad las Escrituras”. (Juan 5:39) Amonestadles a tomar la Biblia tal cual es y a implorar la iluminación divina, y luego, cuando resplandezca la luz, a aceptar gozosamente cada precioso rayo y afrontar intrépidamente las consecuencias.

La pisoteada ley de Dios ha de ser ensalzada delante de la gente. Tan pronto como ésta se vuelva con fervor y reverencia a las Santas Escrituras, la luz del cielo le revelará cosas admirables en cuanto a la ley de Dios. Grandes verdades, durante largo tiempo oscurecidas por la superstición y la falsa doctrina, resplandecerán de las páginas de la sagrada Palabra. Los oráculos vivientes derraman sus tesoros viejos y nuevos, infundiendo luz y gozo

a todos los que quieran recibirlos. Muchos son despertados de su letargo. Se levantan como si fuese de entre los muertos, y reciben la luz y la vida que Cristo solo puede dar. Las verdades que resultaban demasiado profundas para intelectos gigantescos son comprendidas por niños en Cristo. A ellos les es revelado claramente lo que había quedado oculto a la percepción espiritual de los más sabios expositores de la Palabra, porque, como los antiguos saduceos, ignoraban las Escrituras y el poder de Dios.

Los que estudian la Biblia con el sincero deseo de conocer y hacer la voluntad de Dios, llegarán a ser sabios para la salvación. La escuela sabática es un ramo importante de la obra misionera, no sólo porque imparte a jóvenes y ancianos el conocimiento de la Palabra de Dios, sino porque despierta en ellos el amor a sus verdades sagradas y el deseo de estudiarlas por sí mismos; sobre todo, les enseña a regir sus vidas por sus santas enseñanzas.

Todos los que toman la Palabra de Dios como

regla de vida son puestos en estrecha relación unos con otros. La Biblia es su vínculo de unión. Pero su compañerismo no será buscado ni deseado por aquellos que se inclinan ante la sagrada Palabra como ante la guía infalible. Divergirán, tanto en fe como en práctica. No puede haber armonía entre ellos; son irreconciliables. Como adventistas del séptimo día, colocamos por encima de las costumbres y tradiciones el sencillo: “Así dice Jehová”; y por esta razón no estamos ni podemos estar en armonía con las multitudes que enseñan y siguen las doctrinas y los mandamientos de los hombres.

Todos los que sean nacidos de Dios serán colaboradores con Cristo. Los tales son la sal de la tierra. “Y si la sal se desvaneciere ¿con qué será salada?” Si la religión que profesamos no renueva nuestro corazón ni santifica nuestra vida, ¿cómo ejercerá un poder salvador sobre los incrédulos? “No vale más para nada, sino para ser echada fuera y hollada de los hombres”. (Mateo 5:13) La religión que no ejerza un poder regenerador sobre el mundo, no tiene valor. No podemos confiar en

ella para nuestra salvación. Cuanto más pronto la desechemos, tanto mejor; porque es impotente y espuria.

Hemos de servir bajo nuestro gran caudillo, arrostrar toda influencia contraria, trabajar juntamente con Dios. La obra que nos ha sido asignada consiste en sembrar la semilla del Evangelio junto a todas las aguas. En esta obra, cada uno puede desempeñar una parte. La múltiple gracia de Cristo impartida a nosotros nos constituye en mayordomos de talentos que debemos acrecentar dándolos a los banqueros, a fin de que cuando el Maestro los pida, pueda recibir lo suyo con creces.

Capítulo 46

Hombres jóvenes como misioneros

Los hombres jóvenes que desean entrar en el campo como ministros o colportores deben recibir un grado adecuado de preparación intelectual, además de adiestramiento especial para su vocación. Los que carecen de la educación, la preparación y el refinamiento necesarios, no están listos para entrar en campos donde las poderosas influencias del talento y la educación combaten las verdades de la Palabra de Dios. Ni tampoco pueden hacer frente a las extrañas manifestaciones del error, tanto religiosas como filosóficas, para exponer las cuales es necesario tener un conocimiento bíblico y científico.

Especialmente los que tienen en mente el ministerio debieran sentir la importancia del método de preparación ministerial de las Escrituras. Deben entrar de corazón en la obra y

mientras estudian en los colegios deben aprender del gran Maestro su mansedumbre y humildad. El Dios que es fiel a su pacto ha prometido que en respuesta a la oración, su Espíritu será derramado sobre todos estos alumnos en la escuela de Cristo para que se conviertan en ministros de justicia.

Hay que trabajar duro para desarraigar el error y la falsa doctrina de la cabeza, de tal manera que la verdad y la religión bíblicas puedan alojarse en el corazón. Las instituciones de enseñanza fueron establecidas entre nosotros como un medio ordenado por Dios para educar a hombres y mujeres jóvenes en los diferentes departamentos de labor misionera. Es la voluntad de Dios que egresen de ellas no meramente unos cuantos, sino muchos obreros. Pero Satanás, determinado a frustrar los propósitos divinos, a menudo ha ganado para sí a los mismos que Dios hubiera querido calificar para ocupar puestos de utilidad en su obra. Hay muchos que trabajarían si se les instase a servir y que salvarían sus propias almas mediante su labor. La iglesia debiera darse cuenta de su culpa al ocultar la luz de la verdad y

restringir la gracia de Dios dentro de sus propios límites estrechos, cuando el dinero y la influencia debieran emplearse libremente para introducir a personas competentes en el campo misionero.

Centenares de hombres jóvenes debieran haberse estado preparando para tomar parte en la obra de esparcir las semillas de la verdad junto a todas las aguas. Necesitamos hombres que den impulso a los triunfos de la cruz; hombres que se mantengan firmes bajo el desaliento y la privación; que tengan el celo, la resolución y la fe que son indispensables en el campo misionero.

Nuestras iglesias son llamadas a echar mano de la obra con mayor seriedad de la que se ha manifestado hasta el momento. Toda iglesia debiera hacer provisión para preparar sus misioneros, contribuyendo así al cumplimiento de la gran comisión: “Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura”. (Marcos 16:15) Hermanos míos, hemos errado y pecado intentando muy poco. Debe haber más obreros en el campo misionero del extranjero. Hay entre nosotros

algunos que sin trabajo y demora por aprender un idioma extranjero, pudieran prepararse para proclamar la verdad a otras naciones. En la iglesia primitiva, los misioneros fueron milagrosamente dotados con un conocimiento de idiomas mediante los cuales fueron llamados a predicar las inescrutables riquezas de Cristo Jesús. Y si entonces estuvo Dios dispuesto a ayudar de esa manera a sus siervos, ¿dudaremos que su bendición pueda descansar sobre nuestros esfuerzos para capacitar a los que poseen un conocimiento natural de idiomas extranjeros y quienes con el aliento adecuado llevarían a sus propios compatriotas el mensaje de verdad? Pudiéramos haber tenido más obreros en los campos misioneros extranjeros si los que habían entrado en estos campos hubieran aprovechado todo talento a su alcance. Pero algunos estaban inclinados a rehusar la ayuda si no les llegaba justamente de acuerdo con sus ideas y planes. Y, ¿cuál es el resultado? Si nuestros misioneros llegasen a faltar de sus campos de labor por enfermedad o muerte, ¿dónde se encontrarían los hombres que han educado para tomar su lugar?

Ni uno de nuestros misioneros ha logrado conseguir la cooperación de todo talento disponible. Mucho tiempo se ha desperdiciado de esta manera. Nos regocijamos por el buen trabajo que se ha hecho en los campos misioneros; pero si se hubiesen adoptado planes diferentes de labor, diez veces tanto, es más, veinte veces tanto, se hubiera logrado; una ofrenda aceptable de muchas almas rescatadas de la esclavitud del error se hubiese ofrecido a Jesús.

A todo el que recibe la luz de la verdad se le debe enseñar a llevar la luz a los demás. Nuestros misioneros en campos extranjeros deben aceptar con gratitud toda ayuda, toda facilidad que les sea ofrecida. Deben estar dispuestos a correr cierto riesgo y aventurarse en algo. No agrada a Dios que pasemos por alto oportunidades presentes para hacer el bien, esperando hacer una mayor obra en el futuro. Cada uno debe seguir las indicaciones de la Providencia, no dejándose llevar por el interés personal ni confiando completamente en su propio juicio. Algunos, por naturaleza, ven el fracaso cuando Dios se propone dar el éxito; ven solamente

gigantes y ciudades amuralladas, mientras que otros, con visión más clara, ven también a Dios y a sus ángeles prestos a otorgar la victoria a su verdad.

En algunos casos puede que sea necesario que los hombres jóvenes aprendan idiomas extranjeros. Esto lo pueden hacer con mucho éxito asociándose con la gente y a la vez dedicando una porción de tiempo cada día a estudiar el idioma. Sin embargo, esto debe hacerse sólo como un paso necesario en preparación para la educación de otros que se hallen en el mismo campo misionero y que con la preparación necesaria puedan convertirse en obreros. Es esencial que aquellos a quienes se les inste a servir sean capaces de hablar en su idioma natal a las personas de diferentes nacionalidades. Es una magna tarea para un hombre de mediana edad aprender un idioma extranjero y por más que se esfuerce le será casi imposible hablarlo con la fluidez y corrección necesarias para hacerlo un obrero eficiente.

No podemos permitir que se niegue a las

misiones locales la influencia de obreros de edad madura y de avanzada edad mandándolos a campos lejanos para hacer una obra para la cual no califican y para la cual ninguna preparación les ayudará a adaptarse. Los hombres que así son enviados dejan vacíos que los obreros sin experiencia no pueden llenar.

La iglesia preguntará si a hombres jóvenes no se les pueden confiar las graves responsabilidades que atañen al establecimiento y supervisión de una misión extranjera. Yo contesto: Dios designó que ellos deben ser preparados de tal manera en nuestras instituciones de enseñanza y asociándose en su labor con hombres de experiencia que estén preparados para asumir cargos útiles en esta causa. Debemos mostrar confianza en nuestros hombres jóvenes. Ellos deben ser pioneros en toda empresa que requiera trabajo y sacrificio, mientras que los agotados siervos de Cristo deben estimarse como consejeros para animar y ser una bendición para los que hacen el trabajo más pesado para Dios. Estos padres de experiencia fueron lanzados por la Providencia a ocupar puestos difíciles de

responsabilidad a una temprana edad, cuando no estaban bien desarrolladas sus facultades físicas e intelectuales. La magnitud del encargo que les fue encomendado despertó sus energías, y su activa labor en la causa favoreció su desarrollo mental y físico.

Se necesitan hombres jóvenes. Dios los llama a los campos misioneros. Como se encuentran comparativamente libres de cuidados y responsabilidades, están más favorablemente colocados para llevar a cabo la obra que los que tienen que proveer para la educación y el mantenimiento de una familia grande. Además, los hombres jóvenes se adaptan con más facilidad a un nuevo clima y a una nueva sociedad, y pueden soportar mejor las inconveniencias y penurias. Con tacto y perseverancia, pueden alcanzar a las personas en su ambiente.

El vigor viene por medio del ejercicio. Todos los que utilizan la capacidad que Dios les ha dado, recibirán cada vez más habilidad para dedicar a su servicio. Los que no hacen nada en la causa de

Dios dejarán de crecer en gracia y en el conocimiento de la verdad. Un hombre que se acuesta y rehusa ejercitar sus extremidades, pronto perderá su capacidad de usarlas. De la misma manera, un cristiano que ejercita las facultades que Dios le ha dado, no solamente dejará de crecer en Cristo Jesús, sino que perderá la fuerza que ya tiene y se convertirá en un paralítico espiritual. Los que se establecen, fortalecen y afianzan en la verdad son los que motivados por el amor de Dios y de sus semejantes, se esfuerzan por servir a otros. El verdadero cristiano trabaja para el Señor, no a base de impulso, sino por principio; no por un día o por un mes, sino a través de toda su vida.

¿Cómo brillará nuestra luz ante el mundo, sino a través de nuestra vida cristiana consecuente? ¿Cómo sabrá el mundo que pertenecemos a Cristo, si no hacemos nada por él? Dijo nuestro Salvador: “Por sus frutos los conoceréis”. (Mateo 7:16) Declaró además: “El que no es conmigo, contra mí es”. (Mateo 12:30) No existe terreno neutral entre aquellos que trabajan hasta el máximo de su capacidad por el Señor y los que trabajan por el

enemigo de las almas. Todo el que se mantiene ocioso en la viña del Señor no solamente no hace nada por sí mismo, sino que es un estorbo para los que hacen un esfuerzo por trabajar. Satanás encuentra trabajo para todos los que no se esfuerzan con ahínco para asegurar su propia salvación y la de otros.

La iglesia de Cristo puede apropiadamente compararse a un ejército. La vida de cada soldado es de penuria, dificultades y peligro. Por todos lados hay enemigos vigilantes, dirigidos por el príncipe de las potencias de las tinieblas, quien nunca duerme y nunca abandona su puesto. Cuando quiera que el cristiano descuide su guardia, este poderoso adversario ataca repentina y violentamente. A menos que los miembros de la iglesia se mantengan activos y vigilantes, serán vencidos por sus artificios.

¿Qué pasaría si la mitad de los soldados de un ejército estuvieran ociosos o dormidos cuando se les ordenó estar en guardia? El resultado sería la derrota, el cautiverio o la muerte misma. Si algunos

escapasen de las manos del enemigo, ¿merecerían algún premio? No; prontamente recibirían la sentencia de muerte. De la misma manera, el descuido y la deslealtad de la iglesia acarrea sobre ella consecuencias mucho más graves. ¡Nada podría ser más terrible que un ejército de cristianos adormecidos! ¿Qué avance podría hacerse contra el mundo, el cual se encuentra bajo el control del príncipe de las tinieblas? Aquellos que se retraen con indiferencia en el día del combate, como si no tuvieran ningún interés ni sintieran ninguna responsabilidad en cuanto al resultado de la campaña, harían bien en cambiar su proceder o abandonar las filas de inmediato.

El Maestro llama obreros evangélicos. ¿Quiénes responderán? Todos los que ingresen en el ejército no han de ser generales, capitanes, sargentos, o cabos. No todos tienen la sensibilidad y responsabilidad necesarias para ser líderes. Hay mucho trabajo arduo de otra clase que hay que hacer. Algunos tienen que cavar zanjas y edificar baluartes; otros han de colocarse como centinelas y otros como portadores de mensajes. Aunque

solamente hay pocos oficiales, se necesitan muchos soldados para formar la tropa del ejército; con todo, el éxito depende de la fidelidad de cada soldado individual. La cobardía o traición de un solo hombre puede ocasionar el desastre a todo el ejército.

Hay una gran labor que cada uno de nosotros individualmente debemos hacer, si es que estamos dispuestos a pelear la buena batalla de la fe. Están en juego los intereses eternos. Hay que vestirse de toda la armadura de justicia, hay que resistir al diablo y tenemos la segura promesa que él huirá de nosotros. La iglesia debe llevar a cabo un combate agresivo, hacer conquistas para Cristo, y rescatar almas del poder del enemigo. Dios y sus santos ángeles toman parte en este conflicto. Agrademos al que nos ha llamado a ser sus soldados.

Todos podemos hacer algo en la obra. Ninguno recibirá el fallo de inocente ante Dios a menos que haya trabajado dedicada y abnegadamente por la salvación de las almas. La iglesia debe enseñar a la juventud, por medio del precepto y el ejemplo, a

ser obreros para Cristo. Hay muchos que se quejan de sus dudas, que se lamentan de no estar seguros de su conexión con Dios. A menudo esto puede atribuirse al hecho de que no están haciendo nada en la causa de Dios. Que ellos procuren sinceramente ayudar y ser una bendición para los demás, y sus dudas y su desaliento desaparecerán.

Muchos que profesan ser seguidores de Cristo hablan y obran como si sus nombres fueran un gran honor a la causa de Dios, mientras que no llevan ninguna carga ni ganan almas para la verdad. Tales personas viven como si Dios no reclamara nada de ellos. Si continúan en este camino, finalmente se darán cuenta de que ellos no tienen nada que reclamar de Dios.

Aquel que ha asignado “a cada cual su obra”, conforme a su capacidad, no dejará pasar el fiel cumplimiento del deber sin recompensa. Cada acto de lealtad y fe será coronado con muestras del favor y aprobación de Dios. A todo obrero le es dada la promesa: “Los que sembraron con lágrimas, con regocijo segarán. Irá andando y

llorando el que lleva la preciosa semilla; mas volverá con regocijo, trayendo sus gavillas”. (Salmos 126:5, 6)

Capítulo 47

La importancia de la obra del colportaje

Se puede hacer una obra mucho más eficiente en el ramo del colportaje que la que se ha hecho hasta el momento. El colportor no debe estar conforme a menos que esté constantemente mejorando. Debe prepararse cabalmente, pero no debe contentarse, con una presentación hecha de memoria; debe darle la oportunidad al Señor de obrar mediante sus esfuerzos y de impresionar su mente. El amor de Jesús que habita en su corazón lo habilitará para idear los medios de acercarse a individuos y familias.

Los colportores necesitan tener refinamiento propio y modales pulidos, pero no una personalidad artificial que es común en el mundo, sino ser urbanos y agradables, que es el resultado natural de un buen corazón y un sano deseo de imitar a Cristo. Deben cultivar hábitos de solicitud

y consideración, hábitos de diligencia y discreción, y procurar honrar a Dios, logrando para sí mismos el mayor desarrollo posible. Jesús hizo un sacrificio infinito para colocarlos a ellos en buena relación con Dios y sus prójimos, y el auxilio divino, combinado con el esfuerzo humano, los capacitará para alcanzar un elevado grado de excelencia. El colportor ha de ser puro como José, manso como Moisés, temperante como Daniel; así tendrá un poder que lo acompañará por dondequiera que vaya.

Si el colportor obra de manera equivocada, si pronuncia falsedad y práctica el engaño, pierde su dignidad. Puede ser que no esté consciente de que Dios lo está mirando y que conoce todos sus negocios, que los santos ángeles pesan sus intenciones y escuchan sus palabras, y que será recompensado conforme a sus obras; pero aunque le fuera posible ocultar de la inspección humana y divina su mal proceder, aún así su actitud impropia sería perjudicial para su mente y carácter. Un acto no determina el carácter, pero derriba la barrera, y la próxima tentación se acaricia con más facilidad,

hasta que finalmente se forma un hábito de prevaricación y falta de honradez en el negocio, y ya no se puede confiar en él.

Hay muchas personas en los hogares y en la iglesia que no dan importancia a las inconsecuencias evidentes. Hay jóvenes que aparentan ser lo que no son. Parecen ser honrados y leales; pero son como sepulcros blanqueados, atractivos por fuera, mas corrompidos por dentro. El corazón está manchado, teñido de pecado; y así permanece el registro en los atrios celestiales. Se ha llevado a cabo dentro de sus mentes un proceso que los ha endurecido hasta el punto de hacerlos insensibles. Pero si sus caracteres, los cuales son pesados en las balanzas del santuario, fueren pronunciados faltos en el gran día del Señor, sería para ellos una calamidad que ahora no comprenden. La verdad, preciosa y sin mancilla, ha de formar parte del carácter.

No importa el camino que se tome, el sendero de la vida está lleno de peligros. Si los obreros en cualquiera de los ramos de la causa se vuelven

descuidados y no prestan atención a sus intereses eternos, se encuentran frente a una gran pérdida. El tentador buscará la manera de alcanzarlos. Tenderá redes a sus pies y los dirigirá por sendas extraviadas. Estarán seguros solamente aquellos cuyos corazones están guarnecidos con sanos principios. Como David, orarán: “Sustenta mis pasos en tus caminos, para que mis pies no resbalen”. (Salmos 17:5) Hay que librar una constante batalla contra el egoísmo y la corrupción del corazón humano. A menudo parece que los impíos prosperan en sus caminos; pero aquellos que se olvidan de Dios, aunque sea por una hora o un momento, van por un camino peligroso. Quizá no se den cuenta de los peligros; pero, cuando se enteran, el hábito, como un aro de hierro, los mantiene sujetos a la maldad con la cual se han relacionado tan de cerca. Dios desprecia su comportamiento y su bendición no los acompañará.

He visto que algunos jóvenes se dedican a esta obra sin vincularse con el cielo. Se plantan en el camino de la tentación para demostrar su valentía. Se ríen de las locuras de los demás. Conocen el

verdadero camino; saben cómo conducirse. ¡Ved qué bien pueden resistir la tentación! ¡Cómo pensar que van a caer! Pero no han puesto a Dios como su defensa. Satanás les ha tendido una trampa engañosa, y son ellos mismos los que se convierten en el objeto de burla de los insensatos.

Nuestro gran adversario tiene agentes que constantemente buscan la oportunidad para destruir almas, de la misma forma como un león caza su presa. Evítalos, joven; porque aunque aparenten ser tus amigos, solapadamente introducirán los malos caminos y las malas prácticas. Con sus labios te halagan y ofrecen ayudarte y conducirte, pero sus pasos llevan al infierno. Si escuchas sus consejos, tu vida puede llegar a su punto crítico. Una protección que se elimine de la conciencia, la práctica de un solo mal hábito, un solo descuido del elevado llamado al deber, puede ser el principio de un camino de engaño que te traspasará a las filas de aquellos que sirven a Satanás, mientras tú sigues profesando que amas a Dios y a su causa. Un momento de descuido, un solo mal paso, puede hacer virar toda la corriente de vuestra vida en una

dirección equivocada. Posiblemente nunca sepáis lo que ocasionó vuestra ruina, hasta que se pronuncie la sentencia: “Apartaos de mí, obradores de maldad”. (Mateo 7:23)

Algunos jóvenes saben que lo que he dicho más o menos describe su proceder. Sus caminos no están ocultos para el Señor, aunque quizá lo estén para sus mejores amigos, o aun para sus padres y madres. Tengo poca esperanza de que algunos de éstos cambien su comportamiento de hipocresía y engaño. Otros que han errado están procurando redimirse. Que el amado Jesús les ayude a poner su rostro como un pedernal en contra de todas las falsedades y de las adulaciones de aquellos que quieren debilitar su determinación de hacer el bien o inculcarles dudas o sentimientos de infidelidad para sacudir su fe en la verdad. Jóvenes amigos, no paséis ni una hora en compañía de quienes os incapaciten para hacer la obra pura y santa de Dios. No hagáis nada en presencia de personas extrañas que no haríais en presencia de vuestro padre y madre, o que os cause vergüenza ante Cristo y los santos ángeles.

Algunos pensarán que a los guardadores del sábado no les hacen falta estas precauciones, pero aquellos a quienes se aplican saben lo que quiero decir. Os digo, jóvenes, que os cuidéis; porque no podéis hacer nada que no esté descubierto ante los ojos de los ángeles y de Dios. No podéis hacer una obra mala sin que otros se vean afectados por ella. Vuestra conducta, además de revelar de qué clase de material está hecho el edificio de vuestro propio carácter, ejerce también una poderosa influencia en los demás. Nunca perdáis de vista el hecho de que pertenecéis a Dios, que él os ha comprado con precio, y que habéis de rendir cuenta a él por los talentos que os ha encomendado. Nadie debiera tomar parte en la obra del colportaje si sus manos están manchadas de pecado o cuyo corazón no esté bien con Dios, porque tales personas seguramente deshonrarán la causa de la verdad. Aquellos que son obreros en el campo misionero necesitan que Dios los guíe. Deben cuidarse de comenzar bien y luego continuar callada y firmemente en el camino de la rectitud. Deben ser resueltos, porque Satanás es determinado y perseverante en sus esfuerzos por

derrotarlos.

Se ha cometido un error al solicitar suscripciones para nuestras revistas por sólo pocas semanas, cuando con un esfuerzo apropiado se hubieran conseguido suscripciones mucho más largas. Una suscripción anual es de mucho más valor que muchas a corto plazo. Pocas personas renuevan sus suscripciones por un período más largo, y de esta manera se hace una gran inversión de tiempo que rinde resultados pequeños, cuando si se hubiera usado un poco más de tacto y perseverancia, se hubieran podido conseguir suscripciones más largas. Hermanos, vuestra mira es demasiado corta; vuestros planes son demasiado estrechos. No ponéis en vuestro trabajo todo el tacto y la perseverancia que se merece. Hay más dificultades en esta obra que en algunos otros ramos de negocio; pero las lecciones que se aprenderán, el tacto y la disciplina que se adquirirán, os capacitarán para otros campos de utilidad donde ministréis a las almas. Aquellos que no aprenden correctamente la lección y son descuidados y precipitados al tratar con la gente,

exhibirían los mismos defectos en sus maneras, la misma falta de tacto en el trato con las mentes, en la obra del ministerio, si entraran en ella.

Mientras se aceptan suscripciones cortas, algunos no hacen el esfuerzo necesario para obtenerlas a plazos más largos. Los colportores no debieran cubrir el terreno en forma descuidada y desinteresada. Deben sentirse obreros del Señor y el amor por las almas debiera inducirlos a hacer todo el esfuerzo posible para llevar a hombres y mujeres la luz de la verdad. La providencia y la gracia, los medios y los fines, están estrechamente relacionados. Cuando sus obreros hacen lo mejor que pueden, Dios realiza mediante ellos lo que no pueden hacer por sí mismos; pero nadie debe esperar tener éxito independientemente y mediante sus propios esfuerzos. Ha de haber actividad unida a una firme confianza en Dios.

La economía es necesaria en todos los departamentos de la obra del Señor. La actitud natural de la juventud de estos días es descuidar y despreciar la economía y confundirla con la

tacañería y la estrechez. Pero la economía concuerda con los puntos de vista y sentimientos más amplios y liberales; no puede haber verdadera generosidad donde no se la práctica. Nadie debiera pensar que es denigrante estudiar la economía y las mejores maneras de disponer de las migajas. Dijo Cristo: “Recoged los pedazos que sobraron, para que no se pierda nada”. (Juan 6:12)

Una cantidad considerable de dinero se puede gastar en cuentas de hotel que no son de ninguna manera necesarias. La causa de Dios era tan preciosa para los pioneros de este mensaje, que raras veces tomaban una comida en un hotel, aunque costaba apenas unos veinticinco centavos cada una. Pero, en general, los hombres y mujeres jóvenes no están enseñados a economizar, y hay desperdicio sobre desperdicio por dondequiera. Algunas familias desperdician en forma tan vil que alcanzaría para sostener a otra familia si se practicara una economía razonable. Si al viajar, nuestra juventud llevara cuenta exacta del dinero que gasta, artículo tras artículo, sus ojos se abrirían para ver las pérdidas. Aunque no les toque privarse

de comidas calientes, como lo hicieron los primeros obreros en su vida ambulante, aprenderán a suplir sus verdaderas necesidades con menos gasto del que ahora creen necesario. Hay personas que practican la abnegación limitando sus gastos lo más que pueden. Sería bueno que todos nuestros obreros imitaran su ejemplo de sacrificio y abnegación.

Tenemos una gran obra que hacer por el Maestro: abrir la Palabra de Dios ante los que están en las tinieblas del error. Amigos jóvenes, actuad como quienes tienen un encargo sagrado. Debéis ser estudiantes de la Biblia, siempre listos a dar a cada persona que os pregunte la razón de la esperanza que hay en vosotros. Mediante vuestra dignidad, demostrad evidencia de que sabéis que tenéis una verdad que a la demás gente le conviene oír. Si esta verdad está compenetrada en el alma, se manifestará en el rostro y en el comportamiento, mediante un sosegado y noble dominio propio y una paz que solamente un cristiano es capaz de poseer.

Los que poseen una humildad genuina y cuyas mentes han sido expandidas por las verdades desplegadas en el Evangelio, tendrán una influencia que se sentirá. Impresionarán las mentes y los corazones y la mayoría de la gente los respetará, aun los que no simpaticen La importancia de la obra del colportaje 393 con su fe. Con las verdades bíblicas y nuestros valiosos periódicos, tendrán éxito porque el Señor allanará el camino ante ellos. Pero el ofrecer a la gente nuestras revistas como obsequios y premios no ejercerá influencia permanente para el bien. Si nuestros obreros actuaran dependiendo de las verdades bíblicas, del amor de Cristo y del amor por las almas en sus corazones, lograrían más al obtener suscriptores permanentes que si dependieran de premios y bajos precios. La importancia que se da a estos incentivos para que el público adquiera la revista da la impresión de que ésta no posee ningún mérito. Los resultados serían mejores si se diera la importancia a la publicación misma y se reservara el dinero destinado a los premios para distribuir Números gratuitos. Cuando se ofrecen premios, algunos deciden comprar la

revista que de otra manera no la hubieran comprado, pero otros rehusarán suscribirse porque piensan que es una especulación. Si el colportor presentara los valores de la revista en sí, con su corazón puesto en el Señor para obtener el éxito, dependiendo menos de los premios, lograría mucho más.

En estos días se alaba y exalta lo trivial. Hay interés en cualquier cosa que despierte sensación y se venda bien. El país está inundado de publicaciones totalmente sin valor, escritas con miras lucrativas, mientras que los libros verdaderamente valiosos no se venden ni se leen. Los que manejan esta literatura sensacionalista, porque al hacerlo ganan salarios más elevados, están pasando por alto una preciosa oportunidad de obrar el bien. Hay batallas que librar para ganar la atención de hombres y mujeres e interesarlos en libros verdaderamente valiosos que tienen la Biblia como fundamento; y será una lucha aún mayor encontrar obreros concienzudos y temerosos de Dios que entren en el campo para diseminar estos libros con el propósito de esparcir la luz.

El obrero que tiene la causa de Dios en el corazón no insistirá en recibir el salario más elevado. No sostendrá, como algunos jóvenes lo han hecho, que a menos que pueda presentarse con una apariencia elegante y a la moda, y alojarse en los mejores hoteles, no está dispuesto a trabajar. Lo que el colportor necesita no es indumentaria impecable, o la palabra del petimetre o el payaso, sino la honestidad e integridad de carácter que se refleja en el rostro. La bondad y la gentileza se dibujan en el rostro, y el ojo experto no ve engaño, no vislumbra ostentación en el comportamiento.

Muchos han entrado en el campo como colportores, para quienes los premios son el único medio de alcanzar el éxito. No tienen verdadero mérito como obreros. No tienen experiencia en la religión práctica; tienen las mismas faltas, el mismo gusto y la misma complacencia propia que los caracterizaba antes de que afirmaran ser cristianos. De ellos se pudiera decir que Dios no está en sus pensamientos; él no mora en su corazón. Hay una pequeñez, una mundanalidad,

una degradación en su carácter y comportamiento, que dan testimonio contra ellos de que están siguiendo el camino de su propio corazón y andando a la vista de sus propios ojos. No practican la abnegación, sino que están determinados a gozar la vida. El tesoro celestial no tiene atractivo para ellos; todas sus preferencias son de abajo, y no de arriba. Los amigos y familiares no pueden tener en alto a tales personas, porque éstas no están dispuestas a despreciar el mal y escoger el bien.

Mientras menos confiemos en estas personas, que no son pocas sino muchas, mejor aparecerá la obra de la verdad presente ante el mundo. Nuestros hermanos deben mostrar discreción en la selección de colportores, a menos que hayan decidido dejar que la verdad sea mal entendida y mal representada. Deben darles buena paga a todos los que son obreros de verdad; pero la suma no debe aumentarse para comprar colportores, porque este procedimiento les hace daño. Los vuelve egoístas y despilfarradores. Procurad impresionarlos con el espíritu de la verdadera obra misionera y con las

calificaciones necesarias para asegurar el éxito. El amor de Jesús en el alma hará que el colportor considere un privilegio trabajar para esparcir la luz. Estudiará, trazará planes y orará para recibir la dirección divina.

Se necesitan jóvenes que sean hombres de entendimiento, que aprecien las facultades intelectuales que Dios les ha dado, y que las cultiven con el mayor cuidado. El ejercicio engrandece estas facultades y si no se descuida el cultivo del corazón, el carácter resultará equilibrado. Los medios para lograr el mejoramiento están al alcance de todos. Entonces, que ninguno defraude al Maestro cuando él venga buscando fruto y se le presenten sólo hojas. Una determinación firme, santificada por la gracia de Cristo, hará maravillas. Jesús y los santos ángeles darán el éxito a los esfuerzos de hombres que temen a Dios y que hacen todo lo que está a su alcance para salvar almas. Silenciosamente, con modestia, con el corazón rebosando de amor, procuren convencer a otros para que investiguen la verdad, dando estudios bíblicos cuando les sea

posible. Al hacerlo sembrarán semillas de verdad a orillas de las aguas, anunciando las virtudes de Aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable. Los que están haciendo esta obra en base a buenos motivos, están realizando un ministerio importante. No manifestarán un carácter débil e indeciso. Sus mentes están creciendo, sus modales refinándose cada vez más. No debieran poner límites a su mejoramiento, antes cada día deben hacerse más aptos para realizar una buena obra.

Muchos de los obreros en el campo del colportaje no están haciendo ningún sacrificio. Como grupo, tienen menos espíritu misionero que los obreros de cualquier otra denominación. Cuando el camino ha sido bien preparado para ellos, cuando pueden disfrutar de los salarios más elevados, entonces están dispuestos a entrar en el campo. A los vendedores se les presentan muchos incentivos para distribuir libros populares; se les ofrecen grandes salarios; y muchos rehúsan trabajar por menos salario para diseminar libros que tratan sobre la verdad presente. Por lo tanto, se

aumentan los incentivos para competir con los que ofrecen otras publicaciones y como consecuencia, el precio al público resulta elevado; muchos de los colportores obtienen el dinero con facilidad y lo gastan libremente.

Entre el pueblo que profesa la verdad presente no existe un espíritu misionero que corresponda a nuestra fe. El temple del oro puro falta en el carácter. La vida cristiana es más de lo que ellos piensan. No consiste en mera gentileza, paciencia, mansedumbre y bondad. Estas virtudes son esenciales; pero hacen falta también el valor, la fuerza, la energía y la perseverancia. Muchos que hacen la obra de colportaje son débiles. No tienen valor, carecen de espíritu, y se desaniman con facilidad. No tienen empuje. No poseen los rasgos positivos de carácter que infunden al hombre el poder de hacer algo, el espíritu y la energía que encienden el entusiasmo. La obra del colportor es una tarea honorable y no debiera actuar como si se avergonzara de ella. Si desea que sus esfuerzos tengan éxito, debe tener valor y confianza.

Deben cultivarse tanto las virtudes activas como las pasivas. El cristiano, aunque está siempre dispuesto a dar la blanda respuesta que aparta la ira, debe poseer el valor de un héroe para resistir el mal. Con el amor que todo lo sufre, debe tener la fuerza de carácter que hará de su influencia un poder en favor del bien. La fe debe fraguarse en su carácter. Sus principios han de ser sólidos; debe ser una persona de espíritu noble, fuera del alcance de toda sospecha y vileza. El colportor no ha de ser infatuado. Al asociarse con los hombres, no debiera hacerse conspicuo, hablando de sí mismo con jactancia; porque si procede así, disgustaría a la gente inteligente y sensata. No ha de ser egoísta en sus hábitos ni altanero y dominante en sus maneras. Muchos han decidido en sus mentes que no pueden encontrar tiempo para leer uno de los diez mil libros que se publican y sacan al mercado. Y en muchos casos, cuando el colportor da a conocer el motivo de su visita, la puerta del corazón se cierra firmemente; de ahí la gran necesidad de hacer su obra con tacto y con un espíritu humilde y de oración. Debe estar familiarizado con la Palabra de Dios y tener palabras a su disposición para

desenvolver la preciosa verdad y demostrar el gran valor del material de lectura que ofrece.

Todos podrían sentir muy bien la responsabilidad individual de esta obra. Cada uno podría muy bien considerar cómo atraer mejor la atención, pues su manera de presentar la verdad puede decidir el destino de un alma. Si da una impresión favorable, su influencia puede ser para esa alma un sabor de vida para vida; y esa sola persona, iluminada por la verdad, puede iluminar a muchas otras. Por lo tanto, es peligroso hacer una labor descuidada al tratar con las mentes.

La obra del colportaje es el medio que Dios usa para alcanzar a muchos que de otra manera no serían impresionados con la verdad. Es una obra buena, el objetivo es elevado y ennoblecedor; y debiera haber una correspondiente dignidad en la conducta. El colportor encontrará mentes de diversas clases. Conocerá personas ignorantes y degradantes que no aprecian nada más que el dinero. Estas serán ofensivas, pero él debe ignorarlas. Nunca debe fallar su buena disposición;

debe enfrentar las dificultades con gozo y esperanza. Se encontrará con personas enlutadas, abatidas, doloridas y heridas en espíritu. Tendrá muchas oportunidades de hablarles palabras bondadosas y expresiones de ánimo, esperanza y fe. Puede ser un manantial que refresque a los demás si así lo desea; pero para hacerlo deberá él mismo beber de la Fuente de la verdad viva.

La obra del colportaje es más importante de lo que muchos la han considerado, y se debe tener mucho cuidado y sabiduría al emplear y seleccionar hombres para este ministerio. A los jóvenes se los puede preparar para que hagan un trabajo mejor del que se ha realizado y con menos pago que el que muchos han recibido. Levantad el estandarte y que los desinteresados y abnegados, los que aman a Dios y a la humanidad, se unan al ejército de obreros. Que vengan, no esperando comodidad, sino con valor y buen ánimo puedan enfrentar los desprecios y dificultades. Que vengan los que puedan rendir un buen informe de nuestras publicaciones, porque ellos mismos aprecian su valor.

Que el Señor ayude a todos a mejorar hasta lo sumo los talentos que se les han encomendado. Los que trabajan en esta causa no estudian sus Biblias como debieran. Si lo hicieran, sus enseñanzas prácticas surtirían un buen efecto en sus vidas. No importa cuál sea vuestra obra, queridos hermanos y hermanas, hacedla para el Maestro y haced lo mejor que podáis. No paséis por alto las oportunidades de oro presentes y no permitáis que vuestra vida sea un fracaso mientras os sentáis ociosamente soñando con la comodidad y el éxito en una obra para la cual Dios nunca os ha capacitado. Haced la obra que esté a vuestro alcance. Hacedla, aunque sea en medio de peligros y penurias en el campo misionero; pero os ruego, no os quejéis de las dificultades y de los sacrificios personales. Considerad a los valdenses. Ved qué planes trazaron ellos para que la luz del Evangelio pudiera brillar en las mentes entenebrecidas. No debemos trabajar con miras a recibir nuestra recompensa en esta vida, sino con nuestros ojos fijos tenazmente en el premio que se nos otorgará al fin de la jornada. Se necesitan ahora hombres y

mujeres que sean tan fieles al deber como la brújula al polo, hombres y mujeres que trabajen sin que sea necesario que se les suavice el camino y se saquen los obstáculos.

He descrito lo que los colportores deben ser; y quiera el Señor abrir sus mentes para que comprendan este tema en todas sus dimensiones, y que reconozcan su deber de representar el carácter de Cristo por medio de su paciencia, valor e integridad constantes. Que no olviden que pueden negarlo a través de un carácter débil e indeciso. Jóvenes, si lleváis estos principios con vosotros al campo del colportaje, seréis respetados; y muchos creerán la verdad que profesáis, porque vivís vuestra fe, porque vuestra vida cotidiana es como una luz brillante puesta sobre un candelero, que alumbra a todos los que están en la casa. Aun vuestros enemigos, por más que les hagan la guerra a vuestras doctrinas, os respetarán; y cuando hayáis logrado todo esto, vuestras palabras sencillas tendrán poder y llevarán la convicción a los corazones.

Capítulo 48

La obra de publicaciones

Hay y siempre habrá mucha incertidumbre relacionada con la oficina de publicaciones de Battle Creek, Míchigan. Las instituciones que se han establecido allí son instrumentos de Dios para realizar su obra en la tierra. Por esta razón Satanás está en el lugar ejerciendo sus tácticas para confundir y turbar. Se allega con sus tentaciones a los hombres y mujeres que están conectados con estas instituciones, sea que estén en puestos de responsabilidad o haciendo el trabajo más humilde, y si es posible los entrampa de tal forma con sus artificios, que pierden su conexión con Dios, no razonan en forma juiciosa y se vuelven incapaces de discernir entre el bien y el mal. El sabe que ciertamente llegará el tiempo cuando se manifestará el espíritu que ha controlado la vida, y se complace en ver que las vidas de estas personas no dan testimonio de ser colaboradores con Cristo.

Muchos de los que han alcanzado la edad y la

estatura de la adultez son deficientes en los elementos que constituyen un carácter noble y viril, de modo que no se puede depender de ellos. Algunos están conectados con nuestras instituciones. Tienen influencia, pero es de carácter perjudicial, porque raras veces se ejerce al lado del bien. A la vez que profesan piedad, su ejemplo tiende constantemente a fomenta la impiedad. El escepticismo se va entretejiendo en sus pensamientos; lo expresan en palabras y usan sus facultades para pervertir la piedad, la verdad y la justicia. Sus mentes están controladas por Satanás, y él obra por su medio para desmoralizar y traer confusión. Mientras más agradables y atractivas sean sus maneras, más ricamente estén dotados de brillantes talentos, más efectivos serán como agentes en las manos del enemigo de toda justicia para desmoralizar a todos los que caigan bajo su influencia. Se encontrará que es una tarea dura e ingrata evitar que estas personas se conviertan en un poder dominante llevando a cabo sus propios propósitos y fomentando el desorden y las bajas pasiones.

La juventud que se expone a su influencia nunca está segura, a menos que los que se encargan de su cuidado practiquen la mayor vigilancia y hayan establecido ellos mismos principios firmes. Pero es triste comprobar que en estos días muchos de los jóvenes ceden con facilidad a la influencia de Satanás y resisten el Espíritu de Dios; y en muchos casos los malos hábitos han quedado tan firmemente establecidos que aun el máximo esfuerzo realizado por los que ejercen vigilancia sobre ellos no lograría amoldar sus caracteres en la forma debida.

Los que ocupan puestos de confianza en la casa publicadora, llevan pesadas responsabilidades, y no están capacitados para estar allí a menos que diariamente adquieran una experiencia cristiana más profunda y digna de confianza. Debiera hacerse de los principios eternos la primera consideración y aceptar de buena voluntad toda influencia que pueda ayudar en la vida espiritual. Los hombres a quienes Dios ha dado cargos de responsabilidad administrativa relacionados con su causa, deben ser de mente espiritual. No debieran

dejar de asistir a las reuniones religiosas ni considerar difícil hablar con frecuencia los unos con los otros acerca de su vida y experiencia religiosa. Dios escuchará sus testimonios; serán registrados en su libro de memoria; y él favorecerá a sus fieles y “los perdonaré, así como el hombre que perdona a su hijo que le sirve”. (Malaquías 3:17)

Los dirigentes que están frente a la obra de publicaciones deben recordar que son un ejemplo para muchos; y deben ser fieles en el culto público de Dios, así como quisieran que los trabajadores de todos los departamentos fuesen fieles. Si se les ve en la casa de Dios sólo ocasionalmente, otros procurarán excusarse a raíz de su descuido. Estos hombres de negocio pueden hablar con facilidad e inteligencia sobre temas comerciales en cualquier tiempo, con lo que demuestran que no en vano han ejercido sus facultades en esa dirección. Han incorporado tacto, destreza y conocimiento en su trabajo; pero cuán importante es que sus corazones, sus mentes y todas sus facultades también se preparen para el fiel servicio en la causa y la

adoración de Dios; que puedan señalar el camino de salvación mediante Jesús con un lenguaje elocuentemente sencillo. Deben ser hombres de fervorosa oración y de firme dependencia de Dios; hombres que como Abraham, gobiernen bien sus casas y que manifiesten interés especial en el bienestar espiritual de todos los que están vinculados con la oficina.

Se puede confiar en los que ponen a Cristo en primer lugar en todo. Que no dependan de sí mismos, ni ahoguen su interés religioso en su negocio. ¿Ha confiado Dios intereses sagrados al hombre? Entonces él espera que sientan su propia debilidad y dependencia de Dios. Es peligroso que los hombres confíen en su propio entendimiento; por lo tanto debieran buscar diariamente de arriba la fuerza y la sabiduría. Dios debe estar en todos sus pensamientos; así todas las asechanzas y sutilezas de la antigua serpiente no podrán inducirlos a un descuido pecaminoso de su deber. Harán frente al adversario con el simple instrumento que Dios usó: “Escrito está”. O bien lo reprenderán con un: “¡Vete Satanás!” (Mateo 4:10)

El único camino seguro lo señaló Jesús en su amonestación: “Velad y orad”. (Mateo 26:41) Hay necesidad de vigilancia. Nuestros propios corazones son engañosos; estamos rodeados de todas las debilidades y flaquezas humanas, y Satanás está decidido a destruir. Nosotros podremos no estar en guardia, pero nuestro adversario nunca está ocioso. Conociendo su infatigable vigilancia, no durmamos, como lo hacen otros, antes “sed, pues, sobrios, y velad en oración”. (1 Pedro 4:7, 5:8) Hay que hacer frente al espíritu y la influencia del mundo, pero no debiera permitirse que éstos se posesionen de nuestra mente y corazón.

El hombre de negocios activo, al entrar en contacto con el mundo, tendrá pruebas, incertidumbres y preocupaciones que producen ansiedad. Encontrará que existe la tendencia a permitir que pensamientos y planes mundanales tomen la delantera, y que requerirá esfuerzo y disciplina de mente y alma mantener un espíritu de devoción. Pero la gracia divina aguarda que la

solicite y su gran necesidad es el poderoso instrumento que prevalecerá ante Dios. Jesús ha hecho una provisión especial para estos hombres. El los invita: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y mi carga ligera”. (Mateo 11:28-30) Aquellos que tienen comunión con Cristo tienen descanso y tranquilidad constante. Entonces, ¿por qué andar solos, despreciando su compañía? ¿Por qué no lo incluimos en nuestros propósitos? ¿Por qué no venimos a él con todas nuestras perplejidades y comprobamos la fuerza de sus promesas?

El Espíritu Santo alumbra nuestra oscuridad, informa nuestra ignorancia, comprende nuestras diversas necesidades y nos ayuda. Pero la mente tiene que estar constantemente buscando a Dios. Si permitimos que entren la frialdad y la mundanalidad, no tendremos deseos de orar ni valor para mirar hacia Aquel que es la fuente de

nuestra fuerza y sabiduría. Entonces, orad en todo momento, estimados hermanos y hermanas, “levantando manos santas, sin ira ni contienda”. (1 Timoteo 2:8) Presentad vuestros pedidos con urgencia ante el trono de la gracia, y depended de Dios hora tras hora y momento tras momento. El servicio de Cristo regulará todas vuestras relaciones con el prójimo y hará que vuestra vida produzca fruto de buenas obras.

Nadie piense que el egoísmo, la estima o la complacencia de sí mismo son compatibles con el Espíritu de Cristo. Sobre todo hombre o mujer convertido descansa una responsabilidad celestial que no se aprecia debidamente. Los hijos e hijas del Rey celestial no han de adoptar los principios y costumbres del mundo. “Amados, ahora somos hijos de Dios, y todavía no se ha manifestado lo que hemos de ser: pero sabemos que cuando él apareciere, seremos semejantes a él porque lo veremos como él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en él se purifica, así como él es puro”. (1 Juan 3:3) Pero el mundo no nos conoce, porque no conocieron a Cristo, nuestro Maestro.

En la oficina de la Review se necesitan gerentes empresariales que representen correctamente a Jesús y el plan de salvación. Dios no se complace cuando ellos emplean todas sus facultades en empresas mundanales, o en negocios que tienen que ver con la misma obra de publicaciones, y no hacen nada para fortalecer a su iglesia y edificar su reino. Trabajar para Dios y la salvación de las almas es el llamado más elevado y noble que el hombre jamás haya recibido o pueda recibir. Las pérdidas y las ganancias en este aspecto son de gran importancia; porque los resultados no terminan con esta vida, sino que se extienden hacia la eternidad.

Hermanos, no importa a qué clase de negocio estéis dedicados, o a qué departamento de la obra estéis asignados, llevad vuestra religión con vosotros. Dios y el cielo no deben faltar en la experiencia y obra de la vida. Los obreros en esta causa deben guardarse de no convertirse en hombres unilaterales, dejando que se vea solamente el aspecto mundanal de su carácter. En el pasado

hubo fracasos decididos de parte de hombres conectados con la oficina. No han sido personas de mente espiritual y su influencia no ha tendido a conducir hacia la Canaán celestial, sino más bien de vuelta a Egipto.

El hermano P ha sido bendecido con habilidades, las cuales, si las consagrase al Señor, lo capacitarían para hacer mucho bien. Tiene una mente despierta. Comprende la teoría de la verdad y los requerimientos de la ley de Dios; pero no ha aprendido en la escuela de Cristo la mansedumbre y humildad que lo convertirían en un hombre del cual se pudiera depender en un puesto de confianza. Ha sido pesado en las balanzas del santuario y hallado falto. Ha recibido gran luz mediante amonestaciones y reprensiones; pero no les ha hecho caso; ni siquiera ha visto la necesidad de cambiar su proceder. Su ejemplo ante el personal de la oficina no ha sido consecuente con su profesión; ha sido un hombre con características de niño, y su influencia ha hecho que otros se alejen de Cristo y contemporicen con el mundo.

La cruz de Cristo le ha sido presentada al hermano P; pero él se ha apartado de ella, porque significa vergüenza y deshonra, en lugar de honor y halago para el mundo. Vez tras vez Jesús ha llamado: Toma tu cruz y sígueme para que seas mi discípulo. Pero otras voces han estado llamando en la dirección del orgullo y la ambición mundanal; y él ha escuchado esas voces porque el espíritu de las mismas es más agradable al corazón natural. Se ha apartado de Jesús, se ha divorciado de Dios y abrazado al mundo. Fue llamado para que representara a Jesús y fuese una luz brillante en el mundo; pero ha traicionado su cometido sagrado. El mundo se interpone entre su alma y Jesús, y ha tenido una experiencia mundana cuando debió haber recibido otra de un carácter totalmente opuesto. Ha sido resueltamente mundano en sus gustos y opiniones y por consiguiente no ha sido capaz de comprender las cosas espirituales.

El éxito del hermano P en el ministerio, y también en su puesto de confianza en la oficina, dependía del carácter que mantuviese. Era menester un esfuerzo esmerado y perseverante para

que en su salida y en su entrada delante de sus compañeros de trabajo no diera ningún mal ejemplo. El plan que debió haberse trazado, el derrotero que debió haberse seguido, están claramente delineados en la Palabra de Dios. Si él hubiera hecho caso a la Palabra, ella hubiese sido una luz a su camino, guiando sus pies inexpertos por una senda segura. Vez tras vez se han enviado testimonios del Espíritu de Dios, indicándole de qué manera se estaba desviando del camino trazado para la marcha de los redimidos del Señor. Fue amonestado y se le rogó que cambiara de rumbo. Pero a él le pareció bien seguir sus propios caminos; y ha seguido su inclinación, haciendo caso omiso a la luz que se le ha dado. No era un consejero digno de confianza. No era un hombre de confianza en la oficina; ni tampoco era un pastor de confianza, porque hacía descarriar a las ovejas. Ha predicado excelentes discursos; pero fuera del púlpito no ha observado los principios que predicaba. Esta clase de obra es una ofensa contra Dios.

La unión del hermano P con el mundo ha

demostrado ser una trampa tanto para él mismo como para los demás. Oh, ¡cuántos son los que tropiezan por causa de vidas como la suya! Tienen la idea equivocada de que después de dar los primeros pasos de la conversión, el arrepentimiento, la fe, el bautismo, eso es todo lo que se requiere de ellos. Pero éste es un error fatal. La lucha ardua por la conquista del yo, por la santidad y por el cielo, es una lucha de toda la vida. Esta es una guerra sin cuartel; hay que hacer un esfuerzo continuo y perseverante. La integridad cristiana deberá buscarse con indomable energía y mantenerse con propósito firme y decidido.

Una experiencia religiosa que es genuina, se desarrolla y se intensifica. El avance continuo, el conocimiento creciente de la Palabra de Dios y su aplicación con poder, son los resultados naturales de una conexión viva con Dios. La luz del amor santo va en aumento hasta llegar al pleno día. El hermano P tuvo el privilegio de tener una experiencia como ésta; pero no tenía el aceite de la gracia en su lámpara, y su luz se ha estado apagando. Si no cambia decididamente pronto, se

encontrará en un lugar donde ni las amonestaciones ni los ruegos podrán alcanzarlo. Su luz se extinguirá en las tinieblas, y quedará abandonado a la desesperación.

La importancia de la economía

El hermano P es bueno para los negocios en algunos ramos de la obra, lo cual lo capacitará para servir en la oficina de manera aceptable; pero él no se ha educado ni disciplinado para ser gerente de empresa eficiente. Bajo su cargo ha habido graves olvidos; ha exisLa tido mucho desorden y falta de organización que deben corregirse pronto. Hay muchos pequeños detalles relacionados con la obra que no han sido atendidos, y por consiguiente han causado desperdicio. Se permiten pérdidas y derroches que pudieran evitarse.

He pasado por la oficina y se me ha mostrado cómo los ángeles de Dios ven la obra que se hace en los diversos departamentos. En algunos las cosas andan mejor, pero en todos hay algo que podría mejorarse. Pérdidas y más pérdidas es lo

que se ve en muchos departamentos. La manera descuidada en que algunos trabajan resulta en pérdidas para la oficina y es una ofensa para Dios. Es triste que tenga que ser así. Jesús nos ha dado lecciones de economía. “Recoged los pedazos”, dice él, “para que no se pierda nada”. (Juan 6:12) Hubiera sido mejor no iniciar tantas grandes empresas si se iban a pasar por alto tantos detalles pequeños, porque las cosas pequeñas son como tornillos que evitan que la maquinaria se desarme. La Palabra de Dios explica el deber; traza la regla del servicio fiel. “El que es fiel en lo muy poco, también es fiel en lo mucho; y el que es injusto en lo muy poco, también es injusto en lo mucho”. (Lucas 16:10)

Se me ha mostrado que además de la mano de obra que ahora hay en la oficina, se deben emplear hombres competentes para colaborar en la administración de los diferentes departamentos de la obra. Deben emplearse hombres que tengan experiencia en los negocios y sean administradores sabios. Hubiera sido mejor en el pasado haber empleado a hombres que fuesen gerentes

concienzudos, hombres que hubieran enseñado el cumplimiento, la prontitud y la economía a los demás aunque hubiera sido necesario pagarles un salario doble de lo que se ha estado pagando a los supervisores. El hermano R es deficiente en este sentido; no corrige los defectos de una manera apropiada. Intenta hacerlo, pero deja muchas cosas sin realizar que debieran reformarse de inmediato. En la oficina ha hecho falta un economista cuidadoso, un hombre de negocios cabal. Se está perdiendo tres veces más de lo que se necesitaría para pagar por el mejor talento y experiencia en esta obra.

Se pierde mucho por falta de una persona competente, alguien que sea eficiente, apto y práctico para supervisar los diferentes departamentos de la obra. Hace falta una persona que sea impresor práctico y que esté familiarizado con todos los aspectos de la obra. Hay algunos que conocen bien el trabajo de las prensas, pero que son totalmente ineficientes en asuntos de administración. Otros hacen lo mejor que pueden, pero carecen de experiencia y no comprenden la

obra de publicaciones. A menudo sus ideas son estrechas. No saben cómo atender las demandas de la causa; y por consiguiente, son incapaces de calcular las ventajas y desventajas implicadas en la ampliación de su obra. Están propensos a errar en su juicio, a hacer cálculos erróneos, y evaluaciones incorrectas. Ha habido pérdidas debido a que dejaron de hacerse evaluaciones apropiadas y a que no se aprovecharon debidamente las oportunidades de darle empuje a la obra de publicaciones. En una institución como ésta, pueden perderse miles de dólares por causa de cálculos indebidos hechos por personas incompetentes. En cierto sentido, el hermano P tenía la capacidad de comprender y tomar en cuenta debidamente los intereses de la obra de publicaciones, pero su influencia causó daño a la oficina.

Debiera haber alguien que se ocupe de que los jóvenes que ingresen a la oficina para aprender oficios reciban atención esmerada y apropiada. Para este trabajo debiera emplearse a un hombre que tenga capacidad para enseñar, que sea paciente, bondadoso y perceptivo. Si es que no basta un solo

hombre para hacer esta obra, se podrían emplear otros más. Si se hace esto con fidelidad, le ahorrará a la oficina los salarios de tres personas. Estos jóvenes están formando hábitos que afectarán su experiencia total. Están por así decirlo, en una escuela; y si se los deja solos para que capten conocimientos como mejor puedan, se verán marcados defectos en toda su obra futura. En ellos deben colocarse los fundamentos de la prontitud, la honradez y la integridad. La formación de hábitos correctos cuando se es joven es de importancia capital. Si en lugar de ser preparados en la obediencia de normas y reglas y en hábitos de puntualidad, cumplimiento, aseo, orden y economía, se les permite formar hábitos impropios y laxos, se verán propensos a retener estos malos rasgos durante toda su vida. Puede ser que tengan el talento necesario para tener éxito en los negocios, de modo que debe enseñárseles la importancia de hacer uso correcto de sus facultades. También se les debiera enseñar a ser económicos y a “recoger los pedazos” para que nada se desperdicie.

Los que ocupan puestos de responsabilidad no deben intentar hacer más de lo que pueden llevar a cabo en forma concienzuda, presta y buena; porque si esperan que los que están bajo su cuidado formen hábitos correctos, tienen que dar un buen ejemplo. Una gran responsabilidad descansa sobre estos dirigentes con respecto al carácter que están impartiendo a los jóvenes mediante sus principios y su forma de trabajar. Debieran considerar que por medio de la instrucción que imparten, tanto la que se relaciona con su trabajo como la educación religiosa, están ayudando a los jóvenes a formar el carácter. El progreso es la consigna. A los jóvenes se les debe enseñar a apuntar hacia la perfección en cualquiera de los ramos de la obra a que estén dedicados. Si hay encargados de departamentos que no son cumplidores, ahorrativos, sabios en el uso del tiempo, ni cuidadosos en su influencia, amoldan a otros de la misma manera. Si éstos no cambian después de haber sido amonestados, deben ser despedidos y deben conseguirse personas más competentes, aunque sea necesario hacerlo repetidamente. Los obreros deberían ser más eficientes y fieles de lo que son ahora.

Las primeras impresiones, la primera disciplina de estos jóvenes obreros, deben ser del orden más elevado porque sus caracteres se están formando para el presente y para la eternidad. Los supervisores de estos jóvenes deben recordar que tienen una responsabilidad grande y solemne. Que amolden la arcilla plástica antes que se endurezca y se haga insensible a las impresiones; que enderecen el arbolito antes de que se convierta en roble torcido y enredado; que encaucen el riachuelo antes que se convierta en un río caudaloso. Si a los jóvenes se les permite escoger su propio alojamiento y sus propios compañeros, algunos escogerán los que son buenos y otros escogerán malas compañías. Si no se mezcla el elemento religioso en su educación, se convertirán en fáciles presas de la tentación y sus caracteres estarán propensos a deformarse y desequilibrarse. Los jóvenes que manifiestan respeto por las cosas sagradas y santas aprenden dichas lecciones bajo el techo de su hogar, antes de que el mundo haya puesto su marca sobre el alma, la imagen del pecado, el ensaño y la deshonestidad. El amor para

con Dios se aprende en el altar de la familia, del padre y de la madre en la primera infancia.

Tristemente, se siente la falta de influencia religiosa en la oficina; debiera haber una devoción mayor, más espiritualidad, más religión práctica. La obra misionera hecha aquí por hombres y mujeres que temen a Dios sería acompañada de los mejores resultados. El proceder del hermano R no agrada a Dios. Un hombre que ocupa un puesto como el suyo debiera ser fervoroso y piadoso; debiera figurar entre los primeros en asuntos religiosos. Su única seguridad está en mantener una conexión viva con Dios y sentir su dependencia de él. Sin esto, no hará justicia a su puesto, ni tampoco ejercerá una influencia correcta en la oficina ni en las personas con quienes se relaciona en sus negocios.

También he visto que se debiera hacer una investigación cuidadosa de la forma como se trata en la oficina, tanto a los hermanos como a los no creyentes. La benevolencia, la pureza, la verdad y la paz son frutos que se debieran ver allí.

Examínense minuciosamente las motivaciones y acciones y compárense con la ley de Dios; porque esta ley es la única regla infalible para regir la conducta, el único código de honor de confianza entre los hombres.

La unidad de la obra

El Señor espera que haya unión entre los que dirigen su obra en las diferentes partes del campo. Los que dirigen su obra en la costa del Pacífico, y los que lo hacen al este de las Montañas Rocosas, deben estar unidos en pensamiento y criterio, en sentimientos, planes y acción. El no quiere que nadie en ninguna de las dos oficinas piense que es una virtud estar en desacuerdo con los hermanos de la otra casa publicadora. Debiera haber intercambio de opiniones, de planes e ideas; y si se sugieren cambios en cualquiera de las dos oficinas, que los gerentes consideren las propuestas y adopten los mejores planes y métodos. En ambas casas publicadoras hay que hacer grandes mejoras, y los gerentes tienen mucho que aprender. Y la lección que dejará una impresión más resuelta y feliz para

el progreso de la obra, es que dependan menos de su propio entendimiento y aprendan más de la mansedumbre y humildad de Cristo. Que los que están en las dos oficinas no sean tan egoístas, tan desemejantes a Cristo, que se aferran a sus planes sólo por darse el gusto de hacer su propia voluntad, sin importarles las consecuencias.

Los administradores que están vinculados con nuestra oficina de publicaciones de Battle Creek no son ni la sombra de lo que debieran ser. Piensan que sus preferencias, hábitos y opiniones son correctos. Están constantemente en peligro de estrechar sus mentes y envidiar a la Pacific Press; de mantener una actitud de crítica y de albergar sentimientos de superioridad. Se permite que este sentimiento crezca y dañe y estorbe sus propios intereses y también la obra en la costa del Pacífico, todo porque los sentimientos egoístas ejercen el control e impiden que haya un claro discernimiento de lo que les conviene, lo cual es para su propio bien y para el adelanto de la causa de Dios. Este sentimiento regionalista es contrario al Espíritu de Cristo. A Dios no le agrada, él quiere que sea

vencido completamente. La causa es una; la viña es un gran campo, con los siervos de Dios empleados en diversas secciones de su obra. No debiera haber otro propósito que el de trabajar desinteresadamente para amonestar a los incautos y salvar a los perdidos.

Los que están vinculados con la obra de Dios en la oficina, el sanatorio y el colegio, han de considerarse dignos de confianza hasta donde hayan asimilado el carácter de Cristo. Pero muchos han heredado rasgos de carácter que de ninguna manera representan al divino Modelo. Hay muchos que tienen un defecto de carácter que recibieron de nacimiento y que nunca han vencido; sin embargo, lo han acariciado como si fuera el más fino oro y lo han incorporado dentro de su experiencia cristiana. En muchos casos estos rasgos son retenidos durante toda la vida. Por algún tiempo pareciera que no ocasionan ningún mal; sin embargo, la levadura está obrando y cuando se presenta una oportunidad favorable, el mal se manifiesta.

Algunos de estos hombres que tienen marcadas

deformidades de carácter, poseen opiniones fuertes y determinadas y son intransigentes, cuando serían como Cristo si cedieran ante los demás, cuyo amor por la causa de la verdad es tan profundo como el de ellos mismos. Cuando se vinculan a una empresa importante, cuando grandes planes se han de trazar, deben tener cuidado de que sus propias ideas peculiares y rasgos de carácter particulares no ejerzan influencia desfavorable en el desarrollo de los mismos. El Señor vio el peligro que resulta cuando la mente y el criterio de un solo hombre controlan las decisiones y trazan los planes, y en su Palabra inspirada se nos ordena que nos sometamos los unos a los otros y que estimemos a otros más que a nosotros mismos. Cuando se vayan a trazar planes que afecten la causa de Dios, deberán presentarse ante un concilio compuesto de hombres de experiencia escogidos, porque el esfuerzo hecho en armonía es esencial para la buena marcha de todas estas empresas.

Hombres de diversos temperamentos y caracteres defectuosos pueden ver las faltas de los demás, pero parecen no tener conocimiento de sus

propios errores; y si se les permite llevar a cabo sus planes personales, sin consultar con los demás, cometerán graves errores. Sus ideas tienen que ensancharse. En la naturaleza humana común y corriente hay egoísmo y ambición que dañan la obra de Dios. El interés personal debe perderse de vista. No debiera procurarse ocupar el primer lugar, ni mantenerse apartado de los obreros de Dios, hablando y escribiendo de manera arrogante acerca de asuntos que no se han investigado juiciosamente y con oración, ni presentado con humildad ante el concilio.

El mundo del futuro, con sus acontecimientos solemnes inalterables, está muy cercano, y hay una obra muy grande que realizar, muchas decisiones importantes que hacer; sin embargo, en vuestros concilios, las ideas y planes egoístas, los rasgos viles de carácter heredados, son introducidos y se les permite ejercer su influencia. Deberíais siempre sentir que es pecado actuar en base a impulsos. No debierais abusar de vuestro poder, empleándolo para llevar a cabo vuestros propósitos personales, sin importaros las consecuencias que acarrearían

sobre los demás, sólo porque ocupáis un puesto que os permite hacerlo así; pero debierais tomar la autoridad que os ha sido dada como un cometido sagrado y solemne, recordando que sois siervos del Altísimo y que en el día del juicio tendréis que dar cuenta de cada decisión que hagáis. Si vuestros hechos son desinteresados y para la gloria de Dios, soportarán aguda prueba. La ambición es la muerte para el progreso espiritual, el ingenio yerra, la indolencia insensible es criminal, pero una vida que respeta todo justo principio será de mucho éxito.

Muchos de vuestros concilios no llevan el sello celestial. No venís a ellos como hombres que han estado en comunión con Dios y que tenéis el mismo pensamiento y misericordiosa compasión que él, sino como hombres que tienen el firme propósito de llevar a cabo sus propios planes y solucionar los asuntos conforme a sus propias ideas. Es preciso que en cada departamento de la obra se tenga el mismo pensar y el mismo espíritu de Cristo. Sois obreros de Dios; y debéis poseer cortesía y gentileza, de lo contrario no podéis

representar a Jesús.

Todos los que están empleados en nuestras instituciones deben darse cuenta de que serán una bendición o una maldición. Si desean ser una bendición, tendrán que renovar su fuerza espiritual cada día; tendrán que ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia.

En medio de los cuidados de una vida activa, es a veces difícil discernir nuestras propias motivaciones, pero a diario se hace progreso hacia el bien o el mal. Los gustos (las preferencias) y las aversiones, los sentimientos personales sublevados, se abrirán paso para controlar nuestras acciones; las cosas sensuales nos cegarán. Se me ha mostrado que Jesús nos ama; pero se apena al ver la falta tan grande que hay de discernimiento y adaptabilidad en el trabajo, de sabiduría para llegar a los corazones y de identificación con los sentimientos de las demás personas. Aunque debemos cuidarnos del peligro constante de formar alianza con los enemigos de Cristo y dejarnos corromper por ellos,

debemos guardarnos de apartamos del todo de los que el Señor reclama como suyos. “En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis”. (Mateo 25:40) Si con un propósito serio y amante aprovechamos cada oportunidad para ayudar a levantar a los que han caído, nuestra vida no habrá sido en vano. Nuestros modales no serán ásperos, imponentes ni dictatoriales, sino que nuestras vidas tendrán la fragancia de la gracia de Cristo.

Nuestro Padre celestial requiere que sus siervos le correspondan conforme a la medida que les ha encargado, y sus requerimientos son razonables y justos. No aceptará menos de nosotros de lo que exige; todas sus justas demandas tienen que cumplirse plenamente, o darán testimonio contra nosotros de que hemos sido pesados en la balanza y hallados faltos. Pero Jesús observa nuestros esfuerzos con el mayor interés. El sabe que los que hacen su obra son hombres que llevan todas las enfermedades de la humanidad y toma nota de sus fracasos y desilusiones con la mayor compasión. Pero los fracasos y defectos pudieran ser menores

de lo que son ahora. Si marchamos en armonía con el cielo, los ángeles ministradores trabajarán con nosotros y coronarán nuestros esfuerzos con éxito.

Este es el gran día de la preparación, y la obra solemne que se está llevando a cabo arriba en el santuario debe mantenerse siempre ante la mente de los empleados de nuestras diversas instituciones. No debe permitirse que los afanes de los negocios absorban el pensamiento de tal manera que la obra que se está llevando a cabo en el cielo, que concierne a cada individuo, sea considerada con liviandad. Las escenas solemnes del juicio, del gran día de la expiación, han de mantenerse ante la atención del pueblo y grabarse en sus conciencias con ahínco y poder. El tema del santuario nos dará una visión correcta de la importancia de la obra para este tiempo. La apreciación correcta del mismo hará que los obreros de nuestras casas publicadoras muestren mayor energía y celo en sus esfuerzos por dar éxito a la obra. Que ninguno se vuelva descuidado y ciego a las necesidades de la causa y los peligros a que está expuesta cada alma. Que procure cada uno ser un canal de luz.

En nuestras instituciones hay demasiado del yo, y muy poco de Cristo. Los ojos de todos deben estar fijos en el Redentor; el carácter de todos debiera ser como el suyo. El es el Modelo que debe imitarse, si queremos tener mentes y caracteres bien equilibrados. Su vida era como huerto del Señor, en el que crecía todo árbol agradable a la vista y bueno para comer. A la vez que albergaba en su alma todo precioso rasgo de carácter, su sensibilidad, su cortesía y amor, lo hacían allegarse con simpatía a la humanidad. El era el Creador de todas las cosas, el que sustenta a los mundos por su poder infinito. Los ángeles estaban dispuestos a rendirle homenaje y obedecer su voluntad. Sin embargo, era capaz de escuchar el balbuceo de un bebé y aceptar una alabanza infantil. Tomaba en sus brazos a los niños y los reclinaba en su pecho amoroso. Ellos se sentían perfectamente cómodos en su presencia, no queriendo salirse de sus brazos. El no veía las desilusiones y aflicciones de la humanidad como cosas de poca importancia, sino que su corazón siempre se conmovía por los sufrimientos de los que había venido a salvar.

El mundo había perdido su dechado de bondad y se había hundido en una apostasía y corrupción moral universal; y la vida de Jesús fue de esfuerzo dedicado y abnegado para retornar al hombre a su primer estado, infundiéndole el espíritu de divina benevolencia y amor desinteresado. Aunque estaba en el mundo, él no era del mundo. Le ocasionaba continuo dolor tener que entrar en contacto con la enemistad, la depravación e impureza que Satanás había introducido; pero su obra consistía en poner al hombre en armonía con el plan divino y volver a unir la tierra con el cielo; para él no había sacrificio demasiado grande para lograr su objetivo. Fue "tentado en todo como nosotros". Satanás estaba listo para atacarlo a cada paso, lanzándole sus más fieras tentaciones; pero él "no pecó ni fue hallado engaño en su boca". "Fue probado mediante el sufrimiento" (Hebreos 2:18), sufrió conforme a la medida de su perfección y santidad. Pero el príncipe de las tinieblas no halló nada en él; ni un solo pensamiento o emoción respondió a la tentación.

Su doctrina caía como la lluvia; sus palabras destilaban como el rocío. En el carácter de Cristo se mezclaba una majestad nunca antes manifestada en el hombre caído y una humildad que el hombre nunca ha desarrollado. Nunca antes había caminado entre los hombres alguien tan noble, tan puro, tan benévolo, tan consciente de su naturaleza divina; y sin embargo, tan sencillo, tan lleno de planes y buenos propósitos para la humanidad. Aborrecía el pecado, pero lloraba compadecido del pecador. No se agradaba a sí mismo. La Majestad del cielo se revistió de la humildad de un niño. Este es el carácter de Cristo. ¿Estamos nosotros siguiendo sus pisadas? Oh, mi querido Salvador, ¡cuán pobremente te representan tus profesos seguidores!

Capítulo 49

Los negocios y la religión

Los que estan empleados en nuestras diversas instituciones --como casas editoras, escuelas y sanatorios--, deben tener una relación viva con Dios. Es especialmente importante que los obreros que administran estos ramos de la obra sean hombres que den al reino de Dios y su justicia la primera consideración. No son dignos de su posición de confianza, a menos que consulten a Dios y lleven fruto para su gloria. Deben conducirse de tal modo que honren a su Creador, se ennoblezcan ellos mismos y beneficien a sus semejantes. Todos tienen rasgos naturales que deben ser cultivados o reprimidos, puesto que facilitarán o estorbarán el crecimiento en la gracia y la profundidad de la experiencia religiosa.

Los que se dedican a la obra de Dios no pueden servir a esta causa aceptablemente, a menos que usen lo mejor que puedan los privilegios religiosos de que disfrutan. Son como árboles plantados en el

huerto del Señor; y él viene a nosotros buscando el fruto que tiene derecho a esperar. Su ojo ve a cada uno de nosotros; lee nuestro corazón y comprende nuestra vida. Esta es una inspección solemne, porque se refiere al deber y al destino; ¡y con qué interés se cumple!

Pregúntese cada uno de aquellos a quienes han sido confiados cometidos sagrados: “¿Qué ve en mí el ojo escrutador de Dios? ¿Está mi corazón limpio de contaminación, o han llegado a estar tan profanados los atrios de su templo, tan ocupados por compradores y vendedores, que Cristo no halla cabida?” El apresuramiento de los negocios, si es continuo, apagará la espiritualidad, y desterrará a Cristo del alma. Aunque profesen la verdad, si los hombres pasan día tras día sin relación viva con Dios, serán inducidos a hacer cosas extrañas; tomarán decisiones que no concordarán con la voluntad de Dios. No hay seguridad para nuestros hermanos dirigentes mientras avancen según sus propios impulsos. No estarán unidos con Cristo, no obrarán en armonía con él. No podrán ver ni comprender las necesidades de la causa y Satanás

los inducirá a asumir actitudes que estorbarán y molestarán.

Hermanos míos, ¿estáis cultivando la devoción? ¿Se destaca vuestro amor por las cosas religiosas? ¿Estáis viviendo por la fe y venciendo al mundo? ¿Asistís al culto público de Dios? ¿Se oye vuestra voz en las reuniones de oración y testimonio? ¿Celebráis el culto en vuestra familia? ¿Reunís a vuestros hijos mañana y noche y presentáis sus casos a Dios? ¿Les instruís acerca de cómo seguir al Cordero? Si vuestra familia es irreligiosa, testifica de vuestra negligencia e infidelidad. Si, mientras estáis relacionados con la causa sagrada de Dios, vuestros hijos son negligentes, irreverentes y no tienen amor por las reuniones religiosas ni la verdad sagrada, es algo triste. Una familia tal ejerce influencia contra Cristo y la verdad; pues dice Cristo: “El que no es conmigo, contra mí es” (Mateo 12:30)

La negligencia religiosa en el hogar, el descuidar la educación de los hijos, es algo que desagrada mucho a Dios. Si uno de vuestros hijos

estuviese en el río, luchando con las ondas, y en inminente peligro de ahogarse, ¡qué conmoción se produciría! ¡Qué esfuerzos se harían, qué oraciones se elevarían, qué entusiasmo se manifestaría para salvar esa vida humana! Pero aquí están vuestros hijos sin Cristo, y sus almas no están salvas. Tal vez son hasta groseros y descorteses, un oprobio para el nombre adventista. Perecen sin esperanza y sin Dios en el mundo, y vosotros sois negligentes y despreocupados.

¿Qué ejemplo dais a vuestros hijos? ¿Qué orden tenéis en casa? Debéis enseñar a vuestros hijos a ser bondadosos, serviciales, accesibles a las súplicas, y sobre todo lo demás respetuosos de las cosas religiosas, y deben sentir la importancia de los requerimientos de Dios. Se les debe enseñar a respetar la hora de la oración; se debe exigir que se levanten por la mañana para estar presentes en el culto familiar.

Los padres y las madres que ponen a Dios en primer lugar en su familia, que enseñan a sus hijos que el temor del Señor es el principio de la

sabiduría, glorifican a Dios delante de los ángeles y delante de los hombres, presentando al mundo una familia bien ordenada y disciplinada, una familia que ama y obedece a Dios, en lugar de rebelarse contra él. Cristo no es un extraño en sus hogares; su nombre es un nombre familiar, venerado y glorificado. Los ángeles se deleitan en un hogar donde Dios reina supremo, y donde se enseña a los niños a reverenciar la religión, la Biblia y al Creador. Las familias tales pueden aferrarse a la promesa: “Yo honraré a los que me honran”. (1 Samuel 2:30) Y cuando de un hogar tal sale el padre a cumplir sus deberes diarios, lo hace con un espíritu enternecido y subyugado por la conversación con Dios. El es cristiano, no sólo en lo que profesa, sino en sus negocios y en todas sus relaciones comerciales. Hace su trabajo con fidelidad, sabiendo que el ojo de Dios está sobre él.

En la iglesia su voz no guarda silencio. Tiene palabras de gratitud y estímulo que pronunciar; porque es un cristiano que crece, tiene una experiencia renovada cada día. Es un obrero activo en la iglesia, y ayuda, trabajando para la gloria de

Dios y la salvación de sus semejantes. Se sentiría condenado y culpable delante de Dios si no asistiese al culto público y no aprovechase los medios que le habilitan para prestar un servicio mejor y más eficaz en la causa de la verdad.

Dios no queda glorificado cuando los hombres de influencia se transforman en meros negociantes, o ignoran los intereses eternos, que son más duraderos, y son tanto más nobles y elevados que los temporales. ¿Dónde debiera ejercerse el mayor tacto y habilidad, sino en las cosas imperecederas, tan duraderas como la eternidad? Hermanos, desarrollad vuestro talento para servir al Señor; manifestad tanto tacto y capacidad al trabajar para la edificación de la causa de Cristo como lo hacéis en las empresas mundanales.

Lamento decir que hay gran falta de fervor e interés en las cosas espirituales, de parte de las cabezas de muchas familias. Hay algunos que se encuentran rara vez en la casa de culto. Presentan una excusa, luego otra, y aun otra, por su ausencia; pero la verdadera razón es que su corazón no tiene

inclinación religiosa. No cultivan un espíritu de devoción en la familia. No crían a sus hijos en la enseñanza y la admonición del Señor. Esos hombres no son lo que Dios quisiera que fuesen. No tienen relación viva con él; son puramente negociantes. No tienen espíritu conciliador; hay tanta falta de mansedumbre, bondad y cortesía en su conducta que sus motivos se prestan a ser mal interpretados, y hasta se habla mal del bien que realmente poseen. Si pudiesen darse cuenta de cuán ofensiva es su conducta a la vista de Dios, harían un cambio.

La obra de Dios debiera ser hecha por hombres que tienen una experiencia diaria y viva en la religión de Cristo. “Sin mí --dice Cristo--, nada podéis hacer”. (Juan 15:5) Ninguno de nosotros está libre del poder de la tentación. Todos los que están relacionados con nuestras instituciones, nuestras asociaciones y empresas misioneras, pueden estar siempre seguros de que tienen un poderoso enemigo, cuyo objeto constante consiste en separarlos de Cristo, su fuerza. Cuanto mayor sea la responsabilidad del puesto que ocupan, tanto

más feroces serán los ataques de Satanás; porque él sabe que si puede inducirlos a seguir una conducta censurable, otros seguirán su ejemplo. Pero los que están continuamente aprendiendo en la escuela de Cristo, podrán seguir un camino moderado, y los esfuerzos de Satanás para desequilibrarlos serán derrotados.

La tentación no es pecado. Jesús era santo y puro; sin embargo fue tentado en todo como nosotros, pero con una fuerza y un poder que nunca el hombre tendrá que soportar. En su resistencia triunfante, nos ha dejado un hermoso ejemplo, a fin de que sigamos sus pisadas. Si tenemos confianza en nosotros mismos y nos consideramos justos, se nos dejará caer bajo el poder de la tentación; pero si miramos a Jesús y confiamos en él, invocaremos en nuestra ayuda un poder que ha vencido al enemigo en el campo de batalla, y con toda tentación nos dará una vía de salida. Cuando Satanás viene como una inundación, debemos arrostrar sus tentaciones con la espada del Espíritu, y Jesús nos ayudará y levantará bandera contra él. El padre de la mentira tiembla cuando la verdad de

Dios, con poder ardiente, le es arrojada a la cara.

Satanás hace cuanto puede para apartar de Dios a la gente; y tiene éxito cuando la vida religiosa está ahogada en las actividades comerciales, cuando puede absorber de tal manera la mente con los negocios que no se toma tiempo para leer la Biblia, para orar en secreto, para mantener ardiente sobre el altar mañana y noche la ofrenda de alabanza y agradecimiento. ¡Cuán pocos se dan cuenta de las trampas del gran engañador! ¡Cuántos ignoran sus designios!

Cuando nuestros hermanos se ausentan voluntariamente de las reuniones religiosas, cuando no piensan en Dios ni le veneran, cuando no le eligen como su consejero y su fuerte torre de defensa, ¡cuán pronto los pensamientos seculares y la perversa incredulidad penetran en su vida y la vana confianza y la filosofía acuden a reemplazar la fe humilde y confiada! Con frecuencia se estiman las tentaciones como la voz del verdadero Pastor, porque los hombres se han separado de Jesús. No pueden estar seguros un momento, a

menos que alberguen buenos principios en el corazón, y los apliquen en toda transacción comercial.

“Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, demándela a Dios, el cual da a todos abundantemente, y no zahiere; y le será dada”. (Santiago 1:5) Esta promesa es de más valor que el oro o la plata. Si con corazón humilde buscamos la dirección divina en toda dificultad y perplejidad, tenemos la promesa de su Palabra de que obtendremos misericordiosa respuesta. Y su palabra nunca faltará. El cielo y la tierra pasarán, pero su palabra nunca pasará. Confiemos en el Señor, y nunca seremos confundidos o avergonzados. “Mejor es esperar en Jehová que esperar en hombre. Mejor es esperar en Jehová que esperar en príncipes”. (Salmos 118:8, 9)

Cualquiera sea la posición que ocupemos en la vida, cualquiera sea nuestro quehacer, debemos ser bastante humildes para sentir nuestra necesidad de ayuda; debemos apoyamos implícitamente en las enseñanzas de la Palabra de Dios, reconocer su

providencia en todas las cosas, y ser fieles en expresar en oración el sentimiento de nuestras almas. Apoyaos en vuestro propio entendimiento, amados hermanos, mientras os abrís paso en el mundo, y cosecharéis tristeza y desilusión. Confiad en el Señor con todo vuestro corazón, y él guiará vuestros pasos con sabiduría, y vuestros intereses estarán seguros para este mundo y para el venidero. Necesitáis luz y conocimiento. Tomaréis consejo de Dios o de vuestro corazón; andaréis a la luz de las chispas de vuestro propio fuego, u os allegaréis a la luz divina del Sol de justicia.

No actuéis por motivos de política. El gran peligro de nuestros hombres de negocios y de los que ocupan puestos de responsabilidad, es que lleguen a apartarse de Cristo para obtener alguna ayuda fuera de él. Pedro no habría sido abandonado hasta revelar tanta debilidad e insensatez, si no hubiese buscado, por el acomodo o la política, evitar el oprobio y el desprecio, la persecución y el ultraje. Sus más altas esperanzas estaban concentradas en Cristo; pero cuando le vio humillado, dejó penetrar la incredulidad en su

corazón. Cayó bajo el poder de la tentación, y en vez de mostrar su fidelidad en la crisis, negó perversamente a su Señor.

A fin de ganar dinero, muchos se separan de Dios e ignoran sus intereses eternos. Siguen la misma conducta que el hombre mundano, maquinador; pero Dios no está en esto, es una ofensa para él. El quisiera que ellos fuesen prontos para idear y ejecutar planes; pero todos los asuntos comerciales deben ser manejados en armonía con la gran ley moral de Dios. Los principios del amor a Dios y al prójimo deben ser aplicados en todos los actos de la vida diaria, tanto en los más pequeños como en los más grandes. Debe haber un deseo de hacer más que pagar el diezmo de la menta, el anís y el comino; y las cosas mayores de la ley: el juicio, la misericordia y el amor de Dios, no deben ser descuidadas; porque el carácter personal de todo aquel que está relacionado con la obra deja su impresión sobre ella.

Hay hombres y mujeres que lo han dejado todo por Cristo. Consideraron sus propios intereses

temporales, su propio goce de la sociedad y la familia, de menor importancia que los intereses del reino de Dios. No dieron a las casas y tierras, a los parientes y amigos, por queridos que fueran, el primer lugar en sus afectos, para dejar el segundo a la causa de Dios. Los que hacen esto, que dedican su vida al progreso de la verdad, a traer muchos hijos e hijas a Dios, tienen la promesa de que recibirán cien veces tanto en esta vida, y en el mundo venidero la vida eterna. Los que trabajan desde un punto de vista noble y con motivos abnegados serán consagrados a Dios, en cuerpo, alma y espíritu. No ensalzarán al yo; no se sentirán competentes para asumir responsabilidades; pero no se negarán a llevar las cargas, porque tendrán el deseo de hacer cuanto pueden hacer. No estudiarán su propia conveniencia; lo que ellos preguntan es: ¿Cuál es mi deber?

Cuanta más responsabilidad implique el puesto, tanto más esencial es que la influencia sea correcta. Cada hombre a quien Dios eligió para hacer una obra especial viene a ser blanco de Satanás. Las tentaciones le apremiarán de todas partes; porque

nuestro vigilante enemigo sabe que su conducta ejerce una influencia que modela a otros. Estamos en medio de los peligros de los últimos días, y Satanás ha descendido con grande ira, sabiendo que le queda poco tiempo. Trabaja con toda operación de iniquidad; pero el cielo está abierto para todo aquel que confía en Dios. La única seguridad para cualquiera de nosotros consiste en aferrarnos a Jesús, y en no permitir que cosa alguna separe al alma de su poderoso Ayudador. Los que tienen solamente una forma de piedad, y, sin embargo, están relacionados con la causa en forma comercial, han de ser temidos. Traicionarán seguramente su cometido. Serán vencidos por los designios del tentador y harán peligrar la causa de Dios. Serán tentados a dejar predominar el yo; se despertará en ellos un espíritu intolerante y censurador, y en muchos casos carecerán de consideración y compasión hacia aquellos a quienes se necesitaría tratar con ternura reflexiva.

“Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará”. (Gálatas 6:7) ¿Qué semilla estamos esparciendo? ¿Cuál será nuestra siega para el

tiempo y la eternidad? A cada hombre el Maestro le ha asignado su trabajo, según su capacidad. ¿Estamos sembrando la semilla de verdad y justicia, o la de incredulidad, desafecto, malas sospechas y amor al mundo? El que esparce mala semilla puede discernir la naturaleza de su obra, y arrepentirse y ser perdonado. Pero el perdón del Maestro no cambia el carácter de la semilla sembrada, ni hace de los cardos y espinas trigo precioso. El sembrador puede ser salvado como a través del fuego; pero cuando llegue el tiempo de la siega, habrá solamente cizaña venenosa donde debieran ondear campos de trigo. Lo que se sembró con perversa negligencia hará su obra de muerte. Este pensamiento entristece mi corazón. Si todos los que profesan creer la verdad sembrasen las preciosas semillas de bondad, amor, fe y valor, habría melodía para Dios en su corazón mientras van recorriendo el camino hacia arriba, y se regocijarían en los brillantes rayos del Sol de justicia, y en el día de la gran reunión final recibirían una recompensa eterna.

Capítulo 50

El espíritu del mundo es una trampa

Estimados hermano y hermana P,

Mi alma se entristece en extremo al repasar vuestro caso. Anoche mi mente estaba profundamente preocupada. En sueño conversaba con usted, hermano P. Su separación de Dios era tan evidente, y su ceguedad concerniente a su verdadera condición tan grande, que tratar de hacerle discernir su verdadero estado era como decirle a un ciego que viese.

No he podido dormir desde las tres, y he implorado a Dios que me dé una medida mayor de su Espíritu. Una y otra vez me pregunto: ¿Quién da abasto a estas cosas? No me atrevo a permanecer en silencio cuando Dios me ha impartido luz. Tengo que hablar; no obstante, lo hago estremecida por temor a que el mensaje sea rechazado y que las

almas para quienes va dirigido queden envueltas en una oscuridad más densa que la que los rodeaba antes de que recibiesen la luz. Es menester que me allegue a Jesús. He puesto mi mano en la suya, orando con fervor: “Dirígeme, condúceme; no poseo la sabiduría necesaria para proceder sola”. Siento que Jesús está muy cerca de mí; tengo la profunda impresión de que él está a punto de hacer una obra especial en favor de su pueblo, particularmente por aquellos que obran por medio de la Palabra y la doctrina. El está dispuesto a ayudaros a los dos, si es que vosotros estáis dispuestos a recibir la ayuda como él la disponga, pero no puedo pronunciaros ni una palabra de ánimo mientras os mantengáis en vuestra presente posición. Las palabras que Cristo dirigió a los fariseos, “y no queréis venir a mí para que tengáis vida” (Juan 5:40), se aplican a vosotros.

Ojalá pudiéramos hacer algo para ayudaros; pero mientras permanezcáis en el cauce mundanal en que os habéis colocado, ¿qué se puede hacer por vosotros? Amáis al mundo, y el mundo os ama a vosotros porque, en lo que se refiere a una vida

práctica de consagración, no hay ninguna separación entre vosotros y los mundanos. Al parecer de ellos, vosotros sois simpáticos, inteligentes y buenos; ven en vosotros dos lo que a ellos les agrada. Os han encomiado y hablado cosas suaves, y de esa manera os han logrado halagar y consolar; y vosotros a la vez los habéis halagado y consolado a ellos en su indiferencia descuidada de lo que Dios requiere de ellos. Habéis alentado su orgullo y amor por el placer; porque por vuestras acciones le habéis dicho al pecador: “Todo te irá bien”. Al relacionaros con los mundanos, vuestro discernimiento se ha pervertido; y los pecados que Dios abomina son a vuestro parecer inocuos e inofensivos.

Temo en gran manera que por vuestra justicia propia estáis erigiendo barreras que nada podrá derribar. No habéis estado más cerca de Dios, ni haciendo más sus obras, ni más llenos de su Espíritu, que los profesos cristianos de las iglesias nominales. No habéis tenido una verdadera comprensión de la santidad del sábado, y Dios no ha aceptado vuestra observancia de su día santo.

No habéis tenido verdadera consagración, ni sincera devoción. Dios no ha sido honrado por ninguno de vosotros; no lo habéis conocido por experiencia propia. Habéis caminado lejos de él tanto tiempo que es casi un extraño para vosotros. Las cosas espirituales se disciernen espiritualmente; pero habéis cultivado gustos y hábitos mundanales por tanto tiempo que no os será fácil inclinar vuestra mente en otra dirección.

Pensaréis: “Duras palabras son éstas; ¿quién las puede oír?” (Juan 6:60) Pero el mundo no puede comprender al pueblo de Dios. No existe armonía entre los hijos de luz y los hijos de las tinieblas. Pregunta Pablo: “¿Y qué armonía Cristo con Belial? ¿O qué parte el creyente con el incrédulo? ¿Y qué concordia entre el santuario de Dios y los ídolos? Porque vosotros sois el santuario del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Por lo cual, salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os acogeré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis por hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso”. (2

Corintios 6:15-18) Juan da el siguiente testimonio: “Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser, pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza puesta en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro” (1 Juan 3:2-3) Santiago pregunta: “¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios”. (Santiago 4:4)

Jesús dijo a sus discípulos: “Si me amáis, guardad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de la verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros”. “El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él. Le dijo Judas (no el Iscariote): Señor, ¿cómo es que te manifestarás a nosotros, y no al mundo? Respondió

Jesús y le dijo: El que me ama, guardará mi palabra; y mi Padre le amará, e iremos a él, y haremos morada con él. El que no me ama, no guarda mis palabras". (Juan 14:15-17; 21-24)

Las palabras de Cristo no hallan respuesta en vosotros, porque se han cegado vuestros ojos y endurecido vuestros corazones. En los libros del cielo ambos estáis registrados como si fueseis del mundo. A veces se conmueven vuestros corazones, pero no lo suficiente para llevaros al arrepentimiento y a un cambio de proceder. El mundo ha cautivado vuestros afectos y sus costumbres son de mayor agrado para vosotros que la obediencia hacia el Maestro divino.

El ejemplo que dais a vuestros hijos no está en ninguna manera de acuerdo con la verdad que decís amar. La verdad no os santifica ni a vosotros ni a ellos. Amáis el placer egoísta; y las lecciones que enseñais a vuestros hijos mediante el precepto y el ejemplo no han sido del carácter necesario para alentar en ellos la humildad, la mansedumbre y una disposición semejante a la de Cristo. Los estáis

amoldando conforme a la norma del mundo. Cuando Jesús abra ante vuestra vista los libros de registro, donde día tras día vuestras palabra y hechos han sido fielmente anotados, os daréis cuenta de, que la vida de ambos ha sido un terrible fracaso.

No me es posible determinar cómo os haya afectado vuestra reciente aflicción; pero si ha tenido el poder de abrir vuestros ojos y traer convicción a vuestras almas, entonces ciertamente seguiréis un curso que dé evidencia de ello. Sin una conversión cabal, nunca podréis recibir la corona de vida eterna, y vuestros hijos nunca tendrán parte con la hueste que ha sido lavada en la sangre [de Cristo], a menos que desaprendan las lecciones que les habéis enseñado y que se han hecho parte de su vida y carácter. Vuestro ejemplo los ha llevado a pensar que la religión es como una vestimenta que se puede poner o quitar según lo requiera la ocasión o lo dicte la conveniencia; y a menos que haya un cambio total en las influencias que los presionan, estas ideas flojas de lo que Dios requiere se mantendrán adheridas a ellos. Ellos no saben lo

que constituye la vida cristiana; no han aprendido lo que es vivir la verdad y llevar la cruz.

"Si el mundo os aborrece" --dijo Jesús--, "sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros". (Juan 15:18) Habéis acariciado la opinión de que la razón porque el mundo se opone tanto a nosotros como pueblo, es que somos demasiado antisociales, demasiado sencillos en nuestro vestido, y demasiado estrictos en cuanto a las diversiones se refiere, que nos apartamos demasiado del mundo en conducta y normas. Habéis pensado que si fuésemos menos exclusivos y nos relacionásemos más con los mundanos, sus opiniones e impresiones acerca de nosotros cambiarían grandemente. Pero este es el error más grande que pueda afectar la mente humana. Dijo Cristo: "Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, sino que yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece. Acordaos de la palabra que yo os he dicho. El siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán; si han guardado mi palabra, también guardarán la

vuestra. Mas todo esto os harán por causa de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado". (Juan 15:18-21)

Estas son las palabras de uno acerca de quien aun sus enemigos se vieron precisados a admitir: "Nunca habló hombre como éste". (Juan 7:46) Las palabras de los hombres expresan sus propios pensamientos; pero las de Cristo son espíritu y son vida. "Si vosotros permanecéis en mi palabra seréis verdaderamente mis discípulos". (Juan 8:31) "El que es de Dios, escucha las palabras de Dios" (Juan 8:47), pero estas declaraciones divinas no encuentran cabida en el corazón de uno que es del mundo y ama los placeres mundanales.

Dios nos ha dado instrucciones exactas, de manera que no es necesario que ninguno se equivoque. "No sólo de pan vivirá el hombre" --dice él--, "sino de toda palabra que sale de la boca de Dios" (Mateo 4:4) La verdad impartida por la inspiración "es útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia". (2 Timoteo 3:16) El hombre vivirá, no de una sola palabra, no

de muchas palabras, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios. No podéis despreciar ni una palabra, ni un solo mandato que él ha dado, por más liviano que os parezca, y estar seguros. “Por tanto, cualquiera que suprima uno de estos mandamientos, aun de los más insignificantes, y enseñe así a los hombres, será llamado el menor en el reino de los cielos; mas cualquiera que los cumpla y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos”. (Mateo 5:19) Cualquiera que intencionalmente quebrante un mandamiento no podrá en espíritu y en verdad guardar ninguno de ellos. Podrá sostener que con excepción de lo que él considera ser ligeras desviaciones, los guarda todos; sin embargo, si voluntariamente ofende en un punto, es culpable de todos.

Hermano y hermana P, a la vez que habéis estado profesando el cristianismo, habéis retenido parte del precio. Le habéis robado a Dios en pensamiento y devoción; le habéis robado vuestros talentos e influencia. Vuestras inclinaciones os han servido de tropiezo. No habéis seguido la luz que Dios por su gracia os ha dado mediante

testimonios; y habéis hecho cosas que, a no ser que os arrepintáis y experimentéis una reforma, os excluirán del cielo. Si hubieseis atendido las amonestaciones que os envió el Espíritu Santo, ahora estaríais firmes en el Señor y muy avanzados en vuestra experiencia cristiana y hubieseis tenido un registro enteramente distinto en los libros del cielo.

"El que me rechaza, y no recibe mis palabras" --dijo Jesús--, "tiene quien le juzgue; la palabra que he hablado, ella le juzgará en el último día". (Juan 12:48) Cuánta vergüenza y confusión no cubrirá en ese día los rostros de aquellos que recibieron semejante luz y privilegios, para quienes el sacrificio infinito de Cristo puso a su alcance la salvación y que, no obstante, no aprovecharon estos preciosos dones. Por medio de su Palabra, Dios constantemente nos señala el camino correcto, el camino elevado y glorioso de los justos. Los que transitan por este camino no andan en tinieblas, porque está iluminado por el Sol de Justicia; pero vosotros lo habéis rechazado, porque estaba demasiado apartado del mundo. El amor propio y

la ambición egoísta no pueden pasar por la puerta estrecha ni caminar por el sendero estrecho ascendente.

Se descubrirá en el día del ajuste final que Dios conocía a cada uno por nombre. Cada acción de la vida tiene un testigo invisible. “Yo conozco tus obras”, dice Aquel que está “en medio de los siete candeleros”. (Apocalipsis 3:15; 1:13) El sabe qué oportunidades han sido despreciadas, cuán incansables han sido los esfuerzos del buen Pastor para buscar a los que andaban desviados por sendas tortuosas, y para traerlos a la senda de la seguridad y paz. Repetidas veces, Dios ha llamado a los que amaban los placeres, y ha hecho fulgurar la luz de su Palabra a través de su senda, para que pudiesen ver su peligro y escapar. Pero siguen adelante, bromeando mientras van por el camino ancho, hasta que al fin termina su tiempo de gracia. Los caminos de Dios son justos y ecuánimes; y cuando la sentencia sea pronunciada contra aquellos que sean hallados faltos, toda boca quedará cerrada...

Cuán diferentes serían las cosas para vosotros

dos si hubieseis comprendido en su verdadera luz la alabanza y honra que proviene de los hombres. Los dos tenéis más sed de las alabanzas del mundo que del agua de vida. La idea de ser considerados como importantes entre los hombres del mundo os ha embriagado; sus palabras de encomio os han engañado. Cuando deis la debida importancia a los asuntos eternos, la amistad y estima de los ricos y eruditos no ejercerán ninguna influencia sobre vosotros. El orgullo, no importa de qué forma se manifieste, no vivirá más en vuestros corazones. Pero habéis bebido por tanto tiempo del turbio manantial de la mundanalidad que no os parece que haya una manera mejor de vivir.

Una y otra vez Dios ha extendido su mano para salvaros, mostrándoos cuáles sean vuestros deberes y obligaciones. Estos deberes cambian de naturaleza según haya aumentado la luz. Cuando la luz brilla, manifestando y reprendiendo errores que fueron expuestos, debe haber un cambio correspondiente en la vida y el carácter. Hay errores que eran el resultado natural de la ignorancia, o fallos en el discernimiento; pero a

menos que se lleve a cabo una reforma decidida conforme a la luz impartida, entonces se convierten en pecados de presunción. La oscuridad moral que os rodea se hará cada vez más densa; vuestros corazones se endurecerán cada vez más, y causaréis mayor ofensa ante la vista de Dios. Vosotros no os dais cuenta del peligro en que estáis, el peligro que existe de que en vuestro caso la luz se desvanezca del todo, cubierta por una oscuridad total. Cuando recibáis la luz y la apliquéis, crucificaréis el pecado, moriréis verdaderamente para el mundo y viviréis para Dios. Abandonaréis vuestros ídolos, y vuestro ejemplo estará de parte de la abnegación en lugar de la indulgencia propia.

Hermano y hermana P, si hubieseis hecho caso a los testimonios del Espíritu de Dios, estaríais ahora andando en la luz y en armonía con el pueblo de Dios; pero vuestra incredulidad os ha impedido disfrutar de un gran bien. La hermana P no se ha sublevado en contra de los testimonios, pero tampoco ha demostrado confianza en ellos obedeciéndolos como algo proveniente del Señor.

Le agrada ver que el mundo alabe y honre a su marido; es algo que alimenta el orgullo en ella, el cual no es pequeño en ninguna manera. Los dos podéis con razón preguntaros: “¿Por qué dilato tanto en salir del mundo y apropiarme de Cristo? ¿Por qué he de amar y honrar a quienes sé que no aman a Dios ni respetan sus requerimientos? ¿Por qué razón he de querer retener la amistad de los que son enemigos de mi Señor? ¿Por qué he de seguir sus costumbres y dejarme influir por sus opiniones?” Mis caros amigos, no podéis servir a Dios y a Mammón. Es menester que hagáis una entrega incondicional, de otra manera la luz que ilumina vuestro sendero se desvanecerá en la oscuridad de la desesperación. Estáis en terreno del enemigo. Os habéis colocado allí voluntariamente y el Señor no os protegerá de sus asechanzas.

En vuestro estado presente estáis haciendo mucho más mal que bien; por cuanto poseéis una apariencia de piedad y profesáis creer la verdad, mientras que vuestras palabras y hechos están diciendo: “Ancha es la puerta y espacioso el camino que conduce a la vida y muchos son los

que entran por ella” véase (Mateo 7:14). Si vuestra vida es una confesión de Cristo, entonces podremos a la verdad decir que el mundo se ha ido en pos de él. Vuestra profesión puede ser correcta; empero, ¿poseéis humildad y amor, mansedumbre y devoción? “Cualquiera que me confiese delante de los hombres”, por medio de una vida consagrada y un comportamiento piadoso, “el Hijo del hombre le confesará delante de los ángeles de Dios”. (Lucas 12:8) Nadie puede confesar a Cristo, a no ser que tenga el pensamiento y Espíritu de Cristo; no puede comunicar lo que él mismo no posee. La vida cotidiana ha de ser una expresión del poder santificador de la verdad, y una evidencia de que Cristo habita en el alma por la fe. Todo lo que se oponga al fruto del Espíritu, o a la obra de Dios que separa a su pueblo del mundo, es una negación de Cristo, cuyas palabras son: “Todo aquel que me niegue delante de los hombres, será negado delante de los ángeles de Dios”. (Lucas 12:8-9)

Podemos negar a Cristo por medio de nuestra conversación mudanal o nuestro vestido ostentoso. Tenéis un círculo de amistades que constituyen una

trampa para vosotros y vuestros hijos. Amáis el compañerismo con ellos. A través de vuestra asociación con ellos, os veis impelidos a vestiros vosotros y vuestros hijos conforme a las modas que siguen aquellos que no tienen ningún temor de Dios. De esta manera dais a entender que sois amigos del mundo. “En las muchas palabras no falta pecado”. (Proverbios 10:19) El intercambio con estos amigos, ¿os conduce a visitar el lugar secreto y pedir el poder y la gracia divina, o aleja vuestra mente de Dios? ¿Y qué de vuestros queridos hijos? ¿Qué logra en su favor vuestro olvido de los intereses eternos? Vuestro ejemplo los ha animado a apresurarse por el camino de la vida con presunción descuidada y una confianza propia ciega, no teniendo principios religiosos fijos que los guíen. No tienen un cuidado concienzudo por el sábado, o por lo que Dios requiere de ellos; no tienen amor por los deberes cristianos, y se desvían cada vez más lejos de la Fuente de luz, paz y gozo.

Sin fe es imposible agradar a Dios; porque “todo lo que no es de fe, es pecado”. (Romanos

14:23) La fe que se requiere no es el mero asentimiento a las doctrinas; es la fe que obra por amor y purifica el alma. La humildad, la mansedumbre y la obediencia no son la fe; pero son los efectos o frutos de la fe. Tenéis todavía que alcanzar estas gracias aprendiendo en la escuela de Cristo. No conocéis los sentimientos y los principios del cielo; su lenguaje es casi un lenguaje extraño para vosotros. El Espíritu de Dios intercede todavía en vuestro favor; pero tengo serias y dolorosas dudas acerca de si escucharéis esa voz que ha estado suplicándoos durante años. Espero que la escucharéis, os convertiréis y viviréis.

¿Os parece que es un sacrificio demasiado grande dar vuestras pobres e indignas personas a Jesús? ¿Preferiréis la desesperada servidumbre del pecado y la muerte, en vez de que vuestra vida sea separada del mundo, y unida con Cristo por vínculos de amor? Jesús vive todavía para interceder por nosotros. Esto debe provocar diariamente gratitud en nuestro corazón. El que se da cuenta de su culpabilidad e impotencia, puede venir tal cual es y recibir la bendición de Dios. La

promesa es para aquel que la reciba por fe. El que es, a su propio juicio, rico, honorable y justo, que ve como el mundo, y llama bueno a lo malo y malo a lo bueno, no puede pedir y recibir, porque no siente necesidad alguna. Se siente satisfecho, y por lo tanto se va vacío.

Si os alarmáis por vuestras propias almas, si buscáis a Dios diligentemente, él será hallado de vosotros; pero él no acepta arrepentimiento a medias. Si queréis abandonar vuestros pecados, él está siempre listo para perdonarlos. ¿Queréis entregaros ahora? Miraréis al Calvario y preguntaréis: “¿Hizo Jesús ese sacrificio por mí? ¿Soportó la humillación, la vergüenza y el oprobio, y sufrió la cruel muerte de la cruz, porque deseaba salvarme de los sufrimientos de la culpabilidad y el horror de la desesperación, y hacerme indeciblemente feliz en su reino?” Mirad a Aquel que vuestros pecados atravesaron, y resolved: “El Señor recibirá el servicio de mi vida. Ya no me uniré con sus enemigos; no prestaré ya mi influencia a los rebeldes contra su gobierno. Todo lo que tengo y soy es demasiado poco para

consagrarlo a Aquel que de tal manera me amó que dio su vida por mí, toda su persona divina por un ser tan pecaminoso y errante". Separaos del mundo. Colocaos completamente de parte del Señor. Seguid luchando hasta las puertas y obtendréis gloriosas victorias.

Bienaventurado es aquel que escucha las palabras de vida eterna. Guiado por "el Espíritu de verdad", será conducido a toda verdad. No será honrado, amado y alabado por el mundo; pero será precioso a la vista del Cielo. "Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, que seamos llamados hijos de Dios: por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoce a él". (1 Juan 3:1)

Capítulo 51

Los deberes del médico

“El principio de la sabiduría es el temor de Jehová”. (Proverbios 1:7) Los profesionales, cualquiera que sea su vocación, necesitan sabiduría divina. Pero el médico necesita especialmente esa sabiduría para tratar con toda clase de mentes y enfermedades. Ocupa un puesto de responsabilidad aun mayor que la del ministro del Evangelio. Está llamado a ser colaborador con Cristo, y necesita sólidos principios religiosos, y una firme relación con el Dios de la sabiduría. Si recibe consejo de Dios, el gran Médico colaborará con sus esfuerzos; y procederá con la mayor cautela, no sea que por su trato equivocado perjudique a algunas de las criaturas de Dios. Será tan fiel a los principios como una roca, aunque bondadoso y cortés con todos. Sentirá la responsabilidad de su cargo, y su práctica de la medicina indicará que le mueven motivos puros y abnegados, y un deseo de adornar la doctrina de Cristo en todas las cosas. Un médico tal poseerá una dignidad nacida del cielo, y será en

el mundo un agente poderoso para el bien. Aunque no lo aprecien los que no estén relacionados con Dios, será honrado del cielo. A la vista de Dios será más precioso que el oro de Ofir.

El médico debe ser un hombre estrictamente temperante. Las dolencias físicas son innumerables y él tiene que tratar la enfermedad en sus diversas manifestaciones. Debe darse cuenta de que mucho del sufrimiento que él procura aliviar es el resultado de la intemperancia y otras formas de complacencia propia. Le toca atender tanto a jóvenes, adultos en el apogeo de su vida como a personas de edad avanzada, que se han acarreado a sí mismos la enfermedad por el uso del tabaco. Si es un médico inteligente, podrá averiguar la causa de la enfermedad; pero a menos que él mismo no use tabaco, vacilará en poner el dedo sobre la llaga y revelar fielmente a sus pacientes la causa de su enfermedad. No logrará convencer a los jóvenes de la necesidad de vencer el hábito antes de que se arraigue. Si él mismo usa la mala hierba, ¿cómo le será posible presentar ante la juventud inexperta sus efectos nocivos, no solamente en ellos, sino

también en quienes los rodean?

En esta época, el uso de tabaco es casi universal. Mujeres y niños sufren teniendo que respirar la atmósfera que ha sido contaminada por la pipa, el cigarro o el aliento fétido del que usa tabaco. Los que viven en este ambiente siempre estarán achacosos, y el médico fumador está siempre recetando alguna medicina para curar las dolencias que podrían remediarse si se descartara el tabaco.

Los médicos no pueden cumplir sus deberes con fidelidad hacia Dios o a su prójimo mientras se inclinen ante el ídolo del tabaco. ¡Cómo ofende al enfermo el aliento del que usa tabaco! ¡Cómo lo rehuyen! Es tan inconsecuente de parte de hombres que se han graduado en escuelas de medicina, y se dicen capaces de ayudar a la humanidad doliente, llevar constantemente con ellos un narcótico tóxico a los cuartos de pacientes enfermos. Y sin embargo, muchos mascan y fuman hasta que la sangre se contamina y el sistema nervioso queda afectado. Es especialmente ofensivo ante la vista

de Dios que los médicos que son capaces de hacer mucho bien, y que profesan creer la verdad de Dios para este tiempo, cedan a este hábito tan repugnante. Las palabras del apóstol Pablo se aplican a ellos: “Así que, amados, puesto que tenemos estas promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios”. (2 Corintios 7:1) “Así que, hermanos, os exhorto por las misericordias de Dios, a que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro servicio de adoración espiritual”. (Romanos 12:1)

Los que usan tabaco no pueden ser obreros aceptables en la causa de la temperancia debido a que no hay consecuencia alguna en su afirmación de que son hombres temperantes. ¿Cómo pueden hablarle al hombre que está destruyendo su razón y su vida por medio del consumo del licor, cuando sus propios bolsillos están llenos de tabaco, y anhelan estar desocupados para mascar, fumar y escupir a sus anchas? ¿Cómo pueden con consecuencia alguna implorar por reformas

morales ante consejos de sanidad y desde tribunas de temperancia, cuando ellos mismos están bajo el estímulo del tabaco? Si han de tener poder para influir sobre el pueblo para que venzan el amor por los estimulantes, sus palabras tendrán que brotar con aliento sano de labios limpios.

De todos los hombres del mundo, el médico y el ministro deben practicar hábitos estrictamente temperantes. El bienestar de la sociedad requiere de ellos una abstinencia total, porque su influencia en todo momento cuenta en favor o en contra de la reforma moral y del mejoramiento de la sociedad. Es pecado deliberado de parte de ellos ignorar las leyes de salud o mostrarse indiferentes a ellas, porque se los tiene como hombres más sabios que los demás. Esto se aplica especialmente al médico en cuyas manos se encomienda la vida humana. Se espera que no tenga ningún hábito que debilite sus fuerzas vitales.

¿Cómo puede un ministro o médico que usa tabaco criar a sus hijos en disciplina y amonestación del Señor? ¿Cómo puede desaprobar

en su niño lo que él mismo hace? Si realiza la obra que el Soberano del universo le ha encomendado, se opondrá a la iniquidad en todas sus formas y niveles; ejercerá su autoridad e influencia en favor de la abnegación y de una estricta y constante obediencia a los justos requerimientos de Dios. Su propósito será colocar a sus hijos en las condiciones más favorables para asegurar la felicidad en esta vida y una mansión en la ciudad de Dios. ¿Cómo podrá hacer esto mientras cede a la complacencia del apetito? ¿Cómo podrá colocar los pies de los demás en la escala del progreso mientras él mismo transita por el camino descendente?

Nuestro Salvador nos dejó un ejemplo de abnegación. En su oración por los discípulos dijo: “Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos estén santificados en la verdad”. (Juan 17:19) Si un hombre que asume una responsabilidad tan seria como lo es la de un médico, peca contra su propia persona al no conformarse a las leyes de la naturaleza, cosechará las consecuencias de sus propios hechos y tendrá

que someterse a su justo fallo, contra el cual no hay apelación posible. La causa produce el efecto; y en muchos casos el médico, que debe tener una mente clara y despierta, y nervios estables para poder discurrir con rapidez y ejecutar con precisión, tiene en cambio nervios alterados y su cerebro empañado por los narcóticos. Sus capacidades para hacer el bien quedan disminuidas. Conducirá a otros por el sendero que sus propios pies recorren. Centenares seguirán el ejemplo de un médico intemperante, pensando que están seguros al hacer lo que hace el médico. Y en el día del Señor, éste hará frente al registro de su procedimiento y se le pedirá que rinda cuenta del bien que pudo haber hecho pero que no hizo, porque por causa de su propia acción voluntaria, debilitó sus facultades físicas y mentales por medio de su complacencia egoísta.

La pregunta no es qué está haciendo el mundo, sino qué están haciendo los profesionales acerca de la maldición difundida y prevaleciente del uso de tabaco. ¿Seguirán en pos de la razón inteligente los hombres a quienes Dios ha dotado de inteligencia y que ocupan puestos de confianza sagrada? ¿Están

dispuestos a dar buen ejemplo estos hombres responsables que tienen bajo su cuidado a personas que por influencia de ellos pueden ser dirigidas por un camino bueno o malo? ¿Enseñarán la obediencia hacia las leyes que gobiernan el organismo físico por medio del precepto y el ejemplo? Si no le dan un uso práctico al conocimiento que tienen de las leyes que gobiernan nuestro ser, si prefieren la gratificación del momento a la sanidad de la mente y el cuerpo, no son aptos para que sean encomendadas en sus manos las vidas de otros. Están bajo el deber de mantener en alto la dignidad de la hombría que Dios les ha dado, libres de la esclavitud del apetito o la pasión. El hombre que masca tabaco y fuma se hace daño no sólo a sí mismo, sino a todos los que caen bajo el círculo de su influencia. Si es menester extender un llamado a un médico, pásese por alto al que usa tabaco. No será buen consejero. Si bien la enfermedad tiene su origen en el tabaco, se verá tentado a prevaricar y atribuirla a otra causa, porque ¿cómo va a incriminarse a sí mismo en el ejercicio diario de su profesión?

Hay muchas maneras de practicar el arte de sanar; pero hay una sola que el cielo aprueba. Los remedios de Dios son los simples agentes de la naturaleza, que no recargarán ni debilitarán el organismo por la fuerza de sus propiedades. El aire puro y el agua, el aseo y la debida alimentación, la pureza en la vida y una firme confianza en Dios, son remedios por cuya falta millares están muriendo; sin embargo, estos remedios están pasando de moda porque su uso hábil requiere trabajo que la gente no aprecia. El aire puro, el ejercicio, el agua pura y un ambiente limpio y amable, están al alcance de todos con poco costo; mientras que las drogas son costosas, tanto en recursos como en el efecto que producen sobre el organismo.

La obra del médico cristiano no acaba al curar las dolencias del cuerpo; sus esfuerzos deben extenderse a las enfermedades de la mente, a salvar el alma. Tal vez no tenga el deber de presentar los puntos teóricos de la verdad a menos que se lo pidan, pero puede conducir a sus pacientes a Cristo. Las lecciones del divino Maestro son

siempre apropiadas. Debe llamar la atención a los quejosos a los indicios siempre renovados del amor y el cuidado de Dios, a su sabiduría y bondad según se manifiestan en sus obras creadas. La mente puede entonces ser conducida por la naturaleza al Dios de la naturaleza, y concentrarse en el cielo que él ha preparado para los que le aman.

El médico debe saber orar. En muchos casos debe intensificar el dolor para salvar la vida; y sea el paciente cristiano o no, siente mayor seguridad si sabe que su médico teme a Dios. La oración dará a los enfermos una confianza permanente; y muchas veces, si sus casos son presentados al gran Médico con humilde confianza, esto hará más para ellos que todas las drogas que se les puedan administrar.

Satanás es el originador de la enfermedad; y el médico lucha contra su obra y poder. Por doquiera prevalece la enfermedad mental. Los nueve décimos de las enfermedades que sufren los hombres tienen su fundamento en esto. Puede ser que alguna aguda dificultad del hogar esté royendo

como un cáncer el alma y debilitando las fuerzas vitales. A veces el remordimiento por el pecado mina la constitución y desequilibra la mente. Hay también doctrinas erróneas, como la de un infierno que arde eternamente y el tormento sin fin de los impíos, que, al presentar ideas exageradas y distorsionadas del carácter de Dios han producido el mismo resultado en las mentes sensibles. Los incrédulos han sacado partido de estos casos desgraciados para atribuir la locura a la religión. Pero ésta es una grosera calumnia, y no les agradará tener que arrostrarla algún día. Lejos de ser causa de locura, la religión de Cristo es uno de sus remedios más eficaces; porque es un calmante poderoso para los nervios.

El médico necesita sabiduría y poder más que humanos para saber atender a los muchos casos aflictivos de enfermedades de la mente y del corazón que está llamado a tratar. Si ignora el poder de la gracia divina, no puede ayudar al afligido, sino que agravará la dificultad; pero si tiene firme confianza en Dios, podrá ayudar a la mente enferma y perturbada. Podrá dirigir sus

pacientes a Cristo, enseñarles a llevar todos sus cuidados y perplejidades al gran Portador de cargas.

Dios ha señalado la relación que hay entre el pecado y la enfermedad. Ningún médico puede ejercer durante un mes sin ver esto ilustrado. Tal vez pase por alto el hecho; su mente puede estar tan ocupada en otros asuntos que no fije en ello su atención; pero si quiere observar sinceramente, no podrá menos que reconocer que el pecado y la enfermedad llevan entre sí una relación de causa a efecto. El médico debe reconocer esto prestamente y actuar de acuerdo con ello. Al conquistar la confianza de los afligidos al aliviar sus sufrimientos, y rescatarlos del borde de la tumba, puede enseñarles que la enfermedad es el resultado del pecado; y que es el enemigo caído el que procura inducirlos a seguir prácticas que destruyen la salud y el alma. Puede inculcar en sus mentes la necesidad de abnegación y de obedecer a las leyes de la vida y la salud. Especialmente en la mente de los jóvenes puede implantar los principios correctos.

Dios ama a sus criaturas con un amor a la vez tierno y fuerte. Ha establecido las leyes de la naturaleza; pero sus leyes no son exigencias arbitrarias. Cada: “No harás”, sea en la ley física o moral, contiene o implica una promesa. Si obedecemos, las bendiciones acompañarán nuestros pasos; si desobedecemos, habrá como resultado peligro y desgracia. Las leyes de Dios están destinadas a acercar más a sus hijos a él. Los salvará del mal y los conducirá al bien, si quieren ser conducidos; pero nunca los obligará. No podemos discernir los planes de Dios, pero debemos confiar en él y mostrar nuestra fe por nuestras obras.

Los médicos que aman y temen a Dios son pocos en comparación con los que son incrédulos y abiertamente irreligiosos. De preferencia se debiera apoyar a los creyentes en vez de los otros. Con sobrada razón debemos desconfiar del médico profano. Está expuesto a la tentación, el astuto diablo le insinuará pensamientos y acciones bajos y solamente el poder de la gracia divina podrá

amortiguar la tumultuosa pasión y fortalecer contra el pecado. No faltará la oportunidad a los pervertidos moralmente de corromper mentes puras. Pero, ¿cómo aparecerá el médico lascivo en el día del Señor? A la vez que profesa cuidar de los enfermos, traiciona una comisión de confianza sagrada. Degrada tanto el alma como el cuerpo de las criaturas de Dios y las encamina por el sendero que lleva a la perdición. ¡Qué terrible es encomendar nuestros seres queridos al cuidado de un hombre impuro que es capaz de envenenar la moral y causar la ruina del alma! ¡Cuán fuera de lugar está el médico incrédulo al pie de la cama de los que mueren!

El médico se ve casi diariamente frente a frente con la muerte. Está, por así decirlo, pisando el umbral de la tumba. En muchos casos, la familiaridad con las escenas de sufrimiento y muerte resulta en descuido e indiferencia para con la desgracia humana y temeridad en el tratamiento de los enfermos. Los tales médicos parecen no tener tierna simpatía. Son duros y abruptos, y los enfermos temen su trato. Esos hombres, por grande

que sea su conocimiento y habilidad, beneficiarán poco a los dolientes; pero si el médico combina el conocimiento del ramo con el amor y la simpatía que Jesús manifestó para con los enfermos, su misma presencia será una bendición. No considerará al paciente como una simple pieza de mecanismo humano, sino como un alma que se puede salvar o perder.

Los deberes del médico son arduos. Pocos se dan cuenta del esfuerzo mental y físico al cual está sometido. Debe alistar toda energía y capacidad con la más intensa ansiedad en la batalla contra la enfermedad y la muerte. A menudo sabe que un movimiento torpe de la mano, que la desvíe en la mala dirección el espacio de un cabello, puede enviar a la eternidad un alma que no está preparada para ella. ¡Cuánto necesita el médico fiel la simpatía y las oraciones del pueblo de Dios! Sus requerimientos en este sentido no son inferiores a los del ministro o misionero más consagrado. Como está muchas veces privado del descanso y del sueño necesarios, y aun de los privilegios religiosos del sábado, necesita una doble porción

de gracia, una nueva provisión diaria de ella, o perderá su confianza en Dios, y el peligro de hundirse en las tinieblas espirituales será mayor para él que para los hombres de otras vocaciones. Y sin embargo, con frecuencia, se le hace objeto de reproches inmerecidos, se lo deja solo, sujeto a las más fieras tentaciones de Satanás, y se siente incomprendido, traicionado por sus amigos.

Muchos, sabiendo cuán penosos son los deberes del médico, y cuán pocas oportunidades tienen los médicos de verse aliviados de cuidados, aun en sábado, no quieren elegir esta carrera. El gran enemigo está procurando constantemente destruir la obra de las manos de Dios, y hombres de cultura y de inteligencia están llamados a combatir este cruel poder. Se necesita que un número mayor de la debida clase de hombres se dedique a esta profesión. Debe hacerse un esfuerzo esmerado para inducir a hombres idóneos a que se preparen para esta obra. Deben ser hombres cuyo carácter se base en los amplios principios de la Palabra de Dios, hombres que posean energía natural, fuerza y perseverancia que los capacitará para alcanzar una

alta norma de excelencia. No cualquiera puede llegar a tener éxito como médico. Muchos han asumido los deberes de esta profesión sin estar preparados en todo sentido. No tienen el conocimiento requerido; tampoco la habilidad ni el tacto, ni el cuidado y la inteligencia necesarios para asegurar el éxito.

Un médico puede hacer una obra mucho mejor si tiene fuerza física. Si es débil, no puede soportar el trabajo agotador que acompaña su vocación. Un hombre que tenga una constitución física débil, que sea dispéptico, o que no tenga perfecto dominio propio, no puede ser idóneo para tratar con toda clase de enfermedades. Debe ejercerse gran cuidado de no alentar a que estudien medicina, con gran costo de tiempo y recursos, ciertas personas que podrían ser útiles en alguna posición de menos responsabilidad, pero que no pueden tener esperanza razonable de alcanzar éxito en la profesión médica.

Algunos han sido escogidos como hombres que podrían ser útiles como médicos, y se les ha

estimulado a que tomasen el curso de medicina. Pero algunos que comenzaron sus estudios como cristianos en las facultades de medicina, no dieron preeminencia a la ley de Dios; sacrificaron los principios y perdieron su confianza en Dios. Les pareció que, solos, no podían guardar el cuarto mandamiento y arrostrar las burlas y el ridículo de los ambiciosos amadores del mundo, superficiales, escépticos e incrédulos. No estaban preparados para arrostrar esta clase de persecución. Tenían ambición de subir más en el mundo, tropezaron en las sombrías montañas de la incredulidad y se volvieron indignos de confianza. Se les presentaron tentaciones de toda clase y no tuvieron fuerza para resistirlas. Algunos de estos hombres se han vuelto deshonestos, maquinadores, y son culpables de graves pecados.

En esta época hay peligro para cualquiera que inicie el estudio de la medicina. Con frecuencia sus instructores son hombres sabios según el mundo y sus condiscípulos incrédulos, que no piensan en Dios, y corre el peligro de sentir la influencia de esas compañías irreligiosas. Sin embargo, algunos

han terminado el curso de medicina, y han permanecido fieles a los principios. No quisieron estudiar en sábado, y demostraron que los hombres pueden prepararse para desempeñar los deberes del médico sin chasquear las expectativas de aquellos que les proporcionaron recursos con que obtener su educación. Como Daniel, honraron a Dios, y él los guardó. Daniel se propuso en su corazón no adoptar las costumbres de las cortes reales; no quiso comer de las viandas del rey ni beber de su vino; buscó en Dios fuerza y gracia, y Dios le dio sabiduría, capacidad y conocimiento sobre los astrólogos, magos y hechiceros del reino. En él se verificó la promesa: “Yo honraré a los que me honran”. (1 Samuel 2:30)

El médico joven tiene acceso al Dios de Daniel. Por la gracia y el poder divinos, puede llegar a ser tan eficiente en su vocación como Daniel en su exaltada posición. Pero es un error hacer de la preparación científica lo de suma importancia y descuidar los principios religiosos que son el mismo fundamento del éxito en el ejercicio de la profesión. A muchos se los alaba como hombres

hábiles en su profesión, a pesar de que desprecian la idea de que necesitan confiar en Jesús para obtener sabiduría en su trabajo. Pero si estos hombres que confían en sus conocimientos de la ciencia fuesen iluminados por la luz del cielo, ¡a cuánta mayor excelencia podrían alcanzar! ¡Cuánto más fuertes serían sus facultades, con cuánta mayor confianza podrían atender los casos difíciles! El hombre que se vincula estrechamente con el gran Médico del alma y del cuerpo, tiene a su disposición los recursos del cielo y de la tierra, y puede obrar con una sabiduría y una precisión infalibles, que el impío no puede poseer.

Aquellos a quienes se ha encomendado el cuidado de los enfermos, bien sea en calidad de médicos o enfermeras, deben recordar que su obra deberá resistir el escrutinio del ojo penetrante de Jehová. No hay campo misionero más importante que aquel que ocupa el médico fiel y temeroso de Dios. No hay otro campo en el que un hombre pueda realizar mayor bien o ganar más joyas que brillarán en la corona de su gozo. Puede llevar la gracia de Cristo, cual suave perfume, a todos los

cuartos de los enfermos que visite; puede llevar el verdadero bálsamo sanador al alma enferma de pecado, dirigir los enfermos y los moribundos al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. No debiera hacer caso a la insinuación de que es peligroso hablar acerca de los intereses eternos con aquellos cuyas vidas corren riesgo, por temor a que empeoren, porque en nueve casos de cada diez el conocimiento de un Salvador que perdona el pecado los mejoraría tanto mental como físicamente. Jesús puede limitar la obra de Satanás. El es el médico en quien el alma enferma de pecado puede confiar para sanar las aflicciones tanto del cuerpo como del alma.

Los que son frívolos y de mente corrupta dentro de la profesión médica procurarán despertar el prejuicio contra el hombre que fielmente desempeña sus deberes profesionales, poniéndole trabas en el camino, pero estas pruebas servirán solamente para revelar el oro puro de su carácter. Cristo será su refugio contra el embate de las lenguas. Aunque su vida sea dura y abnegada y a los ojos del mundo un fracaso, ante la vista del

cielo será tenida como un éxito, y él será contado entre los hombres nobles de Dios. “Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñaron a muchos la justicia, como las estrellas a perpetua eternidad”. (Daniel 12:3)

Capítulo 52

La crisis venidera

“Entonces el dragón fue airado contra la mujer; y se fue a hacer guerra contra los otros de la simiente de ella, los cuales guardan los mandamientos de Dios, y tienen el testimonio de Jesucristo”. (Apocalipsis 12:17) En el cercano futuro veremos cumplirse estas palabras, cuando las iglesias protestantes se unan con el mundo y con el poder papal contra los observadores de los mandamientos. El mismo espíritu que movió a los papistas de siglos pasados, inducirá a los protestantes a seguir una conducta similar hacia aquellos que se mantienen leales a Dios.

La Iglesia y el Estado están haciendo ahora preparativos para el conflicto futuro. Los protestantes están trabajando en forma disfrazada para llevar el domingo al frente, como lo hicieron los romanistas. En toda la tierra el papado está acumulando sus altas y macizas estructuras en cuyos secretos recintos se han de repetir sus

antiguas persecuciones. Y se está preparando el camino para que se manifiesten en gran escala esos prodigios mentirosos por los cuales Satanás seduciría, si fuese posible, a los mismos escogidos.

El decreto que ha de proclamarse contra el pueblo de Dios será muy similar al que promulgó Asuero contra los judíos en el tiempo de Ester. El edicto persa brotó de la malicia de Amán hacia Mardoqueo. No porque Mardoqueo le hubiese hecho daño, sino porque se negaba a mostrarle la reverencia que pertenece solamente a Dios. La decisión del rey contra los judíos fue obtenida con falsas declaraciones por calumnias contra ese pueblo peculiar. Satanás inspiró el plan, a fin de librar la tierra de aquellos que preservaban el conocimiento del verdadero Dios. Pero sus maquinaciones fueron derrotadas por un poder contrario que reina entre los hijos de los hombres. Los ángeles que son poderosos en fortaleza fueron comisionados para que protegiesen al pueblo de Dios, y las maquinaciones de sus adversarios recayeron sobre sus propias cabezas. El mundo protestante de hoy ve en el pequeño grupo que

guarda el sábado un Mardoqueo a la puerta. Su carácter y su conducta, que expresan reverencia por la ley de Dios, son una reprensión constante para los que han desechado el temor de Jehová y están pisoteando su sábado; de alguna manera hay que deshacerse del molesto intruso.

La misma mente magistral que maquinó contra los fieles en siglos pasados sigue procurando librar la tierra de aquellos que temen a Dios y obedecen su ley. Satanás excitará indignación contra la humilde minoría que concienzudamente se niega a aceptar las costumbres y tradiciones populares. Hombres de posición y reputación se unirán con los inicuos y los viles para maquinar contra el pueblo de Dios. La riqueza, el genio y la educación se combinarán para cubrirlos de escarnio. Los perseguidores gobernantes, ministros de la religión y miembros de las iglesias conspirarán contra ellos. De viva voz y por la pluma, con jactanciosas amenazas y ridículo, procurarán destruir su fe. Por calumnias y airados llamamientos, despertarán las pasiones del pueblo. No teniendo un “Así dicen las Escrituras”, para presentarlo contra los defensores

del sábado bíblico, recurrirán a promulgaciones opresivas para suplir la falta. Para obtener popularidad y apoyo, los legisladores cederán a la demanda de una ley dominical. Los que temen a Dios no pueden aceptar una institución que viola los preceptos del Decálogo. Sobre este campo de batalla se produce el último gran conflicto de la controversia entre la verdad y el error. Y no se nos deja en duda en cuanto al resultado. Ahora, como en los días de Mardoqueo, el Señor vindicará su verdad y su pueblo.

Por el decreto que imponga la institución del papado en violación a la ley de Dios, nuestra nación se separará completamente de la justicia. Cuando el protestantismo extienda la mano a través del abismo para asir la mano del poder romano, cuando se incline por encima del abismo para darse la mano con el espiritismo, cuando, bajo la influencia de esta triple unión, nuestro país repudie todo principio de su constitución como gobierno protestante y republicano, y haga provisión para la propagación de las mentiras y seducciones papales, entonces sabremos que ha llegado el tiempo en que

se verá la asombrosa obra de Satanás, y que el fin está cerca.

Como el acercamiento de los ejércitos romanos fue para los discípulos una señal de la inminente destrucción de Jerusalén, esta apostasía podrá ser para nosotros una señal de que se llegó al límite de la tolerancia de Dios, de que nuestra nación colmó la medida de su iniquidad, y de que el ángel de la misericordia está por emprender el vuelo para nunca volver. Los hijos de Dios se verán entonces sumidos en aquellas escenas de aflicción y angustia de Jacob. Ascienden al cielo los clamores de los fieles y perseguidos. Y como la sangre de Abel clamó desde el suelo, hay voces que claman a Dios desde la tumba de los mártires, desde los sepulcros del mar, desde las cuevas de las montañas, desde las bóvedas de los conventos: “¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre de los que moran en la tierra?” (Apocalipsis 6:10)

El Señor está haciendo su obra. Todo el cielo está conmovido. El Juez de toda la tierra ha de

levantarse pronto para vindicar su autoridad insultada. La señal de la liberación será puesta sobre los que guardan los mandamientos de Dios, reverencian su ley y rechazan la marca de la bestia y su imagen.

Dios ha revelado lo que ha de acontecer en los postreros días, a fin de que su pueblo esté preparado para resistir la tempestad de oposición e ira. Aquellos a quienes se les han anunciado los sucesos que les esperan, no han de permanecer sentados en tranquila expectación de la tormenta venidera, consolándose con el pensamiento de que el Señor protegerá a sus fieles en el día de la tribulación. Hemos de ser como hombres que aguardan a su Señor, no en ociosa expectativa, sino trabajando fervientemente, con fe inquebrantable. No es ahora el momento de permitir que nuestras mentes se enfrasquen en cosas de menor importancia. Mientras los hombres están durmiendo, Satanás arregla activamente los asuntos de tal manera que el pueblo de Dios no obtenga misericordia ni justicia. El movimiento dominical se está abriendo paso en las tinieblas. Los

dirigentes están ocultando el fin verdadero, y muchos de los que se unen al movimiento no ven hacia dónde tiende la corriente que se hace sentir por debajo. Los fines que profesan son benignos y aparentemente cristianos; pero cuando hablen, se revelará el espíritu del dragón.

Es nuestro deber hacer todo lo que está en nuestro poder para evitar el peligro que nos amenaza. Debemos esforzarnos por desarmar el prejuicio y colocarnos en la debida luz delante de la gente. Debemos presentarles realmente lo que está en cuestión, e interponer así la protesta más eficaz contra las medidas destinadas a restringir la libertad de conciencia. Debemos escudriñar las Escrituras para poder dar razón de nuestra fe. Dice el profeta: “Los impíos obrarán impíamente, y ninguno de los impíos entenderá, pero entenderán los entendidos”. (Daniel 12:10)

Los que tienen acceso a Dios por Cristo tienen que hacer una obra importante. Ahora es el momento de echar mano del brazo de nuestra fuerza. La oración de los pastores y los miembros

laicos debe ser la oración de David: “Tiempo es de actuar, oh Jehová; porque han invalidado tu ley”. (Salmos 119:126) Lloren los siervos de Jehová entre el pórtico y el altar, clamando: “Perdona, oh Jehová a tu pueblo, y no pongas en oprobio tu heredad”. (Joel 2:17)

Dios obró siempre en favor de su pueblo en su más extrema necesidad, cuando parecía haber menos esperanza de que se pudiese evitar la ruina. Los designios de los impíos enemigos de la iglesia están sujetos a su poder y su providencia es capaz de predominar sobre ellos. El puede obrar sobre los corazones de los estadistas; la ira de los turbulentos y desafectos aborrecedores de Dios, de su verdad y de su pueblo, puede ser desviada, como se desvían los ríos cuando él lo ordena. La oración mueve el brazo de la Omnipotencia. El que manda a las estrellas en su orden en el firmamento, cuya palabra domina a todo el mar, el mismo Creador infinito, obrará en favor de sus hijos si ellos le invocan con fe. El refrenará las fuerzas de las tinieblas, hasta que se dé al mundo la amonestación y todos los que quieran escucharla estén preparados

para el conflicto.

“Ciertamente la ira del hombre te acarreará alabanza” --dice el salmista--: “tú reprimirás el resto de las iras”. (Salmos 76:10) Dios quiere que la verdad probadora se destaque al frente y llegue a ser tema de examen y de discusión, aunque sea por el desprecio que se le imponga. Deben agitarse los espíritus. Toda controversia, todo oprobio y toda calumnia serán para Dios el medio de provocar investigación y despertar las mentes que de otra manera dormitarían.

Así fue en la historia pasada del pueblo de Dios. Por negarse a adorar la imagen de oro que Nabucodonosor había levantado, los tres hebreos fueron arrojados al horno ardiente. Pero Dios protegió a sus siervos en medio de las llamas, y la tentativa de imponer la idolatría resultó en que el conocimiento del verdadero Dios fue presentado a la congregación de príncipes y nobles del vasto reino de Babilonia.

Así sucedió también cuando se promulgó el

decreto que prohibía que se hiciese oración a cualquier dios menos al rey. Como Daniel, según su costumbre, suplicaba tres veces por día al Dios del cielo, la atención de los príncipes gobernantes fue atraída a su caso. Tuvo oportunidad de hablar en su defensa, de demostrar quién es el verdadero Dios y presentar la razón por la cual él solo debe recibir la adoración y nosotros debemos rendirle alabanza y homenaje. Y al ser liberado Daniel del foso de los leones, se tuvo otra evidencia de que el Ser a quien adoraba era el Dios verdadero y vivo.

Así también el encarcelamiento de Pablo llevó el Evangelio ante reyes, príncipes y gobernantes que de otra manera no habrían tenido esa luz. Los esfuerzos hechos para retardar el progreso de la verdad servirán para impulsarlo y ensancharlo. Desde cualquier punto que se considere la verdad, su excelencia se destacará con claridad cada vez más intensa. El error requiere disfraz y ocultamiento. Se viste de manto angelical y toda manifestación de su verdadero carácter disminuye sus probabilidades de éxito.

Las personas a quienes Dios ha hecho depositarias de su ley no han de permitir que se oculte su luz. La verdad debe ser proclamada en los lugares oscuros de la tierra. Hay que hacer frente a los obstáculos y superarlos. Debe hacerse una gran obra, y esta obra ha sido confiada a los que conocen la verdad. Deben interceder poderosamente con Dios para obtener ayuda ahora. El amor de Cristo debe difundirse en su propio corazón. El Espíritu de Cristo debe ser derramado sobre ellos, y deben prepararse para subsistir en el juicio. Mientras se estén consagrando ellos mismos a Dios, un poder convincente acompañará sus esfuerzos para presentar la verdad a otros, y su luz hallará acceso a muchos corazones.

Ya no debemos dormir en el terreno encantado de Satanás, sino poner a requisición todos nuestros recursos y valernos de toda oportunidad que nos ha provisto la Providencia. La última amonestación ha de ser proclamada “a muchos pueblos y gentes y lenguas y reyes” (Apocalipsis 10:11), y se nos hace la promesa: “He aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”. (Mateo 28:20)

Capítulo 53

La Iglesia es la luz del mundo

El Señor llamó a su pueblo Israel, y lo separó del mundo, a fin de confiarle un cometido sagrado. Lo hizo depositario de su ley, y quiso por su medio conservar entre los hombres el conocimiento de sí mismo. Por este pueblo, la luz del cielo había de resplandecer en los lugares oscuros de la tierra, y había de oírse una voz llamando a todos los pueblos a apartarse de su idolatría para servirle al Dios viviente y verdadero. Si los hebreos hubiesen sido fieles a su cometido, habrían sido una potencia en el mundo. Dios habría sido su defensa, y los habría ensalzado sobre todas las demás naciones. Su luz y su verdad habrían sido reveladas por su medio, y se habrían destacado bajo su sabia y santa dirección como ejemplo de la superioridad de su gobierno sobre toda forma de idolatría.

Pero ellos no cumplieron su pacto con Dios. Siguieron las prácticas idólatras de otras naciones, y en vez de dar al nombre de su Creador alabanza

en la tierra, su conducta lo expuso al desprecio de los paganos. Sin embargo, el propósito de Dios debe lograrse. El conocimiento de su voluntad debe difundirse en la tierra. Dios trajo la mano del opresor sobre su pueblo, y lo dispersó cautivo entre las naciones. Bajo la aflicción, muchos de ellos se arrepintieron de sus transgresiones y buscaron al Señor. Dispersos en las tierras de los paganos, difundieron el conocimiento del verdadero Dios. Los principios de la ley divina entraron en conflicto con las costumbres y prácticas de las naciones. Los idólatras trataron de aplastar la verdadera fe. En su providencia, el Señor puso a sus siervos, Daniel, Nehemías, Esdras, frente a frente con reyes y gobernantes, para que esos idólatras tuviesen oportunidad de recibir la luz. Así la obra que Dios había dado a su pueblo para que la hiciese en la prosperidad, en sus propios confines, pero que había sido descuidada por su infidelidad, fue hecha por ellos en el cautiverio, bajo grandes pruebas y molestias.

Dios ha llamado a su iglesia en este tiempo, como llamó al antiguo Israel, para que se destaque

como luz en la tierra. Por la poderosa cuña de la verdad --los mensajes de los ángeles primero, segundo y tercero--, la ha separado de las iglesias y del mundo para colocarla en sagrada proximidad a sí mismo. La ha hecho depositaria de su ley, y le ha confiado las grandes verdades de la profecía para este tiempo. Como los santos oráculos confinados al antiguo Israel, son un sagrado cometido que ha de ser comunicado al mundo. Los tres ángeles de (Apocalipsis 14) representan a aquellos que aceptan la luz de los mensajes de Dios, y salen como agentes suyos para pregonar las amonestaciones por toda la anchura y longitud de la tierra. Cristo declara a los que le siguen: “Sois la luz del mundo” (Mateo 5:14) A toda alma que acepta a Jesús, la cruz del Calvario dice: “He aquí el valor de un alma. ‘Id por todo el mundo; predicad el evangelio a toda criatura’”. (Marcos 16:15) No se ha de permitir que nada estorbe esta obra. Es una obra de suma importancia para este tiempo; y ha de ser tan abarcante como la eternidad. El amor que Jesús manifestó por las almas de los hombres en el sacrificio que hizo por su redención, impulsará a todos los que le sigan.

Pero muy pocos de los que han recibido la luz están haciendo la obra confiada a sus manos. Hay algunos hombres de fidelidad inquebrantable que no buscan la comodidad, la conveniencia ni la vida misma, que van penetrando doquiera vean la oportunidad de presentar la luz de la verdad y vindicar la santa ley de Dios. Pero los pecados que dominan al mundo han penetrado en las iglesias, y en el corazón de los que aseveran ser el pueblo peculiar de Dios. Muchos de los que han recibido la luz ejercen una influencia que tiende a calmar los temores de los mundanos y religiosos formales.

Hay amadores del mundo aun entre aquellos que profesan esperar al Señor. Hay ambición de riquezas y honores. Cristo describe a esa clase cuando declara que el día de Dios ha de venir como un lazo sobre todos los que moran en la tierra. Este mundo es su hogar. Se dedican a conseguir tesoros terrenales. Erigen costosas viviendas con todas las comodidades; hallan placer en los vestidos y en la satisfacción del apetito. Las cosas del mundo son sus ídolos. Los tales se interponen entre el alma y

Cristo, y ven tan sólo en forma débil y empañada las solemnes y tremendas realidades que nos apremian. La misma desobediencia y el fracaso que se vieron en la iglesia judáica han caracterizado en mayor grado al pueblo que ha tenido la gran luz celestial de los últimos mensajes de amonestación. ¿Dejaremos que la historia de Israel se repita en nuestra vida? ¿Desperdiciaremos como ellos nuestras oportunidades y privilegios hasta que Dios permita que nos sobrecojan la opresión y la persecución? ¿Dejaremos sin hacer la obra que podríamos haber hecho en paz y comparativa prosperidad hasta que debamos hacerla en días de tinieblas, bajo la presión de las pruebas y persecuciones?

Hay una terrible culpa de la cual la iglesia es responsable. ¿Por qué no están haciendo más esfuerzos fervientes para dar la luz a otros aquellos que la tienen? Ven que el fin se acerca. Ven que multitudes violan diariamente la ley de Dios; saben que esas almas no pueden ser salvas en la transgresión. Sin embargo, tienen más interés en sus oficios, sus fincas, sus casas, sus mercaderías,

sus vestidos y sus mesas, que en las almas de los hombres y mujeres con quienes tendrán que encontrarse frente a frente en el juicio. Los que pretenden obedecer la verdad están dormidos. No podrían estar tan cómodos si estuviesen despiertos. El amor a la verdad se está apagando en su corazón. Su ejemplo no es de tal índole que convenza al mundo de que tienen la verdad sobre todos los demás pueblos de la tierra. Cuando debieran ser fuertes en Dios y tener una experiencia diaria viva, son débiles, vacilantes, buscan su sostén espiritual en los predicadores, cuando debieran estar sirviendo a otros con mente, alma, voz, pluma, tiempo y dinero.

Hermanos y hermanas, muchos de vosotros os excusáis de obrar, diciendo que no podéis trabajar para otros. Pero ¿os hizo Dios tan incapaces? ¿No ha sido esta incapacidad vuestra producida por vuestra propia inactividad y perpetuada por vuestra decisión deliberada? ¿No os dio el Señor por lo menos un talento que aprovechar, no para vuestra conveniencia y satisfacción, sino para él? ¿Habéis comprendido vuestra obligación, como siervos

suyos, de darle renta mediante un empleo sabio y hábil del capital que os confió? ¿Habéis descuidado las oportunidades de mejorar vuestras facultades a este fin? Es demasiado cierto que pocos han sentido alguna responsabilidad ante Dios. El amor, el juicio, la memoria, la previsión, el tacto, la energía y todas las demás facultades han sido consagradas al yo. Dedicasteis más sabiduría al servicio del mal que a la causa de Dios. Habéis pervertido, incapacitado, hasta embrutecido, vuestras facultades en la intensa búsqueda de ventajas terrenas, con descuido de la obra de Dios.

Sin embargo, calmáis vuestra conciencia diciendo que no podéis deshacer lo pasado, y obtener el vigor, la fuerza y la habilidad que podríais haber tenido si hubieseis empleado vuestras facultades como Dios lo requería. Pero recordad que él os tiene por responsables de la obra hecha negligentemente o dejada sin hacer por vuestra infidelidad. Cuanto más ejercitéis vuestras facultades por el Maestro, tanto más aptos y hábiles os volveréis. Cuanto más íntimamente os relacionéis con la fuente de luz y poder, mayor luz

será derramada sobre vosotros, y mayor poder obtendréis para dedicarlo a Dios. Y sois responsables por todo lo que podríais haber tenido, pero dejasteis de obtener por vuestra devoción al mundo. Cuando decidisteis seguir a Cristo, os comprometisteis a servirle a él solo; y él prometió estar con vosotros y bendeciros, refrigeraros con su luz, concederos su paz y haceros gozosos en su obra. ¿Habéis dejado de experimentar estas bendiciones? Tened por seguro que es el resultado de vuestra propia conducta.

A fin de escapar a la conscripción durante la guerra, hubo hombres que se provocaron enfermedades, otros se mutilaron para quedar inaptos para el servicio. Esto ilustra la conducta que muchos han seguido en relación con la causa de Dios. Han atrofiado sus facultades, tanto físicas como mentales, y no han podido hacer la obra que es tan necesaria.

Supongamos que se colocase una suma de dinero en vuestras manos para que la invirtierais con cierto fin. ¿La arrojaríais lejos declarando que

ya no erais responsables de usarla? ¿Os parecería que os habríais ahorrado una gran preocupación? Sin embargo, esto es lo que habéis estado haciendo con los dones de Dios. Excusaros de trabajar por otros, por falta de capacidad, mientras que estáis absortos en búsquedas mundanales, es burlaros de Dios. Multitudes están bajando a la ruina; el pueblo que ha recibido la luz y la verdad no es más que un puñado para resistir a toda la hueste del mal; y sin embargo, este pequeño grupo está dedicando sus energías a todo menos aprender a rescatar las almas de la muerte. ¿Es acaso extraño que la iglesia sea débil y deficiente, que Dios pueda hacer tan poco en favor de los que profesan ser su pueblo? Se están colocando donde le es imposible trabajar con ellos y para ellos. ¿Osaréis continuar así, despreciando sus requerimientos? ¿Seguiréis jugando con los más sagrados cometidos del cielo? ¿Diréis como Caín: "¿Soy yo guarda de mi hermano"? (Génesis 4:9)

Recordad que vuestra responsabilidad no se mide por vuestros actuales recursos y capacidades, sino por las facultades originalmente concedidas y

las posibilidades de mejorarlas. La pregunta que cada uno debe hacerse no se refiere a si él es ahora inexperto e inepto para trabajar en la causa de Dios, sino cómo y por qué se halla en esa condición, y cómo puede ser remediada. Dios no nos dotará en forma sobrenatural de las cualidades de que carecemos; pero mientras ejercemos la habilidad que tenemos, él obrará con nosotros para aumentar y fortalecer toda facultad; nuestras energías dormidas serán despertadas, y las facultades que han estado paralizadas durante mucho tiempo recibirán nueva vida.

Mientras estamos en el mundo, debemos tratar con las cosas del mundo. Siempre será necesaria la transacción de negocios temporales de carácter secular; pero éstos no deben llegar a absorberlo todo. El apóstol Pablo formuló una regla segura: “En el cuidado no perezosos; ardientes en espíritu; sirviendo al Señor”. (Romanos 12:11) Los deberes humildes y comunes de la vida han de cumplirse todos con fidelidad; “con buena voluntad”, dice el apóstol, “como al Señor”. (Efesios 6:7) Cualquiera sea nuestro ramo de trabajo, en la casa, en el

campo, o en las actividades intelectuales, podemos cumplirlo para gloria de Dios, mientras damos a Cristo el primero, el último y el mejor lugar en todo. Pero, además de esos empleos mundanales, ha sido dado a cada discípulo de Cristo un trabajo especial para edificar su reino, un trabajo que requiere esfuerzo personal para la salvación de los hombres. No es una obra que haya de ser cumplida una vez por semana simplemente, en el local del culto, sino en todo tiempo y en todo lugar.

Cada uno de los que se vinculan con la iglesia hace por ese hecho un voto solemne de trabajar para el bien de la iglesia, y de juzgar este interés como superior a toda consideración mundanal. Le toca conservar una relación viva con Dios, dedicarse con corazón y alma al gran plan de la redención y manifestar, en su vida y carácter, la excelencia de los mandamientos de Dios en contraste con las costumbres y los preceptos del mundo. Toda persona que ha profesado aceptar a Cristo se ha comprometido a ser todo lo que puede ser como obrero espiritual, a ser activa, celosa y eficiente en el servicio de su Maestro. Cristo espera

que cada hombre haga su deber. Sea éste el santo y seña de todas las filas de sus discípulos.

Para impartir luz, no hemos de esperar que se nos solicite e importune para dar consejo o instrucción. Cada uno de los que reciben los rayos del Sol de justicia ha de reflejar su brillo sobre cuantos le rodean. Su religión debe ejercer una influencia decidida y positiva. Sus oraciones y súplicas deben estar de tal manera impregnadas del Espíritu Santo que enternezcan y subyuguen el alma. Dijo Jesús: “Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras obras buenas, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos”. (Mateo 5:16)

Sería mejor para un mundano nunca haber visto a quien profese religión que haber estado bajo la influencia de quien ignora el poder de la piedad. Si Cristo fuese nuestro modelo, su vida nuestra regla, ¡qué celo se manifestaría, qué esfuerzos se harían, qué generosidad se ejercería, qué abnegación se practicaría! ¡Cuán incansablemente trabajaríamos, qué fervientes peticiones por poder y sabiduría

elevaríamos a Dios! Si todos los que profesan ser hijos de Dios sintieran que es su ocupación principal hacer la obra que él les ordenó, si trabajasen abnegadamente en su causa, ¡qué cambio se vería en los corazones y hogares, en las iglesias, sí, en el mundo mismo!

En toda época, los que siguieron a Cristo necesitaron vigilancia y fidelidad; pero ahora, estando en el mismo umbral del mundo eterno y teniendo las verdades que tenemos, tanta luz y una obra tan importante, debemos duplicar nuestra diligencia. Cada uno ha de obrar hasta lo sumo de su capacidad. Hermano mío, usted hace peligrar su salvación si retrocede ahora. Dios le pedirá cuenta si no hace el trabajo que le asignó. ¿Conoce usted la verdad? Comuníquela a otros.

¿Qué puedo decir para despertar a nuestras iglesias? ¿Qué puedo decir a los hermanos que han desempeñado una parte destacada en la proclamación del postrer mensaje? “El Señor viene”, debe ser el testimonio dado, no sólo por los labios, sino por la vida y el carácter; pero muchos

de los individuos a quienes Dios ha dado luz y conocimiento, talentos de influencia y recursos, son hombres que no aman la verdad ni la practican. Han bebido tan ávidamente de la copa intoxicante del egoísmo y la mundanalidad que se han embriagado con los cuidados de esta vida.

Hermanos, si continuáis siendo tan ociosos y mundanos y tan egoístas como antes, Dios os pasará seguramente por alto, y tomará a los que tienen menos cuidado de sí mismos, son menos ambiciosos de honores mundanales, y no vacilarán como no vaciló su Maestro, en cuanto a salir del campamento cargados de oprobio. La obra será dada a quienes la acepten, la aprecien y entretejan sus principios con su experiencia diaria. Dios elegirá a hombres humildes, que traten de glorificar su nombre y de hacer progresar su causa, más bien que honrarse y favorecerse a sí mismos. El suscitará hombres que no tengan tanta sabiduría mundanal, pero que estén relacionados con él, que busquen fuerza y consejo de lo alto.

Algunos de nuestros hermanos dirigentes se

inclinan a manifestar el espíritu que manifestó el apóstol Juan cuando dijo: “Maestro, hemos visto a uno que echaba fuera demonios en tu nombre; y se lo prohibimos, porque no sigue con nosotros”. (Lucas 9:49) La organización y la disciplina son esenciales, pero hay ahora gran peligro de apartarse de la sencillez del Evangelio de Cristo. Lo que necesitamos es depender menos de las meras formas y ceremonias, y mucho más del poder de la verdadera piedad. Si su vida y carácter son ejemplares, trabajen todos los que quieran, cualquiera que sea su capacidad. Aunque no se conformen exactamente a vuestros métodos, no debéis decir una sola palabra para condenarlos o desalentarlos. Cuando los fariseos deseaban que Jesús hiciese callar a los niños que cantaban sus alabanzas, el Salvador dijo: “Si éstos callaren, las piedras clamarán”. (Lucas 19:40)

La profecía debía cumplirse. Así también en estos días, la obra debe ser hecha. Hay muchos ramos en la obra: desempeñe cada uno una parte lo mejor que pueda. El hombre que tiene un talento no debe ir a enterrarlo. Dios ha dado a cada uno su

trabajo, según su capacidad. Aquellos a quienes han sido confiados cometidos y capacidades mayores, no deben tratar de hacer callar a otros que son menos capaces o expertos. Los hombres que tienen un talento pueden alcanzar una clase de personas que aquellos que tienen dos o cinco talentos no pueden alcanzar. Grandes y pequeños por igual, son vasos elegidos para llevar el agua de la vida a las almas sedientas. No repriman los predicadores al obrero más humilde, diciendo: "Usted debe trabajar en este ramo, o no trabajar en absoluto". Dejadlos libres, hermanos. Haga cada uno en su propia esfera, con su propia armadura puesta, cuanto pueda en su manera humilde. Fortaleced sus manos en la obra. Este no es un tiempo en que haya de predominar el farisaísmo. Dejad trabajar a Dios por medio de quienes quiera. El mensaje debe pregonarse.

Todos han de demostrar su fidelidad a Dios por el uso prudente del capital que les ha sido confiado, no sólo en recursos, sino en cualquier don que tienda a la edificación de su reino. Satanás empleará todo designio posible para impedir que la

verdad llegue a aquellos que están sumidos en el error; pero la voz de la amonestación y la súplica debe llegarles. Y aunque son tan sólo pocos los que están empeñados en esta obra, millares debieran estar tan interesados como ellos.

Dios no quiso nunca que los miembros laicos de la iglesia se excusasen de trabajar en su causa. “Id también vosotros a mi viña” (Mateo 20:4), es la orden del Maestro a cada uno de los que le siguen. Mientras en el mundo haya almas que no se han convertido, deben hacerse los esfuerzos más activos, fervientes, celosos y resueltos para su salvación. Los que han recibido la luz deben tratar de iluminar a los que no la poseen. Si los miembros de la iglesia no emprenden individualmente esta obra, demuestran que no tienen relación viva con Dios. Su nombre está registrado como el de siervos perezosos. ¿No podéis discernir la razón por la cual no hay más espiritualidad en nuestras iglesias? Es porque no colaboráis con Cristo.

Dios ha dado a cada hombre su trabajo. Espere cada uno en Dios, y él nos enseñará a trabajar, y

nos mostrará qué obra somos más aptos para cumplir. Sin embargo, nadie debe empezar con un espíritu independiente, para promulgar nuevas teorías. Los obreros deben estar en armonía con la verdad y con sus hermanos. Debe haber consultas y cooperación. Pero no han de sentir que a cada paso deban aguardar para preguntar a algún oficial superior si pueden hacer esto o aquello. No miréis al hombre para ser guiados, sino al Dios de Israel.

La obra que la iglesia no ha hecho en tiempo de paz y prosperidad, tendrá que hacerla durante una terrible crisis, en las circunstancias más desalentadoras y prohibitivas. Las amonestaciones que la conformidad al mundo ha hecho callar o retener, deberán darse bajo la más fiera oposición de los enemigos de la fe. Y en ese tiempo la clase superficial y conservadora, cuya influencia impidió constanteLa mente los progresos de la obra, renunciará a la fe y se colocará con sus enemigos declarados, hacia los cuales sus simpatías han estado tendiendo durante mucho tiempo. Esos apóstatas manifestarán entonces la más acerba enemistad y harán cuanto puedan para oprimir y

vilipendiar a sus antiguos hermanos, y para excitar la indignación contra ellos. Ese día está por sobrecogernos.

Los miembros de la iglesia serán probados individualmente. Serán puestos en circunstancias donde se verán obligados a dar testimonio por la verdad. Muchos serán llamados a hablar ante concilios y tribunales, tal vez por separado y a solas. Descuidaron de obtener la experiencia que les habría ayudado en esta emergencia, y su alma queda recargada de remordimiento por las oportunidades desperdiciadas y los privilegios descuidados.

Hermano mío, hermana mía, meditad en estas cosas, os lo ruego. Cada uno de vosotros tiene una obra que hacer. Vuestra fidelidad y negligencia son anotadas contra vosotros en el libro mayor del cielo. Habéis cercenado vuestras facultades, y disminuído vuestra capacidad. Carecéis de la experiencia y eficiencia que podríais tener. Pero antes de que sea demasiado tarde, os ruego que despertéis. No demoréis más. El día está casi

terminado. El sol poniente se está por esconder para siempre de vuestra vista. Mientras la sangre de Cristo intercede, podéis hallar perdón. Recurrid a todas las energías del alma, dedicad a trabajar fervientemente para Dios y para vuestros semejantes las pocas horas que quedan.

Mi corazón está conmovido hasta lo sumo. Las palabras son inadecuadas para expresar mis sentimientos mientras intercedo por las almas que perecen. ¿Deberé interceder en vano? Como embajadora de Cristo, quisiera incitaros a trabajar como nunca habéis trabajado. Vuestro deber no puede ser transferido a otro. Nadie sino vosotros mismos puede realizar vuestra obra. Si retenéis vuestra luz, alguien quedará en tinieblas por vuestra negligencia.

La eternidad se extiende delante de nosotros. El telón está por alzarse. Los que ocupamos esta posición de solemne responsabilidad, ¿qué estamos haciendo, qué estamos pensando, que nos aferramos a nuestro egoísta amor a la comodidad, mientras las almas están pereciendo en derredor

nuestro? ¿Se han encallecido completamente nuestros corazones? ¿No podemos sentir o comprender que debemos hacer una obra en favor de la salvación de los demás? Hermanos, ¿sois de la clase que teniendo ojos no ve, y teniendo oídos no oye? ¿Os ha dado Dios en vano el conocimiento de su voluntad? ¿Os ha mandado en vano amonestación tras amonestación? ¿Creéis las declaraciones de la verdad eterna concernientes a lo que está por sobrevenir a la tierra? ¿Creéis que los juicios de Dios están pendientes sobre la gente, y podéis, sin embargo, permanecer tranquilos, indolentes, negligentes, amando los placeres?

No es ahora tiempo para que el pueblo de Dios fije sus afectos o se haga tesoros en el mundo. No está lejano el tiempo en que, como los primeros discípulos, seremos obligados a buscar refugio en lugares desolados y solitarios. Así como el sitio de Jerusalén por los ejércitos romanos fue la señal para que huyesen los cristianos de Judea, así la asunción de poder por parte de nuestra nación [los Estados Unidos], con el decreto que imponga el día de descanso papal, será para nosotros una

amonestación. Entonces será tiempo de abandonar las grandes ciudades, y prepararnos para abandonar las menores en busca de hogares retraídos en lugares apartados entre las montañas.

Y ahora, en vez de buscar costosas moradas aquí, debemos preparamos para trasladarnos a una patria mejor, la celestial. En vez de gastar nuestros recursos en la complacencia propia, debemos buscar la economía. Cada talento prestado por Dios debe ser empleado para su gloria en amonestar al mundo. Dios tiene una obra para sus colaboradores en las ciudades. Nuestras misiones deben ser sostenidas y deben abrirse nuevas. El llevar a cabo esta obra con éxito requerirá desembolsos no pequeños. Se necesitan casas de culto, donde la gente pueda ser invitada a oír las verdades para este tiempo. Con este mismo fin, Dios confió capital a sus mayordomos. No dejéis que vuestras propiedades estén inmovilizadas en empresas terrenales de carácter mundanal, de manera que esta obra sea impedida. Colocad vuestros recursos donde podáis manejarlos para beneficio de la causa de Dios. Enviad vuestros tesoros delante de

vosotros al cielo.

Los miembros de la iglesia deben mantenerse individualmente, con todo lo que poseen, sobre el altar de Dios. Ahora, como nunca antes, se aplica la amonestación del Salvador: “Vended lo que poseéis, y dad limosna; haceos bolsas que no se envejecen, tesoro en los cielos que nunca falta; donde ladrón no llega ni polilla corrompe. Porque donde está vuestro tesoro, allí también estará vuestro cor zón” (Lucas 12:33, 34) Los que inmovilizan sus recursos en grandes casas, en tierras, en empresas mundanales, dicen por sus acciones: “Dios no los puede tener; los quiero para mí”. Han envuelto su único talento en un lienzo, y lo han ocultado en la tierra. Los tales tienen motivo para alarmarse.

Hermanos, Dios no nos ha confiado recursos para que los dejemos ociosos, ni para que los retengamos codiciosamente o los ocultemos, sino para que los empleemos en hacer progresar su causa, en salvar las almas de los que perecen. No es ahora tiempo para invertir dinero del Señor en

vuestros costosos edificios y vuestras grandes empresas, mientras su causa se ve estorbada y debe avanzar mendigando, con su tesorería suplida a medias. El Señor no aprueba esa manera de trabajar. Recordad que se acerca rápidamente el día en que se dirá: “Da cuenta de tu mayordomía”. (Lucas 16:2) ¿No podéis discernir las señales de los tiempos?

Cada día que pasa nos acerca más al grande e importante día final. Estamos un año más cerca del juicio, más cerca de la eternidad, de lo que estábamos al principio de 1884. ¿Nos estamos acercando también más a Dios? ¿Estamos velando en oración? Otro año del tiempo en que podemos trabajar ha pasado a la eternidad. Cada día hemos estado asociados con hombres y mujeres que van encaminados hacia el juicio. Cada día puede haber sido la línea divisoria para algún alma; alguno puede haber hecho la decisión que determinará su destino futuro. ¿Cuál ha sido nuestra influencia sobre estos compañeros de viaje? ¿Qué esfuerzos hemos hecho para llevarlos a Cristo?

Es algo solemne morir, pero es mucho más solemne vivir. Cada pensamiento, palabra y acción de nuestra vida volverá a confrontarnos. Tendremos que seguir siendo durante toda la eternidad lo que nos hayamos hecho durante el tiempo de gracia. La muerte provoca la disolución del cuerpo, pero no produce cambio alguno en nuestro carácter, ni lo cambia tampoco la venida de Cristo; tan sólo lo fija para siempre sin posibilidad de cambio.

Vuelvo a invitar a los miembros de la iglesia a ser cristianos, a ser como es Cristo. Jesús no trabajaba para sí mismo sino para los demás. Trabajaba para bendecir y salvar a los perdidos. Si sois cristianos, imitaréis su ejemplo. El echó el fundamento, y nosotros edificamos con él. Pero ¿qué material estamos poniendo sobre este fundamento? “La obra de cada uno se hará manifiesta: porque el día la declarará, porque por el fuego será revelada”. (1 Corintios 3:13) Si estáis dedicando toda vuestra fuerza y talento a las cosas de este mundo, el trabajo de vuestra vida está representado por madera, heno y hojarasca, que

serán consumidos por el fuego en el postrer día. Pero la labor abnegada por Cristo y la vida futura será como oro y plata y piedras preciosas; es imperecedera.

Hermanos y hermanas, despertad, os ruego, del sueño mortal. Es demasiado tarde para dedicar la fuerza del cerebro, de los huesos y de los músculos a servir al yo. No permitáis que el último día os halle privados del tesoro celestial. Tratad de fomentar los triunfos de la cruz, de iluminar las almas, de trabajar por la salvación de vuestros semejantes, y vuestra obra soportará la prueba del fuego.

“Si permaneciere la obra de alguno... recibirá recompensa”. (1 Corintios 3:14) Gloriosa será la recompensa concedida cuando los obreros fieles sean congregados en derredor del trono de Dios y el Cordero. Cuando Juan, en su estado mortal, contempló la gloria de Dios, cayó como muerto; no pudo soportar esa visión. Cuando lo mortal se haya vestido de inmortalidad, los redimidos serán como Jesús, porque le verán tal cual es. Estarán delante

del trono, lo cual significa que habrán sido aceptados. Todos sus pecados habrán sido borrados, todas sus transgresiones, disipadas. Entonces podrán mirar sin velo la gloria del trono de Dios. Habrán sido participantes con Cristo en sus sufrimientos, habrán trabajado juntamente con él en el plan de la redención, y habrán de participar con él en el gozo de contemplar las almas salvadas por su medio para que alaben a Dios durante toda la eternidad.

Capítulo 54

Josué y el Ángel

Si el velo que separa el mundo visible del invisible pudiese alzarse, y los hijos de Dios pudiesen contemplar la gran controversia que se riñe entre Cristo y los ángeles santos y Satanás y sus huestes perversas en torno a la redención del hombre; si pudiesen comprender la admirable obra que Dios realiza para rescatar las almas de la servidumbre del pecado, y el constante ejercicio de su poder para protegerlas de la malicia del maligno, estarían mejor preparados para resistir los designios de Satanás. Su mente se llenaría de solemnidad en vista de la vasta extensión e importancia del plan de la redención y la magnitud de la obra que tienen delante de sí como colaboradores de Cristo. Quedarían humillados aunque estimulados, sabiendo que todo el cielo se interesa en su salvación.

En la profecía de Zacarías se nos da una muy vigorosa e impresionante ilustración de la obra de

Satanás y la de Cristo, y del poder de nuestro Mediador para vencer al acusador de su pueblo. En santa visión, el profeta contempla a Josué, el sumo sacerdote, “vestido de vestimentas viles”, de pie “delante del ángel” (Zacarías 3:3), suplicando la misericordia de Dios en favor de su pueblo que se halla profundamente afligido. Satanás está a su diestra para resistirle. Por haber sido elegido Israel para conservar el conocimiento de Dios en la tierra, había sido, desde el mismo principio de su existencia como nación, el objeto especial de la enemistad de Satanás, y éste se habría propuesto causar su destrucción. No podía hacerles daño mientras los hijos de Israel fueran obedientes a Dios; por lo tanto había dedicado todo su poder y astucia a inducirlos a pecar. Seducidos por sus tentaciones, habían transgredido la ley de Dios y, habiéndose separado así de la Fuente de su fuerza, se les había dejado caer presa de sus enemigos paganos. Fueron llevados en cautiverio a Babilonia, y permanecieron allí muchos años. Sin embargo, el Señor no los abandonó. Les envió sus profetas con reproches y amonestaciones. El pueblo despertó, vio su culpabilidad, se humilló

delante de Dios, y volvió a él con verdadero arrepentimiento. Entonces el Señor le envió mensajes de aliento, declarando que le libraría del cautiverio y le devolvería su favor. Esto era lo que Satanás quería resueltamente impedir. Un remanente de Israel había vuelto ya a su patria, y Satanás estaba tratando de inducir a las naciones paganas, que eran sus agentes, a destruirlo completamente.

Mientras Josué suplica humildemente que Dios cumpla sus promesas, Satanás se levanta osadamente para resistirle. Señala las transgresiones de los hijos de Israel como razón por la cual no se les podía devolver el favor de Dios. Los pide como su presa y exige que le sean entregados para ser destruídos.

El sumo sacerdote no puede defenderse a sí mismo ni a su pueblo de las acusaciones de Satanás. No sostiene que Israel esté libre de culpas. En sus andrajos sucios, que simbolizan los pecados del pueblo, que él lleva como su representante, está delante del ángel, confesando su culpa, señalando,

sin embargo, su arrepentimiento y humillación, fiando en la misericordia de un Redentor que perdona el pecado; y con fe se aferra a las promesas de Dios.

Entonces el ángel, que es Cristo mismo, el Salvador de los pecadores, hace callar al acusador de su pueblo, declarando: “Jehová te reprenda, oh Satán; Jehová, que ha escogido a Jerusalén, te reprenda. ¿No es éste tizón arrebatado del incendio?” (Zacarías 3:2) Israel había estado durante largo tiempo en el horno de la aflicción. A causa de sus pecados, había sido casi completamente consumido en la llama encendida por Satanás y sus agentes para destruirlo; pero Dios había intervenido ahora para librarle. El compasivo Salvador no dejará a su pueblo penitente y humillado, bajo el cruel poder de los paganos. “No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humeare”. (Isaías 42:3)

Al ser aceptada la intercesión de Josué, se da la orden: “Quitadle esas vestimentas viles”, y a Josué el ángel declara: “Mira que he hecho pasar tu

pecado de ti, y te he hecho vestir de ropas de gala". "Y pusieron una mitra limpia sobre su cabeza, y vistiéronle de ropas". (Zacarías 3:4, 5) Sus propios pecados y los de su pueblo fueron perdonados. Israel había de ser revestido con "ropas de gala" -- la justicia de Cristo que le era imputada. La mitra, puesta sobre la cabeza de Josué, era como la que llevaban los sacerdotes, con la inscripción: "Santidad a Jehová", lo cual significaba que a pesar de sus antiguas transgresiones, estaba ahora capacitado para servir delante de Dios en su santuario.

Después de haberle investido así solemnemente de la dignidad del sacerdocio, el ángel declaró: "Así dice Jehová de los ejércitos: Si anduvieres por mis caminos, y si guardares mi ordenanza, también tú gobernarás mi casa, también tú guardarás mis atrios, y entre estos que aquí están te daré plaza". (Vers. 7) Se le iba a honrar como juez o gobernante del templo y todos sus servicios; iba a andar entre ángeles que le acompañaran, aun en esta vida, y al fin se uniría a la muchedumbre glorificada que rodea el trono de Dios.

“Escucha pues ahora, Josué gran sacerdote, tú, y tus amigos que se sientan delante de ti; porque son varones simbólicos: He aquí, yo traigo a mi siervo, el Pimpollo”. (Vers. 8) En estas palabras se revela la esperanza de Israel. Era por la fe en el Salvador venidero como Josué y su pueblo recibían perdón. Por la fe en Cristo, les era devuelto el favor de Dios. En virtud de sus méritos, si andaban en sus caminos y guardaban sus estatutos, serían “hombres simbólicos”, honrados como los escogidos del Cielo entre las naciones de la tierra. Cristo era su esperanza, su defensa, su justificación y redención, como es la esperanza de su iglesia hoy.

Así como Satanás acusaba a Josué y su pueblo, en todas las edades ha acusado a aquellos que buscan la misericordia y el favor de Dios. En el Apocalipsis, se le declara ser “el acusador de nuestros hermanos”, “el cual los acusaba delante de nuestro Dios día y noche”. (Apocalipsis 12:10) La controversia se repite acerca de cada alma rescatada del poder del mal, y cuyo nombre se

registra en el Libro de la Vida del Cordero. Nunca se recibe a alguno de la familia de Satanás en la familia de Dios sin que ello excite la resuelta resistencia del maligno. Las acusaciones de Satanás contra aquellos que buscan al Señor no son provocadas por el desagrado que le causen sus pecados. Su carácter deficiente le causa regocijo. Únicamente por el hecho de que violan la ley de Dios puede él dominarlos. Sus acusaciones provienen solamente de su enemistad hacia Cristo. Por el plan de salvación, Jesús está quebrantando el dominio de Satanás sobre la familia humana, y rescatando almas de su poder. Todo el odio y la malicia del jefe de los rebeldes se encienden cuando contempla la evidencia de la supremacía de Cristo, y con poder y astucia infernales trabaja para arrebatarle el residuo de los hijos de los hombres que han aceptado su salvación.

Satanás induce a los hombres al escepticismo, haciéndoles perder la confianza en Dios y separarse de su amor; los induce a violar su ley, luego los reclama como cautivos suyos y disputa el derecho de Cristo a arrebatárselos. Sabe que aquellos que

buscan a Dios fervientemente para alcanzar perdón y paz, los obtendrán; por lo tanto les recuerda sus pecados para desanimarlos. Constantemente busca ocasión de acusar a los que procuran obedecer a Dios. Trata de hacer aparecer como corrompido aun su servicio mejor y más aceptable. Mediante incontables designios muy sutiles y crueles, intenta obtener su condenación.

El hombre no puede por sí mismo hacer frente a estas acusaciones. Con sus ropas manchadas de pecado, confiesa su culpabilidad delante de Dios. Pero Jesús, nuestro Abogado, presenta una súplica eficaz en favor de todos los que mediante el arrepentimiento y la fe le han confiado la guarda de sus almas. Intercede por su causa y vence a su acusador con los poderosos argumentos del Calvario. Su perfecta obediencia a la ley de Dios, aun hasta la muerte de la cruz, le ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra, y él solicita a su Padre misericordia y reconciliación para el hombre culpable. Al acusador de sus hijos declara: “¡Jehová te reprenda, oh Satanás! Estos son la compra de mi sangre, tizones arrancados del

fuego”. Y los que confían en él con fe reciben la consoladora promesa: “Mira que he hecho pasar tu pecado de ti, y te he hecho vestir de ropas de gala”. (Zacarías 3:4)

Todos los que se hayan revestido del manto de la justicia de Cristo subsistirán delante de él como escogidos fieles y veraces. Satanás no puede arrancarlos de la mano de Cristo. Cristo no dejará que una sola alma que con arrepentimiento y fe haya pedido su protección, caiga bajo el poder del enemigo. Su Palabra declara: “¿O forzará alguien mi fortaleza? Haga conmigo paz, sí, haga paz conmigo”. (Isaías 27:5) La promesa hecha a Josué es hecha a todos: “Si guardares mi ordenanza,... entre estos que aquí están te daré plaza”. (Zacarías 3:7) Los ángeles de Dios irán a cada lado de ellos, aun en este mundo, y ellos estarán al fin entre los ángeles que rodean el trono de Dios.

El hecho de que los hijos reconocidos de Dios están representados como de pie delante del Señor con ropas inmundas, debe inducir a todos los que profesan su nombre a sentir humildad y a

escudriñar profundamente su corazón. Los que están de veras purificando su alma y obedeciendo la verdad, tendrán una muy humilde opinión de sí mismos. Cuanto más de cerca vean el carácter sin mancha de Cristo, mayor será su deseo de ser transformados a su imagen, y menos pureza y santidad verán en sí mismos. Pero aunque debemos comprender nuestra condición pecaminosa, debemos fiar en Cristo como nuestra justicia, nuestra santificación y redención. No podemos contestar las acusaciones de Satanás contra nosotros. Sólo Cristo puede presentar una intercesión eficaz en nuestro favor. El puede hacer callar al acusador con argumentos que no se basan en nuestros méritos, sino en los suyos.

Sin embargo, no debemos conformarnos con una vida pecaminosa. Debiera despertar a los cristianos e inducirlos a un celo y fervor mayores para vencer el mal, a pensar que todo defecto del carácter, todo punto en el cual ellos no alcanzan la norma divina, es una puerta abierta por la cual Satanás puede entrar a tentarlos y destruirlos; y además, que todo fracaso y defecto de su parte da

ocasión al tentador y a sus agentes para echar oprobio sobre Cristo. Debemos dedicar toda energía del alma a la obra de vencer, y acudir a Jesús a fin de recibir fuerza para hacer lo que no podemos hacer nosotros mismos.

Ningún pecado puede tolerarse en aquellos que andarán con Cristo en ropas blancas. Las vestiduras sucias han de ser sacadas, y ha de ponerse sobre nosotros el manto de la justicia de Cristo. Por el arrepentimiento y la fe, somos habilitados para prestar obediencia a todos los Mandamientos de Dios, y somos hallados sin culpa delante de él. Los que recibirán la aprobación de Dios están ahora afligiendo sus almas, confesando sus pecados, y suplicando fervientemente el perdón por Jesús su Abogado. Su atención está fija en él, su esperanza y su fe se concentran en él, y cuando se da la orden: “Quitadle esas vestimentas: viles, y vestidle de ropas de gala, y pongan mitra limpia sobre su cabeza”, están preparados para atribuirle toda la gloria de su salvación.

La visión de Zacarías con referencia a Josué y

el ángel se aplica con fuerza peculiar a la experiencia del pueblo de Dios durante la terminación del gran día de expiación. La iglesia remanente será puesta en grave prueba y angustia. Los que guardan los Mandamientos de Dios y la fe de Jesús sentirán la ira del dragón y de su hueste. Satanás considera a los habitantes del mundo súbditos suyos; ha obtenido el dominio de las iglesias apóstatas; pero ahí está ese pequeño grupo que resiste su supremacía. Si él pudiese borrarlo de la tierra, su triunfo sería completo. Así como influyó en las naciones paganas para que destruyesen a Israel, pronto incitará a las potestades malignas de la tierra a destruir al pueblo de Dios. Todo lo que se requerirá será que se rinda obediencia a los edictos humanos en violación de la ley divina. Los que quieran ser fieles a Dios y al deber serán amenazados, denunciados y proscritos. Serán traicionados por “padres, y hermanos, y parientes, y amigos”. (Lucas 21:16)

Su única esperanza se cifra en la misericordia de Dios; su única defensa será la oración. Como Josué intercedía delante del ángel, la iglesia

remanente, con corazón quebrantado y fe ferviente, suplicará perdón y liberación por medio de Jesús su Abogado. Sus miembros serán completamente conscientes del carácter pecaminoso de sus vidas, verán su debilidad e indignidad, y mientras se miren a sí mismos, estarán por desesperar. El tentador estará listo para acusarlos, como estaba listo para resistir a Josué. Señalará sus vestiduras sucias, su carácter deficiente. Presentará su debilidad e insensatez, su pecado de ingratitud, cuán poco semejantes a Cristo son, lo cual ha deshonrado a su Redentor. Se esforzará para espantar las almas con el pensamiento de que su caso es desesperado, de que nunca se podrá lavar la mancha de su contaminación. Esperará destruir de tal manera su fe que se entreguen a sus tentaciones, se desvíen de su fidelidad a Dios, y reciban la marca de la bestia.

Satanás insiste delante de Dios en sus acusaciones contra ellos, declara que por sus pecados han perdido el derecho a la protección divina y reclama el derecho de destruirlos como transgresores. Los declara tan merecedores como él

mismo de ser excluídos del favor de Dios. “¿Son éstos” --dice-- “los que han de tomar mi lugar en el cielo, y el lugar de los ángeles que se unieron conmigo? Mientras profesan obedecer la ley de Dios, ¿han guardado sus preceptos? ¿No han sido amadores de sí mismos más que de Dios? ¿No han puesto sus propios intereses antes que su servicio? ¿No han amado las cosas del mundo? Mira los pecados que han señalado su vida. Contempla su egoísmo, su malicia, su odio mutuo”.

Los hijos de Dios han sido muy deficientes en muchos aspectos. Satanás tiene un conocimiento exacto de los pecados que él los indujo a cometer, y los presenta de la manera más exagerada, declarando: “¿Me desterrará Dios a mí y a mis ángeles de su presencia, y, sin embargo, recompensará a aquellos que han sido culpables de los mismos pecados? Tú no puedes hacer esto con justicia, oh Señor. Tu trono no subsistirá en rectitud y juicio. La justicia exige que se pronuncie sentencia contra ellos”.

Pero aunque los seguidores de Cristo han

pecado, no se han entregado al dominio del mal. Han puesto a un lado sus pecados, han buscado al Señor con humildad y contrición y el Abogado divino intercede en su favor. El que ha sido el más ultrajado por su ingratitud, el que conoce sus pecados y también su arrepentimiento, declara: "'¡Jehová te reprenda, oh Satán!' Yo di mi vida por estas almas. Están esculpidas en las palmas de mis manos".

Los asaltos de Satanás son vigorosos, sus engaños terribles; pero el ojo del Señor está sobre sus hijos. Su aflicción es grande, las llamas del horno parecen estar a punto de consumirlos; pero Jesús los sacará como oro probado en el fuego. Su índole terrenal debe ser eliminada, para que la imagen de Cristo pueda reflejarse perfectamente; deben vencer la incredulidad; han de desarrollar fe, esperanza y paciencia.

Los hijos de Dios están suspirando y clamando por las abominaciones hechas en la tierra. Con lágrimas advierten a los impíos el peligro que corren al pisotear la ley divina, y con indecible

tristeza se humillan delante del Señor a causa de sus propias transgresiones. Los impíos se burlan de su pesar, ridiculizan sus solemnes súplicas y se mofan de lo que llaman debilidad. Pero la angustia y la humillación de los hijos de Dios dan evidencia inequívoca de que están recobrando la fuerza y nobleza de carácter perdidas como consecuencia del pecado. Porque se están acercando más a Cristo y sus ojos están fijos en su perfecta pureza, disciernen tan claramente el carácter excesivamente pecaminoso del pecado. Su contrición y humillación propias son infinitamente más aceptables a la vista de Dios que el espíritu de suficiencia propia y altanero de aquellos que no ven causa para lamentarse, que desprecian la humildad de Cristo y se creen perfectos mientras pisotean la santa ley de Dios. La mansedumbre y humildad de corazón son las condiciones para tener fuerza y alcanzar la victoria. La corona de gloria aguarda a aquellos que se postran al pie de la cruz. Bienaventurados son los que lloran; porque serán consolados.

Los fieles, que se encuentran orando, están, por

así decirlo, encerrados con Dios. Ellos mismos no saben cuán seguramente están escudados. Incitados por Satanás, los gobernantes de este mundo procuran destruirlos; pero si pudiesen abrírseles los ojos, como se abrieron los del siervo de Eliseo en Dotán, verían a los ángeles de Dios acampados en derredor de ellos, manteniendo en jaque a la hueste de las tinieblas con su resplandor y gloria.

Mientras los hijos de Dios afligen sus almas delante de él, suplicando pureza de corazón, se da la orden: “Quitadle esas vestiduras viles”, y se pronuncian las alentadoras palabras: “Mira que he quitado de ti tu pecado, y te he hecho vestir de ropas de gala” (Zacarías 3:4) Se pone sobre los tentados, probados, pero fieles hijos de Dios, el manto sin mancha de la justicia de Cristo. El remanente despreciado queda vestido de gloriosos atavíos, que nunca han de ser ya contaminados por las corrupciones del mundo. Sus nombres permanecen en el Libro de la Vida del Cordero, registrados entre los fieles de todos los siglos.

Han resistido los lazos del engañador; no han

sido apartados de su lealtad por el rugido del dragón. Ahora están eternamente seguros de los designios del tentador. Sus pecados han sido transferidos al originador de ellos.

Y ese residuo no sólo es perdonado y aceptado, sino honrado. Una “mitra limpia” es puesta sobre su cabeza. Han de ser reyes y sacerdotes para Dios. Mientras Satanás estaba insistiendo en sus acusaciones y tratando de destruir esta hueste, los ángeles santos, invisibles, iban de un lado a otro poniendo sobre ellos el sello del Dios viviente. Ellos han de estar sobre el monte de Sión con el Cordero, teniendo el nombre del Padre escrito en sus frentes. Cantan el nuevo himno delante del trono, ese himno que nadie puede aprender sino los ciento cuarenta y cuatro mil que fueron redimidos de la tierra. “Estos son los que siguen al Cordero por donde quiera que va. Estos fueron comprados de entre los hombres por primicias para Dios y para el Cordero. Y en sus bocas no ha sido hallado engaño; porque ellos son sin mácula delante del trono de Dios”. (Apocalipsis 14:4, 5)

Entonces se cumplirán completamente estas palabras del ángel: “Escucha pues ahora, Josué gran sacerdote, tú, y tus amigos que se sientan delante de ti; porque son varones simbólicos: He aquí, yo traigo a mi siervo, el Pimpollo”. Cristo es revelado como Redentor y Libertador de su pueblo. Entonces serán en verdad los que forman parte del remanente “varones simbólicos”, cuando las lágrimas y la humillación de su peregrinación sean reemplazadas por el gozo y la honra en la presencia de Dios y del Cordero. “En aquel tiempo el renuevo de Jehová será para hermosura y gloria, y el fruto de la tierra para grandeza y honra, a los librados de Israel. Y acontecerá que el que quedare en Sión, y el que fuere dejado en Jerusalén, será llamado santo; todos los que en Jerusalén están escritos entre los vivientes”. (Isaías 4:2, 3)

Capítulo 55

La unidad y el amor en la Iglesia

Estimados hermanos y hermanas de Healdsburg,

No olvidéis que una de las artimañas más peligrosas que Satanás haya preparado para la iglesia se manifestará a través de sus propios miembros que no aman a Dios por sobre todo, o a su prójimo como a sí mismos. Satanás se esfuerza continuamente para interponerse entre los hermanos. Procura ganar el control de los que dicen creer la verdad, pero que no están convertidos; y cuando puede influir sobre ellos, por vía de su naturaleza carnal, a que se unan a él en su intento de obstruir los propósitos de Dios, entonces se llena de júbilo.

El Instituto de Salud, el colegio, el ministerio y las sociedades misioneras, son todos instrumentos

que Dios usa para la realización de su obra Si Satanás puede en alguna forma inventar algo que logre apartar talentos y recursos de estas agencias y desviarlos por otro cauce, lo hará. Hay algunos que se han engañado a sí mismos. Mientras se jactan de estar haciendo la obra de Dios, están cayendo en manos del gran engañador y sirviéndole eficazmente. Cuidado con estos engaños. Recordad siempre lo que se espera de nuestra profesión como cristianos, como pueblo especial de Dios; y cuidaos que al ejercer la independencia personal, no vaya vuestra influencia a obrar contra los propósitos de Dios y que vosotros, por las tretas de Satanás, os convirtáis en piedras de tropiezo que directamente obstruyan el camino de los débiles y vacilantes. Existe el peligro de dar ocasión a nuestros enemigos a que blasfemen contra Dios y se burlen de los que creen la verdad.

Guardaos especialmente de convertiros en herramienta en manos del enemigo para apartar la mente de algunos --hombres, mujeres o niños-- para que no hagan entrega total de sí mismos a Dios y no lleven a cabo una mayor obra en este

tiempo. Cuidado con lisonjear a los jóvenes presentando ante ellos la perspectiva del lucro financiero, maravillosas ventajas educacionales, o grandes logros personales. Las palabras halagadoras son dulces para el corazón no consagrado, y algunos de los que creen estar firmes, se ofuscan, se fascinan, se embriagan, con deseos que nunca se cumplen. Se ha hecho un gran mal de esta forma. Todos deben pensar y hablar modestamente acerca de sus habilidades personales, y deben tener cuidado de no alentar el orgullo y la estima propia en los demás. A no ser que se consagren a Dios, los hombres y las mujeres carecen de fuerza moral y pueden equivocarse completamente en su valoración de la capacidad humana y de lo que constituye la fidelidad cristiana. No presentéis incentivos que disminuyan el interés de nadie en enaltecer una institución que Dios ha dicho que debe ser enaltecida.

El hermano A no exhibe buen criterio en toda ocasión ni en todo asunto. No es equilibrado, y a menos que camine en humildad ante Dios, cometerá graves errores. Le falta discernimiento y

por lo tanto, malinterpreta los caracteres, empleando palabras de adulación tan exageradas en algunos casos que muy bien pudieran hacer daño a sus almas. Les hace pensar que pueden lograr algo muy grande, haciendo de esta manera que descuiden los pequeños deberes que tienen directamente por delante.

No reclamo que haya inactividad, sino más bien ruego que se venza este espíritu egoísta y mundanal. Cualquier empresa que le brinde unidad y armonía de esfuerzo a la obra de Dios puede llevarse a cabo con confianza. Pero nunca, nunca olvidéis que sois, o siervos de Jesucristo que trabajáis con ardor en favor de la unidad de los creyentes por la cual Cristo oró, o trabajáis contra esta unidad y contra Cristo.

Los que procuran disminuir el interés de alguno de la Escuela de Healdsburg, o cualquiera de sus ramos de la obra misionera, no están trabajando juntamente con Dios, pero sí están trabajando bajo el mando de otro capitán, cuyo propósito es debilitar y destruir. Vuestra utilidad, hermanos y

hermanas de la iglesia de Healdsburg, requiere que seáis rectos en todos vuestros asuntos; que seáis humildes, santos y puros. Debiera haber menos egoísmo vanaglorioso, menos orgullo. Cuando los miembros de la iglesia se revistan de humildad, cuando abandonen la estima y la complacencia propia, cuando procuren constantemente hacer la voluntad de Dios, entonces obrarán en armonía. El Espíritu de Dios es uno solo...

Es eminente la crisis en la que cada uno necesitará fuerza divina para poder hacer frente a las asechanzas de Satanás, ya que sus engaños se manifestarán de todas las maneras concebibles. Aquellos que se han permitido ser juguetes de las tentaciones de Satanás no estarán preparados entonces para ponerse del lado del bien. Su pensamiento estará de tal manera confundido que no podrán discernir entre lo divino y lo satánico.

Vendrá una crisis sobre cada una de nuestras instituciones. Obrarán influencias contra ellas, tanto de creyentes como de no creyentes. No debe haber ahora traición de confianza o de cometido

sagrado para beneficiar y exaltar el yo. Debemos cuidar nuestra vida con celoso cuidado, constantemente, para no dejar impresiones negativas en el mundo. Decidlo, vividlo: “Soy cristiano. No puedo dejarme llevar por las máximas del mundo. Debo amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a mí mismo. No puedo hacer ni tolerar ningún arreglo que vaya a estorbar en lo más mínimo mi utilidad, o que debilite mi influencia o destruya mi confianza en ninguno de los instrumentos de Dios”.

Recordad que el pueblo de Dios no es más que una manada pequeña en comparación con el mundo profesamente cristiano y las miríadas de hombres y mujeres que le rinden culto al mundo. Los que integran el pueblo de Dios han de ser cristianos bíblicos, ejemplos de justicia y rectitud en todas las cosas para nuestros jóvenes. Toda influencia que rodee a nuestros jóvenes debe ser de carácter santo, y dicha influencia debe comenzar en el seno de nuestra propia familia. Lo santo y lo profano no deben entremezclarse.

Protejamos los intereses de nuestros hermanos

Por sus votos bautismales, cada miembro de la iglesia se ha comprometido solemnemente a proteger los intereses de sus hermanos. Todos estarán tentados a aferrarse a sus propios planes e ideas, que les parecen buenos; pero deben velar y orar, y esforzarse hasta el límite de su capacidad por edificar el reino de Jesús en el mundo. Dios requiere de cada creyente que, hasta donde pueda, evite a sus hermanos y hermanas toda influencia que tenga la menor tendencia a dividirnos o a desviar sus intereses de la obra para este tiempo presente. No sólo debe tener consideración por sus propios intereses espirituales, sino que debe manifestar preocupación por las almas de aquellos con quienes se relacione; y debe ejercer, por Cristo, un poder refrenador sobre otros miembros de la iglesia. Sus palabras y su comportamiento deben ejercer una influencia que los induzca a seguir el ejemplo de Cristo en la abnegación, el sacrificio propio y el amor hacia los demás.

Si hay en la iglesia personas que ejerzan una influencia contraria al amor y la benevolencia desinteresada que Jesús manifestaba hacia nosotros, y se separan de sus hermanos, debe haber hombres fieles que intervengan en estos casos con sabiduría, trabajando por sus almas, aunque cuidando de que su influencia no afecte a los demás y que la iglesia no sea extraviada por su desafecto y los falsos rumores. Algunos están llenos de suficiencia propia. Piensan unos pocos que tienen razón, pero ponen en duda y censuran todo acto de los demás. A estas personas no se les debe permitir que pongan en peligro los intereses de la iglesia. A fin de elevar el tono moral de la iglesia, cada uno debe sentir que es su deber procurar la cultura espiritual personal, por la práctica de los estrictos principios bíblicos, como a la vista de un Dios santo.

Entienda cada miembro de la iglesia que debe estar en paz con Dios, que debe ser santificado por la verdad. Entonces podrá representar el carácter cristiano ante los demás y ofrecer un ejemplo de abnegación. Si cada uno obra así, la iglesia crecerá

en espiritualidad y en favor para con Dios.

Todo miembro de iglesia debe sentir la obligación de consagrar su diezmo a Dios. Ninguno deberá seguir la mirada de sus ojos o la inclinación de su corazón egoísta y así robarle a Dios. No deben usar sus recursos para satisfacer la vanidad o cualquier otra gratificación egoísta, porque al actuar de esta manera van a caer en la red de los engaños satánicos. Dios es el que da el tacto, la capacidad de acumular riquezas y, por lo tanto, todo debe ser colocado ante su altar. He aquí lo que se requiere: “Honra al Señor con tus bienes”. (Proverbios 3:9) La inclinación hacia la avaricia tiene que ser constantemente frenada, de lo contrario carcomerá los corazones de hombres y mujeres, y ellos correrán con avaricia en pos del lucro.

En el desierto de la tentación, Satanás, el enemigo de las almas, presentó ante Cristo las glorias de este mundo y le dijo: “Si postrado me adorares, todo esto será tuyo”. El Salvador rechazó a Satanás; pero ¡cuán fácilmente se deja seducir el

hombre por los ofrecimientos del gran enemigo! Muchos se fascinan con las atracciones del mundo; sirven a Mammón en lugar de Dios, y así pierden sus almas.

En breve nos encontraremos con el Señor, y ¿qué cuenta le hemos de dar del uso que hemos hecho de nuestro tiempo, talentos y posesiones? Nuestro gozo debe estar en la obra de salvar almas. Solemnemente le pregunto a la iglesia de Healdsburg: ¿Está Dios de veras entre vosotros? El Testigo verdadero dice: “Pero tienes unas pocas personas en Sardis que no han manchado sus vestiduras; y andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas”. (Apocalipsis 3:4) ¿Pertenecéis vosotros a este número? ¿Os habéis mantenido íntegramente fieles? Como hombres que se ahogan, ¿os habéis prendido de Jesús, quien es vuestro refugio? ¿Le estáis obedeciendo, viviendo por él y amándole? ¿Es cada miembro de la iglesia puro, santo y sin mancha, uno en cuyos labios no hay engaño? Si es así, estáis verdaderamente felices porque ante la vista de Dios sois “más preciosos que el oro fino; más aún que el lingote de

oro de Ofir”. (Isaías 13:12) Mientras las multitudes adoran a Mammón y no sirven al Santo de Israel, hay unos pocos que no han manchado sus vestimentas, sino que las han mantenido libres de la contaminación del mundo; y estos pocos serán poderosos. Este grupo poseerá la fe que obra por medio del amor y que purifica el alma. Darán ejemplo de elevados principios cristianos. Procurarán tener una conexión personal con la Fuente de luz y mejorar constantemente, cultivando cada una de sus facultades hasta el grado máximo. Dios anhela traer a vuestra vida la más estricta rectitud e integridad; esto os hará destacaros ante el mundo como hijos del Dios altísimo. Jesús era sereno y manso, y nunca perdió su dominio propio, aun entre conflictos agitados y los más fieros elementos de oposición.

A vosotros que habéis recibido gran luz, Dios os dice: “Subid más alto”. Acercaos más a Dios y al cielo. Seguid adelante. Necesitáis fe, un amor genuino por vuestros hermanos, y un interés más profundo en ellos. Dios os ha encomendado responsabilidades sagradas. Hay un campo

misionero para cada miembro de la iglesia donde puede ejercer su influencia en favor del bien.

Nuestro colegio no es lo que debiera ser, ni lo que va a ser si nuestros hermanos y hermanas llegan a sentir que es un legado sagrado que se ha puesto en sus manos. Si elevaran más alto el estandarte de la espiritualidad en la iglesia, si dieran un ejemplo de integridad en todo lo que hacen, si todos cultivaran la santidad y la dignidad cristiana, entonces la influencia del colegio se expandiría y saldría de él luz con abundantes bendiciones. He visto que si se administra debidamente el colegio, muchos jóvenes saldrán de él para ser obreros activos en la causa de Dios. Pero cuidaos todos, no sea que en palabra o hechos ejerzáis influencia en contra del colegio o contra la verdad por medio de una vida no consagrada, de sospechas y calumnias; porque Dios de seguro los tendrá como culpables. El colegio siempre estará obligado a luchar contra dificultades, porque algunas personas carecen de fe y no están bajo el control del pensamiento de Cristo. Si Satanás puede encontrar personas entre nosotros que estén

atentas al mal y que hablen de una forma denigrante acerca de nuestras instituciones, preocupándose de sacar a relucir cada cosita desagradable que sucede, queda complacido. No escatimará esfuerzo alguno para lograr que la gente menoscabe el colegio, porque no se acomoda en todo a sus propias ideas. Si ve que la juventud se puede beneficiar, ejercerá con vigor toda posible influencia dentro de la iglesia para desanimar en lugar de fortalecer y hacer crecer.

Nadie podrá negar que estos elementos existen en Healdsburg como también en otros lugares; y si Satanás no los usase, emplearía alguna otra influencia para lograr el mismo propósito. Pero, “¡ay de aquel hombre por quien viene el tropiezo”, “mejor le fuera que se le colgase al cuello una piedra de molino de asno, y que se le hundiese en lo profundo de la mar”. (Mateo 18:6-7) Dios tiene sus medios para obrar. Los hombres no siempre pueden discernirlos, y cuando le atribuyen tanta importancia a sus propios esfuerzos, no le dejan espacio al Señor para obrar, y como resultado están trabajando en contra de él. “Así que, el que piensa

estar firme, mire que no caiga”. (1 Corintios 10:12) “Así que vosotros, oh amados, sabiéndolo de antemano, guardaos, no sea que arrastrados por el error de los inicuos, caigáis de vuestra firmeza. Antes bien, creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo”. (2 Pedro 3:17-18)

Nos estamos acercando al fin del tiempo. Abundarán las pruebas de afuera, pero no permitamos que provengan de adentro de la iglesia. Por amor de la verdad, por amor a Cristo, niéguense a sí mismos los que profesan ser hijos de Dios. “Porque es menester que todos nosotros parezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que hubiere hecho por medio del cuerpo, ora sea bueno o malo”. (2 Corintios 5:10) Todo aquel que ame de veras a Dios, tendrá el Espíritu de Cristo y un ferviente amor hacia sus hermanos. Cuanto más en comunión con Dios esté el corazón de una persona, y cuanto más se concentren sus afectos en Cristo, menos perturbada se sentirá ella por las asperezas y penurias que encuentre en esta vida. Los que están

creciendo a la plena estatura de hombres y mujeres en Cristo Jesús, se volverán cada vez más semejantes a Cristo en su carácter y se elevarán por encima de la disposición a murmurar y estar descontentos. El dedicarse a la censura les inspirará desprecio.

La iglesia en este tiempo debiera tener la fe dada una vez a los santos que los capacitará para decir con valor: “El Señor es mi ayudador”; “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (Hebreos 13:6; Filipenses 4:13) El Señor nos pide levantarnos y marchar hacia adelante. Cuando en cualquier período la iglesia ha abandonado sus pecados, creído y andado en la verdad, Dios la ha honrado. Hay un poder en la fe y en la humilde obediencia que el mundo no puede resistir. La orden providencial de Dios con respecto a su pueblo es el progreso, el avance continuo en la perfección del carácter cristiano, en la senda de la santidad, elevándose cada día más en la luz clara del conocimiento y el amor hacia Dios, hasta que el tiempo se acabe. ¡Oh!, ¿por qué será que estamos por siempre aprendiendo solamente los rudimentos

de la doctrina de Cristo?

El Señor tiene ricas bendiciones para la iglesia, si sus miembros procurasen fervientemente despertar de esta peligrosa tibieza. Una religión vana, palabras desprovistas de vida, un carácter carente de fuerza moral, esto es lo que se señala en el solemne mensaje que dirige el Testigo fiel a las iglesias, amonestándolas en cuanto al orgullo, la mundanalidad, el formalismo y la complacencia propia. Al que dice, “Soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad”, el Señor del cielo declara: “No sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo”. (Apocalipsis 3:17) Pero a los humildes, los que sufren, los fieles, los pacientes, que están vivamente conscientes de su insuficiencia, se les ofrecen palabras de ánimo: “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él y cenaré con él, y él conmigo”. (Apocalipsis 3:20) El Testigo fiel dice a todos: “Conozco tus obras”. Este escrutinio se cierne sobre las iglesias de California. Nada escapa a su mirada escrutadora; sus faltas y errores, sus olvidos

y fracasos, su alejamiento pecaminoso de la verdad, sus decadencias y deficiencias, “todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta”. (Hebreos 4:13)

Es mi deseo y oración que podáis andar con toda humildad de corazón para que lleguéis a ser una bendición los unos para los otros. “Aún un poquito, y el que había de venir vendrá, y no tardará”. (Hebreos 10:37) Las lámparas nupciales tienen que estar aparejadas y encendidas. Nuestro Señor se demora porque es paciente para con nosotros, “no queriendo que ninguno se pierda, sino que todos procedan al arrepentimiento”. Empero, cuando nosotros, en compañía de todos los redimidos, estemos sobre el mar de vidrio, con arpas de oro y coronas de gloria, y ante la inmensidad de la eternidad, entonces nos daremos cuenta cuán corto fue el período de espera y de prueba. “Dichosos aquellos siervos a los cuales su señor, cuando venga, halle velando”. (Lucas 12:37)

Estamos viviendo en una época en que todos deben prestar atención especial a la orden del

Salvador: “Velad y orad, para que no entréis en tentación”. (Mateo 26:41) Recuerde cada uno que debe ser fiel y leal a Dios, creyendo la verdad, creciendo en gracia y en el conocimiento de Jesucristo. La invitación del Salvador es: “Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas”. (Mateo 11:29) El Señor está dispuesto a ayudarnos, a fortalecernos y a bendecirnos; pero debemos pasar por el proceso de refinación hasta que se hayan consumido todas las impurezas de nuestro carácter. Cada miembro de la iglesia será sometido al horno, no para ser consumido, sino para ser purificado.

El Señor ha obrado entre vosotros, pero Satanás también se ha infiltrado para producir fanatismo. Hay también otros males que deben evitarse. Algunos están en peligro de quedarse satisfechos con las vislumbres que han obtenido de la luz y el amor de Dios, y cesar de progresar. No han perseverado en la vigilancia y la oración. En el mismo momento en que se hace la aclamación: “Templo de Jehová, templo de Jehová, templo de

Jehová es éste” (Jeremías 7:4), penetran tentaciones, y las tinieblas y la glorificación propia. Es necesario que el Señor mismo comunique sus ideas al alma. ¡Qué pensamiento! En vez de nuestras pobres ideas y planes terrenales restringidos, el Señor nos comunicará sus propias ideas y sus pensamientos nobles, amplios, abarcantes, que siempre llevan hacia el cielo.

Vuestro peligro estriba en dejar de avanzar hacia el “premio de la soberana vocación de Dios en Cristo Jesús” (Filipenses 3:14) ¿Os ha dado el Señor luz? Entonces sois responsables de esa luz; no simplemente mientras sus rayos brillan sobre vosotros, sino por todo lo que os ha revelado en lo pasado. Debéis entregar vuestra voluntad diariamente a Dios; debéis andar en la luz y esperar más, que él os la dará, pues la luz del amado Salvador resplandecerá en rayos cada vez más claros en medio de las tinieblas morales, hasta que llegue el día perfecto.

¿Están todos los miembros de vuestra iglesia procurando obtener maná fresco cada mañana y

noche? ¿Estáis procurando iluminación divina? ¿O estáis ideando medios por los cuales podáis glorificaros a vosotros mismos? ¿Estáis amando y sirviendo a Dios con toda vuestra alma, fuerza, mente y poder, beneficiando a otros en derredor vuestro y conduciéndolos a la luz de la verdad? ¿Estáis satisfechos con las bendiciones pasadas? ¿O estáis andando como anduvo Cristo, trabajando como él trabajó, revelándole ante el mundo en vuestras palabras y acciones? ¿Estáis, como hijos obedientes, viviendo una vida pura y santa? Cristo debe ser introducido en vuestra vida. El solo puede curaros de la envidia, las malas sospechas contra vuestros hermanos; él solo puede quitaros el espíritu de suficiencia propia que algunos de vosotros albergáis, para vuestro detrimento espiritual. Jesús es el único que puede haceros sentir vuestra debilidad, vuestra ignorancia, vuestra naturaleza corrupta. Sólo él puede haceros puros, refinados, idóneos para las mansiones de los bienaventurados.

"En Dios haremos proezas". (Salmos 60:12) ¡Cuánto bien podríais hacer siendo leales a Dios y

a vuestros hermanos, reprimiendo todo pensamiento carente de bondad, todo sentimiento de envidia o de importancia propia! Permitid que vuestra vida se llene de un bondadoso afán de servir a los demás. No sabéis cuán pronto podéis ser llamados a deponer la armadura. La muerte puede arrebataros repentinamente, sin daros tiempo a prepararos para vuestro último cambio ni dejaros fuerza física o poder mental para fijar vuestros pensamientos en Dios y hacer la paz con él. Antes de mucho, algunos conocerán por experiencia cuán vana es la ayuda del hombre, cuán sin valor es la justicia llena de importancia y suficiencia propias con que se han satisfecho.

Me siento instada por el Espíritu del Señor a deciros que ahora es vuestro día de privilegio, de confianza, de bendición. ¿Lo aprovecharéis? ¿Estáis trabajando para la gloria de Dios, o por intereses egoístas? ¿Estáis pensando mayormente en las perspectivas brillantes del éxito mundanal que os puedan proporcionar satisfacción y ganancia financiera? En tal caso, os veréis chasqueados acerbamente. Pero si procuráis vivir una vida pura

y santa, y aprendéis diariamente en la escuela de Cristo las lecciones que os ha invitado a aprender y sois mansos y humildes de corazón, entonces tendréis una paz que no podrá cambiar ninguna circunstancia de este mundo.

La vida que se vive en Cristo es una vida llena de reposo. La inquietud, el descontento y la agitación revelan la ausencia del Salvador. Si hacéis entrar a Jesús en vuestra vida, ésta se llenará de obras buenas y nobles para el Maestro. Os olvidaréis de serviros a vosotros mismos, y viviréis siempre más cerca del amado Salvador; vuestro carácter se volverá semejante al de Cristo, y cuantos os rodeen conocerán que habéis estado con Jesús aprendiendo de él. Cada uno posee en sí mismo la fuente de su propia felicidad o desgracia. Si quiere, puede elevarse por encima del bajo sentimentalismo que constituye la experiencia de muchos: pero mientras esté henchido de sí mismo, nada puede hacer el Señor por él. Satanás nos presentará proyectos ambiciosos para deslumbrar nuestros sentidos, pero debemos recordar siempre el “premio de la soberana vocación de Dios en

Cristo Jesús”. (Filipenses 3:14) Llenad esta vida con todas las buenas obras que os sea posible hacer. “Y los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan a justicia la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad”. (Daniel 12:3)

Si nuestras vidas rebosan de santa fragancia, si honramos a Dios albergando buenos pensamientos hacia los demás, y hacemos buenas obras para beneficiar a otros, no tendrá importancia que vivamos en una choza o en un palacio. Las circunstancias tienen poco que ver con lo que experimenta el alma. El espíritu que albergamos es lo que da color a todas nuestras acciones. No se puede hacer desdichado al hombre que está en paz con Dios y sus semejantes. No habrá envidia en su corazón; no hallarán allí cabida las malas sospechas; no podrá existir odio en él. El corazón que está en armonía con Dios se eleva por encima de las molestias y pruebas de esta vida. Pero el corazón que no conoce la paz de Cristo, se siente desgraciado, lleno de descontento; la persona ve defectos en todo, y pondría discordia aun en la

música celestial. Una vida de egoísmo es una vida llena de mal. Aquellos cuyos corazones están llenos de amor al yo, albergarán malos pensamientos para con sus hermanos, y hablarán contra los instrumentos de Dios. Las pasiones mantenidas vivas y fogosas por los impulsos de Satanás son un manantial que emite siempre raudales amargos para envenenar la vida ajena.

Que todo aquel que asevera seguir a Cristo se estime menos a sí mismo y más a los demás. ¡Uníos, uníos! En la unión hay fuerza y victoria; en la discordia y la división hay debilidad y derrota. Estas son palabras que me dirigió el Cielo. Como embajadora de Dios os las transmito. Procure cada uno contestar la oración de Cristo: “Para que todos sean una cosa; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti”. (Juan 17:21) ¡Oh, qué unidad! Y dice Cristo: “En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros”. (Juan 13:35)

Cuando la muerte arrebata alguno de los nuestros, ¿qué recuerdos nos quedan del trato que

recibió? ¿Son agradables los cuadros que conserva la memoria? ¿Guarda recuerdos de las palabras bondadosas que le dirigimos, de la simpatía que le concedimos en el momento oportuno? ¿Se apartaron sus hermanos de las malas sospechas, de los entrometidos indiscretos? ¿Vindicaron ellos su causa? ¿Fueron fieles a la orden dada: “Que consoléis a los de poco ánimo, que soportéis a los flacos”? “He aquí, tú enseñabas a muchos, y las manos flacas corroborabas”. “Confortad a las manos cansadas, roborad las vacilantes rodillas. Decid a los de corazón apocado: Confortaos, no temáis” (1 Tesalonicenses 5:14; Job 4:3; Isaías 35:3, 4)

Cuando aquel con quien nos asociamos en la iglesia está muerto, cuando sabemos que su cuenta ha quedado fijada para siempre en los libros del cielo, y que deberá hacer frente a ese registro en el juicio, ¿cuáles son las reflexiones que sus hermanos se hacen acerca de la conducta que siguieron para con él? ¿Cuál fue la influencia de ellos sobre él? ¡Cuán claramente recuerdan cada palabra dura y acto imprudente! ¡Qué diferente

sería su conducta si tuviesen otra oportunidad!

Pablo agradecía así el consuelo que Dios le diera: “Bendito sea... el Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquiera angustia, con la consolación con que nosotros somos consolados de Dios”. (2 Corintios 1:3, 4) Y al sentir Pablo el consuelo y el calor del amor de Dios, reflejaba la bendición sobre los demás. Conduzcámonos de modo que los cuadros que se graben en nuestra memoria no sean de un carácter tal que no podamos reflexionar en ellos.

Una vez muertos aquellos con quienes tratamos, no habrá más oportunidad de retractar palabra alguna de las que les dirigimos, ni borrar de la memoria ninguna impresión penosa. Por lo tanto, cuidemos nuestra conducta, no sea que ofendamos a Dios con nuestros labios. Desechemos toda frialdad y divergencia. Enternezcamos nuestro corazón delante de Dios, mientras recordamos su trato misericordioso con nosotros. Consuma el

Espíritu Santo, como llama santa, la escoria amontonada ante la puerta del corazón; dejemos entrar a Jesús y fluya su amor hacia los demás por nuestro intermedio, en palabras, pensamientos y actos de cariño. Entonces, si la muerte nos separa de nuestros amigos, y no los hayamos de ver hasta que estemos ante el tribunal de Dios, no nos avergonzaremos al ver reproducidas las palabras nuestras que fueron registradas.

Cuando la muerte cierra los ojos de una persona, y sus manos quedan cruzadas sobre el pecho inmóvil, ¡cuán pronto cambian las divergencias! Ya no hay amarguras ni resentimientos; los desprecios y yerros se olvidan y perdonan. ¡Cuántas palabras de cariño se dicen acerca de los muertos y cuántas cosas buenas de su vida se recuerdan! Se expresan alabanzas y encomios; pero caen en oídos que no oyen, sobre corazones que no sienten. Si esas palabras se hubiesen dicho cuando el espíritu cansado las necesitaba, cuando el oído podía oírlas y el corazón sentirlas, ¡qué cuadro agradable habría quedado en la memoria! ¡Cuántos, mientras están de pie,

embargados por la reverencia frente al silencio de la muerte, recuerdan con vergüenza y con pesar las palabras y los actos que infundieron tristeza al corazón que está paralizado ahora para siempre! ¡Infundamos ahora en nuestra vida toda la riqueza, el amor y la bondad que podamos infundirle! Seamos serviciales, agradecidos, pacientes y tolerantes en nuestro trato unos con otros. Mientras viven aún nuestros hermanos, expresémosles en nuestro trato diario los sentimientos que se suelen expresar al lado de los moribundos y los muertos.

Capítulo 56

La conducta en la casa de Dios

Para el alma humilde y creyente, la casa de Dios en la tierra es la puerta del cielo. El canto de alabanza, la oración, las palabras pronunciadas por los representantes de Cristo, son los agentes designados por Dios para preparar un pueblo para la iglesia celestial, para aquel culto más sublime, en el que no podrá entrar nada que corrompa.

Del carácter sagrado que rodeaba el santuario terrenal, los cristianos pueden aprender cómo deben considerar el lugar donde el Señor se encuentra con su pueblo. Ha habido un gran cambio, y no en el mejor sentido, sino en el peor, en los hábitos y costumbres de la gente con referencia al culto religioso. Las cosas preciosas y sagradas que nos relacionan con Dios, están perdiendo rápidamente su influencia, y son rebajadas al nivel de las cosas comunes. La

reverencia que el pueblo tenía antiguamente por el santuario donde se encontraba con Dios en servicio sagrado, casi ha desaparecido. Sin embargo, Dios mismo dio el orden del servicio, ensalzándolo muy por encima de todo lo que tuviese naturaleza temporal.

La casa es el santuario para la familia, y la cámara o el huerto el lugar más retraído para el culto individual; pero la iglesia es el santuario para la congregación. Debiera haber reglas respecto al tiempo, el lugar, y la manera de adorar. Nada de lo que es sagrado, nada de lo que pertenece al culto de Dios, debe ser tratado con descuido e indiferencia. A fin de que los hombres puedan tributar mejor las alabanzas a Dios, su asociación debe ser tal que mantenga en su mente una distinción entre lo sagrado y lo común. Los que tienen ideas amplias, pensamientos y aspiraciones nobles, son los que sostienen entre sí relaciones que fortalecen todos los pensamientos de las cosas divinas. Felices son los que tienen un santuario, sea alto o humilde, en la ciudad o entre las escarpadas cuevas de la montaña, en la humilde choza o en el desierto. Si

es lo mejor que pueden obtener para el Maestro, él santificará ese lugar con su presencia, y será santo para el Señor de los ejércitos.

Cuando los adoradores entran en el lugar de reunión, deben hacerlo con decoro, pasando quedamente a sus asientos. Si hay una estufa en la pieza, no es propio rodearla en una actitud indolente y descuidada. La conversación común, los cuchicheos y las risas no deben permitirse en la casa de culto, ni antes ni después del servicio. Una piedad ardiente y activa debe caracterizar a los adoradores.

Si algunos tienen que esperar unos minutos antes de que empiece la reunión, conserven un verdadero espíritu de devoción meditando silenciosamente, manteniendo el corazón elevado a Dios en oración, a fin de que el servicio sea de beneficio especial para su propio corazón y conduzca a la convicción y conversión de otras almas. Todos hemos perdido mucha dulce comunión con Dios por nuestra inquietud, por no fomentar los momentos de reflexión y oración. La

condición espiritual necesita ser reseñada con frecuencia, y la mente y el corazón atraídos al Sol de justicia.

Si cuando la gente entra en la casa de culto tiene verdadera reverencia por el Señor y recuerda que está en su presencia, habrá una suave elocuencia en el silencio. Las risas, las conversaciones y los cuchicheos que podrían no ser pecaminosos en un lugar de negocios comunes, no deben tolerarse en la casa donde se adora a Dios. La mente debe estar preparada para oír la Palabra de Dios, a fin de que tenga el debido peso e impresione adecuadamente el corazón.

Cuando el ministro entra, debe, ser con una disposición solemne y digna. Debe inclinarse en oración silenciosa tan pronto como llegue al púlpito a pedir fervientemente ayuda a Dios. ¡Qué impresión hará esto! Habrá solemnidad y reverencia entre los oyentes. Su ministro está comulgando con Dios; se está confiando a Dios antes de atreverse a presentarse delante de la gente. Un sentimiento de solemnidad desciende sobre

todos, y los ángeles de Dios son atraídos muy cerca. Cada uno de los miembros de la congregación que teme a Dios, debe también unirse en oración silenciosa con él, inclinando su cabeza, para que Dios honre la reunión con su presencia y dé poder a su verdad proclamada por los labios humanos.

Cuando se abre la reunión con oración, cada rodilla debe doblegarse en la presencia del Santo y cada corazón debe elevarse a Dios en silenciosa devoción. Las oraciones de los adoradores fieles serán oídas y el ministerio de la palabra resultará eficaz. La actitud inerte de los adoradores en la casa de Dios es un importante motivo de que el ministerio no produzca mayor bien. La melodía del canto, exhalada de muchos corazones en forma clara y distinta, es uno de los instrumentos de Dios en la obra de salvar almas. Todo el servicio debe ser dirigido con solemnidad y reverencia, como si fuese en la visible presencia del Maestro de las asambleas.

Cuando se habla la Palabra, debéis recordar,

hermanos, que estáis escuchando la voz de Dios por medio del siervo que es su delegado. Escuchad atentamente. No durmáis por un instante, porque el sueño podría haceros perder las palabras que más necesitáis; las palabras que, si las escucharais, salvarían vuestros pies de desviarse por sendas equivocadas. Satanás y sus ángeles están atareados creando una condición de parálisis de los sentidos, para que las recomendaciones, amonestaciones y reproches no sean oídos; y para que, si llegan a oírse, no produzcan efecto en el corazón ni reformen la vida. A veces un niñito puede atraer de tal manera la atención de los oyentes que la preciosa semilla no caiga en buen terreno ni lleve fruto.

Algunas veces los jóvenes tienen tan poca reverencia por la casa y el culto de Dios, que sostienen continua comunicación unos con otros durante el sermón. Si pudiesen ver a los ángeles de Dios que los miran y toman nota de sus acciones, se llenarían de vergüenza y se aborrecerían a sí mismos. Dios quiere oyentes atentos. Era mientras los hombres dormían cuando Satanás sembró la

cizaña.

Cuando se pronuncia la oración de despedida, todos deben permanecer quietos, como si temiesen perder la paz de Cristo. Salgan todos sin desorden ni conversación, sintiendo que están en la presencia de Dios, que su ojo descansa sobre ellos y que deben obrar como si estuviesen en su presencia visible. Nadie se detenga en los pasillos para conversar o charlar, cerrando así el paso a los demás. Las dependencias de las iglesias deben ser investidas con sagrada reverencia. No debe hacerse de ellas un lugar donde encontrarse con antiguos amigos, y conversar e introducir pensamientos comunes y negocios mundanales. Estas cosas deben ser dejadas fuera de la iglesia. Dios y los ángeles han sido deshonrados por la risa ruidosa y negligente, y el ruido que se oyen en algunos lugares.

Padres, elevad la norma del cristianismo en la mente de vuestros hijos; ayudadles a entretejer a Jesús en su experiencia; enseñadles a tener la más alta reverencia por la casa de Dios y a comprender

que cuando entran en la casa del Señor deben hacerlo con corazón enternecido y subyugado por pensamientos como éstos: “Dios está aquí; esta es su casa. Debo tener pensamientos puros y los más santos motivos. No debo abrigar orgullo, envidias, celos, malas sospechas, odios ni engaño en mi corazón; porque vengo a la presencia del Dios santo. Este es el lugar donde Dios se encuentra con su pueblo y lo bendice. El Santo y Sublime, que habita la eternidad, me mira, escudriña mi corazón, y lee los pensamientos y los actos más secretos de mi vida”..

Hermanos, ¿no queréis dedicar un poco de reflexión a este tema, y notar cómo os conducís en la casa de Dios, y qué esfuerzos estáis haciendo por precepto y ejemplo para cultivar la reverencia en vuestros hijos? Imponéis grandes responsabilidades al predicador y le hacéis responsable de las almas de vuestros hijos, pero no sentís vuestra propia responsabilidad como padres e instructores ni obráis como Abraham en cuanto a ordenar vuestra casa después de vosotros, para que guarden los estatutos del Señor. Vuestros hijos e hijas se

corrompen por vuestro ejemplo y preceptos relajados; y no obstante esta falta de preparación doméstica, esperáis que el ministro contrarreste vuestra obra diaria y cumpla la admirable hazaña de educar sus corazones y sus vidas en la virtud y la piedad. Después que el predicador ha hecho todo lo que puede por la iglesia mediante amonestación fiel y afectuosa, disciplina paciente y ferviente oración para rescatar y salvar el alma, y no tiene, sin embargo, éxito, los padres y las madres con frecuencia le echan la culpa de que sus hijos no se conviertan, cuando puede deberse a su propia negligencia.

La carga incumbe a los padres; ¿asumirán ellos la obra que Dios les ha confiado y la harán con fidelidad? ¿Avanzarán ellos y subirán, trabajando de una manera humilde, paciente y perseverante, para alcanzar ellos mismos la exaltada norma y llevar a sus hijos consigo? No es extraño que nuestras iglesias sean débiles, y que no tengan esa piedad profunda y ferviente que debieran tener. Nuestras costumbres actuales, que deshonran a Dios y rebajan lo sagrado y celestial al nivel de lo

común, nos resultan contrarias. Tenemos una verdad sagrada, santificadora, que nos prueba; y si nuestros hábitos y prácticas no están de acuerdo con la verdad, pecamos contra una gran luz y somos proporcionalmente culpables. La suerte de los paganos será mucho más tolerable que la nuestra en el día de la justicia retributiva de Dios.

Podría hacerse una obra mucho mayor que la que estamos haciendo ahora en cuanto a reflejar la luz de la verdad. Dios espera que llevemos mucho fruto. Espera mayor celo y fidelidad, esfuerzos más afectuosos y fervientes, de parte de los miembros individuales de la iglesia en favor de sus vecinos y de los que no están en Cristo. Los padres deben empezar su obra en un alto plano de acción. Todos los que llevan el nombre de Cristo deben revestirse de toda la armadura, suplicar y amonestar a las almas y tratar de rescatarlas del pecado. Inducid a todos aquellos a quienes podáis a escuchar la verdad en la casa de Dios. Debemos hacer mucho más de lo que estamos haciendo para arrancar a las almas del fuego.

Es demasiado cierto que la reverencia por la casa de Dios ha llegado casi a extinguirse. No se disciernen las cosas y los lugares sagrados, ni se aprecia lo santo y lo exaltado. ¿No falta en nuestra familia la piedad ferviente? ¿No se deberá a que se arrastra en el polvo el alto estandarte de la religión? Dios dio a su antiguo pueblo reglas de orden, perfectas y exactas. ¿Ha cambiado su carácter? ¿No es él el Dios grande y poderoso que rige en el cielo de los cielos? ¿No sería bueno que leyésemos con frecuencia las instrucciones dadas por Dios mismo a los hebreos, para que nosotros, los que tenemos la luz de la gloriosa verdad, imitemos su reverencia por la casa de Dios? Tenemos abundantes razones para conservar un espíritu ferviente y consagrado en el culto de Dios. Tenemos motivos para ser aun más reflexivos y reverentes en nuestro culto que los judíos. Pero un enemigo ha estado trabajando para destruir nuestra fe en el carácter sagrado del culto cristiano.

El lugar dedicado a Dios no debe ser un lugar donde se realizan transacciones comerciales mundanales. Si los niños se reúnen para adorar a

Dios en una pieza que se usa durante la semana como escuela o almacén, serán más que humanos si no mezclan con sus pensamientos de devoción los recuerdos de sus estudios o de las cosas que sucedieron allí durante la semana. La educación y preparación de los jóvenes debe ser de un carácter que ensalce las cosas sagradas y estimule la devoción pura a Dios en su casa. Muchos de los que profesan ser hijos del Rey celestial no tienen verdadero aprecio por el carácter sagrado de las cosas eternas. Casi todos necesitan que se les enseñe a conducirse en la casa de Dios. Los padres no deben sólo enseñar, sino ordenar a sus hijos que entren en el santuario con seriedad y reverencia.

El gusto moral de los que adoran en el santo santuario de Dios debe ser elevado, refinado y santificado. Esto se ha descuidado tristemente. Su importancia se ha pasado por alto, y como resultado han prevalecido el desorden y la irreverencia, y Dios ha sido deshonrado. Cuando los dirigentes de la iglesia, ministros y miembros, padres y madres, no tienen opiniones elevadas sobre el asunto, ¿qué se puede esperar de los niños

inexpertos? Con demasiada frecuencia se los encuentra en grupos, separados de los padres que debieran encargarse de ellos. No obstante estar en la presencia de Dios, y bajo su mirada, son livianos y triviales, cuchichean y ríen, son descuidados, irreverentes y desatentos. Rara vez se les indica que el ministro es el embajador de Dios, que el mensaje que trae es uno de los medios designados por Dios para salvar a las almas, y que para todos los que tienen el privilegio de ser puestos a su alcance, será sabor de vida para vida o de muerte para muerte.

La mente delicada y susceptible de los jóvenes forma su concepto de las labores de los siervos de Dios por la manera en que sus padres las tratan. Muchas cabezas de familias le pasan revista al culto cuando llegan a casa, aprobando algunas cosas y condenando otras. Así se critica y pone en duda el mensaje de Dios a los hombres, y se lo hace tema de liviandad. ¡Sólo los libros del cielo revelarán qué impresiones hacen sobre los jóvenes estas observaciones descuidadas e irreverentes! Los niños ven y comprenden estas cosas mucho más

rápidamente de lo que puedan pensar los padres. Sus sentidos morales quedan mal encauzados, cosa que el tiempo nunca podrá cambiar completamente. Los padres se lamentan por la dureza de corazón de sus hijos, y por lo difícil que es despertar su sensibilidad moral para que respondan a los requerimientos de Dios.

Pero los libros del cielo llevan, anotada por una pluma que no se equivoca, la verdadera causa. Los padres no estaban convertidos. No estaban en armonía con el cielo ni con la obra del cielo. Sus ideas bajas y vulgares del carácter sagrado del ministerio y del santuario de Dios se reprodujeron en la educación de sus hijos. Es de dudar que alguno que haya estado durante años bajo la influencia agostadora de la instrucción doméstica pueda ya tener una reverencia sensible y alta consideración por el ministerio de Dios y por los agentes que él designó para la salvación de las almas. Debemos hablar de estas cosas con reverencia, con lenguaje decoroso y delicada susceptibilidad, a fin de demostrar a todos los que se asocian con nosotros que consideramos el

mensaje de los siervos de Dios como mensaje dirigido a nosotros por Dios mismo.

Padres, tened cuidado en cuanto al ejemplo y a las ideas que inculcáis a vuestros hijos. Sus mentes son plásticas y las impresiones se graban fácilmente en ellas. En lo que respecta al servicio del santuario, si el que habló tiene alguna mancha, temed mencionarlo. Hablad tan sólo de la buena obra que hace, de las buenas ideas que presentó, que debierais escuchar como procedentes del agente de Dios. Puede verse fácilmente por qué los niños reciben tan poca impresión del ministerio de la palabra, y por qué tienen tan poca reverencia para con la casa de Dios. Su educación ha sido deficiente al respecto. Sus padres necesitan comunión diaria con Dios. Sus propias ideas necesitan ser refinadas y ennoblecidas; sus labios necesitan ser tocados con carbón vivo del altar; entonces sus costumbres y sus prácticas en el hogar harán una buena impresión sobre la mente y el carácter de sus hijos. La norma de la religión se elevará mucho. Tales padres harán una gran obra por Dios. Tendrán menos apego a la tierra, menos

sensualidad, y más refinamiento y fidelidad en el hogar. Su vida quedará investida de una solemnidad que difícilmente concibieron antes. No rebajarán al nivel de lo común nada de lo que pertenece al servicio y al culto de Dios.

Con frecuencia me apena, al entrar en la casa donde se adora a Dios, ver las ropas desaseadas de hombres y mujeres. Si el atavío exterior fuese indicio del corazón y el carácter, no habría por cierto nada celestial en ellos. No tienen verdadera idea del orden, el aseo y el comportamiento refinado que Dios requiere de todos los que se allegan a su presencia para adorarle. ¿Qué impresiones dejan estas cosas en los incrédulos y en los jóvenes, que son avizores para discernir y sacar sus conclusiones?

En la mente de muchos, no hay más pensamientos sagrados relacionados con la casa de Dios que con el lugar más común. Algunos entran en el local de culto con el sombrero puesto y ropas sucias. Los tales no se dan cuenta de que han de encontrarse con Dios y los santos ángeles. Debe

haber un cambio radical al respecto en todas nuestras iglesias. Los predicadores mismos necesitan elevar sus ideas, tener una susceptibilidad más delicada al respecto. Es una característica de la obra que ha sido tristemente descuidada. A causa de la irreverencia en la actitud, la indumentaria y el comportamiento, por falta de una disposición a adorarle, Dios ha apartado con frecuencia su rostro de aquellos que se habían congregado para rendirle culto.

Debe enseñarse a todos a ser aseados, limpios y ordenados en su indumentaria, pero sin dedicarse a los asuntos exteriores que son completamente impropios para el santuario. No debe haber ostentación de trajes; porque esto estimula la irreverencia. Con frecuencia la atención de la gente queda atraída por esta o aquella hermosa prenda, y así se infiltran pensamientos que no debieran tener cabida en el corazón de los adoradores. Dios ha de ser el tema del pensamiento y el objeto del culto; y cualquier cosa que distraiga la mente del servicio solemne y sagrado le ofende. La ostentación de cintas y moños, frunces y plumas, y adornos de oro

y plata, es una especie de idolatría, y resulta completamente impropia para el sagrado servicio de Dios, donde cada adorador debe procurar sinceramente glorificarle.

En todos los asuntos de la indumentaria, debemos ser estrictamente cuidadosos y seguir muy de cerca las reglas bíblicas. La moda ha sido la diosa que ha regido el mundo, y con frecuencia se insinúa en la iglesia. La iglesia debe hacer de la Palabra de Dios su norma y los padres deben pensar inteligentemente acerca de este asunto. Cuando ven a sus hijos inclinarse a seguir las modas mundanas, deben, como Abraham, ordenar resueltamente a su casa tras sí. En vez de unirlos con el mundo, relacionadlos con Dios. Nadie deshonre el santuario de Dios por un atavío ostentoso. Dios y los ángeles están allí. El Santo de Israel ha hablado por medio de su apóstol: “El adorno de las cuales no sea exterior con encrespamiento del cabello, y atavío de oro, ni en compostura de ropas; sino el hombre del corazón que está encubierto, en incorruptible ornato de espíritu agradable y pacífico, lo cual es de grande

estima delante de Dios”. (1 Pedro 3:3, 4)

Cuando se ha suscitado una iglesia y se la ha dejado sin instrucción acerca de estos puntos, el predicador ha descuidado su deber y tendrá que dar cuenta a Dios de las impresiones que dejó prevalecer. La conducta en la casa de Dios 489 A menos que se inculquen en los miembros ideas correctas de la adoración y reverencia verdaderas, habrá una creciente tendencia a poner lo sagrado y eterno al mismo nivel que las cosas comunes, y los que profesan creer la verdad ofenderán a Dios y deshonrarán la religión. Nunca podrán, con sus ideas incultas, apreciar un cielo puro y santo ni estar preparados para alternar con los adoradores de los atrios celestiales, donde todo es pureza y perfección, donde todos los seres manifiestan perfecta reverencia hacia Dios y su santidad.

Pablo describe la obra de los embajadores de Dios como una obra mediante la cual cada hombre será presentado perfecto en Cristo Jesús. Los que abrazan la verdad de origen celestial, deben ser refinados, ennoblecidos, santificados por ella. Se

requerirán muchos esfuerzos esmerados para alcanzar la norma de Dios en cuanto al verdadero carácter del hombre y la mujer. Las piedras irregulares sacadas de la cantera deben ser talladas, y sus lados toscos deben ser pulidos.

Esta es una época famosa por el trabajo superficial y los métodos fáciles, y se jacta de una santidad ajena a la norma de carácter que Dios ha erigido. Todos los atajos, todas las enseñanzas que no ensalzan la ley de Dios como norma del carácter religioso, son espurias. La perfección del carácter es una obra que dura toda la vida. Es inalcanzable para aquellos que no están dispuestos a luchar por ella de la manera que Dios ha designado, a pasos lentos y trabajosos. No podemos permitirnos cometer algún error al respecto, sino que necesitamos crecer día tras día en Cristo, nuestra Cabeza viviente.

Capítulo 57

La religión y la educación científica

Estimados hermano y hermana B,

Se me ha presentado vuestro caso y se me ha señalado que estáis en peligro espiritualmente. Estábais abandonando el sendero del bien y encaminando vuestros pies sobre un camino más ancho. La hermana B decía muchas cosas, jotas y tildes, un poquito aquí y un poquito allá, que eran como semilla esparcida, y la cosecha de seguro vendrá. Estaba alentando la incredulidad y diciéndole a su marido que el camino que habían estado transitando era demasiado estrecho y bajo. Ella pensaba que los talentos de su esposo eran de alta calidad, y que deberían ser aplicados con mayor amplitud e influencia. El hermano B pensaba de igual manera; es más, él fue el que la indujo a pensar así. Ambos habíais mantenido en alto la bandera sobre la cual se habían inscrito las

palabras, “Los mandamiento de Dios y la fe de Jesús”, pero al encontraros en el camino con personas que en vuestra opinión eran populares, se vino abajo la bandera, y la escondísteis detrás de vuestras espaldas, diciendo: “Si damos a entender que somos adventistas del séptimo día, entonces nuestra influencia se extinguirá, y nos pondremos en gran desventaja”. Vi el estandarte de la verdad detrás de vosotros. Entonces surgió la pregunta: “¿Por qué molestarse en llevarlo? Podemos creer lo que percibimos como verdad, pero no es necesario dejar que los educadores y estudiantes sepan que portamos un estandarte impopular”. Había algunos en vuestra compañía que no estaban conformes o satisfechos con estas sugerencias, pero que por debilidad se dejaron llevar por vuestra influencia en lugar de dejar que su luz brillase enarbolando su propia bandera. Escondieron sus banderas y marcharon adelante, con temor de dejar brillar ante todos la luz que les había sido dada del cielo.

Vi a uno que se os acercaba con paso firme y rostro triste. Dijo: “Que ninguno tome tu corona”. ¿Acaso habéis olvidado la humillación que soportó

el Hijo de Dios al venir a nuestro mundo, cómo sufrió maltratos, críticas, insultos, odio, burlas y traición, y cómo resistió el juicio vergonzoso en el tribunal después de haber soportado los asaltos sobrehumanos de Satanás en el huerto de Getsemaní? ¿Habéis olvidado la frenética vociferación de la chusma: "¡Crucifícale, crucifícale!", y su muerte como si hubiera sido un malhechor? ¿Es el siervo mayor que su Señor? Los seguidores de Jesús no disfrutarán de la popularidad, sino que serán como su Maestro, mansos y humildes de corazón. Estáis procurando ocupar el asiento de cabecera, pero al fin y al cabo terminaréis ocupando el más bajo. Si procuráis obrar con justicia, amar la misericordia, y andar humildemente con Dios, seréis participantes de los sufrimientos de Cristo y disfrutaréis juntamente con él de su gloria y su reino. El Señor os ha bendecido pero ¡cuán poco habéis apreciado su misericordia! ¡qué poca alabanza ha recibido de vuestros labios! Es posible que hagáis una buena obra para el Maestro, pero no cuando ponéis vuestras ideas en primer lugar. Tenéis que aprender en la escuela de Cristo, de lo contrario nunca

estaréis preparados para pasar a un grado superior, recibir el sello del Dios viviente, entrar por las puertas de la ciudad de Dios, y ser coronados de gloria, honor e inmortalidad.

Satanás trabaja de muchas maneras donde no se le percibe, aun a través de hombres y mujeres que ocupan puestos de confianza. Les inculca en sus mentes posibles errores de pensamiento, hechos y lenguaje que suscitan la duda y producen desconfianza donde ellos pensaban que había certidumbre y seguridad. Obrará con los elementos insatisfechos para ponerlos en acción. Surgirá el deseo de grandeza y de honor. La envidia brotará en las mentes donde no se suponía que existiese, y no faltarán las oportunidades para que se ponga por obra. Surgirán dudas, y halagadoras promesas de lucro se ofrecerán a cambio de que la cruz no se haga sobresalir demasiado. Satanás tentará a algunos para que piensen que nuestra fe constituye una barrera contra su progreso y que estorba el camino para alcanzar un puesto elevado en el mundo y ser llamados hombres y mujeres extraordinarios.

En su primera exhibición de desafecto, Satanás fue muy astuto. Solamente afirmaba que lo que quería era lograr un mejor estado de cosas, hacer grandes mejoras. Indujo a la primera pareja a separarse de Dios, a apartarse de su lealtad a los mandamientos divinos, en torno al mismo punto en que son tentadas y fracasan miles de personas hoy en día; es decir, por medio de sus propios vanos pensamientos. El verdadero conocimiento es de origen divino. Satanás insinuó en las mentes de nuestros primeros padres el deseo por el pensamiento especulativo, por medio del cual declaró que ellos mejorarían su condición grandemente; pero, para lograrlo, deberían seguir por un camino contrario a la santa voluntad de Dios, por cuanto Dios no los conduciría a alturas mayores. No era el propósito de Dios que ellos obtuvieran un conocimiento que se basara en la desobediencia. Satanás procuraba dirigir a Adán y Eva por un campo ancho, y abre hoy ese mismo campo ante el mundo por medio de sus tentaciones.

Vosotros estáis propagando la idea de que la

educación debe permanecer como obra independiente. Esta mezcla de asuntos religiosos y doctrinas bíblicas con la educación de carácter científico, vosotros la considerasteis como una desventaja dentro de nuestro sistema de educación y como un impedimento en la obra de pasar a nuestros alumnos a los niveles más elevados de conocimiento científico.

La mayor razón porque tan pocos de los hombres grandes del mundo y de aquellos que han recibido una educación universitaria llegan a obedecer los mandamientos de Dios, es que han separado la educación y la religión, pensando que cada una debiera ocupar un campo aparte por sí sola. Dios ofreció un campo lo suficientemente amplio para perfeccionar el conocimiento de todos los que entren en él. Este conocimiento habría de obtenerse bajo la supervisión divina; estaba circundado por la ley inmutable de Jehová, y el resultado hubiera sido la dicha perfecta.

Dios no creó el mal. Sólo hizo lo bueno, que era semejante a sí mismo. Pero Satanás no quedaría

satisfecho con conocer y hacer la voluntad de Dios. Su curiosidad se esforzaba por extenderse a lo que Dios no se proponía que él conociese. El mal, el pecado y la muerte no fueron creados por Dios; son el resultado de la desobediencia, la cual tuvo su origen en Satanás. Pero el conocimiento del mal que hay ahora en el mundo fue introducido por la astucia de Satanás. Estas son lecciones duras y costosas; pero los hombres las aprenderán, y muchos nunca quedarán convencidos de que es una dicha ignorar cierta clase de conocimiento, el que brota de los deseos frustrados y los propósitos no consagrados. Los hijos e hijas de Adán son tan plenamente curiosos y presuntuosos como lo fue Eva al buscar el conocimiento prohibido. Alcanzan una experiencia, un conocimiento que Dios nunca quiso que tuviesen, y el resultado será, como lo fue con nuestros primeros padres, la pérdida del hogar edénico. ¿Cuándo aprenderán los seres humanos lo que ha sido expuesto tan plenamente ante ellos?

La historia del pasado demuestra que el diablo se mantiene activo y trabajando. A él le es imposible tanto estar ocioso como ser inofensivo.

Satanás ocupó su lugar en un único árbol para poner en peligro la seguridad de Adán y Eva Era su plan atraer a la sagrada pareja hacia aquel sólo árbol para que hicieran precisamente lo que Dios dijo que no debían hacer: comer del árbol del conocimiento del bien y del mal. No estaban en peligro si se acercaban a cualquier otro árbol. ¡Cuán razonables fueron sus palabras! Echó mano de los mismos argumentos que emplea hoy: la lisonja, la envidia, la desconfianza, la duda y la incredulidad. Si Satanás fue tan astuto en el principio, ¿cómo será ahora después de haber adquirido miles de años de experiencia? No obstante, Dios y sus santos ángeles, y todos aquellos que viven en obediencia a toda la voluntad revelada de Dios, son más sabios que él. La sutileza de Satanás no disminuirá, pero la sabiduría dada a los hombres a través de su conexión vital con la Fuente de toda luz y conocimiento divinos, será dada en proporción con las estratagemas y astucia del enemigo.

Si los hombres desean poder soportar la prueba que Adán no soportó y desean, fortalecidos por

Jesús, obedecer todos los requerimientos de Dios porque éstos son justicia, entonces nunca deberían familiarizarse con el conocimiento censurable. Jamás fue el plan de Dios que el hombre tuviese esta clase de conocimiento, el cual es engendrado por la desobediencia y que, si se pone por obra, conduce a la muerte eterna. Cuando los hombres invariablemente escogen el conocimiento que Satanás ofrece, cuando su gusto está tan pervertido que anhela ese conocimiento como si fuera una fuente de suprema sabiduría, entonces dan a entender que están separados de Dios y en rebelión contra Cristo.

Capítulo 58

La educación de nuestros hijos

Estimada hermana C, Si Dios en su providencia ha establecido una escuela entre nuestro propio pueblo en _____, y si en lugar de mandar a su hija donde estaría en compañía y bajo influencia de quienes aman la verdad usted la coloca en el Seminario de _____, donde se relacionará con personas mundanas que no tienen ningún respeto por Dios o por su ley, le ruego que me diga cómo espera usted que el Señor obre para contrarrestar la mala influencia que con seguridad la rodeará y que usted voluntariamente ha escogido.

Cuando Dios estaba a punto de destruir a los primogénitos de Egipto, ordenó a los israelitas que reunieran a sus hijos de entre los egipcios y los recogieran en sus propias casas y que salpicaran los dinteles de las puertas con sangre para que el ángel destructor la viese y pasase por alto sus hogares.

Esta es una obra, mi obra, y la obra de toda madre que cree la verdad. El ángel habrá de poner una marca sobre la frente de todos los que se hayan separado del pecado y de los pecadores, y el ángel destructor le seguirá, para destruir completamente tanto a viejos como a jóvenes.

Dios no está satisfecho con nuestra desatención y el trato ligero que damos a las bendiciones colocadas a nuestro alcance. Ni tampoco le place que coloquemos a nuestros niños en medio de una sociedad mundana, porque esto se acomoda a sus gustos e inclinaciones. Si las almas de sus hijos han de salvarse, tiene usted que hacer su obra fielmente. Dios no ha estado completamente complacido con su proceder en lo que a las relaciones con los mundanos se refiere, y ahora se ha manifestado claramente el peligro. Usted también ha estimulado la lectura de libros de cuentos; éstos, y los periódicos con cuentos en serie que yacen sobre su mesa, han educado el gusto de su hija, hasta el punto de haberse convertido en una ebria mental y necesitar un poder más fuerte, una voluntad más firme que la

suya propia, que la controle.

El enemigo ha obrado a sus anchas con su hija y sus redes la han atado como fajas de acero, y para salvarla habrá que realizar un esfuerzo decidido y perseverante. Para lograr el éxito en este caso, no puede hacerse un trabajo a medias. Los hábitos que se han arraigado por años no son fáciles de romper. Debe colocársela donde se ejerza constantemente (en favor de ella) una influencia estable, firme y duradera. Yo le aconsejaría que la mande al colegio que está en _____; permítale disfrutar la disciplina del internado. Es allí donde debió haber estado desde hace años. El internado se administra bajo un plan que lo convierte en un buen hogar. Este hogar quizá no satisfaga las inclinaciones de algunos, pero esto se debe a que han sido educados en base a falsas teorías, de la complacencia y satisfacción personales, y todos sus hábitos y costumbres están mal encauzados. Pero, mi apreciada hermana, nos estamos acercando al tiempo del fin y lo que ahora deseamos no es satisfacer el gusto del mundo, sino más bien cumplir los deseos de Dios, comprender lo que dicen las Escrituras, y luego caminar de

acuerdo a la luz que Dios nos ha dado. Nuestras tendencias, costumbres y prácticas, no han de ocupar un lugar de preferencia. Nuestra norma es la Palabra de Dios.

En lo que concierne a la salud de su hija, los hábitos correctos le asegurarán una buena salud, mientras que los incorrectos le ocasionarán la ruina en esta vida y para la vida futura de inmortalidad. Hay un cielo que ganar y un infierno que evitar; y cuando usted, en el temor de Dios, haya hecho todo lo posible, entonces puede esperar que Dios haga su parte. La acción decisiva ahora podría salvar un alma de la muerte.

Su hija necesita una influencia firme para contrarrestar el ascendiente de la compañía que tanto ama. Requerirá esfuerzos tan decididos para curarla de este desorden mental como los que se requieren para sanar a un ebrio de su deseo por el licor. Usted tiene una obra que hacer que nadie más puede realizar por usted, y ¿dejará de hacerla? ¿Obrará usted en el nombre del Señor por su hija, como si lo estuviera haciendo por un alma que está

en peligro de la perdición eterna? Si ella fuera una niña que amara a Dios, que ejerciera el dominio propio, su peligro no sería tan grande. Pero a ella no le agrada pensar en Dios, en su deber ni en el cielo. Insiste en hacer su propia voluntad. No procura diariamente fuerza de lo alto para poder resistir la tentación. Entonces, en vista de estas cosas, ¿la colocará usted donde estaría en contacto con influencias prestas a desviar sus pensamientos lejos de Dios, lejos de la verdad y de la justicia? Si así lo hace, la estará colocando en el campo de batalla del enemigo, sin ninguna fuerza para resistir su poder o vencer sus tentaciones.

Si ella fuera colocada en donde hubiera influencias celestiales y divinas, su discernimiento moral, que ahora está paralizado, podría despertar y sus pensamientos y propósitos, con la bendición de Dios, podrían cambiar de curso y dirigirse por el cauce divino, y ser restaurada. Pero por lo pronto está en peligro por causa de su corrupción interna y la tentación que viene de afuera. Satanás está jugando el juego de la vida por su alma, y él tiene todas las ventajas para ganarlo.

En mis sueños he estado hablando con usted de la misma manera que le estoy escribiendo aquí. Mi corazón se conmueve intensamente por usted. Aunque ahora su caso es penoso, no se desespere. Usted necesita una actitud gozosa y decisión. Busque la ayuda divina. Dios es su amigo. Nunca está usted sola. La Biblia es su consejera. Es una luz para los que están en las tinieblas. Manténgase firme en la hora de la prueba porque tendrá nuevas pruebas que afrontar. Pero aférrese de Jesús y haga de él su fortaleza.

Capítulo 59

Peligros que encaran los jóvenes

Hermano D,

Mis oraciones ascienden ante Dios en favor suyo, y el amor que tengo por su alma me insta a escribirle otra vez. Me siento profundamente dolorida por su caso, no porque lo vea como persona perseguida, sino más bien engañada y desviada, que no tiene la semejanza de Cristo en su alma, y que se está engañando a sí mismo hacia una ruina segura.

Si tuviera usted la causa de Dios en su corazón, comprendería en la acción que los hermanos han tomado en relación con su persona, que solamente han cumplido su deber. Usted habla de irse a __-___ para demostrar que puede ser hombre. Todo lo que le piden quienes ocupan puestos de responsabilidad en la oficina es que usted

demuestre que es hombre en el lugar donde se encuentra; que no se degrade asociándose con pecadores; y que no se una con ellos en prácticas malsanas. Deje de compadecerse de sí mismo, y piense en el Redentor del mundo. Considere el sacrificio infinito que él hizo en favor de la humanidad, y luego piense en el chasco que experimenta si después de haber hecho semejante sacrificio en favor del hombre, éste escoge aliarse con quienes odian a Cristo y la justicia, y participa con ellos en la gratificación del apetito, acarreando sobre sí la ruina eterna.

Pero usted me ha escuchado decir estas cosas; las ha leído cuando le he escrito acerca de ellas, y sin embargo, no han hecho efecto en su corazón y su vida. Ha afirmado su corazón contra el bien y lo ha abierto al mal. Se ha colocado en el sendero del enemigo y no tiene cómo asirse de Dios para poder resistir sus tentaciones. Supongamos que usted rompiese del todo sus relaciones con _____, impulsado por su deseo de represalia, porque sus hermanos le han dicho la verdad, ¿a quién haría daño, a usted o a ellos? Si así procede, les causará

aflicción, pero de todas maneras la obra seguirá adelante. Dios está levantando obreros por todos lados; él no depende de usted ni de ningún otro hombre para llevar a cabo su obra. Si su corazón no es puro, si sus manos no están limpias ante su vista, él no puede usarlo. El desea que usted tenga la verdad en su corazón y en su vida, entretejida con su carácter.

Le aconsejo que humille su corazón y confiese sus maldades. Tenga en cuenta el solemne mandato que en su lecho de muerte David dio a Salomón: “Yo me voy por el camino de todos los que están en la tierra; esfuérzate, y sé hombre. Guarda los preceptos de Jehová tu Dios, andando en sus caminos, y observando sus estatutos y mandamientos, sus decretos y sus testimonios, de la manera que está escrito en la ley de Moisés, para que prosperes en todo lo que hagas y en todo aquello que emprendas”. (1 Reyes 2:2-3) Guarde este mandato en su propio corazón. Que ninguno lo alabe en su mal hacer. Aunque es una desgracia caer en pecado, no es desgracia, sino más bien un honor, confesar nuestros pecados. Mantenga una

individualidad genuina, y cultive la dignidad masculina. Descarte el orgullo, la vanidad, y la falsa dignidad, porque son rasgos que se mantienen a expensas de las más terribles consecuencias para usted mismo.

No es el canto estrepitoso, la compañía alegre, o la bebida estimulante lo que lo hará hombre ante Dios o lo que alentará su corazón en la enfermedad y el dolor. La verdadera religión es lo único que le brindará solaz y consuelo en la tribulación. La disciplina que usted recibió en la oficina no ha sido más rigurosa y severa que la que le impone la Palabra de Dios. ¿Acaso llamaría usted injusto a Dios? ¿Le dirá usted cara a cara que él es arbitrario porque declara que el malhechor será apartado de su presencia?

¡Cuán claramente se dibuja en la Palabra de Dios el cuadro de su trato del hombre que aceptó su invitación a la boda, pero que no se puso el vestido de boda que le habían comprado, el ropaje de la justicia de Cristo! Pensaba que sus propios vestidos contaminados bastarían para entrar en la

presencia de Cristo, pero fue echado fuera como uno que había insultado a su Señor y abusado de su grata benevolencia.

Mi hermano, su justicia no basta. Es menester que se ponga el ropaje de la justicia de Cristo. Es necesario que sea como Cristo. Piense en la prueba severa que Cristo soportó en el desierto de la tentación en relación con el apetito. Estaba demacrado después de aquella larga abstinencia hecha en su favor y el mío; luchó con Satanás y lo venció para ponemos en una situación ventajosa, proveyéndonos fuerza divina para vencer el apetito y toda pasión impía.

Le ruego que vea este asunto tal como es realmente. Cuando usted se una con aquellos que desprecian a Dios para beber cerveza, vino o bebidas más fuertes, imagine que Jesús está frente a usted padeciendo de hambre intensa para poder deshacer el poder de Satanás y hacer posible que el hombre venza mediante él. Cuando esté usted levantando en alto el vaso de cerveza espumante en compañía de los infieles que rechazan la verdad y

rehusan la salvación, recuerde que Jesús está allí, el mismo Jesús que usted dice que es su salvador, en quien está centrada su esperanza de vida eterna. ¡Oh, cómo puede, cómo puede usted ser tan débil en su percepción moral que no ve la influencia que ejerce todo esto sobre usted y sobre los demás! ¡No cumple su cometido más solemne, y luego se queja de que lo persiguen!

Cuando aquellos que se sienten precisados a hacer algo para romper el poder que Satanás ejercita sobre nuestra juventud, le dicen con tristeza que si usted no cambia sus hábitos, no lo podrán retener dentro de la obra de Dios como traductor, ¿cómo es posible que usted mantenga una actitud desafiante ante ellos, sin dar ni una muestra de arrepentimiento por su proceder? ¿Qué pensará de su actitud ese Salvador que dio su vida por usted? Y aún así, usted cree que se lo está persiguiendo. “Porque todos nosotros debemos comparecer ante el tribunal de Cristo, para que cada uno recoja según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo”. (2 Corintios 5:10) Cuando comparezca usted ante este

grandioso e impresionante tribunal, cuyas decisiones serán inpecables y donde no habrá ninguna mala interpretación, ninguna equivocación, entonces usted guardará silencio. No tendrá ni una palabra que decir para justificar su proceder. Quedará culpable, condenado y sin esperanza, a menos que ahora abandone sus pecados, se esmere en arrepentirse y se cubra con el vestido de la justicia de Cristo.

¿Qué otra decisión pudo haberse tomado en su caso que la que se tomó? Siento la más tierna compasión y amor por su alma, pero nunca pronunciaron en su favor palabras de falsa simpatía que lo sostengan en su rebelión y desafío contra quienes Dios ha colocado en puestos responsables dentro de su obra. Lo aprecio demasiado para decirle, como algunos sin duda lo harán, que le irá bien al comportarse así, deshonrando su hombría, dañando la imagen de Dios en su alma, engañando su propio corazón, y deshonrando al amoroso Salvador que lo redimió mediante el precio de su propia sangre.

Cristo dijo: “Al que venza, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono”. (Apocalipsis 3:21) ¿Está usted venciendo, o está siendo vencido por su propia concupiscencia, apetitos y pasiones?

Para que se le pueda confiar con seguridad la traducción de nuestras obras más importantes, para manejar las cosas sagradas, ¿no debiera usted estar plenamente vinculado con Dios y completamente consagrado a su servicio? ¿No debiera estar donde los santos ángeles puedan servirle, dándole sabiduría y conocimiento, así como le fue dado por Dios a Daniel, para inspirarle las ideas correctas de manera que pueda hacer su obra de traducción en forma adecuada? Si escoge abrir su corazón a las sugestiones de Satanás, si prefiere la compañía de los que son enemigos de Cristo, ¿va a esperar usted que Dios obre un milagro para evitar que ceda al poder de Satanás? Los ángeles malignos rodean su alma, pero son huéspedes invitados. Ellos le hacen sus proposiciones, y usted las acepta. Hasta que no resuelva usted obedecer la voluntad de Dios, no

podrá disfrutar de la dirección divina.

Jesús espera que todos los que se dicen ser soldados suyos, le sirvan. El espera que usted reconozca al enemigo y que lo resista, no que le brinde su confianza y viole así un cometido sagrado. El Señor lo ha colocado en un puesto donde puede usted elevarse y ennoblecerse, preparándose constantemente para su obra. Si no obtiene estas cualidades, la culpa la tiene usted y nadie más.

El Señor nos revela su voluntad de tres maneras, para conducirnos y capacitarnos para conducir a otros. ¿Cómo es posible distinguir su voz de la de un extraño? ¿Cómo es posible distinguirla de la voz de un falso pastor? Dios nos revela su voluntad en su Palabra, las Sagradas Escrituras. Su voz se revela también en sus actos providenciales; y la reconoceremos si no separamos nuestras almas de él siguiendo nuestros propios caminos, actuando conforme a nuestra propia voluntad, y siguiendo los dictados de un corazón no santificado, hasta el punto en que

nuestros sentidos se han confundido de tal manera que las cosas eternas no se disciernen, y la voz de Satanás está tan disimulada que se acepta como la voz de Dios.

Otra de las maneras en que se escucha la voz de Dios es mediante las apelaciones de su santo Espíritu que impresionan el corazón y que luego se manifiestan en el carácter. Si tiene usted alguna duda acerca de cualquier tema, debe en primer lugar consultar las Escrituras. Si verdaderamente ha comenzado la vida de fe, usted se ha entregado al Señor para ser enteramente suyo, y él lo ha tomado para amoldarlo y labrarlo conforme a sus propósitos con el fin de que sea un utensilio para honra. Debe usted tener un ferviente deseo de ser moldeado en las manos de Dios y de seguirlo dondequiera que él lo guíe. Entonces usted estará confiando que él cumplirá sus propósitos, mientras que al mismo tiempo usted está cooperando con él y obrando su propia salvación con temor y temblor. Hermano mío, usted encontrará esto difícil, porque todavía no ha aprendido por experiencia a reconocer la voz del buen Pastor, y esto lo hace

dudar y lo pone en peligro. Usted debiera saber distinguir bien su voz.

El ejercicio de la voluntad

La religión pura tiene que ver con la voluntad. La voluntad es la fuerza gobernante de la naturaleza humana que mantiene a todas las demás facultades bajo su dominio. La voluntad no es el gusto o la inclinación, sino la facultad decisiva que obra en los hijos de los hombres, bien sea para obediencia o desobediencia a Dios.

Usted es un hombre joven e inteligente; desea encaminar su vida de tal manera que al fin y al cabo esté capacitado para entrar en el cielo. Se desanima con frecuencia al verse falto de fuerza moral, esclavo de la duda y dominado por los hábitos y costumbres de su antigua vida de pecado. Encuentra que sus emociones lo engañan, contradicen sus mejores determinaciones y más solemnes promesas. Nada le parece real. Su propia inestabilidad lo lleva a dudar de la sinceridad de los que anhelan hacerle el bien. Mientras más lucha en

su estado de duda, más irreal le parece todo, hasta que se figura que no hay terreno firme para usted en ningún lado. Sus promesas son como cuerdas de arena y juzga a la misma luz irreal las palabras y actos de aquellos en quienes debiera tener confianza.

Usted estará en peligro constante hasta que comprenda la fuerza real de la voluntad. Podrá creer y prometer todas las cosas, pero sus promesas o su fe no tendrán valor hasta que ponga su voluntad del lado de la fe y la acción. Si pelea la batalla de la fe con toda su fuerza, vencerá. No puede confiar en sus sentimientos, sus impresiones, y sus emociones, porque no se puede depender de ellos, especialmente porque sus ideas son pervertidas; y el conocimiento de sus promesas quebrantadas y sus votos olvidados debilita su confianza en sí mismo y la confianza de otros en usted.

Pero no tiene que desesperar. Debe estar determinado a creer, aunque nada le parezca verdadero o real. No es necesario que le diga que

ha sido usted mismo el que se ha colocado en esta posición nada envidiable. Debe recobrar su confianza en Dios y en sus hermanos. Queda de su parte ceder su voluntad a la voluntad de Jesucristo; y mientras lo haga, Dios tomará posesión inmediatamente de usted y obrará en su vida el querer y el hacer por su santa voluntad. Su naturaleza entera será puesta bajo el dominio del Espíritu de Cristo, y hasta sus pensamientos estarán sujetos a él. Usted no puede controlar sus impulsos, sus emociones, como quisiera; pero puede ejercer dominio sobre la voluntad, y puede lograr cambiar enteramente su vida. Al entregar su voluntad a Cristo, su vida estará escondida juntamente con Cristo en Dios y vinculada al poder que está sobre todos los principados y potestades. Recibirá fuerza de Dios que lo mantendrá firme en su poder; y una nueva luz, la luz misma de una fe viviente, estará a su alcance. Pero su voluntad debe cooperar con la voluntad de Dios, no con la voluntad de compañeros a través de los cuales Satanás obra constantemente para engañarlo y destruirlo.

¿Por qué no se coloca sin demora en una

relación correcta con Dios? ¿Por qué no dice: “Entregaré mi voluntad a Jesús ahora mismo”, y desde este momento se pone completamente del lado del Señor? Pase por alto las costumbres y el fuerte clamor del apetito y la pasión. No dé lugar a que Satanás diga: “Eres un hipócrita miserable”. Cierre la puerta para que Satanás no lo acuse y descorazone de esa manera. Diga: “Creeré, creo de veras, que Dios es mi ayudador”, y verá que, Dios mediante, se convertirá en triunfador. Si mantiene su voluntad con perseverancia del lado del Señor, todas sus emociones serán puestas en conformidad con la voluntad de Jesús. Entonces encontrará que sus pies están plantados sobre la roca firme. A veces se requerirá que ponga en uso hasta la última gota de voluntad que posea; pero es Dios quien obra en su favor, y saldrá del proceso moldeador convertido en un vaso para honra.

Hable con fe. Manténgase del lado de Dios. No pose su pie en el lado del enemigo, y el Señor será su ayudador. Él hará por usted lo que no es posible que usted haga por sí mismo. El resultado será que se volverá “como un cedro del Líbano”. Su vida

será noble y sus obras serán las de Dios. Habrá en usted un poder, un fervor, una sencillez, que lo harán ser un instrumento perfecto en las manos de Dios.

Es preciso que beba a diario de la fuente de la verdad para que pueda usted comprender el secreto del placer y el gozo que hay en el Señor. Empero, usted debe recordar que su voluntad es la fuente de todos sus actos. Esta voluntad, que es un factor tan importante en el carácter del ser humano, fue en ocasión de la caída del hombre entregada al dominio de Satanás; y él desde entonces ha estado obrando en el hombre el querer y el hacer de su propia voluntad, para la ruina y la miseria del ser humano. Sin embargo, el sacrificio infinito de Dios al entregar a Jesús, su Hijo amado, como holocausto por el pecado, le capacita para decir, sin violar ni un solo principio de su gobierno: “Entrégate a mí; dame tu voluntad; apártala del control de Satanás, y yo me apoderaré de ella; entonces yo podré obrar en ti tanto el querer como el poda de mi santa voluntad”. Cuando Dios le da el pensamiento de Cristo, la voluntad de usted se

hace su voluntad, y su carácter se transforma a la semejanza del carácter de Cristo. ¿Se propone usted hacer la voluntad de Dios? ¿Desea usted obedecer las Sagradas Escrituras? “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame”. (Mateo 16:24)

Usted no puede decir que sigue a Cristo, a menos que rehuse satisfacer las inclinaciones y decida obedecer a Dios. No son sus afectos, sus emociones, lo que lo hacen un hijo de Dios, sino el hacer la voluntad de él. Le espera una vida útil si su voluntad se convierte en la voluntad de Dios. Entonces podrá mantenerse erguido como hombre de Dios, un ejemplo de buenas obras. Entonces ayudará a mantener en alto las reglas de disciplina en lugar de contribuir a su violación. Ayudará a mantener el orden en lugar de despreciarlo e incitar a otros a una vida irregular por medio de su propio comportamiento. Le digo en el temor de Dios: Yo sé lo que usted puede llegar a ser si coloca su voluntad en manos del Señor. “Somos colaboradores de Dios”. (1 Corintios 3:19) Puede hacer su obra para hoy y la eternidad, de tal manera

que soporte la prueba del juicio. ¿No desea intentarlo? ¿Realizará un cambio completo? Usted es objeto del amor y la intercesión de Cristo. ¿No quiere ahora rendirse a Dios y ayudar a los que han sido puestos como centinelas para proteger los intereses de su obra, en lugar de causarles dolor y desánimo?

Capítulo 60

Lectura apropiada para los niños

Estimado hermano E,

Acabo de leer la revista Review and Herald y he visto su artículo en el que ofrece una lista de libros aceptables para la juventud. Me sorprendí al leer su recomendación de leer el libro La cabaña del tío Tom, Robinson Crusoe y otros. Está usted en peligro de volverse un poco descuidado en su forma de escribir. Convendría pensar bien y dar cuidadoso estudio a lo que se va a perpetuar mediante la imprenta. Me alarma grandemente ver que su percepción espiritual no sea más clara en lo que se refiere a la selección y recomendación de lecturas para nuestros jóvenes. Yo sé que si nuestros periódicos recomiendan libros embelesadores, como La cabaña del tío Tom, harán que en muchas mentes se justifique la lectura de otros libros que no son más que ficción... Esta

recomendación hará pesado el trabajo de los que luchan por persuadir a la juventud a que descarten la lectura ficticia. Repetidas veces he visto el peligro de leer libros similares a los que usted recomienda y tengo un artículo listo para publicarlo, donde amonesto a la juventud con respecto a este mismo asunto.

Tenga cuidado, hermano mío, de no desviar a otros del escudriñamiento de las Escrituras. Me ha sido revelado que la compra y venta de parte de nuestros hermanos de libros de historietas para niños como los que comúnmente circulan en las escuelas dominicales, es un engaño para nuestro pueblo, especialmente para nuestros niños. Los lleva a gastar dinero en esa clase de lectura que excita la imaginación y los descalifica para llevar a cabo los deberes reales de la vida práctica. Puede estar seguro de que esta recomendación suya se seguirá. La juventud no necesita semejante autorización o libertad, porque sus gustos e inclinaciones van por el mismo camino. Pero espero que no aparezcan más recomendaciones como ésta. Tal vez usted se está apartando de Jesús

y de sus enseñanzas y no se da cuenta de ello.

La obra de Satanás es presentar a nuestra juventud cuentos de periódicos y libros de cuento que fascinan los sentidos y así destruyen el gusto por la Palabra de Dios. Mi querido hermano, no incorpore todo lo que se le venga a la mente en las páginas de la Review and Herald, antes sea circunspecto al escribir. Si el Espíritu de Cristo lo impulsa a escribir, entonces use su pluma, preocupándose por las almas, llorando entre la entrada y el altar, clamando: “Perdona, oh Jehová, a tu pueblo, y no entregues al oprobio tu heredad”. (Joel 2:17) Sin embargo, si son sus propios sentimientos y mente activa lo que lo impulsa a escribir, entonces no escriba hasta que el Espíritu de Dios lo toque y lo conmueva. No piense que porque siga usted cierto curso y haga ciertas cosas sea ello evidencia de que está en lo correcto y que debe presentarlas a otros como norma y regla. No es bueno que usted se sienta libre de expresar su opinión sobre asuntos que tienen que ver con el bienestar de nuestra juventud, recomendando libros que no contribuyen a la espiritualidad o la

consagración. Si usted se imagina que este tipo de lectura ha de desarrollar sanos y sólidos principios, se equivoca. Que el Señor lo ayude a actuar con cautela y humildad, y a no expresar declaraciones engañosas en las revistas, porque serán recibidas como si hubieran tenido el visto bueno de nuestro pueblo. Está usted poniendo una carga sobre los hombros de otros a quienes les tocará contrarrestar la influencia de estas declaraciones.

Hermano mío, su seguridad estriba en caminar humildemente con Dios. Me estremezco cuando leo sus muchos artículos en los que da usted consejos y normas para otros ministros. Considero impropio que usted tenga tanto que decir en este sentido. Si se vuelve autosuficiente y confía en sí mismo, el Señor permitirá que cometa algún error. Usted necesita cuidar bien su propia alma y obtener una experiencia diaria y viva en las cosas de Dios. Debe pasar por alto el yo y dejar que Jesús se manifieste en su vida. Cristo es su fortaleza, su escudo; usted es débil, sujeto al error y necesita ser cauteloso para no tropezar. Le ruego que se mantenga en guardia para que ni en palabra ni

hechos dañe la sagrada obra de Dios.

Me he sentido muy agradecida porque usted puede desempeñar una parte en esta gran obra. Jesús lo ama y obrará por medio de sus esfuerzos si mantiene una viva conexión con Dios. Pero es necesario que viva en vigilancia y oración. No se descuide. No se separe de Jesús, antes inclúyalo en su vida cotidiana. No se haga la carga pesada, ni la de otros, por medio de admisiones y consejos descuidados; sino sepa que a menos que Cristo sea recibido en su corazón, que mantenga su vista fija en la gloria de Dios, el orgullo entrará en su corazón, prevalecerá la estima propia y, salvo que esté usted alerta, descuidará sus pasos. “Haced sendas derechas para vuestros pies para que lo cojo no se desvíe”. (Hebreos 12:13)

Dios ha dotado a muchos de nuestros jóvenes de capacidades superiores. Les ha dado lo mejor en talentos; pero sus facultades se han debilitado, sus mentes se han confundido y enflaquecido, y por años no han experimentado ningún crecimiento en gracia, ni en el conocimiento de las razones de su

fe, debido a que han satisfecho el gusto por la lectura de cuentos. Les es tan difícil controlar el apetito por semejante lectura superficial, como al borracho el dominio de su apetito por las bebidas intoxicantes. Posiblemente ahora podrían estar vinculados con nuestras casas publicadoras y como obreros eficientes en la contabilidad, la preparación de copias para la imprenta o la corrección de pruebas; pero sus talentos se han pervertido de tal manera que han llegado a ser dispépticos mentales y como consecuencia, no están capacitados para ocupar un puesto de responsabilidad en ningún lado. Su imaginación está enferma. Viven una vida que no es real. No están capacitados para asumir los deberes prácticos de la vida; y lo que es más triste y desalentador, es que ellos han perdido el gusto por la lectura sólida. Se han infatuado y dejado encantar precisamente por el alimento para la mente que consiste en historias intensamente estimulantes como las contenidas en el libro La cabaña del tío Tom. Ese libro surtió buen efecto en sus días sobre aquellos que necesitaban despertar con respecto a sus falsas ideas sobre la esclavitud; pero estamos frente al borde mismo del mundo

eterno, donde tales historias no se necesitan para prepararnos para la vida eterna.

Nuestra única seguridad radica en estar de tal modo convertidos y conocer tan bien la verdad como está revelada en la Palabra de Dios, que podamos ofrecer a toda persona que nos pregunte, una razón de nuestra esperanza, con temor y mansedumbre.

El esfuerzo especial de ministros y obreros en todas nuestras filas en este tiempo, debiera ser apartar la atención de nuestros jóvenes de los cuentos excitantes y dirigirla hacia la palabra profética más permanente. La atención de toda alma que lucha por la vida eterna debiera fijarse en la Biblia.

Me parece prodigiosamente extraño, después de todo lo que he escrito acerca de la lectura de historias emocionantes, ver la recomendación escrita por su pluma, de que deben leerse los libros Robinson Crusoe, La cabaña del tío Tom y Las fábulas de Esopo. Hermano mío, fue un error

escribir ese artículo. Si estos libros están incluidos en los que tiene usted en venta, le ruego que nunca jamás los vuelva a ofrecer a nuestra juventud. Es su deber dirigir la atención de nuestros jóvenes hacia la Biblia; no se convierta en su tentador ofreciéndoles llamativos libros de cuentos, que distraerán su atención del estudio de las Escrituras. Nosotros mismos tenemos que estar bebiendo el agua de vida, de lo contrario estaremos constantemente cavando cisternas rotas que no retienen agua.

Satanás tiene mil maneras y planes de cómo infiltrarse para perturbar la mente de los jóvenes; y ciertamente serán engañados a menos que el alma esté firme y totalmente afianzada en Dios y que haya seguridad acerca de que la mente debe mantenerse ocupada en el escudriñamiento de las Escrituras y que hay que estar bien cimentados en nuestra fe. No podemos descuidarnos ni por un momento. No podemos permitirnos actuar a base de impulsos. Tenemos que proteger nuestras mentes y las mentes de nuestros hijos para que no sean atraídos por las tentaciones de Satanás.

Estamos en el gran día de la expiación, y la sagrada obra de Cristo que se está llevando a cabo en este momento en favor del pueblo de Dios en el santuario celestial, debiera ser nuestro estudio constante. Debemos enseñar a nuestros hijos lo que significaba el típico día de la expiación, y que era una época especial de gran humillación y confesión de pecados ante Dios. El día simbolizado por la expiación ha de ser del mismo carácter. Todo el que enseña la verdad por precepto y ejemplo dará a la trompeta un sonido certero. Usted necesita siempre cultivar la espiritualidad, porque no es natural para usted pensar en las cosas celestiales. Tenemos por delante la obra de apartar al pueblo de las costumbres y prácticas del mundo, de subir cada vez más alto, hacia la espiritualidad, la consagración y la obra ferviente por Dios. Su obra es proclamar el mensaje del tercer ángel, hacer sonar la última nota de advertencia ante el mundo. Que el Señor lo bendiga con percepción espiritual. Le escribo esto con amor, viendo el peligro en que está. Tenga la bondad de considerar estas cosas detenidamente y con oración.

Capítulo 61

Consejos a los jóvenes

A los alumnos de la Academia de South Lancaster declaro:

"Acercaos a Dios y él se acercará a vosotros". (Santiago 4:8) Nunca os avergoncéis de vuestra fe; que nunca se os halle del lado del enemigo. "Vosotros sois la luz del mundo". (Mateo 5:14) Vuestra fe ha de revelarse como preciosa verdad, una verdad que todos deben tener y que es preciso que todos tengan si es que se han de salvar. Como pueblo, somos una minoría. No somos populares. Nuestros enemigos procuran descubrir si hay maldad en nosotros con el fin de traicionarnos y causar la ruina a nuestras almas. No entenderán nuestros motivos. Mal interpretarán nuestro celo y ferviente deseo de hacer que otros vean y entiendan la verdad para que puedan cumplir la voluntad de Dios mediante la obediencia de sus mandamientos. No obstante, debemos pelear la buena batalla de la fe y ser hallados "firmes y constantes, abundando

en la obra del Señor siempre”. (1 Corintios 15:58)

Es con sentimiento de tristeza inexpresable, y a veces casi con desesperación, que contemplo la condición de la juventud y me doy cuenta de lo difícil que es animar a educarse a aquellos que yo sé que Dios ha dotado liberalmente de capacidades. Desprovistos de educación, serán inútiles e ineptos en cualquier posición. Por otra parte, al obtenerla, se verán expuestos a peligros y tentaciones. Satanás procurará utilizar sus habilidades refinadas en su servicio.

Algunos emplean sus facultades con fines malévolos. El veneno sutil de la sensualidad fluye por sus venas, y encuentra pocos obstáculos en el camino. Es algo que fascina y encanta. La mente, que con el debido cuidado por la integridad moral es capaz del más alto grado de cultivo y excelencia literaria, a menudo se rebaja para dar ocasión a la concupiscencia. La moral elevada y la piedad práctica no tienen atractivo para estas almas engañadas; y es casi imposible ejercer ninguna influencia sobre ellos, ni por precepto ni ejemplo

que pueda contrarrestar los esfuerzos de Satanás para corromper y destruir sus almas. A menos que estos hombres y mujeres jóvenes estén dispuestos a aprender, dispuestos a recibir consejo de personas de experiencia, téngase por seguro que serán descarriados por las asechanzas de Satanás. Y a no ser que aquellos que son sus maestros estén creciendo constantemente en la gracia y en el conocimiento de la verdad, como también en verdadero discernimiento espiritual, estarán en peligro --por medio de su ejemplo y la promoción de ideas erróneas--, de ayudar inconscientemente al enemigo en su obra, llevando las almas a pensar que lo que les reporta el menor bien y es de menos beneficio para ellas es en realidad lo mejor.

Los planes que se desarrollan y efectúan para la educación de nuestra juventud no son amplios en ninguna manera. Los jóvenes no debieran recibir una educación unilateral, sino que todas sus facultades deben recibir el mismo grado de atención. La filosofía moral, el estudio de las Escrituras y la cultura física deben combinarse con los cursos de estudio que se siguen en las escuelas.

Toda facultad, física, mental y moral, necesita ser preparada, disciplinada y desarrollada para que pueda rendir el mayor grado de servicio; porque a menos que todas se desarrollen por igual, una facultad no puede hacer su obra cabalmente sin sobrecargar alguna parte de la maquinaria humana.

Se ha dicho y escrito mucho con respecto a la importancia del cultivo de la mente para que rinda el mayor grado de servicio posible. Esto a veces ha dado lugar a la opinión de que si se educa el intelecto para que rinda su mayor potencial, se fortalecerá también la naturaleza física y moral y se logrará el desarrollo integral de la persona. El tiempo y la experiencia han comprobado que esto es un error. Hemos visto a hombres y mujeres graduarse en un colegio sin estar en ninguna forma calificados para usar en forma adecuada el maravilloso organismo físico que Dios les había provisto. El cuerpo entero fue diseñado para la acción, no para la inacción. Si las facultades físicas no se ejercitan tanto como las mentales, éstas sufrirán mucha tensión. A menos que cada pieza del mecanismo humano lleve a cabo sus tareas

asignadas, las facultades mentales no podrán usarse en su máxima capacidad por mucho tiempo. Las facultades naturales han de ser gobernadas por las leyes naturales y educadas para obrar en armonía con dichas leyes. Los maestros de nuestras escuelas no pueden pasar por alto ninguno de estos pormenores sin estar faltando a su deber. El orgullo los animará a procurar una norma mundana de rendimiento intelectual para que los alumnos puedan deslumbrar, pero en cuanto a habilidades sólidas se refiere, aquellas que son esenciales para capacitar a las personas para cualquier emergencia en la vida práctica, tales estudiantes están sólo parcialmente preparados para tener éxito en la vida. Su defectuosa educación a menudo los lleva al fracaso en cualquier ramo de empresa que acometan.

Los ejercicios de gimnasia pueden ser ventajosos bajo algunas circunstancias. Fueron introducidos para suplir la necesidad de una preparación física útil, y se han hecho populares en las instituciones de enseñanza; pero tienen sus desventajas. A menos que se regulen

cuidadosamente, causan más mal que bien. Algunos han sufrido daños físicos permanentes como consecuencia de estos deportes llevados a cabo en el gimnasio. La preparación manual que existe en nuestras escuelas, si se lleva a cabo bien, podrá en gran parte reemplazar el gimnasio.

Los maestros deben prestar mucha más atención a las influencias físicas, mentales y morales de nuestras escuelas. Aunque el estudio de las ciencias puede llevar a los alumnos a las altas cumbres de los logros literarios, no provee, sin embargo, una educación cabal y perfecta. Cuando se atienda especialmente el desarrollo completo de toda facultad física y moral que Dios ha dado, entonces los estudiantes no saldrán de nuestros colegios diciendo que son educados, cuando en realidad carecen del conocimiento necesario para hacer frente a la vida práctica y para lograr el desarrollo máximo del carácter.

Me duele el corazón al ver estas deficiencias; porque el resultado ha de ser la pérdida de la salud, la carencia de la capacidad de cuidar de otros, y la

falta de adaptación a esa clase de labor que es la más esencial para lograr el éxito en la vida. Abundan en los periódicos informes sensacionales de fraudes y malversaciones, de familias en miseria, maridos que se escapan con las esposas de otros hombres, y de mujeres que se escapan con los esposos de otras mujeres, todo porque a estas personas no se les enseñaron hábitos de laboriosidad y nunca aprendieron cómo economizar el tiempo o cómo emplear sus facultades en la mejor manera posible para establecer un hogar feliz.

¡Ojalá me fuera posible hacer despertar a cada maestro de nuestro país con respecto a este tema! Ellos tienen una obra que hacer para ensanchar y elevar su obra educativa. Tenemos frente a nosotros un tiempo cuando la condición del mundo se volverá desesperante, cuando la verdadera religión que conduce a la obediencia de un “Así dice Jehová” se extinguirá casi por completo. A nuestros jóvenes se les debe enseñar que las malas obras no son olvidadas ni se pasan por alto por el hecho de que Dios no castigue inmediatamente con

grande ira a los prevaricadores. Dios lleva cuenta de las naciones. A través de todos los siglos de la historia de este mundo, los malhechores han estado acarreando sobre sí ira para el día de la ira; y cuando el tiempo se cumpla plenamente, cuando la iniquidad haya alcanzado el límite establecido por la misericordia de Dios, su paciencia se agotará. Cuando las cifras acumuladas en el registro celestial lleguen al nivel que indique que la suma de la transgresión se completó, vendrá la ira, sin mezcla de misericordia, y entonces se comprenderá lo terrible que ha sido haber agotado la paciencia divina. La crisis culminará cuando las naciones se unan para invalidar la ley de Dios.

Vendrán días cuando los justos se conmoverán de celo por Dios por causa de la iniquidad reinante. Nada sino el poder de Dios puede poner coto a la arrogancia de Satanás coligada con hombres inicuos; pero en la hora de mayor peligro para la iglesia ascenderán fervientes oraciones en su favor de los labios del remanente fiel, y Dios oirá y contestará justamente en el tiempo cuando la culpa del transgresor haya llegado al grado máximo. El

“hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche” (Lucas 18:7) y espera con longanimidad en cuanto a ellos. Se llenarán de celo por el honor de Dios. Serán fervientes en oración, y su fe se hará fuerte.

Hay muy poco entusiasmo entre los alumnos. Deben hacer esfuerzos más fervientes. Para aprender cómo estudiar, hay que estudiar mucho. Cada alumno debe cultivar el hábito de la laboriosidad. Debe asegurarse de que no salga de sus manos ninguna labor de segunda clase. Debe acatar las palabras de Pablo dirigidas a Timoteo: “Entretanto que voy, ocúpate en la lectura, la exhortación y la enseñanza. No descuides el don que hay en ti, que te fue dado mediante profecía con la imposición de las manos del presbiterio. Ocúpate en estas cosas; permanece en ellas, para que tu aprovechamiento sea manifiesto a todos. Ten cuidado de ti mismo y de la enseñanza; persiste en ello, pues haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a los que te escuchen” (1 Timoteo 4:13-16)

El deber tanto de mayores como de jóvenes ha de expresarse en un lenguaje sencillo y positivo, porque nos ha tocado vivir en tiempos peligrosos cuando pareciera que la verdad está sobrecargada de falsedad y decepciones satánicas. En el tiempo de examen y prueba, el escudo de la Omnipotencia cubrirá a quienes Dios ha hecho depositarios de su ley. Cuando los legisladores repudien los principios del protestantismo, para dar su aprobación y estrecharle la mano de hermandad al romanismo, entonces Dios se interpondrá de una manera especial en defensa de su propio honor y de la salvación de su pueblo.

Los principios que es necesario que nuestra juventud cultive han de mantenerse ante ellos en su educación diaria, para que cuando se promulgue el decreto requiriendo que todos adoren a la bestia y a su imagen, puedan hacer decisiones correctas y tengan el valor de declarar, sin titubeo, su confianza en los mandamientos de Dios y la fe de Jesús, aún en el mismo tiempo cuando la ley de Dios esté siendo invalidada por el mundo religioso. Aquellos que vacilan ahora y se ven tentados a

seguir en pos de los apóstatas que se han apartado de la fe, “escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios” (1 Timoteo 4:1) se encontrarán de seguro al lado de los que invalidan la ley de Dios, a menos que se arrepientan y posen sus pies firmemente sobre la fe que ha sido transmitida a los santos.

Si es que estamos viviendo en medio de estos temibles peligros descritos en la Palabra de Dios, ¿no debiéramos estar despiertos a las realidades de la situación? ¿Por qué estar tan callados? ¿Por qué hacer de menos importancia las cosas que son de mayor interés para cada uno de nosotros? La Biblia debiera ser para nosotros el tesoro más querido, y debiera ser estudiada y celosamente enseñada a otros. ¿Cómo es posible que continúe esta enorme indiferencia de parte de los que tienen luz y conocimiento?

La profecía y la historia deben formar parte de los estudios en nuestros colegios, y todos los que aceptan puestos como educadores deben apreciar cada vez más la voluntad revelada de Dios. Deben

instruir con sencillez a los estudiantes. Deben abrir las Escrituras y demostrar por medio de su propia vida y carácter la preciosidad de la religión bíblica y la hermosura de la santidad; pero que nunca, ni por un instante se dé la impresión a ninguno que le sería ventajoso ocultar su fe y doctrinas de la gente incrédula del mundo, por temor a no ser tan altamente estimado si sus principios fueran dados a conocer.

No es tiempo de abochornarnos de nuestra fe. Somos espectáculo ante el mundo, ante los ángeles, y ante los hombres. El universo entero contempla con interés inefable la obra final de la controversia entre Cristo y Satanás. En un tiempo como el presente, cuando la obra del juicio de los vivos está por comenzar, ¿permitiremos que la ambición no consagrada tome posesión del corazón? ¿Qué podrá ser de algún valor para nosotros ahora excepto que seamos hallados leales y fieles al Dios del Cielo? ¿Qué hay de valor verdadero en este mundo cuando estamos a la orilla del mundo eterno? ¿Qué clase de educación podremos dar a los alumnos de nuestras escuelas que sea tan

necesaria como el conocimiento de “¿Qué dicen las Escrituras?”

Ejemplos de fidelidad heroica hacia Dios

José, al ser honrado por los egipcios, no ocultó su lealtad hacia Dios.

Elías, en medio de una apostasía general, no procuró esconder el hecho de que servía al Dios del cielo. Los profetas de Baal eran cuatrocientos cincuenta, sus sacerdotes cuatrocientos y miles sus adoradores; mas Elías no intentó dar la impresión de que estaba del lado popular. Espléndidamente se mantuvo solo. La montaña estaba atestada de un gentío en anhelante expectativa. El rey se presentó en toda su pompa, y los idólatras, confiados en que iban a triunfar, lo recibieron con aclamaciones. Pero Dios había sido grandemente deshonrado. Un hombre, y solamente uno, parecía vindicar el honor de Dios. En tonos claros como de trompeta, Elías se dirigió a la vasta multitud: “¿Hasta cuándo claudicaréis vosotros entre dos pensamientos? Si Jehová es Dios, seguidle; y si Baal, id en pos de él”

(1 Reyes 18:21) El resultado fue que el Señor Dios, que rige los cielos, fue vindicado, y los adoradores de Baal fueron sometidos a muerte. ¿Dónde están los Elías de hoy?

La historia de Daniel es extraordinaria. Vivió su fe y sus principios arrostrando gran oposición. Fue condenado a muerte porque no cedió en lo mínimo con respecto a su lealtad hacia Dios aun en vista del decreto del rey. Hoy día pudiera decirse que es ser justo en demasía irse a arrodillar y orar frente a una ventana abierta tres veces al día, consciente de que ojos intrusos lo observaban y que sus enemigos estaban listos para acusarlo de deslealtad hacia el rey; mas Daniel no iba a permitir que ningún poder terrenal se interpusiera entre él y su Dios, aun bajo la perspectiva de muerte en el foso de los leones. Aunque Dios no impidió que Daniel fuese lanzado dentro del foso de los leones, un ángel entró con él y tapó sus bocas para que ningún mal le sobreviniera; y en la mañana, cuando el monarca lo llamó, él respondió: “Mi Dios envió a su ángel, el cual cerró la boca de los leones, para que no me hiciesen daño, porque

ante él fui hallado inocente; y aun delante de ti, oh rey, yo no he hecho nada malo". (Daniel 6:22) Era un noble y constante siervo de Dios.

No se gana nada por medio de la cobardía o teniendo temor de dar a conocer que somos el pueblo de Dios que guarda sus mandamientos. El ocultar nuestra luz, como si nos avergonzáramos de nuestra fe, resultará sólo en desastre. Dios nos dejará a merced de nuestra propia debilidad. Que el Señor nos libre de rehusar que nuestra luz brille en cualquier lugar adonde él nos llame. Si nos aventuramos a avanzar solos, siguiendo nuestras propias ideas, nuestros propios planes, dejando a Jesús atrás, no podemos esperar ganar fuerzas, valor o brío espiritual. Dios ha tenido sus héroes morales, y los tiene hoy día: son aquellos que no se avergüenzan de ser su pueblo especial. Su voluntad y sus planes están sometidos a la ley de Dios. El amor de Jesús los ha llevado a no estimar sus propias vidas como preciosas. Su obra ha sido la de captar la luz que proviene de la Palabra de Dios y dejarla brillar en el mundo con rayos claros y constantes. Su lema es: "Lealtad al Señor".

Ministros educados

El comerciante, el carpintero, el agricultor y el abogado han tenido que aprender su oficio o profesión. Al principio, por falta de conocimiento, hacen un trabajo imperfecto; pero a medida que siguen pacientemente en sus vocaciones, se hacen maestros de sus respectivos llamados. Sin la cuidadosa aplicación de la mente y el corazón, y todas las fuerzas de su ser, el ministro resultará ser un fracaso. Puede ser que sea predicador, pero también debiera estar capacitado para actuar como pastor. El estudio nunca debe terminar; ha de continuar a través de todo el período de labor, no importa cuán bien calificado para el trabajo se considere estar.

Los tiempos en que vivimos requieren que haya un ministerio inteligente y educado Las falsas doctrinas se están multiplicando. El mundo está logrando educarse conforme a una alta norma de realización literaria; y el pecado, la incredulidad y la infidelidad se vuelven cada vez más audaces y

desafiantes, conforme van aumentando el conocimiento y la agudeza intelectual. Este estado de cosas exige el uso de todas las facultades del intelecto; porque es con mentes agudas y bajo el control de Satanás que el ministro tendrá que enfrentarse. El debe estar bien equilibrado mediante sus principios religiosos, creciendo en gracia y en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. Se ha hecho demasiado trabajo al azar, y no se han ejercitado las mentes hasta el máximo grado de su capacidad. Nuestros ministros tendrán que defender la verdad contra los apóstatas degradados, y también señalar la evidencia bíblica a aquellos que defienden errores engañosos. La verdad tiene que colocarse en contraste con las aseveraciones audaces. Nuestros ministros tienen que ser hombres que estén completamente consagrados a Dios, hombres de una cultura no común; pero sus mentes tienen que estar completamente iluminadas de fervor religioso, recogiendo rayos de luz del cielo y proyectándolos en medio de la oscuridad que cubre la tierra y de las densas tinieblas que envuelven a la humanidad.

El vicio y el crimen, y la iniquidad de todas clases, aumentan constantemente. El poder penetrante de la verdad bíblica, tiene que mostrar el contraste que existe entre la verdad y el error. Se requiere un grado mayor de preparación para rendirle buen servicio al Maestro. Sin embargo, si el ministro depende del conocimiento que adquiere, y no siente la necesidad de la iluminación divina cada día, la educación adquirida es solamente un tropiezo para los pecadores. Queremos que el Dios de toda sabiduría sea tomado en cuenta en toda nuestra labor, en todas nuestras experiencias; entonces el mínimo conocimiento que se obtenga será un poder en favor del bien y nos ayudará a desarrollar una capacidad y un fervor como los de Cristo. Esto es religión.

Capítulo 62

La mundanalidad

Estimado hermano F,

Ya es tiempo de que examinemos nuestros corazones para ver si estamos o no en la fe y en el amor de Dios. Si no hay un despertar entre nosotros, que hemos recibido tan grande luz y tantos privilegios, nos hundiremos en la ruina, y nuestro destino será peor que el de Corazín y Betsaida; “Porque”, como Cristo dijo acerca de esas ciudades, “si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en vosotras, ya hace tiempo que se hubieran arrepentido en saco y en ceniza”. (Mateo 11:21)

Ya es tiempo de que usted esté profundamente preocupado por su alma y las almas de sus hijos. Su llamado en Cristo lo requiere. Mi alma está sobrecargada de dolor, mi corazón está enfermo y triste, cuando considero su condición; porque yo sé que a menos que usted se transforme, su anclaje se

moverá de un lado a otro constantemente. Oh, “buscad al Señor mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano”. (Isaías 55:6) Le ruego que humille su corazón ante Dios y que nunca, pero nunca deje de esforzarse hasta que sea un hombre diferente. Siento un profundo interés en su condición espiritual y quiero verlo luchar fervientemente en favor de su propia salvación y la de sus queridos hijos, quienes me consta son manejados de una manera muy parecida a la que usaba Elí para gobernar a los suyos. Que sus hijos vean que usted no es una persona que actúa impulsivamente, sino que es un hombre que no vacila en sus principios. Ellos imitarán el ejemplo que usted les dé. Hasta que yo no vea un cambio para el bien en usted, no dejaré de implorarle y exhortarlo.

Estamos acercándonos al fin del tiempo. Deseamos no solamente enseñar la verdad presente en el púlpito, sino vivirla fuera de él. Examine cuidadosamente el fundamento de su esperanza de salvación. Mientras ocupe usted el puesto de heraldo de la verdad, de centinela sobre las

murallas de Sión, no puede permitir que su interés esté entretejido con negocios de minas o bienes raíces y al mismo tiempo llevar a cabo eficazmente la sagrada obra que le ha sido encomendada. Cuando están en peligro las almas de los hombres, y se trata de intereses eternos, el interés no puede estar dividido sin peligro. Esto es especialmente cierto en el caso suyo. Mientras ha estado envuelto en este negocio, usted no ha estado cultivando una consagración genuina. Ha tenido un deseo febril de obtener ganancias. Les ha hablado a muchas personas acerca de las ventajas financieras que hay en invertir en la compra de terrenos en _____. Repetidas veces se ha ocupado usted en representar ante otros las ventajas de estas empresas; y lo ha hecho siendo un ministro ordenado de Cristo, comprometido a entregar su alma, cuerpo y espíritu a la obra de la salvación de las almas. Al mismo tiempo estaba usted recibiendo dinero de la tesorería para su sostén y el de su familia. Sus palabras han tenido el propósito de desviar la atención y el dinero de la gente para que no lo entregaran a nuestras instituciones, y a la obra de fomentar el reino de nuestro Redentor en la tierra.

La tendencia de sus palabras ha sido la de engendrar en ellos el deseo de invertir sus recursos donde usted les aseguraba que se duplicarían en corto tiempo, y de halagarlos con la perspectiva de que podrían ayudar a la obra mucho más si lo hacían así. Quizá usted no les aconsejó conscientemente que retiraran sus recursos de la obra de la causa de Dios; pero algunos no tenían ningún dinero a mano excepto el que habían invertido en nuestras instituciones, y les ha sido quitado para ser invertido conforme a sus instrucciones.

En cierto sentido somos guardas de nuestros hermanos. Estamos individualmente relacionados con almas que pueden, a través de los méritos de Cristo, buscar gloria, honor, e inmortalidad. Su pureza, sinceridad, celo, constancia y consagración son afectados por nuestras palabras, nuestras obras, nuestro comportamiento, nuestras oraciones y nuestro fiel cumplimiento del deber. Cristo dijo a sus discípulos: “Vosotros sois la luz del mundo”. Los ministros de Jesucristo deben enseñar tanto en la iglesia como ante los individuos, el hecho de que

una profesión de fe, aun cuando la hagan los adventistas del séptimo día, no tiene poder para el bien a menos que proceda de una sincera devoción sentida de corazón. La luz de la religión ha de irradiar de la iglesia, y en especial de los ministros, en rayos nítidos y constantes. No ha de fulgurar en ocasiones especiales para luego opacarse y parpadear, como si estuviera a punto de apagarse. La excelencia de Jesucristo brillará para siempre en el carácter de los verdaderos creyentes, y ellos engalanarán la doctrina de nuestro Salvador. De esa manera se revelan la excelencia y el poder del Evangelio. Se requiere que cada miembro de la iglesia se mantenga en conexión viva con la Fuente de toda luz, y que sea un obrero espiritual y que haga su parte para reflejar luz al mundo por medio de sus buenas obras.

Especialmente el ministro debiera mantenerse libre de toda atadura mundanal y unirse a la Fuente de todo poder, para representar correctamente lo que significa ser cristiano. Debe desprenderse de todo lo que en alguna forma distraiga su mente de Dios y de la gran obra para este tiempo. Cristo

espera que él, como siervo a su servicio, sea como él en mente, pensamiento, palabra y acción. Espera que todo hombre que exponga las Escrituras ante los demás trabaje cautelosa e inteligentemente, sin ejercer sus facultades imprudentemente para poder hacer toda buena obra para el Señor. Toda alma es llamada a prestar servicio activo en alguno de los varios departamentos de la obra, y el pastor guiará y conducirá su rebaño.

El ministro no debe emplear su lengua para decir a los hombres cuál es la mejor manera de enterrar sus bienes en la tierra; debe decirles cómo invertirlos con seguridad en el banco del cielo. Que el Señor le imparta discernimiento espiritual es mi oración; porque de seguro que su fe naufragará a menos que entre usted en una condición espiritual diferente. Usted necesita el poder convertidor de Dios, y a menos que sea transformado, se apartará de la verdad. Pero aunque se gane el mundo entero, sería una recompensa pobre a cambio de la pérdida de su alma. Que el Señor le ayude, hermano mío, a recobrar pronto su buen sentido y actuar como un hombre que tiene una mente equilibrada. Que

realice usted su trabajo con corazón y labios consagrados y camine con humildad ante Dios.

Capítulo 63

La piedad práctica

Estimados hermanos de Oakland, Mi espíritu se siente impulsado a escribiros. Vez tras vez me encuentro hablándoos en mis sueños, y en cada caso estáis en dificultad. Pero venga lo que venga, no permitáis que ello debilite vuestro valor moral, ni haga degenerar vuestra religión hasta convertirse en un formalismo en el cual no tenga parte el corazón. El amante Jesús está listo para bendeciros abundantemente; pero necesitamos obtener experiencia en la fe, en la oración ferviente, y regocijarnos en el amor de Dios. ¿Será alguno de nosotros pesado en la balanza y hallado falto? Debemos velar sobre nosotros mismos, vigilar los menores impulsos profanos de nuestra naturaleza, no sea que traicionemos las altas responsabilidades que Dios nos ha confiado como sus agentes humanos.

Debemos estudiar las amonestaciones y correcciones que dio a su pueblo en tiempos

pasados. No carecemos de luz. Sabemos qué obras debemos evitar, y qué requerimientos nos ha ordenado observar; así que si no procuramos saber y hacer lo correcto, es porque el obrar mal conviene más al corazón carnal que hacer el bien.

Siempre habrá algunos sin fe, que esperarán ser llevados adelante por la fe de otros. No tienen conocimiento experimental de la verdad, y por consiguiente no han sentido su poder santificador en su propia alma. Incumbe a todo miembro de la iglesia escudriñar queda y diligentemente su propio corazón, y ver si su vida y carácter están en armonía con la gran norma de justicia divina.

El Señor ha hecho grandes cosas por vosotros en California, y particularmente en Oakland; pero hay mucho más que le agradaría hacer si hicieseis corresponder vuestras obras a vuestra fe. Dios no honra nunca la incredulidad con ricas bendiciones. Recapitulad lo que Dios ha hecho, y sabed entonces que es sólo el principio de lo que está dispuesto a hacer.

Debemos conceder a las Escrituras mayor valor del que les hemos concedido, porque en ellas está revelada la voluntad de Dios a los hombres. No es suficiente asentir meramente a la veracidad de la Palabra de Dios, sino que debemos escudriñar las Escrituras para aprender lo que contienen. ¿Recibimos la Biblia como el “oráculo de Dios”? Es tan realmente una comunicación divina como si sus palabras nos llegasen con voz audible. No conocemos su carácter precioso, porque no obedecemos sus instrucciones.

Hay malos ángeles que trabajan en todo nuestro derredor, pero porque no discernimos su presencia con nuestra visión natural, no consideramos como debiéramos la realidad de su existencia, según está presentada en la Palabra de Dios. Si nada de lo contenido en las Escrituras resultase difícil de comprender, el hombre, al escudriñar sus páginas, se llenaría de orgullo y suficiencia propia. Nunca es lo mejor para uno creer que entiende todas las fases de la verdad, porque no es así. Por lo tanto, no se lisonjee nadie de que tiene una comprensión correcta de todas las porciones de la Escritura, ni

piense que es su deber hacer a todos los demás comprenderlas como él las entiende. Destiérrese el orgullo intelectual. Alzo mi voz en amonestación contra toda especie de orgullo espiritual que abunda en la iglesia hoy.

Cuando la verdad que apreciamos fue reconocida por primera vez como verdad bíblica, ¡cuán extraña parecía y cuán fuerte era la oposición que tuvimos que afrontar al presentarla a la gente al principio; pero cuán fervientes y sinceros eran los obreros obedientes que amaban la verdad! Eramos realmente un pueblo peculiar. Eramos pocos en número, sin riqueza, sin sabiduría ni honores mundanales; pero creíamos en Dios, y éramos fuertes y teníamos éxito, atemorizando a los que obraban mal. Nuestro amor mutuo era firme; y no se conmovía fácilmente. Entonces el poder de Dios se manifestaba entre nosotros, los enfermos eran sanados, y había mucha calma y gozo santo y dulce.

Pero si bien la luz ha continuado aumentando, la iglesia no ha avanzado proporcionalmente. El

oro puro se ha empañado gradualmente, y la muerte y el formalismo han venido a trabar las energías de la iglesia. Sus abundantes privilegios y oportunidades no han impulsado al pueblo de Dios hacia adelante y hacia arriba, hacia la pureza y la santidad. Un fiel aprovechamiento de los talentos que Dios le ha confiado aumentaría grandemente estos talentos. Donde mucho ha sido dado, mucho será pedido. Los que aceptan fielmente y aprecian la luz que Dios nos ha dado, y toman una alta y noble decisión, con abnegación y sacrificio, serán conductos de luz para el mundo. Los que no avancen, retrocederán, aun en los mismos umbrales de la Canaán celestial. Me ha sido revelado que nuestra fe y nuestras obras no corresponden en ninguna manera a la luz de la verdad concedida. No debemos tener una fe tibia, sino la fe perfecta que obra por amor y purifica el alma. Dios os invita a los que estáis en California a entrar en comunión íntima con él.

En un punto habrá que precaverse, y es en el de la independencia individual. Como entre soldados del ejército de Cristo, debe haber acción concertada

en los diversos departamentos de la obra. Nadie tiene derecho a emprender la marcha por su propia responsabilidad y presentar en nuestros periódicos ideas acerca de ciertas doctrinas bíblicas, cuando se sabe que otros entre nosotros tienen opiniones diferentes al respecto y que eso creará controversia. Los adventistas del primer día hicieron esto. Cada uno siguió su propio juicio independiente y trató de presentar ideas originales, hasta que no hay acción concertada entre ellos, excepto, tal vez, en cuanto a oponerse a los adventistas del séptimo día. No debemos seguir su ejemplo. Cada obrero debe obrar teniendo en cuenta a los demás. Los que siguen a Cristo no obrarán independientemente unos de otros. Nuestra fuerza debe fundarse en Dios, y estar unida para manifestarse en una acción noble y concentrada No debe desperdiciarse en movimientos sin sentido.

La unión hace la fuerza. Debe haber unión entre nuestras casas editoras y nuestras otras instituciones. Si existiese esta unidad, serían una fuerza. No debe existir contención ni divergencia entre los obreros. La obra es una, presidida por un

Caudillo. Los esfuerzos ocasionales y espasmódicos han hecho daño. Por enérgicos que hayan sido, son de poco valor; porque vendrá seguramente la reacción. Debemos cultivar una perseverancia constante, tratando continuamente de conocer y hacer la voluntad de Dios.

Debemos saber lo que debemos hacer para ser salvos. Hermanos y hermanas, no debemos flotar a la deriva con la corriente popular. Nuestra obra actual consiste en salir del mundo y separarnos de él. Esta es la única manera en que podemos andar con Dios, como anduvo Enoc. Las influencias divinas estaban obrando constantemente con sus esfuerzos humanos. Como él, somos llamados a tener una fe fuerte, viva y activa, y ésta es la única manera en que podemos ser colaboradores con Dios. Debemos cumplir las condiciones trazadas en la Palabra de Dios, o morir en nuestros pecados. Debemos saber qué cambios morales son esenciales hacer en nuestro carácter, por la gracia de Cristo, a fin de ser aptos para las mansiones celestiales. Os digo, en el temor de Dios, que estamos en peligro de vivir como los judíos:

destituidos del amor de Dios e ignorantes de su poder, mientras que la resplandeciente luz de la verdad brilla en derredor nuestro.

Miles de millares pueden profesar obedecer la ley y el Evangelio, y sin embargo vivir en transgresión. Los hombres pueden presentar de una manera clara lo que la verdad requiere de otros, y sin embargo ser carnales en su propio corazón. Pueden amar y practicar el pecado en secreto. La verdad de Dios puede no ser verdad para ellos, porque su corazón no ha sido santificado por ella. Es posible que el amor del Salvador no ejerza poder constreñidor sobre sus pasiones bajas. Sabemos por la historia pasada que los hombres pueden ocupar puestos sagrados, y sin embargo manejar con engaño la verdad de Dios. No pueden alzar manos santas a Dios, “sin ira ni contienda”. (1 Timoteo 2:8) Esto es porque Dios no domina su mente. La verdad no fue nunca estampada sobre su corazón. “Con el corazón se cree para justicia”. “Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón y de toda tu alma, y de todas tus fuerzas, y de todo tu entendimiento” (Romanos 10:10; Lucas 10:27)

¿Estáis haciendo esto? Muchos no lo hacen ni lo han hecho nunca. Su conversión ha sido tan sólo superficial.

"Si habéis pues resucitado con Cristo" --dice el apóstol--, "buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra". (Colosenses 3:1, 2) El corazón es la ciudadela del hombre. De él mana la vida o la muerte. Mientras su corazón no esté purificado, una persona queda descalificada para tener parte alguna en la comunión de los santos. ¿No sabe el que escudriña el corazón quiénes están permaneciendo en pecado, sin consideración por sus almas? ¿No hubo acaso un testigo que vio las cosas más secretas de la vida de cada uno? Fui obligada a oír las palabras de adulación, palabras que querían engañar e infatuar. Satanás emplea todos estos medios para destruir almas. Algunos de vosotros podéis haber sido así sus agentes; y en tal caso, tendréis que afrontar estas cosas en el juicio. El ángel dijo acerca de esta clase: "Su corazón no ha sido nunca entregado a Dios. Cristo no está en ellos. La verdad no está allí.

Su lugar está ocupado por el pecado, el engaño, la mentira. No creen la Palabra de Dios ni actúan de acuerdo con ella”.

La presente actividad de Satanás, en su manera de obrar sobre los corazones, las iglesias y naciones, debe despertar a todo estudiante de la profecía. El fin se acerca. Levántense nuestras iglesias. Experimenten los miembros individuales en su corazón el poder convertidor de Dios; y entonces veremos los profundos impulsos del Espíritu de Dios. El perdón de los pecados no es el único resultado de la muerte de Jesús. El hizo el sacrificio infinito, no sólo para que el pecado fuese quitado, sino para que la naturaleza humana pudiese ser restaurada, reembellecida, reconstruida desde sus ruinas y hecha idónea para la presencia de Dios.

Debemos mostrar nuestra fe por nuestras obras. Debe manifestarse más ansia de tener una medida mayor del Espíritu de Cristo; porque en esto residirá la fuerza de la iglesia. Es Satanás quien está contendiendo para conseguir que los hijos de

Dios se separen. ¡Oh cuán poco amor tenemos, amor a Dios y amor los unos a los otros! La palabra y el espíritu de la verdad morando en el corazón nos separarán del mundo. Los inmutables principios de la verdad y del amor vincularán los corazones y la fuerza de la unión estará de acuerdo con la medida de la gracia y de la verdad que se disfrute.

Sería bueno que cada uno de nosotros alzase el espejo, la real ley de Dios, para ver en ella el reflejo de su propio carácter. Tengamos cuidado de no pasar por alto las señales de peligro y las amonestaciones dadas en su Palabra. A menos que se preste atención a estas amonestaciones y se venzan los defectos del carácter, éstos vencerán a quienes los posean, y ellos caerán en el error, la apostasía y el pecado abierto. La mente que no se eleve a la norma más alta, perderá con el tiempo su fuerza de retener lo que había ganado una vez. “Así que, el que piensa estar firme, mire, no caiga”. “Así que vosotros, oh amados, pues estáis amonestados, guardaos que por el error de los abominables no séais juntamente extraviados, y caigáis de vuestra

firmeza. Mas creced, en la gracia y conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (1 Corintios 10:12; 2 Pedro 3:17, 18) Dios ha elegido en estos postreros días un pueblo al que ha hecho depositario de su ley, y este pueblo tendrá siempre tareas desagradables que cumplir. “Yo sé tus obras, y tu trabajo y paciencia; y que tú no puedes sufrir los malos, y has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos; y has sufrido, y has tenido paciencia, y has trabajado por mi nombre, y no has desfallecido”. (Apocalipsis 2:2, 3) Se requerirá mucha diligencia y una lucha continua para mantener el mal apartado de nuestras iglesias. Debe ejercerse una disciplina rígida e imparcial; porque algunos que tienen una apariencia de religión, tratarán de minar la fe de los demás y trabajarán privadamente para ensalzarse a sí mismos.

En el monte de las Olivas, el Señor Jesús declaró categóricamente que “por haberse multiplicado la maldad, la caridad de muchos se resfriará”. (Mateo 24:12) Habla de una clase de

personas que ha caído de un alto estado de espiritualidad. Penetren en los corazones estas declaraciones con poder solemne y escrutador. ¿Dónde están el fervor y la devoción a Dios que corresponden a la grandeza de la verdad que aseveramos creer? El amor al mundo y a algún pecado favorito desarraigó del corazón el amor a la oración y a la meditación en las cosas sagradas. Se sigue cumpliendo una serie de servicios religiosos formales; pero, ¿dónde está el amor de Jesús? La espiritualidad está muriendo. ¿Ha de perpetuarse este sopor, este lamentable deterioro? ¿Ha de vacilar y apagarse en las tinieblas la lámpara de la verdad porque no se la abastece con el aceite de la gracia?

Quisiera que cada predicador y cada uno de nuestros obreros pudiese ver este asunto como me ha sido presentado. La estima y la suficiencia propias están matando la vida espiritual. Se ensalza el yo y se habla de él. ¡Ojalá muriese el yo! “Cada día muero” (1 Corintios 15:31), dijo el apóstol Pablo. Cuando esta suficiencia propia, orgullosa y jactanciosa, y esta justicia propia complaciente,

compenetran el alma, no hay lugar para Jesús. Se le da un lugar inferior, mientras que el yo crece en importancia y llena todo el templo del alma. Tal es la razón por la cual el Señor puede hacer tan poco por nosotros. Si él obrase con nuestros esfuerzos, el instrumento atribuiría toda la gloria a su propia habilidad, sabiduría y capacidad, y se congratularía como el fariseo: “Ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que poseo” (Lucas 18:12) Cuando el yo se oculte en Cristo, no subirá a la superficie con tanta frecuencia. ¿Satisfaremos el deseo del Espíritu de Dios? ¿Nos espaciaremos más en la piedad práctica y mucho menos en los arreglos mecánicos?

Los siervos de Cristo deben vivir como a la vista de él y de los ángeles. Deben tratar de comprender los requerimientos de nuestro tiempo y prepararse para hacerles frente. Satanás está atacándonos constantemente en forma nueva y desconocida, y ¿por qué habrían de ser deficientes los oficiales del ejército de Dios? ¿Por qué dejarían sin cultivar alguna facultad de su naturaleza? Hay que hacer una gran obra, y si falta acción

armoniosa para hacerla, es por causa de la estima y el amor propios. Es únicamente cuando nos esmeramos por ejecutar las órdenes del maestro sin dejar sobre la obra nuestra estampa e identidad, cuando trabajamos eficiente y armoniosamente. “Uníos” --dijo el ángel--, “uníos”.

Ruego a los que ministráis en las cosas sagradas, que os espaciéis más en la religión práctica. ¡Cuán raramente se ve la conciencia sensible, el verdadero pesar del alma y sentida convicción del pecado! Es porque no hay entre nosotros profundos impulsos del Espíritu de Dios. Nuestro Salvador es la escalera que Jacob vio, cuya base descansaba en la tierra, y cuya cúspide alcanzaba a los altos cielos. Esto revela el método de salvación señalado. Si alguno de nosotros se ha de salvar finalmente, será por haberse aferrado a Jesús como a los peldaños de una escalera. Para el creyente, Jesús es hecho sabiduría y justificación, santificación y redención. Nadie se imagine que es una cosa fácil vencer al enemigo, que puede ser llevado a una herencia incorruptible sin esfuerzo de su parte. Mirar atrás es sentir vértigo; soltarse es

perecer. Pocos aprecian la importancia de luchar constantemente para vencer. Cesan en su diligencia, y como resultado se vuelven egoístas y sensuales. No creen esencial la vigilancia espiritual. No dedican a la vida cristiana el fervor de los esfuerzos humanos.

Se producirán algunas terribles caídas entre aquellos que piensan estar firmes porque tienen la verdad; pero no la tienen como es en Jesús. Un momento de descuido puede sumir un alma en una ruina irreparable. Un pecado conduce a otro, y el segundo prepara el camino para el tercero, y así sucesivamente. Como fieles mensajeros de Dios, debemos interceder con él constantemente para ser guardados por su poder. Si nos desviamos una sola pulgada del deber, estamos en peligro de seguir en una conducta de pecado que terminará en la perdición. Hay esperanza para cada uno de nosotros, pero únicamente de una manera, a saber, vinculándonos con Cristo, y ejercitando toda energía para alcanzar la perfección de su carácter.

La religión que hace del pecado un asunto

liviano, espaciándose en el amor de Dios hacia el pecador sin tener en cuenta sus acciones, sólo consigue estimular al pecador a creer que Dios le recibirá aunque continúe haciendo lo que sabe que es pecado. Esto es lo que están haciendo algunos que profesan creer la verdad presente. Mantienen la verdad apartada de la vida, y ésta es la razón por la cual no tiene poder para convencer y convertir el alma.

Dios me ha mostrado que la verdad tal como es en Jesús no ha penetrado nunca en la vida de algunos en California. No tienen la religión de la Biblia. Nunca han sido convertidos. Y a menos que su corazón sea santificado por la verdad que han aceptado, serán atados con la cizaña porque no llevan racimos de precioso fruto para demostrar que son pámpanos de la vid viviente.

“Buscad a Jehová mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano. Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos; y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio

en perdonar”. (Isaías 55:6, 7) La vida de muchos demuestra que no tienen relación viva con Dios. Se dejan arrastrar por la corriente del mundo. No tienen, en realidad, parte ni suerte con Cristo. Aman las diversiones, y están llenos de ideas, planes, esperanzas y ambiciones egoístas. Sirven al enemigo pretendiendo seguir a Dios. Están sirviendo a un amo y prefieren esa servidumbre, haciéndose esclavos voluntarios de Satanás.

La falsa idea que muchos conservan, de que es perjudicial imponer restricciones a los niños, está arruinando a miles y millares. Satanás se posesionará seguramente de los niños si no estamos en guardia. No estimulemos su asociación con los impíos. Apartémoslos. Salgamos de entre los tales nosotros mismos, y demostrémosles que estamos de parte del Señor.

¿No querrán aquellos que aseveran ser hijos del Altísimo, elevar la norma, no simplemente mientras están reunidos en congregación, sino todo el tiempo? ¿No estaréis de parte del Señor y le serviréis con pleno propósito de corazón? Si hacéis

como hicieron los hijos de Israel, abandonando los expresos requerimientos de Dios, recibiréis seguramente sus juicios; pero si apartáis el pecado y ejercitáis una fe viva, obtendréis las más ricas bendiciones del Señor.

Basilea, Suiza, 1 de marzo de 1887

Capítulo 64

“Vuestro culto racional”

“Os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro racional culto”. (Romanos 12:1)

En el tiempo del antiguo Israel, los sacerdotes examinaban con ojo crítico toda ofrenda que era traída como sacrificio. Si descubrían algún defecto, rechazaban el animal; porque el Señor había ordenado que la ofrenda fuese “sin defecto”. Hemos de presentar nuestros cuerpos como sacrificio vivo a Dios; y ¿no debemos tratar de hacer la ofrenda tan perfecta como sea posible? Dios nos ha dado todas las instrucciones necesarias para nuestro bienestar físico, mental y moral; y a cada uno le incumbe el deber de poner los hábitos de su vida en conformidad con la norma divina en todo particular. ¿Agradará al Señor cualquier cosa que sea menos que lo mejor que podemos ofrecer? “Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón”.

(Lucas 10:27) Si le amamos de todo corazón, desearemos darle el mejor servicio de nuestra vida, y trataremos de poner toda facultad de nuestro ser en armonía con las leyes que hayan de favorecer nuestra capacidad de hacer su voluntad.

Toda facultad de nuestro ser nos fue dada para que pudiésemos prestar servicio aceptable a nuestro Hacedor. Cuando, por medio del pecado, pervertimos los dones de Dios, y vendimos nuestros poderes al príncipe de las tinieblas, Cristo pagó un rescate por nosotros, a saber su propia preciosa sangre. “Por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, mas para aquel que murió y resucitó por ellos”. (2 Corintios 5:15) No hemos de seguir las costumbres del mundo. “Y no os conforméis a este siglo; mas conformaos por la renovación de vuestro entendimiento”. (Romanos 12:2)

Capítulo 65

Influencias mundanales

Estimada hermana G,

Mi corazón se siente atraído hacia usted con amor y simpatía. El presente estado de cosas en el seno de su familia es el resultado seguro de haber seguido sus ideas equivocadas, y todavía el asunto no termina. No se ha dado cuenta usted del peligro que hay al asociarse tan libremente con sus familiares. Ellos han ejercido una influencia mucho mayor sobre usted y sus seres queridos que la que usted ha ejercido sobre ellos. El hecho de que son sus parientes no hace de ellos un tropiezo menor para su bienestar espiritual, ni a ellos menos transgresores de la santa ley de Dios. El proceder de ellos es totalmente ofensivo para Dios, lo mismo el de todos los que rechazan la luz y la verdad, y que no escuchan ninguna evidencia en favor de ella. Se han creado impresiones dañinas en su mente, las cuales han afectado su conducta. Dios ha hecho todas las provisiones necesarias para

poner la salvación a su alcance, pero no las impondrá sobre usted en contra de su voluntad. El ha declarado en su Palabra cuáles son las condiciones y debemos, con diligencia, interés, mente y corazón ocuparnos en conocer estas condiciones, antes de que cometamos algún error y no logremos asegurarnos nuestro derecho a las mansiones celestiales.

No podemos servir a Dios y al mundo al mismo tiempo. No debemos concentrar nuestros afectos en los familiares mundanos, que no tienen ningún deseo de conocer la verdad. Al asociarnos con ellos, podemos en toda forma procurar que nuestra luz brille; pero nuestras palabras, nuestro comportamiento, nuestras costumbres y prácticas, no deben ser amoldados en ningún sentido por sus ideas y hábitos. Debemos manifestar la verdad en todas nuestras relaciones con ellos. Si no podemos hacerlo, mientras menos nos asociemos con ellos, mejor será para nuestra espiritualidad. Si nos colocamos entre asociados cuya influencia tiende a volvernos olvidadizos de las elevadas exigencias que Dios nos impone, invitamos la tentación y nos

volvemos demasiado débiles para resistirla. Llegamos a participar del espíritu de nuestros compañeros, a estimar sus ideas, y a colocar las cosas sagradas y eternas en un nivel más bajo que las ideas de nuestros amigos. En breve, experimentamos la acción de la levadura del mal, tal como el enemigo de toda justicia se había propuesto que fuese.

Los jóvenes, si son colocados bajo esta influencia, resultan más afectados por ella que los que son mayores. Todo deja una impresión en sus mentes: los rostros que contemplan, las voces que escuchan, los lugares que visitan, las amistades que tienen y los libros que leen. Es imposible sobreestimar la importancia para este mundo y el venidero de la compañía que escogemos, y más especialmente, para nuestros hijos.

Los primeros años de vida son más importantes que cualquier otro período. Habrá progreso decidido ya sea en una dirección correcta o en otra equivocada. Por un lado, puede haber toda clase de logros frívolos; por otro lado se puede obtener toda

suerte de conocimientos valiosos para la vida práctica, como conocer a Dios y aprender a fortalecer cada facultad que él nos ha encomendado. Lo más importante de todo, lo más esencial para nuestro bienestar presente y futuro, es el conocimiento de la verdad divina según ha sido revelada en la Palabra de Dios.

Estamos viviendo en un tiempo cuando todo lo que es falso y superficial se pone por encima de lo que es verdadero, natural y perdurable. La mente tiene que mantenerse libre de todo lo que pueda desviarla por una dirección equivocada. No debe recargarse con historietas baladíes que no ayudan a fortalecer las facultades mentales. Los pensamientos serán de la misma naturaleza que el alimento que le proveamos a la mente. El tiempo que se dedica a las cosas innecesarias y no importantes, se podría emplear mejor en la contemplación de los maravillosos misterios del plan de salvación, y en dedicar todas las facultades que Dios nos ha dado al conocimiento de los caminos del Señor, de manera que nuestros pies no tropiecen contra la montaña oscura de la

incredulidad, ni se aparten del camino de la santidad que fue preparado por medio de un sacrificio infinito, para que los redimidos del Señor transiten por él. El poder del intelecto, el considerable conocimiento que se gane, son adquisiciones que el oro de Ofir no podría comprar. Son más preciosos que el oro y la plata. Los jóvenes no suelen escoger este tipo de educación. Ellos imponen sus deseos, sus gustos y aversiones, sus preferencias e inclinaciones; pero si los padres poseen ideas correctas en cuanto a Dios, la verdad, las influencias y amistades que debieran rodear a sus hijos, sentirán la responsabilidad que Dios les ha dado para conducir con firmeza a los jóvenes inexpertos por el camino correcto, sabiendo que lo que siembran, eso también segarán.

Si mi voz pudiera ser oída por todos los padres a través del país, los amonestaría a que no cedan a los deseos de sus hijos cuando se trata de escoger compañeros y amigos. Poco se dan cuenta los padres de que las impresiones nocivas son recibidas con mayor presteza por la juventud que las impresiones divinas; por lo tanto, sus amistades

debieran ser las más favorables para el crecimiento en la gracia y para que la verdad revelada en la Palabra de Dios se afiance en el corazón. Si los muchachos están con aquellos cuya conversación gira en torno a los asuntos terrenales sin importancia, sus mentes se inclinarán hacia el mismo nivel. Si oyen que se denigran y rebajan los principios de la religión, si se expresan sutiles objeciones a la verdad al alcance de sus oídos, estas cosas se fijarán en sus mentes y amoldarán su carácter. Si sus mentes están llenas de cuentos, sean verdaderos o ficticios, no habrá lugar para la información útil y científica en que debieran ocuparse. ¡Cuánto estrago ha hecho en las mentes este apego a la lectura liviana! ¡Cómo ha destruido los principios de la sinceridad y de la verdadera santidad, que forman el fundamento de un carácter equilibrado! Es así como un veneno de acción lenta, al ser ingerido, tarde o temprano manifiesta su amargo efecto. Cuando se implanta una mala impresión en la mente del joven, se hace una marca, no sobre la arena, sino sobre la piedra perdurable.

Las amistades de sus hijos son de tal naturaleza que los apartarán de toda influencia que pudiera contrarrestar o deshacerles los hábitos que destruyen su salud. Ellos se impacientan si no se les permite hacer lo que quieren. Los consejos de personas cristianas no son de su agrado. Están transitando por el camino que los llevará a la ruina, y cualquier influencia que procure conducirlos en una dirección opuesta despierta en sus corazones los peores impulsos. Son criaturas de las circunstancias. La formación de estos lazos tempranos que son desfavorables a las impresiones religiosas ha ejercido una influencia poderosa y dominante sobre ellos en todos sus pasos subsiguientes. Hay que colocar a los jóvenes en las circunstancias más favorables que sea posible; porque las amistades que buscan, los principios que adoptan, los hábitos que forman, decidirán la cuestión de su utilidad aquí, y de sus intereses futuros y eternos, con una certeza que es infalible. Los padres no debieran ceder a las inclinaciones de sus hijos, sino que deben seguir el camino sencillo del deber que Dios ha trazado, refrenándolos con bondad, negándoles sus deseos incorrectos con

firmeza y determinación, pero con amor; y con esfuerzo sincero, devoto y perseverante, conducir sus pasos lejos del mundo y hacia arriba, hacia el cielo. No debe permitirse que los niños se desvíen por cualquier camino que les plazca, para transitar por avenidas abiertas por todos lados y apartarse del camino correcto. No hay quienes estén en más peligro que los que no se dan cuenta del peligro y que se muestran impacientes ante la precaución y el consejo.

Es precisamente porque la veo en peligro, hermana mía, que le escribo de esta manera ahora. Aunque puede haber muchos que la halaguen y disfruten de su hospitalidad sin procurar impartirle una bendición mediante el buen consejo, es mi deber advertirle el riesgo oculto que pondrá en peligro su felicidad presente y eterna. Se acercan tiempos tormentosos, y necesitamos estudiar el verdadero fundamento de nuestra fe. Necesitamos buscar en el Libro de la Ley para ver si nuestro título de herencia inmortal está sin falta.

El concepto que se ha tenido de nuestro pueblo

es que es demasiado insignificante para ser digno de ser tomado en cuenta, pero esto cambiará. Dentro del mundo cristiano se están llevando a cabo movimientos que necesariamente harán destacar al pueblo que guarda los mandamientos. Hay una constante suplantación de la verdad de Dios por medio de teorías y falsas doctrinas de origen humano. Se están emprendiendo movimientos para esclavizar las conciencias de los que quieren permanecer fieles a Dios. Los poderes legislativos estarán en contra del pueblo de Dios. Cada alma será probada. ¡Ojalá que fuéramos como pueblo, sabios para con nosotros mismos y que por medio del precepto y el ejemplo impartiésemos esa sabiduría a nuestros hijos! Cada posición de nuestra fe será examinada; y si no somos estudiantes concienzudos de la Biblia, arraigados, fortalecidos y firmes, la sabiduría de los grandes hombres del mundo nos hará descarriar.

El mundo está ocupado, ansioso y dedicado. El mal es seguido asiduamente como si fuera justicia, el error como si fuera verdad y el pecado como si fuera santidad. Las tinieblas cubren la tierra, y

grande oscuridad los pueblos. ¿Y acaso dormirá el pueblo de Dios en un tiempo como este? ¿Se mantendrán en silencio aquellos que poseen la verdad, como si estuviesen paralizados? Los incrédulos declaran que si creyesen lo que los cristianos profesan creer, tendrían mayor entusiasmo que ellos. Si creemos que el fin de todas las cosas se acerca, “¡qué clase de personas debéis ser en vuestra conducta santa y en piedad!” (2 Pedro 3:11)

Toda alma que en realidad cree la verdad lo demostrará por medio de obras correspondientes. Todos serán fervientes y graves, e incansables en sus esfuerzos por ganar almas para Cristo. Si la verdad desde un principio se siembra profundamente en sus propias almas, entonces procurarán implantarla en el corazón de otros. La verdad se mantiene demasiado en el atrio exterior. Trasladadla al templo interior del alma, entronizadla en el corazón, y dejad que domine vuestra vida. La Palabra de Dios debe ser estudiada y obedecida, luego el corazón hallará descanso, paz y gozo, y las aspiraciones se inclinarán hacia el

cielo; pero cuando la verdad se mantiene separada de la vida, en el atrio exterior, el corazón no recibe el calor ni el brillo del fuego de la bondad de Dios.

Hay muchos que reservan la religión de Jesús para ciertos días y ciertas ocasiones, y en otros tiempos es puesta a un lado y olvidada. El principio duradero de la verdad no es meramente para las pocas horas del sábado ni se limita a unos cuantos actos de caridad, sino que ha de introducirse en el corazón para refinar y santificar el carácter. Si hay un momento en que el hombre esté seguro sin esta luz y fuerza especial procedente del cielo, entonces puede prescindir de la verdad de Dios. La Biblia, la Palabra pura y santa de Dios, debe ser su consejera y guía, el poder dominante de su vida. Ella nos brinda sus lecciones, si es que les damos importancia.

Abraham era un hombre favorecido por Dios. El Señor dijo: “Porque yo sé que mandará a sus hijos y a su casa después de sí, que guarden el camino de Jehová, haciendo justicia y juicio”. (Génesis 18:19) Abraham fue honrado por Dios

porque cultivó la religión en la familia e hizo que el temor de Dios penetrase en toda su casa. Es Dios quien dice: “Yo sé que él mandará”, es decir, que de su parte no habrá traición del cometido sagrado; no cederá ante nadie, sino ante Dios; hay una ley, y Abraham la guardará; ninguna emoción ciega empañará su sentido del bien ni se interpondrá entre Dios y las almas de sus hijos; ese tiempo de indulgencia, que es la crueldad más atroz, no hará que Abraham se extravíe.

Tanto los padres como los hijos pertenecen a Dios para ser gobernados por él. Por una combinación de amor y autoridad, Abraham gobernó su hogar. La Palabra de Dios nos ha dado reglas para conducirnos. Estas reglas constituyen la norma de la cual no podemos desviarnos si hemos de mantenernos en el camino del Señor. La voluntad de Dios debe ocupar el primer lugar. No debemos preguntarnos lo que han hecho los demás, lo que pensarán mis parientes, o lo que dirán de mí si sigo por este camino, sino más bien, “¿Qué ha dicho Dios?” Ni padre ni hijo podrá verdaderamente prosperar en ningún camino, a

menos que sea el camino del Señor.

Doy gracias porque usted tiene hijos nobles que procuran andar en los caminos del Señor; pero espero que pueda discernir más claramente cuál sea su deber con respecto a sus amistades. Esto determinará si usted está creciendo espiritualmente, o si está empequeñecida en su vida religiosa. Los estrictos dictados de su conciencia tienen que ser obedecidos, aunque sea difícil; y esto le ayudará a crecer en fuerza moral. Los deberes a menudo son cruces que debemos llevar. La oración y la alabanza a Dios no siempre se ofrecen sin una lucha. La abnegación y el llevar la cruz yacen directamente en el camino que debemos transitar si es que hemos de llegar a las puertas de la ciudad de Dios. Jesús ha mostrado el camino; ¿lo seguiremos?

Hemos de ser obreros juntamente con Dios, no sólo para nuestra propia salvación, sino para que hagamos todo lo que podamos en favor de la salvación de otros. De esa manera nos convertimos en socios dentro del gran plan de redención, y con

el tiempo en partícipes en el eterno peso de gloria. Dios le pide que prosiga en su camino “hacia la meta, para conseguir el premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús”. (Filipenses 3:14) Que el Señor la bendiga, es mi oración. Pero recuerde que si está usted unida a Cristo, debe colaborar con él. Nuestra devoción y nuestros deberes religiosos se reducirán al nivel de nuestros intereses personales, a menos que seamos diariamente participantes del espíritu de Cristo. El interés por las almas de los demás está designado para dar amplitud, profundidad y estabilidad al carácter cristiano.

El Señor viene. Estamos cerca del hogar y queremos aspirar profundamente la atmósfera celestial; entonces nos identificaremos con el Salvador en todos sus planes. Seremos elevados y estaremos capacitados para elevar a otros, y seremos eficaces en buenas obras.

Capítulo 66

Necesidades de nuestras instituciones

De vez en cuando me he sentido impelida por el Espíritu del Señor a dar testimonio respecto a la necesidad de conseguir el mejor talento para emplearlo en las diferentes instituciones y otros departamentos de la causa. Hasta el presente no se ha ejercido cuidado suficiente para conseguir el mejor talento para usarlo en las diversas fases de la obra. Los que llevan responsabilidades tienen que ser hombres a quienes Dios pueda instruir y a quienes él pueda honrar con sabiduría y entendimiento, como a Daniel. Han de ser pensadores, hombres que lleven la estampa de Dios y que crezcan constantemente en santidad, en dignidad moral y en la comprensión de su trabajo. Han de ser hombres de oración, hombres que suban al monte y contemplen la gloria de Dios y el esplendor de los seres celestiales, a quienes Dios haya ungido para que asuman el cargo de su obra.

Entonces, como Moisés, seguirán el modelo que les fue dado sobre el monte; y estarán despiertos para obtener y vincular con la obra el mejor talento que se pueda conseguir. Si es que son hombres que crecen y poseen una inteligencia santificada; si escuchan la voz de Dios y procuran aprovechar todo rayo de luz que procede del cielo, cual el sol seguirán un camino recto, y crecerán en sabiduría y en el favor de Dios.

El departamento de publicaciones es un ramo importante de la obra de Dios, y todos los que están relacionados con él deben sentir que ha sido establecido por Dios y que el cielo entero está interesado en él. Especialmente aquellos que tienen voz en la administración de la obra deben tener una mente amplia y un criterio santificado. No deben malgastar el dinero del Señor por falta de juicio o tacto en los negocios; ni tampoco deben cometer el error de limitar la obra mediante la adopción de planes estrechos o por encomendarla en manos de hombres de habilidad limitada.

Repetidas veces se me ha manifestado que

todas nuestras instituciones deben ser administradas por hombres de carácter espiritual y que no inmiscuyan sus propias ideas y planes defectuosos con su Necesidades de nuestras instituciones 539 administración. Esta obra no debe dejarse en manos de hombres que mezclen lo sagrado con lo profano y que consideren que la obra de Dios está al mismo nivel que las cosas de la tierra y que ha de manejarse más o menos en la misma manera común a que están acostumbrados a manejar sus propios negocios temporales. Hasta que no se unan a nuestras instituciones personas de mente amplia y que puedan trazar planes que estén en armonía con el crecimiento de la obra y con el carácter elevado de la misma, la tendencia seguirá siendo de achicar todo lo que se emprenda y luego Dios quedará deshonrado. ¡Ojalá que todos los que llevan responsabilidades dentro de la causa de Dios pudieran ascender a una atmósfera más elevada y santa, donde todo verdadero cristiano debiera estar! Si lograran esto, entonces tanto ellos como la obra que representan se ennoblecerían y quedarían revestidos de una dignidad sagrada, y se ganarían el respeto de todos los que están conectados con la

obra.

Entre los empleados de nuestras instituciones ha habido hombres que no han buscado el consejo de Dios, que no se han puesto en conformidad con los grandes principios de la verdad que Dios ha trazado en su Palabra y que consecuentemente manifestaron marcados defectos de carácter. Como resultado, la obra más grande que haya sido encomendada a los mortales ha sido dañada por causa de la administración defectuosa del hombre; mientras que, si las normas del cielo hubieran sido puestas como principio guiador, hubiera habido una aproximación más cercana a la perfección en todos los departamentos de la obra.

Aquellos que han sido colocados en puestos directivos deben ser hombres que tengan suficiente amplitud mental como para apreciar a las personas de intelecto cultivado y remunerarlas en proporción con las responsabilidades que llevan. Sin embargo, es verdad que los que toman parte en la obra de Dios no deberían hacerlo meramente por el salario que reciben, sino más bien para la honra de Dios,

para el adelanto de su causa y para conseguir riquezas imperecederas. Al mismo tiempo, no debiéramos esperar que los que son capaces de hacer precisa y cabalmente un trabajo que requiere imaginación y esfuerzo dedicado, no reciban un pago mayor que el de un trabajador de menor capacidad. Debe valorarse bien el talento. Aquellos que no pueden apreciar el buen trabajo y la verdadera capacidad no deben ser administradores en nuestras instituciones, porque su influencia tenderá a limitar la obra y arrastrarla a un nivel inferior.

Para que nuestras instituciones sean tan prósperas como Dios se ha propuesto que lo sean, tiene que haber más solicitud y ferviente oración en combinación con un celo y fervor espiritual indeclinables. Para unir una clase apropiada de obreros a la obra podría requerirse un gasto mayor de recursos, pero en resumidas cuentas resultará ser económico porque aunque es esencial que se practique la economía en todo lo posible, se descubrirá que los esfuerzos por economizar recursos empleando a aquellos que trabajan por

salarios bajos y cuyo trabajo es parecido a su salario, más bien resultarán en pérdida. La obra se retrasará y la causa será desacreditada. Hermanos, podréis vosotros economizar todo lo que querráis en vuestros asuntos personales, en la construcción de vuestras propias casas, en la selección de vuestra ropa, en la provisión de vuestro sustento, y en vuestros gastos generales; pero no impongáis esta economía a la obra de Dios de tal manera que impidáis que hombres capaces y de verdadero valor moral participen en ella.

En los juegos olímpicos, a los que el apóstol Pablo nos llama la atención, los que participaban en las carreras debían efectuar una preparación muy completa. Eran entrenados durante meses por diferentes maestros expertos en ejercicios calculados para dar fortaleza y vigor al cuerpo. Debían ingerir solamente los alimentos que mantendrían el cuerpo en la condición más saludable; su vestimenta estaba calculada para permitir que los órganos y músculos actuaran libremente. Si los que participaban en carreras para obtener honores terrenales estaban obligados a

someterse a una disciplina tan severa a fin de tener éxito, cuánto más necesario es para los que se dedican a la obra del Señor disciplinarse y prepararse cabalmente para alcanzar el éxito. Su preparación debiera ser tanto más perfecta, su seriedad y abnegación en sus esfuerzos tanto mayores que las de los aspirantes a honores mundanales, como las cosas celestiales son de más valor que las terrenales. Tanto la mente como los músculos debieran entrenarse mediante esfuerzos de lo más perseverantes. El camino hacia el éxito no es una senda pareja en la que viajamos en coches palaciegos, sino un sendero áspero y lleno de obstáculos que pueden superarse únicamente por medio de trabajo paciente.

Hermanos míos, ni a medias se ha ejercido el cuidado necesario para inculcar la importancia de una debida preparación para la obra en la mente de aquellos que pudieran trabajar en la causa. Con sus facultades indisciplinadas no podrán hacer sino una obra imperfecta; pero si fuesen preparados por maestros sabios y consagrados y fuesen dirigidos por el Espíritu de Dios, no sólo estarían

capacitados para hacer ellos mismos un buen trabajo, sino que amoldarían a otros que les toque trabajar juntamente con ellos. Por lo tanto, debieran constantemente estudiar para aprender cómo hacerse más sabios con respecto a la obra en que están involucrados. Nadie debiera reposar en la comodidad y el ocio; sino que todos deben luchar por elevarse y ennoblecerse a sí mismos, no sea que como resultado de su propio entendimiento deficiente dejen de darse cuenta del carácter elevado de la obra y lo rebajen para poder alcanzar su propia norma limitada.

Vi que había una deficiencia grande en la teneduría de libros en muchos de los departamentos de la obra. La contabilidad es, y siempre será, una parte importante de la obra; y los que se han hecho expertos en ella están en gran demanda en nuestras instituciones y en todos los ramos de la obra misionera. Es un trabajo que requiere estudio para que pueda hacerse correctamente, con prontitud y sin preocupación o desgaste; pero la preparación de personas competentes para este trabajo ha sido vergonzosamente olvidada. Es una desgracia

permitir que una obra de una magnitud tan grande como la nuestra, se haga en una forma defectuosa e inexacta. Dios exige de los seres humanos un trabajo tan perfecto como sea posible. Es una deshonra para la sagrada verdad y su Autor hacer su obra en forma deficiente. Vi que a menos que los obreros de nuestras instituciones se sujeten a la autoridad de Dios, habría una falta de armonía y unidad de acción entre ellos. Si todos obedecieran sus instrucciones, el Señor permanecería como comandante invisible; pero también tiene que haber una cabeza visible que tema a Dios. El Señor nunca aceptará un grupo de obreros descuidados y desordenados; ni tampoco escogerá conducir hacia adelante y hacia las alturas nobles de una victoria cierta a quienes son voluntariosos y desobedientes. El progreso ascendente del alma indica que Jesús gobierna el corazón. Ese corazón mediante el cual él difunde su paz y su gozo, y el bendecido fruto de su amor, se convierte en su templo y en su trono. “Vosotros sois mis amigos” --dice Cristo--, “si hacéis lo que yo os mando”. (Juan 15:14)

Nuestras instituciones están muy por debajo de

donde Dios quiere que estén, porque muchos de los que están conectados con ellas no están en comunión con él. No son hombres que crecen. No están constantemente aprendiendo de Jesús; por lo tanto, no se vuelven cada vez más eficientes. Si se acercasen a él y procurasen su ayuda, él andaría con ellos y les hablaría; sería su consejero en todas las cosas y les impartiría, como lo hizo con Daniel, sabiduría y entendimiento de lo alto.

Hace muchos años que vi que nuestro pueblo estaba muy atrasado en obtener ese conocimiento que lo calificaría para puestos de responsabilidad dentro de la obra. Cada miembro de la iglesia debiera esforzarse por capacitarse para hacer la obra del Maestro. A cada uno se le ha asignado una obra, de acuerdo con su capacidad. Aun ahora, en la hora undécima, debemos despertar para educar hombres de habilidad para la obra que, a la vez que ellos mismos ocupan puestos de confianza, vayan educando, por medio del precepto y el ejemplo, a todos los que están asociados con ellos.

Por medio de una ambición egoísta, algunos

han impedido que otros reciban el conocimiento que les hubieran podido impartir. Otros no han querido esforzarse para educar a nadie más. Sin embargo, ésta hubiera sido la mejor clase de trabajo que pudiesen haber hecho por Jesús. Dijo Cristo: “Vosotros sois la luz del mundo” (Mateo 5:14), y por esta razón hemos de dejar que nuestra luz brille ante los hombres.

Si todo lo que el Señor ha pronunciado referente a estas cosas hubiera sido acatado, hoy día nuestras instituciones ocuparían una posición más elevada y más sagrada que la de ahora. Pero los hombres han estado satisfechos con pequeños logros. No han procurado elevar sus facultades mentales, morales y físicas. No han sentido que Dios requería esto de ellos; no se han dado cuenta de que Cristo murió precisamente para capacitarlos para hacer esta obra. Como resultado, se han quedado muy en zaga con respecto a lo que pudieran ser en inteligencia y en cuanto a la capacidad de pensar y planificar. Pudieron haber añadido virtud a la virtud, y conocimiento al conocimiento y de esta manera haberse hecho

fuertes en el Señor. Pero dejaron de hacerlo. Que cada uno se empeñe en trabajar ahora, con la firme determinación de elevarse. La necesidad presente de la causa no es tanto de más hombres como lo es de mayor destreza y consagración de parte de los obreros.

Capítulo 67

Nuestras instituciones de Battle Creek

Los males que han surgido como resultado de haber concentrado tantas responsabilidades en Battle Creek, Míchigan, no han sido pocos. Los peligros son muchos debido a los elementos faltos de consagración que esperan sólo hasta que un cambio de circunstancias los estimule a poner toda su influencia del lado del mal. Si todos aquellos que están vinculados con nuestras instituciones fuesen consagrados y de carácter espiritual, y dependiesen de Dios más que de ellos mismos, habría una prosperidad mucho mayor de la que hemos visto hasta ahora Pero mientras haya una carencia tal de sumisa confianza y dependencia total de Dios, no podemos estar seguros de nada. Nuestra gran necesidad hoy es de hombres que estén bautizados por el Espíritu Santo de Dios, de hombres que anden con Dios como lo hizo Enoc. No queremos hombres de pensamiento tan estrecho

que limiten la obra en vez de expandirla, o que sigan el lema de que “la religión es religión; el negocio es negocio”. Necesitamos hombres previsores que puedan evaluar una situación razonando de causa a efecto.

El colegio

Los maestros de nuestro colegio deben ser hombres y mujeres de mentes equilibradas, capaces de ejercer una fuerte influencia moral, que sepan cómo tratar sabiamente con la gente y que posean un verdadero espíritu misionero. Si todos poseyesen este carácter, las cargas que ahora descansan sobre el presidente se alivianarían y se evitaría el peligro de que él se agote prematuramente. Sin embargo, es precisamente esta sabiduría la que hace falta.

No es aceptable fijar el costo de los estudios demasiado bajo. Debe ser suficiente para hacer frente a los gastos, aunque la cantidad de alumnos sea baja. Los que realmente aprecian los beneficios que se obtienen en el colegio harán esfuerzos

adicionales para lograrlos. La mayoría de los que se verían atraídos a asistir porque el Nuestras instituciones de Battle Creek 545 costo de los estudios es bajo, no serían de ningún beneficio para los demás estudiantes o para la iglesia. Mientras más grande sea el alumnado, más tacto, destreza y vigilancia se requiere de parte de la administración.

Cuando se fundó el colegio, se estableció un fondo en la oficina de la casa publicadora Review and Herald para beneficio de los que deseaban obtener una educación pero no tenían los recursos necesarios. Unos cuantos estudiantes lo aprovecharon y de esta manera obtuvieron un buen comienzo y luego ganaron lo suficiente para reemplazar los fondos que habían utilizado, para que otros pudieran beneficiarse con ellos.

Debe hacerse alguna provisión para el mantenimiento de un fondo tal para hacer préstamos a los estudiantes meritorios que desean prepararse para la obra misionera. Hay entre nosotros personas capaces que podrían rendir un buen servicio en la causa, si tan sólo se velara por

ellos y se les animara. Cuando algunos de éstos sean demasiado pobres para aprovechar las oportunidades que brinda el colegio, las iglesias debieran considerar un privilegio pagarles los gastos. Hay que hacer claro a los jóvenes que hasta donde sea posible deben trabajar para sufragar sus propios gastos. Lo que cuesta poco no se apreciará debidamente; lo que cuesta algo cercano a su valor verdadero será apreciado en mayor escala. Pero las iglesias de los diversos campos deben sentir que una responsabilidad solemne descansa sobre ellas en lo que a la preparación de la juventud y la educación de personas mayores se refiere, con el fin de que participen en el esfuerzo misionero. Cuando vean entre ellos a los que prometen ser obreros útiles, pero que no son capaces de costear sus estudios por sí solos, las iglesias deben asumir la responsabilidad de enviarlos al colegio para que sean instruidos y desarrollados.

Calificaciones de los administradores

Debiera haber una reforma cabal de parte de los hombres que en la actualidad están vinculados con

nuestras instituciones importantes. Algunos poseen rasgos valiosos de carácter, mientras que carecen seriamente de otros. Su carácter necesita tener una estampa distinta, que sea conforme a la semejanza de Cristo. Deben recordar todos que aún no han alcanzado la perfección, que la obra de la edificación del carácter no está ya terminada. Si anduviesen en cada rayo de luz que Dios ha dado; si se compararan a sí mismos con la vida y el carácter de Cristo, se darían cuenta que fallaron en cumplir los requerimientos de la sagrada ley de Dios y procurarían hacerse perfectos en su esfera, así como Dios es perfecto en la suya. Si estos hombres se hubiesen dado cuenta de la importancia de estas cosas, estarían hoy mucho más avanzados de lo que están en su estado actual, y mucho mejor calificados para ocupar puestos de confianza. Durante estas horas de prueba deben buscar la perfección de carácter. Deben aprender diariamente de Cristo. Están conectados con la obra de Dios no porque son hombres perfectos, infalibles, sin ningún defecto de carácter, sino a pesar de sus defectos. Dios espera que mientras estén conectados con su obra estudien constantemente y

aprendan cómo imitar el Modelo.

Jesús vinculó en su obra a Juan, Pedro y Judas, y los hizo colaboradores juntamente con él; pero al mismo tiempo ellos debían estar aprendiendo constantemente lecciones de Cristo. De su enseñanza debían asimilar lecciones que corrigiesen sus ideas erróneas y sus opiniones equivocadas concernientes a lo que constituye un carácter cristiano. Juan y Pedro no eran hombres perfectos, pero aprovechaban cada oportunidad para aprender. Pedro no aprendió a desconfiar de sí mismo, a ser cuidadoso de su persona, hasta que fue vencido por las tentaciones del diablo y negó a su Señor. Judas tuvo la misma oportunidad que tuvieron estos discípulos de aprender las lecciones enseñadas por Cristo, pero despreció su valor. Era solamente un oidor y no un hacedor. El resultado pudo verse en su traición al Señor.

Los hombres a quienes Dios ha vinculado con sus instituciones no han de sentir que no tienen que mejorar por el mero hecho de que ocupan puestos de responsabilidad. Si han de ser hombres

representativos, guardianes de la obra más sagrada que se haya encomendado a los mortales, deberán ocupar el puesto de discípulos. No deberán sentirse autosuficientes ni engreírse. Deberían siempre darse cuenta de que están pisando sobre suelo santo. Angeles del cielo están listos para servirles, y deben estar constantemente recibiendo luz e influencias celestiales, de lo contrario no serán más aptos para la obra que los incrédulos.

Si el carácter de los hombres que trabajan en las oficinas de Battle Creek fuera transformado de tal manera que ejerciesen una influencia provechosa sobre los que están bajo su gobierno, entonces la perspectiva sería más alentadora No importa lo que los empleados allí piensen de su capacidad personal, tengo razón para decir que muchos tendrán que mejorar grandemente antes de estar capacitados para ocupar sus puestos aceptablemente. Podrán sentirse competentes para dar consejos, pero ellos mismos están en necesidad de consejos de parte de Aquel que es perfecto en sabiduría. Grandes e importantes intereses están en peligro de ser malogrados y de salir con defecto de

sus manos. Si todos percibiesen más su ignorancia, y dependieran menos del yo, podrían aprender del gran Maestro la mansedumbre y humildad de corazón.

Dios observa todo lo que transcurre en la oficina. “Tú, oh Dios, me ves”, es algo que debiera recordarse en todo momento. Los que llevan responsabilidades en la oficina deben ser corteses y bondadosos con todo el mundo. Un sentido constante de la presencia de Cristo evitaría la violación de los derechos de los demás, que es una práctica tan común en el mundo, pero que es una ofensa para Dios. El amor de Jesús debe incorporarse en las vidas de los obreros en los diferentes departamentos de la oficina, para que se haga justicia, no sólo a la obra, sino el uno para con el otro.

La primera obra que debe hacerse, mis hermanos, es que os aseguréis de la bendición de Dios dentro de vuestros propios corazones. Luego llevadla con vosotros a vuestros hogares. Eliminad las críticas, venced vuestras maneras exigentes y

permitid que prevalezcan el espíritu de alegría y de bondad. La atmósfera de vuestros hogares la llevaréis a la oficina, y una paz celestial rodeará vuestras almas. Dondequiera que reina el amor de Jesús hay ternura compasiva y preocupación por los demás. La obra más preciosa en la que mis hermanos pueden tomar parte es el cultivo de un carácter semejante al de Cristo.

Se me mostró que los que dirigen nuestras instituciones deberían recordar siempre que hay un jefe director que es el Dios del cielo. En toda transacción de negocio dentro de cada departamento de la obra debe practicarse en forma estricta la honestidad. Debe haber firmeza en el mantenimiento del orden, pero esa firmeza debe estar mezclada con misericordia y consideración. La justicia tiene un hermano gemelo, el cual es el amor. Ambos deben mantenerse lado a lado. La Biblia debe ser nuestra guía. No hay mayor engaño que el creer que se puede hallar una guía mejor que la Palabra de Dios cuando uno está en dificultades. La Palabra bienaventurada debe ser la lámpara a nuestros pies. Los principios bíblicos deben

aplicarse a la vida diaria.

Capítulo 68

Reuniones de juntas

Los que integran nuestras juntas necesitan sentarse diariamente a los pies de Cristo y aprender en su escuela a ser mansos y humildes de corazón. En vista de que ellos mismos son hombres débiles y sujetos al error, debieran albergar sentimientos de bondad y piedad hacia los que han cometido errores. No están preparados para tratar justamente a los demás, para amar la misericordia y manifestar la verdadera cortesía que caracterizó la vida de Cristo, a menos que vean la necesidad de estar en unión con él. Los fiduciarios siempre deben darse cuenta de que están bajo el escrutinio de los ojos divinos y que su naturaleza humana los llevará a cometer errores al trazar planes, a menos que estén ligados completamente a Dios y procuren que les elimine todas las deficiencias de su carácter. Es menester ponerse a la altura de la norma divina.

Todo el que participa en las juntas necesita buscar la forma más efectiva de obtener la

sabiduría del cielo. La gracia transformadora de Cristo debiera sentirse en cada reunión. Entonces la influencia del Espíritu de Cristo que obra en el corazón de los presentes dará un giro correcto a su obra. Extinguirá las acciones tumultuosas y eliminará perfectamente los efectos profanos de esa mundanalidad que hace que los hombres se vuelvan cortantes, criticones, abusivos y listos para acusar.

Cuando hay reuniones de estos concilios, se ofrecen unas cuantas palabras de oración formal; pero el corazón de los presentes no se coloca en armonía con Dios mediante la oración ferviente e importuna, ofrecida con fe viva, con un espíritu humilde y contrito. Si los fiduciarios se desconectan del Dios de la sabiduría y del poder, no podrán mantener en su trato con los demás esa integridad noble que Dios requiere. Sin la sabiduría divina, su propio pensamiento se hilvanará en las decisiones que hagan. Si estos hombres no se mantienen en comunicación con Dios, Satanás de seguro estará presente en sus concilios y se aprovechará de su estado falto de consagración. Se

cometerán actos de injusticia porque Dios no está presidiendo. El Espíritu de Cristo ha de ser una fuerza constante y gobernante sobre el corazón y la mente.

Debéis llevar al Señor con vosotros a cada uno de vuestros concilios. Si lográis tener su presencia en vuestras reuniones, cada transacción será considerada concienzudamente y con oración. Cada motivación carente de principio será reprimida, y la rectitud caracterizará todas vuestras deliberaciones tanto en asuntos pequeños como grandes. Buscad primeramente el consejo de Dios porque esto es necesario para que podáis de una manera apropiada consultaros entre sí.

Es preciso que veléis para que el ajetreo de la vida no ocasione el descuido de la oración cuando más necesitáis la fuerza que ella os proveería. La santidad está en peligro de ser forzada fuera del alma por el afán excesivo de los negocios. Es un gran mal negarle al alma la fuerza y la sabiduría celestiales que esperan ser reclamadas por vosotros. Necesitáis esa iluminación que sólo Dios

es capaz de dar. Nadie está capacitado para atender sus negocios a menos que tenga esta sabiduría.

Desde que la Asociación Publicadora fue establecida, de vez en cuando he recibido luz cuando se han presentado dudas e incertidumbres, y el Señor a menudo ha señalado principios que deben ser observados por todos los obreros. Durante la experiencia temprana de la obra, las graves responsabilidades que descansan sobre los hombros de los que ocupan puestos de confianza nos fueron presentadas continuamente y buscamos al Señor entre tres y cinco veces al día, rogándole que nos diera sabiduría de lo alto para que pudiésemos cuidar de una manera santificada los intereses de la causa de Dios y de su pueblo escogido.

Es de lo más falaz dejar al Señor fuera de vuestras juntas y depender de la sabiduría de los hombres. En vuestros puestos de confianza vosotros habéis de ser, en un sentido especial, la luz del mundo. Debéis sentir un deseo profundo de colocaros en contacto con el Dios de la sabiduría,

de la luz, y del conocimiento, para que seáis conductos de luz. Hay que considerar intereses importantes, que tienen que ver con el adelanto y la prosperidad de la causa de la verdad presente. ¿Cómo pues, seréis vosotros capaces de hacer decisiones correctas, de trazar planes sabios y de impartir el sabio consejo a no ser que estéis vinculados con la Fuente de toda sabiduría y justicia? Las transacciones administrativas en vuestros concilios se han llevado a cabo de una manera demasiado liviana. Habéis dado lugar en estas importantes reuniones al lenguaje común, a declaraciones comunes, y a comentarios acerca de las acciones de los demás. Debéis recordar que el Dios eterno está de testigo en todas estas reuniones. El ojo de Jehová, que todo lo ve, mide cada una de vuestras decisiones y son comparadas con su santa ley, su gran norma de justicia. Aquellos que ocupan puestos de consejeros deben ser hombres de oración, hombres de fe, hombres libres de egoísmo, hombres que no se atrevan a confiar en su propia sabiduría humana, sino que oren con fervor pidiendo iluminación con respecto a la mejor manera de llevar a cabo los asuntos que han sido

confiados en sus manos.

Reglamentos mundanos

Los reglamentos adoptados por los hombres de negocios del mundo no debieran ser los que los administradores de nuestras instituciones adopten. La política egoísta no procede del cielo, es terrenal. En este mundo el lema principal es: “El fin justifica los medios”, y esto se puede notar en todos los ambientes de negocios. Es algo que ejerce influencia en todos los niveles de la sociedad, en los grandes concilios de las naciones y dondequiera que el Espíritu de Cristo no constituye el principio gobernante. La prudencia, la cautela, el tacto y la destreza deben ser cultivados por todos los que están relacionados con la oficina de publicaciones y los que sirven en nuestro colegio y sanatorio. Sin embargo, las leyes del bien y la justicia no deben dejarse de lado y no debiera prevalecer el principio de que cada uno logrará el éxito de su ramo de trabajo sin considerar los demás ramos. Los intereses de todos deben cuidarse celosamente para asegurarse que no sean traspasados los derechos de

ninguna persona. En el mundo, el dios del comercio es demasiado a menudo el dios del fraude, pero no debiera ser así entre los que se dedican a la obra del Señor. La norma mundana no debe ser la norma de los que se relacionan con las cosas sagradas.

Cuando las escenas del juicio fueron presentadas ante mí, los libros en que están registradas las acciones de los hombres revelaron el hecho de que el trato de algunos que profesan santidad en nuestras instituciones, seguía las normas de los mundanos y no estaba estrictamente de acuerdo con la gran norma de justicia de Dios. Las relaciones de los hombres en su trato mutuo, especialmente los que participan en la obra de Dios, es algo que me ha sido presentado de una manera bien completa. Vi que no debiera hacerse ningún trato mezquino ni astuto entre hermanos que representan instituciones importantes que tal vez sean diferentes en carácter, pero que de todos modos son ramos de la misma obra. Deben mantener un espíritu noble y magnánime. El espíritu de la avaricia no debe hallar lugar en sus

transacciones. La causa de Dios no adelantará por medio de ninguna acción de su parte que sea contraria al espíritu y el carácter de Cristo. Una manera de actuar egoísta de parte de uno provocará la misma disposición en otros, pero la manifestación de la liberalidad y la verdadera cortesía a su vez despertará el mismo espíritu y agradaría a nuestro Padre celestial.

La política mundanal no debe clasificarse con la sana discreción, aunque a menudo se confunde con ella. Es una especie de egoísmo, no importa la causa en que sea empleada. La discreción y el sano juicio nunca se manifiestan con estrechez en sus operaciones. La mente que se rige por ellos posee ideas abarcantes y no se estrecha hasta el punto de concentrarse en un solo objeto. Ve todas las cosas desde todo punto de vista. Pero la política, o manera de proceder mundana, tiene una visión de corto alcance. Está siempre buscando oportunidades para sacar algún provecho. Aquellos que siguen este plan de acción mundanal, están engrandeciéndose a sí mismos y quitándole al mismo tiempo el fundamento al edificio del vecino.

Cada estructura debe edificarse sobre un fundamento correcto para que pueda prevalecer.

Los derechos de autor por libros publicados

Los que se dedican al trabajo mental poseen un capital dado por Dios. El resultado de su estudio pertenece a Dios, no al hombre. Si el obrero da fielmente a su empleador el tiempo por el cual recibe su pago, entonces el empleador no puede exigir más de él. Y si por medio de un diligente y cuidadoso aprovechamiento del tiempo preparase material adicional digno de publicarse, es propiedad suya para usarlo de la manera que él crea más conveniente en el servicio de la causa de Dios. Si cede todo, menos una pequeña regalía, habrá hecho una buena labor en favor de los que manejan la publicación del libro y no se le debe exigir nada más. Dios no ha otorgado a la junta de publicaciones la responsabilidad de ser conciencia de los demás. No deben insistir en hacer que las personas se ajusten a sus estipulaciones.

Los autores son responsables ante Dios por el

uso que hagan de sus recursos. Siempre habrá muchos pedidos de dinero. Existe la necesidad de entrar en campos misioneros, lo cual requiere muchos gastos. Aquellos a quienes Dios ha encomendado talentos, deben invertirlos conforme a su habilidad, porque les corresponde hacer su parte para fomentar estos intereses. Los miembros de la junta, al decidir por su cuenta que todas las ganancias derivadas de los libros denominacionales deben regresarse a la Asociación de Publicaciones y sus agentes, y que los autores, después de habérseles pagado por el tiempo y el costo de escribir un libro, deben rehusar su derecho a una parte de las ganancias, han emprendido una labor que no podrán llevar a cabo. Estos autores de libros tienen tanto interés en la causa de Dios como los que integran la junta de fiduciarios. Algunos de ellos han estado vinculados a la obra casi desde su mismo comienzo.

Se me ha manifestado que hay hombres pobres cuyo único medio de ganarse la vida es mediante el trabajo mental; y que también hay hombres de negocios relacionados con nuestras instituciones

que no han crecido con ellas y que no han tenido el beneficio de toda la instrucción que Dios ha impartido en repetidas ocasiones concerniente a su administración. No han incorporado la verdadera religión al Espíritu de Cristo en sus negocios. Por lo tanto, la Asociación de Publicaciones no debería convertirse en una potencia que todo lo controla. El talento individual y los derechos individuales deben respetarse. Si se hacen arreglos para invertir todos los recursos provenientes del talento personal en la Asociación de Publicaciones, otros intereses importantes quedarían paralizados.

Dios ha dado una tarea a cada hombre. A algunos les ha dado talentos de recursos e influencia; y aquellos que llevan en su Corazón los intereses de la causa de Dios reconocerán su voz que les dice Nuestras instituciones de Battle Creek 553 lo que deben hacer. Se preocuparán de impulsar la obra allí donde necesite ser impulsada.

Se me ha señalado varias veces que ha habido un espíritu mezquino y poco generoso con el hermano H desde el mismo comienzo de su trabajo

en Battle Creek. Me causa tristeza expresar la razón. Fue porque llegó allí como extraño y en un estado de pobreza. Debido a que era pobre fue colocado en puestos desagradables y se le hizo sentir su pobreza. Hombres conectados con nuestras instituciones han pensado que podían imponerle sus condiciones y él ha pasado un tiempo muy desagradable. Hay capítulos tristes en su experiencia que no se hubieran convertido en historia si sus hermanos hubiesen sido bondadosos y lo hubieran tratado en forma cristiana. La causa del Señor debe estar siempre libre de la menor injusticia y ningún acto vinculado con ella debiera tener ni siquiera en el grado más mínimo, sabor de mezquindad u opresión.

El Señor cuida los intereses de cada persona. Siempre fue el amigo de los pobres. Hay una falta extraordinaria de amor como el de Cristo en los corazones de casi todos los que tratan con las cosas sagradas. Diría a mis hermanos en todo lugar: ¡Cultivad el amor de Cristo! Es algo que debe brotar del alma del cristiano como corrientes de agua en el desierto, refrescantes y embellecedoras,

que traen felicidad, paz y gozo a su propia vida y a las vidas de los demás. “Ninguno vive para sí”. (Romanos 14:7) Si se manifiesta la menor opresión a los pobres, o si se les trata injustamente, ya sea en cuestiones pequeñas o grandes, Dios pedirá cuentas al opresor.

No procuréis crear condiciones que no son justas y razonables con el pastor J o el profesor H, ni con ninguna otra persona que esté haciendo trabajo intelectual. No los instéis u obliguéis a aceptar las condiciones impuestas por los que no saben nada de la elaboración de libros. Estos hombres tienen conciencia y son responsables ante Dios por el capital que se les ha encomendado y por el uso que hagan de él. Vosotros no habéis de servirles de conciencia a ellos. Ellos desean ejercer el privilegio de invertir sus recursos, que han adquirido por medio de su ardua labor, en el debido tiempo y lugar que el Espíritu de Dios les indique.

Mis hermanos deben recordar que la causa de Dios abarca más que la casa publicadora de Battle Creek y las demás instituciones establecidas en ese

lugar. Nadie sabe mejor que el hermano J cómo se originó esa oficina. El ha estado vinculado con la obra de publicaciones desde su mismo comienzo, cuando estaba oprimida por la pobreza; cuando la comida sobre nuestras mesas apenas alcanzaba para satisfacer las necesidades del cuerpo, porque había que practicar la abnegación con respecto a nuestro régimen y salario, para que nuestro periódico pudiera subsistir. Esto era positivamente necesario en aquel entonces y si las circunstancias lo requiriesen, los que pasamos por esa experiencia estaríamos dispuestos a hacer lo mismo otra vez.

Es impropio que los que no han experimentado estas pruebas, sino que han ingresado en la obra en su prosperidad actual, insten a los antiguos obreros a someterse a arreglos que éstos consideran injustos. El hermano J ama la causa de Dios y está dispuesto a invertir sus recursos para adelantarla dondequiera sea necesario hacerlo. Entonces, dejad que esta preocupación de recibir y disponer de los recursos descanse allí donde pertenece: sobre los hombros de los individuos a quienes Dios ha encomendado talentos de influencia y capacidad.

Estos son los responsables ante Dios por ello. Ni la Asociación Publicadora ni sus obreros principales deberán apoderarse de la mayordomía de estos autores.

Si a la junta le fuese posible conseguir que los hermanos H y J aceptasen sus ofertas, ¿no se sentirían defraudados estos autores? ¿No se abriría ante ellos una puerta de tentación que estorbaría la simpatía y la armonía de acción? Si los gerentes se apoderasen de todas las ganancias, eso no sería provechoso para la causa, pero acarrearía una serie de males que serían desastrosos para la Asociación Publicadora. Fomentaría el espíritu de intolerancia que hasta cierto punto ya se manifiesta en sus concilios. Satanás anhela que se posesione de los hombres que están vinculados con este sagrado mensaje de verdad un espíritu de estrechez y orgullo, el cual Dios no puede aprobar.

Los mismos principios que se aplican a la obra en nuestras instituciones de Battle Creek, se aplican de igual manera al campo en general. He aquí algunas citas extraídas de una carta que escribí

al hermano K el 8 de noviembre de 1880:

“Hay un amplio campo para los obreros, pero muchos sobrepasan la sencillez de la obra. Este es el tiempo para trabajar y seguir el sabio consejo de Dios. Si usted permite que personas no consagradas se unan a la labor de las misiones y de las escuelas sabáticas, la obra se convertirá en una mera forma. Los obreros de todas partes del campo deben estudiar cómo trabajar en forma económica y con la sencillez de Cristo y saber cómo trazar los planes más eficaces para la ganancia de almas.

“Estamos en peligro de abarcar más territorio y de emprender más empresas que las que podemos atender con éxito. Existe el peligro de que se desatiendan algunos aspectos importantes de la obra por causa del cuidado exagerado con que se tratan otros. El intentar una cantidad de trabajo tan pesada que nada se pueda hacer perfectamente, es un mal plan. Debemos marchar hacia adelante, pero no excedemos tanto por encima de la sencillez de la obra que se haga imposible atender todas las empresas sin tener que sacrificar a nuestros

mejores ayudantes para mantener las cosas en buen orden. La vida y la salud tienen que respetarse.

“Aunque debemos estar siempre listos para seguir la providencia de Dios cuando abre las puertas de la oportunidad, no debiéramos trazar planes más grandes que la ayuda y los recursos de que disponemos para llevarlos a cabo con éxito. Debemos mantener el interés, y aumentarlo en las empresas que ya hemos comenzado.

“Aunque constantemente se presentan mayores planes y campos más extensos, tiene que haber una visión más amplia con respecto a la selección y preparación de los obreros que han de trabajar para ganar almas a la verdad. Hay que animar a nuestros obreros jóvenes a que hagan la obra con energía y se eduquen para llevarla a cabo con sencillez y perfección. Me sorprende ver cuán poco se aprecia a nuestros ministros jóvenes y cuán poco ánimo se les infunde. Sin embargo, algunos de ellos se aferran a la obra y hacen cualquier cosa y todo lo que pueden con abnegación y de una manera desinteresada.

“La falta de liberalidad y el trato deshonesto no deben entrar en los arreglos que se hagan con los obreros, encumbrados o humildes... Hay que seguir más el camino de Cristo y menos el del yo. La crítica constante debe evitarse. Todo obrero debe cultivar la simpatía, la compasión y el amor. A menos que Jesús entre y tome posesión del corazón, a menos que el yo sea subyugado y Cristo sea exaltado, no prosperaremos como pueblo. Le imploro, hermano mío, a que haga su obra enteramente para Dios y que no trace demasiados planes, sino que se esmere porque la obra se lleve a cabo de una manera circunspecta y tan cabalmente que pueda perdurar”.

Capítulo 69

La influencia cristiana en el hogar y en la Iglesia

Estimados hermano y hermana L,

Siento un peso sobre mi corazón por causa de vosotros. Lo que necesitáis es la gracia transformadora de Dios en vuestros corazones. Necesitáis el Espíritu de Jesús. Deberíais aprender la mansedumbre y la humildad en la escuela de Cristo. No sentís la necesidad de una profunda devoción y por esta causa estáis engañándoos a vosotros mismos. Estáis demorando las decisiones que deberíais estar haciendo de inmediato para vuestro propio bien y el de los demás. Dios exige que cada persona cumpla su deber. Pide el corazón entero, y todos nuestros afectos. No es de su agrado que profesemos un conocimiento de Jesucristo y de su verdad y que no llevemos fruto. El requerimiento es exactamente el mismo tanto para los preparados como los sin preparación, los ricos o

los pobres.

Cada uno es llamado a desempeñarse conforme a la capacidad que Dios le ha dado. Debe rendir fielmente su servicio o manchará su conciencia y pondrá su alma en peligro. Nadie puede arriesgarse a perder el cielo. Recordad las palabras que Cristo dirigió a sus seguidores: “Vosotros sois la luz del mundo”. Dios espera que quienes conocen el camino se lo señalen a otros. Ha encomendado a los hombres el tesoro de su verdad. Lo que necesitamos es confianza y fe en Dios. La gracia interior se manifestará en las acciones exteriores. Necesitamos aquel espíritu que demuestre a otros que hemos estado aprendiendo en la escuela de Cristo y que imitamos el modelo que nos ha sido dado. Nos hace falta un corazón que no se enorgullezca vanamente, una mente no asentada en el yo. Cada uno debe sentir un constante deseo de bendecir a otros. Dios toma nota de nuestros humildes esfuerzos que ante su vista son preciosos. Ambos necesitáis más devoción en el hogar, un gozo lleno de dulzura y satisfacción, desprovisto de crítica, displicencia y severidad. Que la bondad y el

amor sean la norma en el seno de vuestro hogar. Cualquiera que no deje resplandecer la luz de la verdad en su hogar deshonra a nuestro Salvador.

La verdad, tal como se encuentra en Jesús, no sólo hace mucho en favor del que la recibe, sino de los que entran en la esfera de su influencia. El alma verdaderamente convertida es iluminada desde lo alto y Cristo llega a ser dentro de esa alma “una fuente de agua que salte para vida eterna”. (Juan 4:14) Sus palabras, sus intenciones, sus acciones podrán malinterpretarse y falsificarse; pero no le importa, porque tiene en juego mayores intereses. No toma en cuenta la comodidad presente; no tiene ambición de hacer alarde de nada; no busca la alabanza de los hombres. Su esperanza está en los cielos, y marcha siempre adelante, con su mirada fija en Jesús. Hace el bien porque es bueno hacerlo y porque sólo los que lo hacen tendrán entrada en el reino de Dios. Es bueno y humilde y se preocupa para que los demás sean felices. Nunca dice: “¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?” (Génesis 4:9), sino que ama a su prójimo como a sí mismo. Su manera de ser nunca es brusca ni dictatorial, como

la de los que no creen en Dios, sino que refleja la luz del cielo sobre los hombres. Es un leal y valeroso soldado de la cruz de Cristo que sostiene en alto la palabra de vida. Según va aumentando su influencia, va desvaneciéndose el prejuicio contra él, se reconoce su devoción y se respetan los principios bíblicos.

Así sucede con todo aquel que está verdaderamente convertido. Da fruto excelente y al hacerlo anda como Cristo anduvo, habla como él habló, obra como él obró, y la verdad tal como se encuentra en Jesús, por medio suyo surte efecto en su hogar, su vecindario y en la iglesia. Construye un carácter para la eternidad, a la vez que procura su salvación con temor y temblor. Está dando ejemplo ante el mundo de los valiosos principios de la verdad, de lo que la verdad es capaz de hacer en la vida y el carácter del verdadero creyente. Inconscientemente está cumpliendo su parte en la sublime obra de Cristo para redimir al mundo, una obra que en cuanto a su carácter e influencia se refiere, es de largo alcance y socava el fundamento de la falsa religión y la falsa ciencia.

Me siento precisada a escribir de esta manera porque sé que vuestros hermanos nunca os dirían estas cosas. No quiero que ni usted ni su esposa se pierdan las mansiones celestiales, porque lo valen todo para nosotros, y debiéramos ejercer energía y celo en proporción al valor del objeto que perseguimos. La vida eterna merece un esfuerzo perseverante e infatigable.

El Señor anhela que usted y su esposa seáis cristianos en todo el sentido de la palabra y que manifestéis en vuestros caracteres el poder santificador de la verdad. Si hubiéseis forjado tales caracteres, vuestras obras resistirían la prueba del juicio; si el fuego del día postrero se encendiese sobre vuestras obras tal como son ahora, se echaría de ver que son sólo heno, madera y paja. No penséis que esto es severo; es la verdad. El yo se ha inmiscuido en todas vuestras labores. ¿Estáis dispuestos a elevaros hasta la elevada norma? Será como aprender los rudimentos de lo que constituye el carácter cristiano. Cristo le dijo al apóstol Pedro: “Cuando te hayas vuelto, fotalece a tus hermanos”

(Lucas 22:32) De igual manera vosotros debéis convertiros antes de que podáis hacer una obra aceptable para el Maestro.

Hermano mío, si usted así lo quiere, puede llegar a ser un hombre poderoso en el Señor. Usted tiene talentos de capacidad que Dios ha encomendado a su cuidado para que los consagre a su servicio. Pero si no rinde todo a Cristo, su habilidad resultará peligrosa tanto para usted como para otros, porque hará que se desvíen de la verdad y se alejen de Cristo.

Los miembros de la iglesia de _____ necesitan que se haga mucho por ellos. Deben tener un celo ferviente por Cristo, necesitan ser más humildes, más pacientes, más bondadosos, más dóciles, más como Cristo en todo sentido. En su carácter deben manifestar ante el mundo el poder santificador de la gracia. Dios no permita que usted, por medio de precepto o ejemplo, obstruya el camino de esta obra esencial. ¿Trabajará usted por Cristo? ¿Será fiel al Señor que lo ha comprado? ¿Pondrá a un lado los asuntos de menor importancia? Debe ser

bautizado en una fe mayor, una caridad mayor. Necesita más reverencia por las cosas que son de importancia eterna. Me resulta imposible inculcar en su mente, con el ahínco suficiente, el alcance y el poder de la influencia que fluye del ejemplo de la consagración individual y de la influencia santificadora de la verdad sobre el carácter manifestada por la iglesia.

Pudiera haber mayor cosecha en si la iglesia se pusiera en conformidad con Dios, procurando cada uno poner su propio corazón y su propia casa en orden. Hablad menos y permitid que la devoción interior reluzca por medio de las buenas obras. Sed bondadosos; cultivad el amor y la cortesía. Orad más; leed más vuestras Biblias. Sed estudiosos diligentes en la escuela de Cristo. Entonces los miembros de la iglesia no se darán a la crítica de sus hermanos y hermanas; esta es la obra de Satanás.

Espero que seáis fortalecidos y establecidos en la fe. La obra seguramente seguirá adelante, ya sea que avancemos o no con ella. Ella triunfará, pero la

pregunta que debemos hacernos es: ¿Triunfaremos nosotros con ella? Que Dios os ayude a ambos a sentir la necesidad de que la gracia haga una obra cabal en vuestros corazones. Recordad que Jesús os ha comprado mediante el sacrificio de su propia vida. “No sois vuestros; porque habéis sido comprados por precio: glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios”. (1 Corintios 6:19, 20)

Capítulo 70

Un sueño impresionante

Estimado hermano M,

Anoche tuve un sueño impresionante. Me parecía que usted estaba en una fuerte embarcación navegando por aguas muy agitadas. A veces las olas pasaban por encima del puente y usted quedaba empapado de agua. Usted dijo: “Me bajaré; este barco se hunde”. “No” --dijo alguien que parecía ser el capitán--, “este barco va a llegar al puerto. Nunca se hundirá”. Pero usted contestó: “Seré arrebatado por las olas. No soy ni capitán ni segundo oficial, ¿a quién le importa lo que haga? Echaré mi suerte con ese barco que se ve más allá”. Dijo el capitán: “No le dejaré ir allí; porque sé que aquel barco encallará en las rocas antes de llegar al puerto”. Usted se enderezó y dijo con tono positivo: “Este barco ha de naufragar; lo puedo ver tan claramente como si ya hubiese sucedido”. El capitán le miró con ojo escrutador y dijo firmemente: “No permitiré que usted pierda su vida

subiendo a aquel barco. Su maderamen está carcomido, y es una embarcación engañosa. Si tuviese más conocimiento, podría discernir entre lo espurio y lo genuino, lo santo y lo que está destinado a la ruina completa".

Me desperté; pero este sueño me induce a escribirle. Me agitaron sentimientos profundos acerca de algunas de estas cosas, cuando llegó una carta diciéndome que usted estaba "bajo gran tentación y prueba". ¿De qué se trata, hermano M? ¿Lo está tentando nuevamente Satanás? ¿Está permitiendo Dios que se vea puesto en el mismo lugar donde fracasó antes? ¿Permitirá ahora que la incredulidad se apodere de su alma? ¿Fracasará usted cada vez, como los hijos de Israel? ¡Dios le ayude a resistir al diablo y salir más fuerte de cada prueba de su fe!

Tenga cuidado con los pasos que dé. Haga sendas rectas para sus pies. Cierre la puerta a la incredulidad, y haga de Dios su fortaleza. Si se halla perplejo, guarde silencio; no dé ningún paso en la oscuridad. Me siento profundamente

preocupada por su alma. Esta puede ser la última prueba que Dios le conceda. No avance un solo paso en el camino que lleva hacia la perdición. Aguarde, y Dios le ayudará. Sea paciente, y aparecerá la clara luz. Si cede a las impresiones, perderá su alma, y el alma es de gran valor para Dios.

He estado escribiendo para el primer tomo de El gran conflicto; y me embargan sentimientos muy solemnes mientras repaso estos temas importantes: la creación y los sucesos ocurridos desde la caída de Satanás hasta la caída de Adán. El Señor parece estar muy cerca de mí mientras escribo, y me siento profundamente conmovida al contemplar esta controversia desde el principio hasta el tiempo actual. Se presentan claramente a mi espíritu las obras de las potestades de las tinieblas. Nos esperan tiempos muy penosos; y Satanás, vestido de ángel, sacudirá a las almas con sus tentaciones, como se presentó a Cristo en el desierto. Citará la Escritura; y a menos que nuestra vida esté escondida con Cristo en Dios, atará ciertamente nuestras almas en la incredulidad.

El tiempo es muy breve, y todo lo que se ha de hacer, debe hacerse prestamente. Los ángeles están reteniendo los cuatro vientos, y Satanás está aprovechándose de todo aquel que no está plenamente establecido en la verdad. Toda alma ha de ser probada. Todo defecto del carácter, a menos que sea vencido por la ayuda del Espíritu de Dios, llegará a ser un seguro medio de destrucción. Siento como nunca antes la necesidad de que nuestro pueblo sea vigorizado por el espíritu de la verdad; porque los designios de Satanás entramparán a toda alma que no haya hecho de Dios su fortaleza. Hay mucho trabajo que hacer para el Señor; y si hacemos lo que él nos ha asignado, él obrará con nuestros esfuerzos.

Capítulo 71

El estudio diario de la Biblia es necesario

Los que son llamados por Dios a trabajar en palabra y doctrina, deben aprender siempre. Deben tratar constantemente de mejorar, para ser dechados de la grey de Dios y hacer bien a todos aquellos con quienes se relacionan. Los que no sienten la importancia del progreso y mejoramiento propio no crecerán en la gracia y el conocimiento de Cristo.

Todo el cielo está interesado en la obra que se está haciendo en este mundo, que ha de preparar a hombres y mujeres para la vida futura e inmortal. Es el plan de Dios que los agentes humanos tengan el alto honor de actuar como colaboradores de Jesucristo en la salvación de las almas. La Palabra de Dios revela claramente que es el privilegio del instrumento en esta gran obra sentir que hay a su diestra Uno que está listo para ayudarle en todo

esfuerzo sincero para alcanzar la más sublime excelencia moral y espiritual en la obra del Maestro. Tal será el caso con todos los que sientan necesidad de ayuda. Deben considerar la obra de Dios como sagrada y santa, y deben traerle cada día ofrendas de gozo y gratitud, como fruto del poder de su gracia que los capacita para progresar en la vida divina. El obrero debe tener humilde opinión de sí mismo y considerar las muchas oportunidades que perdió por falta de diligencia y aprecio de la obra. No debe desalentarse, sino renovar continuamente sus esfuerzos por redimir el tiempo.

Los hombres a quienes Dios eligió como ministros suyos deben prepararse para la obra mediante un escudriñamiento cabal de corazón y una íntima comunión con el Redentor del mundo. Si no tienen éxito en ganar almas para Cristo, es porque su propia alma no está en armonía con Dios. Hay demasiada ignorancia voluntaria en muchos de los que predican la Palabra. No están calificados para esta obra por un cabal entendimiento de las Escrituras. No sienten la

importancia de la verdad para este tiempo, y por lo tanto la verdad no es para ellos una realidad viviente. Si humillasen sus almas delante de Dios; si anduviesen de acuerdo con las Escrituras con toda humildad de ánimo, entonces tendrían una visión más clara del Dechado que deben copiar; pero dejan de mantener sus ojos fijos en el Autor y Consumador de su fe.

No es necesario que ninguno de nosotros ceda a las tentaciones de Satanás, y así viole su conciencia y agravie al Espíritu Santo. Ha sido hecha en la Palabra de Dios toda provisión para que todos tengan la ayuda divina en sus esfuerzos para vencer. Si mantienen a Jesús delante de sí, llegarán a ser transformados a su imagen. Todos los que por la fe tienen a Cristo morando en sí están dotados de un poder que les dará éxito en sus trabajos. Se estarán haciendo constantemente más y más eficientes en su trabajo, y la bendición de Dios, manifestada en la prosperidad de la obra, testificará de que son verdaderamente colaboradores de Cristo. Pero por mucho que uno progrese en la vida espiritual, nunca llegará al punto en que no necesite

escudriñar diligentemente las Escrituras; porque en ellas se hallan las evidencias de nuestra fe. Todos los puntos de doctrina, aun cuando hayan sido aceptados como verdad, deben ser sometidos a la ley y al testimonio; si no pueden resistir esta prueba, “es porque no les ha amanecido”. (Isaías 8:20)

El gran plan de la redención, como está revelado en la obra final de estos últimos días, debe recibir estricto examen. Las escenas relacionadas con el santuario celestial deben hacer tal impresión en la mente y el corazón de todos, que puedan impresionar a otros. Todos necesitan llegar a ser más inteligentes respecto de la obra de la expiación que se está realizando en el santuario celestial. Cuando se vea y comprenda esa gran verdad, los que la sostienen trabajarán en armonía con Cristo para preparar un pueblo que subsista en el gran día de Dios, y sus esfuerzos tendrán éxito.

Por el estudio, la contemplación y la oración, los hijos de Dios serán elevados sobre los pensamientos y sentimientos comunes y terrenales,

y serán puestos en armonía con Cristo y su gran obra de purificar el santuario celestial de los pecados del pueblo. Su fe le acompañará en el santuario, y en la tierra los adoradores estarán revisando cuidadosamente su vida, comparando su carácter con la gran norma de justicia. Verán sus propios defectos; y verán también que deben recibir la ayuda del Espíritu de Dios a fin de quedar preparados para la grande y solemne obra que en este tiempo se impone a los embajadores de Dios.

Cristo dijo: “Si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna: y yo le resucitaré en el día postrero. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él. Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí”. (Juan 6:53-57) ¿Cuántos de los que están trabajando en palabra y en doctrina están comiendo la carne de Cristo y bebiendo su sangre? ¿Cuántos pueden comprender este misterio? El

Salvador mismo explica este asunto: “El espíritu es el que da vida; la carne nada aprovecha: las palabras que yo os he hablado, son espíritu, y son vida”. (Vers. 63) La Palabra de Dios debe estar entretejida con el carácter vivo de los que la creen. La única fe vital es la que recibe y asimila la verdad hasta que es parte del ser y el poder motor de la vida y la acción. Jesús es llamado el Verbo de Dios. Aceptó la ley de su Padre, desarrolló sus principios en su vida, manifestó su espíritu y demostró su poder benéfico en el corazón. Dice Juan: “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad”. (Juan 1:14)

Los que siguen a Cristo deben participar de su experiencia. Deben asimilar la Palabra de Dios. Deben ser cambiados a su semejanza por el poder de Cristo y reflejar los atributos divinos. Deben comer la carne y beber la sangre del Hijo de Dios, o no hay vida en ellos. El espíritu y la obra de Cristo deben llegar a ser el espíritu y la obra de sus discípulos.

No es suficiente predicar la verdad; debe ser puesta en práctica en la vida. Cristo debe morar en nosotros, y nosotros en él a fin de hacer la obra de Dios. Cada uno debe tener una experiencia individual y realizar esfuerzos personales para alcanzar a las almas. Dios requiere de cada uno que consagre todas sus facultades a la obra y que por un esfuerzo continuo se eduque para hacer esa obra aceptablemente. Espera que cada uno lleve la gracia de Cristo a su corazón, a fin de ser una luz brillante y resplandeciente para el mundo. Si los que trabajan para Dios adiestran todas sus facultades cabalmente, podrán trabajar comprensivamente, con toda sabiduría, y Dios responderá seguramente a sus esfuerzos por elevar, refinar y salvar a sus semejantes. Todos los obreros deben emplear tacto y poner sus facultades bajo la influencia guiadora del Espíritu de Dios. Deben dedicarse a estudiar su Palabra y oír la voz de Dios que se les dirige desde sus oráculos vivientes con reproches, instrucción o estímulo, y su Espíritu los fortalecerá a fin de que progresen en la experiencia religiosa como obreros de Dios. Así serán

conducidos paso a paso a mayores luces y su gozo será completo.

Mientras se empeñan en la obra que Dios les ha dado, no hallarán tiempo ni tendrán disposición para glorificarse; ni hallarán tiempo para murmurar o quejarse, porque sus afectos estarán concentrados en las cosas celestiales, no en las terrenales. El corazón, el alma y el cuerpo estarán alistados en la obra del Maestro. No trabajarán egoístamente, sino que se negarán a sí mismos por amor de Cristo. Alzarán su cruz; porque son sus verdaderos discípulos. Se alimentarán día tras día de las preciosas verdades de la Palabra de Dios, y así serán fortalecidos para el deber y sostenidos para la prueba. De esta manera vendrán a ser hombres y mujeres en Cristo, fuertes y bien desarrollados. Serán entonces los verdaderos hijos e hijas del Rey celestial.

La grandeza de la verdad que aman y contemplan, expandirá la mente, fortalecerá el juicio y elevará el carácter. No serán novicios en la gran obra de salvar almas; porque estarán

trabajando con la sabiduría que Dios les haya dado. Ni tampoco serán enanos en la vida religiosa, sino que crecerán en Cristo, su cabeza viviente, hasta la plena estatura de hombres y mujeres en Cristo Jesús. Los conflictos con los enemigos de la verdad no harán sino fortalecer sus esperanzas, y tendrán preciosas victorias, porque invocan en su ayuda al poderoso Auxiliador, que nunca desilusiona al humilde suplicante. Si sus esfuerzos tienen éxito, darán toda la gloria a Dios. El Cielo se les acercará mucho para simpatizar y cooperar con ellos. Serán hechos de veras espectáculo para el mundo, los ángeles y los hombres. Serán caracteres señalados por su pureza de corazón y vida, su fuerza de propósito, su firmeza y utilidad en la causa de Dios. Serán los nobles de Dios.

En la vida religiosa de toda alma que salga finalmente victoriosa, habrá escenas de terrible perplejidad y prueba; pero su conocimiento de las Escrituras la habilitará para recordar las promesas animadoras de Dios, que consolarán su corazón y fortalecerán su fe en el poder del Poderoso. Dicen ellas: “No perdáis pues vuestra confianza, que

tienen grande remuneración de galardón". "Para que la prueba de vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual perece, bien que sea probado con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra, cuando Jesucristo fuere manifestado: al cual, no habiendo visto, le amáis; en el cual creyendo, aunque al presente no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorificado" (Hebreos 10:35; 1 Pedro 1:7, 8) La prueba de la fe es más preciosa que el oro. Todos deben aprender que ésta es parte de la disciplina en la escuela de Cristo, que es esencial para purificarlos y refinarlos de la escoria terrenal. Deben soportar con entereza las burlas y los ataques del enemigo y vencer todos los obstáculos que Satanás ponga en su senda para cerrarles el camino. Tratará de inducirlos a descuidar la oración, y de desalentarlos en el estudio de las Escrituras; y arrojará una odiosa sombra a través de su senda para ocultar de su vista a Cristo y las atracciones celestiales.

Nadie debe caminar con temor y temblor, en dudas continuas y sembrando quejas a lo largo de su senda, sino que todos deben mirar a Dios, ver su

bondad y regocijarse en su amor. Reunid todas vuestras facultades para mirar hacia arriba, no hacia abajo a vuestras dificultades; entonces no desmayaréis por el camino. Pronto veréis a Jesús detrás de la nube, extendiendo su mano para ayudaros; y todo lo que tendréis que hacer será darle vuestra mano con fe sencilla y dejarle que os guíe. A medida que manifestéis confianza, tendréis esperanza por la fe en Jesús. La luz que resplandece de la cruz del Calvario os revelará cuánto estima Dios el alma, y apreciando esta estima trataréis de reflejar la luz al mundo.

Un gran nombre entre los hombres es como letras trazadas en la arena; pero un carácter sin mancha perdurará para toda la eternidad. Dios os da inteligencia y una mente razonadora, por la cual podéis comprender sus promesas; y Jesús está listo para ayudaros a formar un carácter fuerte y simétrico. Los que poseen un carácter tal no necesitan nunca desalentarse porque no tengan éxito en los asuntos mundanales. Son “la luz del mundo”. (Mateo 5:14) Satanás no puede destruir o anular la luz que despiden.

Dios tiene una obra para cada uno. No es parte de su plan que las almas sean sostenidas en la batalla de la vida por la simpatía y la alabanza humanas; pero él quiere que salgan del campamento llevando el oprobio, peleando la buena batalla de la fe y permaneciendo en pie mediante su fuerza en toda dificultad. Dios nos ha abierto todos los tesoros del cielo por el precioso don de su Hijo, que es plenamente capaz de elevarnos, ennoblecernos y hacernos idóneos, por la perfección de su carácter, para ser útiles en esta vida y entrar en un cielo santo. Vino a este mundo, vivió como él requiere que vivan los que le siguen. La suya fue una vida de abnegación y constante sacrificio propio. Si estimulamos el egoísmo y la comodidad, y satisfacemos nuestras inclinaciones, si no hacemos nuestros mejores esfuerzos para cooperar con Dios en la obra maravillosa de elevarnos, ennoblecernos y purificarnos, a fin de ser hijos e hijas de Dios, no satisfacemos sus requisitos; sufrimos una continua pérdida en esta vida, y perderemos finalmente la futura e inmortal.

Dios quiere que trabajéis, no con desprecio propio ni desaliento, sino con la más fuerte fe y esperanza, con alegría y gozo, representando a Cristo ante el mundo. La religión de Jesús es gozo, paz y felicidad. Mientras escudriñamos las Escrituras y vemos la infinita condescendencia del Padre al dar a Jesús al mundo para que todos los que crean en él tengan vida eterna, toda facultad de nuestro ser debe ser puesta en acción, para tributarle alabanza, gloria y honra por su amor inefable hacia los hijos de los hombres.

Capítulo 72

La educación de los obreros

Tenemos que hacer una obra que pocos comprenden. Consiste en llevar la verdad a todas las naciones. Hay un amplio campo de trabajo tanto en los países extranjeros como en los Estados Unidos. Dios llama a hombres que sean consagrados, puros, de gran corazón y miras amplias, humildes, para que entren en estos campos. ¡Cuán pocos comprenden siquiera los rudimentos de esta gran obra! Debemos despertar y trabajar desde un punto de vista más elevado de lo que lo hemos hecho hasta ahora.

Los que ahora aceptan la verdad, tienen todas las ventajas, especialmente en la acumulación de la luz y los conocimientos presentados en nuestras publicaciones. La rica y variada experiencia pasada debe apreciarse debidamente. Sabemos cuán difícilmente adelantaba la obra al principio; cuántos obstáculos se le oponían; de cuán pocas comodidades disponían los primeros obreros de

esta causa para hacerla progresar; pero ahora todo ha cambiado, y la clara luz resplandece. Si el cristianismo primitivo pudiese entrar en el corazón de todos los que aseveran creer la verdad, les infundiría nueva vida y poder. Los que están en tinieblas verían entonces el contraste entre la verdad y el error, entre las enseñanzas de la Palabra de Dios y las fábulas y supersticiones.

Se han cometido errores al no tratar de alcanzar con la verdad a los predicadores y las clases superiores. Se ha rehuído demasiado a la gente que no es de nuestra fe. Aunque no debemos asociarnos con ella para conformarnos a su modelo, hay por doquiera personas sinceras en favor de las cuales debiéramos trabajar sabia e inteligentemente, llenos de amor por sus almas. Debiera crearse un fondo para educar a hombres y mujeres para trabajar por estas clases superiores, tanto aquí como en otros países. Hemos hablado demasiado de rebajarnos a la mente común. Dios quiere hombres de talento y capacidad intelectual, que puedan pesar los argumentos, hombres que caven por la verdad como por tesoros escondidos. Estos

hombres serán capaces de alcanzar, no solamente las clases comunes, sino las mejores. Los tales hombres serán siempre estudiantes de la Biblia, plenamente compenetrados del carácter sagrado de las responsabilidades que sobre ellos descansan. Darán prueba cabal de su ministerio.

Tenemos sumamente pocos talentos obrando en los diferentes ramos de la causa. Deben iniciarse nuevas empresas. Necesitamos capacidad para idear planes por los cuales las almas que están en las tinieblas del error puedan ser alcanzadas. Necesitamos la inteligencia de mentes diversas; pero no debemos censurarlas porque sus ideas no se ajusten precisamente a las nuestras. Debemos tener planes más amplios para la educación de los obreros que han de dar el mensaje. Los que creen y aman la verdad, han obrado noblemente dando de sus recursos para sostener sus diversas empresas, pero hay gran falta de obreros capaces.

No es prudente estar constantemente gastando recursos para abrir campos nuevos, mientras que se hace tan poco para preparar obreros que los

ocupen. La obra de Dios no debe ser impedida por falta de agentes que la realicen. El llama a hombres cultos, que sean estudiantes de la Biblia, que amen la verdad que presentan a otros, que la introduzcan en su propia vida y carácter. Necesitamos hombres que amen a Jesús y se aferren a él, y que aprecien el sacrificio infinito hecho en favor de la humanidad caída. Necesitamos labios tocados por el fuego santo, corazones limpios de la contaminación del pecado. Aquellos cuya piedad es superficial y que tienen gran ambición de ser considerados los primeros y mejores, no son los hombres para este tiempo. No se necesitan aquellos que piensan más en su propia voluntad que en la obra.

Nuestras iglesias no están recibiendo la preparación que las induciría a andar con toda humildad de ánimo, a desechar todo el orgullo de la ostentación exterior y a trabajar para el atavío interior. La eficiencia de la iglesia está conformada precisamente por el celo, la pureza, la abnegación y el trabajo diligente de los ministros. Un espíritu misionero activo debe caracterizar a cada uno de

sus miembros. Deben tener piedad más profunda, una fe más fuerte y opiniones más amplias. Deben hacer una obra más cabal en el esfuerzo personal. Lo que necesitamos es una religión viva. Una sola persona que tenga amplios conceptos del deber, cuya alma esté en comunión con Dios, y que esté llena de celo por Cristo, ejercerá una poderosa influencia para el bien. No beberá en una corriente baja, turbia o corrompida, sino en las aguas puras y excelsas de la Fuente principal, y podrá comunicar nueva vida y poder a la iglesia.

A medida que aumente la presión del exterior, Dios quiere que su iglesia sea vivificada por las verdades sagradas y solemnes que cree. El Santo Espíritu del cielo, obrando con los hijos y las hijas de Dios, superará obstáculos y retendrá el terreno ventajoso contra el enemigo. Dios tiene grandes victorias en reserva para sus hijos que amen la verdad y guarden sus mandamientos. Los campos están ya blanqueando para la siega. Tenemos luz y ricos y gloriosos dones del cielo en la verdad preparada para nuestras manos; pero no se han educado y disciplinado hombres y mujeres para

trabajar en los campos que están madurando rápidamente.

Dios sabe con qué fidelidad y espíritu de consagración cumple cada uno su misión. No hay lugar para los perezosos en esta gran obra. No hay lugar para los que traten de complacerse a sí mismos, o que sean incapaces de tener éxito en ninguna vocación de la vida; ningún lugar para hombres tibios, que no sean fervientes de espíritu, dispuestos a soportar penurias, oposición, oprobio o aun la muerte por amor de Cristo. El ministerio cristiano no es lugar para los zánganos. Hay una clase de hombres que intentan predicar, que son negligentes, descuidados e irreverentes. Sería mejor que cultivasen el suelo en vez de enseñar la sagrada verdad de Dios.

Pronto los jóvenes deberán llevar las cargas que han soportado los ancianos. Hemos perdido el tiempo al descuidar de traer a hombres jóvenes al frente, y darles una educación más elevada y sólida. La obra está progresando constantemente y debemos obedecer la orden: “¡Id adelante!” Mucho

bien podría hacer la juventud que está afirmada en la verdad, que no se deja influir fácilmente ni apartar de lo recto por cuanto la rodea, sino que anda con Dios, ora mucho y hace los más fervientes esfuerzos para recibir toda la luz que puede.

El obrero debe ser preparado para emplear las más excelsas energías mentales y morales con que la naturaleza, la cultura y la gracia de Dios le hayan dotado; pero su éxito será proporcional al grado de consagración y sacrificio con que haga la obra, más bien que a sus dotes naturales y adquiridas. Necesitamos hacer los esfuerzos más fervientes y continuos para adquirir cualidades que nos hagan útiles; pero a menos que Dios obre con los esfuerzos humanos, nada lograremos. Cristo dijo: “Porque sin mí nada podéis hacer”. (Juan 15:5) La gracia divina es el gran elemento del poder salvador; y sin ella nada valdrán todos los esfuerzos humanos; su cooperación es necesaria aun en el caso de los esfuerzos más arduos y fervientes para inculcar la verdad.

La causa de Dios necesita maestros que tengan altas cualidades morales, y a los cuales se pueda confiar la educación de otros: hombres de fe sana, que tengan tacto y paciencia; que anden con Dios, y se abstengan de la misma apariencia del mal, que estén tan íntimamente relacionados con Dios que puedan ser conductos de luz --en fin, caballeros cristianos. Las buenas impresiones que harán los tales no se borrarán nunca; y la educación así impartida perdurará durante toda la eternidad. Lo que se descuide en este proceso de educación permanecerá probablemente sin hacerse. ¿Quién quiere emprender esta obra?

Cuánto quisiéramos que hubiese jóvenes fuertes, arraigados y afirmados en la fe, que tuviesen tal comunión viva con Dios que pudieran, si así se lo aconsejasen nuestros hermanos dirigentes, entrar en los colegios superiores de nuestro país, donde tendrían un campo más amplio de estudio y observación. El trato con diferentes clases de mentes, el familiarizarse con los trabajos y los métodos populares de educación, y un conocimiento de la teología como se enseña en las

principales instituciones del saber, serían de gran valor para tales obreros, y los prepararían para trabajar en favor de las clases educadas y para hacer frente a los errores que prevalecen en nuestros tiempos. Tal era el método seguido por los antiguos valdenses; y, si fuesen fieles a Dios, nuestros jóvenes, como los suyos, podrían hacer una buena obra, aun mientras adquirieran su educación, sembrando la semilla de la verdad en otras mentes.

"Portaos varonilmente, y esforzaos". (1 Corintios 16:13) Preguntad a Aquel que sufrió oprobio, burlas e insultos por causa nuestra: "Señor, ¿qué quieres que haga?" (Hechos 9:6) Nadie está demasiado educado para ser un humilde discípulo de Cristo. Los que sienten que es un privilegio dar lo mejor de su vida y aprender de Aquel del cual lo recibieron todo, no rehuirán trabajo ni sacrificio alguno para devolver a Dios los talentos que les confió sirviéndole en la forma más elevada. En la gran batalla de la vida, muchos de los obreros pierden de vista la solemnidad y el carácter sagrado de su misión. La mortífera

maldición del pecado continúa agostando y borrando en ellos la imagen de Dios, porque no trabajan como Cristo trabajó.

Vemos la necesidad de estimular ideas superiores de educación y emplear más hombres preparados en el ministerio. Los que no obtienen la debida clase de educación antes de entrar en la obra de Dios no son competentes para aceptar su cometido santo ni para llevar a cabo la obra de reforma. Sin embargo, todos pueden continuar educándose después que han entrado en la obra. Deben tener la Palabra de Dios morando en sí. Necesitamos más cultura, refinamiento y nobleza de alma en nuestros obreros. Una mejora tal daría resultados en la eternidad.

“Os escribo a vosotros, padres, porque habéis conocido a aquel que es desde el principio”. “Os he escrito a vosotros, mancebos, porque sois fuertes, y la Palabra de Dios mora en vosotros, y habéis vencido al maligno”. (1 Juan 2:13, 14) El apóstol liga aquí la experiencia de los padres con la de los jóvenes; igualmente hay un vínculo entre los

discípulos de más edad en esta causa y los más jóvenes, que no han tenido experiencia en los primeros sucesos de este mensaje. Los que eran jóvenes cuando el mensaje nació, tendrán que ser educados por los viejos portaestandartes. Estos maestros deben darse cuenta de que no pueden esmerarse demasiado para preparar hombres para su cometido santo, mientras los viejos abanderados pueden todavía sostener en alto el estandarte. Y, sin embargo, los que han peleado durante tanto tiempo en las batallas, pueden todavía ganar victorias. Han conocido tan cabalmente las astucias de Satanás que no serán arrebatados fácilmente de las antiguas sendas. Recuerdan los tiempos antiguos. Conocen a Aquel que es desde el principio. Pueden ser siempre portadores de luz, fieles testigos por Dios, epístolas vivas, conocidas y leídas de todos los hombres.

Por tanto, demos gracias a Dios porque quedan algunos, como quedaba Juan, para relatar su experiencia en el comienzo de este mensaje y la recepción de lo que ahora nos es tan caro. Pero uno tras otro están cayendo en sus puestos, y no es sino

prudente que preparemos a otros para reanudar la obra donde ellos la dejan.

Deben hacerse esfuerzos para preparar jóvenes para la obra. Deben adelantarse al frente, para llevar cargas y responsabilidades. Los que son ahora jóvenes deben llegar a ser hombres fuertes. Deben ser capaces de hacer planes y dar consejos. La Palabra de Dios, morando en ellos, los hará puros y los llenará de fe, esperanza, valor y devoción. La obra está ahora grandemente atrasada porque hay hombres que llevan responsabilidades para las cuales no están preparados. ¿Continuará y aumentará esta gran necesidad? ¿Habrán de caer estas grandes responsabilidades de las manos de los obreros ancianos y expertos en las manos de los que son incapaces de manejarlas? ¿No estamos descuidando una obra muy importante al dejar de educar y preparar a nuestra juventud para ocupar puestos de confianza?

Edúquense los obreros, pero al mismo tiempo sean mansos y humildes de corazón. Elevemos la obra al más alto nivel posible, recordando siempre

que si hacemos nuestra parte, Dios no dejará de hacer la suya.

Capítulo 73

La ambición profana

Estimados hermano y hermana N,

Aunque no habéis acusado recibo de mi última carta, me siento instada a escribiros de nuevo. Se me ha mostrado el peligro que corréis y no puedo pasar por alto el deber de inculcar en vuestras mentes la necesidad de andar humildemente ante Dios. Estaréis seguros siempre y cuando tengáis una opinión humilde respecto a vosotros mismos. Pero yo sé que vuestras almas están en peligro. Estáis buscando un camino más ancho para transitar que el sendero humilde de la santidad, el camino real que conduce a la ciudad de Dios. Poseéis mucho del yo y muy poco de la mansedumbre y humildad de Dios. Los elementos discordantes en vuestra naturaleza están sumamente desarrollados. Gobiernan las pasiones desenfrenadas. El orgullo y la vanidad procuran la supremacía. Sé que el enemigo os está tentando gravemente. Vuestra única seguridad estriba en una

conformidad completa con la voluntad de Dios. Es preciso que haya una entrega total de vuestra parte; una completa consagración de vuestro ser a Cristo es vuestra única esperanza de salvación. Si camináis en humildad de pensamiento ante el Señor, entonces él podrá obrar por medio de vuestros esfuerzos, y su fuerza se perfeccionará en vuestra debilidad. Cristo es nuestro Salvador. El ha declarado para vuestro beneficio y el mío: “Sin mí nada podéis hacer”. (Juan 15:5) Oh, ¿no queréis más de Jesús y menos del yo?

Hermano N, usted no es por naturaleza consagrado y por eso necesita hacer esfuerzos constantes para cultivar la fe. Le es fácil eliminar a Cristo de su experiencia. El Señor le ha dado su bendición en el pasado, y ¡cuán dulce era para su alma! ¡Cuánto consuelo, cuánto ánimo, le infundía! Su pasión es exaltar la educación, pero digo verdad al declararle que la educación, a menos que sea equilibrada por los principios religiosos, será una fuerza en favor del mal.

No estoy dispuesta a mantenerme pasiva y ver

cómo usted sigue; como otros en el pasado, en el engaño de que los adventistas del séptimo día son muy estrechos en sus ideas, que marchan por un camino demasiado oscuro; que es menester que reciban mayor reconocimiento y que suban a mayores alturas; que los maestros en nuestras escuelas deben dedicar sus facultades más exclusivamente a las ciencias y no entretejer tanto la religión en su educación. Cuando se implanta esta semilla en el corazón de los estudiantes, germinará pronto en una cosecha que usted no estaría orgulloso de segar.

Estamos, por así decirlo, a orillas del mundo eterno y si usted ha de hacer la obra para la que esta escuela fue fundada, entonces tendrá que educar mayormente del Libro de los libros. No debe poner ningún otro estudio por encima de la Biblia. No tome como norma suya las demás escuelas del país.

Me ha sido mostrado que a usted le encanta ese tipo de educación del cual se excluye casi enteramente el elemento religioso. Hay numerosas

escuelas de esta clase en nuestro país, donde los estudiantes pueden ir si es que desean ese tipo de preparación. Pero esta escuela tiene que ser de carácter diferente; tiene que tener el molde de Dios en cada departamento.

Jesús y su amor deben ir entretejidos con toda la educación que se imparte, siendo éste el mejor conocimiento que los estudiantes pueden tener. “El temor de Jehová es el principio de la sabiduría”. (Proverbios 9:10) Si el director, en sus proyectos ambiciosos, alza vuelo y se aparta de la Fuente de toda sabiduría y piensa que la religión bíblica le va a cortar el vuelo, se dará cuenta de que él no vale más que una pompa de jabón. De manera que por amor a vuestras almas, tened en cuenta al Príncipe de la vida en todo plan, en toda organización. Nunca podréis tener demasiado de Jesús o de la historia de la Biblia en vuestra escuela.

¿Tenemos nosotros la verdad? ¿Estamos viviendo en el último período de la historia de la tierra? ¿Está Cristo a las puertas? Estas son preguntas que tenemos que resolver. La educación

ha de ser siempre de orden elevado y sagrado, y esta necesidad es más imperativa ahora que nunca antes. El traslado de los fieles de este mundo pronto se llevará a cabo. Entonces, ¿por qué no traer a colación todas las energías de mente y espíritu en una consagración total a Dios?

Nunca neguéis lo que sois, no escondáis nunca vuestra lámpara bajo un almud, o debajo de una cama, sino colocadla sobre un candelero para que su luz alumbre a todos los que están en la casa. ¿Estuvo usted y los maestros que estuvieron con usted en _____, al tanto de las oportunidades para iluminar a otros? ¿Procuró sabiamente hacer todo el bien posible? ¿Intentó presentar las verdades bíblicas a las personas con quienes se amistó? ¿Acaso no arrastró el estandarte tras de usted porque tenía vergüenza de ser considerado como pueblo escogido de Dios? “Porque quienquiera que se avergüence de mí y de mis palabras... el Hijo del hombre también se avergonzará de él, cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles”. (Marcos 8:38) Si tan sólo se alimentase usted de Cristo cotidianamente, entonces podría

llegar a ser un gran educador.

Hermano mío, existe el peligro de que usted esté intentando comunicar demasiado de una sola vez. Nadie le exige que pronuncie largos discursos o que hable acerca de temas que no serán entendidos y apreciados por la gente común y corriente. Existe el peligro de que usted se concentre en temas que están sobre peldaños más elevados de la escalera, cuando aquellos a quienes instruye necesitan que se les enseñe a escalar con éxito los primeros peldaños de abajo. Habla usted acerca de cosas que los que no están familiarizados con nuestra fe no pueden entender; por lo tanto, sus discursos no son interesantes. No alimentan a los que usted se dirige.

Jesús fue el más grande educador que el mundo jamás conociera. Comparado con su conocimiento, el mayor conocimiento es necedad. Pero sus instrucciones eran tan sencillas que todos las entendían, tanto doctos como indoctos. No hacía ningún esfuerzo pasa exhibir su profundo conocimiento, porque eso no lo hubieran

comprendido. Al parecer usted piensa que sus extensas pláticas tienen un efecto especial para amoldar y formar a sus oidores tal como usted quiere, pero de seguro que fracasará en su intento. Usted podría tener una influencia mucho más saludable si hablara menos y orara más. Dios es la fuente de su fuerza.

Sus largos discursos sobre la educación en las ciencias le causan dolor a los ángeles de Dios, quienes están constante e intensamente activos en procurar elevar los pensamientos y los afectos hacia las cosas celestiales. Las almas perecen mientras usted descuida el obrar con los talentos que le han sido encomendados, como Cristo le ha dado el ejemplo. Las almas se perderán bajo el peso de sus discursos largos y carentes de Cristo. Su propia alma está empequeñecida y paralizada por su desconocimiento de Cristo. Está perdiendo muchísimo porque está enceguecido por el espíritu y las costumbres de una educación que es incapaz de salvar el alma.

La juventud necesita de su obra. Si usted fuera

un hombre convertido, que a diario aprende lecciones en la escuela de Cristo, entonces sus labores tendrían sabor de vida para vida. Entonces podría trabajar con paciencia y amor, y en el poder de Dios, en favor de las almas de los jóvenes que están expuestos a la tentación. Dedique una porción del tiempo que se le va en sus largos discursos a la labor personal por los jóvenes que necesitan su ayuda. Enséñeles lo que Dios espera de ellos; ore con ellos. Hay muchos entre los jóvenes que están amarrados por hábitos nocivos con ataduras duras como el acero. Las pobres víctimas están fascinadas por los encantos de las seducciones del diablo y no pueden apartarse y estar firmes en la libertad que Dios puede darles. Han desperdiciado años; ¿perderán el año que acaba de comenzar? ¿Despertará el director de la escuela y se dará cuenta de sus responsabilidades y dedicará su mente y corazón a la salvación de los estudiantes? De no ser así, entonces dejad que otro tome su lugar. No se puede permitir que se hagan gastos y más gastos mientras que nada, o casi nada, se hace en el ramo mismo por el que la escuela se fundó.

¿Se les dará una aplicación falsa a las facultades mentales y del alma? ¿Se dejarán perder las oportunidades? ¿Se seguirá una forma y una rutina día tras día, sin lograr nada? Oh, ¡despertad, despertad, maestros y alumnos, antes de que sea demasiado tarde! Despertad antes de que escuchéis de labios pálidos y agonizantes el terrible lamento: “Pasó la siega, terminó el verano, y nosotros no hemos sido salvos”. (Jeremías 8:20)

¿Se pulen los dones y los talentos de cada educador para el mayor bien de los alumnos? ¿Quién está atento a los momentos favorables para pronunciar palabras de bondad y de amor? ¿A quién le gusta contar la historia de Aquel que tanto amó al mundo que dio su vida para redimir al pecador perdido y hundido? Preparad a la juventud, amoldad el carácter, educad, educad, educad, para la vida inmortal del futuro. Orad a menudo. Rogad a Dios que os dé un espíritu de suplicación. No sintáis que vuestra labor como maestros ha concluido a menos que podáis conducir a vuestros alumnos a la fe en Cristo y al amor por él. Que el

amor de Cristo colme vuestras propias almas, y luego inconscientemente lo enseñaréis a los demás. Cuando vosotros como instructores os entreguéis sin reservas a Jesús para que él os conduzca, os guíe, os controle, no fracasaréis. Enseñad a los alumnos a ser cristianos. Esta es la labor más grande que tenéis por delante. Presentaos ante Dios; él escucha y contesta las oraciones. Abandonad las indagaciones, las dudas, la incredulidad. Enseñad sin aspereza. No seáis demasiado exigentes, sino antes cultivad una simpatía y un amor tierno. Sed alegres. No regañéis, no censuréis con mucha severidad; sed firmes, sed amplios, sed semejantes a Cristo, compasivos, corteses. “Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará”.

No puedo expresaros el intenso deseo de mi alma de que todos busquéis al Señor de la manera más dedicada mientras puede ser hallado. Estamos en el día de la preparación de Dios. Que a nada se le dé tanta importancia como para apartar las mentes de la obra de preparación para el gran día del juicio. Preparaos. No permitáis que la

incredulidad fría mantenga vuestras almas apartadas de Dios, sino permitid que su amor arda sobre el altar de vuestros corazones.

Capítulo 74

La apariencia del mal

Me siento instada a dirigirme a los que están empeñados en dar el último mensaje de amonestación al mundo. El que aquellos por quienes trabajen vean y acepten la verdad depende mucho de los obreros individualmente. La orden de Dios es: “Limpiaos los que lleváis los vasos de Jehová”. (Isaías 52:11) Y Pablo encarga a Timoteo: “Ten cuidado de tí mismo y de la doctrina”. (1 Timoteo 4:16) La obra debe principiar con el obrero; éste debe estar unido con Cristo como el sarmiento está unido a la vid. “Yo soy la vid”, --dijo Cristo--, “vosotros los pámpanos”. (Juan 15:5) Esto representa la relación más íntima que sea posible. Injértase la rama sin hojas en la cepa floreciente, y viene a ser un sarmiento vivo que saca savia y nutrición de la vid. Fibra por fibra, vena por vena, el sarmiento se aferra hasta que brota y florece y lleva fruto. La rama sin savia representa al pecador. Cuando está unida con Cristo, el alma se une al alma, lo débil y lo finito a

lo santo e infinito, y el hombre llega a ser uno con Cristo.

“Sin mí” --dice Cristo--, “nada podéis hacer”. (Juan 15:5) ¿Estamos unidos con Cristo los que aseveramos ser obreros suyos? ¿Moramos en Cristo y somos uno con él? El mensaje que llevamos es mundial. Debe llegar a todas las naciones, lenguas y pueblos. El Señor no requerirá de ninguno de nosotros que salga con este mensaje, sin darnos gracia y poder para presentarlo a la gente de una manera que corresponda a su importancia. La gran cuestión para nosotros hoy es: ¿Estamos llevando hoy al mundo este solemne mensaje de verdad de tal manera que manifieste su importancia? El Señor obrará con los obreros si ellos dependen únicamente de Cristo. Nunca quiso que sus misioneros trabajasen sin su gracia, destituidos de su poder.

Cristo nos ha elegido del mundo, para que seamos un pueblo peculiar y santo. El “se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad, y limpiar para sí un pueblo propio,

celoso de buenas obras”. (Tito 2:14) Los obreros de Dios deben ser hombres de oración, diligentes estudiantes de las Escrituras, que tengan hambre y sed de justicia, a fin de que sean una luz y fuerza para otros. Nuestro Dios es un Dios celoso; y requiere que le adoremos en espíritu y en verdad, en la hermosura de la santidad. El salmista dice: “Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, el Señor no me oyera”. (Salmos 66:18) Como obreros, debemos prestar atención a nuestros caminos. Si el salmista no podría haber sido oído si en su corazón hubiese mirado la iniquidad, ¿cómo pueden ser oídas las oraciones de los hombres ahora, mientras conservan la iniquidad?

Después que hubo pasado la fecha en 1844, el fanatismo penetró en las filas de los adventistas. Dios mandó mensajes de amonestación para detener este incipiente mal. Había demasiada familiaridad entre algunos hombres y mujeres. Les presenté la alta norma de la verdad que debíamos alcanzar y la pureza de comportamiento que debíamos conservar, a fin de recibir la aprobación de Dios; pero el mensaje que Dios dio fue

despreciado y rechazado. Se volvieron contra mí y dijeron: “¿Ha hablado Dios solamente por usted y no por nosotros?” No enmendaron sus caminos y el Señor los dejó seguir hasta que la contaminación señaló su vida.

No estamos fuera de peligro aun ahora. Cada alma que se dedica a dar al mundo el mensaje de amonestación será severamente tentada a seguir en la vida una conducta que niegue su fe. Es el plan estudiado de Satanás hacer a los obreros débiles en la oración, débiles en poder e influencia, a causa de sus defectos de carácter. Como obreros, debemos condenar unánimemente cuanto presente la menor aproximación al mal en nuestro trato mutuo. Nuestra fe es santa; nuestra obra consiste en honrar la ley de Dios, y no es de carácter tal que rebaje los pensamientos y la conducta de uno a un nivel inferior.

Tenemos que estar sobre una plataforma elevada. Debemos creer y enseñar la verdad tal como es en Jesús. La santidad de corazón no conducirá nunca a acciones impuras. Cuando uno

que asevera enseñar la verdad se inclina a estar mucho en compañía de mujeres jóvenes o aun casadas, cuando pone familiarmente su mano sobre ellas, o está a menudo conversando con ellas de una manera familiar, temedle. Los principios puros de la verdad no están engarzados en su alma. Los tales no están en Cristo, y Cristo no mora en ellos. Necesitan una conversión cabal, antes que Dios pueda aceptar su trabajo. La verdad de origen celestial no degrada nunca al que la recibe; ni le induce a la menor aproximación a la familiaridad indebida; por el contrario, santifica al creyente, refina su gusto, lo eleva y ennoblece, y lo pone en íntima comunión con Jesús. Le induce a considerar la orden del apóstol Pablo de abstenerse aun de la apariencia del mal, porque “no sea pues blasfemado vuestro bien”. (Romanos 14:6)

Este es un asunto al cual debemos prestar atención. Debemos precavernos contra los pecados de esta era degenerada. Debemos mantenernos alejados de todo lo que sepa a familiaridad indebida. Dios lo condena. Es terreno prohibido, sobre el cual es inseguro asentar los pies. Cada

palabra y acción debe tender a elevar, refinar y ennoblecer el carácter. Hay pecado en la irreflexión acerca de tales asuntos. El apóstol Pablo exhortaba a Timoteo a la diligencia y al esmero en su ministerio, y le instaba a meditar en las cosas puras y excelentes, para que su aprovechamiento fuese manifiesto a todos. El mismo consejo lo necesitan mucho los jóvenes de la era actual. Es esencial la consideración reflexiva. Si tan sólo los hombres quisieran pensar más, y obrar menos impulsivamente, tendrían mucho más éxito en su trabajo. Estamos manejando asuntos de importancia infinita y no podemos entretejer en nuestra obra nuestros propios defectos de carácter. Debemos representar el carácter de Cristo.

Tenemos una gran obra que hacer para elevar a los hombres y ganarlos para Cristo, para inducirlos a elegir y procurar ferviente mente participar de la naturaleza divina, habiendo escapado a la corrupción que hay en el mundo por la concupiscencia. Todo pensamiento, toda palabra y toda acción de los obreros debe corresponder por su altura a la sagrada verdad que defienden.

Puede ser que los hombres y las mujeres necesiten cooperar en nuestros importantes campos misioneros. En tal caso, no pueden ser demasiado circunspectos. Sean los hombres casados reservados y cuidadosos, para que no se pueda decir con verdad ningún mal de ellos. Estamos viviendo en una época cuando abunda la iniquidad, y una palabra descuidada o una acción impropia pueden perjudicar grandemente la utilidad del que manifiesta esa debilidad. Mantengan en alto los obreros las barreras de la reserva; no dejen que se produzcan circunstancias que el enemigo pueda aprovechar. Si empiezan a cifrar sus afectos en otra persona, y le dirigen atención especial y palabras aduladoras, Dios retraerá su Espíritu.

Si entran en la obra hombres casados, dejando a sus esposas en casa para cuidar a los niños, la esposa y madre está haciendo una obra tan grande e importante como la del esposo y padre. Mientras él está en el campo misionero, ella es, en el hogar, una misionera cuyos cuidados, ansiedades y cargas exceden con frecuencia a las del esposo y padre. Es

importante y solemne su obra de amoldar la mente y el carácter de sus hijos, de prepararlos para ser útiles aquí e idóneos para la vida futura e inmortal. En el campo misionero, el esposo puede recibir los honores de los hombres, mientras que la que trabaja en casa no recibe tal vez reconocimiento terrenal por su labor. Pero si ella trabaja para los mejores intereses de su familia, tratando de amoldar su carácter según el modelo divino, el ángel registrador escribe su nombre como el de una de las mayores misioneras del mundo. Dios no aprecia las cosas de acuerdo a la visión finita del hombre.

¡Cuán cuidadoso debe ser el esposo y padre en mantener su lealtad a sus votos matrimoniales! ¡Cuánta circunspección debe haber en su carácter, no sea que estimule en algunas jóvenes, o aun en mujeres casadas, pensamientos que no estén de acuerdo con la norma alta y santa: los Mandamientos de Dios! Cristo enseña que estos mandamientos son amplísimos, y que llegan hasta los pensamientos, intentos y propósitos del corazón. Allí es donde muchos delinquen. Las

imaginaciones de su corazón no son del carácter puro y santo que Dios requiere; y por muy alta que sea su vocación, por talentosos que sean ellos, Dios anotará la iniquidad contra ellos, y los contará como mucho más culpables y merecedores de su ira que aquellos que tienen menos talento, menos luz, menos influencia.

Quedo apenada cuando veo a ciertos hombres alabados, adulados y mimados. Dios me ha revelado que algunos de los que reciben estas atenciones son indignos de pronunciar su nombre. Sin embargo, son ensalzados hasta el cielo en la estima de algunos seres finitos, que leen tan sólo la apariencia externa. Hermanas mías, nunca miméis ni aduléis a pobres hombres falibles y sujetos a yerros, sean jóvenes o ancianos, casados o solteros. No conocéis sus debilidades, y no sabéis si estas mismas atenciones y profusas alabanzas no han de provocar su ruina. Me alarma la cortedad de visión, la falta de sabiduría que muchos manifiestan al respecto.

Los hombres que están haciendo la obra de

Dios, y que tienen a Cristo morando en su corazón, no rebajarán la norma de la moralidad, sino que tratarán siempre de elevarla. No hallarán placer en la adulación de las mujeres, ni en ser mimados por ellas. Digan los hombres, tanto solteros como casados: “Guardemos distancia. Nunca daré la menor ocasión para que mi buen nombre sea vilipendiado. Mi buen nombre es capital de mucho más valor para mí que el oro o la plata. Déjenme conservarlo sin mancha. Si los hombres atacan ese nombre, no será porque les haya dado ocasión de hacerlo, sino por la misma razón por la cual hablaron mal de Cristo, a saber, porque odiaban la pureza y santidad de su carácter; porque les era una constante reprensión”.

Quisiera poder inculcar en cada obrero de la causa de Dios la gran necesidad de orar continua y fervientemente. No pueden estar constantemente de rodillas, pero pueden elevar su corazón a Dios. Así es como Enoc andaba con Dios. Sed cuidadosos, no sea que la suficiencia propia os embargue, os separéis de Jesús y obréis por vuestra propia fuerza más bien que por el espíritu y la fuerza del

Maestro. No desperdiciéis los momentos áureos en conversaciones frívolas. Cuando volvéis de hacer obra misionera, no os alabéis a vosotros mismos; antes bien ensalzad a Jesús; alzad la cruz del Calvario.

No permitáis que nadie os alabe o adule, ni se aferre a vuestra mano como si le costase dejarla. Temed tales demostraciones. Cuando mujeres jóvenes o aun casadas manifiestan una disposición a revelaros sus secretos de familia, desconfiad. Cuando expresan un deseo de simpatía, sabed que es tiempo de ejercer gran cautela. Los que poseen el espíritu de Cristo y andan con Dios no tendrán profano anhelo de simpatía. Tienen una compañía que satisface todo deseo de la mente y el corazón. Los hombres casados que aceptan la atención, la alabanza y los mimos de las mujeres, deben tener por seguro que el amor y la simpatía de esta clase de personas, no valen la pena de obtenerse.

Con mucha frecuencia son las mujeres las que tientan. Con un motivo u otro, requieren la atención de los hombres, casados o solteros, y los

llevan adelante hasta que transgreden la ley de Dios, hasta que su utilidad queda arruinada y sus almas están en peligro. La historia de José ha sido presentada para beneficio de todos los que como él son tentados. Fue tan firme como una roca en los buenos principios y respondió a la tentadora: “¿Cómo, pues, haría yo este grande mal, y pecaría contra Dios?” (Génesis 39:9) Un poder moral como el suyo es lo que se necesita ahora.

Si las mujeres quisieran tan sólo elevar sus vidas y trabajar con Cristo, su influencia sería menos peligrosa; pero con sus sentimientos actuales de despreocupación acerca de las responsabilidades del hogar y de los requerimientos que Dios les hace, su influencia se hace sentir con frecuencia en el sentido del mal, sus facultades son empequeñecidas, y su obra no lleva la impresión divina. No son misioneras domésticas, ni son tampoco misioneras fuera del hogar; y frecuentemente el hogar, el precioso hogar, queda desolado.

Trate de vencer cada persona que profesa a

Cristo, toda cobardía, toda debilidad e insensatez. Algunos hombres nunca crecen hasta la plena estatura de hombres en Cristo Jesús. Son infantiles y sensuales. La piedad humilde corregiría todo esto. La religión pura no posee características de complacencia propia e infantil. Es honorable en el más alto grado. Por lo tanto, ninguno de los que son alistados como soldados de Cristo vacile ni desmaye en el día de prueba. Todos deben sentir que tienen que hacer una obra ferviente para elevar a sus semejantes. Nadie tiene derecho a descansar de la guerra que tiene como fin hacer deseable la virtud, y odiado el vicio. No hay descanso para el cristiano vivo antes de llegar al mundo eterno. El obedecer a los Mandamientos de Dios es hacer lo recto y sólo lo recto. Tal es la virilidad cristiana.

Pero muchos necesitan aprender frecuentes lecciones de la vida de Cristo, que es el autor y consumador de nuestra fe. “Reducid pues a vuestro pensamiento a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, porque no os fatiguéis en vuestros ánimos desmayando. Que aun no habéis resistido hasta la sangre, combatiendo

contra el pecado”. (Hebreos 12:3, 4) Debemos crecer en la gracia cristiana. Manifestando mansedumbre bajo la provocación y apartándoos de la bajeza terrenal, dais evidencia de que el Salvador mora en vosotros, y cada uno de vuestros pensamientos, palabras y actos atraerá a los hombres a Jesús más bien que a vosotros mismos. Hay mucho trabajo que hacer, y poco tiempo en que hacerlo. Sea, pues, la obra de vuestra vida inspirar en todos el pensamiento de que tienen que trabajar para Cristo. Dondequiera que haya deberes que cumplir que otros no entienden porque no desean ver la obra de su vida, aceptadlos y hacedlos.

La norma de la moralidad no es bastante elevada entre el pueblo de Dios. Muchos de los que profesan guardar los mandamientos y abogar por su defensa, los están violando. Las tentaciones se presentan de tal manera que los tentados piensan ver una excusa para transgredir. Los que entran en el campo misionero deben ser hombres y mujeres que anden y hablen con Dios. Los que se destacan como ministros en el sagrado púlpito, deben ser

hombres de reputación intachable; su vida debe ser sin mancha y estar por encima de todo lo que sepa a impureza. No hagáis correr riesgos a vuestra reputación yendo en el camino de la tentación.

Si una mujer os retiene la mano, retiradla prestamente, y salvadla a ella del pecado. Si os manifiesta un afecto indebido y se lamenta de que su esposo no la ama ni simpatiza con ella, no tratéis de suplir esa falta. Vuestra única conducta segura y prudente en tal caso consiste en guardar vuestra simpatía para vosotros mismos. Los tales casos son numerosos.

Señalad a las almas el que lleva las cargas, el verdadero y seguro consejero. Si ella eligió a Cristo como compañero, él le dará su gracia para soportar la negligencia sin quejarse; mientras tanto debe tratar de hacer cuanto pueda para atraer a su esposo a sí misma, por la más estricta lealtad a él, y la fidelidad en hacer agradable y atrayente su hogar. Si todos sus esfuerzos no tienen éxito y no son apreciados, tendrá la simpatía y ayuda de su bendito Redentor. El le ayudará a llevar todas sus

cargas y la consolará de sus desilusiones. Ella manifiesta desconfianza en Jesús cuando busca objetos mundanos que suplan el lugar que Cristo está siempre dispuesto a ocupar. Con sus quejas, peca contra Dios. Sería bueno que examinara su propio corazón con espíritu crítico, para ver si el pecado no acecha en su alma. El corazón que busca así la simpatía humana y acepta atenciones prohibidas de parte de cualquiera, no es puro ni sin falta delante de Dios.

La Biblia presenta muchas sorprendentes ilustraciones de la fuerte influencia que ejercieron mujeres mal intencionadas. Cuando Balaam fue llamado a maldecir a Israel, no le fue permitido hacerlo porque el Señor “no ha notado iniquidad en Jacob, ni ha visto perversidad en Israel”. (Números 23:21) Pero Balaam, que había cedido a la tentación, se transformó completamente en agente de Satanás; y resolvió lograr indirectamente lo que Dios no le había permitido hacer en forma directa. En seguida tendió un lazo por el cual Israel quedaría seducido por las hermosas mujeres moabitas, quienes los inducirían a transgredir la ley

de Dios. Así se hallaría iniquidad en el pueblo y la bendición de Dios no descansaría sobre los israelitas. Sus fuerzas quedarían grandemente debilitadas y sus enemigos ya no temerían su poder, porque la presencia del Señor de los ejércitos no estaría con ellos.

Esto está destinado a servir de advertencia para el pueblo de Dios que vive en los últimos días. Si busca la justicia y la verdadera santidad, si guarda todos los mandamientos de Dios, no se permitirá a Satanás ni a sus agentes que lo venzan. Toda la oposición de sus más acérrimos enemigos resultará impotente para destruir o desarraigar la vid plantada por Dios. Satanás entiende lo que Balaam aprendió por triste experiencia, a saber, que no hay encantamiento contra Jacob ni adivinación contra Israel mientras que la iniquidad no es albergada en su medio; por lo tanto, emplea siempre su poder e influencia para manchar su unidad y contaminar la pureza de su carácter. Tiende sus lazos de mil maneras para debilitar su poder en favor del bien.

Vuelvo a instaros acerca de la necesidad de

cultivar la pureza en todo pensamiento, palabra y acción. Tenemos una responsabilidad individual delante de Dios, una obra individual que nadie puede hacer por nosotros; consiste en hacer mejor el mundo por los preceptos, el esfuerzo personal y el ejemplo. Aunque debemos cultivar la sociabilidad, no debe ser meramente para divertirnos, sino con un propósito. Hay almas que salvar. Acercaos a ellas por el esfuerzo personal. Abrid vuestras puertas a los jóvenes que están expuestos a la tentación. El mal los invita por todas partes. Tratad de interesarlos. Si ellos están llenos de defectos, tratad de corregir estos errores. No os mantengáis separados de ellos, sino antes acercaos a ellos. Traedlos a vuestros hogares; invitadlos a vuestro culto familiar. Hay una obra que miles necesitan que sea hecha por ellos. De todo árbol del huerto de Satanás cuelgan frutas tentadoras y venenosas, y se pronuncia una maldición sobre todos los que las desprendan y coman. Recordemos los requerimientos de Dios para con nosotros en cuanto a hacer clara, brillante y atrayente la senda del cielo, a fin de que arrebatemos almas de los destructivos ensalmos de Satanás.

Dios nos ha dado la razón para que la usemos con propósito noble. Estamos aquí como quienes son probados para la vida futura. Es un período demasiado solemne para que alguno de nosotros sea descuidado o avance con incertidumbre. Nuestro trato con otros debe caracterizarse por la sobriedad y el ánimo celestial. Nuestra conversación debe girar sobre cosas celestiales. “Entonces los que temen a Jehová hablaron cada uno a su compañero; y Jehová escuchó y oyó, y fue escrito libro de memoria delante de él para los que temen a Jehová, y para los que piensan en su nombre. Y serán para mí especial tesoro, ha dicho Jehová de los ejércitos, en el día que yo tengo de hacer: y perdonarélos como el hombre que perdona a su hijo que le sirve”. (Malaquías 3:16, 17)

¿Hay algo más digno de embargar la mente que el plan de la redención? Este es un tema inagotable. El amor de Jesús, la salvación ofrecida por este amor infinito al hombre caído, la santidad del corazón, la verdad preciosa y salvadora para estos postreros días, la gracia de Cristo: éstos son temas

que pueden animar el alma, y hacer sentir a los puros de corazón aquel gozo que los discipulos sintieron cuando Jesús vino y anduvo con ellos mientras viajaban a Emaús. El que ha concentrado sus afectos en Cristo apreciará esta clase de asociación santificada, y recibirá fuerza divina por un trato tal; pero el que no tiene aprecio por esta clase de conversación prefiere hablar de insensateces sentimentales, se ha alejado de Dios, y va muriendo para las aspiraciones altas y nobles. Los tales interpretan lo sensual y terrenal como si fuese celestial. Cuando la conversación es de carácter frívolo y es una desasosegada búsqueda de simpatía y aprecio humano, brota de un sentimentalismo amoroso enfermizo, y ni los jóvenes ni los hombres de canas están seguros. Cuando la verdad de Dios sea un principio permanente en el corazón, se asemejará a una fuente viva. Pueden hacerse tentativas para reprimirla, pero brotará en otro lugar; si está allí no puede ser reprimida. Cuando la verdad está en el corazón es un manantial del vida. Refresca a los cansados, y refrena los pensamientos y las palabras viles.

¿No están sucediendo bastantes cosas en derredor nuestro para mostrarnos los peligros que asedian nuestra senda? Por doquiera vemos náufragos de la humanidad, el culto familiar descuidado, hogares quebrantados. Hay un extraño abandono de los principios buenos, un rebajamiento de la norma de moralidad; están aumentando rápidamente los pecados que atrajeron los juicios de Dios sobre la tierra en ocasión del diluvio y la destrucción de Sodoma por el fuego. Nos estamos acercando al fin. Dios ha soportado largo tiempo la perversidad, pero su castigo no es menos seguro. Apártense de toda iniquidad los que profesan ser la luz del mundo. Vemos manifestado contra la verdad el mismo espíritu que se vio en el tiempo de Cristo. Por falta de argumentos bíblicos, los que anulan la ley de Dios fabricarán mentiras para manchar y ennegrecer a los obreros. Así lo hicieron con el Redentor del mundo; y así harán con quienes le sigan. Serán presentados como verdad informes que no tienen el menor fundamento.

Dios ha bendecido a sus hijos que guardan sus mandamientos, y toda la oposición y las mentiras que hayan de arrostrar no harán sino fortalecer a los que defienden con firmeza la fe una vez dada a los santos. Pero si los que profesan ser depositarios de la ley de Dios vienen a ser transgresores de esa ley, el Señor les retirará su cuidado protector, y muchos caerán por la perversidad y la licencia. Entonces nos veremos de veras incapacitados para subsistir delante de nuestros enemigos. Pero si los suyos permanecen separados y distintos del mundo, como linaje que hace justicia, Dios será su defensa, y no habrá armas forjadas contra ellos que prosperen.

En vista de los peligros de este tiempo, y como pueblo que guarda los mandamientos de Dios, ¿no habremos de apartar de nosotros todo pecado, toda iniquidad, toda perversidad? ¿No habrán de vigilarse estrictamente a sí mismas las mujeres que profesan la verdad, a fin de no estimular la menor familiaridad injustificable? Pueden cerrar muchas puertas de tentación si observan en toda ocasión una reserva estricta y una conducta apropiada.

Hallen los hombres un ejemplo en la vida de José, y manténganse firmes por los buenos principios, por intensamente tentados que se vean. Debemos ser hombres y mujeres fuertes por lo recto. Hay en derredor nuestro quienes son débiles en fuerza moral. Necesitan estar en compañía de los que son firmes, y cuyo corazón está íntimamente ligado al corazón de Cristo. Los principios de cada uno serán probados. Hay quienes se exponen a la tentación como un insensato a la corrección de la vara. Invitan al enemigo a tentarlos. Se enervan, son debilitados en poder moral, y el resultado es vergüenza y confusión.

¡Cuán despreciables son a la vista de un Dios santo los que profesan vindicar su ley, y sin embargo violan sus preceptos! Traen oprobio a la preciosa causa y dan a los oponentes de la verdad ocasión de triunfar. Nunca debiera obliterarse la marca de distinción entre los que siguen a Jesús y los que siguen a Satanás. Hay una línea clara trazada por Dios mismo entre el mundo y la iglesia, entre los que observan los mandamientos y los que los violan. No se fusionan, son tan diferentes como

el mediodía de la medianoche: diferentes en sus gustos, sus propósitos, su carácter. Si cultivamos el amor de Dios y el temor de Jehová, rechazaremos la menor aproximación a la impureza.

El Señor atraiga las almas a sí mismo y les imparta individualmente un sentido de su responsabilidad de formar un carácter tal que Cristo no se avergüence de llamarlos hermanos. Elevad la norma, y la bendición celestial será pronunciada sobre vosotros en aquel día en que cada uno recibirá según las acciones hechas por el cuerpo. Los que trabajan para Dios deben vivir como a su vista, y estar constantemente desarrollándose en carácter, en verdadera virtud y piedad. Su mente y corazón deben estar tan cabalmente dominados por el Espíritu de Cristo, y tan embargados por la solemnidad del mensaje sagrado que tienen que llevar, que todo pensamiento, acción y motivo estarán muy por encima de lo terrenal y sensual. Su felicidad no consistirá en las complacencias prohibidas y egoístas, sino en Jesús y su amor.

Mi oración es: “¡Oh Señor, unge los ojos de tu pueblo, para que discierna entre el pecado y la santidad, entre la contaminación y la justicia, y salga al fin vencedor!”

Capítulo 75

El amor por los que yerran

Cristo vino a poner la salvación al alcance de todos. Sobre la cruz del Calvario pagó el precio infinito de la redención de un mundo perdido. Su abnegación y sacrificio propio, su labor altruista, su humillación, sobre todo la ofrenda de su vida, atestiguan la profundidad de su amor por el hombre caído. Vino a esta tierra a buscar y salvar a los perdidos. Su misión estaba destinada a los pecadores: de todo grado, de toda lengua y nación. Pagó el precio para rescatarlos a todos y conseguir que se le uniesen y simpatizasen con él. Los que más yerran, los más pecaminosos, no fueron pasados por alto; sus labores estaban especialmente dedicadas a aquellos que más necesitaban la salvación que él había venido a ofrecer. Cuanto mayores eran sus necesidades de reforma, más profundo era el interés de él, mayor su simpatía, y más fervientes sus labores. Su gran corazón lleno de amor se conmovió hasta lo más profundo en favor de aquellos cuya condición era más

desesperada, de aquellos que más necesitaban su gracia transformadora.

En la parábola de la oveja perdida se representa el maravilloso amor de Cristo por los que yerran, los vagabundos. No prefiere quedar con aquellos que aceptan su salvación, otorgándoles todos sus esfuerzos y recibiendo su gratitud y amor. El verdadero pastor abandona el rebaño que le ama, y va al desierto, soporta penurias y arrostra peligros y muerte, a fin de buscar y salvar la oveja que se extravió del redil, y que va a perecer si no se la trae de vuelta. Cuando después de diligente búsqueda halla a la oveja perdida, el pastor, aunque cansado, dolorido y hambriento, no deja que esa oveja débil le siga ni la arrea, sino que la recoge en sus brazos, y poniéndola sobre sus hombros, la lleva al redil. Luego invita a sus vecinos a regocijarse con él por haber recobrado la oveja perdida.

La parábola del hijo pródigo y la de la dracma perdida, enseñan la misma lección. Cada alma que está especialmente en peligro por haber caído en la tentación causa pena al corazón de Cristo, y

obtiene su más tierna simpatía y labor más ferviente. Siente más gozo por cada pecador que se arrepiente que por los noventa y nueve que no necesitan arrepentimiento.

Estas lecciones son para nuestro beneficio. Cristo ha ordenado a sus discípulos que cooperen con él en su obra y que se amen unos a otros como él los ha amado. La agonía que sufrió en la cruz atestigua el valor que atribuye al alma humana. Todos los que aceptan esta gran salvación se comprometen a ser colaboradores con él. Nadie debe considerarse como favorito especial del cielo ni concentrar su interés y atención en sí mismo. Todos los que se han alistado en el servicio de Cristo han de trabajar como él trabajó, y han de amar como él amó a los que están en ignorancia y pecado.

Pero entre nosotros como pueblo hace falta una simpatía profunda y ferviente, que conmueva el alma, y necesitamos tener amor por los tentados y los que yerran. Muchos han manifestado gran frialdad y la negligencia pecaminosa que Cristo

representó por medio del hombre que se pasó de un lado; se han mantenido tan alejados como podían de aquellos que necesitan ayuda. El alma recién convertida tiene con frecuencia fieros conflictos con costumbres arraigadas, o con alguna forma especial de tentación, y, siendo vencida por alguna pasión o tendencia dominante, comete a veces alguna indiscreción o un mal verdadero. Entonces es cuando se requieren energía, tacto y sabiduría de parte de sus hermanos, a fin de que pueda serle devuelta la salud espiritual. A tales casos se aplican las instrucciones de la Palabra de Dios: "Hermanos, si alguno fuere tomado en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restaurad al tal con el espíritu de mansedumbre; considerándote a ti mismo, porque tú no seas también tentado". "Así que, los que somos más firmes debemos sobrellevar las flaquezas de los flacos, y no agradarnos a nosotros mismos" (Gálatas 6:1; Romanos 15:1)

¡Pero cuán poco de la compasiva ternura de Cristo manifiestan los que profesan seguirle! Cuando uno yerra, con frecuencia los otros se

sienten con libertad para hacer aparecer el caso tan malo como sea posible. Los que son tal vez culpables de pecados tan grandes en otra dirección tratan a su hermano con severidad cruel. Los errores cometidos por ignorancia, irreflexión o debilidad, son exagerados hasta presentarse como pecados voluntarios y premeditados. Al ver a las almas extraviarse, algunos cruzan las manos y dicen: “Ya le dije. Sabía que no se podía fiar en ellas”. Así adoptan la actitud de Satanás, regocijándose en espíritu de que sus malas sospechas resultaron correctas.

Debemos esperar encontrar y tolerar grandes imperfecciones en aquellos que son jóvenes inexpertos. Cristo nos ha invitado a tratar de restaurar a los tales con espíritu de mansedumbre, y nos tiene por responsables si seguimos una conducta que los impulse al desaliento, a la desesperación y la ruina. A menos que cultivemos diariamente la preciosa planta del amor, estamos en peligro de volvernos estrechos y fanáticos, faltos de simpatía y criticones, estimándonos justos cuando distamos mucho de ser aprobados por Dios.

Algunos son descorteses, bruscos y rudos. Son como erizos de castañas; pinchan cuando quiera que se les toque. Los tales causan un daño incalculable representando falsamente a nuestro amante Salvador.

Debemos alcanzar una norma más elevada o seremos indignos de llamarnos cristianos. Para salvar a los que yerran, debemos cultivar el espíritu con que Cristo trabajó. Ellos le son tan caros como nosotros. Son igualmente capaces de ser trofeos de su gracia y herederos del reino. Pero están expuestos a las trampas del astuto enemigo, expuestos al peligro y a la contaminación, y sin la gracia salvadora de Cristo, a la ruina segura. Si nosotros considerásemos este asunto en su debida luz, ¡cómo se vivificaría nuestro celo, se multiplicarían nuestros esfuerzos fervientes y abnegados, a fin de acercarnos a aquellos que necesitan nuestra ayuda, nuestras oraciones, nuestra simpatía y nuestro amor!

Consideren aquellos que han sido remisos en esta obra la orden del gran mandamiento: “Amarás

a tu prójimo como a tí mismo”. (Mateo 22:39) Esta obligación recae sobre todos. Se requiere de todos que trabajen para disminuir los males y multiplicar las bendiciones de sus semejantes. Si somos fuertes para resistir la tentación estamos bajo mayor obligación de ayudar a los que son débiles y ceden a ella. Si tenemos conocimiento, debemos instruir al ignorante. Si Dios nos ha bendecido con bienes de este mundo, es nuestro deber socorrer a los pobres. Debemos trabajar para beneficio de los demás. Que todos los que están dentro de la esfera de nuestra influencia participen de cualquier excelencia que poseamos. Nadie debe contentarse con alimentarse del pan de vida sin compartirlo con los que le rodean.

Viven tan sólo para Cristo y honran su nombre aquellos que son fieles a su Maestro, tratando de salvar lo que se había perdido. La piedad genuina se manifestará ciertamente mediante el anhelo profundo y la ferviente labor del Salvador crucificado para salvar a aquellos por quienes murió. Si nuestro corazón está enternecido y subyugado por la gracia de Cristo, si está

iluminado con un sentido de la bondad y el amor de Dios, habrá un flujo natural de amor, simpatía y ternura hacia los demás. La verdad ejemplificada en la vida ejercerá su poder, como la levadura oculta, en todos aquellos con quienes sea puesta en contacto.

Dios dispuso que para crecer en la gracia y el conocimiento de Cristo, los hombres deben seguir su ejemplo y trabajar como él trabajó. Ello requerirá con frecuencia una lucha para dominar nuestros propios sentimientos y para refrenarlos de hablar de una manera que desaliente a los que están luchando con la tentación. Una vida de oración y alabanza diarias, una vida que derrame luz sobre la senda de los demás, no puede mantenerse sin esfuerzo ferviente. Pero un esfuerzo tal dará preciosos frutos, bendiciones para el receptor y para el dador.

El espíritu de labor abnegada en favor de otros da al carácter profundidad, estabilidad y amabilidad como las de Cristo, infunde paz y felicidad a su poseedor. Las aspiraciones son

elevadas. No hay cabida para la pereza o el egoísmo. Los que ejercitan las gracias cristianas crecerán. Tendrán nervios y músculos espirituales y serán fuertes para trabajar por Dios. Tendrán claras percepciones espirituales, una fe constante y creciente, y poder prevaleciente en la oración. Los que velan por las almas, los que se consagran plenamente a la salvación de los que yerran, están ciertamente obrando su propia salvación.

Pero ¡cuánto se ha descuidado esta obra! Si los pensamientos y los afectos fuesen dedicados completamente a Dios, ¿pensáis que se abandonarían sin cuidado ni sentimiento, como ha sucedido, las almas que están en el error, expuestas a las tentaciones de Satanás? ¿No se harían mayores esfuerzos, con el amor y la sencillez de Cristo, para salvar a los que vagan perdidos? Todos los que están verdaderamente consagrados a Dios se dedicarán con el mayor celo a la obra por la cual él ha hecho más, por la cual ha hecho un sacrificio infinito: la obra de salvar a las almas. Tal es la obra especial que ha de ser apreciada y sostenida, sin dejarla nunca flaquear.

Dios llama a sus hijos a despertar y a salir de la atmósfera frígida en la cual han estado viviendo, a sacudir las impresiones e ideas que helaron los impulsos del amor y los mantuvieron en inactividad egoísta. Los invita a subir de su nivel bajo y terrenal y respirar en la clara y asoleada atmósfera del cielo.

Nuestros cultos deben ser ocasiones sagradas y preciosas. La reunión de oración no es un lugar donde los hermanos han de censurarse y condenarse unos a otros, donde haya sentimientos desprovistos de bondad y discursos duros. Cristo será ahuyentado de las asambleas donde este espíritu se manifieste, y Satanás vendrá para dirigir. No debe dejarse penetrar nada que sepa a un espíritu anticristiano, falto de amor, porque ¿no nos congregamos para pedir misericordia y perdón del Señor? El Salvador ha dicho claramente: “Con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados; y con la medida con que medís, os volverán a medir”. (Mateo 7:2) ¿Quién puede subsistir delante de Dios y presentar un carácter sin defecto, una vida sin

mancha? ¿Cómo puede, pues, atreverse alguno a criticar y condenar a sus hermanos? Aquellos que pueden esperar salvación únicamente por los méritos de Cristo, que deben buscar perdón por la virtud de su sangre, están bajo la más solemne obligación de manifestar amor, piedad y perdón hacia sus compañeros de pecado.

Hermanos, a menos que aprendáis a respetar el lugar de devoción, no recibiréis la bendición de Dios. Podéis rendirle una forma de adoración, pero no será un servicio espiritual. “Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre”,--dice Jesús--, “allí estoy en medio de ellos”. (Mateo 18:20) Todos deben sentir que están en la presencia divina, y en vez de espaciarse en las faltas y errores de los demás, deben escudriñar diligentemente su propio corazón. Si tenéis que confesar vuestros propios pecados, cumplid con vuestro deber, y dejad a los demás hacer el suyo.

Cuando seguís vuestra propia dureza de carácter y manifestáis un espíritu rudo e insensible, estáis repeliendo a los mismos que debierais ganar.

Vuestra dureza destruye su amor por la congregación, y con demasiada frecuencia termina por ahuyentarlos de la verdad. Debierais daros cuenta de que vosotros mismos estáis bajo la reprensión de Dios. Mientras condenáis a otros, el Señor os condena a vosotros. Debéis confesar vuestra conducta anticristiana. Obre el Señor en el corazón de cada miembro de la iglesia, hasta que su gracia transformadora se revele en la vida y el carácter. Entonces, cuando os congreguéis, no será para criticaros unos a otros, sino para hablar de Jesús y su amor.

Nuestras reuniones deben hacerse intensamente interesantes. Deben estar impregnadas por la misma atmósfera del cielo. No haya discursos largos y áridos ni oraciones formales simplemente para ocupar el tiempo. Todos deben estar listos para hacer su parte con prontitud, y cuando han cumplido su deber la reunión debe clausurarse. Así el interés será mantenido hasta el final. Esto es ofrecer a Dios un culto aceptable. Su servicio debe ser hecho interesante y atrayente, y no dejarse que degenere en una forma árida. Debemos vivir por

Cristo minuto tras minuto, hora tras hora y día tras día. Entonces Cristo morará en nosotros, y cuando nos reunamos, su amor estará en nuestro corazón, y al brotar como un manantial en el desierto, refrescará a todos y dará a los que están por perecer avidez por beber las aguas de vida.

No debemos depender de dos o tres miembros para hacer la obra de toda la iglesia. Deberíamos tener individualmente una fe fuerte y activa, llevando a cabo la obra que Dios nos ha dejado para hacer. Debe haber un interés vivo e intenso por inquirir de Dios: “¿Qué quieres que haga? ¿Cómo haré mi obra para este tiempo y la eternidad?” Debemos dedicar individualmente todas nuestras facultades a buscar la verdad y emplear todos los medios asequibles que nos ayuden en una investigación diligente y con oración de las Escrituras; luego debemos ser santificados, a fin de salvar almas.

Debe hacerse en cada iglesia un ferviente esfuerzo para desechar la maledicencia y el espíritu de censura, como algunos de los pecados que

producen los mayores males en la iglesia. La severidad y las críticas deben ser reprendidas como obras de Satanás. La confianza y el amor mutuo deben ser estimulados y fortalecidos en los miembros de la iglesia. Cierren todos, por temor de Dios y amor a sus hermanos, los oídos a los chismes y las censuras. Señalad al que lleva chismes las enseñanzas de la Palabra de Dios. Invitadle a obedecer las Escrituras y a llevar sus quejas directamente a aquellos a quienes cree en el error. Esta acción unida comunicaría un raudal de luz a la iglesia, y cerraría la puerta a un torrente de mal. Así quedaría Dios glorificado y muchas almas se salvarían.

La amonestación del Testigo fiel a la iglesia de Sardis es: “Tienes nombre que vives, y estás muerto. Sé vigilante y confirma las otras cosas que están para morir; porque no he hallado tus obras perfectas delante de Dios. Acuérdate pues de lo que has recibido y has oído, y guárdalo, y arrepiéntete”. (Apocalipsis 3:1-3) El pecado especialmente imputado a esa iglesia es que sus miembros no habían fortalecido las cosas que quedaban, que

estaban por perecer. ¿Se aplica esta amonestación a nosotros? Examinemos individualmente nuestro corazón a la luz de la Palabra de Dios, y sea nuestra primera obra poner nuestro corazón en orden con la ayuda de Cristo.

Dios ha hecho su parte en la obra de salvar a los hombres, y ahora pide la cooperación de la iglesia. Allí está la sangre de Cristo, la Palabra de verdad, el Espíritu Santo, por un lado, y por el otro las almas que perecen. Cada uno de los que siguen a Cristo tiene que hacer una parte para inducir a los hombres a aceptar las bendiciones que el cielo ha provisto. Examinémonos detenidamente a nosotros mismos y veamos si hemos hecho esta obra. Indaguemos nuestros motivos y cada acción de nuestra vida. ¿No hay muchos cuadros desagradables grabados en la memoria? Con frecuencia habéis necesitado el perdón de Jesús. Habéis dependido constantemente de su compasión y amor. Sin embargo, ¿no habéis dejado de manifestar hacia otros el espíritu que Cristo manifestó hacia vosotros? ¿Habéis sentido preocupación por aquel a quien visteis aventurarse

por sendas prohibidas? ¿Le habéis amonestado bondadosamente? ¿Habéis llorado y orado por él y con él? ¿Habéis demostrado por vuestras palabras de ternura y actos bondadosos que le amabais y deseabais salvarle? Mientras tratabais a aquellos que vacilaban y se tambaleaban bajo la carga de sus propias flaquezas de disposición y de sus hábitos defectuosos, ¿los habéis dejado pelear sus batallas solos, cuando podríais haberles ayudado? ¿No habéis estado como Caín listos para decir: "¿Soy yo guarda de mi hermano?" (Génesis 4:9) ¿Cómo debe considerar la obra de vuestra vida la gran Cabeza de la iglesia? ¿Cómo mira vuestra indiferencia para con los que se extravían del buen camino, Aquel para quien toda alma es preciosa, como comprada por su sangre? ¿No teméis que él os deje como los habéis dejado a ellos? Tened por seguro que el verdadero Centinela de la casa del Señor ha notado toda negligencia

¿No han sido eliminados de vuestra vida Cristo y su amor, hasta que una forma mecánica ha reemplazado el servicio del corazón? ¿Dónde está el ardor que sentía una vez vuestra alma al oír

mencionar el nombre de Jesús? En la novedad de vuestra primera dedicación, ¡cuán ferviente era vuestro amor por las almas! ¡Con cuánto ardor tratabais de presentarles el amor del Salvador! La ausencia de este amor os ha hecho fríos, críticos, exigentes. Tratad de reconquistarlo, y de trabajar luego para llevar almas a Cristo. Si os negáis a hacer eso, surgirán otros que tienen menos luz, experiencia y oportunidades, y os reemplazarán para hacer aquello que vosotros descuidasteis; porque la obra de salvar a los tentados, a los probados y a los que perecen, debe ser hecha. Cristo ofrece el servicio a su iglesia; ¿quiénes lo aceptarán?

Dios no ha pasado por alto las buenas acciones, los actos de abnegación de la iglesia en lo pasado. Todo está registrado en el cielo. Pero estas cosas no bastan. No salvarán a la iglesia cuando ella deje de cumplir su misión. A menos que cesen la cruel negligencia e indiferencia manifestadas en lo pasado, la iglesia, en vez de ir de fuerza en fuerza, continuará degenerando hacia la debilidad y el formalismo. ¿Dejaremos que sea así? ¿Han de

perpetuarse el embotado sopor, el lamentable deterioro del amor y del celo espiritual? ¿Es ésta la condición en la cual Cristo ha de hallar a su iglesia?

Hermanos, vuestras lámparas habrán seguramente de vacilar y debilitarse hasta apagarse en las tinieblas a menos que hagáis esfuerzos decididos para reformaros. “Recuerda por tanto de dónde has caído, y arrepiéntete, y haz las primeras obras”. La oportunidad que se presenta ahora puede ser corta. Si estos momentos de gracia y arrepentimiento pasan sin aprovecharse, se da la amonestación: “Pues si no, vendré presto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar”. (Apocalipsis 2:5) Estas palabras son pronunciadas por los labios del que es longánime y tolerante. Advierten solemnemente a las iglesias y a las personas que el que vela y nunca dormita está midiendo su conducta. A su paciencia maravillosa únicamente, deben el no ser cortados como estorbos del terreno. Pero su Espíritu no contenderá para siempre. Su paciencia aguardará tan sólo poco tiempo más.

Vuestra fe debe ser algo más de lo que ha sido, o seréis pesados en las balanzas y hallados faltos. En el último día, la decisión final del Juez de toda la tierra girará alrededor de nuestro interés por los necesitados, los oprimidos y los tentados, y nuestro trabajo práctico en su favor. No podéis pasarlos siempre por alto, y hallar vosotros mismos entrada en la ciudad de Dios como pecadores redimidos. “En cuanto no lo hicisteis a uno de estos más pequeños” --dice Cristo--, “tampoco a mí lo hicisteis”. (Mateo 25:45)

No es todavía demasiado tarde para redimir la negligencia pasada. Reavívese el primer amor, el primer ardor. Buscad a aquellos que ahuyentasteis, vendad por la confesión las heridas que hicisteis. Acercaos al gran corazón de amor compasivo y dejad que la corriente de esa compasión divina fluya a vuestro corazón, y de vosotros a los corazones ajenos. Sea la ternura y misericordia que Jesús reveló en su preciosa vida un ejemplo de la manera en que nosotros debemos tratar a nuestros semejantes, especialmente a los que son nuestros hermanos en Cristo. Muchos que podrían haber

sido fortalecidos hasta la victoria por una palabra de aliento y valor, han desmayado y se han desalentado en la gran lucha de la vida Nunca seáis fríos, sin corazón y simpatía, ni dados a la censura. Nunca perdáis una oportunidad de decir una palabra que anime e inspire esperanza. No podemos decir cuánto alcance puedan tener nuestras palabras tiernas y bondadosas, nuestros esfuerzos semejantes a los de Cristo para aliviar alguna carga. Los que yerran no pueden ser restaurados de otra manera que por el espíritu de mansedumbre, amabilidad y tierno amor.

¿Quisieras redimir a un alma errante y conducir a un perdido de vuelta a Dios? ¿Quisieras parecer como un ángel guardián ante quien su culpa atormenta? Acércate con bondad a él y con palabras afectuosas, toma su mano y ponla entre las tuyas, y permanece a su lado como un hermano, hasta destronar al demonio del pecado.

Entonces no te burles del culpable, sino ruégale con gran bondad y lleno de ternura, y podrás llevar de vuelta al que estaba perdido hacia Dios, la

humanidad y el bien. Tú mismo eres humano y eres débil, y quizá también puedes caer como él; entonces, demuestra misericordia al que ha caído, para que también tú seas objeto de ella.

Capítulo 76

Deberes de la Iglesia

Donde está el Espíritu del Señor, hay mansedumbre, paciencia, amabilidad y longanimidad. Un verdadero discípulo de Cristo procurará imitar al Modelo. Se esforzará por hacer la voluntad de Dios en la tierra como es hecha en el cielo. Aquellos cuyos corazones están todavía contaminados de pecado no pueden ser celosos en las buenas obras. No guardan los primeros cuatro preceptos del Decálogo, que definen el deber del hombre para con Dios; ni observan los últimos seis que definen el deber del hombre para con sus semejantes. Sus corazones están llenos de egoísmo y hallan constantemente faltas en otros que son mejores que ellos mismos. Emprenden una obra que Dios no les ha dado, pero dejan sin hacer la obra que él les dejó que hiciesen, la cual consiste en cuidar de sí mismos, no sea que, brotando alguna raíz de amargura, perturbe a la iglesia y la contamine. Vuelven los ojos hacia afuera, para observar si el carácter de los demás es correcto,

cuando debieran volver los ojos hacia su interior, para escrutar y criticar sus propias acciones. Cuando despojen al corazón del yo, de la envidia, las malas sospechas y la malicia, no se treparán al sitial del juicio ni pronunciarán sentencia sobre los demás que son a la vista de Dios mejores que ellos.

El que quiera reformar a otros debe primero reformarse a sí mismo. Debe obtener el espíritu de su Maestro y estar dispuesto como él a sufrir oprobio y a practicar la abnegación. En comparación con el valor de una sola alma, el mundo entero se hunde en la insignificancia. El deseo de ejercer autoridad, de señorear sobre la heredad de Dios, resultará, si se lo complace, en la pérdida de almas. Los que realmente amen a Jesús procurarán conformar su vida al Modelo y trabajar en su espíritu por la salvación de los demás.

A fin de conquistarse al hombre y asegurar su eterna salvación, Cristo dejó las cortes reales del cielo, y vino a esta tierra, soportó las agonías del pecado y la vergüenza en lugar del hombre, y murió para libertarle. En vista del precio infinito

pagado por la redención del hombre, ¿cómo puede cualquiera que profese el nombre de Cristo atreverse a tratar con indiferencia a uno de sus pequeñuelos? ¡Cuán cuidadosamente debieran los hermanos y las hermanas de la iglesia velar sobre cada palabra y acción para no dañar al aceite y al vino! ¡Con cuánta paciencia, bondad y afecto debieran tratar lo adquirido por la sangre de Cristo! ¡Cuán fiel y fervorosamente debieran trabajar para elevar a los abatidos y desalentados! ¡Cuán tiernamente debieran tratar a los que procuran obedecer a la verdad y, no hallando estímulo en casa, han de respirar constantemente una atmósfera de incredulidad y tinieblas!

El trato con los que yerran

Si se cree que un hermano erró, sus hermanos y hermanas no deben murmurarlo entre sí ni comentarlo en forma que magnifique los supuestos errores y defectos. Esto es muy corriente, pero el desagrado de Dios pesa sobre quienes lo hacen, y Satanás se regocija porque puede debilitar y molestar a quienes podrían ser fuertes en el Señor.

El mundo ve su debilidad y juzga esta clase de personas y la verdad que profesan amar por los frutos que se manifiestan en ellas.

“Jehová, ¿quién habitará en tu tabernáculo? ¿Quién residirá en el monte de tu santidad? El que anda en integridad, y obra justicia, y habla verdad en su corazón. El que no detrae con su lengua, ni hace mal a su prójimo, ni contra su prójimo acoge oprobio alguno. Aquel a cuyos ojos es menospreciado el vil; mas honra a los que temen a Jehová; y habiendo jurado en daño suyo, no por eso muda. Quien su dinero no dio a usura, ni contra el inocente tomó cohecho. El que hace estas cosas, no resbalará para siempre”. Salmos 15. Según este pasaje el detractor queda excluido de morar en el tabernáculo de Dios y en la santa colina de Sión. El que admite oprobio contra su prójimo no puede recibir la aprobación de Dios.

¿Cuántos ministros, mientras se hallan empeñados en una buena obra que vuelve las almas hacia Dios y la verdad, son llamados a presidir algún juicio de la iglesia entre hermanos que

actúan en forma completamente errónea y tienen un espíritu contencioso e intolerante?

Esta manera de desviar a los hombres de su campo de labor se ha repetido vez tras vez a medida que esta causa ha avanzado. Es un plan del gran adversario de los hombres para estorbar la obra de Dios. Cuando hay almas que están a punto de decidirse en favor de la verdad y se las somete de este modo a influencias desfavorables, pierden su interés, y es muy raro que se pueda volver a hacer en ellas una impresión tan poderosa. Satanás está buscando siempre alguna manera de apartar al ministro de su campo de labor en ese preciso momento para que se pierda el resultado de sus labores.

Hay en la iglesia hombres y mujeres sin consagración ni conversión, que piensan más en mantener su propia dignidad y sus propias opiniones que en la salvación de sus semejantes; y Satanás obra por medio de ellos para crear dificultades que consuman el tiempo y la labor del ministro, y como resultado se pierden muchas

almas.

Mientras los miembros de la iglesia están divididos en sus sentimientos, sus corazones son duros y no se los puede impresionar. Los esfuerzos del ministro son como golpes dados sobre hierro frío, y cada partido se empecina más que antes en su propio camino. El ministro se ve colocado en una situación nada envidiable; pues aunque decida con la mayor prudencia, su decisión desagradará a alguien y se fortalecerá así el espíritu partidista

Si el ministro se aloja en la casa de alguna familia, otras familias sentirán celos por temor a que él reciba impresiones desfavorables para ellas. Si él da un consejo, otros dirán: “Fulano de tal habló con él”, y sus palabras no tienen peso para ellos. Así sus almas se llenan de desconfianza y malas sospechas, y el ministro queda a la merced de sus prejuicios y recelos. Con demasiada frecuencia deja el asunto peor que antes. Si él se hubiese negado a escuchar las declaraciones parciales de algunos, si hubiese dado palabras de consejo de acuerdo con la regla bíblica y dicho

como Nehemías: “Yo hago una grande obra, y no puedo ir” (Nehemías 6:3), esa iglesia habría quedado en condiciones mucho mejores.

Los ministros y los miembros laicos de la iglesia desagradan a Dios cuando permiten que ciertas personas les cuenten los errores y defectos de sus hermanos. No deben escuchar estos informes, sino preguntar: “¿Habéis seguido estrictamente lo ordenado por vuestro Salvador? ¿Habéis ido al ofensor y le habéis hablado de sus faltas entre vosotros y él solo? Y ¿se ha negado él a escucharos? Con cuidado y con oración, ¿habéis tomado a dos o tres personas y trabajado con él con ternura, humildad y mansedumbre, y con un corazón palpitante de amor por su alma?”

Si las órdenes del Capitán, dadas en las reglas trazadas para los que yerran, han sido seguidas estrictamente, entonces se ha de dar un paso hacia adelante: contarlo a la iglesia, y dejar que se decida el caso según las Escrituras. Entonces el cielo ratificará la decisión hecha por la iglesia al borrar de su registro el nombre del miembro ofensor si no

se arrepiente. Si no se han dado esos pasos, cerremos los oídos a las quejas, y neguémonos a admitir oprobio contra nuestro prójimo. Si nadie lo recibiese, pronto cesarían las malas lenguas; porque las tales personas no hallarían un campo tan favorable en el cual obrar para morderse y devorarse unas a otras.

La selección de dirigentes

El apóstol Pablo escribió a Tito: “Por esta causa te dejé en Creta, para que corrigieses lo que falta, y pusieses ancianos por las villas, así como yo te mandé: el que fuere sin crimen, marido de una mujer, que tenga hijos fieles que no estén acusados de disolución, o contumaces. Porque es menester que el obispo sea sin crimen, como dispensador de Dios” (Tito 1:5-7) Sería bueno que todos nuestros ministros prestasen atención a estas palabras, y no designasen apresuradamente a quienes han de desempeñar los cargos pues no deben hacerlo sin la debida consideración y mucha oración para que Dios por su Espíritu Santo les indique a quién aceptará.

Dijo el apóstol inspirado: “No impongas de ligero las manos a ninguno”. (1 Timoteo 5:22) En algunas de nuestras iglesias la obra de organizar y ordenar a los ancianos ha sido prematura; se ha pasado por alto la regla bíblica y por consiguiente la iglesia ha sufrido dificultades graves. No debe haber tanto apresuramiento en elegir a los dirigentes, como para ordenar a quienes no están en manera alguna preparados para la obra de responsabilidad, a saber, hombres que necesitan ser convertidos, elevados, ennoblecidos y refinados antes que puedan servir a la causa de Dios en cargo alguno.

La red del Evangelio prende a buenos y malos. Se requiere tiempo para que se desarrolle el carácter; se necesita tiempo para aprender lo que son realmente los hombres. Debe considerarse la familia de la persona sugerida para un cargo. ¿Le están sujetos sus miembros? ¿Puede regir su casa con honra? ¿Qué carácter tienen sus hijos? ¿Harán honor a la influencia del padre? Si él no ejerce tacto, prudencia ni piedad eficaz en casa, en el

manejo de su propia familia, no es arriesgado concluir que los mismos defectos se manifestarán en la iglesia, que se verá en ella la misma administración no santificada. Será mucho mejor criticar al hombre antes que se le dé el cargo más bien que después; será mejor orar y consultar antes de dar el paso decisivo, que trabajar para corregir las consecuencias de un paso erróneo.

En algunas iglesias, el director no tiene las cualidades apropiadas para enseñar a los miembros de la iglesia a trabajar. No se ha manifestado tacto y juicio para sostener un interés vivo en la obra de Dios. El director es tardo y tedioso; habla demasiado y hace las oraciones en público demasiado largas; no sostiene una relación viva con Dios que renovaría su experiencia.

Los dirigentes de las iglesias de todo lugar debieran ser fervientes, llenos de celo y desinterés; hombres de Dios, que puedan dar el molde debido a la obra. Deben elevar con fe sus peticiones a Dios. Pueden dedicar todo el tiempo que deseen a la oración secreta, pero sus oraciones y testimonios

en público deben ser cortos y directos. Deben evitarse las oraciones largas y áridas, y las largas exhortaciones. Si los hermanos y las hermanas quieren decir algo que refresque y edifique a los demás, deben primero tenerlo en su corazón. Deben relacionarse diariamente con Dios, recibiendo sus provisiones del alfolí inagotable, y sacando de allí cosas nuevas y viejas. Si su propia alma ha sido vivificada por el Espíritu de Dios, alentarán, fortalecerán y estimularán a otros; pero si no han bebido ellos mismos de la fuente de la salvación, no sabrán cómo conducir a otros allí.

A los que aceptan la teoría de la verdad debe instárseles a ver la necesidad de la religión experimental. Los ministros deben mantener su propia alma en el amor de Dios, y luego, inculcar a la gente la necesidad de una consagración individual, una conversión personal. Todos deben obtener una experiencia viva para sí mismos; deben tener a Cristo entronizado en el corazón, su Espíritu debe controlar los afectos, o la profesión de fe no tendrá valor y la condición de las personas será aún peor que si nunca hubiesen oído la verdad.

Deben hacerse para los pequeños grupos que aceptan la verdad arreglos tales que aseguren la prosperidad de la iglesia. Puede designarse a un hombre para que dirija durante una semana o un mes, luego a otro dirigente durante algunas semanas; y así diferentes personas serán alistadas en la obra, y después de una prueba apropiada, alguien debe ser elegido por acuerdo de la iglesia, para que sea el dirigente reconocido, aunque nunca habrá de ser elegido por más de un año. Luego se puede elegir a otro, o él mismo puede ser reelegido, si su servicio ha resultado en bendición para la iglesia. El mismo principio ha de seguirse al elegir a otros hombres para diferentes puestos de responsabilidad, como los cargos de la Asociación. No deben elegirse como presidentes de las asociaciones hombres que no han sido probados. Muchos no ejercen el debido discernimiento en estos asuntos importantes, que entrañan intereses eternos.

Profesamos ser depositarios de la ley de Dios; aseveramos tener mayor luz, y procuramos una

norma más alta que la de cualquiera de los otros pueblos de esta tierra; por lo tanto debemos manifestar mayor perfección de carácter y más fervorosa devoción. Un mensaje muy solemne ha sido confiado a los que han recibido la luz de la verdad presente. Nuestra luz debe resplandecer para iluminar la senda de los que están en tinieblas. Como miembros de la iglesia visible y obreros en la viña del Señor, todos los que profesan el cristianismo deben hacer cuanto pueden para conservar la paz, la armonía y el amor en la iglesia. Tomemos nota de la oración de Cristo: “Para que todos sean una cosa; como tú, oh Padre en mí, y yo en ti, que también ellos sean en nosotros una cosa; para que el mundo crea que tú me enviaste”. (Juan 17:21) La unidad de la iglesia es la evidencia convincente de que Dios ha enviado al mundo a Jesús como su Redentor. Este es un argumento que los mundanos no pueden controvertir. Por lo tanto, Satanás está obrando constantemente para impedir esta unión y armonía, a fin de que los incrédulos, al presenciar la apostasía, la disensión y la contienda entre los que profesan ser cristianos, se disgusten con la religión y sean confirmados en su

impenitencia. Dios queda deshonrado por aquellos que profesan la verdad, mientras están en divergencia y enemistad unos con otros. Satanás es el gran acusador de los hermanos y todos los que participan de esta obra se hallan alistados en su servicio.

Profesamos tener más verdad que las otras denominaciones; pero si esto no nos lleva a una mayor consagración, a una vida más pura y santa, ¿de qué beneficio nos resulta? Sería mejor para nosotros no haber visto nunca la luz de la verdad que profesar aceptarla y no ser santificados por ella.

A fin de determinar cuán importantes son los intereses que entraña la conversión del alma del error a la verdad, debemos apreciar el valor de la inmortalidad; debemos comprender cuán terribles son los dolores de la segunda muerte; debemos apreciar el honor y la gloria que aguardan a los redimidos, y entender lo que es vivir en la presencia de Aquel que murió para que pudiese elevar y ennoblecer a los hombres, y dar al

vencedor una diadema real.

Las mentes finitas no pueden estimar plenamente el valor de un alma. ¿Con cuánta gratitud recordarán los rescatados y glorificados a los que hayan sido instrumentos de su salvación! Nadie lamentará entonces sus esfuerzos abnegados y labores perseverantes, su paciencia, longanimidad y fervientes anhelos por las almas que podrían haberse perdido si hubiese descuidado su deber o se hubiese cansado de hacer el bien.

Entonces los que sean dignos de ir vestidos de blanco se hallarán reunidos en el redil del gran Pastor. Desde su trono, el Cordero saludará al obrero fiel y al alma salvada por su labor y los conducirá al árbol de la vida y a la fuente de aguas vivas. ¡Con qué gozo contemplará el siervo de Cristo a esos redimidos, que podrán compartir la gloria de su Redentor! ¡Cuánto más precioso será el cielo para los que hayan sido fieles en la obra de salvar almas! “Y los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas

a perpetua eternidad”. (Daniel 12:3)

Capítulo 77

Una carta

Estimado hermano O,

Recibí su carta, y no es preciso que le exprese a usted la tristeza de mi corazón por causa del cambio repentino que usted ha experimentado. Al repasar su historia pasada, me viene a la memoria su experiencia en el Estado de Colorado, sus reflexiones mientras se encontraba sobre aquella roca de la cual parecía imposible descender, el recobro parcial de su fe, sus tentaciones a través de falsas y ambiciosas esperanzas de ganar más importancia apartado de nuestro pueblo que formando parte de él, su desilusión, su encomiable decisión de mantenerse en silencio, las oraciones y la simpatía del pueblo de Dios que ascendían al cielo en su favor, y mi ruego constante: “No lo dejen solo, sino hagan todos los esfuerzos posibles para salvarlo. Está engañado; no está afianzado en Dios”.

Recuerdo la última vez que anduve en coche con su esposa antes de que ella falleciese. Se preocupaba por usted y por sus hijos. Dijo que temblaba por el futuro de sus hijos y el escepticismo de su esposo. “Si yo muero” --declaró ella--, “y él abandona la fe y hace que mis niños abandonen el sábado, ¡cuán terrible sería después que él ha recibido una luz tan grande y tantas evidencias! Por esta razón me aferro a la vida. No existe dentro de su alma esa profunda, íntima obra que le pueda servir de ancla cuando lleguen las tentaciones. Oh, hermana White, es por las almas de mi esposo y de mis hijos que yo me he asido de la vida. Y quiero decirle aquí mismo que estoy arrepentida de corazón porque no recibí con otro espíritu el testimonio que nos fue dado a mí y a mi esposo. Me doy cuenta ahora que era el mensaje que precisamente necesitábamos; y si lo hubiésemos aceptado, nos hubiera puesto a los dos en una posición espiritual mucho mejor de la que hemos estado por algún tiempo. Ambos éramos altivos de espíritu, y desde aquel tiempo yo he sentido deseos de evitarla a usted, porque me parecía que usted no tenía fe o confianza en

nosotros. Pero durante los pocos meses que han pasado, todo esto ha desaparecido y he sentido la misma confianza, la misma estrecha simpatía y el amor que había tenido por usted en tiempos pasados; pero sé que mi esposo no comparte los mismos sentimientos, y no tiene mucho sentido que yo me ponga a discutir estas cosas con él. Estoy demasiado débil para exponerle las cosas tal como las pienso, y él está muy encerrado en sus ideas y sentimientos; pero quería decirle que yo tengo una fe completa en los testimonios y en su obra, y por mucho tiempo he estado deseando tener la oportunidad de decirle esto, y ahora me siento libre para hacerlo. ¿Me perdona por los sentimientos y palabras expresados contra usted? He contristado el Espíritu de Dios y a veces sentí que él me había abandonado; pero no tengo estos sentimientos ahora, ni tampoco los he tenido por mucho tiempo. Nunca me había dado cuenta del peligro de expresar la incredulidad como durante las últimas semanas que han pasado. Temo por mi marido porque él expresa la incredulidad; y me temo que él lo abandone todo y se convierta en un ateo. Oh, ¡cuánto anhelo poder ayudarlo!”

Hermano O, cuando usted me dijo que su esposa murió no creyendo en los testimonios, no lo contradije; pero pensé que no me había dicho la verdad. Luego decidí que usted estaba en gran oscuridad, porque tengo en mi poder una carta que ella me escribió, en la cual me decía que ella tenía plena confianza en los testimonios y que se daba cuenta que decían la verdad con respecto a usted y a ella. Yo asistí al campestre en _____, y usted estaba presente. En aquella ocasión tuvo usted una experiencia que hubiese sido de valor perdurable, si se hubiera mantenido humilde ante Dios como en aquel tiempo. Entonces usted humilló su corazón y puesto de rodillas me pidió que lo perdonara por las cosas que había dicho en cuanto a mí y la obra que hago. Dijo: “No se puede imaginar cuán severamente he hablado contra usted”. Le aseguré que yo lo perdonaba sin reserva, como esperaba que Cristo me perdonase a mí mis propios pecados y errores. En presencia de varias personas usted declaró que había dicho muchas cosas para ocasionarme daño; todas las cuales le aseguré que yo le perdonaba libremente, porque no

eran contra mí. Ninguna de estas cosas era contra mí; yo era sencillamente una sierva que llevaba el mensaje que Dios me daba. No era a mí personalmente contra quien usted se levantaba; era el mensaje que Dios le enviaba por medio de un humilde instrumento. Fue a Cristo a quien causó daño, no a mí. Le dije: “No quiero que usted me confiese a mí. Arregle todas las cosas entre su alma y Dios, y todo quedará bien entre usted y yo”. Usted malinterpretó del todo algunas de las expresiones que le fueron dirigidas por escrito. Y después de leerlas detenidamente una vez más, dijo que no eran como había pensado, y se hicieron las paces. Después de esta entrevista, dijo que nunca había experimentado lo que era la conversión, pero que había nacido de nuevo, que se había convertido por primera vez. Podía decir que amaba a sus hermanos; su corazón estaba libre y feliz, se daba cuenta de la santidad de la obra como nunca antes; y sus cartas expresaban el cambio profundo que el Espíritu de Dios había obrado.

Y sin embargo, yo sabía que usted volvería a dar los mismos pasos y que sería puesto a prueba

con respecto a los mismos puntos que anteriormente ocasionaran su fracaso. De la misma manera hizo Dios con los hijos de Israel; así lo ha hecho con sus hijos en todas las épocas. Los probará donde fracasaron anteriormente; los probará, y si fracasan bajo la prueba la segunda vez, los vuelve a someter a la misma prueba una vez más.

El corazón me duele cada vez que pienso en usted; mi alma se entristece de verdad. Toda alma es de valor porque ha sido comprada por la preciosa sangre de Jesucristo. A veces pienso que nosotros no apreciamos debidamente lo que fue comprado por la sangre de Jesucristo, a saber, la redención del alma. Cuando considero el precio infinito pagado por la redención de almas individuales, pienso: “¿Qué si esa alma finalmente se pierde? ¿Qué si rehusa ser un alumno en la escuela de Cristo y deja de practicar la mansedumbre, la humildad, y no lleva sobre sí el yugo de Cristo?” Esto, mi hermano, ha sido su mayor fracaso. Si se hubiera consultado menos a sí mismo y hubiera hecho de Jesús su consejero, sería

usted ahora poderoso en gracia y en el conocimiento de Jesucristo. No se ha unido en yugo con Cristo; no ha sido lleno de su Espíritu. Oh, ¡cuánto necesita que se imponga el molde divino sobre su carácter!

Cuando consideramos nuestras ventajas superiores, y sabiendo que seremos juzgados por la luz y los privilegios que el Señor nos ha concedido, hay mucho por lo cual tenemos que rendir cuenta. No podemos reclamar que hemos sido menos favorecidos con luz que el pueblo que por siglos ha sido un asombro y un reproche para el mundo. No podemos esperar que se dé el fallo en nuestro favor porque, como el caso de Capernaum, hemos sido exaltados hasta los cielos. El Señor ha obrado en favor de su pueblo que guarda sus mandamientos. La luz que nos ha sido reflejada desde el cielo no le fue dada a Sodoma y Gomorra, de lo contrario hubiesen permanecido hasta hoy; y si las grandes obras, el conocimiento, y la gracia que han sido manifestados a este pueblo hubiesen sido conocidos por las naciones que estaban en la oscuridad, quién sabe cuánto más avanzadas que

este pueblo estarían ahora. No podemos ahora determinar cuánto más tolerable hubiese sido para ellas en el día del juicio que para aquellos sobre quienes ha brillado la clara luz de verdad, como en su caso, pero que debido a alguna causa inexplicable se han apartado del santo mandamiento que les fue dado. Tan sólo podemos señalar su caso con tristeza, como un faro que avisa: “El que cree estar firme, mire y no caiga”. El Señor no ve como ve el hombre. Sus pensamientos y caminos no son los que los hombres ciegos y egoístas creen que son o quieren que sean. El Señor mira el corazón y obra en sus criaturas el querer y el hacer todo lo que él ordene o requiere de ellas, a menos que rechacen su consejo y rehusen obedecer sus mandamientos.

La mayor parte de su vida usted la ha empleado en presentar doctrinas las cuales repudiará y condenará durante la última etapa de su vida. ¿Cuál es la labor genuina? ¿Cuál es la falsa? ¿Podemos confiar en su criterio? ¿En su interpretación de las Escrituras? No podemos. Estaríamos en peligro de ser desviados. Usted no puede sentir ahora ni en

ningún momento del futuro de su vida que sus pies están plantados sobre la roca firme. No he podido evitar el pensar en su futuro. Para mí la verdad es una realidad viviente. Yo sé que es la verdad. La Palabra de Dios es segura. “¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido”. (Isaías 8:20) La luz suya, ¿se desvanecerá en la oscuridad?

Estoy escribiendo más ampliamente el libro El conflicto de los siglos, que contiene la historia de la caída de Satanás y cómo se introdujo el pecado al mundo; y tengo un concepto más vívido del que jamás había tenido antes acerca de esta controversia entre Cristo, el Príncipe de la luz, y Satanás, el príncipe de las tinieblas. Cuando contemplo las diversas artimañas de Satanás para obrar la ruina del hombre errante y cómo lo convierte a su semejanza, en transgresor de la santa ley de Dios, desearía que los ángeles de Dios bajasen a la tierra para presentar este asunto en su gran importancia. Luego experimento intensos sentimientos por las almas que voluntariamente se están apartando de la luz, del conocimiento, y de la

obediencia a la santa ley de Dios. Así como Adán y Eva creyeron la mentira de Satanás, cuando dijo: “seréis como Dios” (Génesis 3:5), así esperan estas almas, por medio de la desobediencia, subir a mayores alturas para adquirir algún puesto halagador. Estoy tan ansiosa que, mientras otros duermen, yo paso horas en oración pidiendo que Dios obre con gran poder para quebrantar el engaño fatal que hay en las mentes humanas y que las conduzca a la sencillez de la cruz del Calvario. Luego me aplaco pensando en que estas almas fueron compradas por la sangre del Señor Jesucristo. Nosotros podremos tener amor por estas almas, pero el Calvario testifica del amor con el que Dios las ama. Esta obra no es nuestra, sino del Señor. Somos meramente los instrumentos en sus manos para hacer su voluntad, no la nuestra. Vemos a aquellos que están agraviando al Espíritu de gracia, y temblamos por ellos. Nos sentimos tristes y chasqueados cuando demuestran ser desleales a Dios y a la verdad; pero sentimos una pena aún más profunda cuando pensamos en Jesús, quien los ha comprado con su propia sangre. Daríamos todo lo que poseemos por rescatar una de

ellas, pero encontramos que no podemos hacerlo. Daríamos la vida misma por salvar a un alma para vida eterna, pero aun este sacrificio ya ha sido hecho en la vida, misión y muerte de Jesucristo. Oh, ¡si las mentes pudieran contemplar la grandeza de ese sacrificio! Entonces podrían comprender mejor la grandeza de la salvación.

Y ahora, hermano O, usted que ha tenido tan grande luz, tanta abundancia y evidencia de la verdad bíblica, no prosigue adelante y hacia arriba con aquellos que finalmente triunfarán con la verdad. Se ha puesto ahora del lado del primer gran rebelde, para hacer nula la ley de Dios; y él conducirá a otros por el mismo sendero de transgresión de la santa ley de Dios, para ridiculizar nuestra fe. Cuando se declare el juicio, y todos sean juzgados conforme a lo que está escrito en los libros, ¿cómo aparecerá su caso entonces? Verá a uno y a otro de los que hubiesen seguido el camino de los mandamientos de Dios si usted no los hubiera rodeado de la atmósfera de la incredulidad, si no hubiera tergiversado las Escrituras malinterpretando su significado, y

desviándolos de una estricta obediencia a la santa ley de Dios. ¿Podrá usted entonces contemplar esos rostros con placer? ¿Escuchará la voz del gran Juez cuando diga: “¿Quién demanda esto de vuestras manos?” (Isaías 1:12)

Su esposa actual no ha tenido una experiencia religiosa profunda en abnegación, desinterés, comunión con Dios y en creer la verdad. Con facilidad podría ser conducida de la obediencia a Dios a la transgresión. Sus hijos seguirán por donde los dirija su padre; y, a menos que alguna providencia especial los rescate, la desobediencia y la transgresión de ellos recaerán sobre el alma de usted. El Juez de toda la tierra lo encara con esa santa ley cuyas exigencias usted no ignora. Su carácter y los caracteres de su esposa y de sus hijos son juzgados en base a esa norma sagrada de justicia. Usted ha hecho que ellos desobedezcan, y la santa ley de Dios hace pesar su ruina sobre usted. A través de diversos medios, con los cuales Satanás está cabalmente familiarizado, usted ha obrado para el tiempo y la eternidad al tratar de hacer que los demás crean que usted es un hombre

honrado al dejar la luz de la verdad. ¿Lo es de verdad? No, no. Es un engaño, un terrible engaño. ¿Qué le contestará a Dios en aquel día? Entonces sentirá un terrible pavor y temor de su Creador. Usted procurará inventar alguna excusa por su procedimiento, pero nada le vendrá a la mente. Comparecerá como culpable y condenado. Quizá se enoje usted conmigo porque le he expuesto el caso de esta manera, pero así es, y así sucederá con todos los transgresores de la santa ley de Dios.

No pierda de vista esta verdad: “Doquiera esté, no importa lo que haga, tú, oh Dios, me ves”. No es posible que el aspecto más pequeño de nuestra conducta escape el escrutinio de Uno que dice: “Conozco tus obras”. (Apocalipsis 2:2, 9, 13, 19; 3:1, 15) Las profundidades de cada corazón están abiertas a la inspección de Dios. Cada acto, cada motivo, cada palabra, se nota claramente como si hubiera un solo individuo en todo el universo y toda la vigilancia y escrutinio de Dios se fijara en su comportamiento. ¿Violaremos, entonces, aun un precepto de su ley enseñando a otros a proceder de la misma manera, por medio de evasiones,

afirmaciones y falsedades, en presencia del mismo Dador de la ley? ¿Desafiaremos la sentencia ante la misma faz del Juez? En esto hay una dureza que parece sobrepasar la peor presunción humana. Yo sé, hermano mío, con quien tendré que encontrarme en el día del juicio, que usted no tendrá palabras ni excusa por su defección reciente.

¡Oh, cómo pudiera yo presentar ante usted, y ante mis demás hermanos, la necesidad de poseer una comprensión constante de la presencia de Dios, lo cual lo dotaría de una capacidad tal de controlar su vida, que su postura moral y religiosa ante el pueblo sería muy diferente. Debemos alcanzar una norma más elevada. Cada alma, en su ir y venir, en todas las transacciones comerciales en todo tiempo y en todo lugar, debe actuar dándose cuenta de que se mueve bajo la inspección de Dios y de los ángeles del cielo, y que el Ser que juzgará la obra de todo ser humano para la eternidad, lo acompaña a cada paso, observando todos sus actos y escudriñando todas sus intenciones. Si existiera esta convicción, el conocimiento de la presencia de Dios y del peligro de violar sus preceptos, se

posesionaría del ser entero. ¡Qué tremendo cambio se vería en el hombre, qué cambio en sus asociaciones y cuántos males quedarían sin realizarse! De personas de todos los niveles y de todas las edades se escucharían exclamaciones como esta: “No puedo hacer este gran mal y pecar contra Dios”.

¿Quién entrará por las puertas de la ciudad? “Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para que su potencia sea en el árbol de la vida, y que entren por las puertas en la ciudad”. (Apocalipsis 22:14) Usted sabe cuáles son esos mandamientos tan bien como yo. Amo su alma y el alma de su esposa y las almas de sus hijos inocentes, y por eso es que me dirijo a usted en esta oportunidad. Considere con cuidado por dónde tienden a andar sus pies. Tengo más que decir, pero no ahora ¿Se dignaría escribirme y devolverme la carta que contiene el sueño, como le pedí? Suya con mucho dolor, pena y amor.

20 de abril de 1888.

Capítulo 78

El amor de Dios por los pecadores

Estimado hermano P,

Me doy cuenta por su carta de que se encuentra en un estado de incredulidad, y se pregunta si hay esperanza para su caso. Como embajadora de Cristo, le digo: “Espere en Dios”. “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda mas tenga vida eterna”. (Juan 3:16) Ahora bien, ¿no le infunden ánimo estas palabras alentadoras? Satanás le dirá repetidas veces que usted es un pecador; pero puede contestarle: “Es cierto que soy pecador; pero ‘Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores’”. (1 Timoteo 1:15)

Jesús declaró: “No he venido a llamar a justos, sino a pecadores, al arrepentimiento”. (Mateo 9:13)

Y otra vez: “Os digo que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento”. (Lucas 15:7) ¿No creerá usted estas preciesas palabras? ¿No las recibirá en su corazón? “Buscad a Jehová mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano. Deje el impío su camino y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá compasión de él, y a nuestro Dios, el cual será amplio en perdonar”. (Isaías 55:6-7) ¿No es amplia, profunda y cabal esta promesa? ¿Puede usted pedir más? ¿No permitirá que el Señor aquí mismo levante un estandarte en favor suyo contra el enemigo? Satanás está listo para robarle las preciosas garantías de Dios. Desea quitar del alma toda vislumbre de esperanza y cada rayo de luz; pero usted no debe permitirle que lo haga. Ejercite la fe; pelee la buena batalla de la fe; luche con estas dudas; familiarícese con las promesas.

“Cuando yo diga al justo: De cierto vivirás; si él, confiado en su justicia, comete iniquidad, ninguna de sus justicias será recordada, sino que

morirá por la iniquidad que cometió. Y cuando yo diga al impío: De cierto morirás; si él se convierte de su pecado y práctica el derecho y la justicia... vivirá ciertamente y no morirá. No se le recordará ninguno de los pecados que había cometido; ha practicado el derecho y la justicia; vivirá ciertamente". (Ezequiel 33:13-16)

"¿Con qué me presentaré ante Jehová, y adoraré al Dios altísimo? ¿Me presentaré ante él con holocaustos, con becerros de un año? ¿Se agradará Jehová de millares de carneros, o de diez mil ríos de aceite? ¿Daré mi primogénito por mi prevaricación, el fruto de mis entrañas por el pecado de mi alma? Oh hombre, te ha sido declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y caminar humildemente ante tu Dios". (Miqueas 6:6-8) Cuando Satanás se presente para tentarlo a que abandone toda esperanza, señálele esas palabras. Suplique con David: "De los pecados de mi juventud, y de mis transgresiones, no te acuerdes; conforme a tu misericordia acuérdate de mí, por tu bondad, oh Jehová. Bueno y recto es

Jehová; por tanto, él enseñará a los pecadores el camino, encaminará a los humildes por el juicio, y enseñará a los mansos su camino". (Salmos 25:7-9)

"Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: aunque vuestros pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; aunque sean rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana. Si queréis obedecer, comeréis el bien de la tierra; si rehusáis y sois rebeldes, seréis consumidos a espada; porque la boca de Jehová lo ha dicho". (Isaías 1:18-20) He ahí las promesas, sencillas y claras, ricas y plenas; pero todas se basan sobre condiciones. Si usted cumple los requisitos, ¿no puede entonces confiar que el Señor cumplirá su palabra? Que estas promesas, colocadas dentro del marco de la fe, sean puestas en las recámaras de la memoria. Ni una de ellas fallará. Todo lo que Dios ha dicho, se cumplirá. "Fiel es el que ha prometido". (Hebreos 10:23)

La obra que usted tiene que hacer en favor de sí mismo ha sido claramente delineada: "Lavaos, limpiaos; quitad la iniquidad de vuestras obras de

delante de mis ojos; dejad de hacer lo malo; aprended a hacer el bien; buscad la justicia, reprimid al opresor, defended la causa del huérfano, amparad a la viuda". (Isaías 1:16, 17) "Si el impío restituye la prenda, devuelve lo que haya robado, y camina en los estatutos de la vida no haciendo iniquidad, vivirá ciertamente y no morirá". (Ezequiel 33:15) Dice el Señor: "Y vosotros decís: El camino del Señor no es recto. Oíd ahora, casa de Israel: ¿Es mi camino el que no es recto? ¿No son vuestros caminos los que son torcidos?" (Ezequiel 18:25) "¿Acaso me complazco yo en la muerte del impío?, dice el Señor Jehová. ¿No me complazco más bien en que se aparte de sus caminos y viva?" (Ezequiel 18:23) "Por tanto, yo os juzgaré a cada uno según sus caminos, oh casa de Israel, dice el Señor Jehová. Convertíos, y volveos de todas vuestras transgresiones, y no os será la iniquidad causa de ruina. Arrojad lejos de vosotros todas vuestras transgresiones con que habéis pecado, y haceos un corazón nuevo y un espíritu nuevo. ¿Por qué habéis de querer morir, casa de Israel? Pues yo no me complazco en la muerte del que muere, dice Jehová

el Señor; convertíos, pues, y vivid”. (Ezequiel 18:30-32)

Aquí el Señor ha revelado claramente su voluntad con relación a la salvación del pecador. Y la actitud que asumen muchos de expresar dudas e incredulidad respecto a si el Señor los salvará o no, es una afrenta contra el carácter de Dios. Aquellos que se quejan de severidad de parte de él están diciendo, en efecto: “No es recto camino del Señor”. Pero él inmediatamente devuelve la imputación sobre el pecador: “¿No son vuestros caminos torcidos?” “Yo os juzgaré a cada uno según sus caminos... Convertíos y apartaos de todas vuestras transgresiones, y no os será la iniquidad causa de ruina”. (Ezequiel 18:25, 29, 30) El carácter de Dios queda completamente vindicado en las palabras de las Sagradas Escrituras que le he expuesto. El Señor recibirá al pecador cuando se arrepienta y abandone sus pecados para que Dios pueda obrar a través de sus esfuerzos para perfeccionar el carácter. Las promesas no son sí y no, pero si el hombre cumple con los requisitos, ellas, en Cristo, son: “Sí... y

amén, por medio de nosotros, para la gloria de Dios”. (2 Corintios 1:19-20) El único propósito que Dios tuvo al entregar a su Hijo por los pecados del mundo, es que el ser humano pueda ser salvo, no en transgresión y en maldad, sino mediante el abandono del pecado, el lavamiento de las ropas del carácter, y en que sean emblanquecidos por la sangre del Cordero. El se propone extirpar del hombre toda cosa ofensiva que es objeto de su odio, pero el hombre debe cooperar con Dios en esta obra. El pecado tiene que ser abandonado y odiado, y en cambio debe aceptar la justicia de Cristo por medio de la fe. De esta manera lo divino cooperará con lo humano.

Debemos cuidarnos de no dar lugar a la duda ni a la incredulidad, y en nuestra actitud de desesperación, no debemos quejarnos de Dios ni representarlo mal ante el mundo. Al hacerlo así, nos ponemos del lado de Satanás. “Pobres almas” --dice él--, “las compadezco en su aflicción por el pecado; pero Dios no tiene misericordia. Anheláis recibir un rayo de luz; pero Dios os deja perecer, y se deleita en vuestra miseria”. Este es un terrible

engaño. No prestéis oído al tentador, sino decid: “Jesús murió para darme vida. Me ama, y no desea que yo me pierda. Tengo un Padre celestial compasivo; y, aunque yo he abusado de su amor, aunque he desperdiciado las bendiciones que él bondadosamente me ha dado, me levantaré e iré a mi Padre, y le diré: He pecado... y no soy digno de ser llamado tu hijo... Hazme como uno de tus jornaleros” véase (Lucas 15:18-20). La parábola del hijo pródigo nos dice cómo será recibido el que vagaba. “Y cuando estaba aún lejos, lo vio su padre, y fue movido a compasión, y corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó efusivamente”. (Lucas 15:20) Así representa la Biblia el deseo de Dios de recibir al pecador que vuelve arrepentido.

Pero aún esta parábola, tierna y conmovedora como es, no alcanza a expresar la compasión infinita del Padre celestial. El Señor declara por medio de su profeta: “Con amor eterno te he amado; por lo tanto, te prolongué mi misericordia”. (Jeremías 31:3) Aún cuando el pecador está lejos de la casa de su Padre, malgastando sus bienes en un país extraño, el corazón del Padre suspira por él;

y cada anhelo de volver a Dios que nace en el alma no es más que el gemido de su Espíritu, buscando, rogando, y atrayendo al vagabundo al seno de amor de su Padre.

Teniendo por delante las ricas promesas de la Biblia, ¿será posible que todavía quiera dar lugar a la duda? ¿Es capaz de creer que cuando el pobre pecador anhela retornar, anhela abandonar sus pecados, el Señor con severidad le impide volver a sus pies arrepentido? ¡Desechemos esos pensamientos! Nada puede deshonrar más a Dios que estas ideas. Nada puede causarle más daño a su propia alma que el albergar estos pensamientos acerca de nuestro Padre celestial. Toda nuestra vida espiritual adquirirá un tono de desesperanza con estos conceptos de Dios. No debemos pensar en Dios sólo como un juez que está listo para dar un fallo en contra nuestra. El odia el pecado; sin embargo, por causa de su amor por los pecadores se entregó, en la persona de Cristo, para que todos los que quieran se salven y disfruten de dicha eterna en el reino de la gloria.

El mismo Señor ha manifestado su carácter, el cual Satanás maliciosamente ha falseado. El se ha revelado como “¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad, que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado”. (Éxodo 34:6, 7) ¿Qué lenguaje más directo o más tierno pudo haberse empleado que el que él mismo ha escogido para expresar su amor hacia nosotros? El declara: “¿Se olvidará la mujer de su niño de pecho, para dejar de compadecerse del hijo de su vientre? Pues aunque éstas lleguen a olvidar, yo nunca me olvidaré de tí”. (Isaías 49:15)

En el plan de la redención, “la misericordia y la justicia se encontraron; la justicia y la paz se besaron”. (Salmos 85:10) El Dios omnisapiente y todopoderoso, el cual habita en la luz inaccesible, está lleno de amor y de bondad. Por lo tanto, dad gloria al Señor, vosotros que dudáis y tembláis; porque Jesús vive para interceder por nosotros. Dad gloria a Dios por el don de su Hijo y porque él no murió en vano por nosotros.

Hermano P, usted pregunta si ha cometido el pecado que no tiene perdón en esta vida o en la venidera. Contesto que no veo la menor evidencia de que éste sea el caso. ¿En qué consiste el pecado contra el Espíritu Santo? En atribuir voluntariamente a Satanás la obra del Espíritu Santo. Supongamos, por ejemplo, que uno presencie la obra especial del Espíritu de Dios. Tiene evidencia convincente de que la obra está en armonía con las Escrituras, y el Espíritu testifica a su espíritu que es de Dios. Pero más tarde, cae bajo la tentación; lo domina el orgullo, la suficiencia propia, o alguna otra característica mala; y rechazando toda la evidencia de su carácter divino, declara que lo que antes reconoció como ser del Espíritu Santo era poder de Satanás. Por medio de su Espíritu es cómo Dios obra en el corazón humano; y cuando los hombres rechazan voluntariosamente al Espíritu, y declaran que es de Satanás, cortan el conducto por medio del cual Dios puede comunicarse con ellos. Al negar la evidencia que Dios le agradó darles, apagan la luz que había resplandecido en sus corazones, y como

resultado son dejados en tinieblas. Así se cumplen las palabras de Cristo: “Mira pues, si la lumbre que en ti hay, es tinieblas”. (Lucas 11:35) Por un tiempo, las personas que han cometido este pecado pueden aparentar ser hijos de Dios; pero cuando se presenten circunstancias que han de desarrollar el carácter, y manifestar qué clase de espíritu las posee, se descubrirá que están en el terreno del enemigo, bajo su negro estandarte.

Hermano mío, el Espíritu le invita hoy. Acuda de todo corazón a Jesús. Arrepiéntase de sus pecados, haga su confesión a Dios, abandone toda iniquidad, y podrá acogerse a sus promesas. “Mirad a mí, y sed salvos” (Isaías 45:22), es su misericordiosa invitación.

Llegará el día cuando se promulgará la espantosa denuncia de la ira de Dios sobre todos los que han persistido en su deslealtad para con él. Será entonces cuando Dios deberá hablar y hacer cosas terribles en justicia contra los transgresores de su ley. Pero no necesita hallarse entre aquellos que caerán bajo la ira de Dios. Ahora es el día de

su salvación. La luz de la cruz del Calvario resplandece ahora en rayos claros y brillantes, que revelan a Jesús como nuestro sacrificio por el pecado. Mientras lea las promesas que le he presentado, recuerde que son la expresión de un amor y una compasión inefables. El gran corazón lleno de un amor infinito se siente atraído hacia el pecador con compasión ilimitada. “Tenemos redención por su sangre, la remisión de pecados”. (Efesios 1:7) Sí, crea tan sólo que Dios es su auxiliador. Quiere restaurar en el hombre su imagen moral. En la medida en que usted se acerque a él con confesión y arrepentimiento, él se acercará a usted con misericordia y perdón. Todo lo debemos al Señor. Es el Autor de nuestra salvación. Mientras obra su propia salvación con temor y temblor, “Dios es el que en vosotros obra así el querer como el hacer, por su buena voluntad”. (Filipenses 2:13)

Capítulo 79

La confesión aceptable

“El que encubre sus pecados no prosperará, pero el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia”. (Proverbios 28:13)

Las condiciones para obtener la misericordia son sencillas, justas y razonables. El Señor no requiere que hagamos alguna cosa penosa para que obtengamos el perdón del pecado. No es necesario que hagamos largos y fatigadores peregrinajes o dolorosas penitencias para encomendar nuestras almas al Dios del cielo o para expiar nuestra transgresión; pero el que confiesa su pecado y se aparta de él, hallará misericordia. Esta es una preciosa promesa, dada al hombre caído para animarlo a confiar en el Dios de amor y a buscar la vida eterna en su reino.

Leemos cómo Daniel, el profeta de Dios, era un hombre “muy amado” (Daniel 9:23) por el cielo. Ocupaba un puesto elevado en las cortes de

Babilonia y sirvió y honró a Dios tanto en la prosperidad como en la adversidad y, sin embargo, se humilló a sí mismo y confesó su propio pecado y el pecado de su pueblo. Contristado de corazón, reconoció: “Hemos pecado, hemos cometido iniquidad, hemos obrado perversamente, hemos sido rebeldes, y nos hemos apartado de tus mandamientos y de tus ordenanzas. No hemos obedecido a tus siervos los profetas, que en tu nombre hablaron a nuestros reyes, a nuestros príncipes, a nuestros padres y a todo el pueblo de la tierra. A tí, Señor, la justicia y a nosotros la vergüenza en el rostro, como en el día de hoy lleva todo hombre de Judá, los moradores de Jerusalén, y todo Israel, los de cerca y los de lejos, en todas las tierras adonde los has echado a causa de las rebeliones con que se rebelaron contra tí”. (Daniel 9:1-7)

Daniel no procuró excusarse a sí mismo o a su pueblo ante Dios; sino que en humildad y contrición de alma confesó la magnitud completa y el demérito de sus transgresiones, y defendió como justa la manera en que Dios actuó con una nación

que había invalidado sus demandas y que no se beneficiaría con sus ruegos.

Hoy día hay una gran necesidad precisamente de un sincero y profundo arrepentimiento y confesión. Aquellos que no han humillado sus almas ante Dios en reconocimiento de su culpa, todavía no han cumplido la primera condición del arrepentimiento. Si aún no hemos experimentado ese arrepentimiento que sale del corazón y que tiene resultados permanentes, y no hemos confesado nuestro pecado con verdadera humillación del alma y quebrantamiento de espíritu, aborreciendo la iniquidad, no hemos nunca buscado verdaderamente el perdón de los pecados; y si nunca lo hemos buscado, nunca hemos encontrado la paz de Dios. La única razón porque no obtenemos la remisión de los pecados pasados es que no estamos dispuestos a subyugar nuestros altivos corazones y cumplir con las condiciones de la palabra de verdad. Se ha dado instrucción muy clara respecto a este asunto.

La confesión del pecado, sea pública o privada,

debe ser de corazón y libremente expresada. No hay que imponérsela al pecador. No ha de llevarse a cabo de una manera liviana y descuidada, o extraerse a la fuerza de los que no tienen una verdadera conciencia del carácter aborrecible del pecado. La confesión que va mezclada con lágrimas y tristeza, que representa la efusión de lo más profundo del alma, encuentra el camino hacia el Dios de misericordia infinita. Dice el salmista: “Cercano está Jehová a los quebrantados de corazón; y salva a los contritos de espíritu”. (Salmos 34:18)

Hay demasiadas confesiones como las de Faraón cuando sufría los juicios de Dios. Reconoció su pecado para escapar de un castigo mayor, pero volvió a su desafío contra el cielo tan pronto como las plagas cesaron. La confesión de Balaam fue de carácter parecido. Lleno de terror por causa del ángel que obstruía su camino espada en mano, admitió su culpa por temor a perder la vida. No hubo un arrepentimiento genuino por el pecado, ninguna contrición, ningún cambio de propósito, ningún aborrecimiento del mal, y ningún

valor o virtud en su confesión. Judas Iscariote, después de traicionar a su Señor, se fue adonde los sacerdotes, exclamando: “Yo he pecado entregando sangre inocente”. (Mateo 27:4) Pero esta confesión no era de un carácter tal como para encomendarlo a la misericordia de Dios. Salió forzada de su alma culpable por un tremendo sentido de condenación y una horrenda expectación de juicio. Las consecuencias que le acarrearían, extrajeron este reconocimiento de su gran pecado. No hubo un lamento profundo y desgarrador dentro de su alma porque había entregado al Hijo de Dios para que fuese escarnecido, azotado y crucificado; porque había entregado al Santo de Israel en manos de hombres malvados y sin escrúpulos. Su confesión fue inspirada solamente por un corazón egoísta y entenebrecido.

Después que Adán y Eva habían participado del fruto prohibido, se llenaron de vergüenza y terror. Al principio, su único pensamiento era cómo excusar su pecado ante Dios y escapar la temible sentencia de muerte. Cuando el Señor le preguntó en cuanto a su pecado, Adán respondía

atribuyéndole la culpa en parte a Dios y en parte a su compañera: “La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí”. La mujer le echó la culpa a la serpiente declarando: “La serpiente me engañó, y yo comí. (Génesis 3:12, 13) ¿Por qué creaste la serpiente? ¿Por qué le permitiste entrar en el Edén?” Estas fueron las preguntas que se daban a entender en las excusas que ofrecieron por su pecado; de hecho, culpaban directamente a Dios por haber caído. El espíritu de la justificación propia se originó en el padre de las mentiras y se ha manifestado en todos los hijos e hijas de Adán. Esta clase de confesiones no son inspiradas por el divino Espíritu y no serán aceptables ante Dios. El verdadero arrepentimiento hará que el hombre sobrelleve su propia culpa y que la reconozca sin disimulo e hipocresía. Como el pobre publicano, que ni siquiera se atrevía a levantar sus ojos hacia el cielo, se golpeará el pecho y clamará: “Dios, sé propicio a mí, pecador” (Lucas 18:13); y los que reconocen su culpa serán justificados; porque Jesús presentará su sangre en favor del alma arrepentida

No constituye ninguna degradación para el hombre el inclinarse ante su Hacedor y confesar sus pecados, y rogar por el perdón a través de los méritos de un Salvador crucificado y resucitado. Es algo noble reconocer la maldad ante Aquel que ha sido herido por la transgresión y la rebelión. Es algo que nos eleva ante los hombres y los ángeles; porque “el que se humilla será enaltecido” (Mateo 23:12) Pero el que se postra ante el hombre caído y se explaya confesando los pensamientos y las imaginaciones secretas de su corazón, se deshonra a sí mismo degradando su hombría y rebajando todo noble instinto de su alma. Al desplegar los pecados de su vida ante un sacerdote corrompido por el vino y el libertinaje, su norma de carácter se rebaja, y como resultado se contamina. Dios se degrada en su mente hasta asemejarse a la imagen de la humanidad pecaminosa, por cuanto el sacerdote está como representante de Dios. Es precisamente esta confesión degradante del hombre ante el hombre caído la que es responsable del mal creciente que está contaminando al mundo y preparándolo para la destrucción final.

Dice el apóstol: “Confesaos vuestras faltas unos a otros y orad unos por otros, para que seáis sanados”. (Santiago 5:16) Este pasaje bíblico se ha interpretado para apoyar la práctica de ir a un sacerdote en busca de la absolución; pero no tiene tal aplicación. Confesad vuestros pecados ante Dios, quien es el único capaz de perdonarlos, y vuestras faltas unos a otros. Si habéis ofendido a un amigo o al prójimo, debéis reconocer vuestro delito, y es su deber perdonaros. Entonces habréis de procurar el perdón de Dios, porque el hermano a quien heristeis es la propiedad de Dios, y al herirle pecasteis contra su Creador y Redentor. El caso de ninguna manera se presenta ante el sacerdote, sino ante el único Mediador, nuestro Sumo Sacerdote, quien fue “tentado en todo punto, pero sin pecado”, y quien “puede compadecerse de nuestras enfermedades” (Hebreos 4:15) y puede limpiarnos de toda mancha de iniquidad.

Cuando David pecó contra Urías y su mujer, clamó a Dios por el perdón. El declara: “Contra ti, contra ti solo he pecado, y hecho lo que es malo delante de tus ojos” (Salmos 51:4) Todo el mal que

se haya cometido contra los demás se extiende desde el injuriado hasta Dios. Por lo tanto, David procura el perdón, no de parte de un sacerdote, sino del Creador del hombre. El ora así: “Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia; conforme a la multitud de tus piedades borra mis delitos”. (Vers. 1)

La verdadera confesión es siempre de carácter específico y reconoce pecados particulares. Pueden ser de tal naturaleza que deben ser presentados solamente ante Dios, pueden ser ofensas que se deben confesar a individuos que han sido dañados por causa de ellos, o pueden ser de tipo general que deben ser presentados ante el pueblo. Pero toda confesión debe ser definida y al punto, reconociendo los pecados mismos de que sois culpables.

Cuando Israel estaba siendo oprimido por los amonitas, el pueblo escogido hizo un ruego ante Dios que ilustra el carácter definido de la confesión: “Entonces los hijos de Israel clamaron a Jehová, diciendo: Nosotros hemos pecado contra ti;

porque hemos dejado a nuestro Dios, y servido a los baales. Y Jehová respondió a los hijos de Israel: ¿No habéis sido oprimidos de Egipto, de los amorreos, de los amonitas, de los filisteos ...? Mas vosotros me habéis dejado y habéis servido a dioses ajenos, por tanto, yo no os libraré más. Andad y clamad a los dioses que os habéis elegido; que os libren ellos en el tiempo de vuestra aflicción. Y los hijos de Israel respondieron a Jehová: Hemos pecado, haz tú con nosotros como bien te parezca; sólo te rogamos que nos libres en este día. Y quitaron de entre sí los dioses ajenos, y sirvieron a Jehová; y él fue movido a compasión a causa del sufrimiento de Israel". (Jueces 10:10-17)

La confesión no será aceptable ante Dios sin un arrepentimiento y reforma sinceros. Han de haber cambios decididos en la vida; todo lo que ofende a Dios ha de ser puesto a un lado. Este será el resultado de una tristeza genuina por el pecado. Pablo, refiriéndose a la obra del arrepentimiento dice: "Porque he aquí, esto mismo de que hayáis sido contristados según Dios, ¡qué solicitud produjo en vosotros, qué defensa, qué indignación,

qué temor, qué ardiente afecto, qué celo, y qué vindicación! En todo os habéis mostrado limpios en el asunto”. (2 Corintios 7:11)

En los días de Samuel, los israelitas se apartaron de Dios. Sufrían las consecuencias del pecado por cuanto habían perdido su fe en Dios, perdido el discernimiento de su poder y sabiduría en el gobierno de la nación, perdido su confianza en su capacidad de defender y vindicar su causa. Se apartaron del gran Gobernador del universo y desearon ser gobernados al estilo de las naciones circunvecinas. Antes de encontrar la paz, hicieron esta confesión definida: “A todos nuestros pecados hemos añadido este mal de pedir rey para nosotros”. (1 Samuel 12:19) El mismo pecado del cual se convencieron tuvo que ser confesado. Su ingratitud oprimía sus almas y los desvinculaba de Dios.

Cuando el pecado ha adormecido las percepciones morales, el malhechor no discierne los defectos de su carácter ni se da cuenta de la enormidad del mal que ha cometido; y, a menos

que se rinda al poder convincente del Espíritu Santo, permanecerá en una ceguera parcial con respecto a su pecado. Sus confesiones no son sinceras y fervorosas. A cada reconocimiento de su culpa añade una disculpa para excusar su proceder, declarando que si no hubiese sido por ciertas circunstancias, no hubiera hecho esto o aquello, por lo que ahora es reprendido. Pero los ejemplos de verdadero arrepentimiento y humillación dados en la Palabra de Dios revelan un espíritu de confesión en el cual no hay ninguna excusa por el pecado ni ningún esfuerzo por justificarse a sí mismo.

Pablo no procuró escudarse, sino que pintó su pecado en los tonos más oscuros, sin intentar aminorar su culpa. Dice: “Yo encerré en cárceles a muchos de los santos, habiendo recibido poderes de los principales sacerdotes; y cuando los mataban, yo di mi voto. Y muchas veces, castigándolos en todas las sinagogas, los forzaba a blasfemar; y enfurecido sobremanera contra ellos, los perseguía hasta en las ciudades extranjeras”. (Hechos 26:10, 11) No vacila al declarar que “Cristo Jesús vino al mundo a salvar a los

pecadores, de los cuales yo soy el primero”. (1 Timoteo 1:15)

El corazón humillado y contrito, doblegado por el arrepentimiento genuino, podrá apreciar un poco el amor de Dios y el costo del Calvario; y de la misma manera como un hijo confiesa ante un padre amoroso, el que está verdaderamente arrepentido presentará todos sus pecados ante Dios. Y escrito está: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”. (1 Juan 1:9)

Capítulo 80

Ideas erróneas acerca de la confesión

Estimados hermanos y hermanas de _____,

He escuchado acerca de la buena obra que se ha estado llevando a cabo entre vosotros, y mi corazón se regocija. Desde que llegué a Battle Creek, he estado pensando mucho en la iglesia de ese lugar. Durante la semana de oración que se nos presentó, y en todas nuestras instituciones, ha surgido un interés firme y bien equilibrado.

En el colegio se han llevado a cabo reuniones con éxito marcado. Ha habido varias conversiones entre los alumnos no adventistas. Las conversiones fueron más impresionantes aún, debido a que esas personas no habían tenido ninguna experiencia religiosa antes de venir al colegio, y algunos de ellos estaban determinados a no asistir a las reuniones para no exponerse a la luz. Pero

asistieron y el Espíritu Santo los convenció y se convirtieron genuinamente. Ellos dicen que nunca antes habían estado tan felices como ahora. Algunos se han ido a sus hogares a pasar sus vacaciones. Como sus padres no profesan su religión, su fe será severamente probada. Pero se reciben interesantes cartas en las que declaran que están haciendo frente a sus nuevas responsabilidades y que se están esforzando por demostrar a sus amigos que la nueva fe que han recibido no los ha convertido en fanáticos y extremistas, sino en cristianos equilibrados, mejores en todo sentido que antes de su conversión. Ellos abrazan los principios de una fe pura y de amor hacia Dios y el prójimo, los cuales ponen por obra mediante una vida bien ordenada y una sana conversación. La buena obra que ha hecho el colegio ha sido una fuente de gran regocijo para todos.

Durante tres semanas hemos tenido reuniones matutinas a las cinco y media para los empleados auxiliares del sanatorio. He hablado en estas ocasiones con buenos resultados; también he

hablado a los pacientes varias veces.

Hemos tenido reuniones al mediodía con los obreros de la oficina de la Review. El Señor está obrando allí manifiestamente. Hombres que han profesado la verdad por años y que sin embargo nunca parecían tener ningún calor en su alma, han sido visitados por el Espíritu del Señor, y habría que oír cómo testifican de corazón acerca del precioso amor de Dios manifestado en su ser. Algunos de ellos dicen que nunca antes habían sido convertidos.

Se han llevado a cabo reuniones en el templo dos veces al día por espacio de dos semanas y el mensaje presentado ha sido recibido de todo corazón. Los testimonios que fueron dados eran genuinos. Doy gracias a Dios por esta buena obra. Hemos tenido además algunas reuniones especiales en el templo. Como esta iglesia es grande, después que llamamos a la gente a pasar al frente para orar el sábado por la tarde, el último sábado del año viejo, invitamos a los que sentían que debían hacer confesión a que fueran y entraran a una de las salas

anexas, donde tendrían oportunidad de hacerlo. Yo había hablado sobre el último capítulo de Malaquías: “¿Robará el hombre a Dios?” “Traed todos los diezmos al alfolí para que haya alimento en mi casa; y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde”. (Malaquías 3:10) Se hicieron muchas confesiones relacionadas con este asunto.

Algunos no habían obrado honradamente con sus prójimos y confesaron sus pecados, y desde entonces han hecho restitución. Durante la semana próxima algunos de los que no habían estado obrando honradamente con Dios y como consecuencia se habían separado de él, empezaron a restituir lo que habían retenido. Un hermano no había devuelto sus diezmos por espacio de dos años. Le entregó una nota al secretario de la asociación por la cantidad de diezmo que había retenido, más los intereses, lo cual llegaba a la suma de 571,50 dólares. Doy gracias a Dios porque tuvo valor de hacerlo. Otro entregó una nota de 300 dólares. Otro hombre que había apostatado y se

hallaba tan alejado de Dios que había pocas esperanzas de que volviera a caminar por el sendero de la justicia, entregó una nota de mil dólares. Se acordó que estos diezmos atrasados se dedicaran a la Misión Central de Europa. De modo que con ese dinero y otros donativos entregados para Navidad, se juntaron casi 6.000 dólares en esa iglesia, los cuales se entregaron a la tesorería para usarse en la obra de las misiones.

El alma que vive por la fe en Cristo no desea un bien mayor que el de conocer y hacer la voluntad de Dios. Es la voluntad de Dios que la fe de Cristo se haga perfecta por medio de las obras; él relaciona esta salvación y vida eterna de los creyentes con estas obras, y a través de ellas hace provisión para que la luz de la verdad penetre en todos los países y llegue a todas las personas. Este es el fruto de la obra del Espíritu de Dios.

La verdad ha hecho blanco en los corazones. No es un impulso caprichoso, sino una verdadera conversión al Señor, y la voluntad perversa del hombre es subyugada por la voluntad de Dios.

Robarle a Dios en diezmos y ofrendas es una violación del claro mandato de Jehová y causa un daño profundísimo a los que lo hacen, ya que los priva de la bendición de Dios, la cual se promete a los que proceden honradamente con él.

Por experiencia propia hemos aprendido que si Satanás no logra mantener a las almas atadas en el hielo de la indiferencia, intenta empujarlas hacia el fuego del fanatismo. Cuando el Espíritu del Señor se manifiesta entre su pueblo, también el enemigo aprovecha la oportunidad para obrar, procurando amoldar la obra de Dios conforme a los rasgos particulares y no santificados de diferentes individuos que trabajan en esa obra. Por lo tanto, siempre existe el peligro de hacer decisiones imprudentes. Muchos llevan a cabo una obra que ellos mismos han inventado, una obra que Dios no ha impulsado.

Sin embargo, en lo que concierne a la obra aquí en Battle Creek, no ha habido fanatismo. Hemos sentido la necesidad de protegerla por todos lados con sumo cuidado; porque si el enemigo puede

empujar a la gente hacia los extremos, queda bien complacido. De esa manera puede hacer más daño que si no hubiese habido un despertar religioso. Sabemos que jamás se ha hecho un esfuerzo religioso en el cual Satanás no haya hecho los mayores intentos de entremeterse, y en estos últimos días lo hará como nunca antes. El se da cuenta de que su tiempo es corto y obrará con todo el engaño de la injusticia para mezclar errores y opiniones incorrectos dentro de la obra de Dios y forzar a los hombres a asumir posiciones falsas.

En muchos de nuestros reavivamientos religiosos se han cometido errores con respecto a la confesión. Aunque la confesión es saludable para el alma, es necesario que procedamos sabiamente.

Me ha sido mostrado que muchas, muchas confesiones nunca deberían pronunciarse ante el oído de los mortales; porque el resultado es lo que el criterio limitado de seres finitos no anticipa. Se dispersan las semillas del mal en las mentes y los corazones de los que las escuchan y cuando están bajo la tentación, estas semillas germinan y dan su

fruto, repitiéndose así la misma triste experiencia. Los que son tentados piensan que esos pecados no pueden ser tan penosos porque ¿acaso no los cometieron los cristianos de experiencia que hicieron esa confesión? De modo que, la confesión abierta de esos pecados secretos dentro de la iglesia resultará en sabor de muerte y no de vida.

No deben llevarse a cabo actividades en forma generalizada en cuanto al asunto de la confesión, porque la causa de Dios puede sufrir desprestigio ante la vista de los incrédulos. Si ellos escuchan confesiones de una baja conducta realizada por los que profesan ser seguidores de Cristo, se acarrea oprobio sobre su causa. Si Satanás de alguna forma pudiera propagar la impresión que los adventistas del séptimo día son la escoria de todas las cosas, lo haría con regocijo. ¡Que Dios no se lo permita! Dios recibirá mayor gloria si confesamos la corrupción secreta e innata del corazón sólo a Jesús, que si abrimos lo recóndito que hay en él ante el hombre finito y errante, el cual es incapaz de juzgar con rectitud, a menos que su corazón esté constantemente imbuído del Espíritu de Dios. Dios

conoce el corazón, aun todos los secretos del alma; entonces, no virtáis en los oídos humanos el relato que sólo Dios debe escuchar.

Hay confesiones que son de tal naturaleza que deben ser llevadas ante unas cuantas personas selectas y reconocidas por el pecador con la más profunda humildad. El asunto no debe manejarse de tal forma que vaya a convertirse el vicio en virtud y que se haga sentir orgulloso al pecador por sus malos hechos. Si hay cosas de una naturaleza deshonrosa que deben presentarse ante la iglesia, llévense ante unas cuantas personas dignas que las escuchen, y no se exponga la causa de Cristo a la vergüenza pública propagando la hipocresía que ha existido en la iglesia. Ello traería oprobio sobre aquellos que procuraban ser semejantes a Cristo en carácter. Estas cosas deben considerarse.

Luego hay confesiones que el Señor nos pide que hagamos unos a otros. Si habéis herido a un hermano en palabra o hecho, debéis primero reconciliaros con él para que vuestro culto pueda ser aceptable en el cielo. Confesad a los que habéis

herido y haced restitución, produciendo fruto digno de arrepentimiento. Si alguien alberga sentimientos de amargura, ira o malicia hacia algún hermano, que se dirija a él personalmente, confiese su pecado y procure el perdón.

De la forma como Cristo trata a los que yerran, podemos aprender lecciones valiosas, que se pueden aplicar por igual a esta obra de confesión. Nos pide que busquemos solos al que ha caído en la tentación y que luchemos con él. Si no es posible ayudarle por causa de las tinieblas que hay en su mente y su separación de Dios, debemos intentarlo de nuevo con dos o tres personas más. Únicamente si el mal no se corrige debemos comunicarlo a la iglesia. Es mejor tratar de arreglar los males y sanar las heridas sin necesidad de presentar el asunto ante toda la iglesia. La iglesia no debe ser un recipiente donde se depositan todas las quejas y se confiesan todos los pecados.

Reconozco que por otro lado, existe el peligro de caer en la tentación de encubrir el pecado y contemporizar con él, desempeñando el papel de

hipócritas. Aseguraos de que la confesión abarque completamente la influencia del mal cometido para que ningún deber para con Dios, el prójimo o la iglesia quede sin cumplirse para poder asiros de Cristo con confianza y poder esperar su bendición. Sin embargo, la cuestión de cómo y a quién deben confesarse los pecados exige un estudio cuidadoso basado en la oración. Hemos de considerarla desde todo punto de vista, pesándola ante Dios y buscando el esclarecimiento divino. Debemos preguntarnos si la confesión pública de los pecados de los cuales somos culpables obrará para bien, o para mal. ¿Anunciará las virtudes de Aquel que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable? ¿Ayudará a purificar las mentes del pueblo la relación abierta de los engaños cometidos al negar la verdad, o tendrá después una influencia contaminadora sobre las mentes, y destruirá la confianza que otros tienen en nosotros?

Los hombres no poseen la sabiduría de Dios ni el constante esclarecimiento que proviene de la Fuente de todo poder, el cual haría que fuera seguro para ellos seguir sus propios impulsos e

impresiones. He visto por experiencia que cuando han obrado de ese modo, se ha producido la destrucción no sólo de los que han obrado conforme a sus propios impulsos, sino de muchos otros que cayeron bajo su influencia. La extravagancia más desordenada fue el resultado, y la incredulidad y el escepticismo aumentaron a la par con el extremismo de la agitación religiosa. La obra que no se forja en Dios llega a la nada tan pronto como se acaba la agitación.

Hay poder y permanencia en lo que el Señor hace, sea que obre por medio de instrumentos humanos o de otra manera. El progreso y la perfección de la obra de la gracia en el corazón no dependen de la agitación o las manifestaciones extravagantes. Los corazones que están bajo la influencia del Espíritu de Dios estarán en dulce armonía con su voluntad. Me ha sido mostrado que cuando el Señor obra por medio de su Santo Espíritu, no habrá nada en sus transacciones que degrade al pueblo del Señor ante el mundo, sino que más bien lo exalta. La religión de Cristo no hace toscos y rudos a los que la profesan. Los

sujetos de la gracia no son indóciles, sino que están siempre dispuestos a aprender de Jesús y a buscar el consejo el uno del otro.

Lo que aprendamos del gran Maestro de la verdad perdura; no tendrá el sabor de la suficiencia propia, sino que nos conducirá a la humildad y a la mansedumbre; y la obra que hagamos será sana, pura y ennoblecedora, porque se forjó en Dios. Los que así trabajan demostrarán en su vida hogareña y en su trato con la humanidad, que tienen el pensamiento de Cristo. La gracia y la verdad reinarán en sus corazones, inspirando y purificando sus intenciones y ejerciendo control sobre sus actos externos.

Espero que ninguno vaya a pensar que se está ganando el favor de Dios por medio de la confesión de sus pecados, o que haya una virtud especial en confesarse ante los seres humanos. Debe haber en nuestra experiencia la fe que obra por medio del amor y que purifica el alma. El amor de Cristo subyugará las inclinaciones carnales. La verdad no sólo lleva dentro de sí misma la evidencia de su

origen celestial, sino que demuestra que por la gracia del Espíritu de Dios es eficaz en lo que concierne a la purificación del alma. El Señor anhela que vengamos a él diariamente con todas nuestras cuitas y confesiones de pecado, y él nos puede dar el descanso al llevar su yugo y su carga. Su Santo Espíritu, mediante sus piadosas influencias, colmará el alma, y todo pensamiento será sometido a la obediencia de Cristo.

Me temo ahora que por causa de algún error de vuestra parte la bendición de Dios que recayó sobre vosotros en _____ se convierta en maldición; que alguna idea falsa prevalezca, de manera que estéis dentro de pocos meses en una condición peor que en la que estabais antes de que se efectuara esta obra de reavivamiento. Si no cuidáis constantemente vuestras almas, los incrédulos tendrán la peor impresión de vosotros. Dios no sería glorificado con esta clase de servicio espasmódico. Cuidaos de no llevar las cosas a los extremos y de traer amplio oprobio sobre la preciosa causa de Dios. Después de haber sido bendecidos por Dios, muchos fracasan al no

procurar ser, en la humildad de Cristo, una bendición para los demás. En vista de que las palabras de vida eterna han sido sembradas en vuestros corazones, os ruego que andéis humildemente ante Dios, que hagáis las obras de Cristo, y que rindáis mucho fruto de justicia. Ruego al Señor que vosotros os comportéis como hijos e hijas del Altísimo, que no os convirtáis en extremista y que no hagáis nada que contriste al Espíritu de Dios.

No fijéis vuestra vista en los hombres, ni pongáis vuestra esperanza en ellos, pensando que son infalibles; sino mirad a Jesús constantemente. No digáis nada que desacredite vuestra fe. Confesad vuestros pecados secretos solos ante vuestro Dios. Admitid los desvíos de vuestro corazón ante él, que sabe cómo atender en forma perfecta vuestro caso. Si habéis hecho mal al prójimo, decidle a él vuestro pecado y manifestad el fruto de ello haciendo restitución. Luego reclamad la bendición. Venid ante Dios tal como sois, y Permitid que él sane vuestras dolencias. Presentad con insistencia vuestro caso ante el trono

de la gracia; que la obra sea completa. Sed sinceros al tratar con Dios y con vuestra propia alma. Si os allegáis a él con un corazón verdaderamente contrito, él os dará la victoria. Entonces podréis dar un dulce testimonio de libertad, expresando alabanzas a Aquel que os ha llamado de las tinieblas a su luz admirable. El no os malentiende ni os juzga mal. Vuestros compañeros no pueden absolveros del pecado ni limpiaros de la iniquidad. Jesús es el único que os puede brindar la paz. Os amó y se entregó a sí mismo por todos vosotros. Su gran corazón de amor se compadece “de nuestras debilidades”. (Hebreos 4:15) ¿Hay acaso algún pecado tan enorme que él no pueda perdonar, un alma tan sumida en las tinieblas y tan oprimida por el pecado que él no pueda salvar? El es misericordioso, y no busca ningún mérito en nosotros, sino que conforme a su bondad sin límites sana nuestras apostasías y nos ama sin restricción, siendo nosotros aún pecadores. El es “lento para la ira, y grande en misericordia” (Salmos 86:15; 103:8; 145:8); “paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Pedro

3:9)

No procuréis agitaros hasta alcanzar un alto nivel de excitación; sino id y trabajad en favor de otros y con paciencia instruidlos. Os veréis inclinados ahora a conjeturar que todo el mundo tiene una carga de pecado que confesar, y estaréis en peligro de hacer de esto el punto de ataque. Desearéis conducir a todo el mundo por el mismo camino que vosotros habéis transitado, y sentiréis que nada puede hacerse hasta que todos hayan pasado por la misma obra de confesión. No estaréis dispuestos a aceptar la labor de ayudar a otros mientras el Espíritu Santo descansa sobre vosotros, mientras son ablandados y subyugados vuestros propios corazones por la obra profunda de purificación. Estaréis en grave peligro de mancillar la obra de Dios ejercitando vuestro propio espíritu. Si trabajáis por las almas dependiendo de Dios humilde y confiadamente, si reflejáis el esplendor de su Espíritu a través de un carácter semejante al de Cristo; si la simpatía, la bondad, la tolerancia y el amor son principios constantes en vuestra vida, seréis una bendición para todos los que os rodean.

No censuraréis a otros, ni exhibiréis contra ellos un espíritu rudo y acusador; no sentiréis que sus ideas deben adaptarse a vuestras normas; sino que el amor de Jesús y el apacible fruto de la justicia se revelarán en vosotros.

“Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio propio... Y los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. Si vivimos por el Espíritu, avancemos también por el Espíritu. No nos hagamos vanagloriosos, provocándonos unos a otros, envidiándonos unos a otros”. (Gálatas 5:22-26)

El enemigo procurará entremeterse aun en medio de vuestros ejercicios religiosos. Toda avenida necesita ser fielmente guardada para que el egoísmo y el orgullo no se entreveren en vuestra obra. Si en verdad el yo ha sido crucificado, con sus afectos y concupiscencias, el fruto aparecerá en la forma de buenas obras para la gloria de Dios. Os ruego, en el temor de Dios, que no permitáis que vuestras obras se degeneren. Sed cristianos

constantes y simétricos. Cuando los afectos del corazón han sido entregados a Cristo, las cosas viejas pasaron, y todas las cosas son hechas nuevas.

Nuestra religión debe ser inteligente. La sabiduría que viene de arriba debe fortalecernos, establecernos y afianzarnos. Hemos de seguir caminando hacia adelante y hacia arriba, de una luz a otra luz mayor, y Dios todavía nos revelará su gloria como jamás lo hace para el mundo.

Battle Creek, Míchigan, 6 de enero de 1889.

Capítulo 81

La presencia de Dios es real

Estimado hermano Q, Me es grato que esté hoy en _____, y si usted cumple con su cometido, será en verdad el hombre que se necesita allí. Mantenga el yo escondido; no lo deje manifestarse para echar a perder la obra, aunque eso sería natural. Ande humildemente con Dios. Trabajemos por el Maestro con energía desinteresada, manteniendo delante de nosotros un sentido de la constante presencia de Dios. Pensemos en Moisés, en la paciencia y longanimidad que caracterizaban su vida. Pablo, en su epístola a los hebreos, dice: “Porque se sostuvo como viendo al Invisible”. (Hebreos 11:27) El carácter que Pablo atribuía así a Moisés no significa ofrecer simplemente una resistencia pasiva al mal, sino perseverar en lo bueno. El tuvo al Señor siempre en su pensamiento, y el Señor estaba siempre a su diestra para ayudarle.

Moisés tenía un profundo sentido de la

presencia personal de Dios. No miraba solamente al futuro lejano esperando que Cristo se manifestase en la carne, sino que veía a Cristo acompañando de una manera especial a los hijos de Israel en todos sus viajes. Dios era real para él, siempre presente en sus pensamientos. Cuando se le interpretaba erróneamente, cuando estaba llamado a arrostrar peligros y soportar insultos por amor de Cristo, los sufría sin represalias. Moisés creía en Dios, como en Aquel a quien necesitaba, y quien le ayudaría por causa de su necesidad. Dios era para él un auxilio presente.

Mucha de la fe que vemos es meramente nominal; escasea la fe verdadera, confiada y perseverante. Moisés confirmó en su propia experiencia la promesa de que Dios será galardonador de aquellos que le buscan diligentemente. Tenía respeto por la recompensa del galardón. En esto hay otro punto de la fe que deseamos estudiar: Dios recompensará al hombre de fe y obediencia. Si esta fe penetra en la experiencia de la vida, habilitará a cada uno de los que temen y aman a Dios para soportar pruebas.

Moisés estaba lleno de confianza en Dios, porque tenía una fe que se apropiaba de sus promesas. Necesitaba ayuda, oraba por ella, se aferraba a ella por la fe, y entretejía en su experiencia la creencia de que Dios le cuidaba. Creía que Dios regía su vida en particular. Veía y reconocía a Dios en todo detalle de su vida, y sentía que estaba bajo el ojo del que lo ve todo, que pesa los motivos y prueba el corazón. Miraba a Dios, y confiaba en que él le daría fuerza para vencer toda tentación. Sabía que le había sido asignada una obra especial, y deseaba, en cuanto fuese posible, cumplir cabalmente esa obra. Pero sabía que no podía hacerlo sin ayuda divina; porque tenía que tratar con un pueblo perverso. La presencia de Dios bastaba para hacerle atravesar las situaciones más penosas en las cuales un hombre pudiera ser colocado.

Moisés no pensaba simplemente en Dios; le veía. Dios era la constante visión que había delante de él; nunca perdía de vista su rostro. Veía a Jesús como su Salvador, y creía que los méritos del Salvador le serían imputados. Esta fe no era para Moisés una suposición; era una realidad. Esa es la

clase de fe que necesitamos: la fe que soportará la prueba. ¡Oh, cuántas veces cedemos a la tentación porque no mantenemos nuestros ojos puestos en Jesús! Nuestra fe no es continua, porque, por la complacencia propia pecamos, y luego no podemos mantenernos “como viendo al Invisible”. (Hebreos 11:27) Hermano mío, haga de Cristo su compañero de todos los días, de cada hora, y no se quejará de no tener fe. Contemple a Cristo. Mire su carácter. Hable de él. Cuanto menos ensalce el yo, tanto más encontrará algo que ensalzar en Jesús. Dios tiene una obra para usted. Tenga al Señor siempre presente en su recuerdo. Hermano y hermana Q., elevaos siempre más para tener visiones más claras del carácter de Cristo. Cuando Moisés oró: “Ruégote que me muestres tu gloria”, el Señor no lo reprendió, sino que le concedió lo que le pedía. Dios declaró a su siervo: “Yo haré pasar todo mi bien delante de tu rostro, y proclamaré el nombre de Jehová delante de ti”. (Éxodo 33:18, 19) Nos mantenemos separados de Dios, y ésta es la razón por la cual no vemos la revelación de su poder.

La presencia de Cristo en el aula de clase

Hermano mío, hermana mía, que el Señor os imparta sabiduría a ambos, para que sepáis cómo tratar con otras mentes. Que el Señor os enseñe las grandes cosas que él es capaz de hacer si tan sólo tenéis fe. Llevad a Jesús con vosotros, como vuestro compañero, al aula de clase. Tenedlo presente cuando habléis, para que la ley de bondad fluya de vuestros labios. No permitáis que nadie os haga cambiar de parecer acerca de este asunto. Permitid que los niños que están bajo vuestro cuidado desarrollen su propia individualidad, como también vosotros. No dejéis de conducirlos, pero nunca a la fuerza.

Veo algunas cosas aquí en Suiza que me parece que son dignas de ser emuladas. Los maestros de las escuelas salen a menudo a acompañar a sus alumnos mientras juegan y les enseñan cómo divertirse y están disponibles para intervenir y poner fin a cualquier desorden o mal. A veces sacan a sus alumnos a una larga caminata. Me gusta esto; creo que de esta manera hay menos oportunidad de que los alumnos cedan a la

tentación. Los maestros parece que se unen con los niños en sus deportes y los controlan. No puedo de ninguna manera sancionar la idea de que los niños tienen que sentir que están bajo una sospecha constante y que no pueden actuar como niños. No obstante, que los maestros se unan a las diversiones de los niños, que sean uno con ellos, y que les demuestren que anhelan su felicidad, todo lo cual infundirá confianza en los niños. Pueden ser controlados en amor, pero sin perseguirlos durante sus horas de comida y diversión con una severidad rigurosa e inflexible.

Permítaseme observar aquí que los que nunca han tenido niños propios por lo general no son los mejor calificados para manejar sabiamente las mentes variadas de los niños y de la juventud. Están propensos a fijar una ley de la cual no hay salida posible. Los maestros deben recordar que ellos mismos fueron niños alguna vez. Deben adaptar su enseñanza a las mentes de los niños, colocándose a sí mismos en una relación de simpatía con ellos; entonces los niños podrán ser instruidos por medio de reglas y el ejemplo.

¡Que el Espíritu de Jesús entre para amoldar vuestros corazones, para construir vuestros caracteres, para elevar y ennoblecer vuestras almas! Cristo dijo a sus discípulos: “Si no os volvéis y os hacéis como niños, de ningún modo entraréis en el reino de los cielos”. (Mateo 18:3) Existe la necesidad de poner a un lado estas reglas duras como el hierro; de bajarse de estos zancos, hacia la humildad del niño. Oh, ¡que un poco de ese espíritu de severidad pudiera convertirse en un espíritu de amor, y que la alegría y los rayos del sol pudieran reemplazar el desánimo y la pesadumbre!

Capítulo 82

Naturaleza e influencia de los Testimonios

A medida que se acerca el fin, y la obra de dar la última amonestación al mundo se extiende, resulta más importante para los que aceptan la verdad presente tener una clara comprensión de la naturaleza e influencia de los Testimonios, que en su providencia Dios vinculó con la obra del mensaje del tercer ángel desde su mismo nacimiento. En las siguientes páginas se dan extractos de lo que he escrito durante los últimos cuarenta años, con relación a mi propia experiencia en esta obra especial, con el fin de presentar también lo que Dios me ha revelado acerca de la naturaleza e importancia de los Testimonios, la manera en que son dados, y cómo deben ser considerados.

“Fue poco después de transcurrir la fecha de 1844, cuando me fue dada mi primera visión.

Estaba visitando a una amada hermana en Cristo, cuyo corazón estaba unido al mío. Cinco de nosotras estábamos arrodilladas en silencio en el altar de la familia. Mientras estábamos orando, el poder de Dios descendió sobre mí como nunca lo había sentido antes. Me parecía estar rodeada de luz, y estar elevándome siempre más de la tierra. En esa ocasión tuve una visión de lo que sucedería a los creyentes adventistas, la venida de Cristo y la recompensa que habría de ser dada a los fieles.

“En una segunda visión, que no tardó en seguir a la primera, me fueron mostradas las pruebas por las cuales debía pasar y que sería mi deber ir y relatar a otros lo que Dios había revelado. Me fue mostrado que mis labores encontrarían gran oposición, y que mi corazón sería desgarrado por la angustia, pero que la gracia de Dios bastaría para sostenerme a través de todo. La enseñanza de esta visión me afligió grandemente; porque me indicaba el deber de ir entre la gente y presentar la verdad.

“Un gran temor que me oprimía consistía en que, si obedecía el llamado del deber y salía

declarándome favorecida del Altísimo con visiones y revelaciones para la gente, podría ceder a una exaltación pecaminosa y elevarme por encima de la posición que me correspondía ocupar, atrayendo sobre mí el desagrado de Dios y perdiendo mi propia alma. Tenía ante mí varios casos como los que he descrito, y mi corazón rehuía esta penosa prueba.

“Rogué entonces que si debía ir y relatar lo que el Señor me había mostrado, fuese preservada del ensalzamiento indebido. Dijo el ángel: ‘Tus oraciones han sido oídas, y serán contestadas. Si ese mal que temes te amenaza, la mano de Dios se extenderá para salvarte; por la aflicción te atraerá a sí, y conservará tu humildad. Comunica el mensaje fielmente. Persevera hasta el fin y comerás del fruto del árbol de la vida y beberás del agua de la vida’”.

En ese tiempo había fanatismo entre algunos de los que habían creído el primer mensaje. Albergaban graves errores de doctrina y práctica, y algunos estaban dispuestos a condenar a todos los

que no aceptasen sus opiniones. Dios me reveló esos errores en visión, y me mandó a sus hijos que erraban para declarárselos; pero al cumplir este deber encontré acerba oposición y oprobio.

“Era una gran cruz para mí relatar a los que erraban lo que me había sido mostrado acerca de ellos. Me causaba gran angustia ver a otros afligidos o agraviados. Y cuando estaba obligada a declarar los mensajes, con frecuencia los suavizaba, y los hacía aparecer tan favorables para la persona como podía, y luego me apartaba a solas y lloraba en agonía de espíritu. Miraba a aquellos que tenían tan sólo su propia alma que cuidar, y pensaba que si me hallase en su condición, no murmuraría. Era difícil relatar los claros y penetrantes testimonios que Dios me daba. Yo miraba ansiosamente el resultado, y si las personas reprendidas se levantaban contra el reproche y más tarde se oponían a la verdad, acudían estas preguntas a mi mente: ¿Di el mensaje como debía darlo? ¿No habría habido alguna manera de salvarlos? Y entonces oprimía mi alma tanta angustia que con frecuencia me parecía que la

muerte sería una mensajera bienvenida, y la tumba un suave lugar de descanso.

“No comprendía el peligro y el pecado de una conducta tal, hasta que en visión fui llevada a la presencia de Jesús. Me miraba con desagrado, y apartó su rostro de mí. Es imposible describir el terror y la agonía que sentí entonces. Caí sobre mi rostro delante de él, pero no pude pronunciar una sola palabra. ¡Oh, cuánto anhelaba estar amparada y oculta de ese ceño terrible! Entonces pude comprender, en cierto grado, cuáles serán los sentimientos de los perdidos cuando clamen a los montes y a las peñas: ‘Caed sobre nosotros y escondednos de la cara de Aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero’. (Apocalipsis 6:16)

“Pronto un ángel me ordenó que me levantara, y difícilmente puede describirse la escena que vieron mis ojos. Delante de mí había una compañía cuyos cabellos y ropas estaban desgarrados, y cuyos rostros eran el mismo retrato de la desesperación y el horror. Se acercaron a mí y

restregaron sus ropas contra las mías. Al mirar mis vestidos, vi que estaban manchados de sangre. Volví a caer como muerta a los pies de mi ángel acompañante. No podía presentar una sola excusa y anhelaba estar lejos de ese lugar santo. El ángel me alzó y dijo: ‘Este no es tu caso ahora, pero esta escena ha pasado delante de ti para hacerte saber cuál será tu situación si descuidas el declarar a otros lo que el Señor te ha revelado’”. Con esta solemne amonestación presente, salí a decir a la gente las palabras de reproche e instrucción que Dios me diera.

Testimonios personales

Los mensajes que me eran dados para diferentes personas los escribía frecuentemente para ellas, haciéndolo en muchos casos en respuesta a su urgente pedido. A medida que mi obra se extendía, esto llegó a ser una parte importante y pesada de mis labores. Antes de la publicación del Testimonio no 15 [1868], me habían enviado muchos pedidos de testimonios aquellos a quienes había aconsejado o reprendido;

pero me hallaba en un estado de gran agotamiento, por causa de mis pesados trabajos, y rehuía la tarea, especialmente cuando sabía que algunas de esas personas eran muy indignas, y había muy poca esperanza de que las amonestaciones dadas produjesen cambio decidido alguno en ellas. En ese tiempo fui muy alentada por el siguiente sueño:

"Una persona me trajo una pieza de tela blanca, y me pidió que cortase de ella vestidos para personas de todos los tamaños y de todas las descripciones de carácter y circunstancias de la vida. Se me dijo que los cortase y los colgase de modo que estuviesen listos para ser hechos cuando los pidiesen. Tenia la impresión de que muchas de aquellas personas para quienes debía cortar vestiduras eran indignas. Pregunté si ésta sería la última pieza de tela que habría de cortar, y se me dijo que no; que tan pronto como se hubiese terminado ésta, habría otras que debería atender. Me sentía desalentada por la cantidad de trabajo que tenía delante de mí, y declaré que había estado dedicada a cortar vestidos para otros durante más de veinte años, que mis trabajos no habían sido

apreciados y que no veía que hubiesen logrado mucho beneficio. A la persona que me traía la tela le hablé de una mujer en particular, para la cual me había ordenado cortar un vestido. Declaré que no lo apreciaría, y que regalárselo sería una pérdida de tiempo y de materiales. Era muy pobre, de intelecto inferior, desaseada en sus costumbres, y pronto lo ensuciaría.

“La persona replicó: ‘Corta los vestidos. Este es tu deber. La pérdida no es tuya, sino mía. Dios ve no como el hombre ve. El te indica el trabajo que quiere que hagas, y no sabes qué prosperará, si esto o aquello’.

“Entonces alcé mis manos, callosas por el largo uso de las tijeras, y declare que no podía menos que rehuir el pensamiento de continuar esa clase de trabajo. La persona volvió a repetir: ‘Corta los vestidos. No ha llegado todavía el momento de tu relevo’.

“Con sentimiento de gran fatiga me levanté para emprender mi trabajo. Delante de mí había

tijeras nuevas pulidas, que empecé a usar. En seguida me abandonaron mis sentimientos de cansancio y desaliento. Las tijeras parecían cortar casi sin esfuerzo de mi parte, y corté vestido tras vestido con comparativa facilidad".

Hay muchos sueños que provienen de las cosas comunes de la vida, con las cuales el Espíritu de Dios no tiene nada que ver. "Como hay falsas visiones, hay también falsos sueños, que son inspirados por el espíritu de Satanás. Pero los sueños del Señor están clasificados en la Palabra de Dios con las visiones, y son tan ciertamente los frutos del espíritu de profecía como las visiones. Los tales sueños, teniendo en cuenta a las personas que los tienen, y las circunstancias en las cuales son dados, contienen sus propias pruebas de veracidad".

Puesto que la instrucción y la amonestación dadas en los Testimonios para los casos individuales se aplicaban con igual fuerza a muchos otros que no habían sido señalados especialmente de esta manera, me pareció que era

mi deber publicar los testimonios personales para beneficio de la iglesia. En el Testimonio no 15, hablando de la necesidad de hacer esto, dije: “No conozco ninguna manera mejor de presentar mis visiones de los peligros y errores generales, así como el deber de todos los que aman a Dios y guardan sus mandamientos, que dando estos testimonios. Tal vez no hay manera más directa y vigorosa de presentar lo que el Señor me ha mostrado”.

En una visión que me fue dada el 12 de junio de 1868, me fue mostrado algo que justificaba plenamente mi conducta al publicar los testimonios personales. “Cuando el Señor elige casos individuales y especifica sus errores, otros, que no han sido mostrados en visión, suponen frecuentemente que ellos están en lo recto, o casi. Si uno es reprendido por un mal especial, los hermanos y las hermanas deben examinarse cuidadosamente a sí mismos para ver en qué han faltado y en qué han sido culpables del mismo pecado. Deben poseer el espíritu de confesión humilde. Si otros creen que tienen razón, no por

esto resulta así. Dios mira el corazón. El está probando las almas de esta manera. Al reprender los males de uno quiere corregir a muchos. Pero si dejan de aceptar el reproche y se lisonjean de que Dios pasa por alto sus errores porque no los señala a ellos especialmente, engañan sus propias almas. Quedarán envueltos en las tinieblas, y serán abandonados a su propio camino, para seguir la imaginación de su propio corazón.

“Muchos están obrando falsamente con su propia alma y están en gran manera engañados acerca de su verdadera condición delante de Dios. El emplea los medios y modos que mejor sirven a su propósito, para probar lo que está en el corazón de los que profesan seguirle. Presenta claramente los errores de algunos, para que otros sean amonestados y rehuyan esos errores. Por el examen propio pueden descubrir que están haciendo las mismas cosas que Dios condena en otros. Si realmente desean servir a Dios y temen ofenderle, no esperarán que sus pecado sean especificados antes de confesarlos y volver al Señor con humilde arrepentimiento. Abandonarán las cosas que han

desagradado a Dios, como puede verse por lo comunicado a otros. Si, por el contrario, los que no andan bien ven que son culpables de los mismos pecados que han sido reprendidos en otros, y sin embargo continúan en la misma conducta carente de consagración porque no han sido nombrados especialmente, hacen peligrar su propia alma, y serán llevados cautivos por Satanás según su voluntad".

"Me fue mostrado que en la sabiduría de Dios los errores y pecados de todos no serían revelados... Estos testimonios individuales se dirigen a todos los culpables, aunque los nombres de éstos no estén incluidos en el testimonio especial que se haya dado; si las personas pasan por alto y cubren sus propios pecados porque sus nombres no han sido mencionados especialmente, Dios no las prosperará. No podrán adelantar en la vida divina, sino que se hundirán siempre más en las tinieblas hasta que la luz del cielo les sea completamente retraída"

En una visión que me fue dada hace como

veinte años, “me fue ordenado que presentara principios generales, al hablar y escribir, y al mismo tiempo especificara los peligros, errores y pecados de algunas personas, para que todos pudiesen ser amonestados, reprendidos y aconsejados. Vi que todos deben escudriñar su corazón y vida detenidamente, para ver si no han cometido los mismos errores por los cuales otros fueron corregidos, y si las amonestaciones dadas para otros no se aplican a su propio caso. Si así sucede, deben sentir que las reprensiones y el consejo fueron dados especialmente para ellos, y deben darles una aplicación tan práctica como si se les hubiesen dirigido especialmente... Dios quiere probar la fe de todos los que aseveran seguir a Cristo. El probará la sinceridad de las oraciones de todos aquellos que aseveran desear fervientemente conocer su deber. Les presentará claramente su deber. Les dará amplia oportunidad de desarrollar lo que está en su corazón”.

El propósito de los testimonios

“En los tiempos antiguos Dios habló a los

hombres por la boca de los profetas y apóstoles. En estos días les habla por los Testimonios de su Espíritu. Nunca hubo un tiempo en que Dios instruyera a su pueblo más fervientemente de lo que lo instruye ahora acerca de su voluntad y de la conducta que quiere que siga".

"El Señor ha visto propio darme una visión de las necesidades y los errores de su pueblo. Por doloroso que me haya sido, he presentado fielmente a los ofensores sus faltas y los medios de remediarlas... Así ha pronunciado el Espíritu de Dios amonestaciones y juicios, aunque sin retener la dulce promesa de misericordia...

"Los pecadores arrepentidos no tienen motivo para desesperar porque se les recuerden sus transgresiones y se les advierta su peligro. Estos mismos esfuerzos hechos en su favor demuestran cuánto los ama Dios y desea salvarlos. Tienen tan sólo que seguir su consejo y hacer su voluntad para heredar la vida eterna. Dios presenta los pecados de sus hijos errantes para que puedan contemplarlos en toda su enormidad a la luz de la verdad divina.

Entonces les incumbe el deber de renunciar a ellos para siempre. Si el pueblo de Dios quiere reconocer su manera de tratar con él y aceptar sus enseñanzas, hallará una senda recta para sus pies, y una luz que lo conducirá a través de las tinieblas del desaliento".

"Las amonestaciones y los reproches no son dados a los que yerran entre los adventistas del séptimo día porque su vida merezca más censura que la de los que profesan ser cristianos en las iglesias nominales, ni porque su ejemplo o sus actos sean peores que los de los adventistas que no quieren obedecer los requerimientos de la ley de Dios; sino porque tienen gran luz, y han asumido por su profesión la posición de pueblo especial y escogido de Dios, teniendo su ley escrita en su corazón. Ellos manifiestan su lealtad al Dios del cielo obedeciendo las leyes de su gobierno. Son representantes de Dios en la tierra. Cualquier pecado que haya en ellos los separa de Dios, y de una manera especial deshonra su nombre, dando a los enemigos de su santa ley ocasión de vilipendiar su causa y su pueblo, al que ha llamado a ser

‘linaje escogido, real sacerdocio, gente santa’, para que manifiesten las alabanzas de Aquel que los ha llamado de las tinieblas a su luz admirable...

“El Señor reprende y corrige a aquellos que profesan guardar su ley. Les señala sus pecados y les revela su iniquidad, porque desea que se separen de todo pecado e iniquidad, a fin de poder perfeccionar la santidad en su temor. Los reprende y corrige, a fin de que sean refinados, santificados, elevados, y finalmente exaltados a su propio trono”.

“He estado revisando los Testimonios dados para los observadores del sábado, y me asombran la misericordia de Dios y su cuidado por su pueblo al darles tantas amonestaciones para señalar sus peligros, y presentarles la exaltada posición que él quiere que ocupen. Si quieren mantenerse en su amor y separarse del mundo, derramará sobre ellos sus bendiciones especiales y hará resplandecer su luz en derredor de ellos. Su influencia para el bien podrá sentirse en todo ramo de la obra y en todas partes del campo del Evangelio. Pero si dejan de

alcanzar el propósito de Dios y continúan teniendo tan poco sentido del carácter exaltado de la obra como en lo pasado, su influencia y ejemplo resultarán una maldición terrible. Harán daño, y solamente daño. La sangre de las almas preciosas será hallada sobre sus vestiduras.

“Se han repetido los testimonios de amonestación. Pregunto: ¿Quiénes los han escuchado? ¿Quiénes han sido celosos en arrepentirse de sus pecados e idolatría, y han procedido con fervor hacia el blanco de la soberana vocación de Dios en Cristo Jesús? He aguardado ansiosamente, esperando que Dios investiría a algunos de su Espíritu y los usaría como instrumentos de la justicia para despertar y poner en orden su iglesia. Casi me he desesperado al ver año tras año mayor apartamiento de la sencillez que, según lo que Dios me ha mostrado, debiera caracterizar la vida de quienes le siguen. Ha habido cada vez menos interés en la causa de Dios, y menos devoción a ella. Pregunto: ¿En qué han procurado vivir de acuerdo con la luz que les ha sido dada los que profesan tener confianza en los

Testimonios? ¿En qué han apreciado las amonestaciones dadas? ¿En qué han escuchado las instrucciones que recibieron?”

No han de reemplazar la Biblia

El siguiente extracto de un testimonio publicado en 1876 demostrará que los Testimonios no fueron publicados para reemplazar la Biblia:

“El hermano J quiere confundir los ánimos tratando de hacer aparecer que la luz que Dios me ha dado por medio de los Testimonios es una adición a la Palabra de Dios; pero da así una falsa idea sobre el asunto. Dios ha visto propio atraer de este modo la atención de este pueblo a su Palabra, para darle una comprensión más clara de ella”. “La Palabra de Dios basta para iluminar la mente más oscurecida, y puede ser entendida por los que tienen deseos de comprenderla. No obstante todo eso, algunos que profesan estudiar la Palabra de Dios se encuentran en oposición directa a sus más claras enseñanzas. Entonces, para dejar a hombres y mujeres sin excusa, Dios da testimonios claros y

señalados, a fin de hacerlos volver a la Palabra que no han seguido". "La Palabra de Dios abunda en principios generales para la formación de hábitos correctos de vida, y los testimonios, generales y personales, han sido calculados para atraer su atención más especialmente a esos principios".

El 30 de abril de 1871, este asunto me fue presentado en un sueño. Me parecía estar asistiendo a una reunión importante, en la cual había mucha gente congregada. "Muchos estaban postrados delante de Dios en ferviente oración, y parecían estar muy preocupados. Importunaban al Señor con súplicas por luz especial. Algunos parecían agonizar en espíritu; sus sentimientos eran intensos; con lágrimas clamaban en alta voz por ayuda y luz. Nuestros hermanos más eminentes estaban en esta escena tan impresionante. El hermano S estaba postrado sobre el suelo, aparentemente en profunda angustia. Su esposa estaba sentada entre un grupo de indiferentes burladores. Parecía que ella deseaba que todos supiesen que despreciaba a los que así se humillaban.

“Soñé que el Espíritu del Señor descendía sobre mí, y me levanté entre lloros y oraciones y dije: El Espíritu del Señor Dios está sobre mí. Me siento instada a deciros que debéis comenzar a trabajar individualmente por vosotros mismos. Estáis esperando y deseando que Dios haga una obra que os ha dado a vosotros. Si os disponéis a hacer vosotros mismos la obra que sabéis que debéis hacer, Dios os ayudará cuando necesitéis ayuda. Habéis dejado sin hacer aquello mismo que Dios os confió a vosotros. Habéis estado invitando a Dios a hacer vuestra obra. Si hubiéseis seguido la luz que os había dado, haría brillar más luz sobre vosotros; pero mientras descuidáis los consejos, las amonestaciones y reproches que os ha dado, ¿cómo podéis esperar que Dios os dé más luz y bendiciones que descuidaríais y despreciaríais? Dios no es hombre; no puede ser burlado.

“Tomé la preciosa Biblia, y la rodeé con varios de los Testimonios para la Iglesia, dados para el pueblo de Dios. Aquí se tratan, dije yo, los casos de casi todos. Se les señalan los pecados que deben

rehuir. El consejo que desean puede encontrarse aquí, dado para otros casos similares. A Dios le ha agradado daros línea tras línea y precepto tras precepto. Pero pocos de entre vosotros saben realmente lo que contienen los Testimonios. No estáis familiarizados con las Escrituras. Si os hubieseis dedicado a estudiar la Palabra de Naturaleza e influencia de los testimonios 649 Dios, con un deseo de alcanzar la norma de la Biblia y la perfección cristiana, no habríais necesitado los Testimonios. Es porque habéis descuidado el familiarizaros con el Libro inspirado de Dios por lo que él ha tratado de alcanzaros mediante testimonios sencillos y directos, llamando vuestra atención a las palabras de la inspiración que habéis descuidado de obedecer, e invitándoos a amoldar vuestra vida de acuerdo con sus enseñanzas puras y elevadas.

“El Señor quiere amonestaros, reprenderos, aconsejaros, por medio de los testimonios dados, y grabar en vuestra mente la importancia de la verdad de su Palabra. Los testimonios escritos no son dados para proporcionar nueva luz, sino para

impresionar vívidamente en el corazón las verdades de la inspiración ya reveladas. El deber del hombre hacia Dios y sus semejantes ha sido especificado distintamente en la Palabra de Dios. Sin embargo, son pocos entre vosotros los que obedecen a la luz dada. No son sacadas a relucir verdades adicionales; sino que Dios ha simplificado por medio de los Testimonios las grandes verdades ya dadas, y en la forma de su elección, las ha presentado a la gente, para despertar e impresionar su mente con ellas, a fin de que todos queden sin excusa.

"El orgullo, el amor propio, el egoísmo, el odio, la envidia y los celos han oscurecido las facultades de percepción, y la verdad, que debiera haceros sabios para salvación, ha perdido su poder de encantar y dominar la mente. Los mismos principios esenciales de la piedad no son comprendidos, porque no hay hambre ni sed del conocimiento de la Biblia, de la pureza del corazón y santidad de la vida. Los Testimonios no han de empequeñecer la Palabra de Dios, sino exaltarla, y atraer los ánimos a ella, para que pueda

impresionar a todos la hermosa sencillez de la verdad.

“Dije además: Así como la Palabra de Dios está rodeada de estos libritos y folletos, os ha rodeado Dios de consejos, reproches, amonestaciones y palabras de ayuda. Aquí estáis clamando delante de Dios en la angustia de vuestras almas, pidiendo más luz. Dios me ha autorizado para deciros que ningún otro rayo de luz resplandecerá por medio de los Testimonios sobre vuestra senda, hasta que hagáis uso práctico de la luz que ya ha sido dada El Señor os ha rodeado de luz; pero no la habéis apreciado; la habéis pisoteado. Mientras algunos han despreciado la luz, otros la han descuidado; o la han seguido con indiferencia. Unos pocos han dedicado su corazón a obedecer fielmente la luz que al Señor le agradó darles.

“Algunos que recibieron amonestaciones especiales por medio de los Testimonios olvidaron en pocas semanas el reproche dado. Los testimonios dados a algunos han sido repetidos varias veces, pero no los consideraron bastante

importantes para escucharlos cuidadosamente. Fueron para ellos fábulas ociosas. Si hubiesen considerado la luz dada, habrían evitado pérdidas y pruebas que consideran duras y severas. Ellos son los únicos a quienes deben censurar. Han puesto sobre su cuello un yugo que encuentran gravoso. No es el yugo que Cristo ha puesto sobre ellos. El cuidado y el amor de Dios se ejercieron en su favor; pero sus almas egoístas, perversas e incrédulas no pudieron discernir su bondad y misericordia. Se apresuran confiando en su propia sabiduría hasta que son abrumados de pruebas y confundidos por la perplejidad, y quedan entrampados por Satanás. Cuando recojáis rayos de luz que Dios os ha dado en lo pasado, entonces habrá un aumento de luz.

“Los remití a los hijos de Israel. Dios les había dado su ley; pero el pueblo no quiso obedecerla. Luego les dio ceremonias y ritos, para que por su cumplimiento, pudiesen recordar a Dios. Pero propendían de tal manera a olvidarle a él y sus derechos sobre ellos, que era necesario mantener sus mentes ocupadas para que comprendiesen sus

obligaciones de obedecer y honrar a su Creador. Si hubiesen sido obedientes y se hubiesen deleitado en guardar los mandamientos de Dios, no se habría requerido la multitud de ceremonias y ritos.

“Si el pueblo que profesa ser ahora el tesoro peculiar de Dios obedeciese sus requerimientos, según se especifican en su Palabra, no habrían sido dados testimonios especiales para despertarlos acerca de su deber y hacerles sentir su estado pecaminoso y el terrible peligro que corren al no obedecer la Palabra de Dios. Las conciencias han sido embotadas, porque la luz ha sido puesta a un lado, descuidada y despreciada.

“Uno se puso a mi lado, y dijo: ‘Dios te levantó y te dio palabras destinadas al pueblo y a alcanzar los corazones, como no se han dado a otra persona. El dio forma a sus testimonios para hacer frente a los casos que necesitan ayuda. No debes dejarte conmover por el desprecio, las burlas, el ridículo, el reproche y la censura. A fin de ser el instrumento especial de Dios, no debes apoyarte en nadie, sino fiar solamente en él, y aferrarte a él como el

zarcillo de la vid se aferra a su soporte. El hará de ti un medio por el cual comunicará su luz al pueblo. Debes obtener diariamente fuerza de Dios para estar fortalecida, a fin de que las cosas que te rodeen no empañen ni eclipsen la luz que él ha permitido que brille sobre su pueblo por tu medio. El objeto especial de Satanás consiste en evitar que esta luz llegue al pueblo de Dios, que tanto la necesita en medio de los peligros de estos postreros días.

"'Tu éxito reside en tu simplicidad. Tan pronto como te apartes de ella, y amoldes tu testimonio para satisfacer la opinión de cualquiera, tu poder desaparecerá. En esta época, casi todo es superficial e irreal. El mundo abunda en testimonios dados para agradar momentáneamente y ensalzar al yo. Tu testimonio es de carácter diferente. Ha de descender a las cosas pequeñas de la vida, para impedir que la débil fe muera y grabar en los corazones de los que te oyen la necesidad de resplandecer como luces en el mundo.

"'Dios te ha dado tu testimonio para presentar

al apóstata y al pecador su verdadera condición y la inmensa pérdida que sufren al continuar en una vida de pecado. Dios ha impresionado esto en tu mente abriendo tu visión, como no lo ha hecho con ninguna otra persona ahora viva, y según la luz que te ha dado, te tendrá por responsable. No es “con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos”. “Alza tu voz como trompeta, y anuncia a mi pueblo su rebelión, y a la casa de Jacob su pecado” (Isaías 58:1)’”.

Uso erróneo de los testimonios

Algunos de los que creen en los Testimonios han errado, queriendo imponerlos indebidamente a otros. En el tomo 1, no 8, se halla un testimonio que trata este punto. “Había algunos en _____ que eran hijos de Dios, y sin embargo dudaban de las visiones. Otros no habían presentado oposición, pero no se atrevían a asumir una actitud decidida al respecto. Algunos eran escépticos, y habían tenido suficientes motivos para ello. Las falsas visiones y manifestaciones del fanatismo y los malos frutos que les habían seguido, habían ejercido influencia

sobre la causa en _____, contribuyendo a crear recelos acerca de todo lo que llevase el nombre de visiones. Todas estas cosas debieran haberse tenido en cuenta y convenía tener prudencia. No debiera disciplinarse ni corregirse a aquellos que nunca han visto a la persona que tiene visiones ni tienen conocimiento personal de la influencia de las visiones. Tales personas no deben ser privadas de los beneficios y privilegios de la iglesia si su conducta cristiana es correcta en otras cosas...

“Me fue mostrado que algunos podrían recibir las visiones publicadas juzgando el árbol por sus frutos. Otros son como Tomás, que dudaba; no pueden creer los Testimonios publicados, ni recibir evidencias por el testimonio de otro, sino que deben ver y tener la evidencia por su cuenta. Los tales no deben ser puestos a un lado, sino que debe manifestarse larga paciencia y amor fraternal para con ellos hasta que finalmente se decidan en pro o en contra. Si combaten las visiones, de las cuales no tienen conocimiento; si llevan su oposición hasta luchar contra aquello en lo cual no tienen experiencia... la iglesia puede saber que no están en

lo correcto”.

Algunos de nuestros hermanos habían tenido larga experiencia en la verdad, y durante años habían estado familiarizados conmigo y mi obra. Habían comprobado la veracidad de los Testimonios y aseverado su fe en ellos. Habían sentido descansar la poderosa influencia del Espíritu de Dios sobre ellos para testificar de su veracidad. Me fue mostrado que si los tales, cuando eran reprendidos por medio de los Testimonios se levantaban contra ellos y obraban secretamente para menoscabar su influencia, habría que obrar fielmente con ellos; porque su conducta haría peligrar a aquellos que carecían de experiencia.

El primer número de los Testimonios publicados contiene una amonestación contra el empleo imprudente de la luz que ha sido dada por este medio al pueblo de Dios. Declaré que algunos habían asumido una conducta imprudente, cuando al hablar de su fe a los incrédulos habían leído en mis escritos la prueba que se les había pedido, en

vez de acudir a la Biblia para obtenerla. Me fue mostrado que esta conducta era inconsecuente y que llenaría a los incrédulos de prejuicios contra la verdad. Los Testimonios no pueden tener valor para aquellos que no saben nada de su espíritu. No debe hacerse referencia a ellos en tales casos.

Otras amonestaciones relativas al uso de los Testimonios han sido dadas de vez en cuando como sigue:

“Algunos de los predicadores están muy atrasados. Profesan creer los testimonios dados, y algunos hacen mal al erigirlos en regla de hierro para aquellos que no han tenido experiencia con referencia a ellos, cuando ellos mismos no los ponen en práctica. Han recibido repetidos testimonios, que han despreciado completamente. La conducta de los tales no es consecuente”.

“Vi que muchos habían aprovechado mal lo que Dios había mostrado acerca de los pecados y errores ajenos. Habían tomado el sentido más riguroso de lo que había sido mostrado en visión, y

luego habían insistido tanto en ellos que contribuían a debilitar la fe de muchos en lo que Dios había revelado, y también a desalentar y descorazonar a la iglesia”.

El enemigo aprovechará cuanto pueda emplear para destruir las almas. “Han sido dados testimonios en favor de personas que ocupan puestos importantes. Comienzan bien llevando las cargas y desempeñando su parte en relación con la obra de Dios. Pero Satanás las persigue con sus tentaciones, y quedan finalmente vencidas. Cuando otros observan su conducta equivocada, Satanás les sugiere que debe haber un error en los testimonios dados para estas personas, de lo contrario estos hombres no se habrían demostrado indignos de desempeñar una parte en la obra de Dios”.

Así surgen dudas acerca de la luz que Dios ha dado. “Lo que puede decirse de algunos hombres en ciertas circunstancias, no puede decirse de ellos en otras. Los hombres son moralmente tan débiles y extremadamente egoístas, tan llenos de suficiencia propia, y se engríen tan fácilmente, que

Dios no puede obrar en relación con ellos; y los deja moverse como a ciegas, y manifestar tan grande debilidad e insensatez, que muchos se asombran de que tales personas hayan sido aceptadas una vez y reconocidas como dignas de tener relación con la obra de Dios. Esto es precisamente lo que Satanás quería. Era su objeto desde el tiempo en que las tentó especialmente a atraer oprobio a la causa de Dios y arrojar sombra sobre los Testimonios. Si hubiesen permanecido donde no influyeran especialmente sobre la causa de Dios, Satanás no los habría asediado tan ferozmente, porque no podría haber logrado su propósito de usarlos como instrumentos suyos para hacer una obra especial".

Han de juzgarse por sus frutos

Júzguense los Testimonios por sus frutos. ¿Cuál es el espíritu de su enseñanza? ¿Cuál ha sido el resultado de su influencia? "Todos los que desean hacerlo, pueden familiarizarse con los frutos de estas visiones. Durante 17 años, Dios ha considerado propio dejarlas sobrevivir y

fortalecerlas contra la oposición y las fuerzas de Satanás, y la influencia de los agentes humanos que han ayudado a Satanás en su obra".

"O está Dios enseñando a su iglesia, reprendiendo sus errores, fortaleciendo su fe, o no lo está haciendo. La obra es de Dios, o no lo es. Dios no hace nada en sociedad con Satanás. Mi obra... lleva la estampa de Dios, o la del enemigo. No hay medias conclusiones en el asunto. Los Testimonios son del Espíritu de Dios, o del diablo".

A medida que el Señor se ha manifestado por el espíritu de profecía, "han desfilado delante de mí lo pasado, lo presente y lo futuro. Me han sido mostrados rostros que nunca había visto, y años más tarde los conocí cuando los vi. He sido despertada de mi sueño con una sensación vívida de asuntos previamente presentados a mi mente; y he escrito a medianoche cartas que han cruzado el continente, y, llegando en un momento de crisis, han evitado gran desastre a la causa de Dios. Esta ha sido mi obra durante muchos años. Un poder me

ha impelido a reprobar y reprender males en los cuales no había pensado. ¿Es esta obra de los últimos treinta y seis años de lo alto, o de abajo?”

Cristo amonestó a sus discípulos: “Y guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, mas de dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. ¿Cógense uvas de los espinos, o higos de los abrojos? Así, todo buen árbol lleva buenos frutos; mas el árbol maleado lleva malos frutos. No puede el buen árbol llevar malos frutos, ni el árbol maleado llevar frutos buenos. Todo árbol que no lleva buen fruto, córtase y échase en el fuego. Así que, por sus frutos los conoceréis” (Mateo 7:15-20) Esta es una prueba que todos pueden aplicar si quieren. Los que realmente desean conocer la verdad hallarán bastante evidencia para creer.

Hay quienes dudan de los testimonios

“Es el plan de Satanás debilitar la fe del pueblo de Dios en los Testimonios. Satanás sabe cómo hacer sus ataques. Obra sobre las mentes para

excitar los celos y la desconformidad para con aquellos que están a la cabeza de la obra. Luego se ponen en duda los dones; y por supuesto, más tarde tienen poco peso y las instrucciones dadas por medio de las visiones son despreciadas". "Luego sigue el escepticismo en cuanto a los puntos vitales de nuestra fe, los puntales de nuestra posición, y a continuación la duda en cuanto a las Santas Escrituras y la marcha descendente hacia la perdición. Cuando se ponen en duda los Testimonios en los cuales se creía una vez y se renuncia a ellos, Satanás sabe que los seducidos no se detendrán con esto, y él redobla sus esfuerzos hasta lanzarlos en abierta rebelión, que se vuelve incurable y acaba en la destrucción". "Cediendo a las dudas y la incredulidad acerca de la obra de Dios, y albergando sentimientos de desconfianza y celos crueles, se están preparando para la seducción completa. Se levantan con sentimientos amargos contra aquellos que se atreven a hablar de sus errores y reprender sus pecados".

Un testimonio para ciertos jóvenes, publicado por primera vez en 1880, habla de este punto como

sigue: “Un escepticismo prevaleciente continúa creciendo con referencia a los Testimonios del Espíritu de Dios; y estos jóvenes estimulan las dudas y cavilaciones en vez de suprimirlas, e ignoran el espíritu, el poder y la fuerza de los Testimonios”.

Me fue mostrado que muchos tienen tan poca espiritualidad que no comprenden el valor de los Testimonios dados por Dios para beneficio de su pueblo, y los juzgan dando su opinión y criticando esto y aquello, cuando sería mejor haber puesto la mano sobre los labios y haberse postrado en el polvo; pues no pueden apreciar el espíritu de los Testimonios, porque conocen tan poco del Espíritu de Dios.

“Hay algunas personas en _____ que nunca se han sometido plenamente a la reprobación. Han elegido su propio rumbo. Siempre, en mayor o menor grado, han ejercido una influencia negativa contra los que han emprendido la defensa del bien y la reprobación del mal. La influencia de éstos sobre otras personas que vienen aquí y que se

ponen en contacto con ellos... es muy perjudicial. Llenan la mente de estos recién llegados a la iglesia con interrogantes y dudas con respecto a los Testimonios del Espíritu de Dios; y en lugar de conducirlos a consagrarse a Dios y escuchar la voz de la iglesia, les enseñan a ser independientes y a no tomar en cuenta las opiniones y decisiones de los demás. La influencia de esta clase de personas rebeldes se ha estado ejerciendo en secreto. Algunas no se dan cuenta del daño que causan; pero al manifestar falta de consagración, orgullo y rebeldía, conducen a otros por el mal camino. Estas personas no consagradas hacen que otros inhalen una atmósfera tóxica. La sangre de las almas mancha sus ropas, y en el día del arreglo de cuentas finales, Cristo les dirá: 'Apartaos de mí, hacedores de maldad'. (Mateo 7:23) Se sentirán estupefactos, pero sus vidas supuestamente cristianas eran un engaño, un fraude".

"Algunos expresan su idea de que el testimonio de la hermana White no puede ser digno de confianza. Eso es todo lo que algunas personas no consagradas necesitan. Los testimonios de

reprensión han refrenado su vanidad y orgullo; pero si se atrevieran, se mostrarían extremistas en cuestiones de la moda y en manifestaciones de orgullo. Dios dará a tales personas una oportunidad para demostrar lo que son y manifestar su verdadero carácter".

"Vi que la razón por la cual últimamente las visiones no se habían manifestado con más frecuencia, es que no son apreciadas por la iglesia. La iglesia casi ha perdido su espiritualidad y su fe, y los reproches y advertencias han ejercido escaso efecto en ella. Muchos de los que han profesado fe en ellos no los han obedecido.

"Si perdéis la confianza en los Testimonios, os apartaréis de la verdad bíblica. He temido que muchos asumiesen una actitud dubitativa e inquisidora, y en mi angustia por vuestras almas quisiera amonestaros. ¿Cuántos escucharán la amonestación? De acuerdo a la manera en que consideráis ahora los Testimonios, si fuese dado alguno de ellos que atravesase vuestro camino y corrigiese vuestros errores, ¿os sentiríais en

perfecta libertad para aceptarlo o rechazarlo en cualquiera de sus partes o en su totalidad? Aquello que menos inclinados os sintáis a recibir, es con toda seguridad la parte que más necesitáis".

"Hermanos míos, desconfiad del corazón malo e incrédulo. La Palabra de Dios es clara y precisa en sus restricciones; reprende Naturaleza e influencia de los testimonios 657 vuestra complacencia egoísta; por eso, no la obedecéis. Los Testimonios de su Espíritu llaman vuestra atención a las Escrituras, señalan vuestros defectos de carácter, y reprenden vuestros pecados; por eso, no los escucháis. Y para justificar vuestra conducta carnal, y vuestro amor a la comodidad, empezáis a dudar de que los Testimonios sean de Dios. Si obedecieseis sus enseñanzas, estaríais asegurados respecto de su origen divino. Recordad que vuestra incredulidad no afecta su veracidad. Si son de Dios, habrán de subsistir".

"Se me ha mostrado que la incredulidad en los testimonios de amonestación, aliento y reprensión está excluyendo al pueblo de Dios de la luz. La

incredulidad les cierra los ojos, de manera que quedan en la ignorancia de su verdadera condición. Piensan que es innecesario el testimonio reprensivo del Espíritu de Dios, o que no se les aplica. Los tales tienen suma necesidad de la gracia de Dios y del discernimiento espiritual, para poder descubrir su deficiencia en conocimiento espiritual".

"Muchos de los que han apostatado de la verdad reconocen como motivo de su conducta que no tienen fe en los Testimonios... Lo que importa saber ahora es: ¿Renunciarán al ídolo que Dios condena, o continuarán en su errónea conducta de complacencia, rechazando la luz que Dios les ha dado en reprensión de las cosas en las cuales se deleitan? Lo que deben decidir es: ¿Me negaré a mí mismo y recibiré como de Dios los Testimonios que reprenden mis pecados, o rechazaré los Testimonios porque reprenden mis pecados?

"En muchos casos se reciben plenamente los Testimonios, se rechaza el pecado y la complacencia, e inmediatamente se inicia una reforma en armonía con la luz que Dios ha dado.

En otros casos, se sigue en las complacencias pecaminosas, se rechazan los Testimonios, y se dan a otros muchas excusas falsas acerca de la razón que se tiene para negarse a recibirlos. No se da la verdadera razón. Es una falta de valor moral y de una voluntad fortalecida y regida por el Espíritu de Dios para renunciar a los hábitos nocivos".

"Satanás es hábil para sugerir dudas e idear objeciones al testimonio directo que Dios envía, y muchos piensan que es una virtud, un indicio de inteligencia en ellos el ser incrédulos y presentar dudas. Los que desean dudar, tendrán abundante ocasión para ello. Dios no se propone evitarnos toda oportunidad de ser incrédulos. El da evidencias, que deben ser investigadas cuidadosamente con mente humilde y espíritu susceptible de ser enseñado; y todos deben decidir por el peso de la evidencia". "Dios da suficiente evidencia para que pueda creer el espíritu sincero; pero el que se aparta del peso de la evidencia porque hay unas pocas cosas que su entendimiento finito no puede aclarar, será dejado en la atmósfera fría y helada de la incredulidad y de la duda, y

perderá su fe”.

El deber de dar reprensión

“Cuando el error es evidente entre los hijos de Dios y sus servidores los consideran con indiferencia, implícitamente están apoyando y justificando al pecador, y son igualmente culpables, y lo mismo que ellos serán objeto del desagrado divino; además serán considerados responsables de los pecados de los culpables. En visión se me han mostrado numerosos casos en que se había incurrido en el desagrado divino por descuido de parte de sus servidores en señalar los errores y pecados que existían entre ellos. Los que han excusado el error, los miembros los han considerado muy afables y de encantadora disposición, simplemente porque evitaron cumplir un claro deber bíblico. Como la tarea no era agradable para ellos, la evitaron”.

El testimonio escrutador del Espíritu de Dios “separará a los de Israel que han combatido los medios que Dios ha establecido para mantener libre

de corrupciones a la iglesia. Hay que llamar al error por su nombre. Los pecados graves tienen que ser censurados como corresponde. Todos los hijos de Dios debieran acercarse más a él... Entonces verán el pecado en la verdadera luz y comprenderán cuán ofensivo es para Dios". "El testimonio claro y directo debe vivir en la iglesia, porque en caso contrario la maldición de Dios descansará sobre su pueblo con tanta seguridad como pesó sobre Israel debido a sus pecados".

"Nunca existió mayor necesidad de fieles amonestaciones y reproches... que en este mismo momento. Satanás ha descendido con gran poder, sabiendo que le queda poco tiempo. Está inundando el mundo con fábulas agradables y a los hijos de Dios les encanta que se les digan cosas placenteras... Se me mostró que el pueblo de Dios debe realizar esfuerzos más firmes y decididos para rechazar los asaltos de las tinieblas. La obra profunda del Espíritu Santo de Dios se necesita ahora como nunca antes".

Cuando en mi juventud acepté la obra que Dios

me encomendaba, recibí con ella la promesa de que contaría con la ayuda especial del poderoso Ayudador. También se me encomendó la solemne responsabilidad de presentar fielmente el mensaje del Señor sin hacer distinción entre amigos o enemigos. Dios no hace acepción de personas. Ya sea que trate con ricos o pobres, con encumbrados o humildes, con sabios o ignorantes, el mensajero de Dios no debe traicionar su responsabilidad sagrada.

“Que nadie piense que me retracto de algún claro testimonio que he dado individualmente o en conjunto a los hijos de Dios, o que lamento haberlo presentado. Si he cometido algún error, ha sido en no reprender el pecado con mayor decisión y firmeza. Algunos de los hermanos han tomado sobre sí la responsabilidad de criticar mi obra y de proponer un método más fácil para corregir el error. A ellos quiero decirles: “He adoptado los métodos de Dios y no los vuestros. Lo que he dicho o escrito en testimonio o como reprensión ha sido expresado con toda claridad...

“Los que en cualquier forma aminoren el impacto de las penetrantes reprensiones que Dios me ha encomendado que presente, deberán hacer frente a su obra en el juicio... A quienes han tomado sobre sí la responsabilidad de censurarme, y que en su entendimiento limitado proponen un método que les parece más prudente, les repito: No acepto vuestros esfuerzos. Dejadme con Dios y permitid que él me enseñe. Recibiré las palabras del Señor y las transmitiré a sus hijos. No espero que todos acepten la reprensión y reformen sus vidas, pero de todos modos tengo que cumplir con mi deber. Andaré humildemente delante de Dios y realizaré mi trabajo para este tiempo y la eternidad.

“Dios no ha dado a mis hermanos la obra que me ha encomendado. Se ha dicho que mi manera de presentar la reprensión en público ha inducido a otros a ser cortantes, criticones y severos. Si es así, ellos tendrán que dar cuenta a Dios de su actitud. Si otros asumen una responsabilidad que Dios no les ha encomendado, si desatienden las instrucciones dadas repetidamente por él mediante el humilde instrumento de su elección, en las que insta a ser

bondadosos, pacientes y tolerantes, sólo ellos tendrán que dar cuenta de los resultados. He cumplido mi deber desagradable hacia mis amigos más queridos con mi corazón cargado de tristeza, no atreviéndome a agradarme a mí misma al ocultar la reprensión, ni siquiera de mi esposo; y no seré menos fiel en amonestar a otros, ya sea que aprueben o se opongan. Cuando hablo a los hijos de Dios, digo muchas cosas en las que no había pensado antes. El Espíritu del Señor desciende sobre mí con frecuencia. Tengo la impresión de salir de mí misma y de ser transportada; en esas ocasiones, la vida y el carácter de diferentes personas son presentados con claridad en mi mente. Veo sus errores y los peligros que corren, y me siento compelida a hablar acerca de lo que se me ha presentado. No me atrevo a ofrecer resistencia contra el Espíritu de Dios".

Rechazo de la reprensión

"En la actualidad hay muchas personas que desprecian las fieles reprensiones que Dios ha enviado mediante testimonios. Se me ha mostrado

que algunas personas en estos días han llegado al extremo de quemar las palabras escritas de reproche y advertencia, tal como lo hizo el malvado rey de Israel. Pero la oposición ofrecida contra las amenazas de Dios no detendrá su ejecución. Desafiar las palabras del Señor, habladas por medio de sus instrumentos escogidos, tan sólo provocará su ira y finalmente acarreará ruina segura sobre el ofensor. En el corazón del pecador suele encenderse la indignación contra el instrumento elegido por Dios para que presente sus reproches. Siempre ha sido así, y actualmente existe el mismo espíritu que persiguió y encarceló a Jeremías por obedecer la palabra de Jehová".

Desde el comienzo mismo de mi obra, cuando he sido llamada a presentar testimonios claros y profundos, a censurar el error en forma definida, ha habido quienes han presentado oposición a mi testimonio y luego han hablado en forma lisonjera y agradable, han enlucido con mortero suave, para destruir la influencia de mis labores. El Señor me insta a presentar reproches, y luego hay personas que se interponen entre mí y la gente para invalidar

el efecto de mi testimonio.

“Casi en todo caso cuando es necesario presentar alguna reprensión, hay alguien que pasa por alto el hecho de que el Espíritu del Señor ha sido contristado y su causa desacreditada Estas personas se compadecerán de los que merecen reprensión, porque los sentimientos personales de éstos han sido heridos. Toda esta simpatía Naturaleza e influencia de los testimonios 661 no santificada coloca a los simpatizantes en un lugar donde comparten la culpa de la persona reprendida. En nueve casos de cada diez, si la persona censurada hubiera tomado conciencia de su mal, habría sido ayudada a reconocerlo y se habría reformado. Pero personas simpatizantes impertinentes y no santificadas, hacen aparecer equivocadamente los motivos de quien representa el reproche, y la naturaleza de la reprensión dada; y al simpatizar con la persona reprendida la inducen a sentir que ha sido maltratada, con lo que sus sentimientos se rebelan contra quien tan sólo había cumplido con su deber. Los que cumplen fielmente sus deberes desagradables por sentirse responsables

delante de Dios, recibirán su bendición”.

“Hay algunas personas en estos últimos días que exclaman: ‘Decidnos cosas halagüeñas, profetizad mentiras’. (Isaías 30:10) Pero esta no es mi obra. Dios me ha establecido como reprensora de su pueblo; y con la misma seguridad con que me ha impuesto esta pesada carga, hará responsables a quienes es dado este mensaje de la forma como lo tratan. No se puede tratar con ligereza a Dios, y los que desprecian su obra recibirán lo que corresponda a sus obras. No he elegido voluntariamente este trabajo desagradable. No es una obra que me acarreará el favor o la alabanza de la gente. Se trata de un trabajo que pocas personas apreciarán. Pero los que procuran hacer más duro mi trabajo mediante sus tergiversaciones, celosas sospechas e incredulidad, creando así prejuicio en las mentes de otras personas contra los Testimonios que Dios me ha dado, y limitando mi obra, tendrán que dar cuenta a Dios de su proceder; pero yo proseguiré delante a medida que la Providencia y mis hermanos despejen el camino delante de mí. Haré todo lo que pueda en el nombre y con la

fortaleza de mi Redentor... Mi deber no es agradarme a mí misma, sino hacer la voluntad de mi Padre celestial, quien me ha encomendado la obra que hago".

Si Dios me ha dado un mensaje para que lo presente a su pueblo, los que procuran estorbarme en la obra y disminuir la fe de nuestro pueblo en su verdad, no están luchando contra el instrumento, sino contra Dios. "No es el instrumento a quien despreciáis e insultáis, sino a Dios, quien os ha hablado mediante estas advertencias y reproches". "Los seres humanos difícilmente pueden lanzar un insulto mayor contra Dios que despreciar y rechazar a los instrumentos que ha designado para conducirlos".

El descuido de los testimonios

No sólo los que rechazan los Testimonios o albergan dudas con respecto a ellos están en terreno peligroso. Despreciar la luz es rechazarla.

"Algunos de vosotros reconocéis de palabra la

reprensión; pero no la aceptáis en el corazón. Seguís como antes, pero siendo menos susceptibles a la influencia del Espíritu de Dios, enceguecióndoos cada vez más, teniendo menos visión, menos dominio propio, menos fuerza moral y menos celo y placer por los ejercicios religiosos; y si no os convertís, perderéis finalmente toda vuestra confianza en Dios. No habéis hecho cambios decididos en vuestra vida cuando os llegó la reprensión, porque no habéis visto ni comprendido vuestros defectos de carácter, ni el gran contraste que hay entre vuestra vida y la de Cristo. ¿Qué representan vuestras oraciones mientras conserváis iniquidad en vuestro corazón? A menos que hagáis un cambio cabal, antes de mucho os cansaréis de la reprensión, como se cansaron los hijos de Israel; y como ellos, apostataréis de Dios".

"Muchos contrarían directamente la luz que Dios ha dado a su pueblo, porque no leen los libros que contienen la luz y el conocimiento, en reconvenciones, represiones y amonestaciones. Los cuidados del mundo, el amor a la moda y la

falta de religión han desviado la atención de la luz que Dios nos ha concedido tan misericordiosamente, mientras que libros y periódicos que contienen errores inundan todo el país. Por doquiera están aumentando el escepticismo y la incredulidad. La preciosa luz que proviene del trono de Dios se oculta bajo un almud. Dios hará a su pueblo responsable de esta negligencia. Habrá que darle cuenta de todo rayo de luz que él ha dejado brillar sobre nuestra senda, sea que la hayamos aprovechado para progresar en las cosas divinas, o rechazado porque nos resultaba más agradable seguir nuestras inclinaciones".

"Los tomos del Espíritu de profecía [El conflicto de los siglos] y también los Testimonios, deben ser introducidos en toda familia observadora del sábado, y los hermanos deben conocer su valor y ser instados a leerlos. No fue el plan más sabio colocar estos libros a precios bajos, y que haya un solo juego en una iglesia. Debieran estar en la biblioteca de cada familia, y ser leídos a menudo. Colóquense donde muchos puedan leerlos".

“Recuerden los ministros y los hermanos que la verdad del Evangelio endurece cuando no salva. El rechazar la luz deja a los hombres cautivos, atados por cadenas de tinieblas e incredulidad. El alma que se niega día tras día a escuchar las invitaciones de misericordia, se queda pronto en tal condición que se niega a escuchar si no la conmueve una emoción. Como colaboradores de Dios, necesitamos más piedad ferviente y menos exaltación propia. Cuanto más se exalte el yo, tanto más se reducirá la fe en los Testimonios del Espíritu de Dios ...Los que confían plenamente en sí mismos, verán menos y menos de Dios en los Testimonios de su Espíritu”.

Cómo recibir la reprensión

“Los que son reprendidos por el Espíritu de Dios no deben levantarse contra el humilde instrumento. Es Dios y no un ser mortal falible quien ha hablado para salvarlos de la ruina”. No agrada a la naturaleza humana recibir reprensiones, ni puede el corazón del hombre que no está iluminado por el Espíritu de Dios comprender la

necesidad de reprensión o la bendición que ella está destinada a reportarle. En la medida en que el hombre cede a la tentación y participa del pecado, su mente se entenebrece. Se pervierte el sentido moral. Se desprecian las amonestaciones de la conciencia, y su voz se oye cada vez con menos claridad. Pierde gradualmente el poder de distinguir entre lo correcto y lo erróneo, hasta llegar a no tener verdadero sentido de su posición delante de Dios. Tal vez observe la forma de la religión, y defienda celosamente sus doctrinas, mientras está destituido de su espíritu. Esta condición está descrita por el Testigo Fiel: “Tú dices: Yo soy rico, y estoy enriquecido, y no tengo necesidad de ninguna cosa; y no conoces que tú eres un cuitado y miserable y pobre y ciego y desnudo”. (Apocalipsis 3:17) Cuando el Espíritu de Dios, por sus mensajes de reprensión, declara que tal es la condición de la persona, ella no puede ver que el mensaje sea la verdad. ¿Debe por lo tanto rechazar la amonestación? No.

Dios nos ha dado suficiente evidencia para que todos los que lo desean puedan convencerse del

carácter de los Testimonios; y habiéndolos reconocido como de Dios, es su deber aceptar la reprensión, aunque no vean ellos mismos la pecaminosidad de su conducta. Si comprendiesen plenamente su condición, ¿qué necesidad tendrían de reprensión? Por el hecho de que no la conocen, Dios se la presenta para que puedan arrepentirse y reformarse antes que sea demasiado tarde. “Los que desprecian las amonestaciones serán dejados a ciegas y se engañarán a sí mismos, pero los que las escuchen, y cumplan celosamente la obra de separarse de sus pecados a fin de tener las gracias necesarias, abrirán la puerta de su corazón a fin de que el amado Salvador pueda entrar en él y morar con ellos”. “Los que están más estrechamente vinculados con Dios son aquellos que conocen su voz cuando les habla. Los que son espirituales disciernen las cosas espirituales. Los tales sentirán agradecimiento porque el Señor les ha señalado sus errores”.

“David aprendió sabiduría de la manera en que Dios le trató, y se postró humildemente bajo el castigo del Altísimo. El cuadro fiel que de su

estado presentó el profeta Natán, hizo conocer a David sus propios pecados y le ayudó a abandonarlos. Aceptó mansamente el consejo y se humilló delante de Dios. ‘La ley de Jehová’ -- exclama él-- ‘es perfecta, que vuelve el alma’. (Salmos 19:7)”

“Si estáis fuera del castigo, del cual todos han sido hechos participantes, luego sois bastardos, y no hijos”. (Hebreos 12:8) Nuestro Señor ha dicho: “Yo reprendo y castigo a todos los que amo”. “Es verdad que ningún castigo al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; mas después da fruto apacible de justicia a los que en él son ejercitados” (Apocalipsis 3:19; Hebreos 12:11) Aunque la disciplina sea amarga, la administra el tierno amor del Padre, para que por ella seamos “hechos participantes de la naturaleza divina”. (2 Pedro 1:4)

Una distinción injustificada

Algunos han asumido la actitud de que las amonestaciones, advertencias y reproches dados

por el Señor mediante su sierva, a menos que vengan por medio de una visión especial para algún caso individual, no deben tener más peso que los consejos y amonestaciones de otras fuentes. En algunos casos se ha dicho que al dar un testimonio para las iglesias o las: personas, yo había escrito inducida por cartas recibidas de miembros de la iglesia. Ha habido quienes sostenían que los testimonios que pretendían ser dados por el Espíritu de Dios eran simplemente la expresión de mi propio juicio, basado en información obtenida de fuentes humanas. Esta declaración es completamente falsa.

No obstante, si en respuesta a alguna pregunta, declaración o pedido de las iglesias o personas, se escribe un testimonio presentando la luz que Dios ha dado concerniente a ellas, el hecho de que haya surgido de esta manera no le resta en forma alguna validez ni importancia. Transcribo del Testimonio no 31 algunos párrafos que tratan directamente este punto:

“¿Qué sucedía con el apóstol Pablo? Las

noticias que recibió de la casa de Cloé acerca de la condición de la iglesia de Corinto fueron las que le indujeron a escribir su primera epístola a aquella iglesia. Le habían llegado cartas particulares que le presentaban los hechos tales como existían, y en respuesta expuso él los principios generales que, si se seguían, corregirían los males existentes. Con gran ternura y sabiduría, exhortó a todos a hablar las mismas cosas a fin de que no hubiese divisiones entre ellos.

“Pablo era un apóstol inspirado; sin embargo el Señor no le reveló en todas las ocasiones la condición de su pueblo. Los que se interesaban en la prosperidad de la iglesia y veían penetrar ciertos males en ella le presentaron el asunto, y gracias a la luz que había recibido previamente él estaba preparado para juzgar el verdadero carácter de esos sucesos. Los que estaban buscando realmente la luz no rechazaron su mensaje como si fuese una carta común, porque el Señor no le había dado una nueva revelación para aquel tiempo especial. De ningún modo. El Señor le había mostrado las dificultades y peligros que se levantarían en las

iglesias, para que cuando surgiesen, supiese tratarlos.

“Había sido designado para defender la iglesia; debía velar por las almas como quien debía dar cuenta a Dios; ¿no debía acaso prestar atención a los informes concernientes a su estado de anarquía y división? Por cierto que sí; y el reproche que él les mandó fue escrito bajo la inspiración del Espíritu de Dios tanto como cualquiera de sus epístolas. Pero cuando estos reproches llegaron, algunos no quisieron ser corregidos. Asumieron la actitud de que Dios no les había hablado por medio de Pablo, que él les había dado simplemente su opinión como hombre, y consideraron su propio juicio tan bueno como el de Pablo. Así también sucede con muchos de nuestros hermanos que se han apartado de los antiguos hitos y han seguido su propio entendimiento”.

Cuando nuestro pueblo asume esa actitud, las amonestaciones y consejos especiales de Dios por medio del espíritu de profecía no pueden influir en ellos para obrar una reforma en su vida y carácter.

El Señor no da una visión para hacer frente a cada emergencia que se levante en las diferentes actitudes de su pueblo en el desarrollo de su obra. Pero él me ha mostrado que su manera de tratar con la iglesia en edades pasadas consistió en dar a sus siervos escogidos impresiones referentes a las necesidades y los peligros a que estaban expuestas su causa y las personas y en hacer sentir a esos siervos la responsabilidad de dar consejos y amonestaciones.

Así también, en muchos casos Dios me ha dado luz acerca de los defectos peculiares de carácter de ciertos miembros de la iglesia y de los riesgos que corren las personas y la causa si estos defectos no se suprimen. En determinadas circunstancias hay peligro de que las malas tendencias se desarrollen mucho y se confirmen, perjudicando la causa de Dios y minando a la persona afectada. A veces cuando peligros especiales amenazan la causa de Dios o a individuos en particular, me llega una comunicación del Señor, en sueño o visión nocturna, y estos casos me son presentados vívidamente. Oigo una voz que me dice:

“Levántate y escribe; estas almas están en peligro”. Obedezco al impulso del Espíritu de Dios y mi pluma describe su verdadera condición. Durante mis viajes, al encontrarme delante de los hermanos en diferentes lugares, el Espíritu del Señor me recuerda claramente los casos que se me mostraron y revive el asunto que vi anteriormente.

Durante los últimos cuarenta y cinco años el Señor me ha estado revelando las necesidades de su causa y los casos de diferentes personas en todos los aspectos de la vida, mostrándome dónde y cómo habían descuidado el perfeccionamiento de un carácter cristiano. Se me ha presentado la historia de centenares de casos y se me ha indicado claramente lo que Dios aprueba y lo que él condena. El Señor me ha mostrado que si se sigue cierta conducta, o se conservan ciertos rasgos de carácter, se producirán determinados resultados. Así me ha estado preparando y disciplinando para que pueda discernir los peligros que amenazan a las almas, e instruir y amonestar a Naturaleza e influencia de los testimonios 667 sus hijos, renglón tras renglón, precepto tras precepto, a fin de que no

ignoren los designios de Satanás y puedan escapar a sus trampas.

La obra que el Señor me ha impuesto especialmente consiste en instar a jóvenes y ancianos, sabios e ignorantes, a escudriñar las Escrituras por sí mismos; inculcar en todos el hecho de que el estudio de la Palabra de Dios expandirá la mente y fortalecerá toda la facultad, haciendo el intelecto idóneo para luchar con profundos y abarcantes problemas de la verdad; asegurar a todos que el claro conocimiento de la Biblia supera a todo otro conocimiento en cuanto a hacer del hombre lo que Dios quería que fuese. “El principio de tus palabras alumbra; hace entender a los simples”. (Salmos 119:130)

Con la luz comunicada por el estudio de su Palabra, con el conocimiento especial que se me ha dado de los casos individuales entre su pueblo en todas las circunstancias y fases de la vida ¿puedo yo hallarme ahora en la misma ignorancia, la misma incertidumbre mental y ceguera espiritual que al principio de mi ministerio? ¿Dirán mis

hermanos que la hermana White ha sido una alumna tan torpe que su juicio en esa dirección no es mejor que antes de que entrase en la escuela de Cristo, para ser preparada y disciplinada para una obra especial? ¿No soy más inteligente acerca de los deberes y peligros del pueblo de Dios que aquellos a quienes nunca han sido presentadas estas cosas? No quisiera deshonrar a mi Hacedor admitiendo que toda esta luz, toda la manifestación de su gran poder en mi obra y experiencia ha sido inútil, que no ha educado mi juicio ni me ha preparado para su obra.

Cuando veo a hombres y mujeres que adoptan la conducta, o albergan los mismos rasgos que han puesto en peligro a otras almas y herido la causa de Dios, y que el Señor ha reprendido vez tras vez, ¿cómo puedo sino sentir alarma? Cuando veo almas tímidas cargadas con el sentimiento de sus imperfecciones, y sin embargo luchando concienzudamente para hacer lo que Dios ha dicho que es correcto, y sé que el Señor aprueba sus fieles esfuerzos, ¿no hablaré una palabra de aliento a esos pobres corazones temblorosos? ¿Callaré

porque cada caso individual no me ha sido señalado en visión directa?

“Pero si el atalaya viere venir la espada, y no tocare la corneta, y el pueblo no se apercibiere, y viniendo la espada, tomare de él alguno; él por causa de su pecado fue tomado, mas demandaré su sangre de mano del atalaya. Tú pues, hijo del hombre, yo te he puesto por atalaya a la casa de Israel, y oirás la palabra de mi boca, y los apercibirás de mi parte. Diciendo yo al impío: Impío, de cierto morirás; si tú no hablares para que se guarde el impío de su camino, el impío morirá por su pecado, mas su sangre yo la demandaré de tu mano. Y si tú avisares al impío de su camino para que de él se aparte, y él no se apartare de su camino, por su pecado morirá él, y tú libraste tu vida”. (Ezequiel 33:6-9)

En un sueño que tuve hace poco, me vi frente a una asamblea de gente entre la cual algunos hacían esfuerzos para eliminar la impresión de un muy solemne testimonio de amonestación que les había dado. Decían: “Creemos los testimonios de la

hermana White; pero cuando nos dice cosas que no ha visto directamente en visión del caso particular que se considera, sus palabras no tienen más valor para nosotros que las de cualquiera otra persona". El Espíritu del Señor vino sobre mí, y me levanté y los reprendí en el nombre de Jehová. Repetí en substancia lo que he presentado ya acerca del centinela. Esto, dije, se aplica a vuestro caso y al mío.

Ahora bien, si aquellos a quienes se dirigen estas solemnes amonestaciones dicen: "Es tan sólo la opinión individual de la hermana White, seguiré mi propio juicio", y si continúan haciendo las cosas que se les ha advertido que no hagan, demuestran que desprecian el consejo de Dios y el resultado es exactamente lo que el Espíritu de Dios me ha mostrado que sería: perjuicio para la causa de Dios y ruina para sí mismos. Algunos que quieren fortalecer su propia posición presentarán declaraciones de los Testimonios en las cuales ven apoyadas sus opiniones, y les darán el sentido más enérgico que puedan; pero aquello que pone en duda su conducta, o que no coincide con sus

opiniones, lo declaran opinión de la hermana White, niegan su origen celestial y lo colocan al nivel de su propio juicio.

Si vosotros, hermanos míos, que me habéis conocido a mí y a mi obra durante muchos años, asumís la actitud de que mi consejo no tiene más valor que el de aquellos que no han sido especialmente educados para esta obra, entonces no me pidáis que me una con vosotros en el trabajo; porque mientras asumís esta actitud, contrarrestáis inevitablemente la influencia de mi obra. Si os sentís tan seguros al seguir vuestros propios impulsos como al seguir la luz dada por la sierva delegada de Dios, el peligro es vuestro; seréis condenados porque rechazáis la luz que el cielo os ha enviado.

Mientras estaba en _____ el Señor vino a mí durante la noche y me dirigió preciosas palabras de aliento acerca de mi obra, repitiendo el mismo mensaje que me había dado varias veces antes. Respecto a los que se habían apartado de la luz a ellos enviada, dijo: “Al despreciar y rechazar el

testimonio que te he dado para que se lo comuniques, no es a ti, sino a mí, tu Señor, a quien han despreciado”.

Si los temerarios y llenos de estima propia siguen su conducta sin que se los refrene, ¿qué condición reinará en la iglesia? ¿Cómo se habrán de corregir los males que existen en estas personas voluntariosas y ambiciosas? ¿Por qué medios las alcanzará Dios? ¿Cómo pondrá en orden su iglesia? Se presentan constantemente diferencias de opinión, y a menudo hay apostasías que afligen a la iglesia. Cuando penetran controversias o divisiones, todas las partes aseveran tener razón y una conciencia libre de culpa; y no quieren ser instruidas por aquellos que han llevado durante mucho tiempo la carga de la obra, y acerca de quienes hay motivos para saber que han sido guiados por el Señor. Les ha sido enviada la luz para despejar sus tinieblas, pero tienen corazón demasiado orgulloso para aceptarla y prefieren las tinieblas. Desprecian el consejo de Dios porque no coincide con sus opiniones y planes, y fomentan sus malas características. La obra del Espíritu de

Dios que los pondría en la debida actitud, si la aceptasen, no ha llegado en una manera que les agrade ni que lisonjee su propia justicia. La luz que Dios les ha dado no es luz para ellos, y se extravían en las tinieblas. Sostienen que no se ha de conceder más confianza al juicio de quien ha tenido tan larga experiencia y a quien el Señor ha enseñado y empleado para hacer una obra especial, que en el de cualquier otra persona. ¿Es plan de Dios que obren así? ¿O es obra especial del enemigo de toda justicia mantener las almas en el error, atarlas con fuertes engaños que no pueden romper, porque se han colocado fuera del alcance de los medios que Dios ha ordenado para tratar con su iglesia?

En todas las épocas del mundo, el Señor ha dado reproches, reconvenciones y corrección a su iglesia. Estas amonestaciones fueron despreciadas y rechazadas en el tiempo de Cristo por los fariseos llenos de justicia propia, que aseveraban no necesitar tales reprensiones y que se los trataba injustamente. No quisieron recibir la Palabra que el Señor daba por medio de sus siervos, porque no agradaba a sus inclinaciones. Si el Señor diese,

delante de esta clase de personas de nuestra época, una visión que señalase sus errores, reprendiese su propia justicia y condenase sus pecados, se levantarían en rebelión, como los habitantes de Nazaret cuando Cristo les mostró su verdadera condición.

Si estas personas no humillan su corazón delante de Dios y si albergan las sugestiones de Satanás, la duda y la incredulidad se apoderarán del alma, y lo verán todo en una luz falsa. Una vez sembradas las semillas de duda en su corazón, tendrán que cosechar una abundante mies. Llegarán a desconfiar y dudar de las verdades que son tan claras y llenas de belleza para los que no se han educado en la incredulidad.

Los que adiestran su mente para que dude de todo lo que pueda ponerse en duda y sugieren esos pensamientos a otras mentes, hallarán siempre ocasión de dudar. Pondrán en tela de juicio y criticarán todo lo que se presente en el desarrollo de la verdad; criticarán la obra y la actitud de los demás; censurarán todo ramo de la obra en el cual

no tengan parte ellos mismos. Se alimentarán de los errores, equivocaciones y faltas ajenas, “hasta que” --dijo el ángel-- “el Señor Jesús termine su obra de mediación en el santuario celestial, y se vista de las vestiduras de venganza y los sorprenda en su festín profano; y se encontrarán sin preparación para la cena de bodas del Cordero”. Su gusto se ha pervertido de tal manera que se sentirían inclinados a criticar aun la mesa del Señor en su reino.

¿Reveló alguna vez el Señor a estas víctimas del engaño propio que ninguna reprensión ni corrección de él ha de tener peso para ellos a menos que la haya dado directamente en visión? Me extiendo en este punto, porque la actitud que muchos están asumiendo ahora es un engaño de Satanás para arruinar las almas. Cuando las ha entrampado y debilitado por sus sofismas de tal manera que al ser reprendidas persistan en anular la obra del Espíritu de Dios, su triunfo sobre ellas será completo. Algunos, que profesan ser justos, llegarán, como Judas, a entregar a su Señor en las manos de sus más acerbos enemigos. Estos seres

llenos de confianza en sí mismos y resueltos a poner en práctica su propia voluntad y sus propias ideas, irán de mal en peor, hasta que lleguen a seguir cualquier conducta más bien que renunciar a su voluntad. Avanzarán ciegamente en el camino del mal; pero corno los fariseos seducidos, estarán tan engañados que pensarán prestar servicio a Dios. Cristo describió la conducta Naturaleza e influencia de los testimonios 671 que seguirá cierta clase de personas cuando tenga oportunidad de desarrollar su verdadero carácter: “Mas seréis entregados aun de vuestros padres, y hermanos, y parientes, y amigos; y matarán a algunos de vosotros”. (Lucas 21:16)

Dios me ha dado una notable y solemne experiencia en relación con su obra; podéis tener la seguridad de que mientras tenga vida, no cesaré de elevar una voz de amonestación según sea impresionada por el Espíritu de Dios, quieran o no los hombres oírla o tolerarla. No tengo sabiduría especial en mí misma; soy tan sólo un instrumento en las manos del Señor para hacer la obra que él me ha asignado. Las instrucciones que he dado por

pluma o voz han sido una expresión de la luz que Dios me ha dado. He presentado los principios que el Espíritu de Dios ha estado grabando durante años en mi mente y escribiendo en mi corazón.

Y ahora, hermanos, os suplico que no os interpongáis entre mí y el pueblo, para desviar la luz que Dios quiere que llegue a él. No quitéis por vuestras críticas toda la fuerza, toda la agudeza y poder de los Testimonios. No sintáis que podéis disecarlos para que se adapten a vuestras propias ideas, aseverando que Dios os ha dado capacidad para discernir lo que es luz del cielo, y lo que es expresión de simple sabiduría humana. Si los Testimonios no hablan según la Palabra de Dios, rechazadlos. No puede haber unión entre Cristo y Belial. Por amor de Cristo, no confundáis a la gente con sofismas humanos y escepticismo, y no anuléis la obra que el Señor quiere hacer. No hagáis de este agente de Dios, por vuestra falta de discernimiento espiritual, una piedra de escándalo que haga tropezar y caer a muchos para que sean “enlazados, y presos”.

Capítulo 83

Informes infundados

Varias veces durante el invierno pasado [1888-89] escuché un comentario según el cual durante el Congreso de Minneápolis, “a la hermana White le fue mostrado que el juicio, que desde 1844 se llevaba a cabo con los justos muertos, había ahora comenzado con los vivos”. Este informe no es cierto. Un rumor parecido, que ha estado circulando por unos dos años, se originó de la siguiente manera: En una carta que le escribí a un ministro de California, desde Basilea, Suiza, hice en esencia, la siguiente declaración: “El juicio de los casos de los muertos ha estado en progreso por más de cuarenta años, y no sabemos cuán pronto pasará a los casos de los vivos”. Esta carta fue leída por diferentes personas, y algunos oidores descuidados informaron lo que ellos pensaron haber oído. Así fue como comenzó este asunto. El informe desde Minneápolis surgió de la comprensión equivocada de alguna declaración parecida a la mencionada en la carta. Fuera de esto

no hay otro fundamento para ninguno de los dos informes.

En segundo lugar, se informa que un ministro, que todavía está vivo, yo lo vi en una visión salvo en el reino de Dios; de esta manera se dio la impresión de que su salvación final está asegurada. No hay verdad alguna en este informe. La Palabra de Dios establece las condiciones para nuestra salvación y depende enteramente de nosotros cumplirlas o no.

Dice el Revelador: “Pero tienes unas pocas personas en Sardis que no han manchado sus vestiduras; y andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas. El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles”. (Apocalipsis 3:4, 5)

“Pero esperamos, según su promesa, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales habita la justicia. Por lo cual, oh amados, estando en espera

de estas cosas, procurad con diligencia ser hallados por él sin mancha e irreprensibles, en paz". "Así que vosotros, oh amados, sabiéndolo de antemano, guardaos, no sea que, arrastrados por el error de los inicuos, caigáis de vuestra firmeza". (2 Pedro 3:13, 14, 17) "Y el Señor os haga crecer y abundar en amor unos para con otros y para con todos, como también lo hacemos nosotros para con vosotros, para afianzar vuestros corazones, irreprensibles en santidad delante de nuestro Dios y Padre, en la venida de nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos". (1 Tesalonicenses 3:12, 13) "Mas el justo vivirá por la fe, y si retrocede, mi alma no se complace en él. Pero nosotros no somos de los que retroceden para destrucción, sino de los que tienen fe para preservación del alma". (Hebreos 10:38, 39)

Aquí está la elección bíblica claramente expuesta. Aquí se especifica quiénes serán coronados en la ciudad de Dios, y quiénes son los que no tendrán parte con los justos. "Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para poder tener acceso al árbol de

la vida y para entrar por las puertas en la ciudad”. (Apocalipsis 22:14)

El tercer informe dice que, en el Congreso de Minneápolis, “la hermana White confesó que en algunas de sus declaraciones de esa sesión se había equivocado y había manifestado un espíritu indebido”. Este informe también carece de fundamento. Yo no podía abstenerme de dar al Congreso la luz que Dios me había dado a mí. Esto lo presenté en mensajes de amonestación y reprensión, como también en palabras de esperanza y fe. Sin embargo, nada de lo que dije en esa reunión ha sido retractado ni se ha confesado que estuviese equivocado. Todavía veo las cosas desde el mismo punto de vista, y pienso igual que cuando estuve en Minneápolis. Todos los peligros que vi entonces, y que pesaban tan gravemente sobre mi persona, se han desarrollado con más claridad desde que se llevó a cabo esa reunión. Mientras más me familiarizo con la condición de nuestras iglesias, más me doy cuenta de que toda amonestación dada en Minneápolis era necesaria.

El alcance de este informe procedente de Minneápolis tendió a destruir la confianza en las reprensiones y amonestaciones que yo di al pueblo. Relataré aquí un ejemplo de esto.

Una hermana vinculada con una de nuestras misiones había sido reprendida por la mala influencia que ejercía sobre los jóvenes con quienes se asociaba. Ella había dado lugar a un espíritu de liviandad, trivialidad y frivolidad que contristaba al Espíritu de Dios, lo cual era desmoralizador para los obreros. Cuando llegó a ese lugar el informe por correo desde Minneápolis respecto al proceder equivocado de la hermana White, que supuestamente había ocasionado una confesión de su parte, los parientes de la hermana T inmediatamente comentaron: “Bueno, si la hermana White estaba equivocada concerniente a ciertos asuntos en el Congreso de Minneápolis, y tuvo de hecho que confesarlo, quién sabe si se equivocó en cuanto al mensaje que le dio a mi hermana y que tenga que confesar eso también”. Así justificaron la conducta de la pecadora. Sin embargo, desde entonces la hermana T ha

reconocido el error por el cual fue reprendida. Los que iniciaron y esparcieron el informe han ejercido una influencia que anima a los pecadores a rechazar la reprensión, poniendo así a las almas en peligro. Cuídense los que han tomado parte en esta obra de que la sangre de estas almas no recaiga sobre ustedes en el gran día del juicio final.

Los casos que he mencionado servirán para demostrar cuán poca confianza se puede tener en informes sobre lo que yo he hecho o enseñado. En mis labores dentro de la obra del Señor no ha sido mi costumbre vindicar mi propia causa o contradecir los informes que han circulado acerca de mí. El hacerlo tomaría mi tiempo y descuidaría la obra que Dios me ha asignado. Estos asuntos los he dejado en manos de Aquel que protege a sus siervos y a su causa.

Sin embargo, debo decir a mis hermanos: Cuidaos de creer en esos informes. El Salvador pidió a sus discípulos: “Mirad, pues, cómo escucháis”. (Lucas 8:18) Y se refiere a la clase de personas que escuchan pero no entienden, a menos

que se conviertan y sean sanadas. Otra vez dijo él: “Mirad, pues, cómo oís”. (Lucas 8:18) “El que es de Dios, escucha las palabras de Dios”. (Juan 8:47)

Los que oían las palabras de Cristo escuchaban y transmitían su enseñanza conforme al espíritu que habitaba en ellos. Así ha sido siempre con los que oyen la Palabra de Dios. La manera en que la comprenden y la reciben depende del espíritu que habita en sus corazones.

Hay muchos que añaden su propia interpretación a lo que oyen, haciendo que el pensamiento aparezca totalmente diferente de lo que el orador procuraba expresar. Algunos, que escuchan mediante sus propios prejuicios o preferencias, comprenden el asunto como a ellos les gustaría que fuera, como mejor conviene a sus propósitos, y así lo transmiten. Siguiendo las impresiones de un corazón no consagrado, interpretan como malo lo que debidamente entendido, pudiera ser medio para lograr un gran bien.

Repito, una declaración perfectamente verdadera y correcta en sí misma puede ser completamente distorsionada al transmitirse a través de una serie de mentes indiscretas, negligentes y capciosas. Personas de buenas intenciones a menudo se vuelven descuidadas y cometen graves errores, y por lo tanto no se puede esperar que otros rindan un informe más correcto. El que no ha captado bien el sentido de lo que dijo un orador, repite una declaración o aseveración, dándole su propia interpretación a lo que oyó. Crea una impresión en el oyente igual a sus prejuicios e imaginaciones. Lo informa a un tercero, quien a su vez le añade un poco más y lo pasa a otros; y antes de que ninguno de ellos se dé cuenta de lo que están haciendo, han cumplido el propósito de Satanás de implantar las semillas de la duda, el recelo y la sospecha en muchas otras mentes.

Si escuchamos el mensaje de reprensión, amonestación o aliento que proviene de Dios, y nuestros corazones están llenos de prejuicio, no comprenderemos el verdadero significado de lo que nos fue enviado para que fuera un sabor de

vida para vida. Satanás está listo para presentarnos todo bajo una luz falsa. Pero las almas que tienen hambre y sed del conocimiento divino oirán correctamente, y obtendrán las hermosas bendiciones que Dios se propone comunicarles. Sus mentes están bajo la influencia de su Santo Espíritu y perciben bien. Cuando los corazones se purifican del egoísmo, están en armonía con el mensaje que Dios les envía. Sus percepciones se avivan, sus sensibilidades se refinan. Aprecian aquello con lo cual se identifican. “El que es de Dios escucha las palabras de Dios; por esto no las escucháis vosotros, porque no sois de Dios”. (Juan 8:47)

Y ahora, a todos los que abrigan el deseo de recibir la verdad, os digo: No déis por ciertos los informes infundados respecto a lo que la hermana White ha hecho, dicho o escrito. Si deseáis saber lo que el Señor ha revelado por medio de ella, leed sus obras publicadas. Si hubiere algunos puntos de interés con relación a lo que ella no haya escrito, no os apresuréis a percibir e informar algo como si ella lo hubiese dicho.

Capítulo 84

Un milagro falsificado

Algunos han encontrado difícil la armonización de una declaración hecha en los Testimonios para la iglesia, tomo 1, 263, con otra que aparece en El conflicto de los siglos, 184.[1] Estos pasajes se refieren a la obra de los hechiceros que falsificaron el milagro realizado por Aarón, al convertir la vara en serpiente. El testimonio dice: “Los magos no pudieron hacer todos aquellos milagros que Dios obró por medio de Moisés. Pudieron hacer solamente unos cuantos. Las varas de los magos sí se convirtieron en serpientes, pero la vara de Aarón los devoró”. Esta última frase, que es la que se cuestiona, es sustancialmente la misma de la declaración bíblica: “Echó cada uno su vara, las cuales se volvieron culebras; mas la vara de Aarón devoró las varas de ellos”. (Éxodo 7:12) La declaración en el tomo 1 de El conflicto dice así: “Los magos parecían obrar varias cosas con sus encantamientos, semejantes a las cosas que Dios obró por la mano de Moisés y de Aarón. Realmente

no hicieron que sus varas se convirtieran en serpientes, pero por medio de la magia, auxiliados por el gran engañador, las hicieron aparecer como serpientes para falsificar la obra de Dios". Esta declaración, en lugar de contradecir la anterior, sencillamente la explica

No hay en el Testimonio una expresión amplia del pensamiento que quise haber comunicado. En la pág. 264 hay una frase que aclara el significado: "Los magos no obraron sólo por intermedio de su ciencia, sino por el poder de su dios, el diablo, quien ingeniosamente llevó a cabo su obra engañadora falsificando la obra de Dios". Moisés, por el poder de Dios, había convertido su vara en una serpiente viva. Satanás, por intermedio de los magos, falsificó este milagro. No podía producir culebras vivas por cuanto no posee el poder para crear o dar vida. Este poder pertenece solamente a Dios. Pero todo lo que Satanás era capaz de hacer, lo hizo y produjo una falsificación. Por medio de su poder, obrando a través de los magos, hizo que las varas adoptaran la apariencia de culebras.

La declaración de que ellas se convirtieron en culebras quiere decir sencillamente que eran tales en apariencia; y así le parecieron a Faraón y a su corte. No había nada en su apariencia que las distinguiera de la serpiente producida por Moisés y Aarón; pero, mientras que una era real, las otras eran espurias. Y el Señor hizo que la serpiente viva se tragara a las que lo eran en apariencia.

Faraón quería justificar su testarudez de resistir el mandato divino; procuraba alguna excusa para ignorar el milagro que Dios había obrado por medio de Moisés. Satanás le dio exactamente lo que él quería. A través de la obra que llevó a cabo con los magos dio la impresión a los egipcios de que Moisés y Aarón eran meramente magos y hechiceros y, por consiguiente, que el mensaje que ellos trajeron no sería respetado como algo proveniente de un ser superior.

Hasta el hecho de ver cómo las falsas serpientes eran devoradas, no fue tenido por Faraón como una obra especial del poder de Dios, sino más bien como algo logrado por un tipo de magia

superior a la de sus siervos. De manera que esta obra de falsificación fomentó su rebelión, e hizo que se endureciera contra la convicción. Fue por medio de este despliegue de poder sobrenatural, al convertir la serpiente en médium, que Satanás causó la caída de Adán y Eva en el Edén. Antes del fin del tiempo obrará mayores maravillas. Hasta donde se lo permita su poder, obrará verdaderos milagros. Dice la Escritura: “Y engaña a los moradores de la tierra a causa de las señales que se le ha permitido hacer” (Apocalipsis 13:14), no meramente las que aparenta hacer. Algo más que meras imposturas se traen a luz en este pasaje. Pero hay un límite más allá del cual Satanás no puede cruzar, y aquí se vale del engaño para falsificar la obra que realmente no tiene poder para hacer. En los últimos días se manifestará de tal manera que la gente creerá que él es el Cristo que ha venido por segunda vez al mundo. En verdad se transformará en un ángel de luz. Pero aunque tendrá la apariencia de Cristo en todo respecto, en lo que se refiere a la apariencia, ésta no engañará sino a los que al igual que Faraón, procuran resistir la verdad.

Los misterios de la Biblia son pruebas de su inspiración

“¿Alcanzarás tú el rastro de Dios? ¿Llegarás tú a la perfección del Todopoderoso?” “Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos”. “Yo soy Dios, y no hay más Dios, y nada hay a mí semejante; que anunció lo por venir desde el principio, y desde antiguo lo que aun no era hecho” (Job 11:7; Isaías 55:8, 9; 46:9, 10) Es imposible para las mentes finitas de los hombres comprender plenamente el carácter o las obras del Infinito. Aun para el intelecto más aguzado, para la mente más poderosa y altamente educada, este Ser santo debe permanecer siempre vestido de misterio.

El apóstol Pablo exclama: “¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios, e inescrutables sus caminos!” Pero aunque “nubes y

tinieblas están alrededor de él”; “justicia y juicio son el asiento de su trono” (Romanos 11:33; Salmos 97:2; 89:14, VM) Podemos comprender su trato con nosotros, y los motivos que le impulsan, hasta el punto de discernir el amor ilimitado y la misericordia unidos al poder infinito. Podemos comprender sus propósitos en la medida en que nos resulta benéfico conocerlos; y fuera de esto debemos seguir confiando en el poder del Omnipotente, el amor y la sabiduría del Padre y Soberano de todos.

Como el carácter de su Autor divino, la Palabra de Dios presenta misterios que no podrán nunca ser plenamente comprendidos por los seres finitos. Dirige nuestra mente al Creador, “que habita en luz inaccesible”. (1 Timoteo 6:16) Nos presenta sus propósitos, que abarcan todas las edades de la historia humana, y cuyo cumplimiento se alcanzará únicamente en los siglos sin fin de la eternidad. Llama nuestra atención a temas de infinita profundidad e importancia concernientes al gobierno de Dios y el destino del hombre. Los misterios de la Biblia son pruebas de su inspiración

681

La entrada del pecado en el mundo, la encarnación de Cristo, la regeneración, la resurrección y muchos otros temas presentados en la Biblia, son misterios demasiado profundos para que los explique la mente humana, o siquiera los comprenda plenamente. Pero Dios nos ha dado en las Escrituras suficientes evidencias de su carácter divino, y no debemos dudar su Palabra porque no podamos comprender todos los misterios de su providencia.

Las porciones de las Santas Escrituras que presentan estos grandes temas no deben pasarse por alto, como si no tuviesen utilidad para el hombre. Todo lo que Dios ha visto propio dar a conocer, debemos aceptarlo por la autoridad de su Palabra. Tal vez se haga una simple declaración de los hechos, sin explicación en cuanto al porqué ni cómo, pero aunque no podamos comprenderlo, debemos admitir que es verdad, porque Dios lo ha dicho. La dificultad estriba en la debilidad y estrechez de la mente humana.

El apóstol Pedro dice que hay en las Escrituras cosas “difíciles de entender, las cuales los indoctos e inconstantes tuercen... para perdición de sí mismos”. (2 Pedro 3:16) Las dificultades de la Escritura han sido presentadas por los escépticos como argumentos contra la Biblia; pero lejos de serlo, constituyen una fuerte evidencia de su inspiración divina. Si mencionase de Dios sólo aquello que se pudiese comprender fácilmente; si su grandeza y majestad pudiesen ser comprendidas por las mentes finitas, la Biblia no llevaría las inequívocas credenciales de la autoridad divina. La misma grandeza y el misterio de los temas presentados, deben inspirar fe en ella como palabra de Dios.

La Biblia revela la verdad con una sencillez y una adaptación tan perfecta a las necesidades y los anhelos del corazón humano, que asombra y encanta los intelectos más altamente cultivados, al par que habilita a los humildes e incultos para discernir el camino de la salvación. Sin embargo, estas verdades sencillamente presentadas abarcan

temas tan elevados, tan extensos, tan infinitamente más allá del poder de la comprensión humana, que podemos aceptarlos únicamente porque Dios los ha presentado. Así se nos abre el plan de la salvación para que cada alma pueda ver los pasos que ha de dar en el arrepentimiento hacia Dios y la fe en nuestro Señor Jesucristo, a fin de salvarse de la manera que Dios ha indicado; sin embargo, debajo de estas verdades, tan fácilmente comprendidas, hay misterios que ocultan su gloria; misterios que sobrepujan la mente en sus investigaciones, aunque inspiran reverencia y fe en el que busca sinceramente la verdad. Cuanto más se escudriña la Biblia, tanto más profunda se vuelve la convicción de que es la Palabra del Dios viviente, y la razón humana se inclina ante la majestad de la revelación divina.

Son bendecidos con la luz más clara los que están dispuestos a aceptar los oráculos vivientes por la autoridad de Dios. Si se les pide que expliquen ciertas declaraciones sólo pueden contestar: “Así se presenta el asunto en las Escrituras”. Están obligados a reconocer que no

pueden explicar la operación del poder divino ni la manifestación de la sabiduría divina. Es como el Señor se propuso que fuera, que nos hallemos obligados a aceptar algunas cosas solamente por la fe. Reconocer esto es admitir que la mente finita es inadecuada para comprender lo infinito; que el hombre, con su conocimiento limitado y humano, no puede comprender los propósitos de la omnisciencia.

El escéptico y el incrédulo rechazan la Palabra de Dios porque no pueden sondear todos sus misterios; y no todos los que profesan creer la Biblia están seguros contra esa tentación. Dice el apóstol: “Mirad, hermanos, que en ninguno de vosotros haya corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo”. (Hebreos 3:12) Los intelectos que se han acostumbrado a criticar, dudar y cavilar porque no pueden sondear los propósitos de Dios caerán “en semejante ejemplo de desobediencia”. (Hebreos 4:11) Es correcto estudiar detenidamente la enseñanza de la Biblia y escudriñar las cosas profundas de Dios hasta donde se revelan en las Escrituras. Si bien “las cosas

secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios", "las reveladas son para nosotros y para nuestros hijos por siempre". (Deuteronomio 29:29)

Pero la obra de Satanás consiste en pervertir las facultades investigadoras de la mente. Se mezcla cierto orgullo con la consideración de la verdad bíblica de manera que los hombres se sienten derrotados e impacientes si no pueden explicar toda porción de la Escritura a su satisfacción. Es demasiado humillante para ellos reconocer que no entienden las palabras inspiradas. No están dispuestos a aguardar pacientemente hasta que Dios vea propio revelarles la verdad. Piensan que su sabiduría humana, sin ayuda alguna, es suficiente para permitirles comprender la Escritura; y al fracasar en ello, niegan virtualmente su autoridad.

Es cierto que muchas teorías y doctrinas popularmente creídas como enseñanza de la Biblia, no tienen fundamento en la Escritura, y son a la verdad contrarias a todo el tenor de la inspiración. Estas cosas han sido causa de duda y perplejidad

para muchas mentes. Sin embargo, no son imputables a la Palabra de Dios, sino a la perversión que el hombre le ha hecho sufrir. Pero las dificultades que hay en la Biblia no arrojan sombra sobre la sabiduría de Dios; no causarán la ruina de nadie que no habría sido destruido aun cuando no existiesen dificultades tales. Aun cuando no hubiese en la Biblia misterios que poner en duda, la propia falta de discernimiento espiritual de esas mentes les habría hecho hallar causa de tropiezo en los más claros asertos de Dios.

Los hombres que se imaginan dotados de facultades mentales tan superiores que pueden explicar todos los caminos y las obras de Dios, están tratando de ensalzar la sabiduría humana hasta igualarla con la divina y de glorificar al hombre como Dios. Están tan sólo repitiendo lo que Satanás declaró a Eva en el Edén: “Seréis como dioses”. (Génesis 3:5) Satanás cayó por tener la ambición de ser igual a Dios. Deseó entrar en los consejos y propósitos divinos, de los cuales había sido excluido porque como ser creado era incapaz de comprender la sabiduría del Ser infinito. Fue

este ambicioso orgullo lo que le indujo a rebelarse, y por el mismo medio trata de causar la ruina del hombre.

Hay misterios en el plan de la redención: la humillación del Hijo de Dios, para que fuese hallado como hombre, el admirable amor y la condescendencia del Padre al entregar a su Hijo; y esos misterios constituyen temas de continuo asombro para los ángeles celestiales. El apóstol Pedro, hablando de la revelación dada a los profetas en cuanto a “las aflicciones que habían de venir a Cristo, y las glorias después de ellas”, dice que son cosas “en las cuales desean mirar los ángeles”. (1 Pedro 1:11, 12) Constituirán el estudio de los redimidos a través de las edades eternas. A medida que contemplen la obra de Dios en la creación y la redención, nuevas verdades se revelarán continuamente a su mente asombrada y deleitada. Y a medida que vayan aprendiendo más y más de la sabiduría, el amor y el poder de Dios, su mente se irá ampliando constantemente y su gozo aumentará de continuo.

Si para los seres creados fuese posible obtener una comprensión plena de Dios y sus obras, después de lograrla no habría para ellos mayor descubrimiento de la verdad, ni crecimiento en el conocimiento, ni ulterior desarrollo del intelecto o el corazón. Dios no sería ya supremo; y los hombres, habiendo alcanzado el límite del conocimiento y del progreso, dejarían de avanzar. Demos gracias a Dios de que no es así. Dios es infinito; en él están “escondidos todos los tesoros de sabiduría y conocimiento”. (Colosenses 2:3) Y durante toda la eternidad los hombres podrán estar investigando y aprendiendo siempre, y sin embargo no podrán agotar los tesoros de su sabiduría, bondad y poder.

Dios quiere que, aun en esta vida, la verdad se vaya desarrollando siempre ante su pueblo. Hay tan sólo una manera en que puede obtenerse este conocimiento. Podemos alcanzar a comprender la Palabra de Dios únicamente por la iluminación de aquel Espíritu por el cual fue dada la Palabra. “Nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios;” “porque el Espíritu todo lo escudriña,

aun lo profundo de Dios". Y la promesa del Salvador a quienes le siguen es: "Cuando viniere aquel Espíritu de verdad, él os guiará a toda verdad;... porque tomará de lo mío, y os lo hará saber" (1 Corintios 2:11, 10; Juan 16:13, 14)

Dios desea que el hombre ejercite sus facultades de raciocinio; y el estudio de la Biblia fortalecerá y elevará el intelecto como ningún otro estudio puede hacerlo. Es el mejor ejercicio intelectual y espiritual para la mente humana. Sin embargo, no debemos endiosar la razón, que está sujeta a la debilidad y flaqueza de la humanidad. Si no queremos que las Escrituras queden veladas para nuestro entendimiento, de manera que no podamos comprender las más claras verdades, debemos tener la sencillez y fe de un niñito, estar listos para aprender y solicitar la ayuda del Espíritu Santo. Un sentido del poder y la sabiduría de Dios y de nuestra incapacidad para comprender su grandeza, debe inspirarnos humildad, y debemos abrir su Palabra con tanta reverencia como si entráramos en su presencia. Cuando acudimos a la Biblia, la razón debe reconocer una autoridad

superior a ella, y el corazón y el intelecto deben inclinarse ante el gran YO SOY.

Progresaremos en el verdadero conocimiento espiritual tan sólo en la medida en que comprendamos nuestra propia pequeñez y nues tra entera dependencia de Dios; pero todos los que acudan a la Biblia con un espíritu dispuesto a ser enseñado y a orar, para estudiar sus declaraciones como Palabra de Dios, recibirán iluminación divina. Hay muchas cosas aparentemente difíciles u oscuras, que Dios hará claras y sencillas para los que traten así de comprenderlas.

Hay a veces hombres de capacidad intelectual, mejorada por la educación y la cultura, que no alcanzan a comprender ciertos pasajes de la Escritura, mientras que otros que no tienen instrucción, cuyo entendimiento parece débil y cuya mente no está disciplinada, comprenden su significado y hallan fuerza y consuelo en aquello que los primeros declaran tedioso, o pasan por alto corno si no tuviese importancia. ¿Por qué es esto? Me ha sido explicado que la última clase no confía

en su propio entendimiento. Van a la fuente de la luz, Aquel que inspiró las Escrituras, y con humildad de corazón piden sabiduría a Dios, y la reciben. Hay minas de verdad que ha de descubrir todavía el investigador ferviente. Cristo representó la verdad por un tesoro oculto en un campo. No está en la misma superficie; debemos cavar para encontrarla. Pero nuestro éxito en esto no depende tanto de nuestra capacidad intelectual como de nuestra humildad de corazón y de una fe que se vale de la ayuda divina.

Sin la dirección del Espíritu Santo, estaremos constantemente expuestos a torcer las Escrituras o a interpretarlas mal. Muchas veces la lectura de la Biblia no reporta provecho, y hasta puede causar un daño positivo. Cuando la Palabra de Dios se abre sin reverencia ni oración; cuando los pensamientos y afectos no están fijos en Dios ni armonizan con su voluntad, el intelecto está enturbiado por la duda; y el escepticismo se fortalece en el mismo estudio de la Biblia. El enemigo rige los pensamientos y sugiere interpretaciones que no son correctas.

Cuando quiera que los hombres no traten de estar en armonía con Dios en sus palabras y acciones, por sabios que sean están expuestos a errar en su comprensión de la Escritura, y es peligroso confiar en sus explicaciones. Cuando tratamos verdaderamente de hacer la voluntad de Dios, el Espíritu Santo toma los preceptos de su Palabra, hace de ellos los principios de la vida y los escribe en las tablas del alma. Son únicamente los que siguen la luz ya dada quienes pueden esperar recibir mayor iluminación de parte del Espíritu. Esto se presenta claramente en las palabras de Cristo: “El que quisiere hacer su voluntad, conocerá de la doctrina”. (Juan 7:17)

Los que buscan discrepancias en las Escrituras no tienen percepción espiritual. Con visión torcida ven motivos de duda e incredulidad en cosas que son realmente claras y sencillas. Pero para los que reciben la Palabra de Dios con reverencia y tratan de aprender su voluntad a fin de obedecerla, todo cambia. Se llenan de reverencia y admiración al contemplar la pureza y exaltada excelencia de las

verdades reveladas. Las cosas que se parecen se atraen entre sí. Las personas que se asemejan se aprecian entre sí. La santidad se asocia con la santidad, la fe con la fe. Para el corazón humilde y el intelecto sincero e investigador, la Biblia está llena de luz y conocimiento. Los que acuden a las Escrituras con ese espíritu, se ponen en comunión con los profetas y los apóstoles. Su espíritu se adapta al de Cristo y anhelan llegar a ser uno con él.

Muchos sienten que les incumbe una responsabilidad de explicar toda dificultad aparente en la Biblia, a fin de hacer frente a las cavilaciones de los escépticos e incrédulos. Pero al tratar de explicar aquello que comprenden tan sólo imperfectamente, están en peligro de confundir a los demás con referencia a puntos que son claros y fáciles de comprender. Esta no es nuestra obra. Ni siquiera debemos lamentarnos de que estas dificultades existan, sino aceptarlas como permitidas por la sabiduría de Dios. Es nuestro deber recibir su Palabra, que es clara en todo punto para la salvación del alma, y practicar sus

principios en nuestra vida, enseñándolos a otros tanto por nuestros preceptos como por nuestro ejemplo. Así será evidente para el mundo que estamos en relación con Dios y confiamos implícitamente en su Palabra. Una vida de piedad, un ejemplo diario de integridad, de mansedumbre y amor abnegado, serán un ejemplo vivo de la enseñanza de la Palabra de Dios, un argumento en favor de la Biblia que pocos podrán resistir. Será la manera más eficaz de oponerse a la prevaleciente tendencia al escepticismo y la incredulidad.

Por la fe debemos mirar al más allá, y aceptar la promesa de Dios, de que el intelecto crecerá y las facultades humanas se unirán con las divinas, de modo que toda potencia del alma será puesta en contacto directo con la Fuente de la luz. Podemos regocijarnos de que todo lo que nos dejó perplejos en la providencia de Dios será entonces aclarado; las cosas difíciles de comprender se explicarán; y donde nuestra mente finita descubría tan sólo confusión y propósitos incoherentes, veremos la más perfecta y hermosa armonía. Dice el apóstol Pablo: “Ahora vemos por espejo, en oscuridad;

mas entonces veremos cara a cara: ahora conozco en parte; mas entonces conoceré como soy conocido”. (1 Corintios 13:12)

Pedro exhorta a sus hermanos a crecer “en la gracia y conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo”. (2 Pedro 3:18) Siempre que los hijos de Dios estén creciendo en la gracia obtendrán de continuo una comprensión más clara de su Palabra. Descubrirán nueva luz y hermosura en sus verdades sagradas. Tal ha sido el caso en la historia de la iglesia en todos los siglos, y así será hasta el fin. Pero cuando decae la verdadera vida espiritual se propende siempre a dejar de progresar en el conocimiento de la verdad. Los hombres se satisfacen con la luz ya recibida de la Palabra de Dios, y rechazan cualquier otra investigación de las Escrituras. Se vuelven conservadores y tratan de evitar la discusión.

El hecho de que no haya controversia ni agitación entre el pueblo de Dios no debe considerarse como evidencia concluyente de que retienen firmemente la sana doctrina. Hay razones

para creer que no disciernen claramente entre el error y la verdad. Cuando no surgen nuevas preguntas por efecto de la investigación de la Escritura, cuando no se levanta ninguna diferencia de opinión que induzca a los hombres a escudriñar la Biblia por su cuenta, para asegurarse de que poseen la verdad, habrá muchos, como en los tiempos antiguos, que se aferrarán a la tradición y adorarán lo que no conocen.

Se me ha mostrado que muchos de los que profesan conocer la verdad presente no saben lo que creen. No comprenden las evidencias de su fe. No tienen justo aprecio de la obra para el tiempo actual. Cuando venga el tiempo de prueba, habrá hombres que, si bien están predicando ahora a otros, al examinar sus creencias hallarán que hay muchas cosas de las cuales no pueden dar una razón satisfactoria. Hasta que no sean así probados, no conocerán su gran ignorancia. Y en la iglesia son muchos los que se figuran comprender lo que creen, y no se percatarán de su propia debilidad mientras no se levante una controversia. Cuando estén separados de los que sostienen la misma fe, y

estén obligados a destacarse solos para explicar su creencia, se sorprenderán al ver cuán confusas son sus ideas de lo que habían aceptado como verdad. Lo cierto es que ha habido entre nosotros un apartamiento del Dios vivo, una desviación hacia los hombres, y se pone la sabiduría humana en lugar de la divina.

Dios despertará a sus hijos; si otros medios fracasan, se levantarán herejías entre ellos, que los zarandearán, separando el tamo del trigo. El Señor invita a todos los que creen su Palabra a que despierten. Ha llegado una luz preciosa, apropiada para este tiempo. Es la verdad bíblica, que muestra los peligros que están por sobrecogernos. Esta luz debe inducirnos a un estudio diligente de las Escrituras, y a un examen muy crítico de las creencias que sostenemos. Dios quiere que se examinen cabal y perseverantemente, con oración y ayuno, las opiniones y los fundamentos de la verdad. Los creyentes no han de confiar en suposiciones e ideas mal definidas de lo que constituye la verdad. Su fe debe estar firmemente basada en la Palabra de Dios, de manera que

cuando llegue el tiempo de prueba, y sean llevados ante concilio para responder por su fe, puedan dar razón de la esperanza que hay en ellos, con mansedumbre y temor.

Agitad, agitad, agitad. Los temas que presentamos al mundo deben ser para nosotros una realidad viva. Es importante que al defender las doctrinas que consideramos artículos fundamentales de fe, nunca nos permitamos emplear argumentos que no sean completamente correctos. Tal vez sirvan para acallar a un oponente, pero no honran la verdad. Debemos presentar argumentos sólidos, que no sólo acallen a nuestros oponentes, sino que soporten el examen más estricto y escrutador. Los que se han educado como disputadores están en grave peligro de no manejar la Palabra de Dios con justicia. Cuando hacemos frente a un oponente, nuestro ferviente esfuerzo debe tener por objeto presentar los temas de tal manera que despierten la convicción en su mente en vez de tratar simplemente de dar confianza al creyente.

Cualquiera que sea el progreso intelectual de un hombre, no debe pensar por un momento que no necesita escudriñar cabal y continuamente las Escrituras para obtener mayor luz. Como pueblo somos llamados individualmente a ser estudiantes de la profecía. Debemos velar con fervor para notar cualquier rayo de luz que Dios nos presente. Debemos discernir los primeros reflejos de la verdad; por medio del estudio acompañado de oración, podremos obtener luz más clara, para comunicarla a otros.

Cuando los hijos de Dios se sienten cómodos y satisfechos con su ilustración presente podemos estar seguros de que él no los favorece. Es su voluntad que avancen siempre, para recibir la abundante y siempre creciente luz que resplandece para ellos. La actitud actual de la iglesia no agrada a Dios. Ha penetrado en ella una confianza propia que ha inducido a sus miembros a no sentir necesidad de más verdad ni de mayor luz. Estamos viviendo en un tiempo en que Satanás trabaja a diestra y siniestra, delante y detrás de nosotros; sin embargo, como pueblo estamos dormidos. Dios

quiere que se oiga una voz que despierte a su pueblo para que obre.

En vez de abrir el alma para que reciba los rayos de la luz del cielo, algunos han estado obrando en la dirección opuesta. Tanto en la prensa como desde el púlpito se han presentado acerca de la inspiración de la Biblia opiniones que no tienen la sanción del Espíritu de la Palabra de Dios. Es cierto que ningún hombre o grupo de hombres debe adelantar teorías acerca de un tema de tan grande importancia sin que las sostenga un claro “Así dice Jehová”. Y cuando los hombres, rodeados de flaquezas humanas, afectados en menor o mayor grado por las influencias que los rodean, y teniendo tendencias heredadas y adquiridas que distan mucho de hacerlos sabios o de darles las miras del cielo, se ponen a atacar la Palabra de Dios y a juzgar lo que es divino y lo que es humano, obran sin consejo de Dios. El Señor no prosperará una obra tal. El efecto será desastroso, tanto para el que se empeña en ella como para quienes la aceptan como obra de Dios. Se ha despertado escepticismo en muchas mentes por efecto de las teorías

presentadas acerca de la naturaleza de la inspiración. Los seres finitos, con sus opiniones estrechas y de corto alcance, se creen competentes para criticar las Escrituras diciendo: “Este pasaje es necesario, y este otro no lo es, y no está inspirado”.

Cristo no dio ninguna instrucción semejante acerca de las escrituras del Antiguo Testamento, la única parte de la Biblia que poseía la gente de su tiempo. Sus enseñanzas están destinadas a dirigir los intelectos al Antiguo Testamento, y a exponer con mayor claridad los grandes temas allí presentados. Durante siglos, el pueblo de Israel se había estado separando de Dios, y había perdido de vista las verdades preciosas que le habían sido confiadas. Estas verdades estaban cubiertas por formas supersticiosas y ceremonias que ocultaban su verdadero significado.

Cristo vino para sacar los escombros que habían oscurecido su brillo. Las puso, como joyas preciosas, en un nuevo engaste. Demostró que muy lejos de desdeñar la repetición de las verdades antiguas y familiares, había venido para exponerlas

en su verdadera fuerza y belleza, cuya gloria nunca había sido discernida por los hombres de su tiempo. Siendo él mismo el Autor de estas verdades reveladas, podía dar a conocer a la gente su verdadero significado, librándolas de las falsas interpretaciones y teorías adoptadas por los dirigentes con el fin de adaptarlas a su propia condición profana, destituida de espiritualidad y del amor de Dios. Hizo a un lado lo que había privado a estas verdades de vida y poder vital, y las devolvió al mundo dotadas de toda su frescura y fuerza originales.

Si tenemos el Espíritu de Cristo y trabajamos con él, nos incumbe llevar a cabo la obra que él vino a hacer. Las verdades de la Biblia han vuelto a ser oscurecidas por la costumbre, la tradición y las falsas doctrinas. Las enseñanzas erróneas de la teología popular han hecho miles y miles de escépticos e incrédulos. Hay errores e inconsecuencias que muchos denuncian como enseñanza de la Biblia, que son realmente interpretaciones falsas de la Escritura, adoptadas durante los tiempos de las tinieblas papales.

Multitudes han sido inducidas a aceptar un concepto erróneo de Dios, así como los judíos, extraviados por los errores y las tradiciones de su tiempo, tenían un falso concepto de Cristo. Si le "hubieran conocido, nunca hubieran crucificado al Señor de gloria". (1 Corintios 2:8) Nos incumbe revelar al mundo el verdadero carácter de Dios. En vez de criticar la Biblia, tratemos, por nuestros preceptos y ejemplo, de presentar al mundo sus verdades sagradas y vivificadoras, a fin de que podamos anunciar "las virtudes de aquel que os ha llamado de las tinieblas a su luz admirable". (1 Pedro 2:9)

Los males que han ido penetrando gradualmente entre nosotros han apartado imperceptiblemente a las personas y las iglesias de la reverencia a Dios, y las han privado del poder que él desea darles.

Hermanos míos, dejemos que la Palabra de Dios se destaque tal cual es. No se atreva la sabiduría humana a disminuir la fuerza de una sola declaración de las Escrituras. La solemne denuncia

que hay en el Apocalipsis debe ser una advertencia contra una actitud tal. En nombre de mi Maestro, os ruego: “Quita tus zapatos de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es”. Éxodo 35.

Nota:

1. El relato presentado en este volumen de edición agotada, Elena G. de White volvió a escribirlo y a ampliarlo y fue publicado en 1890 bajo el título de Patriarcas y profetas. Véase la pág. 268 de ese libro donde aparece la declaración que es paralela a la que aquí se hace referencia.

Capítulo 85

El conflicto inminente

Una gran crisis aguarda al pueblo de Dios. Una crisis aguarda al mundo. La lucha más portentosa de todas las edades está por producirse. Acontecimientos que durante más de cuarenta años nosotros, basados en la autoridad de la palabra profética, hemos declarado inminentes, se están cumpliendo ante nuestros ojos. Ya se ha instado a los legisladores de la nación[1] a estudiar la cuestión de una enmienda de la constitución para restringir la libertad de conciencia. Ha llegado a ser de interés e importancia nacional la cuestión de imponer la observancia del domingo. Bien sabemos cuál será el resultado de este movimiento. ¿Estamos listos para la crisis? ¿Hemos cumplido fielmente el deber que Dios nos ha confiado, de advertir al pueblo acerca del peligro que le espera?

Son muchos los que, aun entre los empeñados en este movimiento para imponer el domingo, están ciegos en cuanto a los resultados que

seguirán a esta acción. No ven que están atentando directamente contra la libertad religiosa. Son muchos los que nunca han comprendido las obligaciones que impone el día de reposo bíblico ni el fundamento falso sobre el cual descansa la institución del domingo. Cualquier movimiento en favor de la legislación religiosa, es realmente una concesión al papado, que durante tantos siglos ha guerreado constantemente contra la libertad de conciencia. La observancia del domingo debe su existencia como supuesta institución cristiana al "misterio de iniquidad; y su imposición será un reconocimiento virtual de los principios que constituyen la misma piedra angular del romanismo. Cuando nuestra nación abjure de tal manera los principios de su gobierno que promulgue una ley dominical, en este acto el protestantismo dará la mano al papismo; y con ello recobrará vida la tiranía que durante largo tiempo ha estado aguardando ávidamente su oportunidad de resurgir en activo despotismo.

Al ejercer el poder de la legislación religiosa, el movimiento llamado Reforma Nacional

manifestará, cuando esté plenamente desarrollado, la misma intolerancia y opresión que prevalecieron en siglos pasados. Los concilios humanos asumieron entonces las prerrogativas de la Divinidad y aplastaron bajo su poder despótico la libertad de conciencia; a ellos siguieron el encarcelamiento, el destierro y la muerte de los que se oponían a sus dictados. Si por la legislación el papismo y sus principios vuelven a tener poder, se volverán a encender los fuegos de la persecución contra aquellos que no sacrifiquen su conciencia y la verdad en deferencia a los errores populares. Este mal está a punto de producirse.

Cuando Dios nos ha dado una luz que revela los peligros que nos esperan, ¿cómo podemos ser inocentes a sus ojos si no hacemos todo esfuerzo posible para presentarla a la gente? ¿Podemos permitir que arrostre sin advertencia esta tremenda crisis?

Tenemos delante de nosotros la perspectiva de una lucha larga, con riesgo de encarcelamiento, pérdida de bienes y aun de la vida misma, para

defender la ley de Dios, que es anulada por las leyes de los hombres. En esta situación, los métodos políticos del mundo recomendarían que se cumplan exteriormente las leyes del país, por amor a la paz y la armonía. Y hasta habrá quienes recomienden una conducta tal basados en este pasaje: “Toda alma se someta a las potestades superiores;... y las que son, de Dios son ordenadas”. (Romanos 13:1)

Pero ¿cuál fue la conducta de los siervos de Dios en siglos pasados? Cuando los discípulos predicaron a Cristo y Cristo crucificado, después de su resurrección, las autoridades les ordenaron que no hablasen ni enseñasen en el nombre de Jesús. “Entonces Pedro y Juan, respondiendo, les dijeron: Juzgad si es justo delante de Dios obedecer antes a vosotros que a Dios; porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído”. (Hechos 4:19, 20) Continuaron predicando las buenas nuevas de la salvación por Cristo; y el poder de Dios dio testimonio del mensaje. Los enfermos eran sanados, y miles eran añadidos a la iglesia. “Entonces levantándose el príncipe de los

sacerdotes, y todos los que estaban con él, que es la secta de los Saduceos, se llenaron de celo; y echaron mano a los apóstoles, y pusiéronlos en la cárcel pública". (Hechos 5:17, 18)

Pero el Dios del cielo, el poderoso Gobernante del universo, tomó el asunto en sus manos; porque los hombres guerreaban contra su obra. Les mostró claramente que hay quien impera sobre los hombres, alguien cuya autoridad debe ser respetada. El Señor envió a su ángel de noche a abrir las puertas de la cárcel; y sacó a esos hombres a quienes él había ordenado que hiciesen su obra. Los príncipes dijeron: No habléis ni enseñéis "en el nombre de Jesús"; pero el mensajero celestial enviado por Dios dijo: "Id, y estando en el templo, hablad al pueblo todas las palabras de esta vida". (Hechos 4:18; 5:20)

Los que procuran obligar a los hombres a observar una institución del papado y pisotear la autoridad de Dios, están haciendo una obra similar a la de los príncipes judíos en los días de los apóstoles. Cuando las leyes de los gobernantes

terrenales se opongan a las leyes del Gobernante supremo del universo, entonces le serán fieles los que son leales súbditos de Dios.

Como pueblo no hemos hecho la obra que Dios nos ha confiado. No estamos listos para la crisis que nos impondrá la promulgación de la ley dominical. Es deber nuestro, mientras vemos las señales de que se acerca el peligro, levantarnos y obrar. Nadie se quede sentado en serena expectación del mal, consolándose con la creencia de que esta obra debe ir adelante porque la profecía lo ha predicho, y que el Señor protegerá a su pueblo. No estamos haciendo la voluntad de Dios si permanecemos quietos sin hacer nada para preservar la libertad de conciencia. Deben ascender a Dios oraciones fervientes y eficaces para que esa calamidad sea diferida hasta que podamos realizar la obra que durante tanto tiempo ha sido descuidada. Elévense oraciones muy fervientes; y luego trabajemos en armonía con nuestras oraciones puede parecer que Satanás triunfa y que la verdad está abrumada por la mentira y el error; puede verse en peligro el pueblo sobre el cual Dios

extendió su escudo y el país que fue asilo de los siervos de Dios oprimidos por razones de conciencia y por defender la verdad. Pero Dios quiere que recordemos cómo en lo pasado él salvó a su pueblo de sus enemigos. Siempre eligió para manifestar su poder los momentos de extrema necesidad, cuando no parecían tener posibilidad de verse librados de la acción de Satanás. La necesidad del hombre es la oportunidad de Dios.

Puede ser que un momento de respiro sea concedido todavía al pueblo de Dios para que se despierte y deje brillar su luz. Si la presencia de diez justos habría salvado a las ciudades impías de la llanura, ¿no será posible que Dios, en respuesta a las oraciones de su pueblo, refrene las obras de los que están anulando su ley? ¿No humillaremos nuestro corazón en gran manera delante de Dios e intercederemos con él para que revele su gran poder?

Si nuestro pueblo conserva la actitud indiferente que ha asumido, Dios no podrá derramar su Espíritu sobre él. Sus miembros no

estarán preparados para cooperar con él. No se percatan de la situación ni comprenden el peligro que los amenaza. Como nunca antes debieran sentir su necesidad de velar y actuar en concierto.

No se ha comprendido la importancia que tiene la obra peculiar del tercer ángel. Dios quería que sus hijos adelantasen mucho más de lo que han adelantado hasta hoy. Pero ahora, cuando ha llegado el momento de actuar, tienen que hacer preparativos. Cuando los Reformadores Nacionales empezaron a insistir en que se adoptasen medidas para restringir la libertad religiosa, nuestros dirigentes debieran haber comprendido la situación y haber trabajado seriamente para contrarrestar estos esfuerzos. No concuerda con la orden de Dios que nuestro pueblo haya sido privado de la luz, la verdad presente que necesita para este tiempo. No todos nuestros ministros que están dando el mensaje del tercer ángel comprenden realmente lo que constituye este mensaje. El movimiento de Reforma Nacional ha sido considerado por algunos como de tan poca importancia que no merece mucha atención, y, hasta les ha parecido que si se

la dedicasen, estarían ocupando su tiempo en cuestiones distintas del mensaje del tercer ángel. El Señor perdone a nuestros hermanos por haber interpretado así el mensaje destinado a este tiempo.

Es necesario despertar al pueblo acerca de los peligros del tiempo actual. Los centinelas están durmiendo. Sufrimos años de atraso. Sientan los principales centinelas la urgente necesidad de prestar atención a sus propios casos, no sea que pierdan las oportunidades que tienen de ver los peligros.

Si los dirigentes de nuestras asociaciones no aceptan ahora el mensaje que Dios les envía, ni entran en acción, las iglesias sufrirán una gran pérdida. Si, al ver venir la espada, el atalaya toca la trompeta con sonido certero, las filas del pueblo harán repercutir la advertencia, y todos tendrán oportunidad de prepararse para el conflicto. Pero, con demasiada frecuencia, el caudillo ha estado vacilando y pareciendo decir: “No nos apresuremos demasiado. Puede haber un error. Debemos tener cuidado de no provocar una falsa alarma”. La

misma .vacilación e incertidumbre de su parte clama: “‘Paz y seguridad’. (1 Tesalonicenses 5:3) No os excitéis. No os alarméis. Se le da a esta cuestión de la Enmienda Religiosa más importancia de la que tiene. Esta agitación se apagará”. En esta forma se niega virtualmente el mensaje enviado por Dios; y la amonestación que estaba destinada a despertar la iglesia no realiza su obra. La trompeta del atalaya no emite un toque certero, y el pueblo no se prepara para la batalla. Tenga el centinela cuidado, no sea que por su vacilación y demora, deje que las almas perezcan, y se le haga responsable de la sangre de ellas.

Durante muchos años hemos sabido que se promulgaría una ley dominical en nuestro país; y ahora que el movimiento se ha producido preguntamos: ¿Cumplirá nuestro pueblo con su deber al respecto? ¿No podemos ayudar a enarbolar el estandarte y llamar al frente a los que tienen consideración por sus derechos y privilegios religiosos? Se está acercando rápidamente el momento en que los que prefieran obedecer a Dios antes que a los hombres sentirán la mano de la

opresión. ¿Deshonraremos entonces a Dios guardando silencio mientras que se pisotean sus santos mandamientos?

Mientras que por su actitud el mundo protestante hace concesiones a Roma, despertémonos y comprendamos la situación, y consideremos la verdadera orientación de la contienda que nos espera Alcen la voz los centinelas ahora, y den el mensaje que es verdad presente para este tiempo. Mostremos a la gente dónde estamos en la historia profética, y procuremos despertar el espíritu del verdadero protestantismo, haciendo sentir al mundo el valor de los privilegios de la libertad religiosa que se han disfrutado durante tanto tiempo.

Dios nos invita a despertamos, porque el fin se acerca. Cada hora que transcurre es hora de actividad en los atrios celestiales, para preparar en la tierra un pueblo que desempeñe un papel en las grandes escenas que están por sobrecogemos. Estos momentos que pasan, que nos parecen de tan poco valor, están cargados de intereses eternos. Están

amoldando el destino de las almas para la vida eterna o la muerte eterna. Las palabras que pronunciemos hoy a oídos de la gente, las obras que hagamos, el espíritu del mensaje que proclamemos, serán un sabor de vida para vida, o de muerte para muerte.

Hermanos míos, ¿comprendéis que vuestra propia salvación, como también el destino de otras almas, depende de los preparativos que hagáis para la prueba que nos espera? ¿Tenéis el celo intenso, la piedad y devoción que os capacitarán para subsistir cuando hayáis de hacer frente a la oposición? Si alguna vez Dios habló por mí, llegará el momento cuando seréis llevados ante concilios, y se criticará severamente todo punto de la verdad que sostenéis. El tiempo que tan pródigamente se desperdicia ahora, debiera dedicarse al encargo que Dios nos ha hecho de prepararnos para la crisis inminente.

Como nunca antes, la ley de Dios debiera ser amada y honrada por su pueblo fiel. Existe la más imperativa necesidad de inculcar en la mente y los

corazones de todos los creyentes, hombres y mujeres, jóvenes y niños, la recomendación de Cristo: “Escudriñad las Escrituras”. (Juan 5:39) Estudiad vuestra Biblia como nunca la habéis estudiado antes. A menos que subáis a un nivel más elevado y santo en vuestra vida religiosa, no estaréis listos para la aparición de nuestro Señor. Dios espera de su pueblo un celo, una fidelidad y una devoción correspondientes a la gran luz que le ha dado. Debe haber más espiritualidad, una consagración más profunda a Dios y un celo en su obra que nunca se ha alcanzado todavía. Debe dedicarse mucho tiempo a la oración, para que las vestiduras de nuestro carácter sean lavadas y emblanquecidas en la sangre del Cordero.

Debemos, en forma especial, y con fe inquebrantable, pedir a Dios que dé ahora a su pueblo gracia y poder. No creemos que haya llegado plenamente el tiempo en que han de restringirse nuestras libertades. El profeta vio “cuatro ángeles que estaban sobre los cuatro ángulos de la tierra, deteniendo los cuatro vientos de la tierra, para que no soplase viento sobre la

tierra, ni sobre la mar, ni sobre ningún árbol". Otro ángel, que ascendía desde el oriente, clamó a ellos diciendo: "No hagáis daño a la tierra, ni al mar, ni a los árboles, hasta que señalemos a los siervos de nuestro Dios en sus frentes". (Apocalipsis 7:1, 3) Esto señala la obra que tenemos que hacer ahora. Una gran responsabilidad incumbe a los hombres y mujeres que oran en todo el país, para que pidan a Dios que rechace la nube del mal, y nos conceda algunos años más de gracia en que trabajar para el Maestro. Clamemos a Dios para que sus ángeles retengan los cuatro vientos hasta que los misioneros sean enviados a todas partes del mundo y proclamen la amonestación contra los que desobedecen la Ley de Jehová.

Nota:

1. El relato presentado en este volumen de edición agotada, Elena G. de White volvió a escribirlo y a ampliarlo y fue publicado en 1890 bajo el título de Patriarcas y profetas. Véase la pág. 268 de ese libro donde aparece la declaración que es paralela a la que aquí se

hace referencia.

Capítulo 86

El Centinela Americano y su misión

Dios emplea diversos instrumentos en la preparación de su pueblo para que esté firme en la crisis, que tenemos por delante. Habla mediante su palabra y sus ministros. Despierta a los guardas y los envía hacia el frente con mensajes de amonestación, de reprensión y de instrucción, para que su pueblo haga caso de todo lo que él mande. Cuando se le da luz, es su deber no sólo recibirla, sino también compartirla, añadiendo su influencia en favor de ella para que su impacto completo se sienta en la iglesia y en el mundo. El Centinela Americano es como una trompeta que da un sonido claro; y nuestro pueblo entero debiera leerlo con detenimiento y luego enviárselo a algún familiar o amigo, dando así el mejor uso a la luz que Dios le ha impartido.

Por espacio de tres años han proclamado

amonestaciones ante el mundo por medio de las columnas de El Centinela Americano; pero aquellos que profesan creer la verdad presente no han sido afectados debidamente por las señales de peligro. Si nuestros hermanos hubieran usado El Centinela Americano como tuvieron el privilegio de hacerlo, y todos hubieran estado unidos en recomendarlo a cada asociación y a toda iglesia, como Dios quería que lo hiciesen; si se hubiera llamado la atención de nuestro pueblo a esta obra, que era tan esencial llevar a cabo en este tiempo; si hubieran apreciado la luz que Dios permitió que brillara sobre ellos mediante las amonestaciones, los consejos y la delineación de los sucesos actuales, no estaríamos ahora, como pueblo, tan atrasados en prepararnos para hacer la obra. Ha habido una sorprendente indiferencia y ocio en este tiempo aciago. La verdad, la verdad presente, es lo que el pueblo necesita; y si los hermanos en todas las iglesias se diesen cuenta del asombroso significado de los movimientos que se están llevando a cabo ahora en lo referente a las enmiendas religiosas; si hubieran discernido en estos movimientos el pleno y directo cumplimiento

de la profecía que los llama a despertar y responder a las exigencias de la crisis, no estarían ahora en tan grande estupor y en un sueño semejante al de la muerte.

La Palabra de Dios no permanece en silencio con respecto a estos tiempos trascendentales, y esto será comprendido por todos los que no resistan el Espíritu por haber decidido no oír, no recibir y no obedecer. Por años hemos tenido presentes los mensajes del Señor; pero ha habido influencias que han obrado directamente para anular las amonestaciones procedentes de El Centinela Americano y de los Testimonios, y a través de otros instrumentos que el Señor envía a su pueblo. Se hubiera podido hacer mucho más con El Centinela Americano si estas influencias contrarias no hubiesen estado obrando para impedirlo. Aunque no se diga nada contra esta publicación, los hechos manifiestan la indiferencia que se siente. Y mientras que los guardas no den a la trompeta un sonido claro el pueblo no se alarmará y no estará alerta al peligro.

El reproche de Dios descansa sobre nosotros por causa de nuestro descuido de responsabilidades solemnes. Sus bendiciones han sido retiradas porque los testimonios que él ha dado no han sido acatados por quienes profesan creer en ellos. Oh, ¡ojalá hubiera un avivamiento religioso! Los ángeles de Dios están visitando de iglesia en iglesia, cumpliendo su deber; y Cristo está llamando a la puerta de vuestros corazones, procurando la entrada. Pero, se ha hecho caso omiso de los medios que Dios ha ideado para que la iglesia despierte y se dé cuenta de su miseria. La voz del Testigo fiel se ha escuchado dando la reprensión, pero no ha sido obedecida. Los hombres han escogido seguir su propio camino y no el de Dios porque el yo no ha sido crucificado en ellos. Por lo tanto, la luz ha surtido poco efecto sobre sus mentes y corazones.

¿No despertará ahora de su letargo carnal el pueblo de Dios? ¿Aprovechará las bendiciones y las amonestaciones del momento, no dejando que nada se interponga entre sus almas y la luz que Dios quiere que brille sobre ellos? Que cada obrero

de Dios comprenda la situación y presente El Centinela Americano ante nuestras iglesias, explicando su contenido y aplicando los hechos y las amonestaciones que contiene. ¡Que el Señor ayude a todos a redimir el tiempo! No permitáis que los afectos no consagrados lleven a alguno a resistir los ruegos del Espíritu de Dios. No estorbéis esta luz; que no sea olvidada o puesta a un lado como algo que no es digno de atención o que no se le puede dar crédito.

Si esperáis que llegue la luz en forma que agrade a todos, esperaréis en vano. Si esperáis que haya llamados más fuertes u oportunidades mejores, la luz será retirada, y permaneceréis en las tinieblas. Aceptad cada rayo de luz que Dios envía. Los hombres que desatienden los llamados del Espíritu y de la Palabra de Dios, porque la obediencia incluye una cruz, perderán sus almas. Cuando los libros sean abiertos, y la obra y las intenciones que los impulsaban sean examinadas por el Juez de toda la tierra, se darán cuenta de la pérdida que han sufrido. Debemos siempre albergar el temor de Dios y darnos cuenta de que,

individualmente, estamos delante del Dios de las huestes, y que ningún pensamiento, palabra ni hecho relacionados con la obra de Dios debiera tener sabor de egoísmo o de indiferencia.

Capítulo 87

Obreros de la causa

El hecho de que un número tan elevado de miembros se congreguen en la iglesia de Battle Creek, y que sea el centro de tantos intereses importantes, la convierte en un campo misionero de primera clase. Gente de todas partes del país viene al sanatorio y mucha juventud de diversos estados de la nación asiste al colegio. Este campo necesita los obreros más dedicados y los mejores métodos de trabajo, para que pueda de continuo ejercer una influencia definida en favor de Cristo y la verdad. Cuando la obra se lleve a cabo como Dios lo requiere, el poder salvador de la gracia de Cristo se manifestará entre los que creen la verdad, y ellos serán una luz para los demás.

Pero tristemente, en Battle Creek no se aprovechan las numerosas oportunidades que se tienen a mano para mantener el corazón de la obra en una condición saludable. Fuertes latidos de corazón procedentes del centro de la obra deberían

sentirse por todas partes del cuerpo de creyentes. Sin embargo, si la acción del corazón es enfermiza y débil, todos los ramos de la causa se debilitarán. Es positivamente necesario que exista un poder robusto y sano en este punto central para que la verdad pueda ser llevada al mundo. El conocimiento de este último mensaje de amonestación, ha de difundirse en medio de las familias y de las comunidades en todo lugar, y hará falta un liderazgo sabio, tanto para trazar planes como para educar hombres que ayuden en la obra.

Conforme se va extendiendo la obra año tras año, se hace cada vez más urgente la necesidad de obreros fieles; y si el pueblo del Señor anda en sus consejos, tales obreros se desarrollarán. Aunque debemos depender firmemente de Dios para recibir sabiduría y poder, él quiere que cultivemos nuestras capacidades hasta lo máximo. Al adquirir los obreros poder menta 1 y espiritual, y al familiarizarse con los propósitos y las actuaciones de Dios, adquirirán una visión más abarcante acerca de la obra que hay que realizar en este tiempo y estarán mejor calificados, tanto para

desarrollar como para ejecutar planes para adelantarla. De esa forma se mantendrán al paso con la abundante providencia de Dios.

Debe hacerse un esfuerzo continuo para reclutar nuevos obreros. Hay que saber discernir y reconocer el talento. Debe animarse a toda persona consagrada y capaz a obtener la educación necesaria, para que se capaciten para contribuir a la difusión de la luz de la verdad. Todos los que sean competentes para hacer esta obra deben ser inducidos a tomar parte en alguno de sus ramos, según sus capacidades.

La obra solemne y trascendental para este tiempo no ha de llevarse a cabo y completarse solamente por los esfuerzos de unos cuantos hombres escogidos, que hasta el momento son los que han llevado las responsabilidades de la causa. Cuando quienes Dios ha llamado para participar en la realización de cierta obra, la hayan llevado lo más lejos que les haya sido posible, con la capacidad que Dios les ha dado, el Señor no permitirá que su obra se detenga en ese nivel. En su

providencia, él llamará y capacitará a otros para que se unan a los primeros y juntos avancen todavía más lejos y eleven más alto su estandarte.

Pero hay algunas mentalidades que no crecen con la obra; en vez de adaptarse a sus demandas crecientes, dejan que ella les lleve una gran ventaja, y finalmente son incapaces de comprender o de hacer frente a las exigencias de los tiempos. Cuando los hombres que Dios está capacitando para llevar responsabilidades en la causa, la manejan de una forma diferente a la que hasta el momento ha sido conducida, los obreros de mayor edad deben cuidarse de que su conducta no sea tal que estorbe a estos ayudantes o que restrinja la obra. Algunos quizá no se den cuenta de la importancia de ciertas medidas, sencillamente porque no ven las necesidades de la obra en toda su extensión y ellos mismos no sienten la obligación que Dios ha puesto sobre otros hombres. Los que no están calificados en forma especial para hacer cierta obra, deben cuidarse de no estorbar el camino de otros e impedirles realizar el propósito de Dios.

El caso de David es apropiado. Deseaba construir el templo del Señor y reunió un suntuoso material para este propósito. Pero el Señor le dijo que a él no le tocaría hacer esa obra; recaería sobre Salomón, su hijo. La extensa experiencia de David le permitiría aconsejar a Salomón y animarlo, pero le tocaba al hombre más joven construir el templo. Las mentes cansadas y desgastadas de los obreros mayores no siempre podrán ver la grandeza de la obra, y no se sienten inclinados a mantenerse al paso con la abundante providencia de Dios; por lo tanto, las responsabilidades de peso no debieran recaer sólo sobre ellos. Posiblemente no traigan a la obra todos los elementos esenciales para su adelanto, por lo cual se retrasaría.

Por carecer de una sabia administración, la obra en Battle Creek y en todo el Estado de Míchigan está muy detrás de lo que debiera estar. Aunque es necesario que comprendamos la situación y las necesidades de las misiones extranjeras, debiéramos también comprender las necesidades de la obra que está a nuestras mismas puertas. Si se

aprovechan debidamente los recursos que Dios ha puesto a nuestro alcance, nos será posible despachar un número mayor de obreros. Hay necesidad de hacer una labor más enérgica dentro de nuestras iglesias. El mensaje especial que recalca los asuntos importantes e inminentes, las responsabilidades y los peligros referentes a nuestro tiempo deben ser presentados ante las iglesias, no con timidez y sin vida, “sino con demostración del Espíritu y de poder”. (1 Corintios 2:4) Han de asignarse responsabilidades a los miembros de iglesia. El espíritu misionero debe despertarse como nunca antes, y deben asignarse obreros según se necesiten, que actúen como pastores del rebaño, esforzándose personalmente para poner a la iglesia en una condición en que la vida espiritual y la actividad se echen de ver en todos sus contornos.

La causa ha perdido mucho talento, porque los hombres que ocupan puestos de responsabilidad no supieron discernirlo. Su visión no era del alcance suficiente para descubrir que la obra había crecido demasiado para ser llevada adelante por los obreros

que entonces se ocupaban en ella. Mucho, pero mucho, que pudo haberse hecho todavía está sin hacerse; porque hay hombres que retuvieron las cosas en sus propias manos en lugar de distribuir el trabajo entre un número mayor y confiar en que Dios les ayudaría en sus esfuerzos. Han procurado impulsar ellos solos todos los ramos de la obra, temiendo que otros fueran menos eficientes. Su voluntad y su criterio han ejercido el control en estos diferentes departamentos, y debido a su incapacidad para reconocer todas las necesidades de la causa en todos sus aspectos, se han experimentado grandes pérdidas.

Es menester aprender que cuando Dios asigna los medios para realizar cierta obra, nosotros no debemos ponerlos a un lado y luego orar y esperar que él obre un milagro para suplir la necesidad. Si el agricultor deja de arar y de segar, Dios no hace un milagro para impedir los resultados de su negligencia. Al tiempo de la siega sus campos estarán estériles y no habrá grano para segar ni gavillas para recoger. Dios proveyó la semilla y el terreno, el sol y la lluvia; y si el labrador hubiera

empleado los medios que estaban a su disposición, habría recibido conforme a su siembra y a sus esfuerzos.

Hay grandes leyes que gobiernan el mundo natural, y las cosas espirituales están controladas por principios igualmente ciertos. Los medios para lograr un fin tienen que emplearse si se quiere lograr los resultados deseados. Dios le ha asignado a cada hombre su obra, conforme a su capacidad. Es por medio de la educación y la práctica como las personas han de prepararse para hacer frente a cualquier emergencia que pueda surgir, y se necesita planear en forma sabia para colocar a cada uno en la esfera apropiada, de manera que pueda obtener la experiencia que lo capacitará para desempeñar una responsabilidad.

Aunque la educación, la preparación y el consejo de las personas de experiencia son, desde luego, esenciales para los obreros, se les debe enseñar que no pueden depender enteramente del parecer de ningún hombre. Como agentes libres de Dios, todos deben pedirle sabiduría. Cuando el

discípulo depende enteramente de pensamientos ajenos y sólo se limita a aceptar sus planes, entonces ve únicamente a través de los ojos de ese hombre y se convierte en el eco del otro. Dios trata a los hombres como seres responsables. Obraría por su Espíritu por intermedio de la mente que dio al hombre, si éste tan sólo le diera la oportunidad de obrar y reconociese su obra. Dios se propone que cada uno use su mente y su conciencia por sí mismo. No es su intención que una persona se convierta en sombra de otra, ni que dé expresión solamente a los sentimientos de otra persona.

Todos debemos amar a nuestros hermanos y respetar y tener en alta estima a nuestros dirigentes, pero no debemos convertirlos en portadores de nuestras cargas. No debemos verter todas nuestras dificultades y perplejidades en las mentes de los demás, de manera que los cansemos. “Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, que la pida a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada”. (Santiago 1:5) Jesús nos invita: “Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo

sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es cómodo, y mi carga ligera". (Mateo 11:28)

El fundamento del cristianismo es Cristo nuestra justicia. Los hombres son responsables ante Dios individualmente, y cada uno debe actuar como Dios dirige, no como lo inste la mente de otro; porque si se sigue este procedimiento, las almas no podrán ser impresionadas y dirigidas por el Espíritu del gran YO SOY. Permanecerán bajo una restricción que no permite la libertad de acción y de elección.

No es la voluntad de Dios que su pueblo en Battle Creek permanezca en la condición actual de frialdad e inactividad, mientras que la iglesia mediante algún gran poder milagroso sea estimulada a la vida y la acción. Si fuéramos sabios, y con diligencia, oración y gratitud empleáramos los medios por los cuales la luz y la bendición descienden sobre el pueblo de Dios, no habría poder en la tierra capaz de impedir la

recepción de estos dones. Pero si rehusamos los medios que Dios ha provisto, no tenemos derecho de esperar que él obre un milagro para impartirnos luz, fuerza y vigor, porque esto nunca sucederá.

El Señor me ha mostrado que hay hombres que ocupan puestos de responsabilidad que están directamente estorbando su obra, porque piensan que la obra debe hacerse y que la bendición debe provenir de cierta y determinada forma, y no reconocen lo que viene en otra forma diferente. Hermanos míos, que el Señor os haga ver este asunto tal como es. Dios no obra de la manera que los hombres disponen, o como ellos desean; él "obra en forma misteriosa para llevar a cabo maravillas". ¿Por qué rechazar los métodos de trabajo del Señor sólo porque no coinciden con nuestras ideas? Dios tiene asignados sus canales de luz, pero estos no son necesariamente las ideas de un grupo de hombres en particular. Cuando todos ocupen su lugar designado en la obra de Dios, y con empeño busquen su sabiduría y dirección, entonces se habrá hecho un gran avance para que la luz brille en el mundo. Cuando los hombres dejen

de estorbar el camino, Dios obrará entre nosotros como nunca antes.

Aunque es cierto que deben trazarse planes extensos, hay que tener cuidado que la obra en cada ramo de la causa esté unida armoniosamente con la de los demás departamentos, creando así un conjunto perfecto. Pero con mucha frecuencia ha sucedido lo contrario, y por consiguiente, la obra ha sido defectuosa. Un hombre que tiene a su cargo la supervisión de un ramo de la obra, puede exagerar sus responsabilidades de tal manera que a su parecer ese departamento está por encima de todos los demás. Cuando se adopta ese concepto estrecho, se influye mucho en los demás para que piensen de la misma manera. Así es la naturaleza humana, pero no el Espíritu de Cristo. En la medida en que se siga esta política, Cristo quedará excluido de la obra y el yo ocupará un lugar prominente.

Los principios que deben motivar a los obreros de la causa de Dios han sido delineados por el apóstol Pablo: “Porque nosotros somos

colaboradores de Dios". (1 Corintios 3:9) "Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres". (Colosenses 3:23) Y Pedro exhorta así a los creyentes: "Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios. Si alguno habla, que hable como si fuesen palabras de Dios; si alguno ministra, que lo haga en virtud de la fuerza que Dios suministra, para que en todo sea Dios glorificado mediante Jesucristo". (1 Pedro 4:10-11)

Cuando estos principios gobiernen nuestros corazones nos daremos cuenta de que la obra es de Dios y no nuestra; que él cuida de la misma forma cada parte del gran conjunto. Cuando Cristo y su gloria se ponen en primer lugar y el amor propio es consumido por el amor hacia las almas por quienes Cristo murió, entonces ningún obrero se absorbe tanto en un solo ramo de la obra que pierda de vista la importancia de todos los demás. Es el egoísmo lo que conduce a la gente a pensar que la parte de la obra en que se ocupa es la más importante de todas.

Es el egoísmo lo que hace creer a los obreros que su criterio debe ser el más digno de confianza y que sus métodos de trabajo son los mejores, o que es prerrogativa suya constreñir la conciencia de otro. Ese era precisamente el espíritu de los dirigentes judíos en el tiempo de Cristo. En su deseo de exaltación de sí mismos, los sacerdotes y rabinos introdujeron unas reglas tan rígidas y tantas formas y ceremonias, que desviaron las mentes del pueblo impidiendo así que obraran en su favor. De esta forma perdieron de vista su misericordia y su amor. Hermanos míos, no sigáis el mismo camino. Permitid que las mentes de la gente se eleven hacia Dios. Dadle oportunidad de obrar en favor de los que le aman. No impongáis al pueblo normas y reglamentos, que si los siguen, los destituirán del Espíritu de Dios como fueron destituidas de lluvia y rocío las colinas de Gilboa.

Existe una falta de espiritualidad deplorable entre nuestro pueblo. Hay una obra enorme que hacer en su favor antes de que puedan llegar a ser lo que Cristo se propone que sean: la luz del

mundo. Por años he sentido profunda angustia en mi corazón mientras el Señor ha presentado delante de mí la necesidad de Jesús y de su amor que existe en las iglesias. Han reinado el espíritu de autosuficiencia y la disposición a luchar por los puestos y por la supremacía. He visto que la exaltación propia se está popularizando entre los adventistas del séptimo día, y que a menos que el orgullo humano quede abatido y Cristo sea exaltado, nosotros, como pueblo, no estaremos en mejores condiciones para recibir a Cristo cuando venga por segunda vez, que como estaba el pueblo judío cuando vino por primera vez.

Los judíos esperaban al Mesías; pero él no vino como ellos habían predicho que .vendría, y si hubiera sido aceptado como el Prometido, sus doctos maestros se hubiesen visto obligados a admitir que se habían equivocado. Estos dirigentes se habían separado de Dios y Satanás obró en sus mentes para que rechazaran al Salvador. En vez de abandonar su orgullosa opinión, cerraron los ojos frente a todas las evidencias de que él era el Mesías, y no solamente rechazaron el mensaje de

salvación ellos mismos, sino que endurecieron el corazón del pueblo contra Jesús. Su historia debe ser una amonestación solemne para nosotros. No esperemos nunca que cuando el Señor tenga luz para su pueblo Satanás se quede tranquilo y no haga ningún esfuerzo para impedir que sea recibida. El obrará en las mentes para despertar la desconfianza, los celos y la incredulidad. Cuidémonos de no rechazar la luz que Dios envía sólo porque no llega en forma que nos complazca. Que la bendición de Dios no sea retirada de nosotros porque no conocemos el tiempo de nuestra visitación. Si hay algunos que no ven y aceptan la luz ellos mismos, que no estorben el camino de otros. Que nunca se diga de este pueblo tan favorecido, como se dijo de los judíos cuando las buenas nuevas del reino les fueron pregonadas: “Vosotros mismos no entrasteis, y a los que entraban se lo impedisteis”. (Lucas 11:52)

La Palabra de Dios nos enseña que éste es el tiempo, por encima de todos los demás, cuando podemos esperar que venga luz del cielo. Es ahora cuando debemos esperar un refrigerio de la

presencia del Señor. Debemos estar atentos a los movimientos de la providencia divina, tal como el ejército de Israel estuvo alerta a “un ruido como de pasos en la cima de las balsameras” (2 Samuel 5:24), la señal indicada de que el cielo obraría en su favor.

Dios no puede glorificar su nombre por medio de su pueblo mientras éste confía en el hombre y en el brazo del hombre. El presente estado de debilidad continuará hasta que sólo Cristo sea exaltado; hasta que, junto con Juan el Bautista se diga con un corazón humillado y reverente: “Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe” (Juan 3:30) Se me han dado estas palabras para expresarlas al pueblo de Dios: “Exaltad al Hombre del Calvario. Échese a un lado la humanidad, para que todos contemplen a Aquel que es el centro de sus esperanzas de vida eterna. Dice el profeta Isaías: ‘Porque un niño nos ha nacido, un hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre: Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz’. (Isaías 9:6) Que la iglesia y el mundo contemplen al Redentor.

Que toda voz proclame con Juan: ‘He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo’”. (Juan 1:29)

La fuente de aguas vivas se abre para el alma sedienta. Dios declara: “Porque yo derramaré aguas sobre el sequedal, y ríos sobre la tierra árida”. (Isaías 44:3) A las almas que con ahínco procuran la luz y que aceptan con alegría cada rayo de iluminación divina de su Palabra, a éstos solamente se les dará luz. Es por intermedio de estas almas que Dios revelará la luz y el poder que alumbrarán toda la tierra con su gloria.

Capítulo 88

El don inestimable

“Bendito el Dios y Padre del Señor nuestro Jesucristo, el cual nos bendijo con toda bendición espiritual en lugares celestiales en Cristo: Según nos escogió en él... para que fuésemos santos y sin mancha delante de él en amor; habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos por Jesucristo a sí mismo... para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado: en el cual tenemos redención por su sangre, la remisión de pecados por las riquezas de su gracia”. (Efesios 1:3-7)

“Dios, que es rico en misericordia, por su mucho amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo;... y juntamente nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los cielos con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús”. (Efesios 2:4-7)

Tales son las palabras con que “Pablo el anciano”, “prisionero de Cristo Jesús”, escribiendo desde su cárcel de Roma, se esforzó por presentar a sus hermanos, aquello para cuya presentación plena el lenguaje le resultaba inadecuado: “las inescrutables riquezas de Cristo”, el tesoro de la gracia que se ofrecía sin costo a los caídos hijos de los hombres. El plan de la redención se basaba en un sacrificio, un don. Dice el apóstol: “Porque ya sabéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor de vosotros se hizo pobre, siendo rico; para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos”. “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito”. Cristo “se dio a si mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad”. Y tenemos como bendición culminante de la redención, “la dádiva de Dios” que “es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro” (2 Corintios 8:9; Juan 3:16; Tito 2:14; Romanos 6:23)

“Cosas que ojo no vio, ni oreja oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que ha Dios preparado para aquellos que le aman”. Por cierto

que nadie, al contemplar las riquezas de su gracia, podrá menos que exclamar con el apóstol: “¡Gracias a Dios por su don inefable!” (1 Corintios 2:9; 2 Corintios 9:15)

Así como el plan de la redención comienza y termina con un don, así debe ser llevado a cabo. El mismo espíritu de sacrificio que compró la salvación para nosotros, morará en el corazón de los que lleguen a participar del don celestial. Dice el apóstol Pedro: “Cada uno según el don que ha recibido, adminístrelo a los otros, como buenos dispensadores de las diferentes gracias de Dios”. (1 Pedro 4:10) Dijo Jesús a sus discípulos al enviarlos: “De gracia recibisteis, dad de gracia”. (Mateo 10:8) En aquel que simpatice plenamente con Cristo, no habrá egoísmo ni exclusivismo. El que beba del agua viva hallará que “será en él una fuente de agua que salte para vida eterna”. (Juan 4:14) El Espíritu de Cristo es en él como un manantial que brota en el desierto y fluye para refrigerar a todos, y hacer que los que están por perecer deseen beber del agua de la vida. Fue el mismo espíritu de amor y abnegación que había en

Cristo el que impulsó al apóstol Pablo en sus múltiples labores. “A griegos y a bárbaros, a sabios y a no sabios” --dijo-- “soy deudor”. “A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, es dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo” (Romanos 1:14; Efesios 3:8)

Nuestro Señor quiso que su iglesia reflejase al mundo la plenitud y suficiencia que hallamos en él. Constantemente estamos recibiendo de la bondad de Dios, y al impartir de la misma hemos de representar al mundo el amor y la beneficencia de Cristo. Mientras todo el cielo está en agitación, enviando mensajeros a todas las partes de la tierra para llevar adelante la obra de redención, la iglesia del Dios viviente debe colaborar también con Cristo. Somos miembros de su cuerpo místico. El es la cabeza, que rige todos los miembros del cuerpo. Jesús mismo, en su misericordia infinita, está obrando en los corazones humanos, efectuando transformaciones espirituales tan asombrosas que los ángeles las miran con asombro y gozo. El mismo amor abnegado que caracteriza al Maestro

se ve en el carácter y la vida de sus discípulos. Cristo espera de los hombres que participen de su naturaleza divina, mientras están en este mundo, de modo que no sólo reflejen su gloria para alabanza de Dios, sino que iluminen las tinieblas del mundo con el resplandor del cielo. Así se cumplirán las palabras de Cristo: “Vosotros sois la luz del mundo”. (Mateo 5:14)

“Porque nosotros somos colaboradores de Dios”, “administradores de la multiforme gracia de Dios” (1 Corintios 3:9; 1 Pedro 4:10) El conocimiento de la gracia de Dios, las verdades de su Palabra, y los dones temporales, el tiempo, los recursos, los talentos y la influencia, todas estas cosas constituyen un cometido de Dios, que ha de emplearse para su gloria y para la salvación de los hombres. Nada puede ofender más a Dios, que está constantemente otorgando sus dones al hombre, que ver a éste aferrarse egoístamente a sus dones, sin devolver nada al Dador. Jesús está hoy en el cielo preparando mansiones para los que le aman; sí, más que mansiones, un reino que ha de ser nuestro. Pero todos los que han de heredar estas

bendiciones deben participar de la abnegación y el sacrificio de Cristo en favor de los demás.

Nunca ha habido mayor necesidad de labor ferviente y abnegada en la causa de Cristo que ahora cuando las horas del tiempo de gracia están terminando rápidamente, y ha de ser proclamado al mundo el último mensaje de misericordia. Mi alma se conmueve dentro de mí al oír el clamor macedónico que llega de toda dirección, de las ciudades y las aldeas de nuestra propia tierra, de allende el Atlántico y el anchuroso Pacífico, y de las islas del mar. “Pasa a Macedonia y ayúdanos”. (Hechos 16:9) Hermanos y hermanas, contestemos al clamor diciendo: “Haremos cuanto podamos, enviándoos tanto misioneros como dinero. Nos negaremos a embellecer nuestras casas, adornar nuestras personas y satisfacer el apetito. Daremos a la causa de Dios los recursos a nosotros confiados, y nos dedicaremos también sin reservas a su obra”. Se nos presentan las necesidades de la causa; las tesorerías vacías nos piden patéticamente ayuda Un peso tiene ahora más valor para la obra que el que tendrán diez pesos en algún momento futuro.

Trabajad, hermanos, mientras tenéis oportunidad de hacerlo, mientras el día dura. Trabajad, porque “la noche viene, cuando nadie puede obra.” (Juan 9:14) Nos resulta imposible decir cuán pronto llegará la noche. Ahora es nuestra oportunidad; aprovechémosla. Si hay quienes no pueden dedicar esfuerzo personal a la obra misionera, vivan económicamente, y den parte de lo que ganen. Así podrán contribuir con dinero para enviar periódicos y libros a los que no tienen la luz de la verdad; podrán ayudar a sufragar los gastos de los estudiantes que se están preparando para la obra misionera. Invertid en el banco del cielo todo dinero que podáis ahorrar. “Haceos tesoros en el cielo, donde ni polilla ni orín corrompe, y donde ladrones no minan ni hurtan: porque donde estuviere vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón”. (Mateo 6:20, 21)

Estas son palabras de Jesús, quien nos amó tanto que dio su propia vida para que pudiésemos morar con él en su reino. No deshonréis a vuestro Señor despreciando su orden positiva.

Dios invita a todos los que poseen tierras y casas a que las vendan e inviertan el dinero donde suplirá la gran necesidad del campo misionero. Una vez que hayan experimentado la verdadera satisfacción que proviene de obrar así, mantendrán abierto el canal, y los recursos que Dios les confía fluirán constantemente a la tesorería para que se conviertan las almas. A su vez estas almas practicarán la misma abnegación, economía y sencillez por amor de Cristo, a fin de poder llevar sus ofrendas a Dios. Por medio de estos talentos sabiamente invertidos, otras almas aún se convertirán; y así proseguirá la obra, demostrando que los dones de Dios son apreciados. El Dador es reconocido y ello redunda para su gloria en la fidelidad de sus mayordomos.

Cuando dirigimos estas fervientes súplicas en favor de la causa de Dios y presentamos las necesidades financieras de nuestras misiones, se conmueven profundamente las almas concienzudas que creen la verdad. Como la viuda pobre que fue elogiada por Cristo y que dio sus dos blancas al

tesoro, ellas dan en su pobreza hasta el máximo de su capacidad. Con frecuencia las tales se privan hasta de las cosas aparentemente necesarias para la vida; mientras que hombres y mujeres poseedores de casas y tierras se aferran a sus tesoros terrenales con tenacidad egoísta, y no tienen bastante fe en el mensaje ni en Dios para colocar sus recursos en su obra. A estos últimos se aplican especialmente las palabras de Cristo: “Vended lo que poseéis, y dad limosna”. (Lucas 12:33)

Hay hombres y mujeres pobres que me escriben pidiendo consejo en cuanto a si deben vender sus casas y dar el dinero a la causa. Dicen que los pedidos de recursos conmueven sus almas y quieren hacer algo para el Maestro que lo ha hecho todo para ellos. Quiero decir a los tales: “Tal vez no debáis vender vuestras casitas ahora mismo; pero id a Dios por vuestra cuenta; el Señor oirá ciertamente vuestras fervientes oraciones por sabiduría para conocer vuestro deber”. Si nos dedicáramos más a pedir sabiduría celestial a Dios, y buscáramos menos la sabiduría de los hombres, tendríamos más luz del cielo, y Dios nos bendeciría

en nuestra humildad.

Pero puedo decir a aquellos a quienes Dios confió bienes y poseen tierras y casas: “Comenzad a vender y dad limosna. No demoréis. Dios espera de vosotros más de lo que habéis estado dispuestos a hacer”. Queremos pediros a vosotros que tenéis recursos, que inquiráis con ferviente oración: “¿Hasta dónde se extienden los derechos divinos sobre mi propiedad?” Hay ahora una obra que hacer para preparar un pueblo que subsista en el día del Señor. Deben invertirse recursos en la obra de salvar hombres que, a su vez, trabajarán para otros. Sed prestos para devolver a Dios lo suyo. Una razón por la cual hay tanta falta del Espíritu de Dios, es que muchos están robando a Dios.

Hay para nosotros una lección de la experiencia de las iglesias de Macedonia, según la describe Pablo. El dice que sus miembros “a sí mismos se dieron primeramente al Señor”. (2 Corintios 8:5) Entonces estuvieron deseosos de dar sus recursos a Cristo. “En grande prueba de tribulación, la abundancia de su gozo y su profunda pobreza

abundaron en riquezas de su bondad. Pues de su grado han dado conforme a sus fuerzas, yo testifico, y aun sobre sus fuerzas; pidiéndonos con muchos ruegos, que aceptásemos la gracia y la comunicación del servicio para los santos". (Vers. 2-4)

Pablo traza una regla para dar a la causa de Dios, y nos dice cuál será el resultado tanto para nosotros como para Dios. "Cada uno dé como propuso en su corazón: no con tristeza, o por necesidad; porque Dios ama al dador alegre". "Esto empero digo: El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra en bendiciones, en bendiciones también segará". "Poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia; a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo que basta, abundéis para toda buena obra... Y el que da simiente al que siembra, también dará pan para comer, y multiplicará vuestra sementera, y aumentará los crecimientos de los frutos de vuestra justicia; para que estéis enriquecidos en todo para toda bondad, la cual obra por nosotros hacimiento de gracias a

Dios”. (2 Corintios 9:6-11)

No debemos considerar que podemos hacer o dar algo que nos dé derecho al favor de Dios. Dice el apóstol: “¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿de qué te glorías como si no hubieras recibido?” (1 Corintios 4:7) Cuando David y el pueblo de Israel hubieron reunido el material que habían preparado para la edificación del templo, el rey, al confiar el tesoro a los príncipes de la congregación, se regocijó y dio gracias a Dios en palabras que debieran grabarse para siempre en el corazón de los hijos de Dios.

“Asimismo holgóse mucho el rey David, y bendijo a Jehová delante de toda la congregación; y dijo David: Bendito seas tú, oh Jehová, Dios de Israel nuestro padre, de uno a otro siglo. Tuya es, oh Jehová, la magnificencia, y el poder, y la gloria, la victoria, y el honor; porque todas las cosas que están en los cielos y en la tierra son tuyas... Y en tu mano está la potencia y la fortaleza, y en tu mano la grandeza y fuerza de todas las cosas. Ahora pues, Dios nuestro, nosotros te confesamos, y

loamos tu glorioso nombre. Porque ¿quién soy yo, y quién es mi pueblo, para que pudiésemos ofrecer de nuestra voluntad cosas semejantes? Porque todo es tuyo, y lo recibido de tu mano te damos. Porque nosotros, extranjeros y advenedizos somos delante de ti, como todos nuestros padres; y nuestros días cual sombra sobre la tierra, y no dan espera. Oh Jehová Dios nuestro, toda esta abundancia que hemos aprestado para edificar casa a tu santo nombre, de tu mano es, y todo es tuyo. Yo sé, Dios mío, que tú escudriñas los corazones, y que la rectitud te agrada: por eso yo con rectitud de mi corazón voluntariamente te he ofrecido todo esto, y ahora he visto con alegría que tu pueblo, que aquí se ha hallado ahora, ha dado para ti espontáneamente". (1 Crónicas 29:10-17)

Era Dios quien había proporcionado al pueblo las riquezas de la tierra, y su Espíritu le había predispuesto a entregar sus cosas preciosas para el templo. Todo provenía del Señor; si su poder divino no hubiese movido el corazón de la gente, vanos habrían sido los esfuerzos del rey, y el templo no se habría erigido.

Todo lo que los hombres reciben de la bondad de Dios sigue perteneciendo a Dios. Todo lo que él nos ha otorgado en las cosas valiosas y bellas de la tierra, ha sido colocado en nuestras manos para probarnos, para medir la profundidad de nuestro amor hacia él y nuestro aprecio por sus favores. Tanto los tesoros de las riquezas como los del intelecto, han de ser puestos como ofrenda voluntaria a los pies de Jesús.

Ninguno de nosotros puede subsistir sin la bendición de Dios, pero Dios puede hacer su obra sin la ayuda del hombre, si así lo quiere. Ha dado, sin embargo, a cada hombre su obra, y confía a los hombres tesoros de riquezas o de intelecto como a sus mayordomos. Por su misericordia y generosidad, Dios nos pone en cuenta todo lo que le devolvemos como mayordomos fieles. Pero debemos comprender siempre que no es obra de mérito de parte del hombre. Por grande que sea la capacidad del hombre, no posee nada que Dios no le haya dado, y que no le pueda retirar si estas muestras preciosas de su favor no son apreciadas y

debidamente empleadas. Los ángeles de Dios cuya percepción no ha sido enturbiada por el pecado, reconocen los dones del cielo como otorgados con la intención de que sean devueltos en forma que aumente la gloria del gran Dador. El bienestar del hombre está vinculado con la soberanía de Dios. La gloria de Dios es el gozo y la bendición de todos los seres creados. Cuando procuramos fomentar su gloria, estamos procurando para nosotros mismos el mayor bien que nos es posible recibir. Hermanos y hermanas en Cristo, Dios pide que consagremos a su servicio cada facultad, cada don que hayamos recibido de él. El quiere que digamos como David: “Todo es tuyo, y lo recibido de tu mano te damos”.

Capítulo 89

El carácter de Dios revelado en Cristo

Dijo El Salvador: “Esta empero es la vida eterna: que te conozcan el solo Dios verdadero, y a Jesucristo, al cual has enviado”. (Juan 17:3) Y Dios declaró por el profeta: “No se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en sus riquezas. Mas alábese en esto el que se hubiere de alabar: en entenderme y conoceme, que yo soy Jehová, que hago misericordia, juicio, y justicia en la tierra: porque estas cosas quiero, dice Jehová”. (Jeremías 9:23, 24)

Nadie, sin ayuda divina, puede alcanzar este conocimiento de Dios. El apóstol dice que a los mundanos “no les pareció tener a Dios en su noticia”. Cristo “en el mundo estaba, y el mundo fue hecho por él; y el mundo no le conoció” (Romanos 1:28; Juan 1:10) Jesús declaró a sus

discípulos: “Nadie conoció al Hijo, sino el Padre; ni al Padre conoció alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quisiere revelar”. (Mateo 11:27) En aquella última oración que hizo en favor de quienes le seguían, antes de entrar en las sombras del Getsemaní, el Salvador alzó sus ojos al cielo, lleno de compasión por la ignorancia de los hombres, y dijo: “Padre justo, el mundo no te ha conocido, mas yo te he conocido”. “He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste”. (Juan 17:25, 6)

Desde el principio, fue el plan estudiado de Satanás inducir a los hombres a olvidarse de Dios, a fin de que pudiese someterlos. Por eso mintió acerca del carácter de Dios, a fin de inducirlos a albergar un falso concepto de él. Les presentó al Creador como revestido de los atributos del príncipe del mal mismo: arbitrario, severo, inexorable, a fin de que le temiesen, rehuyesen, y hasta odiasen. Satanás esperaba confundir de tal manera las mentes de aquellos a quienes había engañado, que desechasen a Dios de su conocimiento. Entonces borraría la imagen divina

del hombre y grabaría su propia semejanza sobre el alma; llenaría a los hombres de su propio espíritu y los haría cautivos de su voluntad.

Calumniando el carácter de Dios y excitando la desconfianza en él fue como Satanás indujo a Eva a transgredir. Por el pecado, la mente de nuestros primeros padres se oscureció, su naturaleza se degradó y su concepto de Dios fue amoldado por su propia estrechez y egoísmo. Y a medida que los hombres se hicieron más audaces en el pecado, el conocimiento y el amor de Dios se borraron de su mente y corazón. “Porque habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni dieron gracias... se desvanecieron en sus discursos, y el necio corazón de ellos fue entenebrecido”. (Romanos 1:21)

A veces, la lucha de Satanás por el dominio de la familia humana parecía destinada a quedar coronada de éxito. Durante los siglos que precedieron al primer advenimiento de Cristo, el mundo parecía estar completamente bajo el cetro del príncipe de las tinieblas; y él reinó con terrible

poder, como si por medio del pecado de nuestros primeros padres, los reinos del mundo hubiesen llegado a ser legítimamente suyos. Aun el pueblo de la alianza, al cual Dios había elegido para conservar su conocimiento en el mundo, se había apartado de tal manera de él que había perdido todo concepto verdadero de su carácter.

Cristo vino para revelar a Dios al mundo como un Dios de amor, lleno de misericordia, ternura y compasión. Las densas tinieblas con que Satanás había tratado de rodear el trono de la divinidad fueron disipadas por el Redentor del mundo, y el Padre volvió a quedar manifiesto a los hombres como la luz de la vida.

Cuando Felipe pidió a Jesús: “Muéstranos el Padre, y nos basta”, el Salvador le contestó: “¿Tanto tiempo ha que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos el Padre?” (Juan 14:8, 9) Cristo se declara enviado al mundo como representante del Padre. En su nobleza de carácter, en su misericordia y tierna

compasión, en su amor y bondad, se nos presenta como la personificación de la perfección divina, la imagen del Dios invisible.

Dice el apóstol: “Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo a sí”. (2 Corintios 5:19) Únicamente mientras contemplamos el gran plan de la salvación podemos apreciar correctamente el carácter de Dios. La obra de la creación era una manifestación de su amor; pero el don de Dios para salvar a la familia culpable y arruinada, es lo único que nos revela las profundidades infinitas de la ternura y compasión divina “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”. (Juan 3:16) A la par que se mantiene la ley de Dios, y se vindica su justicia, el pecador puede ser perdonado. El más inestimable don que el cielo tenía para conceder ha sido dado para que Dios “sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús”. (Romanos 3:26) Por este don, los hombres son levantados de la ruina y degradación del pecado, para llegar a ser hijos de Dios. Dice Pablo: “Habéis recibido el

espíritu de adopción, por el cual clamamos, Abba, Padre". (Romanos 8:15)

Hermanos, con el apóstol Juan os invito a mirar "cuál amor nos ha dado el Padre, que seamos llamados hijos de Dios". (1 Juan 3:1) ¡Qué amor, qué amor incomparable, que nosotros, pecadores y extranjeros, podamos ser llevados de nuevo a Dios y adoptados en su familia! Podemos dirigirnos a él con el nombre cariñoso de "Padre nuestro", que es una señal de nuestro afecto por él, y una prenda de su tierna consideración y relación con nosotros. Y el Hijo de Dios, contemplando a los herederos de la gracia, "no se avergüenza de llamarlos hermanos". (Hebreos 2:11) Tienen con Dios una relación aun más sagrada que la de los ángeles que nunca cayeron.

Todo el amor paterno que se haya transmitido de generación a generación por medio de los corazones humanos, todos los manantiales de ternura que se hayan abierto en las almas de los hombres, son tan sólo como una gota del ilimitado océano, cuando se comparan con el amor infinito e

inagotable de Dios. La lengua no lo puede expresar, la pluma no lo puede describir. Podéis meditar en él cada día de vuestra vida; podéis escudriñar las Escrituras diligentemente a fin de comprenderlo; podéis dedicar toda facultad y capacidad que Dios os ha dado al esfuerzo de comprender el amor y la compasión del Padre celestial; y aun queda su infinidad. Podéis estudiar este amor durante siglos, sin comprender nunca plenamente la longitud y la anchura, la profundidad y la altura del amor de Dios al dar a su Hijo para que muriese por el mundo. La eternidad misma no lo revelará nunca plenamente.

Sin embargo, cuando estudiemos la Biblia y meditemos en la vida de Cristo y el plan de redención, estos grandes temas se revelarán más y más a nuestro entendimiento. Y alcanzaremos la bendición que Pablo deseaba para la iglesia de Efeso, cuando rogó: “El Dios del Señor nuestro Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación para su conocimiento; alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál sea la esperanza de su vocación, y

cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál aquella supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos”. (Efesios 1:17-19)

Satanás procura constantemente mantener las mentes humanas ocupadas en aquellas cosas que les impedirán obtener el conocimiento de Dios. Trata de hacerlas dedicarse a aquello que oscurecerá el entendimiento y desalentará el alma. Estamos en un mundo de pecado y corrupción, rodeados de influencias que tienden a seducir o descorazonar a los que siguen a Cristo. El Salvador dijo: “Y por haberse multiplicado la maldad, la caridad de muchos se resfriará”. (Mateo 24:12)

Muchos fijan los ojos en la terrible perversidad que existe en derredor de ellos, la apostasía y la debilidad que hay por todas partes, y hablan de estas cosas hasta que su corazón está lleno de tristeza y duda. Hacen predominar ante sus mentes la obra magistral del gran engañador, se espacian en los rasgos desalentadores de su experiencia, al par que parecen perder de vista el poder y el amor

sin par del Padre celestial. Todo esto está conforme con la voluntad de Satanás. Es un error pensar en el enemigo de la justicia como revestido de poder tan grande, cuando nos espaciamos tan poco en el amor de Dios y en su poder. Debemos hablar del poder de Cristo. Somos completamente impotentes para rescatarnos de las garras de Satanás; pero Dios ha señalado una vía de escape. El Hijo del Altísimo tiene fuerza para pelear la batalla por nosotros; y por “Aquel que nos amó”, podemos hacer “más que vencer”. (Romanos 8:37)

No obtenemos fuerza espiritual si sólo pensamos en nuestras debilidades y apostasías y lamentamos el poder de Satanás. Esta gran verdad debe ser establecida como principio vivo en nuestra mente y corazón: la eficacia de la ofrenda hecha en favor nuestro; que Dios puede salvar hasta lo sumo a cuantos acuden a él cumpliendo las condiciones especificadas en su Palabra. Nuestra obra consiste en poner nuestra voluntad de parte de la voluntad de Dios. Luego, por la sangre de la expiación, llegamos a ser partícipes de la naturaleza divina; por Cristo somos hijos de Dios, y tenemos la

seguridad de que Dios nos ama así como amó a su Hijo. Somos uno con Jesús. Vamos adonde Cristo nos conduce; él tiene poder para disipar las densas sombras que Satanás arroja sobre nuestra senda; y en lugar de las tinieblas y el desaliento, brilla el sol de su gloria en nuestro corazón.

Nuestra esperanza ha de quedar constantemente fortalecida por el conocimiento de que Cristo es nuestra justicia. Descanse nuestra fe sobre este fundamento, porque permanecerá para siempre. En vez de espaciarnos en las tinieblas de Satanás, y temer su poder, debemos abrir nuestro corazón para recibir luz de Cristo, y dejarla resplandecer para el mundo, declarando que Cristo está por encima del poder de Satanás; que su brazo sostenedor apoyará a todos los que confían en él.

Dijo Jesús: “El mismo Padre os ama”. (Juan 16:27) Si nuestra fe está fija en Dios, por Cristo, resultará “como segura y firme ancla del alma, y que entra hasta dentro del velo; donde entró por nosotros como precursor Jesús”. Es cierto que vendrán desilusiones; debemos esperar tribulación;

pero debemos confiar todas las cosas, grandes y pequeñas, a Dios. El no se queda perplejo por la multiplicidad de nuestras aflicciones, ni le abruma el peso de nuestras cargas. Su cuidado vigilante se extiende a toda familia y abarca a todo individuo; él se interesa en todos nuestros quehaceres y pesares. Nota toda lágrima; le conmueve el sentimiento de nuestra flaqueza. Todas las aflicciones y pruebas que nos incumben aquí, son permitidas para que realicen sus propósitos de amor hacia nosotros, "para que recibamos su santificación", y así participemos de aquella plenitud de gozo que se halla en su presencia.

"En los cuales el dios de este siglo cegó los entendimientos de los incrédulos, para que no les resplandezca la lumbre del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios". (2 Corintios 4:4) Pero la Biblia presenta en los términos más enérgicos, la importancia de obtener un conocimiento de Dios. Dice Pedro: "Gracia y paz os sea multiplicada en el conocimiento de aquel que nos ha llamado por su gloria y virtud". Y la Escritura nos invita: "Amístate ahora con él, y

tendrás paz” (2 Pedro 1:2, 3; Job 22:21)

Dios nos ha ordenado: “Sed santos, porque yo soy santo”; y un apóstol inspirado declara que sin la santidad “nadie verá al Señor” (1 Pedro 1:16; Hebreos 12:14) La santidad consiste en concordar con Dios. Por el pecado la imagen de Dios en el hombre ha sido estropeada y casi borrada; es obra del Evangelio restaurar lo que se había perdido; y hemos de cooperar con el agente divino en esta obra. Y ¿cómo podemos volver a estar en armonía con Dios? ¿cómo recibiremos su semejanza a menos que obtengamos un conocimiento de él? Este conocimiento es lo que Cristo vino a revelarnos.

Las opiniones deficientes que tantos han sostenido acerca del exaltado carácter y oficio de Cristo han estrechado su experiencia religiosa y han impedido grandemente su progreso en la vida divina. La religión personal está en un nivel muy bajo entre nosotros como pueblo. Hay mucha forma, mucha maquinaria, mucha religión de la lengua; pero algo más profundo y sólido debe

penetrar en nuestra experiencia religiosa. Con todas nuestras instalaciones, nuestras casas editoras, colegios, sanatorios y muchísimas otras ventajas, debiéramos estar mucho más adelantados.

Es obra del cristiano en esta vida representar a Cristo ante el mundo, mediante una vida y un carácter que revelen al bendito Jesús. Si Dios nos ha dado luz, es para que la revelemos a otros. Pero en comparación con la luz que hemos recibido, y las oportunidades y los privilegios que se nos otorgó para alcanzar los corazones de la gente, los resultados obtenidos por nuestra obra hasta aquí han sido demasiado escasos. Pero cuando nuestra mente está llena de lobreguez y tristeza, espaciándose en las tinieblas y lo malo que nos rodea, ¿cómo puede presentar a Cristo ante el mundo? ¿Cómo puede nuestro testimonio tener poder para ganar almas? Lo que necesitamos es conocer por experiencia a Dios y el poder de su amor como se revelan en Cristo. Debemos escudriñar las Escrituras diligentemente y con oración; nuestro entendimiento debe ser vivificado por el Espíritu Santo, y nuestro corazón debe

elevarse a Dios con fe y esperanza y continua alabanza.

Por los méritos de Cristo, por su justicia que nos es imputada por la fe, debemos alcanzar la perfección del carácter cristiano. Se presenta nuestra obra diaria y de cada hora en las palabras del apóstol: “Puestos los ojos en el autor y consumador de la fe, en Jesús”. (Hebreos 12:2) Mientras hagamos esto, nuestro intelecto se esclarecerá, nuestra fe se fortalecerá y se confirmará nuestra esperanza; nos embargará de tal manera la visión de su pureza y hermosura, y el sacrificio que ha hecho para ponernos de acuerdo con Dios, que no tendremos disposición para hablar de dudas y desalientos.

La manifestación del amor de Dios, su misericordia y su bondad, y la obra del Espíritu Santo en el corazón para iluminarlo y renovarlo, nos colocan por la fe en una relación tan íntima con Cristo que, teniendo un claro concepto de su carácter, podemos discernir los magistrales engaños de Satanás. Mirando a Jesús, y confiando

en sus méritos, nos apropiamos las bendiciones de la luz, de la paz y del gozo en el Espíritu Santo. Y en vista de las grandes cosas que Cristo ha hecho en nuestro favor, estamos listos para exclamar: “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, que seamos llamados hijos de Dios”. (1 Juan 3:1)

Hermanos y hermanas, contemplando es como somos transformados. Espaciándonos en el amor de Dios y de nuestro Salvador, admirando la perfección del carácter divino y apropiándonos la justicia de Cristo por la fe, hemos de ser transformados a su misma imagen. Por lo tanto, no reunamos todos los cuadros desagradables, las iniquidades, las corrupciones y los desalientos, evidencias del poder de Satanás, para grabarlos en nuestra memoria, para hablar de ellos y lamentarlos hasta que nuestras almas estén llenas de desaliento. Un alma desalentada está en tinieblas, y no sólo deja de recibir ella misma la luz de Dios, sino que impide que llegue a otros. Satanás se deleita viendo los cuadros de los triunfos que obtiene al restar fe y aliento a los seres humanos.

Hay, gracias a Dios, cuadros más brillantes y animadores que el Señor nos ha presentado. Agrupemos las bienaventuradas seguridades de su amor, como tesoros preciosos, para que podamos mirarlas de continuo. El Hijo de Dios abandonando el trono de su Padre, vistiendo su divinidad de humanidad, a fin de rescatar al hombre del poder de Satanás; su triunfo en nuestro favor, abriendo el cielo al hombre, revelando a la visión humana la cámara de la presencia donde la divinidad revela su gloria; la especie caída levantada desde el abismo de la ruina en que el pecado la había sumido, y puesta de nuevo en relación con el Dios infinito, habiendo soportado la prueba divina por la fe en nuestro Redentor, revestida con la justicia de Cristo y exaltada a su trono, éstos son los cuadros con los cuales Dios nos invita a alegrar las cámaras del alma. Y mientras no miremos “a las cosas que se ven, sino a las que no se ven” resultará cierto que “lo que al presente es momentáneo y leve de nuestra tribulación, nos obra un sobremanera alto y eterno peso de gloria”. (2 Corintios 4:18, 17)

En el cielo, Dios es todo en todos. Allí reina

suprema la santidad; allí no hay nada que estropee la perfecta armonía con Dios. Si estamos a la verdad en viaje hacia allá, el espíritu del cielo morará en nuestro corazón aquí. Pero si no hallamos placer ahora en la contemplación de las cosas celestiales; si no tenemos interés en tratar de conocer a Dios, ningún deleite en contemplar el carácter de Cristo; si la santidad no tiene atractivos para nosotros, podemos estar seguros de que nuestra esperanza del cielo es vana. La perfecta conformidad a la voluntad de Dios es el alto blanco que debe estar constantemente delante del cristiano. El se deleitará en hablar de Dios, de Jesús, del hogar de felicidad y pureza que Cristo ha preparado para los que le aman. La contemplación de estos temas, cuando el alma se regocija en las bienaventuradas seguridades de Dios, es comparada por el apóstol al goce de “las virtudes del siglo venidero”. (Hebreos 6:5)

Está por sobrecogernos la lucha final del gran conflicto, cuando con “grande potencia, y señales, y milagros mentirosos, y con todo engaño de iniquidad”, Satanás obrará para representar

falsamente el carácter de Dios, a fin de seducir, “si es posible, aun a los escogidos”. (Mateo 24:24) Si hubo alguna vez un pueblo que necesitase un aumento constante de la luz del cielo, es el pueblo que, en este tiempo de peligro, Dios llamó a ser depositario de su santa ley y a vindicar su carácter delante del mundo. Aquellos a quienes se confió un cometido tan sagrado deben ser espiritualizados y elevados por las verdades que profesan creer.

Nunca la iglesia ha necesitado tanto, y nunca ha estado Dios tan deseoso de que ella obtuviese la condición descrita en la carta de Pablo a los colosenses cuando escribió: “No cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seáis llenos del conocimiento de su voluntad, en toda sabiduría y espiritual inteligencia; para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, fructificando en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios”. (Colosenses 1:9, 10)

Capítulo 90

El Verbo hecho carne

La unión de la naturaleza divina con la humana es una de las verdades más preciosas y más misteriosas del plan de redención. De ella habla el apóstol Pablo cuando dice: “Sin contradicción, grande es el misterio de la piedad: Dios ha sido manifestado en carne”. (1 Timoteo 3:16)

Esta verdad ha sido para muchos una causa de duda e incredulidad. Cuando Cristo vino al mundo como Hijo de Dios e Hijo del hombre no fue comprendido por la gente de su tiempo. Cristo se rebajó hasta revestirse de la naturaleza humana, a fin de alcanzar a la especie caída y elevarla. Pero la mente de los hombres había sido oscurecida por el pecado, sus facultades estaban embotadas y sus percepciones enturbiadas, de manera que no podían discernir su carácter divino debajo del manto de la humanidad. Esta falta de aprecio de parte de los hombres obstaculizó la obra que él deseaba realizar por ellos; y a fin de dar fuerza a su enseñanza se

vio con frecuencia en la necesidad de definir y defender su posición. Refiriéndose a su carácter misterioso y divino, trató de encauzar su mente hacia pensamientos que fuesen favorables al poder transformador de la verdad.

Además, empleó las cosas de la naturaleza con las cuales estaban familiarizados para ilustrar las verdades divinas. El terreno del corazón quedó así preparado para recibir la buena semilla. Hizo sentir a sus oyentes que sus intereses se identificaban con los suyos, que su corazón simpatizaba con ellos en sus goces y aflicciones. Al mismo tiempo vieron en él la manifestación de un poder y una excelencia que superaban en mucho a los que poseían los rabinos más alabados. Las enseñanzas de Cristo se caracterizaban por una sencillez, una dignidad y un poder hasta entonces desconocido para ellos, y exclamaron involuntariamente: “Nunca ha hablado hombre así como este hombre”. (Juan 7:46) El pueblo le escuchaba gustosamente; pero los sacerdotes y príncipes --los que eran fieles a su cometido como guardianes de la verdad-- aborrecían a Cristo por la misma gracia que

revelaba, que había apartado las multitudes de ellos atrayéndolas hacia la luz de la vida. Por su influencia, la nación judaica no pudo discernir el carácter divino del Redentor y le rechazó.

La unión de lo divino y lo humano que se manifestó en Cristo existe también en la Biblia. Las verdades reveladas son todas inspiradas divinamente; pero están expresadas en las palabras de los hombres y se adaptan a las necesidades humanas. Así puede decirse del Libro de Dios, como fue dicho de Cristo, que “aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros”. (Juan 1:14) Este hecho, lejos de ser un argumento contra la Biblia, debe fortalecer la fe en ella como palabra de Dios. Los que se pronuncian sobre la inspiración de las Escrituras, aceptando ciertas porciones mientras que rechazan otras partes como humanas, pasan por alto el hecho de que Cristo, el divino, participó de nuestra naturaleza humana a fin de que pudiese alcanzar a la humanidad. En la obra de Dios por la redención del hombre se combinan la divinidad y la humanidad.

Hay en la Escritura muchos pasajes que los críticos escépticos han declarado no inspirados, pero que, en su tierna adaptación a las necesidades del hombre, son los mensajes de consuelo que Dios mismo dirige a los que confían en él. Una hermosa ilustración de esto se presenta en la historia del apóstol Pedro. Este se hallaba en la cárcel, esperando ser llevado a la muerte al día siguiente; estaba durmiendo de noche “entre dos soldados, preso con dos cadenas, y los guardas delante de la puerta, que guardaban la cárcel. Y he aquí, el ángel del Señor sobrevino, y una luz resplandeció en la cárcel; e hiriendo a Pedro en el lado, le despertó, diciendo: Levántate prestamente. Y las cadenas se le cayeron de las manos”. Pedro, despertando repentinamente, se asombró por el resplandor que inundaba su celda y por la hermosura celestial del mensajero divino. No comprendía la escena, pero sabía que estaba libre, y en su aturdimiento y gozo habría salido de la cárcel sin protegerse contra el frío aire nocturno. El ángel de Dios, notando todas las circunstancias y preocupándose solícito por la necesidad del apóstol dijo: “Cíñete, y átate tus sandalias”. Pedro obedeció mecánicamente; pero

estaba tan extasiado con la revelación de la gloria del cielo, que no se acordó de tomar su manto. Entonces el ángel le ordenó: “Rodéate tu ropa, y sígueme. Y saliendo, le seguía; y no sabía que era verdad lo que hacía el ángel, mas pensaba que veía visión. Y como pasaron la primera y la segunda guardia, vinieron a la puerta de hierro que va a la ciudad, la cual se les abrió de suyo: y salidos, pasaron una calle; y luego el ángel se apartó de él”. El apóstol se encontró en las calles de Jerusalén solo. “Entonces Pedro, volviendo en sí, dijo: Ahora entiendo verdaderamente” --[no era sueño ni visión, sino un suceso real]-- “que el Señor ha enviado su ángel, y me ha librado de la mano de Herodes, y de todo el pueblo de los Judíos que me esperaba”. (Hechos 12:8-11)

Los escépticos pueden burlarse del pensamiento de que un glorioso ángel del cielo prestase atención a un asunto tan sin importancia como estas sencillas necesidades humanas, y pueden dudar de la inspiración de la narración. Pero por la sabiduría de Dios, estas cosas se anotaron en la historia sagrada para beneficio, no

de los ángeles sino de los hombres, a fin de que al hallarse en situaciones difíciles puedan encontrar consuelo en el pensamiento de que el Cielo lo sabe todo.

Jesús declaró a sus discípulos que ni un pajarillo cae al suelo sin que lo note el Padre celestial, y que si Dios puede tener presentes las necesidades de los pájaros del aire, con más razón cuidará de aquellos que lleguen a ser súbditos de su reino, y por la fe en él, herederos de la inmortalidad. ¡Oh, si tan sólo pudiese la mente humana comprender --en la medida en que el plan de la redención puede ser comprendido por la mente finita-- la obra de Jesús al tomar sobre sí la naturaleza humana y lo que ha de obtener para nosotros por su condescendencia maravillosa, los corazones humanos quedarían enternecidos de gratitud por el gran amor de Dios, y con humildad adorarían la sabiduría divina que planeó el misterio de la gracia!

Capítulo 91

El cuidado de Dios por su Obra

Fue en circunstancias difíciles y desalentadoras cuando Isaías, aún joven, fue llamado a la misión profética. El desastre amenazaba a su país. Por haber transgredido la ley de Dios, los habitantes de Judá habían perdido todo derecho a su protección, y las fuerzas asirias estaban por subir contra el reino de Judá. Pero el peligro de sus enemigos no era la mayor dificultad. Era la perversidad del pueblo lo que sumía al siervo del Señor en el más profundo desaliento. Por su apostasía y rebelión, dicho pueblo estaba atrayendo sobre sí los juicios de Dios. El joven profeta había sido llamado a darle un mensaje de amonestación, y sabía que encontraría una resistencia obstinada. Temblaba al considerarse a sí mismo, y pensaba en la terquedad e incredulidad del pueblo por el cual debía trabajar. Su tarea le parecía casi desesperada. ¿Debía renunciar a su misión, descorazonado, y dejar a

Israel en paz en su idolatría? ¿Habrían de reinar en la tierra los dioses de Nínive y desafiar al Dios del cielo?

Tales eran los pensamientos que se agolpaban en su mente mientras estaba debajo del pórtico del santo templo. De repente, la puerta y el velo interior del templo parecieron alzarse o retraerse, y se le permitió mirar adentro, al lugar santísimo, donde ni siquiera los pies del profeta podían penetrar. Se alzó delante de él una visión de Jehová sentado sobre un trono alto y exaltado, mientras que su séquito llenaba el templo. A cada lado del trono se cernían los serafines, que volaban con dos alas, mientras que con otras dos velaban su rostro en adoración, y con otras dos cubrían sus pies. Estos ministros angélicos alzaban su voz en solemne invocación: “Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos: toda la tierra está llena de su gloria” (Isaías 6:3), hasta que los postes y las columnas y las puertas de cedro parecían temblar, y la casa se llenaba de sus alabanzas.

Nunca antes había comprendido Isaías la

grandeza de Jehová o su perfecta santidad; y le parecía que debido a su fragilidad e indignidad humanas debía perecer en aquella presencia divina. “¡Ay de mí!” --exclamó-- “que soy muerto; que siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos” (Isaías 6:3, 5) Pero se le acercó un serafín con el fin de hacerle idóneo para su gran misión. Un carbón ardiente del altar tocó sus labios mientras se le dirigían las palabras: “He aquí que esto tocó tus labios, y es quitada tu culpa, y limpio tu pecado”. Y cuando se oyó la voz de Dios que decía: “¿A quién enviaré, y quién nos irá?” Isaías respondió con plena confianza: “Heme aquí, envíame a mí”. (Vers. 7, 8)

¿Qué importaba que las potencias terrenales estuviesen desplegadas contra Judá? ¿O que en su misión Isaías tuviese que hacer frente a la oposición y resistencia? Había visto al Rey, el Señor de los ejércitos; había oído el canto de los serafines: “Toda la tierra está llena de su gloria”, y el profeta había sido fortalecido para la obra que

tenía delante de sí. Llevó consigo a través de toda su larga y ardua misión el recuerdo de esta visión.

Ezequiel, el profeta que exhalaba lamentaciones en el destierro, en la tierra de los caldeos, recibió una visión que le enseñó la misma lección de fe en el poderoso Dios de Israel. Mientras estaba a orillas del río Quebar, un torbellino parecía surgir del norte, “una gran nube, con un fuego envolvente, y en derredor suyo un resplandor, y en medio del fuego una cosa que parecía como de ámbar”. Numerosas ruedas de extraña apariencia, que se entrecortaban unas a otras, eran movidas por cuatro seres vivientes. Muy por encima de todas éstas “veíase la figura de un trono que parecía de piedra de zafiro; y sobre la figura del trono había una semejanza de los animales, su parecer de hachones encendidos: discurría entre los animales; y el fuego resplandecía, y del fuego salían relámpagos”. “Y debajo de sus alas, a sus cuatro lados, tenían manos de hombre”. (Ezequiel 1:4, 26, 13, 8)

Había ruedas dentro de las ruedas, en un

arreglo tan complicado que a primera vista le parecía a Ezequiel que era todo confuso. Pero cuando se movían, era con hermosa precisión y en perfecta armonía. Los seres celestiales estaban moviendo esas ruedas y por encima de todo, sobre el glorioso trono de zafiro, estaba el Eterno; mientras que rodeaba el trono el arco iris, emblema de gracia y amor. Abrumado por la terrible gloria de la escena, Ezequiel cayó sobre su rostro, cuando una voz le ordenó que se levantase y oyese la Palabra del Señor. Entonces se le dio un mensaje de amonestación para Israel.

Esta visión fue dada a Ezequiel en un tiempo en que su mente estaba llena de presentimientos lóbregos. Veía la tierra de sus padres desolada. La ciudad que había estado llena de habitantes ya no los tenía. La voz de la alegría y el canto de alabanza no se oían más en sus muros. El profeta mismo era forastero en un país extraño, donde reinaban supremas la ambición ilimitada y la crueldad salvaje. Lo que veía y oía acerca de la tiranía humana y el mal angustiaba su alma, y lloraba amargamente día y noche. Pero los

símbolos admirables presentados delante de él al lado del río Quebar, le revelaron un poder predominante que era más poderoso que el de los gobernantes terrenales. Sobre los monarcas orgullosos y crueles de Asiria y Babilonia, se entronizaba el Dios de misericordia y verdad.

Las complicadas ruedas que al profeta le parecían envueltas en confusión, estaban bajo la dirección de una mano infinita. El Espíritu de Dios que, según la revelación, movía y dirigía estas ruedas, sacaba armonía de la confusión; de tal manera que todo el mundo estaba bajo su dominio. Miríadas de seres glorificados estaban listos para predominar a su orden contra el poder y la política de los hombres malos, y reportar beneficio a sus fieles.

De igual manera, cuando Dios estaba por revelar al amado Juan la historia de la iglesia durante los siglos futuros, le reveló el interés y cuidado del Salvador por su pueblo, mostrándole “uno semejante al Hijo del hombre”, que andaba entre los candeleros que simbolizaban a las siete

iglesias. Mientras se le mostraban a Juan las últimas grandes luchas de la iglesia con las potencias terrenales, también se le permitió contemplar la victoria final y la liberación de los fieles. Vio a la iglesia en conflicto mortífero con la bestia y su imagen, y la adoración de esa bestia impuesta bajo la pena de muerte. Pero mirando más allá del humo y el estruendo de la batalla, contempló a una hueste sobre el monte de Sión con el Cordero, llevando, en vez de la marca de la bestia, “el nombre de su Padre escrito en sus frentes”. Y también vio a “los que habían alcanzado la victoria de la bestia, y de su imagen, y de su señal, y del número de su nombre, estar sobre el mar de vidrio, teniendo las arpas de Dios” (Apocalipsis 1:13; 14:1; 15:2), y cantando el himno de Moisés y del Cordero.

Estas lecciones son para nuestro beneficio. Necesitamos afirmar nuestra fe en Dios; porque está por sobrecogernos un tiempo que probará las almas de los hombres. Sobre el monte de las Olivas, Cristo explicó los temibles juicios que habrían de preceder a su segunda venida: “Oiréis

guerras, y rumores de guerras". "Porque se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá pestilencias, y hambres, y terremotos por los lugares. Y todas estas cosas, principio de dolores" (Mateo 24:6-8) Aunque estas profecías se cumplieron parcialmente con la destrucción de Jerusalén, se aplican más directamente a los postreros días.

Estamos en el mismo umbral de acontecimientos grandes y solemnes. La profecía se está cumpliendo rápidamente. El Señor está a la puerta. Pronto ha de empezar un período de interés abrumador para todos los vivientes. Las controversias pasadas han de revivir y surgirán otras nuevas. Nadie sueña siquiera con las escenas que han de producirse en nuestro mundo. Satanás está trabajando por medios humanos. Los que están haciendo un esfuerzo para cambiar la constitución y obtener una ley que imponga la observancia del domingo, no se dan cuenta de lo que será el resultado. Una crisis está por sobrecogernos.

Pero los siervos de Dios no han de confiar en sí

mismos en esta grande emergencia. En las visiones dadas a Isaías, a Ezequiel y a Juan, vemos cuán íntimamente está relacionado el cielo con los acontecimientos que suceden en la tierra, y cuán grande es el cuidado de Dios para con los que son leales. El mundo no está sin gobernante. El programa de los acontecimientos venideros está en las manos del Señor. La Majestad del cielo tiene a su cargo el destino de las naciones, como también lo que concierne a su iglesia.

Nos permitimos sentir demasiada congoja, preocupación y perplejidad en la obra del Señor. No son los hombres finitos quienes han de llevar la carga de la responsabilidad. Necesitamos confiar en Dios, creer en él y avanzar. La incansable vigilancia de los mensajeros celestiales, y su incesante actividad en su ministerio en relación con los seres terrenales, nos muestra cómo la mano de Dios está guiando una rueda dentro de otra rueda. El Instructor divino dice a todo aquel que desempeña una parte en su obra, como dijo antiguamente a Ciro: “Yo te ceñiré, aunque tú no me conociste”. (Isaías 45:5)

En la visión de Ezequiel, Dios tenía su mano debajo de las alas de los querubines. Esto enseña a sus siervos que el poder divino es lo que les da éxito. Obrará con ellos si quieren apartar la iniquidad y llegar a ser puros en su corazón y vida.

La luz resplandeciente que cruza entre los seres vivientes con la rapidez del relámpago representa la celeridad con que esta obra avanzará finalmente hacia su terminación. El que no duerme, que está continuamente obrando para lograr sus designios, puede realizar su gran obra armoniosamente. Lo que a las mentes finitas parece enredado y complicado, la mano de Dios lo puede mantener en perfecto orden. El puede crear medios y recursos para estorbar los propósitos de los hombres impíos; e introducirá confusión en los consejos de los que maquinan agravios contra su pueblo.

Hermanos, no es ahora tiempo de llorar y desesperar, ni tampoco de ceder a la duda e incredulidad. Cristo no es ahora un Salvador que esté en la tumba nueva de José, cerrada con una

gran piedra y sellada con el sello romano; tenemos un Salvador resucitado. El es el Rey, el Señor de los ejércitos; se sienta entre los querubines, y en medio de la disensión y tumulto de las naciones guarda todavía a su pueblo. El que reina en los cielos es nuestro Salvador. El mide toda prueba. Vigila el fuego del horno que ha de probar cada alma. Cuando las fortalezas de los reyes sean derribadas, cuando las saetas de la ira de Dios atraviesen el corazón de sus enemigos, su pueblo estará salvo en sus manos.